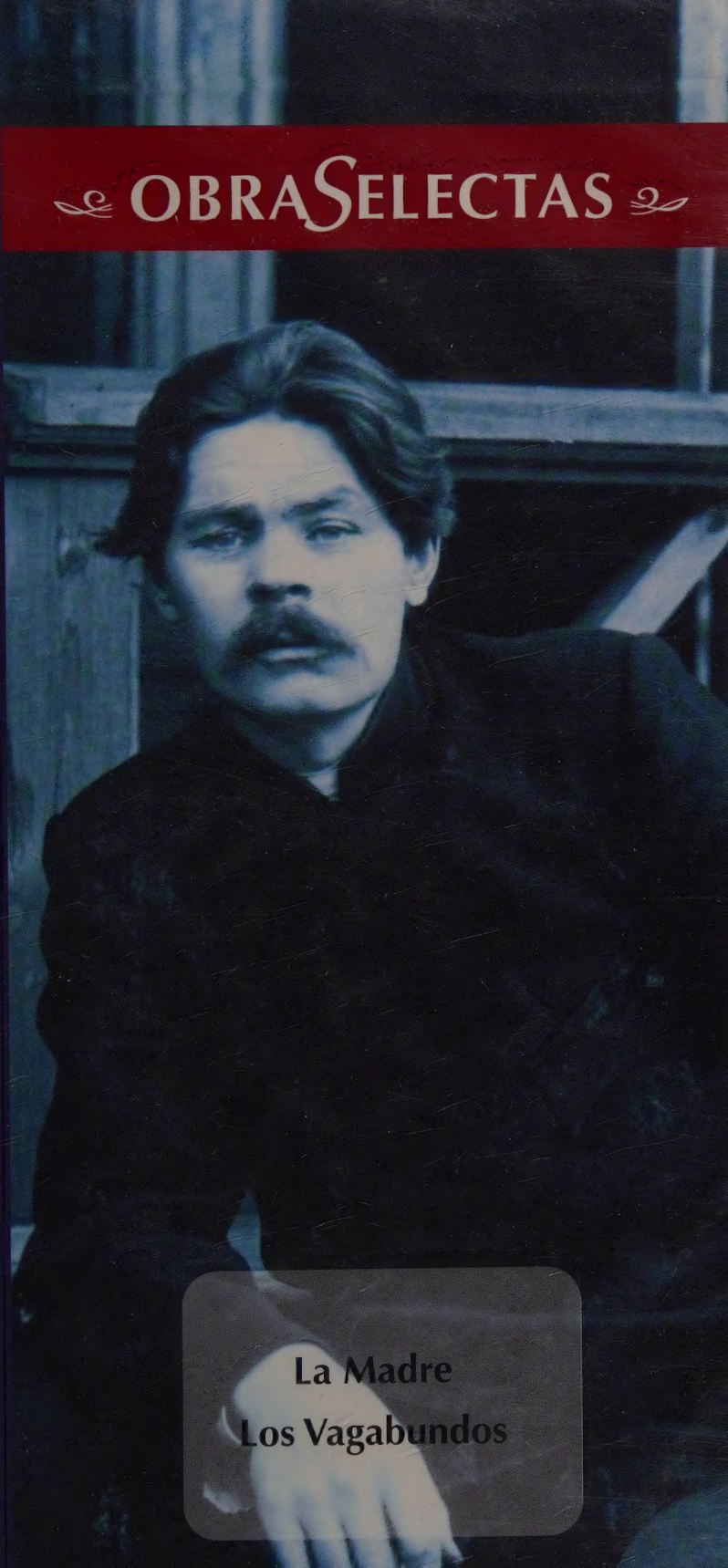
Máximo Gorki

OBRAS ELECTAS



La Madre

Los Vagabundos

OBRA SELECTAS

Friedrich Nietzsche
Marqués de Sade
William Shakespeare
Edgar Allan Poe
Charles Baudelaire
Homero
Julio Verne
Benito Pérez Galdós
Walter Scott
Fiodor Dostoievski
Oscar Wilde
Charles Dickens
Miguel de Cervantes
Honorè de Balzac
Gustavo Adolfo Bécquer
Francisco de Quevedo
Franz Kafka
León Tolstoi
Platón
Jean Jacques Rousseau
Molière
Rubén Darío
Aristóteles
Sófocles
Jack London
Rabindranath Tagore
Khalil Gibran
J. W. Goethe
Gustave Flaubert

MÁXIMO GORKI

La Madre
Los Vagabundos

OBRAS SELECTAS

— MÁXIMO GORKI —

LA MADRE
LOS VAGABUNDOS

Traducción de *Los vagabundos* cedida por EDITORIAL SOPENA
Introducción biográfica: Francisco Caudet Yarza

© Copyright EDIMAT LIBROS, S.A.
© Copyright de la traducción de *Los vagabundos* EDITORIAL SOPENA

ISBN: 84-8403-711-8
Depósito Legal: M-13286-2001

Edición y Producción: *José Mª Fernández*
Diseño de cubierta: *Juan Manuel Domínguez*
Impreso por BROSMAC, Móstoles (Madrid)
Encuadernado por ATANES-LAINEZ, Móstoles (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización por escrito del propietario del copyright.

EDMOBSEGORK

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

BIOGRAFÍA

A Nikilái le gustaba mucho enseñarme y aprovechaba todas las ocasiones que se presentaban para incrustar en mi cerebro algo indispensable, sin lo cual no era posible vivir. Yo le escuchaba con ansia y después, Focucault, la Rochefocauld y la Rochejaquelin se confundían en mi mente en una sola persona, y no podía recordar quién le había cortado la cabeza a quién: si Lavoisier a Dumouriez, o viceversa. El buen muchacho quería sinceramente hacer de mí un hombre de provecho; *así me lo había prometido lleno de convencimiento, pero le faltaba tiempo y las demás condiciones para ocuparse de mí seriamente. El egoísmo y la ligereza de la juventud le impedían ver los enormes esfuerzos y el derroche de ingenio que hacía la madre para sacar la casa adelante, y menos aún se apercibía de ello su hermano, chico esquinado y parco en palabras, alumno del Liceo. En cambio, yo conocía con exactitud, desde hacía tiempo, las complicadas combinaciones químicas y cálculos económicos que se efectuaban en la cocina y veía bien la inventiva de aquella mujer, obligada diariamente a engañar el hambre de sus hijos y a alimentar un muchacho ajeno, de desagradable aspecto exterior y malos modales. Y es natural que cada pedazo de pan que me tocara me pesase en el alma como una losa. Empecé a buscar algún trabajo. Por la mañana temprano me marchaba de la casa para no comer allí y, cuando hacía mal tiempo, me quedaba en la explanada, metido en el sótano. Allí, aspirando el nauseabundo olor de gatos y perros muertos, acompañado del rumor de la lluvia torrencial y el suspirar del viento, me di cuenta pronto que lo de la Universidad era una fantasía y de que mejor hubiera sido marcharme a Persia. Y me veía convertido ya en un mago de barbas blancas que había encontrado el medio de obtener granos de trigo del tamaño de una manzana, así como patatas de un* pud *de peso, e ideado ya no pocas cosas beneficiosas para este mundo donde me era tan endiabladamente difícil salir adelante, y no sólo a mí.*

Había aprendido ya a soñar con aventuras extraordinarias y grandes hazañas. Aquello me ayudaba grandemente en los días duros de la vida, y como tales días eran muchos, me ejercitaba cada vez más en el arte de los ensueños. No esperaba ayuda exterior ni

confiaba en la suerte, pero en mí se iba desarrollando una voluntad tesonera, y cuanto más difíciles eran las condiciones de vida, tanto más fuerte e incluso más inteligente me sentía. A muy temprana edad comprendí que al hombre lo forja su resistencia al medio que le rodea.

Para no pasar hambre, iba al Volga, a los embarcaderos, donde era fácil ganarse quince o veinte kopeks. Allí, entre cargadores, vagabundos y pícaros, yo me sentía como un hierro entre unos carbones al rojo; cada día me saturaba de multitud de impresiones, agudas, quemantes. Ante mí, como un torbellino, giraban gentes de una codicia sin veladuras, de unos instintos groseros; a mí me gustaba su rencor a la vida, su burlona y hostil actitud ante todo lo del mundo y la despreocupación que mostraban por ellos mismos. Todo lo que yo había vivido me empujaba hacia aquellas gentes, despertando el deseo por su cáustico medio. Bret-Harte's y la enorme cantidad de novelas folletinescas leídas despertaban aún más mi simpatía por aquel medio ambiente.

Bashkín, ladrón profesional, ex alumno de la Escuela Normal de Maestros, hombre tundido a palos y tísico, me aleccionaba elocuente:

—¿Por qué te encoges y tiemblas como una muchacha? ¿Es que temes perder la honra? Para una muchacha la honra es todo su tesoro, mientras que para ti no es más que una collera. El toro es honrado cuando de hierba está saciado.

Pelirrojo, rasurado como un actor, Bashkín, por los suaves y ágiles movimientos de su cuerpo menudo, se asemejaba a un gatito. Me adoctrinaba como un maestro y un protector, y yo veía que me deseaba suerte y felicidad con toda su alma. Era muy inteligente y había leído no pocos libros buenos; el que más le había gustado era El Conde de Montecristo.

—En esa obra hay objetivo y corazón —*decía.*

Le gustaban mucho las mujeres y hablaba de ellas chasqueando golosamente los labios, con entusiasmo y un estremecimiento de su cuerpo maltrecho; había en aquel temblor algo de enfermizo que me causaba repugnancia, pero escuchaba sus palabras atentamente, percibiendo la belleza de las mismas.

—¡Las mujeres, las mujeres! —*entonaba su loa, y la piel amarillenta de la cara se le arrebolaba, mientras sus ojos oscuros relucían de admiración*—. Por las mujeres soy capaz de todo. Para ellas, como para el diablo, ¡no hay pecados! Vive enamorado, ¡no hay en el mundo nada mejor!

Tenía dotes de narrador y componía con facilidad conmovedoras cancioncillas, para las prostitutas, sobre los pesares de los amores des-

dichados; sus coplas se cantaban en todas las ciudades del Volga; a él pertenece, por cierto, la siguiente copla, muy difundida:

Soy pobre y fea,
voy mal vestida,
nunca marido
tendré en la vida...

Mis Universidades, Máximo Gorki.

Gorki *el amargo* fue llamado también *el autodidacta, hijo del pueblo.* Las *universidades* de Alexei Maximovich Pechkov fueron las horas de miseria que tuvo que sufrir, la perplejidad frente al debate ideológico que dominaba en la Rusia prerrevolucionaria, las personas con las que tuvo que convivir, los primeros contactos con el mundo de los conspiradores, el propio intento de suicidio que tanto le enseñó y que tanto le humilló. Las páginas de Gorki constituyen una sucesión ininterrumpida de personajes, cargados de esperanzas, más valiosos que los libros: *Necesitáis aprender, pero de forma que los libros no hagan sombra a las personas. Toda lección proviene del hombre. Los hombres dan lecciones más dolorosas, más groseras, pero la ciencia que contienen penetra con mayor fuerza.* La gran lección de Gorki proviene, precisamente, de su contacto activo y comprometido con la *universidad* del pueblo, sin aulas ni programas académicos.

SECUENCIA LITERARIA

Gorki, cuyo verdadero nombre era Alejo (Alexei) Maximovich Pechkov, nació en Nijni Novgorod el 14 de marzo de 1868. De una familia humildísima, quedó huérfano de padre a los cinco años de edad, siendo recogido por su abuelo, que le dedicó al oficio de zapatero, pero su naturaleza inquieta le hizo variar muchas veces de profesión en poco tiempo. De este modo adquirió aquel conocimiento del bajo pueblo y dotes de observación que tanto descuellan en sus obras. Habiendo abandonado ya a su familia, quiso dedicarse a la pintura de imágenes, embarcando después como pinche de cocina en un barco de los que hacían la travesía del Volga; más tarde fue vendedor ambulante de sidra. Nadie hubiese podido adivinar entonces en él el futuro gran novelista, pues Gorki permanecía ajeno por completo al mundo de las ideas y su cultura se reducía a haber leído deprisa y corriendo algunos episodios de carácter histórico.

Cuando ya contaba diecisiete años el azar le llevó a Kazán, donde se hizo amigo de algunos estudiantes; estas relaciones despertaron en su inteligencia el deseo de aprender, pero, como no contaba con recursos para estudiar en la Universidad, tuvo que entrar como operario en una panadería, mientras sus nuevos amigos se dedicaban a instruirle en diversas ciencias. En 1888 cayó enfermo de gravedad y estuvo a punto de suicidarse; habiendo perdido el empleo, se vio obligado a regresar a su pueblo natal, donde halló un trabajo de escribiente en casa de un abogado. Pero pronto se hastió de aquella vida sedentaria y monótona, dedicándose de nuevo a recorrer Rusia, pero esta vez ya tenía una orientación y su cultura había aumentado notablemente.

En 1892 tuvo la inmensa fortuna de conocer al célebre escritor Korolenko, que supo apreciar las dotes del joven vagabundo, aconsejándole que se dedicase a la literatura. Gorki comprendió al instante que era aquella su verdadera vocación, escribiendo un cuento que envió al director de la revista de San Petersburgo *El Mensajero del Norte.* El cuento fue aceptado y su autor adoptó el seudónimo de *Gorki* (amargo), en recuerdo de las muchas penalidades sufridas. Este inicial trabajo llamó extraordinariamente la atención, y al poco tiempo Gorki era uno de los escritores más populares de su país y las principales revistas comenzaron a disputarse su firma. Nuestro personaje, antes de cumplir los treinta años, era comparado ya a León Tolstoi y a los más grandes literatos rusos, siendo sus obras traducidas a todos los idiomas al tiempo que alcanzaban tiradas envidiables. El que no ha mucho vagabundeaba por todos los rincones de su país se había convertido, de la noche a la mañana, en todo un personaje, pero no abandonó por completo sus hábitos, pues si bien para algunos esta actitud era un rasgo de sinceridad, para otros no pasaba de ser una *pose* con la que no pretendía otra cosa que aumentar su popularidad. Paralelamente a su actividad literaria, Gorki también se dedicó a la política, defendiendo las ideas más radicales, las mismas que en sus textos, por cuya razón sufrió numerosas persecuciones. En 1906 hizo un viaje a Norteamérica, pero con anterioridad ya había visitado parte de Europa.

Al estallar la revolución rusa en el 1917, Gorki se mostró como un entusiasta partidario de ella, pero más tarde, al ser derribado Kerenski por los bolcheviques, aunque coincidiendo en muchos extremos con ellos, exteriorizó su disconformidad con los procedimientos empleados por el nuevo Gobierno, queriendo alejarse de Rusia, pero no se le permitió bajo el pretexto de que sus servicios eran imprescindibles para el nuevo régimen, al que, efectivamente, había defendido con la pluma, dedicando calurosos panegíricos a Lenin. Pudo por fin abandonar su patria, residiendo sucesivamente

en distintos países. En agosto de 1918 la prensa publicó la noticia de su fallecimiento, extremo que se desmintió poco después.

Su personalidad ha sido una de las más discutidas, no tanto desde el aspecto puramente literario, como por sus doctrinas, pero no puede negarse que es una de las figuras más fuertes, originales y sobresalientes de su época. La realidad viviente de los personajes, el vigor de las descripciones, sus facultades de observador, su estilo lleno de colorido y movimiento, aunque desigual, dan la sensación de un verdadero artista de la pluma. Sus temas y el ambiente en que éstos se desenvuelven producen, ciertamente, un efecto lúgubre, y hay que remontarse a Fedor Dostoiewski para encontrar algo parecido. Todos los grandes novelistas han sido demoledores y han demostrado el mismo amor a los humildes, pero quizá ninguno como Gorki ha pintado los bajos fondos de la sociedad con semejante crudeza y realismo, de un modo tan siniestro y sombrío. La lectura de algunas de sus obras produce un efecto desgarrador por la verdad y la fuerza con que aparecen dibujadas las miserias humanas; antes de él se conocía la triste literatura de los *mujiks,* pero Gorki descendió aún más y quiso ser el poeta de los vagabundos de la estepa, cuya existencia nadie había descrito todavía. Sus textos son numerosos, si bien en los últimos años su producción descendió notablemente. Citaremos: *Makar Cudra* (1892), *Celkas, Cuentos y narraciones,* varios volúmenes; *La estepa, Un lector, La familia Oxlof, El mujik, Foma Gordeief, Troya, Malva, Acerca del demonio, Más acerca del demonio, Tres hombres, Camaradas* (1907); *La vida de un hombre innecesario, En la cárcel, Entre el pueblo, Varenka Olesova, Mi madre, Mi infancia,* libro autobiográfico de una fuerza de evocación extraordinaria (1915); *Mis Universidades, En el mundo* (1917) y *Reminiscencias del conde León Tolstoi* (1920).

Es autor, así mismo, de los dramas *Nadnie, Los bajos fondos* y *El asilo nocturno.*

ALEXEI MAXIMOVICH PECHKOV, EL HOMBRE QUE ESCAPÓ DEL FANGO

—MÁXIMO GORKI, EL ESCRITOR SURGIDO DE LA NADA—

Alexei vivirá el resto de sus días prisionero de los recuerdos de una infancia cruel, brutal, llena de carencias y privaciones, repleta de contrariedades y desengaños, una infancia de guiños burlescos, casi morbosos, que por fuerza calan hondo en la personalidad del

muchacho. Muy pronto, harto de tanta decepción, hastiado de todo, abandona sus orígenes y se lanza a la aventura del mundo sin brújula ni rumbo fijo. Recorre caminos, consume kilómetros y más kilómetros, y los ambientes que encuentra no mejoran en nada aquel al que abandonó. La vida sigue empeñada en mostrarle su más dantesca careta, aunque Alexei no se arredra y prosigue su trayecto. En algún momento unos tímidos rayos de sol iluminan su hasta entonces oscuro horizonte y conoce personajes importantes, gentes que tratan de comprenderlo y que atinan a descubrir en él ese talento que algún día le hará famoso. Especialmente el afamado literato Korolenko es quien le anima a inscribirse en el mundo de las letras, intuyendo la inteligencia que se esconde tras aquel cerebro vagabundo. Alexi le escucha y nace Máximo Gorki. Escribe y le publican, pero ni ese éxito inicial ni los posteriores conseguirán que se libere del pesado lastre psíquico con que le ha marcado su mundo de procedencia. Pasa el tiempo, y un Gorki inexperto comete el grave error de involucrarse en política, área de la que siempre debió mantenerse lo más lejos posible. Combate duramente el olimpo de los zares y su reiterada tozudez acaba costándole cara: el destierro. Simpatiza al principio con los bolcheviques, pero tarda poco en descubrir sus discrepancias con ellos; quiere a Lenin y luego le odia, y por último se muestra totalmente contrapuesto al proceder del *padre* Stalin. Puede que Gorki sea un inadaptado, o quizá un hombre con las ideas demasiado claras, tanto que resultan incompatibles con aquellos que manejan las ideologías a su antojo y conveniencia para sacar el mayor provecho de ellas. Lo cierto es que Máximo no encaja en ninguno de los sistemas políticos de su país y esto, como su infancia, le crea graves problemas psíquicos, dado que llega un momento en que su confusionismo es alienante. No, no ha debido meterse en política... Incluso después de su muerte, *sotto voce,* en versiones por supuesto no confirmadas, se dice que Stalin ha tenido mucho que ver en la definitiva desaparición del escritor.

Estamos a principios del siglo XX. Ni en Europa ni en Estados Unidos era Gorki un desconocido. Desde 1901, sus obras eran traducidas a varias lenguas. En ese año aparecerían publicadas por seis editoriales alemanas y, en Francia, Melchior de Vogué consagraba al literato un estudio de gran resonancia. *Los bajos fondos* era representada en la mayoría de escenarios europeos. En el momento en que, evadido de Rusia, Gorki llegaba a Berlín, el Teatro Artístico de Moscú, en gira, representaba esta obra y, en escenarios berlineses, Max Reinhardt presentaba *Los bajos fondos* y *Los hijos del sol.* Reinhardt organizó en su honor una velada pública. Cuando el escritor apareció en el escenario, los asistentes —entre los que se encontraban numerosos emigrantes rusos por

causas políticas— se levantaron para saludar gritando: *¡Hoch!* Karl Liebknecht, el futuro tribuno del comunismo alemán, acercándose a Kachalov, famoso actor del Teatro Artístico, le dijo que echase una ojeada *a un rincón del Zoo dentro de la misma sala:* ocultos tras las cortinas, los hijos de Guillermo II, incluido el Kronprinz, estaban sentados en un palco.

De Berlín, Gorki se dirigió a París. En esa primavera de 1906, el gobierno ruso, arruinado por la desastrosa guerra ruso-japonesa, a punto de derrumbarse a causa del empuje revolucionario, negociaba con los Estados occidentales un préstamo que debía ayudarle a consolidar su situación interior. Gorki había recibido la misión de soliviantar la opinión pública occidental en contra de tal préstamo. El 9 de abril de 1906, *L'Humanité* (la de Jaurès) publicaba la llamada de Gorki, *¡Ni un céntimo al gobierno ruso!,* calurosamente apoyada por la Sociedad de Amigos del Pueblo Ruso, de la que formaban parte Anatole, France, Steinlen, Mirbeau, Langlois y Seignobos, entre otros. Pero los bancos franceses, con el visto bueno del gobierno galo, otorgaron el crédito, y Gorki, decepcionado, indignado, fuera de sí, escribió el violento libelo *La bella Francia,* que le acarreó severas críticas por parte de algunos periodistas franceses: un año antes le habían defendido, cuando estaba encarcelado en la fortaleza Pedro y Pablo, ¡y ahora escarnecía a su patria! Gorki respondió con dos cartas, publicadas en *L'Humanité* del 11 de diciembre de 1906, con el título de *A mis detractores.* Una de estas misivas, de tono moderado y triste, la dirigía a Aulard; la otra, violenta y despectiva, a Gérault-Richard, René Viviani, Jules Claretie, etc.

Por todos los medios, el gobierno zarista trató de impedir la entrada de Máximo en Estados Unidos. El embajador de Rusia en Washington trató de hacer valer contra él la ley americana que prohibía la entrada al país a los *anarquistas.* Pero el departamento de inmigración, respetando la Constitución y las libertades cívicas, se negó a considerar como tal a Gorki. Entonces, al no poder contar con las autoridades, el embajador jugó con más éxito la baza de la mojigatería americana. Con la ayuda de una cadena de periódicos cuyo magnate se llamaba Hearst, hizo saber que la mujer que acompañaba al escritor no era su esposa legítima. La pareja fue expulsada sucesivamente de varios hoteles, pero Gorki salió beneficiado de la maniobra, ya que le hizo una enorme publicidad. La señora Andreeva y él, sentados en la calle, sobre sus maletas, en medio de una corte de periodistas, acabaron por ser recogidos por una *comuna* de Staten Island, en casa de los esposos Martin.

Sin embargo, el éxito de la misión del escritor estaba comprometido. Tenía, indudablemente, amigos, pero la mayoría de intelectuales americanos, virtuosos ellos, le ponían mala cara. Mark Twain se

negó a presidir un banquete en su honor. El producto de la cuestación fue poco importante: unos diez mil dólares.

En contrapartida, el verano que Gorki pasó en Estados Unidos, en la casa de campo de los Martin, en los montes Adirondacks, fue un período de fecunda creación. Entonces escribió su obra propiamente proletaria, *La Madre,* y la pieza teatral *Los enemigos*, amén de una serie de libelos políticos de extremada violencia: *En América* y *Mis entrevistas.* Gorki se revelaba como un libelista poderoso, pero brutal. La virulencia sarcástica de sus entrevistas imaginarias que estigmatizaban el capitalismo americano, el militarismo alemán y la avaricia de la banca francesa, no parece haber sido superada. Pero, mordaz o patético, ignora el arte sutil de la ironía. Para *La Madre,* el escritor se había inspirado en hechos reales que se habían desarrollado en las fábricas de Sormovo; había conocido a los héroes de la misma: el obrero Zalomov (en el relato, Pavel Vlaslov) despierta a la vida del espíritu y se integra en la acción revolucionaria, y su madre, Anna (Nilovna), campesina analfabeta de ojos desencajados, se ofrece para la peligrosa misión de distribuir octavillas. Vuelto a Nijni en octubre de 1902, poco antes del proceso de los obreros, Gorki había tomado parte activa en la organización de su defensa. *La madre,* aparecida en una revista americana en 1906, y después, como libro, en Nueva York y Londres, se publicó por primera vez en ruso en Berlín. La prensa obrera occidental, sobre todo la alemana, seguida de la francesa y la italiana, se apoderó de ella inmediatamente, imprimiendo millones de ejemplares en forma de folletines o de suplementos en los periódicos. En Rusia, tan sólo la primera parte, muy censurada, pudo aparecer en 1907, en las colecciones de *Znanié,* pero pronto fueron secuestradas éstas. El Comité de los asuntos de prensa tomó la decisión de perseguir al autor *de la propagación de una obra que incita a cometer breves delitos, provoca la hostilidad de los obreros hacia las clases poseedoras e incita al motín y a actos de rebelión.*

Pero si legalmente la versión íntegra de *La madre* no debía imprimirse en Rusia hasta después de 1917, circularon clandestinamente innumerables ejemplares de la edición berlinesa en ruso. El drama *Los enemigos,* escrito en la misma época, se inspiraba en idénticos sentimientos. Pronto fue prohibido.

(Se observará que, en los expedientes de la policía rusa, el escritor de celebridad mundial, que provocaba oleadas de pasión, de amor y de odio a ambos lados del Atlántico, continuaba siendo designado con el nombre de Alexei Pechkov, *hijo de Máximo, artesano de la corporación de los pintores de brocha gorda de Nijni-Novgorod.*)

A su regreso de América en otoño de 1906, Gorki busca un refugio. Tras la resonancia de su propaganda contra el préstamo zarista, no podía pensar en volver a Rusia. En octubre se instala en Capri, donde permanecerá siete años.

Es preciso imaginarse la atmósfera peculiar de esta residencia. Si hay en el mundo dos nociones contradictorias, irreconciliables, antagónicas, son sin duda *Capri* y *Gorki*, el encuentro de la isla encantada, *madre de los juegos latinos y de los deleites griegos,* y del rudo hijo del Volga. Durante los siete años que Gorki va a pasar en Capri, al igual que durante los cuatro que pasará más tarde en Sorrento, sus tres en Alemania, o su verano en América y París, no cesará de transportar consigo a toda Rusia, ciego e impenetrable mundo que le rodea. Habiendo vivido en el extranjero una buena parte de su vida, Gorki no aprenderá ni una sola palabra en ninguna lengua extranjera. Ningún paisaje extraño cautivará su mirada, ninguna de sus obras llevará la impronta de ellos. Sus breves e incoloros *Cuentos de Italia* no tienen nada de italiano, sino unos pocos detalles coloristas locales tan convencionales como sus descripciones *urbanistas* de Nueva York. Por eso, en un proyecto de prefacio, Gorki explica que, aunque se tratase de imágenes de acontecimientos reales, las habría titulado *cuentos,* porque la vida y la naturaleza italianas se parecen en muy poco a las de Rusia. Únicamente Rusia es para él la realidad. En Alemania, en América, en Italia, continúa tratando su único tema, el del destino particular del hombre ruso, el de describir su único paisaje: los inmensos y melancólicos espacios rusos, despreciando las mareas tirrenas y las grutas azules. En Capri concibió una de sus obras más características, *La pequeña ciudad de Okurov* (1910), cuadro extremado de la paralización de las provincias rusas. En medio de las delicias de Capri, su nostalgia no conoce límites. *Si un diente arrancado de golpe de la mandíbula pudiese experimentar un sentimiento, se sentiría sin duda tan solo como yo,* exclama a propósito de este aislamiento. Por ello acoge con tanta ansiedad todo lo que llega de Rusia.

Se han forjado muchas leyendas malévolas sobre esa estancia en Capri, sobre *la jaula dorada* en la que su compañera, la señora Andreeva, habría tenido prisionero al escritor proletario. Es cierto que María Fiodorovna Andreeva, rica y generosa, se dedicaba con devoción a rodear de comodidades a su compañero, aquel gran trabajador y gran enfermo. No era en absoluto una mujer vulgar. Antigua actriz del Teatro Artístico, hacía tiempo que había abandonado a su marido, un general, para dedicarse a las actividades revolucionarias. Había seguido a Gorki con conocimiento de causa, no sólo como mujer, sino también como camarada de lucha. Por lo demás, el propio Gorki disponía de importantes recursos procedentes de sus

derechos de autor, un autor reeditado sin cesar en Rusia, traducido a todas las lenguas y representado en todos los escenarios. Su celebridad era enorme. Modesto y desinteresado, no tenía, por así decirlo, necesidades personales. El capítulo principal de su presupuesto, libros al margen, era la ayuda a la caja del partido y a innumerables menesterosos (recordando seguramente su difícil infancia y los años que había pasado, como aquellos a los que ayudaba, sumido en el fango; se trataba de una huella indeleble que difícilmente se borraría de la mente de Máximo).

Tolstoi no hacía sino breves apariciones ante su corte de admiradores, arrojándoles como alimento unas pocas frases bonitas que ellos recogían con aire de gravedad y, la mayor parte del tiempo, le venía muy bien la guardia feroz que montaba a su alrededor la condesa para defender la labor del genial escritor contra los mediocres intrusos, lanzando sobre ella el descontento de los tolstoianos. Gorki, por el contrario, permanecerá a lo largo de su vida accesible a todo el mundo. Nada —ni siquiera sus trabajos literarios, que jamás cesa de apreciar con extremada modestia— le parecía tan precioso como el contacto con el alma más humilde. Sin duda, en Capri, los visitantes eran escasos, aunque, habida cuenta de la distancia, su número fue asombroso. Todo ruso que iba a Italia consideraba un deber efectuar esta peregrinación, sin hablar de aquellos a los que Gorki y la señora Andreeva invitaban a residir en su casa algunos días o algunos meses: los amigos, los enfermos, los hambrientos, los desesperados, a quienes se sacaba a flote, a quienes se practicaba una cura de optimismo.

Pero estaba sobre todo la cuestión de las cartas, una correspondencia enorme que afluía del fondo de las provincias rusas, misivas torpes, con direcciones inverosímiles: *Suiza, Isla de Chipre. Gorki,* y que, a pesar de todo, llegaban a su destino, confesiones, manuscritos, preguntas sin cesar. Leía todas las cartas, seria, atentamente, y respondía a todas. Fue quizá el único escritor del mundo que cuidó de que, por su culpa, ningún humilde se sintiese herido.

El hombre es la única maravilla sobre la tierra;
todas las demás son producto de su imaginación,
de su inteligencia, de su voluntad creadora.

Máximo GORKI

A finales de 1913 —pese a que, con anterioridad, Lenin y Gorki ya habían tenido sus dares y sus tomares— el ideológo revolucionario animó a Gorki —tranquilizado éste por las explicaciones de

Chaliapin, favorito de la Corte— a aprovecharse de la amnistía concedida con ocasión del 300 aniversario del advenimiento de la dinastía de los Romanov, para regresar a Rusia. Lo hizo. La acción judicial se encontraba archivada, pero el departamento de policía ordena de inmediato mantener al escritor *en constante y estricta vigilancia.*

La guerra determina una escisión en el seno de los partidos socialdemócrata y socialrrevolucionario. Unos, Plejanov, Kropotkin, Deutsch, Vera y Zasaluch, se declaran partidarios de una guerra contra el militarismo alemán: son calificados de *socialpatriotas* por Lenin, Zinoviev y Bujarin, quienes, por su parte, prefieren el *derrotismo,* en la esperanza de que la derrota del Imperio ruso aboque a la revolución. Gorki, hostil por naturaleza a toda guerra, se alinea al lado de los leninistas, con tal impulso que no duda en apartarse de Zinovi Pechkov, su hijo adoptivo, que combate en las filas del ejército francés (recientemente fallecido con el grado de general y embajador de Francia).

En las condiciones draconianas de la censura militar, recurriendo a menudo al *maldito lenguaje abusivo de Esopo,* Gorki sostiene una lucha encarnizada contra la burguesía de derechas, el capitalismo, el colonialismo (*el peligro blanco*), el antesemitismo; en suma, contra la opresión en todas sus formas. Llega a dar a la revista *Los anales* (Lietopis), que había fundado en 1915, un acento derrotista. En 1914, publica la primera *Antología de los escritores proletarios* (la segunda aparecerá en 1917), que señala una etapa importante hacia una literatura democrática.

Estalla la revolución. Pero el estampido de octubre encuentra a un Gorki desconfiado. Teme los horrores de la guerra civil, la dictadura, el terror, teme sobre todo a esa marejada popular que ve aproximarse. ¿Sabrán dominarla los *soviets*? Gorki no ve la salvación más que en la alianza de la elite obrera con las fuerzas intelectuales del país, es decir, con la *intelligentsia* liberal de los sabios y los técnicos. Sólo le parece posible la revolución si se consigue la elevación del nivel cultural del pueblo. Preconiza, por tanto, la democratización del saber y la salvaguardia de los valores de la civilización, *una construcción cultural inmediata, planificada, multiforme y perseverante.* En pleno caos funda la Libre Asociación para el Desarrollo y la Propagación de las Ciencias Positivas, Ligas de Educación Social, Cultura y Libertad, y, sobre todo, la Comisión para la Protección de los Museos, de los Objetos de Arte y de los Monumentos Históricos. Trotski dirá: *Gorki acogió la revolución con la inquietud de un director de museo. Los soldados en desbandada y los obreros que no trabajaban le producían horror.*

En su diario *La vida nueva,* Gorki no cesa de entablar polémicas con *Pravda,* de estigmatizar *los linchamientos, el veneno del poder*

que, dice, ciega a Lenin y a sus compañeros, haciéndoles sacrificar a las masas el precioso cerebro del país. En su número de Navidad de 1917, escribe: *Lo más grande que ha creado la humanidad son los dos símbolos que expresan sus aspiraciones supremas: Cristo, inmortal idea de caridad y misericordia, y Prometeo, enemigo de los dioses, el primero en rebelarse contra el destino.*

Enemigo decidido del régimen del comunismo de guerra, se conducía como oponente del gobierno soviético. Esto le acarreó la desconfianza e incluso la hostilidad de la camarilla de Lenin y especialmente de Kameniev y Zinoviev. Con ocasión de la terrible hambre padecida, 1919-1920, el escritor salió momentáneamente de su semidesgracia. El gobierno soviético, con la esperanza de obtener la ayuda de los países occidentales, quiso hacerse aliados entre los intelectuales. Gorki, el amigo y protector de éstos, era la persona indicada para servir de fiador. Con su activa ayuda se formó, pues, el Comité Panruso de Ayuda a los Hambrientos. Hubo un breve período liberal, pero muy rápidamente la checa puso fin al mismo, enviando a prisión a casi todos los miembros del Comité. Gorki, en su desesperación, acusaba a Kameniev de haberle hecho desempeñar el papel de provocador.

Justiciero implacable, el escritor, a quien su prestigio y su amistad con Lenin hacían tabú, se tornaba demasiado molesto. Y como su salud estaba de nuevo quebrantada, Lenin insistió en la necesidad de su partida hacia el extranjero, donde podría hacerse cuidar en condiciones imposibles de conseguir en la hambrienta Rusia. Pero el revolucionario necesitó mucho tiempo y persuasión para lograr que Gorki consintiera en marcharse. Finalmente, en 1921, cedió. Este nuevo exilio debía durar siete años, que el literato vivió como semioponente al régimen soviético, sin romper nunca con él, sin atacarle jamás en presencia de Europa, esperando en todo momento ver su humanización. Pensó incluso que podía servirle, tratando en vano de establecer el lazo de unión entre los *soviets* y los escritores rusos emigrados.

En enero de 1924 muere Lenin, y Gorki, lleno de desconfianza en los sucesores, no se decide a regresar a Rusia. Le gustaría volver a Capri, pero el gobierno fascista duda en dejarle entrar en Italia. Finalmente, en la primavera, es autorizado a residir no en Capri, donde, según declaran las autoridades mussolinianas, *su presencia podría despertar ciertas pasiones políticas,* sino... en Sorrento, ¡lugar políticamente más seguro en apariencia! Gorki permanecerá allí durante cuatro años, haciendo la misma vida sencilla y laboriosa de siempre. Pero se repite el viejo drama: el escritor se ve atormentado por la nostalgia. El exilio de Capri había sido duro para el hombre de cuarenta años; el de Sorrento es insoportable para el de cerca de

los sesenta. Por lo demás, este exilio no tiene sentido: ya está hecha la revolución. De esta época nos queda un retrato expresivo con la mirada triste.

Tienen lugar interminables negociaciones entre el escritor —o más bien su camarilla— y los *soviets*, y cuando al fin decide volver a la URSS, los emigrados le acusan de *venderse al diablo*. En una breve carta aparecida en *Europa* (15 de agosto de 1928), Gorki precisa su posición: *Me considero* bolchevique *desde 1903, pero jamás me he adherido a ningún partido... Tuve diversas controversias con los bolcheviques y reñí con ellos en 1918; me parecía que serían incapaces de dominar a los campesinos, anarquizados por la guerra, y que, luchando contra ellos, sacrificarían el partido obrero. Pronto me convencí de mi error, y hoy estoy persuadido de que el pueblo ruso, a pesar de la guerra que le hacen los gobiernos de Europa y las dificultades económicas derivadas de ello, acaba de franquear el umbral de su renacimiento.*

Después Gorki explicará muchas veces este punto, particularmente en sus recuerdos sobre Lenin, pero su confesión más conmovedora se encuentra contenida en una carta al profesor Gruzdev, de fecha 19 de abril de 1933: *Se ha comprobado que el* teórico *Lenin conocía infinitamente mejor que yo la realidad rusa... Me parece que la* divergencia *entre nosotros reside, no sólo en la envergadura de la concepción y en la precisión de la teoría, sino también en algo que podría ser la altura del punto de observación. Ésta no es posible más que si se posee un raro don: saber considerar el presente a partir del porvenir.*

Siete años antes, Gorki había abandonado un país en ruinas, que apenas comenzaba a curarse de las llagas que le habían producido el hambre y la guerra civil.

El sentido de la revolución, el sentido del advenimiento de los *soviets* reside para Gorki en la promoción del hombre. ¿Que los emigrantes le acusan de haberse vendido por la gloria o por un espejismo? ¡Nada más falso! *Los autores de las cartas anónimas* —responde— *querrían saber por qué no repito ya las acusaciones que formulaba en 1917 contra los* soviets. *¡Pues respondo! En 1917 me equivocaba, en mi sincero temor de que la dictadura del proletariado acabase en la disgregación y el aniquilamiento de la única fuerza verdaderamente revolucionaria que poseíamos entonces: los obreros bolcheviques, políticamente educados. Este aniquilamiento habría comprometido por mucho tiempo la idea misma de la revolución social... No pretendo lisonjear al poder obrero y campesino, sino que admiro muy sinceramente su obra y su habilidad para despertar el entusiasmo por el trabajo creador.*

Las dificultades de los principiantes no cesaban de conmover a Gorki. En 1919 publicaba un curioso artículo, *Los escritores autodidactas*, en el que resumía los resultados del examen de más de cuatrocientos manuscritos que le habían sido dirigidos a Capri por escritores del pueblo. Gorki los había leído atentamente, anotado y clasificado. Entre los autores dominaban los obreros: 114; después venían los campesinos: 67; el resto era de composición diversa: 9 zapateros, 6 porteros, 5 soldados, 4 sastres, 4 ex presidiarios, 5 modistas, 3 criadas, 2 prostitutas, 1 lavandera, 1 guarda de cementerio, 1 agente de policía, etc. De 429 manuscritos, solamente 67 relatos y 6 obras teatrales estaban dedicados a la revolución: la mayoría de los autores hablaban de ella no en prosa sino en verso.

Durante su segundo exilio, en Sorrento, Gorki renueva la experiencia de Capri. En 1927, en sus *Notas de un lector,* da cuenta de doscientos libros de jóvenes autores soviéticos a los que trata de comprender y guiar. De regreso a Rusia, se integra en ese flujo literario que no cesa de subir, lee manuscritos, escribe prólogos, corrige, explica, discute línea por línea y, al resultarle imposible responder a cada uno, escribe cartas colectivas, dirigidas a grupos: principiantes, lectores, corresponsales obreros y campesinos, redacciones, escuelas de adultos, pedagogos (a propósito de lecturas infantiles que le interesan vivamente), tipógrafos, ferroviarios, guardias rojos, grupos literarios o dramáticos en conexión con clubs obreros, etcétera. También escribe artículos, da conferencias, redacta folletos, el más conocido de los cuales es *Cómo he aprendido a escribir* (1928), en el que quiere hacer aprovechar su experiencia a los principiantes, ahorrándoles la dispersión y las búsquedas inútiles.

En medio de su gloria, el escritor sigue siendo infinitamente modesto. Si habla sin cesar de su persona no es en absoluto para analizarse a sí mismo. Por el contrario —y se trata de un caso en verdad raro—, el autor de una obra tan vasta y en la que abunda tanto el elemento autobiográfico se desinteresa de su *yo.* Se dice de cuando en cuando que *su alma le hace daño,* que está triste y disgustado, es siempre con relación a hechos exteriores precisos, resultado de un orden social detestable que pretende demoler. No habla para mostrar en qué su *yo* se distingue de los demás, sino para tranquilizar, precisamente porque él es semejante a todo el mundo. En ningún momento, este hombre que, en vida, conoció una gloria sin par, cedió a la vanidad.

Por ello es importante aclarar una leyenda de la que Gorki no es en absoluto responsable y que proyecta sobre su memoria una sombra de ridículo que no mereció.

El 11 de octubre de 1931, Stalin y Vorochilov visitaban al escritor. En esta ocasión, les leyó uno de sus *pecados* de juventud, el poema *La joven y la muerte* (1892). Stalin escribió en la página, al sesgo, una especie de testimonio chistoso, firmado y fechado: «Este trasto es mucho mejor que el *Fausto* de Goethe; el amor vencedor de la muerte.» Decimos *testimonio chistoso,* primero en razón de su forma, y después porque es impensable que Gorki, dada su idiosincrasia y su respeto por los ilustres, y que situaba a Goethe entre los más grandes genios de la humanidad, pudiese tomar en serio la nota de Stalin. Existe una fotografía que parece relacionarse con la visita del 11 de octubre: nos muestra a Stalin, Vorochilov y Gorki, este último examinando un libro abierto, y los tres riendo a carcajadas. Sea como fuere, Gorki puso en el lugar correspondiente de su biblioteca el ejemplar que llevaba la inscripción de Stalin, y así quedó el asunto. Diecisiete años después se encontró el *testimonio* staliniano y se le dio la más amplia publicidad: la reproducción de la página fatídica apareció en la nueva *Enciclopedia Soviética,* en las obras completas de Gorki, y en numerosas revistas y monografías. Un pintor oficial tomó incluso este motivo como tema de un cuadro en el que Gorki, en una postura patética, lee su obra al dictador soviético y a Vorochilov (el pintor añadió incluso a Molotov). Evidentemente, esta divulgación no hubiese podido producirse sin el consentimiento de Josef Stalin, cuya apreciación —a juzgar por lo que se sabe de su gusto— podía ser perfectamente sincera. Gorki no estaba ya para defenderse. Así es como la crítica rusa tuvo que simular que la tomaba en serio, con gran alegría de los emigrados, libres de deplorar la barbarie soviética. Pero la *torpeza* fue lanzada por Europa que, no contenta con reproducir reverentemente *el juicio crítico* staliniano, lo acompañó con el texto mismo del poema.

Incluso dentro de la literatura rusa, generalmente bastante discreta sobre la vida íntima de los autores, pocos hombres de letras han defendido con más energía *la barrera de su vida privada.* Sus numerosos relatos autobiográficos no hacen referencia a ella, a excepción de su primer amor, la señora Kaminskaia, que le siguió en 1892 a Nijni-Novgorod. Y como una serie de emociones *tragicómicas* es como describe las divergencias entre él y esta *dama de su corazón,* como la llama, alegre, escéptica y cultivada. Ella compartía animosamente la miseria del periodista principiante, que cobraba a dos kopecs la línea, haciendo sombreros o retratos de popes y de sus esposas, y hablaba a Gorki de su estancia en París, de poetas que él no comprendía, de un mundo lejano y brillante. Gorki cuenta sin rencor cómo ella se durmió mientras le leía una de sus obras. Estos dos seres tenían pocas cosas en común y se separaron sin complicaciones dramáticas. En Nijni-Novgorod se casó. La señora Catherine

Pechkov era una típica *intelligentka* rusa, una ardiente revolucionaria. Estuvieron juntos pocos años; la señora Pechkov dio al escritor dos hijos: la pequeña Katiuchka murió joven y Máximo se convirtió en un inútil, a pesar de lo cual su padre sintió siempre un gran afecto por él. En la época de sus éxitos dramáticos, Gorki conoció a la señora María Andreeva, quien le acompañaría a América y a Capri. Bajo la revolución, le sucedió la inquietante baronesa María Budberg, que tenía el don de hacerse antipática a los amigos del escritor. Procedente del mundo aristocrático petersburgués, hablaba extremadamente bien varias lenguas y el ruso con acento inglés. Fue la compañía del segundo exilio del literato. En suma, la única mujer de la que Gorki habla con ternura y sin reservas fue la *reina Margot* de su adolescencia, de la que se forjó un ideal inaccesible.

A pesar de sus numerosas y crudas descripciones de desbordamientos sexuales, uno se siente inclinado a acusar de mojigatería a Gorki. Y es que —y el francés Melchior de Vogué lo ha observado mejor que los rusos— carece singularmente de sensualidad. Las brutales escenas eróticas que describe comportan siempre una segunda intención moralizadora que enfría al lector. Gorki es púdico hasta el extremo de sustituir la palabra *goce* por la de *placer.* A menudo, en sus relatos, vemos al narrador hacer de José, por pura nobleza de alma, lo que no siempre le libra del ridículo. Cuando, en *La confesión,* consiente en hacer un hijo a una joven y bella novicia que espera así hacerse expulsar del convento en el que se halla encerrada a la fuerza, se decide a hacerlo de mala gana y solamente por humanidad. Con todo, en su espíritu se trata del *sacramento del matrimonio.*

¿Cómo fueron los últimos años de Gorki? ¿Se adhirió por completo al régimen soviético, o bien discutió, protestó, contradijo? ¿Es verdad que llenó de quejas varios cuadernos voluminosos, misteriosamente desaparecidos con ocasión de su muerte? Nada sabemos de ellos. El pasmoso comunicado oficial del 3 de marzo de 1938 ha dado pábulo a estas fábulas. Dos años después de la muerte del escritor, acaecida el 18 de junio de 1936 a consecuencia de una pulmonía, este comunicado declaraba que había sido *médicamente asesinado* por los doctores que le habían tratado, por orden del jefe de la Checa, Iagoda, y del *centro trotskista de derecha.* Se precisaba además que el hijo de Gorki, el jovial y anodino Máximo, cuya muerte —igualmente a consecuencia de una pulmonía— había precedido en un año a la de su progenitor, había sido así mismo víctima del mismo complot.

¿Qué había de cierto en tan terrible acusación? Su paralelismo con el caso de los médicos acusados de delitos análogos, el 13 de enero de 1953, esta vez por instigación de Beria, y rehabilitados

inmediatamente después de la muerte de Stalin, hacen sospechoso el asunto. En ausencia de una documentación seria y fehaciente, la prudencia aconseja desestimar hipótesis que conduzcan al error y al confusionismo. Cualesquiera que pudiesen ser las razones del gobierno soviético para rodear de vigilancia al bullicioso escritor, vigilancia que ni el propio Lenin había conseguido, es lógico suponer que un hombre de sesenta y ocho años, cuya pulmonía agravaba el estado de un organismo quebrantado por medio siglo de enfermedad pulmonar, pudiese morir por puras y simples razones físicas. Cabe, incluso, deplorar la vulgar sospecha lanzada sobre el último instante de uno de los hombres más puros y más desinteresados que ha conocido el mundo de las letras.

Aun estando situado, literariamente, en las antípodas, Alexandre Blok lo comprendía profundamente al decir: *Si existe ese no sé qué inmenso, vasto, nostálgico, esa tierra prometida del alma, que acostumbramos a designar con el nombre de Rusia, Gorki es quien mejor ha sabido expresarlo.*

Francisco CAUDET YARZA

LA MADRE

MÁXIMO GORKI O EL OFICIO DE SER HOMBRE

¡Qué mejor oficio que el de ser hombre sobre la tierra!

MÁXIMO GORKI

EL CONTEXTO SOCIAL

La historia moderna de Rusia es la historia de los movimientos político-sociales protagonizados por el campesinado y por el proletariado urbano. Su literatura surge de este estado social, y la novela, como género literario, representa en lo esencial la traducción formal de tales acontecimientos. Y es que en la Rusia que experimenta en la transición del siglo XIX al XX unos espasmos que jamás sacudieron a país alguno, los conceptos de intelectualidad y de movimientos políticos activistas resultan inseparables.

Ciertamente cabe decir que, en la época a la que nos estamos refiriendo, el ruso culto tiene una conciencia política y social tan desarrollada que parece casi inconcebible cualquier manifestación artística con otro contenido. La literatura, y concretamente la novela, es en Rusia el vehículo a través del cual se canaliza el lanzamiento publicitario de las ideologías de izquierdas durante el reinado de los últimos zares. Máximo Gorki será el novelista que de una manera más resuelta y convencida asumirá este papel. Esta toma de postura, este nuevo florecimiento cultural tiene su origen en la actividad poética de la nobleza campesina progresista, empeñada en la tarea de promover, frente al despotismo de la autocracia, los ideales de ilustración, de democracia y de honda transformación del orden existente. ¿Qué mejor contexto social para un autor tan extraordinaria-

mente receptivo como Gorki que el que le deparó su momento histórico, esto es, que el espectáculo del derrumbamiento de un orden feudal y caduco frente a los albores de un mundo nuevo que amanecía cargado de esperanzas para una sociedad sumida en una explotación y en una miseria perpetuadas a lo largo de los siglos?

En la época de Puschkin, la clase culta rusa la constituía en su mayor parte la nobleza liberal, abierta a los nuevos aires que soplaban desde Occidente. Pero a mediados del siglo XIX nace una nueva vanguardia cultural y política —la *Intelligentsia*—, formada por intelectuales con ideas radicales de izquierdas, que terminará liquidando el predominio de la nobleza en la literatura rusa. De esta forma, la orientación espiritual y artística pasará de manos de la nobleza culta a las de una intelectualidad que mantendrá por lo general intacta su tendencia hasta la revolución de octubre de 1917.

Éste es, en síntesis, el contexto socio-cultural que precede al nacimiento de nuestro escritor, hecho que aconteció el 14 de marzo de 1868 en Nijni-Novgorod.

Alejandro II, Alejandro III y Nicolás II son los zares que gobiernan los extensos y peculiares territorios rusos hasta la gran revolución bolchevique. Su política vino marcada por el signo de la tiranía autocrática, si bien con fluctuaciones de distinta intensidad, pues si Alejandro III fue un paradigma puro de la tiranía a ultranza, los otros dos zares se mostraron más transigentes, siempre —claro está— dentro de una concepción autoritaria del poder. Con todo, el ejemplo de estos tres últimos zares no constituye el único caso de la historia de Rusia en el que a la intransigencia de un gobernante le sucede la mayor tolerancia de otro. Pero lo cierto es que todos los zares hicieron uso del poder absoluto con un rigor mucho mayor que cualquiera de las dictaduras europeas modernas. Realmente, las fluctuaciones que cabe detectar en esta línea política despótica vinieron determinadas por el temor que sintieron los zares a las revueltas populares, cuya primera manifestación seria cabría situar en la que tuvo lugar en San Petersburgo en 1825.

Con Alejandro II se inician una serie de reformas sociales, la más importante de las cuales fue la emancipación formal de los siervos, el grupo más numeroso de la sociedad rusa, y decimos formal, porque, aunque dejaron de pertenecer a los terratenientes, pasaron a ser propiedad de la maquinaria comunal en aquellos numerosos puntos regidos por este sistema. Esto provocó un gran número de levantamientos campesinos exigiendo el derecho a la propiedad de la tierra, cuya magnitud sólo es posible calibrar si tenemos en cuenta que la Rusia de la época era un país sin industrializar, con una economía esencialmente basada en la agricultura.

En suma, el talante reformista de Alejandro II quedó interrumpido a raíz de ciertos acontecimientos que hicieron que se volviera a intensificar la dinámica brutalmente represiva. Ciertamente, las revueltas realizadas por los campesinos presuntamente emancipados, los incendios provocados en San Petersburgo en 1862 por grupos revolucionarios y, sobre todo, el atentado perpetrado contra el zar por Dimitri Zarakozov en 1866 representaron un vivo combustible que hizo que se reavivara el despotismo. Cuando en 1870 surgió un movimiento, formado en su mayoría por estudiantes, que intentó aproximarse al pueblo sobre la base de educar y agitar al campesinado, el edificio socio-económico entero pareció en trance de estallar. Bien es cierto que el gobierno aniquiló este movimiento de concienciación política y cultural popular, pero la victimación del mismo suscitó como represalia una etapa de terrorismo que culminó en un atentado mortal contra el zar. Era el año 1881, es decir, cuando nuestro autor sólo contaba trece años de edad.

Cuando Alejandro III subió al trono, quedó de manifiesto la sinrazón de quienes confiaban en que la muerte de su antecesor iba a suponer, si no el fin de la tiranía, sí al menos un reblandecimiento de la dureza en el ejercicio del poder. El nuevo zar, por el contrario, volvía a implantar el lema de ortodoxia, autocracia y nacionalismo como línea maestra de su política absolutista. Durante su mandato se persiguió a las minorías étnicas y religiosas y se impusieron nuevas restricciones a los campesinos, la más dura de las cuales fue la creación de un cuerpo de vigilancia llamado «los capitanes de la tierra», con amplios poderes.

Si la represión fue la constante de la conducta política de Alejandro III, su sucesor Nicolás II no pudo ya mantener semejante tesitura. En Rusia soplaban nuevos vientos y se respiraba el futuro inminente de la revolución. En efecto, a la de 1905 sucedió la de 1917, que puso fin al régimen zarista, cerrando un largo período en la historia política del país. Esta fecha no sólo supuso la liquidación del viejo orden feudal, sino también el triunfo de la línea marcada por los bolcheviques. Gorki tiene cuarenta y nueve años, ha escrito ya gran parte de su obra y en Rusia es tenido por una figura puntera de su literatura. No es de extrañar, pues, que Lenin, el líder indiscutible de la nueva situación política, se refiriera a nuestro autor en los siguientes términos: «Está bien, muy bien que Gorki se encuentre a nuestro lado. Gorki es un verdadero escritor revolucionario, tiene un talento colosal, no gimotea, no le gusta el lodo de los intelectuales, y eso está bien. Comprenderéis la importancia que tiene que un artista se sume a nosotros, a la causa obrera.»

EL HOMBRE

El verdadero nombre de Gorki es Alexei Maximovich Pechkov, y, como antes se dijo, nació el 14 de marzo de 1868. De origen sumamente humilde, queda huérfano de padre a los cinco años de edad y es recogido por su abuelo, tras no pocas dificultades y apuros familiares. Su infancia transcurre en el seno de una familia en la que se producen continuas escenas de violencia. La primera travesura la pagó nuestro autor con un severo castigo que él mismo evoca con estas palabras: «Mi abuelo me azotó hasta que perdí el conocimiento, y durante varios días estuve enfermo y acostado sobre el vientre.»

A la muerte de su madre, el abuelo le dedicó al oficio de zapatero en su localidad natal, en el que permaneció poco tiempo, pues su naturaleza inquieta y su carácter audaz le obligaban a variar muchas veces de profesión en pequeños intervalos de tiempo. Ésta es la razón de que llegara a recibir una amplia gama de virtudes y de conocimientos recogidos de gentes de baja condición social, que más tarde constituirían un material inapreciable en la configuración y la descripción de los tipos que aparecen en sus novelas. Pese al ambiente duro y embrutecido en el que transcurrió su infancia y su adolescencia, el espíritu atento de Gorki a cuanto sucedía a su alrededor le permitió conservar en el arcón de sus recuerdos unos paisajes y unas gentes de donde más tarde saldrán sus primeros personajes literarios.

Tras abandonar a su familia en un momento en el que el impulso a recorrer nuevos derroteros en busca de actitudes más acordes con su naturaleza se hizo irresistible, decidió entrar en el taller de un pintor de iconos, profesión en la que tampoco prosperó. Poco después se enrolaba como pinche de cocina en un barco que a través del Volga navegaba entre varias ciudades del país. A la luz de un cabo de vela o al resplandor de la caldera de ese barco, Gorki va descubriendo en sus prolongadas lecturas nocturnas el mundo apasionante de la literatura.

No ha pasado mucho tiempo cuando encontramos a Gorki en Kazán entablando amistad con algunos estudiantes de humanidades que habrían de despertar en él la inquietud y el entusiasmo por el estudio. Su escasez de recursos económicos le cierra las puertas de la universidad, viéndose obligado a cumplir las funciones de simple aprendiz de panadero. Es en Kazán precisamente donde comienza su actividad política al conocer a Andrés Derenkov y a varios estudiantes de ideas revolucionarias. El contacto con ellos va perfilando su carácter y le dota de una sensible actitud crítica ante las injusticias sociales. «Me daba cuenta —escribiría después recordándoles— de que estaba en presencia de gente que se proponía mejorar la existencia.»

Su falta de dedicación al trabajo de la panadería le hace perder su colocación, obligándole a regresar a su pueblo natal, donde logra entrar como escribiente en el despacho de un abogado. Pero la vida sedentaria y abúlica cansa a un hombre con alma de vagabundo, ansioso de recorrer los inmensos territorios de su país. Para esta nueva singladura cuenta, empero, con mayores recursos: su cultura había aumentado notablemente y la suerte de trabar contacto con el célebre escritor Korolenko, que supo apreciar sus excelentes dotes literarias, le permitía disponer de una ayuda para configurar su estilo. Gorki comprendió entonces que era el momento de responder a su clara vocación literaria y como primer ensayo escribió un cuento que envió a *El Mensajero del Norte,* una conocida revista de San Petersburgo. El cuento se publicó en varias ediciones con el pseudónimo de «Gorki» («hombre desgraciado» o «amargado», en ruso) que nuestro autor escogió en recuerdo de sus muchas penalidades sufridas.

A partir de este momento, el futuro literario de Gorki parece decidido. Sus escritos logran captar pronto la atención de los lectores y los principales editores de San Petersburgo se disputan su firma. Cuando Gorki tiene treinta años es ya uno de los personajes intelectuales más célebres de Rusia y se le llega a comparar con la figura señera de Tolstoi. Sus obras empiezan a ser traducidas a otros idiomas y cada una de ellas alcanza tiradas envidiables.

¿Cuál es la razón de tan fulgurante éxito? La respuesta resulta sencilla: Gorki es el primero en introducir en la literatura la figura de los *bosiaks,* esto es, de los desharrapados, de aquellos a quienes la marginación social sitúa en una posición suprahumana, de hombres plenamente individualistas, encarnaciones puras del espíritu de libertad que añoraba el pueblo ruso. Ciertamente, la literatura autóctona había dado ya a conocer la figura de los *mujiks,* los campesinos tristes y abatidos a quienes la brutal explotación sufrida a lo largo de siglos no había logrado apagar un alma pletórica de sensibilidad. Sin embargo, Gorki quiso ser el vate epistolar de los perfectos vagabundos, de los mendigos, de los fuera de la ley, de esos delincuentes a quienes Nietzsche no dudará en equiparar a su concepto de hombre superior, frustrado por las condiciones ambientales. Puede que ningún novelista ruso haya descrito mejor los bajos fondos de la sociedad, de un mundo tan sombrío, del negativo fotográfico de las esplendorosas fiestas de la corte zarista. La lectura de ciertos pasajes de sus obras producen un efecto desgarrador por el verismo con que el novelista describe la miseria de su país y de su época. Su novela *La Estepa* constituye un claro ejemplo; toda ella está transida de un patetismo estético en el que Gorki plasma la existencia del eterno vagabundo, siempre comprometido en la aventura,

abierto a cualquier desafío y mostrando al viento su espíritu inquieto e indomable. Y es que hay que advertir que Gorki no se limita a reproducir con realismo lo sórdido y lo marginado, sino que trata de captar y de transmitir su alma, el espíritu de lo que la sociedad rechaza porque no lo comprende, lo cerca que se halla de lo sobrehumano aquel que no se integra en un modelo de vida establecido.

Gorki descubriría precozmente en su infancia las costumbres y los vicios de la pequeña burguesía; el trato del marido con la esposa o del padre con el hijo reducido a golpes, en un clima dominado por la brutalidad y el miedo. En los primeros capítulos de *La Madre,* por ejemplo, Gorki nos presenta a Mijail Vlásov, el padre de Pável, como un personaje sacado de ese ambiente: rudo, silencioso, desconfiado, brutal, incapaz de que pasen varios días sin propinar una paliza a alguien. En los capítulos siguientes, sin embargo, tras la muerte de este personaje y la renuncia de su hijo Pável a seguir los mismos derroteros, las actividades revolucionarias parecen serenar la agresividad de los sujetos descritos. En realidad, es la anécdota elevada a la categoría de emancipación política, el trato brutal interpersonal generalizado a nivel de vida de un pueblo que sólo la liquidación del Estado puede cercenar de raíz. Gorki lo señala: «Así han puesto a unos enfrente de otros; los han cegado con la estupidez y con el miedo, los han atado de pies y manos, los oprimen, los explotan y los golpean, valiéndose de unos contra otros. Han convertido a los hombres en fusiles, en palos, en piedras, y dicen: *Esto es el Estado.*»

La actividad literaria de Gorki es paralela, pues, a su dedicación política. Su radicalismo le llevó a tener que abandonar el país, víctima de persecuciones. Se refugió, así, en Estados Unidos, país que no le gustó, y pasó posteriormente a París y a Capri, de la cual fue un enamorado y donde organizó, junto con un grupo, una escuela de propaganda revolucionaria. Es el momento del esplendor literario, tras su vuelta a Rusia, donde alcanza en el Partido Socialdemócrata una posición relevante. Sus novelas tienen ahora un carácter divulgador y propagandista en la plasmación de ambientes característicos del oscuro cuadro de las fábricas, de la masa proletaria urbana y del hormigueante mundo de los vagabundos.

Gorki retorna al realismo crudo de sus primeras obras dando a la posteridad la fisonomía definitiva de su talento como escritor. *La Confesión* es un autoanálisis de su ideario y de sus relaciones con el pueblo ruso. En *Infancia* (1913), *Por el mundo* (1915) y *Mis universidades* (1923), el novelista abandona la propaganda directa y rememora su juventud pasada en la que se forjó como escritor y se acrisoló su ideología revolucionaria. Su mirada no es la del frío objetivo de una cámara cinematográfica, sino la de un hombre sensible al

dolor de sus semejantes que a través del prisma de su visión personal proyecta lo que observa en su producción literaria.

Esta vena creativa se vio truncada por un nuevo acercamiento a la política. Gorki no podía dar la espalda a sucesos tan importantes como la guerra mundial de 1914 o la revolución bolchevique de su país en 1917. Amigo de Lenin, le ofreció su colaboración en el plano cultural para la acción formativa que venía exigida tras la toma del poder político. Gorki organiza las casas de escritores, monta editoriales, proyecta revistas, abre bibliotecas populares, con la penuria de medios propia de la instauración de un orden nuevo levantado sobre los escombros de la guerra y la miseria endémica de la gran nación rusa. Esta tarea urgente y casi compulsiva, que le hará aparecer como el primer ejemplo del «realismo socialista», le despeja sus dudas de intelectual sobre la misión social del escritor.

Con todo, el inquieto Gorki se enfrenta con el Partido a causa de la lucha que éste desencadena contra la *Intelligentsia*, defendiendo los intereses de los intelectuales rusos, a pesar de las desavenencias que antes había tenido con ellos. Enfermó y regresó de nuevo a Italia, estableciéndose en Sorrento, pero en 1928, por invitación de Stalin, se incorporó a su patria, y en 1936 fue elegido presidente de la Unión de Escritores Soviéticos.

En este último periodo, Gorki inicia una nueva etapa literaria en la que no aboga por una clase oprimida y dominada por el hambre de libertad, sino que dibuja una sociedad triunfante que busca la justificación de su acción revolucionaria. *El asunto de los Artamonov* es una de estas novelas posrevolucionarias en la que analiza el proceso seguido por cinco generaciones de una familia, desde el primitivo intento de acumular riquezas, pasando por la toma de conciencia revolucionaria de los miembros jóvenes, hasta las dificultades de adaptación del viejo patriarca, incapaz de integrarse en la nueva sociedad. *La vida de Klim Samgion* es la historia de un intelectual que protagoniza cuarenta años de vida rusa. Sus obras teatrales *Los bajos fondos* y *Los pequeños burgueses* apenas contribuirán a su gloria como novelista. Murió en 1936 en Moscú, rodeado de misteriosas circunstancias para las que no han faltado interpretaciones que hablan de suicidio o incluso de asesinato por motivos políticos.

LA OBRA

La Madre es una de las novelas más representativas de Gorki y, junto a *Foma Gordeev* (1899) y *Los Tres* (1901) constituye la trilogía que consagró el concepto marxista gorkiano. Con todo, la novela que ahora presentamos es tal vez la que mejor define el ideario

político de nuestro autor. La escribió en Estados Unidos durante una temporada que pasó en casa de unos amigos hacia 1907. Fue éste un periodo de fecunda creación literaria desde la clave casi exclusiva del revolucionarismo político. Por entonces el gobierno de Nicolás II se encontraba arruinado tras la guerra que había mantenido con el Japón, por lo que intentaba negociar un préstamo económico con los Estados occidentales. A Gorki se le encargó la misión de impedir que tal ayuda se llegara a conceder, a base de influir con sus escritos en la opinión pública.

Los hechos que configuran la novela eran reales y Gorki los conocía por haberse desarrollado en las fábricas de Sormovo. Allí conoció el autor a sus héroes: el obrero Zalomov, quien tras un periodo de relativa apatía sintió que su espíritu se encendía en favor de la acción subversiva, y a su madre Anna, campesina analfabeta que tenía la misión de repartir octavillas propagandistas. En la novela Zalomov toma el nombre de Pável Vlásov, sobre el que Gorki proyecta las virtudes ideales del activista revolucionario, y Anna el de Pelagueia Nilovna, la madre que da título a la obra.

El argumento sigue paso a paso el proceso real, pues Pável, superado un primer momento de indiferencia en el que recurre al alcohol para evadirse del mundo miserable y brutal que le rodea, toma conciencia de su destino como activista político al leer una serie de libros revolucionarios. A partir de este momento la novela describe —más con diálogos que con pinturas ambientales— el activismo de un grupo de agitadores a través de los cuales Gorki perfila las virtudes de su héroe por excelencia: un hombre impulsado casi fatalmente a buscar la verdad y la justicia, por cuya causa está dispuesto a sacrificarlo todo, con la clara conciencia de que su final no puede ser otro que la deportación o la muerte.

El punto culminante de la obra es el encarcelamiento y posterior juicio de este grupo activista, cuya defensa personal ante los jueces facilita al autor la presentación de su ideario y de su estrategia política. Huelga decir que el resultado de este simulacro de juicio es la deportación a Siberia de todos los encausados. Su sacrificio, empero, no habrá sido baldío, pues la madre, contagiada del valor de los revolucionarios, se encargará de difundir por escrito el contenido del discurso de su hijo, enfrentándose a un grupo de gendarmes que la emprenderá a golpes con ella. Este final seco y duro de la novela se aclara ante el grito que la protagonista lanza a la cara de sus verdugos: «¡No apagarán la verdad ni con mares de sangre...!»

El éxito que *La Madre* mereció desde la fecha de su primera edición se encuentra fuera de todo comentario. Fue traducida a numerosos idiomas y se adaptó a una versión cinematográfica. Gorki había hecho algo más que un relato pintoresco y localista de la vida cotidia-

na de un grupo de obreros en las fábricas de su país. Su relato trascendía los límites del tiempo y del espacio y reflejaba, con un estilo directo, escueto, sin concesiones al detalle innecesario, toda la hondura del dolor humano, toda la brutalidad de la explotación de unos individuos por otros. Pero, a la vez —y he aquí una de las claves de su acierto—, *La Madre* era un canto de esperanza a las posibilidades que tiene el hombre de superar el terror y el sufrimiento cuando está guiado por una convicción sólida e iluminado por el resplandor de una verdad incuestionable. Lo que en los escritos científicos de Marx se expresaba en un lenguaje árido y especializado había sido traducido por Gorki a un relato conmovedor, capaz de entusiasmar y de movilizar a masas enteras de seres humanos sometidos a cualquier forma de tiranía.

El ansia de emancipación de la clase trabajadora había encontrado en el escritor ruso un portavoz eficaz. No era sólo el alma rusa lo que palpitaba en las páginas de su obra; era el estremecimiento del hombre sin apelativos, el individuo de carne y hueso sumido en la miseria y en el dolor, que sabe sacar de sí mismo la energía necesaria para superar su estado a impulsos del ansia de libertad y de la sed de justicia.

José Rega Barco

PRIMERA PARTE

I

En el arrabal obrero, la sirena de la fábrica lanzaba cada día al aire, saturado de humo y grasa, su vibrante rugido; obedientes a su llamada, unos hombres sombríos, de músculos entumecidos por la falta de sueño, salían de las casuchas grises, corriendo como cucarachas asustadas. A la luz fría del amanecer, iban por la calleja sin empedrar hacia los altos jaulones de la fábrica, que les esperaba, segura, indiferente, alumbrando el fangoso arroyo con sus decenas de ojos cuadrados y grasientos. Chapoteaba el barro bajo los pies, resonaban voces soñolientas en roncas exclamaciones, groseras injurias rasgaban el aire con rabia y una oleada de ruidos diversos venía al encuentro de los obreros: el pesado jadeo de las máquinas, el gruñido silbante del vapor. Sombrías y severas, destacábanse las altas chimeneas negruzcas, que se alzaban sobre el arrabal como gruesos mástiles.

Al anochecer, cuando se ponía el sol y sus rayos rojos brillaban sin fuerza en los cristales de las casas, la fábrica vomitaba gente de sus entrañas de piedra, como si fuera escoria, y los hombres, ahumados, negros los rostros, centelleantes las dentaduras hambrientas, volvían a pasar por la calle, dejando en el aire el persistente olor de la grasa de máquinas. Entonces había en sus voces animación y hasta alegría; habían terminado los trabajos forzados de aquel día; la cena y el descanso les aguardaban en casa.

La fábrica se había tragado una jornada más y las máquinas habían succionado de los músculos del hombre cuantas fuerzas necesitaran. El día habíase borrado de la vida, sin dejar rastro alguno; el hombre había dado un paso más hacia la sepultura; pero veía cerca, ante sí, el gozo del descanso, los placeres de la taberna llena de humo, y estaba satisfecho.

Los días de fiesta dormían hasta eso de las diez de la mañana; luego, la gente seria y casada se ponía la ropa dominguera y se marchaba a misa, regañando a los mozos que encontraba a su paso, por su indiferencia en punto a religión. Volvían de la iglesia a casa,

comían unas empanadas y acostábanse de nuevo a dormir, hasta el atardecer.

La fatiga acumulada durante largos años les quitaba el apetito, y, para comer, bebían mucho, excitándose el estómago con el fuego abrasador de la vodka.

A la caída de la tarde, paseaban sin prisa por las calles; los que tenían chanclos se los ponían, incluso cuando el suelo estaba seco, y los poseedores de un paraguas lo sacaban, aunque luciese el sol.

Cuando se encontraban unos con otros, hablaban de la fábrica, de las máquinas, maldecían de los contramaestres. Todas sus palabras, todos sus pensamientos estaban vinculados al trabajo. La razón, torpe e impotente, sólo lanzaba aislados chispazos, débiles resplandores de un instante en la monótona uniformidad del día.

Una vez en casa, reñían con sus mujeres, pegándoles a menudo, con todas sus fuerzas. Los mozos se quedaban en las tabernas u organizaban francachelas en casa de uno o de otro, tocaban el acordeón, cantaban canciones soeces y obscenas, bailaban, soltaban palabrotas groseras y bebían. Agotados por el trabajo, se embriagaban con facilidad, y en todos los pechos se iba alzando una irritación morbosa, incomprensible, que buscaba desahogo. Y aferrándose a cualquier oportunidad para dar suelta a este sentimiento inquieto, se lanzaban, por nimiedades, unos contra otros, como bestias enfurecidas. Surgían sangrientas peleas, que a veces terminaban con heridas graves o llegaban al homicidio.

El sentimiento de animosidad en acecho dominaba en las relaciones mutuas entre las gentes, tan inveterado como la fatiga incurable de los músculos. Las gentes nacían con esa enfermedad del alma, herencia de los padres, que como negra sombra les acompañaba hasta la tumba, incitándoles a cometer, en el transcurso de su vida, acciones repugnantes por su inútil crueldad.

Los días de fiesta los jóvenes volvían a casa a altas horas de la noche, con las ropas destrozadas, llenos de barro y polvo, con la cara partida, jactándose perversamente de los golpes asestados a los camaradas, ofendidos, coléricos, o llorando de despecho, ebrios y lastimosos, infelices y repugnantes. A veces los padres llevaban a casa a sus hijos. Se los encontraban tumbados en la calle, al pie de una valla o en la taberna, borrachos, sin conocimiento. Terribles insultos y puñetazos llovían entonces sobre los fláccidos cuerpos de los hijos, desmadejados por la vodka; luego los acostaban, con más o menos cuidado, para despertarlos por la mañana en cuanto el rugido irritado de la sirena hendía el aire, como un turbio torrente, llamando al trabajo.

Aunque insultaban y pegaban duramente a sus hijos, las borracheras y riñas de los jóvenes parecíanles a los viejos cosa completa-

mente natural; ellos también, en sus mocedades, habían bebido y se habían peleado, y también sus padres les pegaban. La vida siempre había sido así: fluía regular y lenta como un río de turbias aguas, durante años y años, sin que se supiese hacia dónde iba, y toda ella estaba vinculada a las arraigadas y viejas costumbres de pensar y hacer siempre lo mismo, día tras día. Y nadie tenía el deseo de intentar cambiarla.

De cuando en cuando, aparecían en el arrabal gentes venidas de fuera. Al principio, llamaban la atención, sólo por ser desconocidos; después, despertaban un ligero interés superficial por sus relatos sobre los lugares en donde habían trabajado; más tarde, desaparecía la novedad, se acostumbraban a ellos y pasaban ya inadvertidos. Por lo que contaban, se echaba de ver que en todas partes la vida del obrero era la misma. Y puesto que era igual, ¿a qué hablar de ella?

Había, sin embargo, algunos que decían cosas nunca oídas aún en el arrabal. Nadie discutía con ellos, pero sus palabras extrañas eran escuchadas con desconfianza. Aquellas palabras suscitaban en unos irritación ciega; en otros, una confusa inquietud o una vaga sombra de esperanza en algo poco claro, y los hombres empezaban a beber aún más para desechar aquella alarma innecesaria, molesta.

Si observaban en el forastero algún rasgo desacostumbrado, los moradores del arrabal no lo olvidaban y le tenían a distancia durante mucho tiempo, tratándole con instintivo recelo. Era como si temiesen que aquel hombre distinto a ellos pudiera introducir en su existencia algo capaz de perturbar su curso tristemente normal, penoso, pero tranquilo. La gente estaba acostumbrada a que la vida oprimiera siempre con la misma fuerza, y, sin esperar ningún cambio favorable, consideraba que toda mudanza sólo podía dar lugar a una opresión mayor. Se apartaban en silencio de los hombres que decían algo nuevo. Entonces, éstos desaparecían, se marchaban a alguna otra parte, y el que se quedaba en la fábrica vivía aislado si no sabía fundirse en un todo con la masa uniforme de los pobladores del arrabal.

Y después de vivir así una cincuentena de años, el hombre moría.

II

De igual modo vivía el cerrajero Mijaíl Vlásov, hombre sombrío, velludo, de ojuelos recelosos que miraban desconfiados, con malvada ironía, bajo unas pobladas cejas. Era el mejor cerrajero de la fábrica, el hércules del arrabal; se mostraba grosero con sus jefes, y

por eso ganaba poco; no pasaba domingo sin que no diese una paliza a alguien; nadie le quería, y temíanle todos. También intentaban pegarle a él, pero sin conseguirlo. En cuanto Vlásov veía venir gente dispuesta a acometerle, agarraba una piedra, una tabla o un trozo de hierro y, afianzándose en la tierra con las piernas muy abiertas, esperaba callado al enemigo. Su cara —cubierta de ojos a cuello por negra barba— y sus manazas velludas causaban general espanto. Infundían miedo sobre todo sus ojos, pequeños y agudos, que penetraban en los hombres como taladros de acero. Cuando se tropezaba con su mirada, sentíase la presencia de una fuerza salvaje, impávida, pronta a golpear sin piedad.

—¡Ea, largo de aquí, canallas! —decía sordamente. Entre la tupida pelambrera del rostro, brillaban los dientes grandes y amarillos. Y los adversarios retrocedían increpándole medrosos, aullando una retahíla de denuestos.

—¡Canallas! —les gritaba lacónico, y en sus ojos fulguraba un sarcasmo punzante como una lezna.

Luego, irguiendo la cabeza con ademán retador, seguía a los enemigos, desafiándoles:

—¡A ver!, ¿quién quiere morir?

Nadie quería.

Hablaba poco, y «canalla» era su palabra favorita. Con esta palabra denominaba a los jefes de la fábrica y a la policía; con ella se dirigía a su mujer.

—¡Canalla! ¿No ves que los pantalones están rotos?

Cuando su hijo Pável hubo cumplido catorce años, le entraron ganas a Vlásov de tirarle una vez más de los pelos. Pero Pável, agarrando un pesado martillo, dijo conciso:

—¡No me toques...!

—¿Cómo? —preguntó el padre avanzando hacia el chico, de figura esbelta y fina, como avanza la nube sobre el abedul.

—¡Basta! —dijo Pável—. No te lo consiento más...

Y alzó el martillo.

Miróle el padre, se llevó a la espalda las velludas manos y repuso burlón:

—Bien...

Y luego de un profundo suspiro, agregó:

—¡Ah, canalla...!

Poco después de aquello advirtió a su mujer:

—No me pidas más dinero. Pável te dará de comer.

—¿Vas a bebértelo todo? —se atrevió ella a preguntar.

—¡A ti no te importa, canalla...! Me echaré una querida.

No se buscó una querida, pero desde aquel instante hasta su muerte, que aconteció unos dos años más tarde, no volvió a mirar a su hijo ni a dirigirle la palabra.

Tenía un perro tan grande y peludo como él mismo. Por las mañanas el animal le acompañaba hasta la fábrica, y todas las tardes le esperaba a la puerta. Los días de fiesta Vlásov iba de taberna en taberna. Caminaba en silencio, y, como si buscara a alguien, arañaba con la mirada a la gente. Durante todo el día, el perro iba en pos de él, gacha la cola grande y fastuosa. Vlásov volvía a casa borracho, cenaba y daba de comer en su mismo plato al perro. No pegaba ni regañaba nunca al animal, pero tampoco lo acariciaba. Después de cenar, si la mujer no andaba lista para retirar la vajilla de la mesa, tiraba los cacharros al suelo, se ponía delante una botella de vodka y, recostado contra la pared, abriendo mucho la boca y cerrando los ojos, berreaba con sorda voz, que infundía tristeza, una canción. Los melancólicos y discordes sonidos se le enredaban en los bigotes, haciendo caer las migajas de pan; el cerrajero se atusaba con sus dedazos la barba y los bigotes y seguía cantando. La letra de la canción era larga y un tanto incomprensible; su tono recordaba el aullido del lobo en invierno. Cantaba mientras había vodka en la botella. Luego, tendíase en el banco o apoyaba la cabeza en la mesa, y así dormía hasta que la sirena le despertaba. El perro echábase a su lado.

Murió de hernia. Durante unos cinco días estuvo retorciéndose en el lecho, muy cerrados los ojos, todo él ennegrecido, rechinando los dientes. A veces, le decía a su mujer:

—Dame arsénico, envenéname...

El médico ordenó que le pusieran a Mijaíl unas cataplasmas, pero advirtió que la operación era imprescindible y que había que trasladarle al hospital aquel mismo día.

—Vete al diablo, ¡ya me moriré yo solo! ¡Canalla! —barbotó Mijaíl con ronca voz.

Cuando el doctor se hubo marchado, su mujer, llorando, quiso convencerle de que se sometiera a la operación. Mijaíl, amenazándola con el puño crispado, declaró:

—Si me curo, ¡va a ser peor para ti!

Se murió una mañana, cuando la sirena llamaba al trabajo a los obreros. Yacía en el ataúd, abierta la boca sin acritud, pero el ceño continuaba fruncido con enfado. Le llevaron al cementerio su mujer, su hijo, su perro, Danilo Vesovschikov, un ladrón viejo y borracho despedido de la fábrica, y algunos mendigos del arrabal. La mujer lloró un poco en silencio. Pável no vertió ni una lágrima. Los que se cruzaban con el fúnebre cortejo se detenían persignándose y diciendo:

—Seguramente, Pelagueia se alegrará, estará contenta de que haya muerto...

Algunos corregían:

—No se ha muerto, ha reventado...

Ya enterrado el ataúd, marcháronse todos. El perro quedó allí, echado en la tierra recién removida, olfateando durante mucho tiempo la tumba, sin lanzar ni un aullido. A los pocos días, alguien lo mató...

III

Un domingo, unas dos semanas después de muerto el padre, Pável volvió a casa completamente borracho. Se acercó tambaleándose a la mesa y, descargando un puñetazo sobre ella, le gritó a la madre, como el padre solía hacer:

—La cena...

Acercóse Pelagueia, se sentó junto a Pável y, abrazándole, apoyó en su regazo la cabeza del hijo. Él trató de desasirse, empujándola con la mano en el hombro y gritando:

—¡Pronto, madre!

—¡Qué niño eres! —contestó ella con voz triste y acariciadora, venciendo su resistencia.

—También voy a fumar... Dame la pipa de mi padre —barbotó, moviendo con dificultad la lengua rebelde.

Era la primera vez que se embriagaba. La vodka le había debilitado el cuerpo, sin apagarle la conciencia, y en su cabeza martilleaba una pregunta:

«¿Estaré borracho...? ¿Estaré borracho?»

Las caricias de la madre le llenaban de confusión; le conmovía la tristeza de su mirada. Tenía ganas de llorar, y, para dominarse, se fingía más borracho de lo que en realidad estaba.

Y la madre le acariciaba los cabellos, revueltos, sudorosos, diciéndole quedo:

—Tú no deberías hacer eso...

Pável empezó a sentir náuseas. Después de varios vómitos fuertes, la madre le acostó, poniéndole una toalla húmeda sobre la frente pálida. Se despejó un poco, pero todo oscilaba en derredor y debajo de él; le pesaban los párpados, tenía en la boca un sabor repugnante y amargo; a través de las pestañas miraba la cara ancha de su madre y pensaba incoherente:

«Se ve que aún es temprano para mí... Los demás beben y no les pasa nada, y yo tengo náuseas...»

La voz dulce de la madre llegaba a sus oídos, como de lejos:

—¿Cómo vas a sostenerme, si te das a la bebida...?

Cerró los ojos con fuerza y repuso:

—Todos beben...

La madre dio un profundo suspiro. Tenía razón. Ya sabía ella que a los hombres no les quedaba más que la taberna, para sentir un poco de alegría. Sin embargo, le dijo:

—Pero tú, ¡no bebas! Ya bebió tu padre bastante por ti. Y bien que me atormentaba... Deberías tener lástima de tu madre, ¿no te parece?

Al oír aquellas palabras tristes, suaves, Pável recordó que, en vida del padre, la madre —silenciosa, siempre alarmada, en espera de los golpes del marido— pasaba inadvertida en el hogar. Últimamente, Pável, evitando los encuentros con el padre, apenas permanecía en casa y se había despegado un poco de la madre. Ahora, conforme iba recobrando la lucidez, la examinaba con atención.

Era alta, ligeramente encorvada; su cuerpo, roto por el trabajo incesante y los golpes del marido, movíase sin hacer ruido; parecía andar de costado, como si temiera de continuo tropezar en alguna parte. El ancho rostro oval, surcado por arrugas e hinchado levemente, estaba iluminado por unos ojos negros, de expresión triste e inquieta, como en la mayoría de las mujeres del arrabal. Sobre la ceja derecha tenía una cicatriz honda, que se le subía un tanto, y la oreja del mismo lado parecía también más alta que la izquierda, dándole al rostro una expresión asustada, como si estuviera siempre escuchando medrosa. Entre los espesos cabellos oscuros brillaban unos mechones canosos. Toda ella respiraba dulzura, sumisión, tristeza...

Y por sus mejillas resbalaban lentas las lágrimas.

—¡No llores! —suplicó el hijo en voz baja—. Dame de beber.

—Voy a traerte agua con hielo...

Pero cuando volvió, él ya se había dormido. La madre quedó inmóvil un instante. Temblábale el bote en la mano y los pedazos de hielo chocaban quedamente contra el metal. Después de dejar el cacharro sobre la mesa, se arrodilló en silencio ante las santas imágenes. Los cristales de la ventana recibían, temblando, las ondas sonoras de la vida ebria. En las tinieblas y la humedad de la noche de otoño, rechinaba un acordeón; alguien cantaba a voz en cuello, se oían repugnantes palabrotas; cansinas voces de mujer resonaban alarmadas, coléricas...

En la casita de los Vlásov, la vida empezó a transcurrir más tranquila y apacible que antes y algo distinta de la existencia corriente del arrabal. La casa estaba situada en un extremo de éste, junto a un talud de poca altura, pero muy escarpado, que descendía hasta un pantano. La cocina ocupaba un tercio de la vivienda; un tabique delgado, que no llegaba al techo, la separaba del cuartito que servía de

alcoba a la madre. Lo demás era una habitación cuadrada con dos ventanas; en un rincón, la cama de Pável, y junto a la pared maestra, dos bancos y una mesa. Unas cuantas sillas, una cómoda para la ropa blanca, un espejito sobre aquélla, un baúl con trajes y vestidos, un reloj en la pared, dos iconos en un rincón, y nada más.

Pável hizo todo lo que correspondía a un mozo de su edad: se compró un acordeón, una camisa de pechera almidonada, una corbata de vivos colores, unos chanclos y un bastón, y resultaba igual que todos los muchachos de su edad. Iba a las fiestecillas caseras, aprendía a bailar cuadrillas y polcas. Los días de fiesta volvía a casa bebido, y siempre sufría mucho a causa de la vodka. A la mañana siguiente le dolía la cabeza, le atormentaban los ardores de estómago, y su rostro, pálido, reflejaba tedio.

Una vez su madre le preguntó:

—Qué, ¿te divertiste mucho anoche?

Contestó con irritación sombría:

—¡Me aburrí espantosamente! Prefiero irme de pesca o comprarme una escopeta.

Trabajaba con celo, sin faltas de asistencia y sin que nunca le impusieran multas. Era callado. Sus ojos azules, grandes como los de su madre, tenían una expresión de descontento. No llegó a comprarse la escopeta ni a irse de pesca, pero empezó visiblemente a apartarse del camino trillado que todos seguían: asistía a las fiestecillas caseras cada vez con menor frecuencia, y aunque los domingos continuaba yendo a alguna parte, volvía siempre despejado. Observábale su madre con marcada atención y veía que el atezado rostro de Pável se iba tornando más afilado de día en día, más grave la mirada, mientras sus labios se apretaban con extraña severidad. Parecía disgustado o consumido por alguna enfermedad. Antes, le visitaban los amigos, pero como ya no le encontraban nunca en casa, habían dejado de venir. Notaba con agrado la madre que su hijo se iba diferenciando de los demás muchachos de la fábrica, pero cuando echó de ver su obstinación en alejarse del torrente oscuro de la vida monótona, sintió en el alma una vaga inquietud.

—¿No estás enfermo, Pavlusha? —le preguntaba a veces.

—Me encuentro bien —contestaba él.

—¡Estás tan delgado...! —decía la madre suspirando.

Pável empezó a traer libros a casa y a procurar leerlos sin ser visto; una vez leídos, los escondía en alguna parte. A veces copiaba algo en un trozo de papel, que también ocultaba.

Hablaban poco y apenas se veían. Por la mañana tomaba el té en silencio y se iba al trabajo; al mediodía llegaba a comer, y en la mesa sólo cruzaba con su madre unas palabras intrascendentes; luego volvía a desaparecer hasta la noche. Acabado el trabajo, se lavaba

cuidadosamente, cenaba y leía durante mucho rato sus libros. Los días de fiesta salía por la mañana para no volver hasta la noche, ya tarde. La madre sabía que se iba a la ciudad, que frecuentaba el teatro; pero nadie de la ciudad venía a verle. Parecíale que a medida que transcurría el tiempo, el hijo hablaba menos, y advertía a la par que, a veces, empleaba expresiones nuevas, para ella incomprensibles, mientras iban desapareciendo de su lenguaje los dichos groseros y las palabrotas que antes acostumbraba a emplear. En su conducta notábanse muchas pequeñeces que le llamaban la atención: había abandonado los pujos de elegancia y empezó a preocuparse más de la limpieza del cuerpo y de la ropa; se movía con mayor facilidad y desenvoltura, adquiriendo modales más sencillos y suaves, que inquietaban a la madre. Tratábala de modo nuevo: a veces barría la habitación, los domingos se hacia él mismo su cama y en general se esforzaba por aliviar el trabajo de ella. Nadie obraba así en el arrabal.

Una vez trajo un cuadro y lo colgó en la pared. Representaba a tres personajes que, hablando, se dirigían a algún sitio con ligereza y resolución.

—Es Cristo resucitado, camino de Emaús —le explicó Pável.

A la madre le gustó el cuadro, pero pensó:

«Honras a Cristo y no vas a la iglesia...»

Aumentaron los libros en el bonito estante que un carpintero, camarada de Pável, le había hecho. La habitación fue tomando un aspecto agradable.

Hablábale de «usted» y la llamaba «madre», pero a veces, de pronto, se dirigía a ella con cariño:

—Madrecita, no te inquietes, por favor; esta noche volveré tarde...

Y a ella le agradaba aquello, pues en sus palabras percibía algo serio y fuerte. Sin embargo, su inquietud iba en aumento; sin precisarse con el correr de los días, le cosquilleaba en el corazón, con el presentimiento de algo extraordinario. A veces, se sentía descontenta del hijo y pensaba:

«Los demás viven como las personas y él como un monje. Es demasiado serio. Esto es impropio de su edad...»

Otras se preguntaba:

«¿No estará liado con alguna moza?»

Mas, para andar con las mozas hacía falta dinero y él le entregaba casi todo el jornal...

Así pasaron las semanas, los meses y, casi sin sentir, transcurrieron dos años de vida, extraña, silenciosa, llena de pensamientos y temores confusos, que aumentaban de continuo.

IV

Una vez, después de cenar, Pável corrió los visillos de la ventana, sentóse en un rincón y se puso a leer, luego de haber colgado en la pared, encima de su cabeza, una lámpara de petróleo. La madre, que acababa de recoger los platos en la cocina, se le acercó con precaución. El alzó la cabeza y la miró a la cara, interrogante.

—Nada, Pasha. No quiero nada —se apresuró a decir, y alejóse turbada, arqueando las cejas. Pero, luego de permanecer inmóvil un rato, pensativa y preocupada, en medio de la cocina, se lavó bien las manos y volvió junto al hijo.

—Quería preguntarte —pronunció en voz baja— qué es lo que lees constantemente.

Él cerró el libro.

—Siéntate, madre...

Se dejó caer a su lado la madre e irguió el cuerpo, aguzando el oído, en espera de algo importante.

Sin mirarla, en voz queda y, él sabría por qué, con tono muy severo, empezó a hablar:

—Leo libros prohibidos. No nos los dejan leer porque dicen la verdad acerca de nuestra vida obrera... Se imprimen a escondidas, en secreto, y si los encontrasen en casa, me llevarían a la cárcel... a la cárcel por haber querido saber la verdad. ¿Comprendes?

Sintió ella de pronto que le faltaba el aliento, abrió mucho los ojos, miró al hijo y le pareció un extraño. Tenía otra voz, más recia, pastosa y sonora. Se atusaba las guías del bigote, fino y sedeño, y miraba de reojo, de un modo extraño, a algún punto del rincón. Ella sentía lástima del hijo y temía por él.

—¿Y por qué lo haces, Pável? —le preguntó.

Él alzó la cabeza, la miró y contestó tranquilo, en voz baja:

—Quiero saber la verdad.

Su voz no resonaba con fuerza, pero sí con firmeza, y sus ojos brillaban obstinados. El corazón le dio a entender que su hijo se había consagrado para siempre a algo misterioso y terrible. En la vida, todo le parecía inevitable: estaba acostumbrada a someterse sin reflexionar, y ahora se limitaba a llorar en silencio, sin encontrar palabras en su corazón, oprimido por la angustia y la pena.

—No llores —dijo Pável con voz cariñosa y queda, que a ella le pareció una despedida—. Reflexiona, ¿qué vida es la nuestra? Tienes cuarenta años, y dime: ¿has vivido en realidad? El padre te pegaba; yo ahora comprendo que en tu cuerpo descargaba su pesar, el pesar de su existencia: la pena le ahogaba, sin que él mismo supiera de dónde procedía. Trabajó treinta años; empezó cuando la fábrica no ocupaba más que dos naves, y hoy tiene ya siete.

Ella le escuchaba con temor y avidez. Ardían los ojos del hijo, bellos y luminosos; apoyando el pecho en la mesa, habíase acercado a la madre, y casi rozándole el rostro, bañado en lágrimas, le expresaba por vez primera la verdad que había llegado a comprender. Con toda su fuerza juvenil y el ardor de un escolar orgulloso de sus conocimientos, que cree firmemente en su veracidad, iba hablando de todo lo que estaba claro para él, y hablaba no tanto para su madre como para probarse a sí mismo. A veces, no encontrando palabras, se detenía, y entonces veía ante él un rostro afligido en el que brillaban opacos unos ojos bondadosos, empañados por las lágrimas. Aquellos ojos miraban con temor y asombro. Tuvo lástima de la madre y de nuevo empezó a hablarle de ella misma, de su vida.

—¿Qué alegrías has conocido tú? —le preguntó—. ¿Qué recuerdas de bueno en tu pasado?

Ella le escuchaba y movía tristemente la cabeza, sintiendo un algo nuevo, desconocido aún, doloroso y alegre a la par, que acariciaba dulcemente su dolorido corazón. Por vez primera le hablaban así de ella, de su propia existencia, y aquellas palabras iban despertando en su interior unos pensamientos vagos, adormecidos desde hacía mucho; reanimaban suavemente sentimientos apagados, de un impreciso descontento de la vida, pensamientos y recuerdos de su lejana juventud. Hablaba de su vida con sus amigas, hablaba largamente de todo, pero todas, incluso ella misma, no sabían más que lamentarse; nadie sabía explicar por qué el vivir era tan penoso y tan duro. Y ahora, su hijo estaba sentado frente a ella, y cuanto decían sus ojos, su cara, sus palabras, le llegaba al corazón, llenándola de orgullo por el hijo, que había comprendido bien la existencia de su madre, le hablaba de sus sufrimientos y la compadecía.

A las madres no se las compadece. Ella lo sabía. Todo cuanto el hijo decía sobre la vida de la mujer era una verdad conocida, amarga, y en su pecho palpitaba quedamente un cúmulo de sensaciones que le daban cada vez más calor, como una caricia desconocida.

—¿Y qué quieres hacer? —le preguntó ella interrumpiéndole.

—Aprender y luego enseñar a los demás. Nosotros, los obreros, tenemos que aprender. Debemos saber, debemos comprender por qué la vida es para nosotros tan penosa.

Era grato para la madre ver los ojos azules del hijo, siempre serios y severos, relucir ahora con tanto cariño y ternura. Una dulce sonrisa de satisfacción asomó a sus labios, aunque en las arrugas de sus mejillas temblaban todavía las lágrimas. Un doble sentimiento la agitaba: estaba orgullosa del hijo, que tan claramente veía la amargura de la vida, pero no podía olvidar que era muy mozo, que no hablaba como sus camaradas, que estaba resuelto a entrar solo en

lucha contra la existencia habitual de todos y de ella misma. Hubiera querido decirle:

«Hijo mío, ¿qué puedes hacer tú?»

Pero temió interrumpir su admiración por el hijo, que de pronto se le había revelado tan inteligente... aunque un poco extraño para ella.

Pável vio la sonrisa en los labios de la madre, la atención en su rostro, el amor en sus ojos; le pareció que le había hecho comprender su verdad, y el juvenil orgullo ante la fuerza de su palabra exaltó la fe que tenía en sí mismo. Lleno de excitación, seguía hablando, y ya sonreía, ya fruncía el ceño; a veces, el odio resonaba en su voz, y cuando la madre oía aquellas palabras vibrantes y rudas, meneaba la cabeza, alarmada, y preguntaba quedamente:

—¿No te equivocarás?

—¡No! —replicaba él en tono fuerte y firme. Y le hablaba de los que querían el bien del pueblo, de los que sembraban la verdad, viéndose acosados como fieras, metidos en la cárcel y enviados a trabajos forzados y al destierro por los enemigos de la vida...

—¡Yo he visto gente así! —exclamó con ardor—. ¡Las mejores gentes de la tierra!

Aquellos seres despertaban el temor de la madre, y sentía nuevos deseos de preguntarle al hijo:

«¿No te equivocarás?»

Pero no se decidía, y, sobrecogida, oíale hablar de aquellas gentes incomprensibles, que habían enseñado a su hijo a pensar y a expresarse de una manera tan peligrosa para él. Al fin, le advirtió:

—Pronto amanecerá... ¡Deberías acostarte!

—Sí, voy a acostarme —accedió él. E inclinándose hacia la madre, preguntó—: ¿Me has comprendido?

—¡Te he comprendido! —suspiró ella. Nuevamente brotaron de sus ojos las lágrimas y, con ahogado sollozo, agregó—: ¡Será tu perdición!

Pável se levantó y, después de dar unos paseos por el cuarto, dijo:

—Bueno, ahora ya sabes lo que hago y adónde voy. Ya te lo he dicho todo. Madre, te pido que, si me quieres, ¡no te interpongas en mi camino!

—¡Querido mío! —exclamó ella—. ¡Mejor hubiera sido para mí no saber nada!

Él le tomó la mano y se la apretó con fuerza entre las suyas.

A ella le conmovieron la palabra «madre», pronunciada con tanto ardor, y aquel apretón de manos, nuevo y extraño.

—¡No haré nada! —repuso con entrecortada voz—. Pero, ¡guárdate! ¡Ten cuidado!

Y sin saber de qué debía guardarse el hijo, añadió tristemente:

—Estás cada día más delgado...

Y envolviendo en una mirada acariciadora y cálida el cuerpo fornido y esbelto del joven, le dijo con premura, muy bajito:

—¡Que el Señor sea contigo! Vive como quieras, no te lo impediré. No te pido más que una cosa: ¡no hables con la gente sin precaución! Hay que recelar de ella: ¡todos se odian unos a otros! Viven para la codicia, viven para la envidia. A todos les alegra hacer daño. Cuando empieces a acusarles y a juzgarlos, te aborrecerán, ¡te perderán!

El hijo permanecía en el umbral de la puerta escuchando aquellas angustiadas palabras. Cuando la madre hubo terminado, contestó sonriendo:

—La gente es mala, sí... Pero cuando supe que en la tierra hay una verdad, ¡los hombres me parecieron mejores...!

Volvió a sonreír y prosiguió:

—¡Ni yo mismo entiendo cómo ha sucedido esto! En la niñez, todos me daban miedo... Cuando me iba haciendo mozo empecé a odiarles; a unos, por su vileza; a otros no sé por qué, ¡porque sí! En cambio ahora todos me parecen distintos de antes; ¿será que me dan lástima? No puedo comprender el motivo, pero en mi corazón hay más ternura desde que he sabido que no todos son culpables de su suciedad...

Calló un instante, como para escuchar una voz interior, y continuó pensativo, quedamente:

—¡Así respira la verdad!

La madre le lanzó una ojeada y dijo con voz tenue:

—Has cambiado de manera peligrosa. ¡Ay, Dios mío!

Cuando Pável se hubo dormido, la madre se levantó en silencio y se acercó a él. Yacía boca arriba; el rostro curtido, de rasgos severos y obstinados, perfilábase neto en la blanca almohada. Juntas las manos, que oprimían el pecho, descalza y en camisa, la madre permaneció junto al lecho del hijo, moviendo silenciosa los labios, mientras de los ojos se deslizaban lentos, espaciados, unos lagrimones turbios...

Y de nuevo volvieron a vivir en silencio, a la vez próximos y lejanos uno de otro.

V

Un día de fiesta, entre semana, Pável, ya a punto de salir a la calle, dijo a su madre:

—El sábado vendrá gente de la ciudad a verme.

—¿De la ciudad? —repitió la madre, y de pronto empezó a sollozar.

—¿Cómo es eso, madre? —exclamó Pável disgustado.

Ella, enjugándose las lágrimas con el delantal, contestó suspirando:

—No sé, porque sí...

—¿Tienes miedo?

—¡Tengo miedo! —confesó ella.

Pável se inclinó sobre su rostro y dijo en tono irritado, como el padre:

—¡Ese miedo es la perdición de todos nosotros! Y los que nos mandan se aprovechan de nuestro miedo para atemorizarnos aún más.

La madre prorrumpió con angustia:

—¡No te enfades! ¿Cómo no voy a tener miedo? Me he pasado la vida entera temiendo... Tengo llena de temor el alma.

Él, en voz baja y más dulcemente, dijo:

—¡Perdóname, madre! ¡No puede ser de otro modo!

Y salió.

Tres días pasó ella temblando; el corazón se le paraba cada vez que pensaba en los seres extraños, terribles, que vendrían a casa. Eran los que habían enseñado a su hijo el camino que iba siguiendo...

El sábado por la tarde, Pável volvió de la fábrica, se lavó, cambióse de traje y se fue, diciéndole a la madre, sin mirarla:

—Si vienen, diles que vuelvo en seguida. Y no tengas miedo, por favor...

Ella se dejó caer sin fuerzas sobre un banco. El hijo la miró, fruncido el ceño, y le propuso:

—¿No sería mejor... que te fueses a alguna parte?

Se sintió ofendida. Denegando con la cabeza, dijo:

—No. ¿Por qué?

Finalizaba noviembre. Durante el día, una nieve fina y seca había ido cayendo sobre la tierra helada, y ahora se la oía crujir bajo las pisadas del hijo, que se alejaba. Espesas tinieblas pegábanse inmóviles a los cristales de la ventana, acechando hostiles. La madre, apoyadas las manos en el banco, permanecía sentada, mirando a la puerta, esperando...

Le parecía que en la oscuridad, desde todas partes, seres silenciosos, malos, de rara vestimenta, se dirigían a la casa; avanzaban sigilosos, encorvados, mirando con recelo a ambos lados. Alguno andaba ya en torno a la casa, palpando la pared.

Se oyó un silbido. Serpenteaba en el silencio, como un fino chorrillo de agua, melodioso y triste; vagaba soñador en las tinieblas de la noche, buscaba algo, se aproximaba... De repente, desapareció bajo la ventana, como si se hubiera incrustado en la madera de la pared.

Resonaron pasos en el zaguán; la madre estremecióse y, arqueando tensamente las cejas, se puso en pie.

Abrieron la puerta. Primero apareció en la habitación una cabeza tocada con un gorro de piel, peludo y grande; luego, un largo cuerpo encorvado se introdujo despacio, irguióse, alzó calmoso el brazo derecho y, suspirando ruidosamente, dijo con voz pastosa y pectoral:

—¡Buenas noches!

La madre se inclinó ante él, en silencio.

—¿Y Pável, no está en casa?

Quitóse el hombre con lentitud su chaquetón de pieles, levantó un pie, sacudió con el gorro la nieve que cubría la bota alta, hizo lo propio con la otra bota, tiró el gorro a un rincón y entró en el cuarto oscilando sobre las largas piernas. Se acercó a una silla, la examinó, como para cerciorarse de su solidez, sentóse al fin y bostezó tapándose la boca con la mano. Su cabeza era de una redondez perfecta; tenía cortado el pelo al rape, rasuradas las mejillas y unos largos bigotes de guías caídas. Después de observar detenidamente la habitación con sus ojazos saltones y grisáceos, cruzó las piernas y preguntó, balanceándose en la silla:

—Qué, ¿esta casucha es de ustedes o alquilada?

—Alquilada —repuso la madre, sentada frente al recién llegado.

—¡Es bastante mala! —indicó él.

—Pável vendrá en seguida, espérele usted —rogó la madre con voz queda.

—Pues eso estoy haciendo —contestó tranquilamente el hombre largo.

Su calma, su voz suave, la sencillez de su rostro, devolvieron los ánimos a la madre. Mirábala él francamente, con benevolencia; en la hondura de sus ojos transparentes brillaba una alegre chispa, y en toda su figura, angulosa y encorvada sobre las largas piernas, había un algo gracioso, que predisponía a su favor. Llevaba camisa azul y pantalón negro, cuyos bajos estaban remetidos en las botas. Ella sintió deseos de preguntarle quién era, de dónde venía, si conocía de mucho tiempo a su hijo; pero él, de pronto, echándose muy hacia atrás con la silla, le preguntó:

—¿Quién le partió la frente, madrecita?

Lo preguntó con voz cariñosa y una sonrisa clara en los ojos, pero la pregunta ofendió a la mujer. Apretó los labios y, tras un instante de silencio, inquirió con frialdad cortés:

—Y eso, ¿a usted qué le importa, padrecito?

Inclinóse hacia ella con todo el cuerpo.

—Bueno, ¡no se enfade usted! Se lo he preguntado porque mi madre adoptiva tenía también rota la cabeza, exactamente igual que

usted. Su cónyuge, un zapatero, se lo hizo al golpearla con una horma. Él era zapatero y ella lavandera. Me había adoptado ya cuando, en alguna parte, tropezó, para desgracia suya, con aquel borracho. ¡Le pegaba como no quiera usted saber! A mí se me abrían las carnes de espanto...

Sintióse desarmada la madre ante aquella franqueza y pensó que tal vez Pável se enojase con ella por su áspera respuesta a aquel estrafalario. Y sonriendo con aire de culpabilidad, contestó:

—No me enfado, pero me preguntó usted así... tan de repente. Es un regalo de mi maridito, ¡que en gloria esté! ¿No es usted tártaro?

Estiró el hombre las piernas y se sonrió con una sonrisa tan ancha, que las orejas parecieron írsele hasta la nuca. Luego, dijo con gravedad:

—Todavía no *.

—Su habla no parece rusa —explicó la madre, sonriendo a su vez al comprender la broma.

—¡Mi lengua es mejor que la rusa! —exclamó alegre el visitante, moviendo la cabeza—. Soy «jojol» **, de la ciudad de Kániev.

—¿Y hace mucho que está aquí?

—Viví en la ciudad cerca de un año, y hará cosa de un mes me vine a esta fábrica. Aquí he encontrado buena gente: su hijo y otros. Y pienso quedarme —dijo tirándose de las guías del bigote.

La madre le iba encontrando agradable, y deseosa de pagarle con algo aquellas buenas palabras acerca de su hijo, le propuso:

—¿No querría usted tomar té?

—¿Cómo? ¿Voy a tomarlo yo solo? —respondió él encogiéndose de hombros—. Cuando estemos todos reunidos, nos hará usted los honores...

Él le recordó sus miedos.

«¡Si todos fueran así!», deseaba la madre con ardor.

Volvieron a resonar pasos en el zaguán, la puerta se abrió con rapidez y la madre se levantó de nuevo. Pero, con gran asombro suyo, quien entró en la cocina fue una muchacha de mediana estatura, con rostro de campesina y gruesa trenza de claros cabellos. Preguntó quedamente:

—¿No llego tarde?

—¡Nada de eso! —contestó el «jojol», mirando desde la habitación—. ¿Ha venido a pie?

—¡Naturalmente! ¿Es usted la madre de Pável Mijáilovich? ¡Buenas noches! Yo me llamo Natasha...

---

* Se hace alusión al antiguo dicho popular ruso: «El huésped importuno es peor que el tártaro.» *(N. de la Edit.)*

** *Jojol:* Donominación popular que se da a los de habla ucraniana. *(N. de la Edit.)*

—¿Y cuál es su patronímico? —preguntó la madre.

—Vasílievna. ¿Y usted cómo se llama?

—Pelagueia Nílovna.

—Ea, ya estamos presentadas...

—Sí —dijo la madre, tras un leve suspiro, y miró sonriente a la muchacha.

El «jojol» la ayudó a quitarse el abrigo y le preguntó:

—¿Hace frío?

—En el campo, ¡mucho! Sopla un viento...

Su voz era pastosa y clara, la boca pequeña y de labios gordezuelos, y toda ella, redondita y lozana. Después de quitarse el abrigo, se frotó enérgicamente las coloradas mejillas con las manecitas, rojas de frío, mientras entraba presurosa en la habitación, golpeando sonoramente el suelo con los tacones de sus botitas.

«¡Va sin chanclos!», pasó fugaz por la cabeza de la madre.

—Sí —dijo la muchacha arrastrando la palabra y estremeciéndose—. Estoy helada... ¡Uf, qué frío!

—Voy a preparar en seguida el samovar —dijo la madre, y se fue rápidamente a la cocina—. Ahora mismo.

Le parecía conocer desde hacía mucho tiempo a aquella muchacha y que la quería con un cariño bueno, compasivo, de madre. Sonriendo, escuchaba la conversación entablada en el cuarto.

—¿Por qué está triste, Najodka? —preguntó la muchacha.

—Qué sé yo... —contestó el «jojol» sin alzar la voz—. La viuda tiene ojos de bondad y a mí se me ocurrió pensar que tal vez los de mi madre sean lo mismo. Pienso con frecuencia en ella, y siempre me parece que debe estar viva.

—¿No decía que había muerto...?

—Aquélla, la adoptiva, murió; pero yo me refiero a mi verdadera madre... Me la figuro pidiendo limosna en alguna parte de Kíev, bebiendo vodka y, ya ebria, abofeteada por los gendarmes.

«¡Ay, pobrecillo!», pensó la madre suspirando.

Natasha comenzó a hablar con ardor, rápidamente, en voz baja. Luego volvió a oírse la voz sonora del «jojol»:

—¡Bah!, usted es joven todavía, camarada, ¡ha comido poca cebolla! Parir es difícil, pero enseñar el bien a los hombres es más difícil todavía...

«¡Hay que ver!», exclamó para sí la madre, y hubiera querido decir al «jojol» algo cariñoso. Pero la puerta se abrió pausadamente y dio paso a Nikolái Vesovschikov, hijo de Danilo, viejo ladrón, famoso en todo el arrabal por lo insociable que era. Siempre se apartaba huraño de la gente, que se mofaba de él. La madre le preguntó con asombro:

—¿Qué quieres, Nikolái?

Se enjugó él con la ancha palma de la mano la cara de grandes pómulos, picada de viruelas, y, sin saludar, preguntó con voz sorda:

—¿Está Pável en casa?

—No.

Echó una ojeada al cuarto y entró diciendo:

—Buenas noches, camaradas...

«¿Éste?», pensó la madre con hostilidad, y llenóse de asombro al ver que Natasha le tendía la mano con expresión alegre y cordial.

Llegaron después otros dos muchachos, casi niños aún. La madre conocía a uno de ellos: era Fedor, sobrino de Sisov, viejo obrero de la fábrica; tenía facciones agudas, frente muy despejada y pelo rizado. El otro, bien peinado y de aspecto sencillo, era para ella desconocido, pero tampoco infundía temor. Por fin volvió Pável en compañía de dos camaradas jóvenes; ella los reconoció: ambos trabajaban en la fábrica. El hijo le dijo cariñosamente:

—¿Has puesto el samovar? ¡Gracias!

—¿Quieres que vaya por vodka? —propuso ella sin saber cómo expresarle su gratitud por algo que aún no comprendía.

—No, está de más —contestó Pável, sonriéndole afectuoso.

De pronto se le ocurrió pensar que su hijo había exagerado adrede los peligros de la reunión, para gastarle una broma.

—¿Y ésta es la gente peligrosa? —le preguntó bajito.

—¡Esta misma! —contestó Pável, pasando a la habitación.

—¡Qué bromista eres...! —exclamó cariñosa la madre siguiéndole con la mirada, y pensó para sus adentros: «¡Aún es una criatura!»

VI

Cuando el agua del samovar rompió a hervir, la madre lo llevó a la habitación. Los huéspedes se habían sentado a la mesa en apretado círculo, y Natasha, con un libro en la mano, habíase instalado en la esquina que caía debajo de la lámpara.

—Para entender por qué la gente vive tan mal... —decía Natasha.

—Y por qué los hombres mismos son malos —añadió el «jojol».

—Es preciso ver cómo empezaron a vivir...

—¡Vedlo, hijitos, vedlo! —cuchicheó la madre, echando té en el agua hervida. Todos callaron.

—¿Qué dice, madre? —preguntó Pável, frunciendo el ceño.

—¿Yo? —y al percibir que los ojos de todos estaban fijos en ella, explicó turbada—: Hablaba conmigo misma... y me dije: ¡vedlo!

Echóse a reír Natasha, Pável también sonrió y el «jojol» dijo:

—Gracias por el té, madrecita.

—¡Aún no lo habéis tomado y ya estáis dando las gracias! —replicó ella. Y añadió mirando al hijo—: ¿No os estorbo?

Fue Natasha quien contestó:

—¿Cómo puede estorbar a sus invitados, siendo la dueña de la casa?

Y rogó con quejumbrosa voz infantil:

—¡Alma buena! ¡Deme pronto té! Estoy tiritando de frío. ¡Tengo los pies helados!

—¡Ahora mismo, ahora mismo! —exclamó presurosa la madre.

Después de haber bebido una taza de té, Natasha lanzó un ruidoso suspiro, echóse la trenza a la espalda y empezó a leer un libro con estampas, de tapas amarillas. La madre iba sirviendo el té, esforzándose en no hacer ruido con la vajilla, y escuchaba atentamente la lectura armoniosa de la muchacha. La sonora voz de Natasha uníase a la tenue cancioncilla soñadora del samovar, y en la habitación se iba desplegando ondulante, como una bella cinta, la historia de unos hombres salvajes que vivían en cuevas y mataban con piedras a las fieras. Era como un cuento, y la madre, varias veces, echó una ojeada al hijo, deseosa de preguntarle qué habría de prohibido en aquella historia. Pero pronto se cansó de seguir el hilo del relato y, sin que lo advirtieran el hijo ni sus huéspedes, se puso a examinarlos.

Pável estaba sentado junto a Natasha. Era el más guapo de todos. La joven, muy inclinada sobre el libro, se recogía con frecuencia los cabellos que se le deslizaban sobre las sienes. Echando hacia atrás la cabeza y bajando la voz, sin fijarse en el libro, añadía unas observaciones por su cuenta, mientras su mirada resbalaba cariñosa por los rostros de sus oyentes. El «jojol», apoyado su ancho pecho en el ángulo de la mesa, bizcaba los ojos, tratando de mirarse las alborotadas guías del bigote. Vesovschikov estaba sentado en una silla, tieso como una estaca, con las manos apoyadas en las rodillas; el rostro picado de viruelas, sin cejas, de finos labios, permanecía inmóvil como una careta. Con sus estrechos ojos, contemplaba sin parpadear, obstinadamente, sus facciones, reflejadas por el cobre reluciente del samovar, y parecía que no respiraba. El pequeño Fedia oía la lectura moviendo en silencio los labios, como si repitiera para sí las palabras del libro, mientras su camarada, encorvado, hincados los codos en las rodillas, sonreía pensativo, apoyando el mentón en las manos. Uno de los chicos que había llegado con Pável tenía el pelo rojo, ensortijado, y alegres ojos verdes; debía estar deseoso de decir algo y se removía inquieto; el otro, de pelo rubio cortado al rape, se acariciaba la cabeza con la palma de la mano y miraba al entarimado; no se le veía la cara. El cuarto estaba aquella noche especialmente acoge-

dor. La madre lo percibía de una manera particular, incomprensible para ella, y al arrullo de la voz de Natasha, iba recordando aquellas ruidosas fiestas caseras de su juventud, las groseras palabrotas de los mozos, que apestaban siempre a vodka, sus cínicas bromas... Recordaba, y un sentimiento de lástima hacia ella misma le oprimía levemente el corazón.

Revivió en su pensamiento el instante en que su difunto marido la pidió en matrimonio. Fue en una fiesta casera; él la atrapó en el zaguán oscuro, la apretó, con todo su cuerpo, contra la pared, y le propuso con sorda voz irritada:

—¿Quieres casarte conmigo?

Sintió ella dolor y agravio; le hacía daño, apretujándole los pechos con sus dedazos, resollaba echándole a la cara el aliento caliente y húmedo. Intentó desasirse de sus brazos, apartándose con brusquedad...

—¿Adónde vas? —empezó a gritar él—. ¡Contéstame! ¿Qué respondes?

Ella, ultrajada, guardó silencio, jadeando de vergüenza.

Y como alguien abriese la puerta, él soltó a la muchacha, sin apresurarse, diciendo:

—El domingo mandaré a la casamentera...

Y la envió.

La madre cerró los ojos y suspiró con pena.

—¡Yo no necesito saber cómo han vivido los hombres, sino cómo hay que vivir! —resonó en la habitación la voz descontenta de Vesovschikov.

—¡Eso es! —añadió el mozo pelirrojo, poniéndose en pie.

—¡No estoy conforme! —gritó Fedia.

Surgió una discusión; chisporroteaban las palabras como las llamas de una hoguera. La madre no comprendía el porqué de tanto grito. Encendíanse de excitación las caras, pero nadie se enfadaba ni decía las palabrotas a que estaba habituada.

«¡Les da vergüenza delante de la chica!», dedujo.

Le agradaba el rostro serio de Natasha, que iba mirando a todos atentamente, como si para ella fueran unos niños los muchachos aquellos.

—¡Esperad, camaradas! —dijo de pronto. Todos callaron, vueltos los ojos hacia la joven.

—Los que dicen que debemos saberlo todo, están en lo cierto. Tenemos que encendernos en la llama de la razón para que la gente oscura nos vea; tenemos que contestar a todo con honradez, verazmente. Hay que conocer toda la verdad y toda la mentira...

Meneaba la cabeza el «jojol» al compás de las palabras de Natasha. Vesovschikov, el pelirrojo y el otro muchacho de la fábri-

ca que había llegado con Pável, formaban los tres un grupo aparte que no le gustaba a la madre, sin que ella supiera por qué.

Cuando Natasha hubo terminado, Pável se levantó, preguntando tranquilo:

—¿Es que sólo queremos estar hartos? ¡No! —se contestó, mirando con firmeza al trío—. ¡Tenemos que enseñar a los que se nos montan sobre los hombros y nos cierran los ojos, que lo vemos todo, que no somos idiotas ni fieras y que no sólo queremos comer, sino vivir como corresponde a seres humanos! ¡Tenemos que enseñar a los enemigos que la vida de presidiarios que nos han impuesto no nos impide medirnos con ellos en inteligencia, e incluso aventajarlos...!

La madre le escuchaba y en su pecho palpitaba el orgullo: ¡qué bien hablaba!

—Hay muchos bribones, pero poca gente honrada —dijo el «jojol»—. Debemos construir un puente que salve la charca de nuestra vida infecta y nos conduzca al reino futuro de la bondad sincera. ¡Eso es lo que hemos de hacer, camaradas!

—Ha llegado la hora de pegar, ¡y no hay tiempo para curarse las manos! —replicó sordamente Vesovschikov.

Era ya más de medianoche cuando empezaron a marcharse. El muchacho pelirrojo y Vesovschikov se fueron antes que los demás. Aquello tampoco agradó a la madre.

«¡Vaya, qué prisa llevan!», pensó con enojo, al inclinarse, cuando se despedían.

—¿Me acompaña usted, Najodka? —preguntó Natasha.

—¡No faltaba más! —repuso el «jojol».

Mientras Natasha se ponía el abrigo en la cocina, la madre le dijo:

—Lleva usted unas medias muy finas para este tiempo. Si me lo permite, yo le haré unas de lana.

—Gracias, Pelagueia Nílovna. ¡Las medias de lana pican! —contestó Natasha riendo.

—Yo le haré unas que no piquen —dijo la madre.

Natasha la contempló, entornando un poco los ojos, y aquella mirada fija azoró a la madre.

—Dispense mi tontería... Ha sido de todo corazón —añadió en voz baja.

—¡Qué buena es usted! —replicó Natasha, también sin alzar la voz, apretándole la mano con premura.

—¡Buenas noches, madrecita! —dijo el «jojol» mirándola a la cara y, agachándose, salió al zaguán, en pos de Natasha.

La madre echó una ojeada al hijo, que en pie, en el umbral del cuarto, sonreía.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó confusa.

—Porque sí, ¡estoy contento!

—Claro, yo soy vieja y tonta; pero... ¡lo que está bien, ya lo entiendo! —observó, algo ofendida.

—¡Eso es bueno! —replicó él—. Debería usted acostarse... ya es hora...

—Ahora voy.

Andaba atareada en torno a la mesa, recogiendo los cacharros; satisfecha, hasta sudorosa de la grata emoción; estaba contenta de que todo hubiera salido bien y terminado en paz.

—¡Buena idea has tenido, hijo! ¡El «jojol» es muy agradable! Y la señorita... ¡Oh, qué inteligente! ¿Qué es?

—Maestra de escuela —repuso conciso Pável, paseando por la habitación.

—¡Claro, claro... por eso es pobre! ¡Ay, qué mal vestida va, qué mal! No tardará mucho en coger un enfriamiento. ¿Dónde están sus padres...?

—En Moscú —dijo Pável, deteniéndose frente a la madre, y serio, en voz baja, empezó a contarle—: Verás; su padre es rico, negociante en hierro y dueño de varias casas. La echó del hogar por haber emprendido este camino. Se educó en la abundancia, todos la mimaban, dándole cuanto quería, y ahora anda siete verstas a pie, de noche, sola...

Aquello sorprendió a la madre. Parada en medio de la habitación, miraba silenciosa al hijo, enarcadas de asombro las cejas.

Luego, preguntó quedamente:

—¿Va a la ciudad?

—Sí.

—¡Ay! ¿Y no le da miedo?

—Como ves, no le da miedo —dijo sonriendo Pável.

—¿Y por qué se ha ido? Podía haber pasado aquí la noche... Se habría acostado conmigo.

—¡No es conveniente! La habrían visto mañana por la mañana, y eso podría perjudicarnos.

La madre miró pensativa a la ventana y dijo en voz queda:

—Yo no comprendo, Pável: ¿qué peligro puede haber en esto, ni qué de prohibido...? Pues no hay nada de malo, ¿verdad?

No estaba segura de lo que decía, y hubiera querido oír una respuesta afirmativa del hijo. La miró él tranquilo a los ojos y dijo con firmeza:

—No hay nada de malo. Y sin embargo, la cárcel nos aguarda a todos. Tenlo presente...

Le empezaron a temblar las manos. Con voz desfallecida, profirió:

—A lo mejor... Dios hace que no ocurra...

—¡No! —dijo cariñoso el hijo—. No puedo engañarte. ¡Ocurrirá!

Sonrió.

—Acuéstate. Estás cansada. ¡Buenas noches!

Cuando se quedó sola, acercóse a la ventana y miró a la calle. Fuera, el tiempo estaba revuelto, hacía frío. Soplaba con fuerza el viento, llevándose la nieve de los tejados de las casitas dormidas; azotaba las paredes susurrando y abatíase sobre la tierra, para arrastrar a lo largo de la calle blancas nubes de copos secos.

—¡Jesucristo, ten piedad de nosotros! —susurró ella muy quedamente.

Las lágrimas empezaron a brotar del corazón; la espera de aquella desgracia de que hablaba el hijo con tanta tranquilidad y certeza, aleteaba dentro de su ser, ciega y lastimera, como una mariposilla nocturna. Abríase ante sus ojos una lisa llanura cubierta de nieve. Con agudo y frío silbido, corría raudo el viento, blanco, encrespado. Por en medio de la llanura, iba caminando, solitaria y vacilante, la oscura figurilla de la muchacha. El viento se le enrollaba en las piernas, hinchándole las faldas, lanzándole a la cara punzantes copos de nieve. Era difícil andar y sus piececitos se hundían en la nieve. Hacía frío y sentía miedo. La muchacha se inclinaba hacia adelante como una brizna de hierba en medio de la llanura en sombras, batida por el alborotado viento de otoño. A su derecha, en el pantano, alzábase la sombría muralla del bosque, donde rumoreaban tristemente, finos y desnudos, pobos y abedules. A lo lejos, delante de ella, titilaban mortecinas las luces de la ciudad...

—¡Señor, ten piedad de nosotros! —susurró la madre, temblando de miedo...

VII

Deslizábanse los días, uno tras otro; como las bolas de un ábaco, iban alineándose en semanas y meses. Todos los sábados venían los camaradas a casa de Pável, y cada reunión era como el peldaño de una larga escalera, en pendiente suave, que conducía a algún sitio lejano, elevando lentamente a la gente.

Aparecieron personas nuevas. En la pequeña habitación de los Vlásov se estaba cada vez más estrecho y hacía calor. Seguía acudiendo Natasha, aterida de frío, cansada, pero siempre con su inagotable alegría y animación. La madre le hizo unas medias y ella

misma se las puso en sus piececitos. Natasha se echó a reír; luego, calló de pronto, quedóse pensativa unos instantes y dijo en voz baja:

—Yo tenía una niñera que también era de una bondad admirable. ¡Qué raro, Pelagueia Nílovna!, los trabajadores llevan una vida tan dura, tan llena de privaciones... y sin embargo, ¡tienen más corazón, más bondad que aquellos otros...!

Y extendió el brazo, como indicando un lugar muy alejado de ella.

—¡Cómo es usted! —dijo Vlásova—. Ha dejado a sus padres y todo lo demás... —no supo terminar el pensamiento, lanzó un suspiro y quedó callada, mirando a la cara de Natasha, sintiendo gratitud hacia ella por algo impreciso. Permanecía sentada en el suelo ante la joven, que, sonriente y pensativa, bajaba la cabeza.

—¡He dejado a mis padres! —repitió—. Eso no tiene importancia. Mi padre es tan grosero... Mi hermano lo mismo, y además, borracho. Mi hermana mayor es una desgraciada... Está casada con un hombre mucho mayor que ella... riquísimo, avaro y fastidioso. Me da lástima de mi madre; es sencilla como usted, pequeñita como un ratón... Siempre correteando, asustada de todos... A veces, ¡me entran unas ganas de verla...!

—¡Pobrecilla mía! —dijo la madre, moviendo tristemente la cabeza.

La muchacha irguióse de repente y agitó la mano, como si rechazara algo.

—¡Oh, no! A veces, siento tanta alegría, tanta felicidad...

Su cara se había tornado pálida y fulguraban sus ojos azules. Y apoyando la mano en el hombro de la madre, dijo quedamente, con voz profunda, inspirada:

—¡Si usted supiera... si pudiera comprender cuán grande es la obra que llevamos a cabo...!

Una sensación parecida a la envidia estremeció el corazón de Vlásova. Se levantó del suelo y dijo tristemente:

—Yo soy ya vieja para eso... demasiado ignorante...

Pável hablaba cada vez con mayor frecuencia, discutía sin cesar, ardoroso, y enflaquecía. La madre creyó notar que, cuando hablaba con Natasha o la miraba, sus ojos severos brillaban con mayor dulzura, su voz se hacía más cariñosa y todo él se tornaba más sencillo.

«¡Quiéralo Dios!», pensaba. Y sonreía.

Cuando en las reuniones tomaba la discusión un carácter demasiado violento, el «jojol» se ponía en pie y, balanceándose como badajo de campana, profería con su voz sonora y vibrante palabras claras y sencillas que hacían renacer la seriedad y la calma. Vesovschikov, constantemente, apremiaba sombrío a todos; él y el muchacho pelirrojo, que se llamaba Samóilov, eran

los que iniciaban todas las discusiones. Con ellos estaba de acuerdo Iván Bukin, el mozalbete de cabeza redonda y cejas blancas, como desteñidas con lejía. Yákov Sómov, siempre limpio y bien peinado, hablaba poco, en voz baja, con tono serio, y como Fedia Masin, el chico de ancha frente, era siempre del parecer de Pável y del «jojol».

A veces, en lugar de Natasha, venía de la ciudad Nikolái Ivánovich, hombre con gafas y barbita clara, oriundo de alguna lejana provincia, que al hablar recargaba mucho el acento en la «o». En todo él había un algo de lejanía. Hablaba de cosas corrientes: de la vida familiar, de los hijos, del comercio, de la policía, de los precios del pan y de la carne; de cuanto constituía la vida cotidiana de las gentes. Y en lo que contaba iba poniendo al descubierto la falsedad y el enredo; algo sórdido, que a veces era cómico, y siempre notoriamente desfavorable para los hombres. A la madre le parecía que aquella persona había llegado de algún lugar lejano, de otro mundo, donde la existencia era fácil y honrada, y que por eso todo lo de aquí le era extraño y no podía acostumbrarse a esta vida, aceptarla como necesaria, pues no le gustaba y despertaba en él un deseo obstinado y tranquilo de organizar todo a su manera. Tenía la tez amarillenta, unas arruguillas le irradiaban de los ojos, hablaba en voz baja y sus manos estaban siempre tibias. Cuando saludaba a la madre de Vlásov, le apretaba la mano con sus largos y vigorosos dedos y, después de aquel saludo, el alma de la madre se sentía más aliviada y tranquila.

Venían además otras gentes de la ciudad, y, con mayor frecuencia que otros, una señorita alta, bien formada, de ojos grandes y rostro pálido y enjuto. Se llamaba Sáshenka. En su porte y modales había algo de varonil, fruncía las cejas, negras y pobladas, con aire de enfado, y cuando hablaba las tenues aletas de su nariz recta se estremecían.

Ella fue la primera que dijo en voz alta, con brusquedad:

—Nosotros, los socialistas...

Cuando la madre oyó aquella palabra, fijó su mirada en el rostro de la señorita, con un miedo silencioso. Ella había oído que los socialistas habían matado a un zar. Sucedió en sus años juveniles; en aquel entonces dijeron que los terratenientes, queriendo vengarse del zar por haber libertado a los siervos, juraron no cortarse el pelo mientras no le mataran. Por esto les habían dado el nombre de socialistas. Y ahora ella no podía comprender por qué eran también socialistas su hijo y sus camaradas.

Cuando todos se hubieron marchado, le preguntó a Pável:

—Hijo, ¿es posible que tú seas socialista?

—Sí —contestó él, en pie ante ella, firme y erguido bajando los ojos:

—¿De veras? Pero si ellos van contra el zar; ya ves, han matado a uno.

Pável dio unos pasos por la habitación, acarició se la mejilla y, sonriendo, dijo:

—Nosotros no necesitamos hacer eso.

Le estuvo hablando largo rato, en voz baja y tono serio. Ella le contemplaba pensando:

«Él no puede hacer nada malo; ¡no puede!»

Después, la palabra terrible empezó a repetirse cada vez con mayor frecuencia. Desapareció su carácter punzante y se hizo tan familiar a los oídos de la madre como otros numerosos términos, incomprensibles para ella. Pero Sáshenka no le gustaba, y cuando se presentaba en la casa, la madre se sentía molesta, intranquila...

Una vez, dijo al «jojol», apretando los labios con un gesto de descontento:

—¡Qué severa es Sáshenka! Siempre está mandando: debéis hacer esto, debéis hacer lo otro...

El «jojol» se echó a reír ruidosamente.

—¡Es verdad! Ha dado usted en el clavo. ¿Cierto, Pável?

Y haciendo un guiño a la madre, retozándole la risa en los ojos, dijo:

—¡La nobleza!

Pável replicó secamente:

—Es buena persona.

—¡Eso es verdad! —confirmó el «jojol»—. Pero no se da cuenta de que ella es quien debe, y nosotros, ¡los que queremos y podemos!

Y empezaron a discutir de algo incomprensible.

Advirtió así mismo la madre que Sáshenka se mostraba particularmente severa con Pável, al que incluso, a veces, regañaba. Pável sonreía en silencio y contemplaba a la joven con la dulce mirada que antes tenía para Natasha. Esto tampoco le gustó a la madre.

A veces, sorprendíase la madre de la impetuosa alegría que, súbitamente, se apoderaba de todos los jóvenes. Ello solía ocurrir en las veladas en que leían en los periódicos noticias acerca de la clase obrera del extranjero. Entonces, los ojos de todos brillaban de júbilo, se tornaban felices, de un modo algo extraño, infantil; reían con risa clara, alegre, y se daban cariñosas palmadas en el hombro.

—¡Bravo por los camaradas alemanes! —gritaba cualquiera de ellos, como embriagado de alegría.

—¡Vivan los obreros de Italia! —exclamaban otra vez.

Y, al enviar estos vivas a algún sitio lejano, a los amigos que no les conocían ni podían comprender su lengua, parecían estar seguros de que aquellos hombres ignorados les oían y comprendían su entusiasmo.

El «jojol», con los ojos brillantes y lleno de un amor que abarcaba a todos los seres, decía:

—Estaría bien escribirles allá, ¿eh? Así sabrían que en Rusia tienen unos amigos que creen y profesan su misma religión; sabrían que viven unos hombres que persiguen el mismo fin que ellos y que se alegran de sus triunfos.

Y todos, soñadores, con la sonrisa en los labios, hablaban largamente de los franceses, ingleses y suecos como de amigos suyos, como de seres queridos a quienes respetaban, compartiendo sus penas y alegrías.

Y en la reducida habitación iba naciendo un sentimiento de parentesco espiritual con los obreros de toda la tierra. Este sentimiento, que fundía a todos en una sola alma, agitaba también a la madre; aunque no lo comprendiera, le hacía erguirse ante aquella fuerza gozosa y juvenil, embriagadora, henchida de esperanzas.

—¡Cómo sois! —dijo un día al «jojol»—. Para vosotros todos son camaradas: armenios, hebreos, austriacos, ¡por todos os alegráis y entristecéis!

—¡Por todos, madrecita, por todos! —exclamó él—. Para nosotros no hay naciones, ni razas, tan sólo hay camaradas y enemigos. Todos los obreros son nuestros camaradas; todos los ricos, todos los gobiernos, nuestros enemigos. ¡Cuando se mira a la tierra con ojos de bondad, cuando se ve que nosotros, los obreros, somos muchos y cuánta es la fuerza que representamos, se siente el corazón invadido de gozo, y en el pecho como una gran fiesta solemne! Y el francés y el alemán sienten lo mismo cuando miran a la vida, e igualmente se regocijan los italianos. Todos somos hijos de una misma madre, de la idea invencible de la fraternidad de los trabajadores de todos los países de la tierra. Ella nos da calor, es el sol en el cielo de la justicia, y este cielo está en el corazón del obrero; sea quien fuere, llámese como se llame, el socialista es nuestro hermano en espíritu, ¡siempre, ahora y siempre, por los siglos de los siglos!

Aquella fe infantil, pero firme, surgía entre ellos cada vez con mayor frecuencia, y constantemente se elevaba y crecía en su poderosa fuerza. Y cuando la madre veía aquella fuerza, sentía, por instinto, que en verdad algo grandioso y radiante había nacido en el mundo, como un sol semejante al que ella contemplaba en el cielo.

Cantaban con frecuencia. Cantaban alegres, a plena voz, canciones sencillas y de todos conocidas; pero, a veces, cantaban

otras singularmente armoniosas, aunque tristes y extrañas por su melodía. Éstas las entonaban a media voz, serios, como si estuvieran en la iglesia. Los rostros de los cantores palidecían, para encenderse al punto, y en las sonoras palabras percibíase una gran fuerza.

Entre las nuevas canciones, había una que emocionaba e inquietaba especialmente a la madre. En ella no se percibían las tristes meditaciones del alma, solitaria y agraviada, errante por los umbríos senderos de las incertidumbres dolorosas, ni los gritos del alma agobiada por la miseria, encogida de espanto, informe e incolora. Tampoco se oían en ella los angustiosos jadeos de la fuerza con un ansia imprecisa de espacio, ni los retadores gritos de la audacia arrogante, dispuesta a aniquilar, indiferentemente, tanto lo bueno como lo malo. Faltábale el sentimiento ciego de la venganza y del agravio, capaz de destruir todo e impotente para crear algo; no resonaba en ella nada del viejo mundo de los esclavos.

Las palabras ásperas, la melodía severa no eran del agrado de la madre, pero había en aquella canción un no sé qué, más grande, que ahogaba sonido y letra despertando en el corazón el presentimiento de algo inabarcable para la mente. La madre lo veía en las caras, en los ojos de los jóvenes, lo percibía en los pechos de ellos, y cediendo a la fuerza de la canción, que no cabía en las palabras ni en los sonidos, la escuchaba siempre con particular atención, con mayor y más profunda ansiedad que todas las otras canciones.

La cantaban más bajo que las otras, pero resonaba más fuerte que ninguna, y abrazaba a los hombres como el viento de un día de marzo, primer día de la futura primavera.

—¡Ya es hora de que la cantemos en la calle! —decía sombrío Vesovschikov.

Cuando su padre volvió a robar y se lo llevaron de nuevo a la cárcel, Nikolái declaró tranquilo a sus camaradas:

—Ahora, ya podremos reunirnos en mi casa...

Casi todas las tardes, después del trabajo, venía a casa de Pável alguno de sus camaradas; leían juntos y copiaban párrafos de los libros; preocupados, no tenían tiempo ni de lavarse. Cenaban y tomaban el té sin dejar los libros, y sus conversaciones eran cada vez más incomprensibles para la madre.

—Necesitamos un periódico —solía repetir Pável.

La vida se tornaba febril y agitada; cada vez con mayor rapidez, los jóvenes pasaban presurosos de un libro a otro, como revolotean las abejas de flor en flor.

—¡Empezamos a dar que hablar! —dijo un día Vesovschikov—. Seguramente, pronto nos atraparán...

—¡Las codornices se hicieron para caer en las redes! —repuso el «jojol».

Éste le gustaba cada día más a la madre. Cuando la llamaba «madrecita» era como si le acariciase las mejillas la mano suave de un niño. Los domingos, si Pável no tenía tiempo, él partía leña; un día llegó con una tabla al hombro, cogió el hacha y cambió con habilidad y rapidez un peldaño podrido de la escalera de la terracilla; otra vez, también sin que se apercibiese nadie, arregló la empalizada medio derruida. Mientras trabajaba, silbaba tonadas, bellas y tristes.

Una vez la madre propuso al hijo:

—¿Y si diéramos hospedaje al «jojol»? Sería mejor para los dos, no tendríais que andaros buscando el uno al otro.

—¿Para qué se va usted a tomar molestias? —contestó Pável, encogiéndose de hombros.

—¡Qué ocurrencia! Me he pasado la vida atormentándome sin saber para qué; bien puedo hacerlo por un buen hombre.

—Como usted quiera —replicó Pável—. Si él acepta, yo, tan contento.

Y el «jojol» vino a vivir con ellos.

VIII

La casita del extremo del arrabal iba llamando la atención; ya eran muchas las miradas de recelo que habían palpado sus muros. Sobre ella se cernían inquietas las abigarradas alas del rumor público, y la gente intentaba sorprender, descubrir lo que se ocultaba tras las paredes de la casita junto al barranco. Por las noches iban a mirar por los cristales; a veces, alguien golpeaba en ellos, y en seguida echaba a correr asustado.

Un día, el tabernero Beguntsov paró en la calle a la madre de Pável. Era un viejecito atildado, siempre con un pañuelo de seda negra ceñido al cuello, rojo y fofo, y un grueso chaleco de felpa color lila. Unas gafas de concha cabalgaban en su nariz, reluciente y puntiaguda, por lo que le apodaban «Ojos de Hueso».

Detuvo a Vlásova y, sin tomar resuello ni esperar respuesta, la interpeló con palabras rimbombantes y secas.

—¿Cómo le va, Pelagueia Nílovna? Y el hijo, ¿qué tal? ¿No piensa usted casarle? El muchacho ya está en edad de contraer matrimonio. Cuanto antes se case a los hijos, más tranquilidad para los padres. El hombre que hace vida familiar se mantiene más sano

de cuerpo y de espíritu, ¡se conserva como la seta en vinagre! Yo, en su lugar, le casaría. Los tiempos actuales exigen vigilancia sobre el ser humano. La gente empieza a vivir pensando por su cuenta. Las ideas se embrollan y los actos se vuelven vituperables. Ya no se ve a los mozos en el templo de Dios, se alejan de los sitios públicos para reunirse a escondidas y cuchichear por los rincones. Y yo pregunto: ¿para qué cuchichean? ¿Por qué huyen de la gente? ¿Qué es todo lo que un hombre no se atreve a decir ante la gente, por ejemplo, en la taberna? ¡Misterio! Pero el lugar de los misterios está en nuestra Santa Iglesia Apostólica. Todos los demás misterios, realizados a escondidas, ¡provienen de la mente descarriada! ¡Que usted siga bien!

Alzando la mano con afectación, se quitó la gorra de plato, la agitó en el aire y se fue, dejando a la madre perpleja.

Otra vez, María Kórsunova, viuda de un herrero, vecina de los Vlásov, que vendía comestibles a la puerta de la fábrica, se encontró con la madre en el mercado y también le dijo:

—¡Vigila a tu hijo, Pelagueia!

—¿Por qué? —preguntó la madre.

—¡Corren rumores! —declaró María con aire misterioso—. ¡Y nada buenos, madre! Dicen que está organizando una comunidad, como las de los flagelantes. Secta llaman a eso. Se dan unos a otros de latigazos, como los flagelantes...

—¡Basta, no seas tonta, María!

—No es tonto quien mentiras cuenta, sino quien las inventa —replicó la vendedora.

La madre comunicó a su hijo todas aquellas habladurías; él se encogió de hombros en silencio, y el «jojol» se echó a reír con su risa pastosa y suave.

—¡Las muchachas también están muy ofendidas con vosotros! —dijo la madre—. Sois novios envidiables para cualquier moza; todos, buenos obreros, no bebéis, ¡y ni las miráis siquiera! Dicen que vienen a veros de la ciudad señoritas de dudosa conducta...

—¡Por supuesto! —exclamó Pável, con una mueca de repugnancia.

—En la charca, todo huele a podrido —dijo suspirando el «jojol»—. Podría usted explicarles a esas tontas lo que es el matrimonio, madrecita, para que no se apresuren a romperse ellas mismas las costillas...

—¡Ay, padrecito! —repuso la madre—. Ellas ven la desgracia; lo comprenden, ¡pero no les queda otra salida!

—¡Mal lo comprenden! Si no, ya encontrarían otro camino —observó Pável.

La madre echó una ojeada al rostro severo de su hijo:

—Pues enseñádselo vosotros. Deberías invitar a las más listas...

—¡No es conveniente! —contestó Pável con sequedad.

—¿Y si probásemos? —replicó el «jojol».

Luego de un instante de silencio, Pável contestó:

—Empezarían a formarse parejas, después se casarían algunos, ¡y se acabó!

La madre quedó pensativa. La austeridad monacal del hijo la desconcertaba. Veía que sus consejos eran escuchados incluso por los camaradas que, como el «jojol», eran mayores que él. Sin embargo, a ella le parecía que le temían, pero que nadie le quería a causa de su carácter adusto.

En una ocasión, estando acostada, mientras Pável y el «jojol» seguían leyendo, a través del delgado tabique prestó atención a lo que hablaban.

—¿Sabes que me gusta Natasha? —dijo de pronto el «jojol» en voz baja.

—Lo sé —contestó Pável después de una pausa.

Se oyó que el «jojol» se levantaba despacio y empezaba a pasear por la habitación. Sentíanse las pisadas de sus pies descalzos. Se expandieron, melancólicos y tenues, los silbidos de una tonada. Luego volvió a resonar su voz:

—¿Lo habrá notado ella?

Pável guardó silencio.

—¿Qué opinas tú? —preguntó el «jojol», bajando la voz.

—Que lo nota —repuso Pável—. Por eso se ha negado a estudiar con nosotros...

El «jojol» arrastraba pesadamente por el suelo los pies descalzos, y de nuevo vibró en el cuarto su tenue silbar. Luego inquirió:

—¿Y si le dijera...?

—¿Qué?

—Que yo... —empezó a explicar el «jojol» en voz queda.

—¿Para qué? —le interrumpió Pável.

La madre oyó que el «jojol» se paraba, y presintió que sonreía.

—Pues mira, yo creo que cuando se quiere a una muchacha hay que decírselo, porque si no, no se consigue nada.

Pável cerró ruidosamente el libro. Oyóse su pregunta:

—¿Qué es lo que tú quieres conseguir?

Ambos guardaron silencio largo rato.

—Bueno, ¿qué? —interrogó el «jojol».

—Andréi, hay que saber claramente lo que uno desea —empezó a decir Pável con lentitud—. Supongamos que ella también te quiere; lo que yo no creo, pero supongámoslo así. Os casáis. Será un matrimonio interesante. ¡Una intelectual con un obrero! Tendréis hijos. Habrás de trabajar tú solo... y mucho... Vuestra vida será la

vida por el pedazo de pan para los hijos, para el alquiler de la vivienda, y ambos os habréis perdido para la causa. ¡Los dos!

Hubo un silencio. Luego, Pável continuó; al parecer, con más suavidad:

—Mejor será que dejes esas cosas, Andréi. No la perturbes...

Silencio. Sonaba con nitidez el péndulo del reloj contando acompasadamente los segundos.

El «jojol» dijo:

—Medio corazón quiere y el otro medio detesta... ¿Acaso es esto un corazón? ¿Eh?

Susurraron las páginas de un libro; debía ser que Pável reanudaba la lectura. La madre seguía echada, cerrados los ojos, temerosa de moverse. Le daba lástima del «jojol», hasta hacerla llorar; pero aún más, de su hijo. Y pensó:

«Querido mío...»

De pronto, el «jojol» preguntó:

—¿De modo que debo callarme?

—Es más honrado —repuso Pável en voz baja.

—¡Tiraremos por ese camino! —dijo el «jojol». Y al cabo de unos segundos, agregó tristemente, en voz queda—: A ti, Pável, te será también difícil, cuando te encuentres en la misma situación...

—¡Ya me lo es...!

Rumoreaba el viento en los muros de la casa. El péndulo del reloj contaba con exactitud el tiempo que se iba.

—¡Estas cosas no son bromas! —pronunció el «jojol» lentamente.

La madre hundió el rostro en la almohada y comenzó a llorar en silencio.

A la mañana siguiente, Andréi le pareció a la madre de menor estatura y aún más cerca de su corazón; y su hijo, como siempre, delgado, erguido, taciturno. Antes, la madre llamaba al «jojol» Andréi Onísimovich; aquel día, sin darse cuenta, le dijo:

—Andriusha, debería usted remendarse las botas; así se le van a helar los pies.

—¡Ya me compraré otras cuando cobre! —contestó echándose a reír y, poniéndole en el hombro su larga mano, le preguntó—: A lo mejor, resulta que es usted mi verdadera madre. Sólo que, como soy tan feo, no quiere usted reconocerlo ante la gente, ¿verdad?

Ella, en silencio, le dio unas palmaditas en la mano. Hubiera querido decirle un sinfín de palabras cariñosas, pero tenía el corazón oprimido de lástima y las palabras no salieron de sus labios.

IX

En el arrabal corría el rumor de que los socialistas repartían hojas escritas con tinta azul. En aquellas hojas se hablaba con mordacidad del régimen existente en la fábrica, de las huelgas de los obreros de Petersburgo y de Rusia meridional; se exhortaba a los obreros a unirse, a luchar en defensa de sus intereses.

Las personas de cierta edad, que ganaban en la fábrica un buen jornal, maldecían:

—¡Perturbadores! ¡Habría que darles en los morros por ocuparse de estas cosas!

Y llevaban las hojas a la jefatura. Los jóvenes leían con entusiasmo las proclamas:

—¡Dicen la verdad!

La mayoría, aplanados por el trabajo, indiferentes a todo, se desentendían del asunto con indolencia:

—¡No ocurrirá nada! ¿Acaso es posible?

Sin embargo, las hojas inquietaban a todos, y si durante la semana no aparecían, decíanse unos a otros:

—Por lo visto, han dejado de publicarlas...

Pero cuando, llegado el lunes, reaparecían, los obreros volvían a agitarse sordamente.

En la taberna y en la fábrica advertíase la presencia de gentes nuevas, desconocidas para todos. Preguntaban, observaban, husmeaban, y en seguida llamaban la atención general: unos, por su cautela sospechosa; otros, por su excesiva importunidad.

La madre comprendía que aquel alboroto era fruto del trabajo de su hijo; veía cómo la gente se arremolinaba en torno suyo, y el temor por su suerte se fundía con el orgullo de tener un hijo así.

Una tarde, María Kórsunova llamó desde la calle en los cristales, y cuando la madre hubo abierto la ventana, cuchicheó ruidosa:

—¡Ten cuidado, Pelagueia! ¡Ya se les acabó el juego a tus pichones! Esta noche van a registrar tu casa, la de Masin y la de Vesovschikov...

Los gruesos labios de María chasqueaban rápidos uno con otro; su carnosa nariz daba resoplidos, guiñaba los ojos bizcándolos a derecha e izquierda, como si acechara a alguien en la calle.

—Y yo, nada sé y nada te he dicho; ni siquiera te he visto hoy. ¿Entiendes?

Y desapareció.

La madre, después de cerrar la ventana, dejóse caer lentamente en una silla. Pero la conciencia del peligro que amenazaba al hijo la impulsó a levantarse de súbito; se puso el abrigo apresuradamente, y aunque no hacía mucho frío, se envolvió bien la cabeza en un chal y

echó a correr a casa de Fedia Masin, que se encontraba enfermo y no iba al trabajo. Cuando llegó, Fedia estaba sentado junto a la ventana, leyendo un libro y meciendo con la mano izquierda la derecha, cuyo tieso pulgar se mantenía apartado de los otros dedos. Al saber la novedad, saltó de la silla; su cara tornóse pálida.

—¡Vaya, ya llegó...! —dijo balbuciente.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Vlásova limpiándose con mano trémula el sudor del rostro.

—¡Espere, no tenga miedo! —replicó Fedia pasándose la mano sana por los ensortijados cabellos.

—¡Pero si usted mismo lo tiene! —exclamó ella.

—¿Yo? —sus mejillas se encendieron y repuso sonriendo turbado—: Sí, es verdad, ¡demonio...! Hay que decírselo a Pável. Voy a enviarle a alguien. Vuélvase usted a casa, ¡no se preocupe! ¡No nos pegarán!

Una vez en casa, la madre hizo un montón con todos los libros, y apretándolos contra su pecho, estuvo largo rato recorriendo toda la casa, mirando al horno, debajo de él y hasta en la barrica del agua. Se imaginaba que Pável dejaría el trabajo y volvería inmediatamente, pero no venía... Por último, vencida por el cansancio, se sentó en el banco de la cocina, puso los libros bajo sus faldas y, temiendo levantarse, permaneció así hasta que llegaron de la fábrica Pável y el «jojol».

—¿Lo sabéis? —exclamó sin moverse.

—Lo sabemos —contestó Pável sonriendo—. ¿Tienes miedo?

—Sí, mucho, mucho miedo...

—¡No hay que tener miedo! —dijo el «jojol»—. Eso no sirve para nada.

—¡Ni siquiera ha preparado el samovar! —observó Pável.

Se puso la madre en pie, y, mostrando los libros, explicó con aire de culpa:

—Mira, he estado ocupada con ellos todo el tiempo...

Su hijo y el «jojol» rompieron a reír, lo que la tranquilizó. Pável eligió algunos libros y salió al patio a esconderlos, y el «jojol» se puso a encender el samovar diciendo:

—Esto no tiene nada de terrible, madrecita, pero vergüenza da que la gente se dedique a semejantes tonterías. Vienen unos hombres hechos y derechos, con el sable al costado y espuelas en los tacones y escarban en todas partes. Miran debajo de la cama, debajo del horno; si hay bodega, se meten en ella, suben al desván... Allí les caen las telarañas en la jeta y empiezan a bufar. Están aburridos, avergonzados; por eso aparentan maldad y se enfadan con las personas. Su trabajo es inmundo, ¡y ellos lo comprenden! Una vez, me revolvieron toda la casa, no encontraron nada y se fueron avergonzados; otra vez, me llevaron con ellos. Luego, me metieron en la

cárcel, donde pasé unos cuatro meses. Estás allí un día tras otro, te llaman, te llevan por la calle con soldados, te hacen unas cuantas preguntas... Es gente torpe, dicen cosas absurdas; luego, mandan a los soldados que te conduzcan otra vez a la cárcel. Y así le hacen a uno ir y venir; ¡tienen que justificar su salario! Después le dejan a uno en libertad, ¡y se acabó!

—¡Qué manera de hablar tiene usted siempre, Andriusha! —exclamó la madre.

Arrodillado ante el samovar, resoplaba en el tubo con toda su fuerza; pero en aquel momento levantó la cara, roja del esfuerzo, y, estirándose las guías del bigote con ambas manos, preguntó:

—¿Cómo hablo?

—Como si nadie le hubiera ofendido nunca...

Levantóse, movió la cabeza y repuso sonriendo:

—¿Hay en el mundo algún alma que no haya sido ofendida? A mí me han ultrajado tanto, que estoy cansado de ofenderme. ¿Qué vas a hacer si la gente no puede proceder de otro modo? Las ofensas entorpecen el trabajo; si se detiene uno ante ellas, se pierde el tiempo en balde. ¡Así es la vida! Yo, antes, a veces me enfadaba con la gente, pero lo pensé mejor y vi que no valía la pena. Cada cual teme el golpe del vecino y trata de alumbrar la bofetada el primero. ¡La vida es así, madrecita mía!

Sus palabras fluían tranquilas, apartando la inquietud de la espera del registro. Sus ojos saltones sonreían luminosos, claros, y todo él, aunque desgalichado, era ágil, flexible.

La madre suspiró y dijo con afecto:

—¡Que Dios le haga feliz, Andriusha!

El «jojol» volvió de una zancada junto al samovar, se puso de nuevo en cuclillas y murmuró en voz baja:

—Si me dan la felicidad, no la rechazaré, pero no pienso pedirla.

Pável volvió del patio y afirmó con seguridad:

—No encontrarán nada —y empezó a lavarse.

Luego, secándose bien las manos con fuerza, dijo:

—Si se le nota que tiene miedo, madre, pensarán: «En esta casa hay algo, puesto que ella tiembla.» Usted ya lo comprende, no queremos nada malo; la verdad está de nuestra parte, y toda la vida trabajaremos por ella: ¡esa es toda nuestra culpa! ¿De qué tener miedo?

—Yo, Pável, tendré valor —prometió ella. Y en seguida exclamó con angustia—: ¡Ya podían venir cuanto antes!

Pero no llegaron aquella noche, y a la mañana siguiente —previendo la posibilidad de que bromearan con su miedo—, la madre fue la primera en hacerlo:

—¡Vaya, me asusté antes de tiempo!

X

Se presentaron casi al mes de la noche de alarma.

Estaban reunidos Nikolái Vesovschikov, Andréi y Pável, hablando de su periódico. Era ya tarde, casi medianoche. La madre se había ya acostado, iba adormeciéndose y, entre sueños, oía el hablar quedo, preocupado, de los muchachos. De pronto, Andréi, andando con precaución, atravesó la cocina y cerró sin ruido la puerta tras sí. En el zaguán resonó el cubo al caer. Abrióse de par en par la puerta y el «jojol» entró en la cocina diciendo con voz sofocada:

—Se oye ruido de espuelas.

La madre saltó de la cama, cogió con manos temblorosas el vestido, pero en el umbral de la habitación apareció Pável y le dijo tranquilo:

—Quédese acostada. Usted no se encuentra bien.

Oyéronse en el zaguán cautelosos murmullos. Pável se acercó a la puerta y, empujándola con la mano, preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Con extraña rapidez, se introdujo en la casa una figura alta y gris, y tras ella otra; dos gendarmes rechazaron a Pável y colocáronse a ambos lados de él; resonó una voz recia y burlona:

—¿No somos los que esperabais, eh?

El que así hablaba era un oficial alto, delgado, con negro y ralo bigote. Junto al lecho de la madre apareció Fediakin, el policía del arrabal.

Llevándose una mano a la visera de la gorra, señaló con la otra la cara de la mujer y, torva la mirada, dijo:

—¡Ésta es la madre, usía! —y extendiendo hacia Pável el brazo, con brusco ademán, añadió—: ¡Y ahí está él en persona!

—¿Pável Vlásov? —preguntó el oficial entornando los ojos, y cuando Pável asintió con la cabeza, prosiguió, retorciéndose el bigote—: Tengo que registrarte la casa. ¡Levántate, vieja! ¿Quién hay ahí? —y luego de echar una ojeada al cuarto, se dirigió bruscamente hacia la puerta.

—¿Sus apellidos? —resonó su voz.

Del zaguán entraron dos testigos: el viejo fundidor Tveriakov y su inquilino, el fogonero Ribin, hombretón reposado y moreno. Éste exclamó con voz pastosa y recia:

—¡Buenas noches, Nílovna!

La madre estaba vistiéndose y, para darse ánimos, decía bajito:

—Pero, ¿qué es eso? ¡Venir de noche! ¡Sacar a la gente de la cama... sin más ni más!

La habitación estaba llena, y sin que se supiese la causa, había un fuerte olor a betún. Dos gendarmes y Riskin, el comisario de policía del arrabal, iban sacando los libros del estante, haciendo resonar el suelo con sus pisadas, y los amontonaban sobre la mesa, ante el oficial. Otros dos golpeaban la pared y miraban debajo de las sillas; uno de ellos se encaramó trabajosamente al horno. El «jojol» y Nikolái Vesovschikov permanecían en un rincón, apretados el uno contra el otro. El rostro de Nikolái, picado de viruelas, estaba cubierto de manchas rojas, y sus ojillos grises no podían apartarse del oficial. El «jojol» se estiraba las guías del bigote, y cuando la madre entró en el cuarto, le hizo con la cabeza una señal cariñosa, sonriéndole. Ella, tratando de dominar su miedo, avanzaba, no de costado, como tenía por costumbre, sino sacando el pecho, lo que daba a su figura un empaque gracioso y afectado. Pisaba fuerte y sus cejas temblaban.

El oficial iba tomando rápidamente los libros con la punta de sus dedos, blancos y afilados, los hojeaba, los sacudía y con hábil ademán echábalos a un lado. A veces, un libro caía al suelo con leve susurro. Todos callaban; tan sólo se percibían los fatigosos resoplidos de los gendarmes y el tintineo de las espuelas; de cuando en cuando, una voz preguntaba queda:

—¿Has mirado ahí?

La madre estaba en pie al lado de Pável, junto a la pared, cruzados los brazos sobre el pecho, como él, y miraba también al oficial. Le temblaban las rodillas y una neblina seca le velaba la vista.

De pronto, la voz tajante de Nikolái rasgó el silencio:

—¿Qué necesidad hay de tirar los libros al suelo?

Se estremeció la madre. Tveriakov agachó la cabeza como si le hubieran dado un golpe en la nuca, Ribin soltó un graznido y quedóse mirando atentamente a Nikolái.

El oficial entornó los ojos y, durante un segundo, los tuvo clavados en el rostro inmóvil, picado de viruelas. Después, sus dedos empezaron a hojear aún más de prisa las páginas de los libros. A veces, abría mucho sus grandes ojos grises, como si sufriera un dolor insoportable y fuese a desahogar, en un grito terrible, toda su impotente rabia contra el dolor aquel.

—¡Soldado! —volvió a decir Vesovschikov—. Recoge esos libros...

Volviéronse los gendarmes hacia él; luego, miraron al oficial. Éste alzó otra vez la cabeza y, abarcando de una ojeada escrutadora la maciza figura de Nikolái, ordenó con voz gangosa, lenta:

—¡Ea, recogedlos...!

Agachóse un gendarme, y sin dejar de examinar a Vesovschikov con el rabillo del ojo, empezó a recoger del suelo los desencuadernados libros.

—Mejor haría Nikolái en callarse —susurró la madre a Pável.

Éste se encogió de hombros. El «jojol» bajó la cabeza.

—¿Quién es el que lee aquí la Biblia?

—¡Yo! —afirmó Pável.

—¿Y de quién son todos estos libros?

—¡Míos! —contestó Pável.

—¡Bien! —dijo el oficial, apoyándose en el respaldo de la silla. Apretóse la mano, haciendo crujir los huesos de sus finos dedos, estiró las piernas bajo la mesa, se atusó el bigote y preguntó a Vesovschikov:

—¿Eres tú Andréi Najodka?

—¡Yo soy! —contestó Nikolái dando un paso al frente. El «jojol» extendió el brazo, le agarró por el hombro y le hizo retroceder.

—¡Se equivoca! ¡Yo soy Andréi...!

Levantó el oficial la mano y, amenazando a Vesovschikov con el dedo meñique, le dijo:

—¡Ándate con ojo conmigo!

Y se puso a hurgar en sus papeles.

Desde la calle, la noche de luna clara miraba con ojos indiferentes por la ventana. Alguien andaba lentamente fuera; sus pasos hacían crujir la nieve.

—Tú, Najodka, ¿has estado ya sumariado por delito político? —preguntó el oficial.

—Sí, en Rostov y en Sarátov... Sólo que allí los gendarmes me hablaban de «usted».

Guiñó el oficial su ojo derecho, se lo restregó y, mostrando sus dientes menudos, prosiguió:

—¿Y no conoce usted, Najodka, precisamente usted, a los canallas que reparten en la fábrica proclamas subversivas?

El «jojol» empezó a balancearse sobre las piernas; sonriendo abiertamente iba a decir algo, cuando la voz irritada de Vesovschikov resonó de nuevo:

—Es la primera vez que nosotros vemos canallas...

Siguió un silencio; todos permanecieron callados un segundo.

La cicatriz de la madre tornóse blanca y la ceja derecha se le alzó. La barba negra de Ribin empezó a temblar de un modo extraño; bajando los ojos, se puso a rascársela despacio.

—¡Sacad de aquí a este bestia! —dijo el oficial.

Dos gendarmes agarraron a Nikolái de los brazos y le arrastraron hasta la cocina. Allí, afianzando fuertemente los pies en el suelo, consiguió detenerse y gritó:

—¡Esperad a que me ponga el abrigo!

El policía volvió del patio y dijo:

—No hay nada; hemos mirado por todas partes.

—¡Por supuesto! —exclamó el oficial sonriendo—. Tenemos ante nosotros a un hombre experimentado...

Oía la madre aquella voz débil, temblorosa, quebrada, y miraba con espanto al rostro amarillento del oficial, adivinando en él un enemigo despiadado, con un corazón lleno de desprecio señoritil por la gente. Había visto pocos hombres así y casi se le había olvidado que existían.

«¡He aquí a quiénes inquietamos!», pensó.

—Usted, señor Andréi Onísimovich Najodka, hijo bastardo, ¡queda detenido!

—¿Por qué? —inquirió el «jojol» con tranquilidad.

—¡Eso se lo diré después! —respondió el oficial con malévola cortesía. Y dirigiéndose a Vlásova, le preguntó—: ¿Sabes leer y escribir?

—¡No! —repuso Pável.

—¡No te pregunto a ti! —dijo severo el oficial, y volvió a dirigirse a ella—: ¡Contesta, vieja!

Involuntariamente, a impulsos de un sentimiento de odio al hombre aquel, la madre se irguió de pronto, temblorosa, como si se hubiera sumergido en agua helada; su cicatriz tomó un color purpúreo y la ceja se le bajó.

—¡No grite! —dijo alargando el brazo hacia el oficial—. Usted es aún joven y no sabe lo que es sufrir...

—¡Cálmese, madre! —la interrumpió Pável.

—¡Espera, Pável! —exclamó la madre, acercándose a la mesa impetuosamente—. ¿Por qué prendéis a la gente?

—¡Eso no le importa a usted! ¡A callar! —gritó el oficial levantándose—. ¡Que traigan al detenido Vesovschikov!

Y se puso a leer un papel, levantándolo a la altura del rostro.

Trajeron a Nikolái.

—¡Quítate el gorro! —gritó el oficial interrumpiendo la lectura.

Ribin se acercó a Vlásova y, empujándola con el hombro, le dijo bajito:

—No te acalores, madre...

—¿Cómo me voy a quitar el gorro si me están sujetando las manos? —preguntó Nikolái, ahogando con su voz la lectura del acta.

El oficial tiró el papel sobre la mesa.

—¡A firmar!

La madre vio cómo firmaban el acta. Se iba extinguiendo su arrebato, el corazón desfallecía, unas lágrimas de impotencia y agravio asomaron a sus ojos. Durante sus veinte años de vida conyugal,

había llorado lágrimas como aquéllas, pero en los últimos tiempos casi tenía olvidado su acre sabor. Miróla el oficial, torció despectivo el gesto y le advirtió:

—Llora usted antes de tiempo, señora. ¡Ahorre lágrimas, que no le quedarán bastantes para lo sucesivo...!

Exasperada de nuevo, la madre le contestó:

—Las madres tienen lágrimas bastantes para todo, ¡para todo! Si tiene usted madre, ella, de seguro, ¡lo sabrá!

Metió con premura el oficial los papeles en una cartera nueva, de reluciente cierre.

—De frente... ¡marchen! —ordenó.

—Hasta la vista, Andréi. Hasta la vista, Nikolái —dijo Pável con afecto, en voz baja, estrechando la mano a sus camaradas.

—Eso es, ¡hasta la vista! —repitió riendo el oficial.

Vesovschikov resopló jadeante. Tenía el gordo cuello congestionado y sus ojos fulguraban de enconada rabia. El «jojol», iluminado el rostro por una sonrisa, movió la cabeza y dijo algo a la madre; ella le hizo la señal de la cruz y profirió:

—Dios reconoce a los justos...

Por fin, el tropel de hombres con capote gris hundióse en el zaguán y, tintineando las espuelas, desapareció. Ribin fue el último en salir; envolvió a Pável en una atenta mirada de sus ojos oscuros y le dijo pensativo:

—Bueno, ¡adiós!

Ribin llevóse la mano a la boca, carraspeó y, despacioso, salió al zaguán.

Con las manos en la espalda, Pável empezó a pasear lentamente por la habitación, entre los montones de libros y de ropa blanca tirados por el suelo, y dijo sombrío:

—¿Ves cómo se hacen estas cosas...?

La madre, mirando perpleja la revuelta habitación, susurró angustiada:

—¿Por qué estuvo Nikolái grosero con él?

—Tendría miedo —dijo Pável en voz queda.

—Vinieron, los agarraron, se los llevaron... —musitó la madre, abriendo los brazos.

Su hijo había quedado en casa; su corazón empezó a latir más tranquilo, mientras el pensamiento permanecía inmóvil ante un hecho que no alcanzaba a concebir.

—Ese hombre amarillo se burla, amenaza...

—¡Bueno, madrecita! —dijo de pronto Pável con decisión—. Anda, vamos a recoger todo esto.

La había llamado «madrecita» y de «tú» como solía hacer cuando era más entrañable. Acercósele ella, le miró a la cara y preguntó muy quedo:

—¿Te ofendieron?

—¡Sí! —replicó él—. ¡Es muy duro! Hubiera preferido ir con ellos...

Le pareció que el hijo tenía lágrimas en los ojos, y deseando aliviarle en su dolor, vagamente presentido por ella, suspiró y dijo:

—¡Espera! ¡Ya te llevarán a ti también...!

—¡Me llevarán! —repuso él.

Tras un instante de silencio, la madre observó con tristeza:

—¡Qué rudo eres, Pável! ¡Ya podías tranquilizarme alguna vez! Pero no, digo cosas terribles, y tú me contestas cosas más terribles aún.

La miró él, acercóse y le dijo en voz baja:

—¡No me sale, madre! Tendrás que acostumbrarte.

Suspiró ella y, luego de un silencio, prosiguió, conteniendo un estremecimiento de espanto:

—¿Y será posible que atormenten a la gente? ¿Que desgarren el cuerpo, que rompan los huesos? Cuando pienso en esto, Pável, querido mío, ¡me da horror!

—Rompen el alma... Eso duele más: el que desgarren el alma con manos sucias...

XI

Al día siguiente se supo que habían arrestado a Bukin, Samóilov, Sómov y cinco personas más. Por la noche vino corriendo Fedia Masin; también le habían hecho un registro y, satisfecho de ello, se sentía héroe.

—¿Tuviste miedo, Fedia? —preguntó la madre.

Palideció él, se demudó su rostro y temblaronle las aletas de la nariz.

—Tuve miedo de que el oficial me pegara. Gastaba barba negra, era grueso, con dedos peludos, y en la nariz llevaba unas gafas negras; parecía como si no tuviera ojos. Gritó y pateó. «¡Te vas a pudrir en la cárcel!», me dijo. Y a mí jamás me han pegado ni mi padre ni mi madre, porque era hijo único y me querían.

Cerró un instante los ojos y apretó los labios; de un rápido ademán, echóse atrás el cabello con ambas manos y, mirando a Pável con enrojecidos ojos, dijo:

—Si alguien me pega alguna vez, me clavo en él como un cuchillo y le desgarro con los dientes. ¡Mejor será que me deje en el sitio de un golpe!

—¡Tan fino y delgaducho como eres...! —exclamó la madre—. ¿Cómo vas a pelear tú?

—Pues pelearé —contestó Fedia en voz baja.

Cuando se hubo marchado, dijo la madre a Pável:

—¡A éste le destrozarán antes que a los demás...!

Pável guardó silencio.

Al cabo de unos minutos, abrióse lentamente la puerta de la cocina y entró Ribin.

—¡Buenas noches! —saludó sonriendo—. Aquí estoy otra vez. Anoche me obligaron a venir, y hoy vengo yo por mi gusto.

Estrechó con fuerza la mano de Pável, agarró a la madre por el hombro y preguntó:

—¿Me darás té?

Pável miró en silencio el ancho rostro atezado de su huésped, su barba negra, cerrada, y sus ojos oscuros. En su mirar tranquilo, brillaba algo singular.

La madre entró en la cocina a encender el samovar. Sentóse Ribin, se atusó la barba y, acodándose sobre la mesa, envolvió a Pável en una oscura mirada.

—Así, pues... —dijo como si continuase una conversación interrumpida—, tengo que hablar contigo sin rodeos. Vengo observándote desde hace tiempo. Somos casi vecinos; veo que acude a tu casa mucha gente, y que nadie se emborracha ni mete barullo. Esto es lo primero. Si la gente no arma escándalo, inmediatamente se hace notar. ¿Cómo es eso? Verás. Yo mismo llamo la atención de la gente porque vivo apartado.

Sus palabras fluían pesadas, pero libremente; se acariciaba la barba con su negra mano y miraba con fijeza al rostro de Pável.

—Se habla de ti. Mis caseros te llaman hereje, porque no vas a la iglesia. Yo tampoco voy. Y luego, han aparecido esas hojitas. ¿Idea tuya, verdad?

—Sí —contestó Pável.

—¡Vaya! —exclamó alarmada la madre, asomándose desde la cocina—. ¡No fuiste tú solo!

Pável sonrió. Ribin, también.

—¡Así es! —dijo.

La madre aspiró ruidosamente aire, con la nariz, y metióse en la cocina, un poco ofendida de que no hiciesen caso de sus palabras.

—¡Buena idea la de las hojas...! Inquietan a la gente... ¿Diecinueve han sido?

—Sí —respondió Pável.

—Entonces las he leído todas. Hay en ellas cosas incomprensibles y cosas superfluas; pero cuando un hombre habla mucho, tiene que decir también algunas palabras de más.

Ribin sonrió; tenía los dientes blancos y fuertes.

—Después, el registro. Esto ha sido lo que más me ha predispuesto en vuestro favor. Y tú, y el «jojol», y Nikolái, todos os habéis mostrado...

No encontró la palabra adecuada y guardó silencio, vueltos los ojos hacia la ventana, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Habéis dejado ver vuestra decisión. Era como si dijerais: «Haga, usía, el trabajo que le corresponda, que ya haremos nosotros el nuestro.» El «jojol» es también un buen muchacho. A veces, oyéndole hablar en la fábrica, he pensado: «A éste no podrán doblegarle; sólo le vencerá la muerte.» ¡Es un hombre de fibra! ¿Tú a mí me crees, Pável?

—¡Le creo! —contestó éste, asintiendo con la cabeza.

—Mírame; tengo cuarenta años, el doble que tú, y he visto veinte veces más que tú. Fui soldado más de tres años; me he casado dos veces; la primera mujer se me murió, la otra la dejé yo. He estado en el Cáucaso, conozco a la secta de los «dujobortsi». ¡No han sabido vencer a la vida, hermano!

La madre escuchaba con avidez aquellas recias palabras; le era grato ver que un hombre ya entrado en años acudía a su hijo y hablaba con él, como confesándose; pero le parecía que Pável trataba al huésped con excesiva sequedad y, para contrarrestar este mal efecto, preguntó a Ribin:

—¿Quieres comer algo, Mijaíl Ivánovich?

—¡Gracias, madre! Ya he cenado. Así pues, Pável, ¿tú crees que la vida no marcha como es debido?

Pável se levantó y empezó a dar paseos por la habitación, con las manos a la espalda.

—¡Marcha como es debido! —dijo—. Ella es la que le ha traído a mí ahora con el alma abierta. A los que trabajamos durante toda la vida nos va uniendo poco a poco. ¡Llegará un tiempo en que nos una a todos! Está organizada de un modo injusto, duro para nosotros, pero ella misma nos abre los ojos y nos descubre su amargo sentido, ella es la que enseña al hombre cómo acelerar su marcha.

—¡Cierto! —le interrumpió Ribin—. Al hombre hay que renovarle. Si coge la sarna, le llevas al baño, le lavas bien, le pones ropa limpia, ¡y se cura! ¿No es cierto? Pero, ¿cómo se puede limpiar al hombre por dentro? ¡Eso es!

Pável empezó a hablar con ardor y brusquedad de los jefes, de la fábrica, de cómo los obreros en el extranjero defendían sus dere-

chos. Ribin, de cuando en cuando, golpeaba la mesa con un dedo, como para poner punto. Algunas veces exclamaba:

—¡Así es!

Y una vez, se echó a reír y dijo en voz baja:

—¡Ay, todavía eres joven! ¡Conoces poco a la gente!

Pável se detuvo ante él y replicó con seriedad:

—No hablemos de juventud ni de vejez; mejor será que veamos qué pensamiento es más acertado.

—De modo que, según tu opinión, ¿nos han engañado hasta con Dios? Eso es. Yo también pienso que nuestra religión es falsa.

En aquel momento, terció la madre. Cuando el hijo hablaba de Dios o de todo cuanto ella relacionaba con su fe en él, de lo que le era entrañable y sagrado, buscaba siempre su mirada; hubiera querido pedirle en silencio que no desgarrara su corazón con palabras de incredulidad, tajantes y agudas. Pero en la incredulidad de él, ella percibía fe, y esto la tranquilizaba.

«¿Cómo voy a entender yo su pensamiento?», se decía.

Se figuraba que a Ribin, hombre de edad madura, también le sería poco grato, y hasta ofensivo, oír las palabras de Pável. Pero cuando Ribin preguntó al hijo, con su voz tranquila, ella no pudo contenerse y, concisa, pero obstinada, dijo:

—En lo que a Dios se refiere, ¡sed más prudentes! ¡Vosotros haced lo que queráis! —y después de haber tomado aliento, con fuerza aún mayor, prosiguió—: Pero si a mí, que soy una vieja, me quitáis a mi Dios, ¡no tendré dónde apoyarme en mis penas!

Tenía los ojos arrasados en lágrimas. Iba fregando los cacharros y sus dedos temblaban.

—No nos ha entendido usted, madre —dijo quedo, cariñosamente, Pável.

—¡Perdona, madre! —añadió Ribin con voz lenta y pastosa, y, sonriendo, miró a Pável—. Se me había olvidado que eres ya demasiado vieja para que te corten las verrugas...

—Yo no hablaba del Dios bueno y misericordioso en quien usted cree —continuó Pável—, sino de aquel con quien los popes nos amenazan, como con un palo, y en cuyo nombre tratan de forzar a todas las gentes para que se sometan a la mala voluntad de unos cuantos.

—¡Eso, eso mismo! —exclamó Ribin, golpeando con los dedos en la mesa—. Nos han cambiado hasta al mismo Dios. ¡Todo lo que tienen en sus manos lo dirigen contra nosotros! Recuerda, madre, que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; luego él es parecido al hombre, ¡si el hombre se le parece...! Pero nosotros ya no nos parecemos a Dios, sino a las fieras salvajes. En la iglesia, en su lugar, nos enseñan un espantajo... ¡Hay que transformar a Dios,

madre, hay que purificarlo! ¡Le han revestido de mentira y calumnia, le han desfigurado el rostro para matarnos el alma!

Hablaba en voz baja, pero cada una de sus palabras caía sobre la cabeza de la madre como un mazazo duro y ensordecedor. Su cara fúnebre, con el marco negro de la barba espesa, le asustaba. El oscuro brillo de sus ojos le era insoportable; despertaba un miedo angustioso en su corazón.

—¡No, prefiero marcharme! —dijo ella, denegando con la cabeza—. Escuchar esto, ¡es superior a mis fuerzas!

Y se fue deprisa a la cocina, acompañada por las palabras de Ribin:

—¡Ya lo estás viendo, Pável! ¡El comienzo no está en la cabeza, sino en el corazón! El corazón es un lugar del alma humana en que no brota más que...

—¡Sólo la razón liberará al hombre! —dijo Pável con firmeza.

—¡La razón no da fuerza! —replicó Ribin en voz alta y obstinada—. ¡El corazón es el que da fuerza y no la cabeza! ¡Eso es!

La madre se desnudó y acostóse, sin rezar sus oraciones. Sentía frío y malestar. Ribin, que al principio le había parecido tan sensato e inteligente, suscitaba ahora en ella un sentimiento de hostilidad.

«¡Hereje! ¡Cizañero! —pensaba, escuchando su voz—. ¡Qué necesidad tenía de haber venido!»

Y Ribin continuaba, tranquilo y seguro:

—Un lugar sagrado no debe quedar vacío. Allí donde Dios vive, hay un sitio dolorido. Si se cae del alma, en ella se formará una llaga, ¡eso es! Hay que inventar una fe nueva, Pável... ¡hay que crear un Dios amigo de los hombres!

—¡Ya hubo un Cristo! —exclamó Pável.

—Cristo no tenía firme el ánimo. «Aparta de mí este cáliz», dijo. Y reconoció al César. ¡Dios no puede reconocer autoridad humana que reine sobre los hombres, porque él es todo poder! No divide el alma en parte divina y parte humana. Pero Cristo reconoció el comercio y el matrimonio y condenó injustamente a la hoguera. ¿Acaso tenía ella la culpa de su esterilidad? Tampoco es culpable el alma, si no da buen fruto. ¿Sembré yo el mal que hay en ella? ¡Eso es!

Las dos voces resonaban en el cuarto, sin interrupción, entrelazándose y combatiendo en animado juego. Pável iba y venía; el piso de madera crujía bajo sus pies. Cuando hablaba, todos los sonidos eran ahogados por sus palabras; cuando Ribin replicaba, pausado y tranquilo, oíase el tictac del péndulo del reloj y el seco crujir del hielo que rozaba con sus afiladas uñas las paredes de la casa.

—Voy a hablarte a mi manera; como fogonero que soy, Dios se parece al fuego. ¡Así es! Vive en el corazón. Se ha dicho que Dios es el verbo, y el verbo es el espíritu.

—¡La razón! —repuso, obstinado, Pável.

—¡Así es! Luego Dios está en el corazón y en la razón, y no en las iglesias. La iglesia es la tumba de Dios...

La madre quedóse dormida y no oyó salir a Ribin.

Pero éste empezó a venir con frecuencia; si estaba con Pável alguno de los camaradas, se sentaba en un rincón y guardaba silencio; de cuando en cuando decía:

—¡Eso es! ¡Así es!

Mas, un día, echando a todos una torva mirada desde el rincón dijo sombrío:

—Hay que hablar de lo que es; lo que ha de ser, no lo sabemos. Cuando el pueblo se libere, ya verá él qué es lo mejor. Le han metido en la cabeza demasiadas cosas que no deseaba en absoluto, ¡basta ya! Que razone por su cuenta. Puede que quiera rechazarlo todo, toda la vida y todas las ciencias; puede que vea que todo está dirigido contra él, como, por ejemplo, el Dios de la iglesia. Ponedle todos los libros en la mano y que conteste él mismo. ¡Eso es!

Pero cuando Pável estaba solo, entablaban al instante una discusión interminable, aunque tranquila. La madre los escuchaba inquieta, siguiéndoles con la mirada, tratando de comprender qué era lo que decían. A veces, parecíale que aquel hombre, de anchas espaldas y barba negra, y su hijo, esbelto y vigoroso, estaban ciegos. Se lanzaban de un lado para otro, en busca de salida; agarrábanse a todo, con manos fuertes, pero ciegas; lo removían todo, cambiándolo de sitio; dejaban caer cosas al suelo para pisotearlas en seguida. Tropezaban con todo, lo palpaban y rechazábanlo sin perder la esperanza ni la fe...

La tenían acostumbrada a oír palabras terribles por su sencillez y audacia, pero ya no le oprimían con la misma fuerza que la primera vez; había aprendido a rechazarlas. Y a veces, tras las palabras que negaban a Dios, sentía una fuerte fe en él. Entonces sonreía quedamente, con una sonrisa que todo lo perdonaba, y aunque Ribin no le era grato, ya no sentía animosidad contra él.

Una vez por semana iba la madre a la cárcel a llevar ropa y libros al «jojol»; un día, le concedieron autorización para verle, y cuando hubo regresado, refirió con ternura:

—Sigue lo mismo que en casa. Cariñoso con todos, y todos bromean con él. Le es duro aquello, difícil, pero no quiere hacerlo notar...

—¡Así debe ser! —replicó Ribin—. Todos vamos envueltos en pena, como en una segunda piel... Respiramos pena y nos revestimos de pena. Pero no hay que alardear de ello. No todos tienen los ojos tapados, hay quienes se complacen en cerrarlos. ¡Eso es! ¡Y si eres imbécil, aguántate!

XII

La casita gris de los Vlásov llamaba cada vez más la atención del arrabal. En aquella atención había mucho de sospechosa cautela y de animosidad inconsciente, pero surgió también una curiosidad confiada. A veces llegaba allí alguna persona y, después de mirar prudentemente en derredor, decía a Pável:

—Bueno, hermano, tú que lees libros, conocerás las leyes. Así es que explícame...

Y le contaba alguna injusticia de la policía o de la administración de la fábrica. En los casos complicados Pável enviaba al visitante a la ciudad, con dos letras para un abogado amigo suyo; pero cuando podía, aclaraba él mismo el asunto.

Poco a poco, fue surgiendo en la gente un sentimiento de respeto hacia aquel joven serio, que hablaba de todo con sencillez y audacia, que miraba y escuchaba todo con atención y ahondaba tenazmente en la maraña de cada caso particular, para encontrar siempre el hilo interminable que unía a las personas entre sí con miles de nudos fuertes.

Creció todavía más Pável, ante los ojos de la gente, después de la historia del «kopek del pantano».

Un gran pantano, cubierto de abedules y abetos, rodeaba la fábrica casi por entero, como un cinturón infecto. En verano, un vaho amarillento y espeso se desprendía de él, con nubes de mosquitos que sembraban el arrabal de calenturas. El pantano pertenecía a la fábrica; el nuevo director, ansioso de sacarle partido, concibió el proyecto de desecarlo y a la vez extraer la turba. Después de explicar a los obreros que aquella medida sanearía el lugar y mejoraría las condiciones de vida, dispuso que se descontara de los salarios un kopek por rublo, para la desecación del pantano.

Los obreros se agitaron; les indignó, sobre todo, que el nuevo impuesto no se aplicara a los empleados.

El sábado, cuando fueron fijados carteles anunciando la resolución del director, Pável estaba enfermo y no había ido a trabajar ni sabía nada del asunto. A la mañana siguiente, después de la misa, el fundidor Sisov, viejo de aspecto venerable, y el cerrajero Majotin, hombre de malas pulgas y elevada estatura, vinieron a contarle lo que ocurría.

—Nos hemos reunido, los más viejos —dijo pausadamente Sisov—, para hablar de esta cuestión y, mira, nos han enviado los camaradas a preguntarte, como hombre de luces que eres, si existe alguna ley que permita al director combatir a los mosquitos con nuestros kopeks.

—¡Figúrate! —añadió Majotin, centelleantes los alargados ojuelos—. Hace cuatro años, esos ladrones hicieron una colecta para construir un establecimiento de baños. Recogieron tres mil ochocientos rublos. Y seguimos sin baños. ¿Dónde está el dinero?

Pável les explicó lo injusto del impuesto y el evidente beneficio que la empresa reportaría a la fábrica. Los dos viejos se marcharon con el ceño fruncido. Después de acompañarles hasta la puerta, la madre dijo sonriendo:

—Ya ves, Pasha, hasta los viejos acuden a ti, en busca de consejo.

Sin contestar, preocupado, sentóse Pável a la mesa y empezó a escribir algo. Al cabo de unos minutos, dijo a la madre:

—Te ruego que vayas a la ciudad y entregues esta nota...

—¿Es peligrosa? —inquirió.

—Sí. Allí nos están imprimiendo el periódico. Es necesario que la historia del kopek salga en el número...

—Bueno, bueno —contestó ella—. Ahora mismo...

Era el primer encargo que le daba su hijo. Sentíase feliz de que le hubiera dicho con franqueza de qué se trataba.

—¡Esto lo comprendo, Pasha! —decía poniéndose el abrigo—. Esto es un verdadero robo. ¿Cómo has dicho que se llama ese hombre, Egor Ivánovich?

Volvió de noche, ya tarde; cansada, pero satisfecha.

—¡He visto a Sáshenka! —díjole al hijo—. Te envía recuerdos. ¡Qué llanote es el tal Egor Ivánovich! ¡Y qué bromista! Cuando habla, hace reír.

—Me alegro de que te gusten —dijo Pável en voz baja.

—¡Qué gente tan sencilla, hijo! ¡Es tan agradable cuando se da con gente sencilla! Y todos te respetan...

El lunes, tampoco pudo Pável ir a la fábrica, a causa de un dolor de cabeza. Pero a la hora de comer se presentó corriendo Fedia Masin, agitado y contento; jadeando de cansancio, le comunicó:

—¡La fábrica entera está sublevada! ¡Vamos! Me han mandado a buscarte. Sisov y Majotin dicen que tú puedes explicar las cosas mejor que nadie. ¡Si vieras lo que está ocurriendo allí!

Pável empezó a ponerse el abrigo, sin decir palabra.

—Las mujeres han acudido, ¡y cómo chillan!

—¡Yo también voy! —declaró la madre—. ¿Qué hacen allí? ¡Yo también voy!

—Pues ve —dijo Pável.

Iban por la calle deprisa y en silencio. La madre, jadeante de emoción, presentía que se aproximaba algo grave. A las puertas de la fábrica agolpábase una multitud de mujeres, vociferando denuestos. Cuando los tres lograron introducirse en el patio, cayeron al instan-

te entre una muchedumbre negra, compacta, que rumoreaba indignada. La madre notó que todas las cabezas estaban vueltas hacia un lado, en dirección al muro de las fraguas donde, encima de un montón de chatarra, sobre un fondo de rojos ladrillos, estaban encaramados, agitando las manos, Sisov, Majotin, Viálov y unos cinco obreros más, de edad madura, influyentes.

—¡Ahí viene Vlásov! —gritó alguien.

—¿Vlásov? Que venga aquí...

—¡Silencio! —gritaron a un tiempo en varios lugares.

En algún sitio, cerca de la madre, resonó la voz inalterable de Ribin:

—No es el kopek lo que debemos defender, sino la justicia. ¡Eso es! Lo valioso para nosotros no es nuestro kopek, que no es más redondo que los de otros, pero sí pesa más porque en él hay más sangre humana que en un rublo del director. ¡Eso es! No es el kopek lo valioso, sino la sangre, la verdad. ¡Eso es!

Sus palabras iban cayendo sobre la multitud y arrancaban ardientes exclamaciones.

—¡Cierto, Ribin!

—¡Bien dicho, fogonero!

—¡Ahí está Vlásov!

Se fundieron las voces en un torbellino ruidoso que ahogaba el pesado estruendo de las máquinas, el fatigoso aliento del vapor, el leve susurro de los alambres. De todas partes acudía la gente presurosa, agitando las manos, enardeciéndose unos a otros con palabras fogosas y punzantes. La irritación, que, siempre adormecida, se ocultaba en los pechos fatigados, habíase despertado, exigía salida, alzaba triunfante el vuelo, extendiendo cada vez más ampliamente sus negras alas, abarcando cada vez con mayor fuerza a los hombres, arrastrándolos en pos de ella, golpeando a unos contra otros, transformándose en inflamada cólera. Sobre la multitud se cernía una nube de polvo y hollín; los rostros, cubiertos de sudor, echaban fuego, y la piel de las mejillas lloraba lágrimas negras. En los rostros oscuros centelleaban los ojos y brillaban los dientes.

En el sitio donde se encontraban Sisov y Majotin, apareció Pável, y resonó potente su grito:

—¡Camaradas!

Vio la madre que el rostro del hijo estaba pálido y sus labios temblaban; involuntariamente, empezó a avanzar, abriéndose paso entre el gentío. Decíanle con acritud:

—¿Dónde te quieres meter?

La empujaban. Pero esto no la detuvo; apartando a la gente con los hombros y los codos, se iba acercando con lentitud, cada vez más, al hijo, impulsada por el deseo de colocarse a su lado.

Y Pável, al lanzar de su pecho la palabra en que estaba habituado a poner un sentido profundo e importante, sintió que el espasmo de la alegría de la lucha le apretaba la garganta, y acometióle el deseo de lanzar a las gentes su corazón abrasado por el fuego del ensueño sobre la verdad.

—¡Camaradas! —repitió extrayendo de esta palabra energía y entusiasmo—. Nosotros somos los que construimos las iglesias y las fábricas, los que forjamos el dinero y las cadenas, somos la fuerza vital que nutre y alegra a todos, desde la cuna hasta el sepulcro...

—¡Eso es! —gritó Ribin.

—Siempre y en todas partes, somos los primeros en el trabajo y los últimos en la vida. ¿Quién se preocupa de nosotros? ¿Quién desea nuestro bien? ¿Quién nos considera como hombres? ¡Nadie!

—¡Nadie! —repitió, como un eco, una voz.

Pável, ya dueño de sí, empezó a hablar con mayor sencillez y calma. La multitud avanzaba lentamente hacia él, formando un solo cuerpo sombrío, de mil cabezas. Miraba al rostro del joven con centenares de ojos atentos, absorbía sus palabras...

—No lograremos mejorar nuestra suerte mientras no nos sintamos camaradas, mientras no nos sintamos una familia de amigos estrechamente unidos por un mismo deseo, el deseo de luchar por nuestros derechos.

—¡Al grano, al grano! —exclamó una voz ruda, al lado de la madre.

—¡No interrumpas! —exigieron, sin alzar el grito, dos voces desde lugares diferentes.

Los rostros ennegrecidos se contraían, ceñudos e incrédulos; decenas de ojos, serios y pensativos, miraban al rostro de Pável.

—¡Es un socialista, pero no es tonto! —observó alguien.

—¡Con qué audacia habla! —dijo un obrero alto y tuerto, empujando en el hombro a la madre.

—¡Ya es hora de comprender, camaradas, que nadie, a excepción de nosotros mismos, nos ayudará! Uno para todos, todos para uno, ¡tal es nuestra ley, si queremos vencer al enemigo!

—¡Dice verdad, muchachos! —exclamó Majotin. Y con amplio ademán, tremoló en el aire el puño crispado.

—¡Hay que llamar al director! —continuó Pável.

Fue como si un huracán se hubiese desatado sobre la multitud. Balanceóse el gentío, y decenas de voces gritaron a la vez:

—¡Que venga el director!

—¡Que vaya una delegación a buscarle!

La madre abrióse paso hacia adelante y miró al hijo de abajo arriba, henchida de orgullo. Pável estaba en medio de los viejos trabajadores más respetados y todos le escuchaban y estaban de acuer-

do con él. Le gustaba que hablara sin enfadarse, ni soltar palabrotas, como otros hacían.

Como el granizo sobre el hierro, llovían los denuestos, los gritos entrecortados, las palabras airadas...

Pável miraba desde arriba a la multitud y, con los ojos muy abiertos, parecía buscar algo entre ella.

—¡Delegados!

—¡Sisov!

—¡Vlásov!

—¡Ribin! ¡Ése tiene unos buenos colmillos!

De repente, entre la multitud se oyeron exclamaciones en voz baja:

—¡Ya viene él mismo!

—¡El director!

El gentío se abría para dar paso a un hombre alto, de puntiaguda barbita y cara alargada.

—¡Permítanme! —decía, apartando de su camino a los obreros con un breve ademán, pero sin llegar a tocarlos. Tenía los ojos entornados y, con mirada de experto dominador de hombres, escudriñaba atentamente las caras de los obreros. Éstos se quitaban el gorro e inclinábanse ante él. Sin contestar a los saludos iba sembrando entre la multitud silencio, confusión, turbadas sonrisas y exclamaciones en voz baja, en las que se percibía ya el arrepentimiento del niño que ha hecho una travesura.

Pasó frente a la madre, le lanzó al rostro una ojeada severa y se detuvo ante el montón de chatarra. Alguien le tendió una mano desde arriba; sin tomarla, de un vigoroso impulso de su cuerpo, subió con facilidad, situóse delante de Pável y Sisov, y preguntó:

—¿Qué significa esta turbamulta? ¿Por qué habéis abandonado el trabajo?

Hubo un silencio de unos segundos. Las cabezas de los obreros se balanceaban como espigas.

Sisov agitó el gorro en el aire, volvióse de medio lado y agachó la cabeza.

—¡Yo os pregunto! —gritó el director.

Pável se plantó junto a él y dijo en voz alta, señalando a Sisov y Ribin:

—A nosotros tres nos han encargado los camaradas que exijamos la revocación de la orden sobre el descuento del kopek.

—¿Por qué? —preguntó el director, sin mirar a Pável.

—¡Consideramos injusto el impuesto! —repuso éste con fuerte voz.

—De modo que en mi proyecto de desecar el pantano no veis más que el deseo de explotar a los trabajadores y no la preocupación de mejorar su existencia. ¿Verdad?

—¡Sí! —contestó Pável.

—¿Y usted también? —preguntó el director a Ribin.

—Todos pensamos lo mismo —replicó éste.

—¿Y usted, buen hombre? —preguntó el director, volviéndose a Sisov.

—Sí, yo también le ruego que nos deje el kopek.

Y de nuevo bajó la cabeza, sonriéndose con aire de culpa.

El director paseó lentamente su mirada por la multitud y se encogió de hombros. Después sus ojos se posaron escrutadores en Pável, y le dijo:

—Usted parece un hombre bastante inteligente. ¿Será posible que no comprenda la utilidad de esta medida?

Pável respondió fuerte:

—Si la fábrica deseca el pantano por su cuenta, ¡todos lo comprenderán!

—¡La fábrica no se ocupa de obras filantrópicas! —replicó el director—. ¡Os ordeno a todos que volváis inmediatamente al trabajo!

Y empezó a bajar, tanteando la chatarra con el pie, sin mirar a nadie.

Por la multitud se expandió un rumor de descontento.

—¿Qué pasa? —preguntó el director deteniéndose.

Callaron todos; sólo una voz replicó a lo lejos:

—¡Trabaja tú...!

—Si dentro de quince minutos no reanudan el trabajo, ¡ordenaré que se les imponga a todos una multa! —declaró el director con sequedad, recalcando las palabras.

Y prosiguió su camino por entre la muchedumbre; pero ya, tras él, se iba alzando un sordo murmullo, y cuanto más se alejaba su figura, tanto más se elevaban los gritos.

—¡Anda, prueba a entenderte con un tío así...!

—¡Éstos son nuestros derechos! ¡Perra suerte...!

Dirigiéndose a Pável, le gritaban:

—¡Eh, tú, leguleyo! Y ahora ¿qué hay que hacer?

—Hablabas y hablabas, y en cuanto se presentó él, ¡todo se lo llevó el viento!

—Bueno, Vlásov, ¿qué hacemos?

Cuando los gritos se hicieron más insistentes, Pável declaró:

—Camaradas, yo os propongo abandonar el trabajo hasta que él no renuncie a lo del kopek.

Saltaron irritadas las palabras.
—¡Nos tomas por imbéciles!
—¿La huelga?
—¿Y por un kopek?
—¿Y qué? Pues sí, ¡incluso la huelga!
—Nos echarán a todos a la calle...
—¿Y quién va a trabajar?
—¡Ya encontrarán!
—¿A los Judas?

XIII

Pável bajó del montón de chatarra y fue a colocarse junto a la madre.

Alrededor, todos alborotaban, discutiendo unos con otros, agitados, gritando.

—¡No conseguirás que vayan a la huelga! —dijo Ribin acercándose a Pável—. La gente es codiciosa, pero cobarde. Se pondrán de tu parte unos trescientos, no más. Y con una horquilla sola, no puedes remover semejante montón de estiércol...

Pável callaba. Ante él oscilaba la enorme cara negra de la muchedumbre, mirándole exigente a los ojos. El corazón le latía alarmado. Parecíale que sus palabras habían desaparecido entre aquellos hombres sin dejar huella alguna, como unas escasas gotas de lluvia, caídas en la tierra agostada por larga sequía.

Emprendió el regreso a casa, triste, cansado. Detrás de él iban la madre y Sisov, y a su lado, Ribin, atronándole el oído.

—Tú hablas bien, pero no al corazón, ¡eso es! Hay que lanzar la chispa a lo más hondo del corazón. Con la razón, no te harás con la gente; es un calzado demasiado fino y estrecho, ¡y no les entra el pie!

Sisov le decía a la madre:

—¡Ya es hora de que nosotros, los viejos, nos vayamos al cementerio, Nílovna! Una gente nueva se levanta. ¿Cómo hemos vivido nosotros? Arrastrándonos de rodillas, encorvados siempre sobre la tierra. Y ahora no se sabe con certeza si la gente ha recobrado el conocimiento o si se engaña más que nosotros; pero, en todo caso, no se nos parecen. Ahí tienes a la juventud hablando con el director, como con un igual... ¡lo mismo! ¡Hasta la vista, Pável Mijáilovich! ¡Haces bien, amigo, en estar a favor del pueblo! Si Dios quiere, puede que encuentres caminos y salidas... ¡Quiéralo Dios!

Y se fue.

—¡Pues, ea, a morirse! —barbotó Ribin—. Ahora ya no sois hombres, sino masilla, no servís más que para tapar las grietas... ¿Viste, Pável, quiénes gritaban que te nombrasen delegado? Los que dicen que eres un socialista, un perturbador. ¡Eso es! ¡Ellos mismos! Pensaban: ¿lo echarán? Que lo echen, ¡buen viaje!

—Desde su punto de vista, ¡tienen razón! —dijo Pável.

—También la tienen los lobos cuando destrozan al compañero.

El rostro de Ribin estaba sombrío, su voz temblaba de un modo desacostumbrado.

—Las gentes no confían en las palabras desnudas; hay que sufrir, hay que lavar las palabras con sangre...

Durante todo el día, Pável estuvo taciturno, sentía cansancio y una inquietud extraña; ardíanle los ojos, que parecían buscar algo. La madre, al apercibirse, le preguntó con cautela:

—¿Qué tienes, Pável?

—Me duele la cabeza —contestó pensativo.

—Deberías acostarte; voy a llamar al médico.

Él la miró y repuso con premura:

—¡No, no hace falta!

Y de pronto, en voz baja, murmuró:

—Soy joven, tengo poca fuerza aún, ¡eso es! No me han creído, no han seguido tras mi verdad; luego no la he sabido decir... No me encuentro bien, ¡estoy descontento de mí mismo!

Ella, mirándole al rostro sombrío y deseosa de consolarle, le dijo bajito:

—¡Espera! Hoy no te han comprendido, mañana te comprenderán...

—¡Deben comprender! —exclamó él.

—Ya ves, incluso yo comprendo tu verdad...

Pável se acerco a ella.

—Tú, madre, eres una buena persona...

Y se volvió. Ella estremecióse, como si le quemaran aquellas palabras suaves, se puso la mano en el corazón y salió, llevándose cuidadosamente la caricia del hijo.

Por la noche, cuando la madre estaba ya durmiendo y él leía en la cama, aparecieron los gendarmes y empezaron de nuevo a escarbar con enfado en todas partes, en el patio, en el desván... El oficial de tez amarilla se comportó como la primera vez, de manera burlona e insultante, complaciéndose en mofarse de ellos, procurando herir en el corazón. La madre permanecía sentada en un rincón, en silencio, sin apartar los ojos del rostro del hijo. Éste intentaba ocultar su turbación, pero cuando el oficial se reía, movíanse sus dedos de un modo raro, y la madre se daba cuenta de que le costaba trabajo no responder al gendarme y que soportaba sus burlas a duras

penas. Aquella vez no era tan grande su miedo como cuando hicieron el primer registro; sentía más odio a aquellos huéspedes nocturnos, grises, con espuelas en las botas, y el odio dominaba al sobresalto.

Pável logró susurrarle al oído: «Me llevarán...»

Ella bajó la cabeza y contestó quedo: «Ya me doy cuenta.»

Se daba cuenta de que llevarían a la cárcel al hijo por las palabras dichas a los obreros. Pero todos estaban de acuerdo con lo que había dicho él, y todos debían salir en su defensa; por consiguiente, no le tendrían encerrado mucho tiempo...

Hubiera querido llorar, estrechar al hijo entre sus brazos; pero junto a ella estaba el oficial, mirándola con los ojos entornados. Le temblaban los labios y sus bigotes se estremecían. A Vlásova le pareció que aquel hombre esperaba sus lágrimas, sus súplicas y lamentos. Reuniendo todas sus fuerzas, procurando hablar lo menos posible, estrechó la mano del hijo y, contenido el aliento, despacio, quedo, le dijo:

—Hasta la vista, Pável... ¿Llevas todo lo necesario?

—Sí, no pases pena...

—Que Cristo sea contigo...

Cuando se lo llevaron, sentóse en el banco y, cerrados los ojos, empezó a llorar en silencio. Apoyada la espalda contra la pared, como solía hacer el marido, fuertemente encadenada por la angustia y el agraviante sentimiento de su impotencia, echada hacia atrás la cabeza, estuvo llorando largo rato, con sollozos monorrítmicos, dejando escapar en ellos el dolor de su corazón herido. Ante ella, como una mancha inmóvil, continuaba la faz amarilla de ralos bigotes, y los ojos entornados la miraban con expresión satisfecha. En el pecho iban enrollándosele, como un ovillo negro, la exasperación y el rencor contra las gentes que le quitaban el hijo a la madre por haber buscado la verdad.

Hacía frío y la lluvia golpeaba en los cristales; parecía que, en la noche, unas figuras grises de anchas caras rojas, sin ojos, y de largos brazos rondaban acechantes en torno a la casa. Andaban, y apenas se percibía el tintineo de sus espuelas.

«Ojalá me hubieran llevado a mí también», pensó la madre.

Aulló la sirena ordenando a la gente que volviera al trabajo. Aquella mañana su aullido era sordo, bajo, vacilante... Abrióse la puerta y entró Ribin. Se detuvo ante ella y, limpiándose con la mano las gotas de lluvia que le resbalaban por la barba, preguntó:

—¿Se lo han llevado?

—¡Se lo han llevado los malditos! —repuso ella suspirando.

—¡Vaya un asunto! —dijo Ribin sonriendo—. A mí también me han hecho un registro, me han cacheado; sí... me han injuriado,

pero, sin embargo, no me han ofendido. De modo que se llevaron a Pável, ¿eh? El director guiñó el ojo, el gendarme asintió con la cabeza, ¡y ya no hay hombre! Ellos viven en buena armonía. Unos ordeñan al pueblo y otros lo sujetan por los cuernos.

—¡Vosotros deberíais defender a Pável! —exclamó la madre levantándose—. Lo ha hecho por el bien de todos.

—¿Quiénes deberían defenderlo?

—¡Todos!

—¡Qué ocurrencia! No, eso no lo esperes.

Sonriendo, salió con su andar pesado, aumentando el dolor de la madre con aquellas rudas palabras de desesperanza.

«¿Y si le pegan y le torturan...?»

Imaginóse el cuerpo de su hijo, maltrecho, desgarrado, cubierto de sangre, y el espanto le oprimió el pecho, como una losa fría. Le dolían los ojos.

No encendió la lumbre, ni se hizo comida, ni bebió té; solamente, ya anochecido, comió un pedazo de pan. Y cuando se hubo acostado, pensó que jamás, en toda su vida, habíase sentido tan sola, tan desamparada. En los últimos años se había acostumbrado a vivir en espera continua de algo importante, venturoso. A su alrededor se movía la juventud, alentadora, bulliciosa, y siempre tenía ante ella el rostro grave del hijo, creador de aquella vida, llena de inquietud, pero buena. Y ahora él no estaba allí, y ya no existía nada.

XIV

El día pasó lentamente; le siguió una noche de insomnio, y el siguiente día transcurrió con mayor lentitud aún. Ella esperaba a alguien, pero nadie apareció por la casa. Cayó la tarde y llegó la noche. Suspiraba susurrante, deslizándose por la pared, una lluvia fría y ululaba el viento en la chimenea; bajo el entarimado se movía algo, haciendo ruido. Caía el agua del tejado, y el triste golpeteo de las gotas al caer se fundía, de un modo extraño, con el tictac del reloj. Parecía que toda la casa vacilaba levemente, y que en torno todo estaba de más, que languidecía de añoranza...

Llamaron quedo en los cristales; una, dos veces... La madre estaba acostumbrada a la llamada aquella, y ya no le asustaba; pero ahora una alegre punzada en el corazón la hizo estremecerse. Una vaga esperanza la impulsó a levantarse con rapidez. Echándose un pañolón sobre los hombros, fue a abrir la puerta...

Entró Samóilov y, tras él, otro hombre que escondía la cara en el cuello levantado del abrigo y llevaba el gorro calado hasta las cejas.

—¿La hemos despertado? —le preguntó Samóilov sin saludarla. Contra su costumbre, tenía aspecto preocupado y mohíno.

—¡No dormía! —contestó y, en silencio, clavó en ellos la mirada expectante.

El compañero de Samóilov, con respiración fatigosa y silbante, quitóse el gorro, tendió a la madre su mano ancha, de cortos dedos, y le dijo en tono amistoso, como un viejo amigo:

—¡Buenas noches, madrecita! ¿No me ha conocido?

—¡Ah!, ¿es usted? —exclamó Vlásova, alegrándose de pronto por algo impreciso—. ¿Egor Ivánovich?

—¡El mismo! —contestó el hombre inclinando su cabeza, de largos cabellos, como la de un sacristán. Una sonrisa de bondad le iluminaba la cara redonda y sus ojuelos grises miraban a la madre con expresión acariciadora y franca. Parecía un samovar: panzudo, bajito, cuello grueso y cortos brazos. Le brillaba el rostro radiante, bufaba ruidosamente, y en su pecho, de continuo, gorgoteaba algo, con ronco silbar...

—Pasen al cuarto, ¡en seguida me visto! —les propuso la madre.

—Venimos a tratar de un asunto con usted —dijo Samóilov preocupado, mirándola de reojo.

Egor Ivánovich entró en la habitación y desde allí empezó a hablar.

—Hoy por la mañana, madrecita querida, ha salido de la cárcel Nikolái Ivánovich, a quien usted conoce...

—Pero, ¿es que estaba allí? —preguntó la madre.

—Llevaba dos meses y once días. Ha visto al «jojol» y a Pável, que le mandan saludos; además, su hijo le pide que no pase cuidado por él, pues en el camino que eligió, la cárcel sirve siempre de lugar de descanso; así lo han decidido nuestras autoridades, celosas de nuestro bienestar... Y ahora, madrecita, vamos al asunto. ¿Sabe usted a cuánta gente detuvieron aquí ayer?

—¡No! Pero, ¿es que han detenido a alguien, además de a Pável? —exclamó la madre.

—¡Él hace el número cuarenta y nueve! —la interrumpió Egor Ivánovich con calma—. Y es de esperar que las autoridades prendan todavía a una docena más. A este señor, entre otros...

—Sí, a mí también —confirmó Samóilov sombrío.

Vlásova, aliviada, sintió que le era más fácil respirar.

«No está solo allá», pasó fugaz por su mente.

Cuando se hubo vestido, entró en el cuarto y sonrió animosa a su huésped.

—Seguramente, no les tendrán mucho tiempo, si han detenido a tantos...

—¡Cierto! —asintió Egor Ivánovich—. Y si nos las ingeniamos para aguarles la fiesta, se quedarán con dos palmos de narices. Se trata de lo siguiente: si nosotros, ahora, dejamos de propagar nuestros folletos en la fábrica, los gendarmes se agarrarán a este hecho lamentable, y lo achacarán a Pável y a los camaradas que se encuentran con él, recluidos en la cárcel...

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó alarmada la madre.

—Pues muy sencillo —dijo suavemente Egor Ivánovich—. A veces, hasta los gendarmes razonan con exactitud. Piense usted: cuando Pável estaba libre, había folletos y hojas; no está él, ¡y se acabaron los folletos y las hojas! Luego él era quien los difundía, ¿no es eso? Y entonces empezarán a comérselos a todos; a los gendarmes les gusta hacer picadillo a la gente, de modo que no quede de ella más que menudencias...

—¡Comprendo, comprendo! —dijo tristemente la madre—. ¡Ay, Señor! ¿Qué vamos a hacer ahora?

De la cocina llegó la voz de Samóilov:

—Han pescado a casi todos, ¡el diablo se los lleve...! Ahora tenemos que seguir trabajando como antes, no sólo por la causa, sino para salvar a los camaradas.

—¡Y no hay nadie para trabajar! —añadió Egor sonriendo—. Tenemos folletos excelentes, yo mismo los he hecho... Pero lo que no sé es cómo introducirlos en la fábrica.

—Ahora registran a todos al entrar —dijo Samóilov.

La madre presentía que algo querían de ella, y preguntó con viveza:

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Qué hacemos?

Samóilov se detuvo en el umbral de la puerta y dijo:

—Usted, Pelagueia Nílovna, conoce a la vendedora Kórsunova...

—Sí, ¿y qué?

—Hable con ella, ¿no querrá meterlos?

—¡Oh, no! Es una charlatana, ¡no! Así sabrán que es a través de mí como salen de esta casa, ¡no, no!

Y de pronto le vino a la mente una idea súbita, y dijo en voz queda:

—¡Dénmelos a mí, dénmelos! Yo lo arreglaré. ¡Yo misma encontraré una salida! Le pediré a María que me tome de ayudanta. ¡Si necesito ganarme el pan, debo trabajar! ¡Yo también llevaré la comida a los obreros! ¡Me pondré a trabajar!

Apretándose las manos contra el pecho, se apresuró a afirmar que todo lo haría bien, sin ser notada, y concluyó exclamando triunfante:

—Ya verán que, aunque Pável no está, su mano llega incluso desde la cárcel, ¡ya verán!

Los tres estaban animados. Egor, frotándose vigorosamente las manos, dijo sonriente:

—¡Bravo, madrecita! ¡Si usted supiera lo magnífico que es esto! ¡Verdaderamente admirable!

—Si lo consigue, ¡me encontraré en la cárcel tan a gusto como en un butacón! —afirmó Samóilov, frotándose también las manos.

—¡Es usted una maravilla! —gritó Egor con ronca voz.

La madre sonrió. Para ella estaba claro: si las hojas aparecían en la fábrica, los jefes comprenderían que no era su hijo el que las distribuía, y sintiéndose capaz de llevar a cabo aquella empresa, estremecióse de gozo.

—Cuando vaya a visitar a Pável —dijo Egor—, dígale cuán buena es su madre...

—¡Le veré antes! —prometió riendo Samóilov.

—¡Dígale que haré todo lo que sea necesario! ¡Que él lo sepa!

—¿Y si no le meten en la cárcel? —preguntó Egor, señalando a Samóilov.

—Entonces, ¡qué le vamos a hacer!

Ambos soltaron la carcajada. Y ella, comprendiendo su pifia, empezó también a reír bajito y turbada, con un poco de picardía.

—Cuando una mira por los suyos, ¡no ve bien lo de los extraños! —dijo bajando los ojos.

—¡Es muy natural! —exclamó Egor—. Y en cuanto a Pável, no se inquiete, ni se ponga triste. Saldrá de la cárcel mejor aún que entró en ella. Allí se descansa, se estudia, lo que nosotros no tenemos tiempo de hacer cuando nos encontramos en libertad. Yo he estado tres veces preso, y cada uno de mis encierros, aunque no gran gusto, me ha reportado, indudablemente, provecho para la inteligencia y para el corazón.

—Respira usted con dificultad —dijo ella mirándole afectuosa al rostro sencillo.

—Para ello, ¡hay razones especiales! —respondió él levantando un dedo—. Bueno, entonces, ¿queda decidido, madrecita? Mañana le traeremos los materiales y de nuevo empezará a girar la sierra que desgarra las tinieblas seculares. ¡Viva la palabra libre! y ¡viva el corazón de la madre! Entre tanto, ¡hasta la vista!

—¡Hasta la vista! —dijo Samóilov apretando con fuerza la mano de la madre—. Yo, a mi madre, ni siquiera le puedo mentar nada de esto, ¡nada!

—¡Todos acabarán por comprender! —contestó Vlásova deseando decirle algo agradable.

Cuando se hubieron marchado, cerró la puerta, hincóse de rodillas en medio de la habitación y, arrullada por la lluvia, comenzó a rezar. Rezaba sin palabras, con un solo pensamiento, puesto en las gentes que Pável había introducido en su vida. Era como si pasasen entre ella y los iconos; pasaban todos, sencillos, extrañadamente cerca los unos de los otros, extrañadamente solos.

Por la mañana temprano fue a ver a María Kórsunova. La vendedora, llena de grasa y alborotadora como siempre, la acogió con simpatía compasiva.

—¿Estás triste? —le preguntó, dando con su mano grasienta unas palmadas en el hombro de la madre—. ¡No te apures! Que lo han prendido y se lo han llevado, ¡vaya una pena! En ello no hay nada malo. Antes, metían en la cárcel por robar; ahora, empiezan a meter por decir las verdades. Puede que Pável soltase alguna inconveniencia, pero sacó la cara por todos, y todos le comprenden, ¡estáte tranquila! No todos lo dicen, pero todos saben quiénes son los buenos. Yo quería haber ido a tu casa; pero, ya estás viendo, no tengo tiempo. No hago más que guisar y vender, y me moriré hecha una mendiga. Los queridos pueden más que yo, ¡malditos sean! Tragan y tragan como cucarachas devorando un pan. En cuanto juntas una docena de rublos, aparece alguno de esos herejes, saca la lengua, ¡y se los zampa! ¡Valiente negocio ser mujer! ¡Malo es el puesto que tenemos en la tierra! Vivir una sola es trabajoso; acompañada, ¡fastidioso!

—¡Pues yo venía a pedirte que me tomaras de ayudanta! —respondió Vlásova, interrumpiendo su charlatanería.

—¿Cómo es eso? —preguntó María, y después de escuchar a la amiga, asintió con la cabeza—. ¡Puedo hacerlo! ¿Recuerdas que, algunas veces, tú me escondías cuando mi marido me andaba buscando? Pues ahora yo te esconderé de la miseria... Todos deben ayudarte, porque tu hijo va a su perdición por una causa que es de todos. Es un buen muchacho. Todo el mundo lo dice, como un solo hombre, y no hay nadie que no le compadezca. Yo digo que estas detenciones no traerán nada bueno a los jefes de la fábrica; tú fíjate, ¿qué es lo que ocurre allí? ¡Malas cosas se oyen, querida! Los jefes piensan: puesto que hemos mordido al hombre en el talón, ¡no irá muy lejos! Y resulta que si pegan a diez, ¡se enfurruña un centenar!

La conversación dio por resultado que, al día siguiente, a la hora de la comida, estuviese Vlásova en la fábrica con dos ollas llenas de un guiso hecho por María. Ésta se fue a vender al mercado.

XV

Los obreros repararon en seguida en la nueva vendedora. Algunos se le acercaban y le decían amistosamente:

—¿Ya le ha salido quehacer, Nílovna?

Y la consolaban, asegurándole que Pável estaría pronto libre; otros le inquietaban el apenado corazón con palabras de condolencia, y otros denostaban con rabia al director y a los gendarmes, encontrando en su pecho un eco sincero. Hubo también quien la miró con placer malévolo, y el listero Isái Górbov le dijo entre dientes:

—Si yo fuera gobernador, ¡ahorcaría a tu hijo, para que no levantase de cascos a la gente!

Aquellas malignas palabras de amenaza la envolvieron en un frío mortal. Nada replicó a Isái; limitóse a mirarle a la cara, pequeña, cubierta de pecas, dio un suspiro y bajó los ojos.

En la fábrica reinaba agitación. Los obreros se reunían en pequeños grupos y hablaban sin alzar la voz; los capataces, preocupados, rondaban por todas partes; de cuando en cuando resonaban insultos y excitadas risas.

Dos policías pasaron frente a ella, conduciendo a Samóilov, que llevaba una mano metida en el bolsillo y se alisaba con la otra sus rojizos cabellos.

Les seguía un centenar de obreros, llenando a los guardias de burlas e improperios...

—¿Vas de paseo, Grisha? —gritó alguien.

—¡Honor a nuestro hermano! —le apoyó otro—. Nos ponen escolta los...

Y lanzó un insulto rotundo.

—¡Por lo visto, ya no es buen negocio pescar a los ladrones! —exclamó con fuerza y coraje un obrero tuerto y alto—. ¡Empiezan a arramblar con la gente honrada!

—¡Y si por lo menos lo hiciesen de noche! —asintió otro, entre la multitud—. Pero no, de día, sin vergüenza alguna. ¡Canallas!

Los policías marchaban presurosos, sombríos, esforzándose en no ver nada, como si no oyeran los insultos con que les acompañaban. Les salieron al paso tres obreros llevando una gran barra de hierro y, amenazándoles con ella, les gritaron:

—¡Andaos con ojo, pescadores!

Al pasar junto a Vlásova, Samóilov movió la cabeza sonriendo y le dijo:

—¡Me cazaron!

Guardó ella silencio e inclinóse profundamente ante él: la conmovían aquellos jóvenes honrados, serenos, que iban a la cárcel con

la sonrisa en los labios; y sintió alzarse en su alma un compasivo amor de madre hacia ellos.

De vuelta de la fábrica, estuvo hasta el anochecer en casa de María, ayudándola en su trabajo y oyendo su continuo parloteo, y, ya tarde, regresó a su casa, que encontró vacía, sin calor, inhóspita. Anduvo mucho tiempo yendo y viniendo de un lado para otro, metiéndose en todos los rincones, sin encontrar sosiego en parte alguna ni saber qué hacer. Estaba inquieta al ver que pronto sería noche cerrada y que Egor Ivánovich no traía la literatura que le había prometido.

Fuera, pesados, grisáceos, caían los copos de nieve otoñal. Se adherían suavemente a los cristales, resbalaban sin ruido y se derretían dejando unas huellas húmedas. La madre pensaba en su hijo...

Llamaron a la puerta con cautela; la madre fue presurosa a abrir, descorrió el cerrojo y entró Sáshenka. Hacía mucho que la madre no la había visto, y ahora lo primero que le chocó fue la gordura anormal de la muchacha.

—¡Buenas noches! —le dijo, contenta de que hubiera llegado una persona y de no pasar el resto de la noche en la soledad—. Hace mucho tiempo que no la veía. ¿Ha estado usted fuera?

—No, he estado en la cárcel —contestó la muchacha sonriendo—. Con Nikolái Ivánovich, ¿le recuerda?

—¡Cómo no le voy a recordar! —exclamó la madre—. Egor Ivánovich me dijo ayer que le habían soltado, pero de usted yo no sabía... Nadie me había dicho que estuviera usted allá...

—¿A qué hablar de eso? Mientras llega Egor Ivánovich, ¡tengo que cambiarme de ropa! —dijo la muchacha echando una mirada a su alrededor.

—Está usted toda empapada...

—Traigo las hojas y los folletos...

—¡Démelos, démelos! —le pidió la madre con premura.

La muchacha se desabrochó rápidamente el abrigo, se sacudió y, con leve susurro, como las hojas de un árbol, empezaron a caer, esparciéndose por el suelo, fajos de papeles. La madre, mientras los recogía, dijo riendo:

—¡Y yo, que al verla tan gorda, pensé que se había casado y esperaba un hijo! ¡Oh, cuántos ha traído! ¿Y ha venido usted a pie?

—Sí —repuso Sáshenka, de nuevo tan esbelta y delgada como antes. La madre observó que tenía las mejillas hundidas y circundados de oscuras ojeras los ojos inmensos.

—¡Acaban de ponerla en libertad, debería usted descansar, y en vez de eso...! —dijo la madre, suspirando y moviendo la cabeza.

—¡Es necesario! —respondió la muchacha, estremeciéndose—. Dígame, ¿cómo está Pável Mijáilovich? ¿Bien...? ¿No se emocionó mucho?

Al preguntárselo, Sáshenka no miraba a la madre; inclinada la cabeza, se arreglaba el pelo y sus dedos temblaban.

—¡Ni pizca! —contestó la madre—. Él no acostumbra a mostrar sus sentimientos.

—Tiene buena salud ¿verdad? —prosiguió la joven en voz baja.

—¡Nunca ha estado enfermo! —contestó la madre—. Tiembla usted toda. Le voy a dar té con confitura de frambuesa.

—¡No estaría mal eso! Pero, ¿vale la pena que usted se moleste? Ya es tarde. Déjeme que lo prepare yo misma...

—¿Con lo cansada que está? —replicó la madre en tono de reproche, mientras se ponía a preparar el samovar. La siguió Sáshenka a la cocina, se sentó en el banco y, llevándose las manos a la nuca, continuó:

—La cárcel, a pesar de todo, debilita. ¡Maldita ociosidad! ¡No hay nada tan martirizador! Sabes lo mucho que hay que trabajar, y estás enjaulada, como una fiera...

—¿Quién les recompensará a ustedes por todos sus sufrimientos? —preguntó la madre.

Y, después de un suspiro, se contestó a sí misma:

—¡Nadie más que Dios! ¿Usted, probablemente, tampoco creerá en él?

—¡No! —repuso concisa la muchacha, denegando con la cabeza.

—¡Pues no la creo! —declaró la madre, excitándose de pronto. Y limpiándose con el delantal las manos tiznadas de carbón, siguió diciendo con convicción profunda—: Vosotros mismos no comprendéis vuestra fe. ¿Cómo se puede vivir una vida así, sin creer en Dios?

En el zaguán resonaron fuertes pasos y una voz empezó a refunfuñar, estremeciendo a la madre. La muchacha se puso en pie de un salto y, muy quedo, le dijo a la madre con premura:

—¡No abra! Si son los gendarmes, ¡usted a mí no me conoce! Me equivoqué de casa, entré en la suya casualmente, me desmayé, usted me desnudo y encontró los libros, ¿comprende?

—¡Querida mía! ¿Y por qué? —preguntó la madre conmovida.

—¡Espere! —dijo Sáshenka prestando oído—. Me parece que es Egor...

Era él, en efecto, empapado y jadeante de cansancio.

—¡Ah! ¡El samovarcito! —exclamó—. ¡Esto es lo mejor que hay en el mundo, madrecita! ¿Está ya usted aquí, Sáshenka?

Y llenando la pequeña cocina con el ronco sonido de su voz, quitóse lentamente el pesado abrigo y continuó, sin tomar aliento:

—Madrecita, ¡esta joven es arisca para con las autoridades! La insultó un carcelero y ella le hizo saber que se dejaría morir de hambre si no le presentaba sus excusas; se pasó ocho días sin probar bocado y por esta causa estuvo a punto de largarse al otro mundo. ¡Vaya una barriguita que tengo!, ¿eh? No está mal, ¿verdad?

Charlando y sujetándose con sus cortas manos el vientre deforme, entró en la habitación, cerró la puerta y prosiguió hablando.

—¿De veras que estuvo sin comer ocho días? —preguntó la madre asombrada.

—Fue necesario, ¡para que me pidiera perdón! —contestó la muchacha, estremecidos los hombros de frío. Aquella calma y tenacidad austeras suscitaron en el alma de la madre algo parecido a un reproche.

«¡Vaya, vaya!», pensó y volvió a preguntarle:

—¿Y si se hubiera usted muerto?

—¡Qué le íbamos a hacer! —replicó en voz baja la muchacha—. Él, a pesar de todo, acabó por disculparse. Las personas no deben perdonar las ofensas.

—Sí —repuso lentamente la madre—. Y a nosotras, las mujeres, toda la vida nos están ultrajando...

—¡Ya he descargado! —declaró Egor abriendo la puerta—. ¿Está ya listo el samovar? Déjeme, yo lo llevaré...

Lo tomó y lo trajo a la habitación, diciendo:

—Mi propio padrecito se bebía al día, por lo menos, unos veinte vasos de té; por eso vivió en la tierra, pacíficamente y sin enfermar, setenta y tres años. Pesaba ocho puds y era sacristán en el pueblo de Voskresénskoie...

—¿Es usted hijo del padre Iván? —preguntó sorprendida la madre.

—Precisamente. ¿Y cómo lo sabe?

—Porque yo soy también de Voskresénskoie.

—¿Somos paisanos? ¿De qué familia es usted?

—De la de Sereguin. ¡Sus vecinos!

—¿Es usted la hija de Nil, el cojo? Su padre me es conocido, pues más de una vez me tiró de las orejas...

Estaban en pie uno frente al otro y, asaeteándose mutuamente a preguntas, se reían. Mirábalos sonriendo Sáshenka, mientras echaba el té en el agua hervida. El ruido de la vajilla hizo volver a la madre a la realidad.

—¡Ay, dispense, se me había ido el santo al cielo, charlando! Pero es tan agradable encontrar a un paisano...

—¡A mí es a quien tiene que dispensarme por disponer como dueña! Pero son ya las once, y tengo que ir lejos...

—¿Adónde tiene que ir? ¿A la ciudad? —preguntó la madre con asombro.

—¡Sí!

—¿Qué dice usted? Está oscuro, hay mucha humedad y usted está cansada. ¡Pase usted la noche aquí! Egor Ivánovich se acostará en la cocina y nosotras dos ahí...

—No, tengo que irme —contestó sencillamente la muchacha.

—Sí, paisana, es necesario que esta señorita desaparezca. Aquí la conocen, ¡y no estaría bien que la viesen mañana en la calle! —apoyó Egor.

—¿Cómo? ¿Y se va a ir sola?

—¡Pues claro! —dijo Egor sonriendo.

La muchacha se sirvió té, tomó un pedazo de pan de centeno, le echó un poco de sal y empezó a comer, mirando pensativa a la madre.

—¿Cómo son ustedes capaces de marcharse? Usted, y Natasha también... ¡Yo no iría, me daría miedo! —dijo Vlásova.

—¡A ella también le da miedo! —hizo notar Egor—. ¿Le da a usted miedo, Sáshenka?

—¡Naturalmente! —contestó la muchacha.

La madre le echó una mirada; luego, sus ojos se volvieron hacia Egor, y exclamó bajito:

—¡Qué severos son ustedes...!

Cuando hubo terminado de beberse el té, Sáshenka estrechó en silencio la mano de Egor y salió a la cocina, seguida de la madre, que iba a acompañarla hasta la puerta. En la cocina, Sáshenka le dijo:

—Cuando vea a Pável Mijáilovich, ¡salúdele de parte mía! ¡Hágame el favor!

Ya con la mano en el picaporte, se volvió de pronto y preguntó en voz baja:

—¿Puedo darle a usted un beso?

La madre la abrazó sin decir palabra y la besó con cariño.

—¡Gracias! —dijo quedamente la muchacha y, agachando la cabeza, salió a la calle.

Cuando hubo vuelto a la habitación, la madre miró con ansia a través de la ventana. En las tinieblas caían pesadamente los húmedos copos de nieve.

—¿Se acuerda usted de los Prósorov? —le preguntó Egor.

Sentado, con las piernas separadas, soplaba ruidosamente en el vaso de té. Su rostro estaba rojo, sudoroso, satisfecho.

—Me acuerdo, me acuerdo —repuso la madre pensativa, acercándose de lado a la mesa. Se sentó y, mirando a Egor con tristes

ojos, dijo lentamente—: ¡Ay, ay! ¡Pobre Sáshenka! ¿Cómo va a llegar hasta allí?

—¡Se va a cansar! —convino Egor—. La cárcel la ha debilitado mucho, antes era más fuerte... Además, se crió entre mimos... Me parece que ya tiene los pulmones tocados...

—¿Quién es ella? —inquirió en voz baja la madre.

—Es hija de un terrateniente. El padre es un bribón de siete suelas, como ella misma dice. ¿Sabe usted, madrecita, que quieren casarse?

—¿Quiénes?

—Ella y Pável. Pero no lo logran nunca... ¡Cuando él está en libertad, ella está en la cárcel, y al revés!

—No lo sabía —contestó la madre, luego de permanecer callada unos instantes—. Pável no habla nunca de sí mismo...

Ahora le daba más lástima de la joven, y mirando con involuntario reproche a su huésped, le dijo:

—¡Debería usted haberla acompañado...!

—No podía hacerlo —contestó tranquilamente Egor—. Tengo un montón de asuntos que resolver aquí, y desde por la mañana hasta la noche habré de estar dándole a los talones, anda que te anda. Ocupación no muy grata, con el asma que padezco...

—Es una buena muchacha —dijo la madre vagamente, pensando en lo que Egor acababa de comunicarle. Le dolía enterarse de aquello por una persona extraña, en vez de por su hijo. Apretó fuertemente los labios y sus cejas descendieron sobre los ojos.

—¡Buena! —dijo Egor asintiendo con la cabeza—. Ya veo que le da lástima... ¡Hace mal! Si empieza a compadecerse de todos nosotros, los rebeldes, no va usted a tener corazón bastante... A decir verdad, todos llevamos una vida nada fácil. No hace mucho, volvió del destierro un compañero mío. Cuando pasó por Nijni-Nóvgorod, su mujer y su hijito le esperaban en Smolensk, y cuando él llegó allí, ya estaban ambos en la cárcel de Moscú. Ahora le ha tocado a la mujer el turno de marchar a Siberia. Yo también tuve mujer, excelente persona; cinco años de esta vida la llevaron a la sepultura...

Apuró de un trago el vaso de té y continuó hablando. Enumeró sus años y sus meses de prisión y de destierro; refirió diversas desgracias, los apaleamientos en la cárcel, el hambre en Siberia... La madre le miraba, le oía y se asombraba de lo sencilla y tranquilamente que hablaba de todo aquel vivir lleno de sufrimientos, de persecuciones, de ultrajes...

—Bueno, ¡hablemos de nuestro asunto!

Su voz cambió y su rostro se puso más serio. Empezó a preguntarle cómo pensaba introducir en la fábrica los folletos, y la madre quedó asombrada de la precisión con que conocía todos los detalles.

Una vez que hubieron terminado con aquello, comenzaron de nuevo a recordar la aldea en que nacieran. Él bromeaba y ella vagaba soñadora por su pasado, que le parecía extrañamente igual a un pantano, monótono, sembrado de montículos, cubierto de finos pobos que temblaban medrosos, de abetos de poca altura y de abedules blancos, perdidos entre los altozanos. Los abedules crecían despacio, y después de permanecer erguidos durante unos cinco a seis años sobre aquel terreno insalubre y movedizo, se derrumbaban y se pudrían. Ella contemplaba aquel cuadro y sentía una insufrible lástima hacia algo impreciso. Ante ella se alzaba la figura de la muchacha de acusadas facciones y expresión obstinada. Iba caminando entre copos de húmeda nieve, cansada, sola. Y el hijo estaba en la cárcel. Quizá no durmiese aún, tal vez pensara... Pero no pensaría en ella, en su madre, porque tenía otro ser más querido aún. Como un nubarrón abigarrado e informe, iban cerniéndose sobre ella pensamientos angustiosos, y el corazón se le oprimía con fuerza...

—¡Está usted cansada, madrecita! ¡Ea, vamos a dormir! —dijo Egor sonriendo.

Se despidio de él y pasó a la cocina andando de costado, con cautela, llevando en el corazón un sentimiento amargo, lacerante.

Al otro día, por la mañana, mientras tomaban el té, Egor le preguntó:

—Y si le echan el guante y le preguntan de dónde sacó esos libros heréticos, ¿qué contestará?

—Les diré: «¡Eso no les importa a ustedes!» —repuso la madre.

—Pero ellos no se conformarán con su respuesta, ¡de ninguna manera! —replicó Egor—. Están profundamente convencidos de que precisamente eso es lo que les importa. Y la someterán a prolongados interrogatorios.

—¡Y no diré nada!

—¡Pues la meterán en la cárcel!

—Bueno, ¿y qué? Gracias a Dios, ¡al menos serviré para eso! —dijo ella suspirando—. ¿A quién hago falta yo? A nadie. Dicen que no dan tormento...

—¡Hum! —exclamó Egor, mirándola atentamente—. Atormentarla, no la atormentarán, pero la gente buena debe cuidarse...

—Con vosotros no se aprende eso —contestó la madre sonriendo.

Guardó silencio Egor y se puso a pasear por la habitación; luego, se acercó a la madre y le dijo:

—¡Es duro, paisana! Me doy cuenta de lo muy duro que es para usted.

—Para todos es duro —contestó ella, con un ademán de indiferencia—. Únicamente para los que entienden, puede que sea más llevadero... Pero yo también voy comprendiendo lo que quieren las personas buenas.

—Pues si lo comprende, madrecita, ¡es usted necesaria para todas ellas! —afirmó Egor con seriedad.

Ella le miró y sonrióse en silencio.

Al mediodía, activa y serena, se metió en el seno los folletos; lo hizo con tanta soltura y habilidad, que Egor chasqueó la lengua satisfecho y declaró:

—*Sehr gut!*, como dice el buen alemán cuando se bebe un cubo de cerveza. A usted, madrecita, no la ha cambiado la literatura. Sigue siendo una buena mujer, ya entrada en años, gruesa y de elevada estatura. ¡Que los innumerables dioses bendigan su iniciación...!

A la media hora, tranquila y segura, encorvada por el peso de su carga, estaba a la puerta de la fábrica. Dos vigilantes, irritados por las mofas de los obreros, cacheaban groseramente a todos los que entraban en el patio, cambiando insultos con ellos. Un poco aparte, estaban plantados un policía y un hombre de piernas delgadas, cara roja y ojos de azogue. La madre, cambiándose de un hombro a otro el balancín con las ollas, observaba a aquel hombre con el rabillo del ojo, adivinando en él a uno de la secreta.

Un mozo alto, de rizosos cabellos y gorro echado hacia el cogote, gritaba a los vigilantes que le registraban:

—¡Malditos, buscad en la cabeza y no en los bolsillos!

Uno de los vigilantes contestó:

—Tú en la cabeza no tienes más que piojos...

—¡Pues hala, a buscarlos! ¡Eso es lo que os corresponde a vosotros! —replicó el obrero.

El de la secreta echóle una rápida mirada y escupió con desprecio.

—A mí deberían dejarme pasar —rogó la madre—. Ya ven que voy cargada, ¡se me dobla la espalda!

—¡Entra, entra! —gritó enfadado el vigilante—. También ésta se mete a razonar...

La madre llegó a su puesto, dejó en el suelo sus ollas de sopa y, limpiándose el sudor del rostro, miró en derredor.

Inmediatamente se le acercaron los hermanos Gúsev, cerrajeros; el mayor, Vasili, frunciendo las cejas, preguntó en voz alta:

—¿Tienes empanadas?

—Mañana las traeré —contestó ella.

Era la contraseña convenida. El rostro de los hermanos se iluminó. Incapaz de dominarse, Iván prorrumpió:

—¡Muy bien! ¡Imponente...!

Vasili se puso en cuclillas mirando a la olla de sopa, y al instante, un fajo de hojas de papel fue a caerle entre pecho y camisa.

—Iván —dijo en voz alta—, ¿a qué ir a casa? Vamos a comer aquí —y se metió rápidamente en la caña de la bota las hojas y folletos—. Hay que proteger a la vendedora nueva...

—¡Es verdad! —asintió Iván y se echó a reír.

La madre gritaba de tiempo en tiempo, mirando con precaución en derredor:

—¡Sopa! ¡Fideos calentitos!

Y sin ser notada, iba sacando los folletos, paquete tras paquete, y los iba dejando caer en las manos de los Gúsev. Cada vez que los folletos se deslizaban de sus dedos, ante ella se encendía una mancha amarilla, como la llama de un fósforo en una habitación oscura: la cara del oficial de gendarmes; y ella, mentalmente, con un sentimiento de inquina, le decía:

«¡Toma, padrecito!»

Al sacar nuevos paquetes, añadía con fruición:

«¡Toma, trágatelo...!»

Venían los obreros con las escudillas en la mano, y cuando ya estaban cerca, Iván Gúsev estallaba en sonoras carcajadas, y Vlásova, tranquilamente, interrumpía el reparto y echaba sopa de coles y de fideos, mientras los hermanos Gúsev bromeaban refiriéndose a ella:

—¡Tiene soltura la Nílovna!

—¡La necesidad obliga a uno hasta a cazar ratones! —dijo con hosquedad un fogonero—. Se llevaron al que le ganaba el pan. ¡Canallas! ¡Vengan tres kopeks de fideos! ¡No hay que apurarse, madre! Todo se arreglará.

—¡Gracias por sus buenas palabras! —dijo la madre sonriéndole.

Él, apartándose, refunfuñó:

—¡Qué pueden valer mis buenas palabras...!

Vlásova voceó:

—¡Sopa calentita, fideos, sopa!

Y pensaba en cómo contaría al hijo su primera prueba, y ante ella surgía de continuo el rostro amarillo del oficial, maligno, perplejo. Los negros bigotes se le movían desconcertados, y bajo el labio superior, contraído en mueca de cólera, brillaba el marfil de sus dientes apretados. En el pecho de la madre el gozo cantaba como un pájaro, las cejas le temblaban a la mujer con picardía, y

ella continuaba cumpliendo hábilmente su misión, diciendo para sus adentros:

«¡Toma, trágate otro más...!»

XVI

Por la noche, cuando estaba tomando té, oyóse fuera chapotear en el barro las herraduras de un caballo y el resonar de una voz conocida. La madre se levantó de un salto y se lanzó a la cocina, en dirección a la puerta. Alguien avanzaba rápidamente por el zaguán. A la madre se le nublaron los ojos; apoyóse en el quicio y empujó la puerta con el pie.

—¡Buenas noches, madrecita! —resonó una voz conocida, al tiempo que unas manos secas y largas se apoyaban en sus hombros.

A un tiempo brotaron en su corazón la pena del desencanto y la alegría de ver a Andréi. Brotaron y se fundieron en un solo y grande sentimiento que, abrasador, la envolvió como una ola caliente y la levantó para arrojarla sobre el pecho de Andréi. Éste la abrazó con fuerza, sus manos temblaban. La madre lloraba en silencio. Él le acariciaba los cabellos y le decía, como cantando:

—¡No llore, madrecita, no se lacere el corazón! ¡Palabra de honor que pronto le dejarán libre! No tienen ninguna prueba contra él, y los muchachos callan como pescados fritos...

Echándole a la madre el brazo por el hombro, la condujo a la habitación, y ella, apretándose contra él, se enjugó las lágrimas con rapidez de ardilla y, ávidamente, con todo el pecho, aspiraba sus palabras.

—Pável le manda sus saludos. Está bien y todo lo alegre que puede estar. ¡Allí no se cabe! Han detenido a más de cien personas, entre los nuestros y los de la ciudad; en cada celda meten a tres o cuatro hombres. Los jefes de la cárcel no son malos: son buena gente y están cansados; ¡esos demonios de gendarmes les han dado tanto quehacer...! Por eso no son muy severos, no hacen más que decir: «¡Calma, señores, no nos creen conflictos!» Y así, todo marcha bien. Se puede conversar, intercambiar libros, repartirse la comida. ¡Buena cárcel! Es vieja y sucia, pero la vida en ella no resulta dura ni insoportable. Los presos comunes también son gente buena y nos prestan muchos servicios. Han soltado a Bukin, a mí y a otros cuatro más. Y pronto pondrán en libertad a Pável, ¡eso es más que seguro! El que va a estar más tiempo es Vesovschikov, porque están irritadísimos contra él. ¡No hace más que insultarlos a todos continuamente! Los gendarmes no le pueden ver. Acabarán por proce-

sarle, si es que no le dan algún día una buena zurra. Pável trata de convencerle: «¡Cállate, Nikolái! ¡No se van a volver mejores con tus insultos!» Y él brama: «¡Arrancaré de la tierra esta carroña!» Pável se comporta bien, se mantiene sereno, firme. Pronto le soltarán, se lo digo yo...

—¡Pronto! —dijo la madre tranquilizada y sonriendo cariñosamente—. ¡Sé que pronto!

—¡Y está muy bien que usted lo sepa! Bueno, écheme té y cuénteme cómo ha pasado estos días.

La miraba, sonriendo todo él, tan bondadoso, tan íntimo; en los ojos redondos de Vlásova brilló una amorosa chispa, un poco triste.

—¡Le quiero mucho, Andriusha! —dijo la madre, luego de un profundo suspiro, mirando su rostro demacrado, cómicamente cubierto de oscuros mechoncillos de pelo.

—Con un poco me bastaría... Ya sé que me quiere, es usted capaz de querer a todos. ¡Tiene usted un corazón muy grande! —repuso el «jojol», balanceándose en la silla.

—¡No, a usted le quiero más que a los otros! —insistió ella—. Si tuviera usted madre, la gente la envidiaría por tener un hijo así...

El «jojol» meneó la cabeza y se la frotó vigorosamente con ambas manos.

—En alguna parte, yo también tengo madre... —dijo en voz baja.

—¿Sabe lo que he hecho hoy? —exclamó la madre.

Y con apresuramiento, atropellándose de placer y exagerando un poquito, le contó cómo había llevado a la fábrica las hojas y folletos.

Al principio, Andréi abrió mucho los ojos, lleno de asombro; luego, soltó la carcajada, extendió las piernas, tamborileó con los dedos en la cabeza y exclamó jubiloso:

—¡Oh! ¡Vaya, eso no es ninguna broma! ¡Es un asunto serio! ¡Lo contento que se va a poner Pável! ¿Eh? ¡Ha hecho usted una buena obra, madrecita! ¡Una obra buena para Pável y para todos!

Entusiasmado, chasqueaba los dedos, silbaba, balanceábase todo él, radiante de alegría, encontrando en el alma de la madre un eco potente y pleno.

—¡Andriusha, querido mío! —comenzó a decir, como si se le hubiera abierto el corazón y brotasen de él, saltarinas, igual que un arroyuelo, las palabras, llenas de apacible alegría—. He pensado en mi vida... ¡Señor mío Jesucristo! ¿Para qué vivía? Golpes... trabajo... ¡no veía a nadie más que al marido, no conocía nada más que el miedo! Tampoco veía cómo Pável iba creciendo. ¿Le quería yo en vida del marido? ¡No lo sé! Todas mis preocupaciones, todos mis afanes se reducían a una sola cosa: dar de comer a aquella fiera, a su gusto, hasta hartarla; satisfacerle a tiempo para que no se

pusiese sombrío y no me atemorizara con sus golpes, para que se compadeciese de mí una vez siquiera. No recuerdo que lo hiciese nunca. Me pegaba como si, en lugar de a su mujer, golpeara a todos aquellos contra quienes estaba irritado... Veinte años viví así; de lo que ocurrió antes de mi matrimonio, no recuerdo. Hago memoria y nada veo, como una ciega. Ha estado aquí Egor Ivánovich; somos de la misma aldea, él ha hablado de esto y de lo otro; recuerdo las cosas, recuerdo las personas, pero cómo vivía la gente, de qué hablaban, qué le ocurrió a éste o aquél, ¡lo he olvidado! Recuerdo los incendios, dos incendios... Al parecer todo me lo habían arrancado, tenía el alma cerrada a piedra y lodo, se me había vuelto ciega y sorda...

Tomó aliento y respirando ávidamente, como el pez sacado del agua, se inclinó y continuó, bajando la voz:

—Murió mi marido, y yo me aferré al hijo; empezó él a ocuparse de estos asuntos. Entonces sentí pesar, me daba lástima de él... Si él se perdía, ¿cómo iba a vivir yo? ¡La de temores y angustias que he pasado...! El corazón se me desgarraba al pensar en su suerte...

Guardó silencio, movió suavemente la cabeza y prosiguió con gravedad:

—Nuestro amor, el de las mujeres, ¡no es puro...! Queremos lo que necesitamos. En cambio, yo veo que usted echa de menos a su madre, y ¿para qué la necesita? Y todos los demás que sufren por el pueblo, que van a la cárcel, que son deportados a Siberia, que mueren... Esas muchachitas que caminan solas por la noche, por el barro, bajo la nieve y la lluvia, y que andan siete verstas para venir desde la ciudad aquí. ¿Quién las mueve? ¿Quién las empuja? ¡Aman! ¡Ése sí que es amor puro! ¡Tienen fe! ¡Tienen fe, Andriusha! En cambio yo no puedo querer así. Yo quiero lo que es mío, ¡lo que me es cercano!

—¡Puede usted! —dijo el «jojol», volviendo la cara y frotándose con las manos, como de costumbre, cabeza, mejillas y ojos—. Todos quieren lo que les es cercano, pero un corazón grande tiene cerca hasta lo que está lejos. Usted puede querer mucho. Su cariño materno es inmenso...

—¡Permítalo Dios! —repuso ella en voz queda—. ¡Me doy cuenta de que es bueno vivir de este modo! A usted, por ejemplo, le quiero, quizá más que a Pável... ¡Él es tan reservado...! Mire usted, quiere casarse con Sáshenka, y a mí, que soy su madre, no me ha dicho nada...

—¡No es cierto! —replicó el «jojol»—. Yo lo sé. ¡No es cierto! Él la ama, y ella a él, es verdad. Pero ¡no se casarán, no! Ella querría, pero Pável no quiere...

—¡Qué cosas...! —dijo la madre en voz baja, pensativa, y sus ojos miraron a Andréi con tristeza—. ¡Qué cosas...! La gente renuncia a sí misma...

—¡Pável es un hombre extraordinario! —dijo quedo el «jojol»—. Es un hombre de hierro.

—Y ahora, ya ve usted, ¡está en la cárcel! —continuó la madre, sumida en sus pensamientos—. Esto causa inquietud, da miedo; pero ya no es como antes... La vida no es ya la misma, y el miedo es diferente, la inquietud es por todos. Mi corazón es otro, mi alma ha abierto los ojos; mira y ve con alegría y con tristeza. Muchas cosas hay que no entiendo, y es doloroso y amargo para mí el que no creáis en Dios nuestro Señor... Pero, ¡qué le vamos a hacer! Sin embargo, veo que sois gente buena, ¡buena! Os habéis consagrado a una vida penosa para servir al pueblo, para propagar la verdad. Comprendo también vuestra verdad; mientras haya ricos, el pueblo no conseguira nada: ni la verdad, ni la alegría, ni nada... Ahora vivo entre vosotros; a veces, por la noche, me pongo a recordar el pasado, mi fuerza pisoteada, mi joven corazón lacerado, y siento una amarga compasión de mí misma. Pero, a pesar de todo, mi vida se ha vuelto mejor. Me veo más a mí misma...

El «jojol» se levantó y, tratando de no hacer ruido con los pies, empezó a pasear por la habitación; alto, seco, pensativo.

—¡Ha dicho usted muy bien! —exclamó en voz baja—. ¡Muy bien! Había en Kerch un muchacho hebreo que hacía versos, y un día compuso unos que decían:

Y a los asesinados sin culpa
¡les resucitará la fuerza de la verdad...!

—A él mismo le asesinó la policía, allá en Kerch; pero, ¡eso no tiene importancia! Él conocía la verdad y la fue sembrando con abundancia entre las gentes... Así es usted también..., una persona asesinada sin culpa.

—Cuando hablo yo ahora —prosiguió la madre—, cuando hablo, me escucho, y no me creo a mí misma. Durante toda mi vida no pensaba más que en una sola cosa: cómo esquivar el día, vivirlo procurando que pasase inadvertido, sin dejar huella. Pero ahora pienso en todos; puede que yo no comprenda vuestras cosas, pero todos sois personas cercanas a mí, me da lástima de todos, a todos os deseo bien, y a usted, Andriusha, sobre todo.

Él se acercó a ella y le dijo:

—¡Gracias!

Y tomando la mano de la madre entre las suyas, la estrechó con fuerza, la sacudió y volvióse con rapidez hacia otro lado. Fatigada

por la emoción, la madre iba fregando las tazas sin apresurarse, en silencio, y un sentimiento alentador le caldeaba suavemente el corazón.

El «jojol», paseando, le dijo:

—Usted, madrecita, debería mostrarse cariñosa con Vesovschikov alguna vez que otra. Su padre está también en la cárcel. Es malito el tal vejete. Cuando Nikolái le ve desde la ventana, le insulta. ¡No está bien eso! Nikolái es buen muchacho: le gustan los perros, los ratones y cualquier bicho viviente; pero en cambio no quiere a los hombres. ¡Hasta qué extremo se puede deformar a un ser humano!

—Su madre desapareció sin dejar rastro; su padre es borracho y ladrón —dijo, pensativa, Vlásova.

Al irse Andréi a acostar, la madre, sin que él lo notara, le hizo la señal de la cruz, y media hora después, cuando ya estaba él en el lecho, le preguntó bajito:

—¿No duerme, Andriusha?

—No, ¿qué quería decirme?

—¡Buenas noches!

—¡Gracias, madrecita, gracias! —contestó él con gratitud.

XVII

Al día siguiente, cuando Nílovna llegó con su carga a la puerta de la fábrica, los vigilantes la detuvieron con rudeza y, después de ordenarle que dejase las ollas en tierra, lo registraron todo de modo minucioso.

—¡Se va a enfriar la sopa! —observó con tranquilidad, mientras le palpaban groseramente el vestido.

—¡Calla! —replicó sombrío un vigilante.

El otro, empujándola ligeramente en el hombro, afirmó convencido:

—¡Te digo que las echan por encima de la valla!

El primero que se acercó a ella fue el viejo Sisov, y, mirando en derredor, le preguntó en voz baja:

—¿Ha oído, madre?

—¿Qué?

—¡Las proclamas! ¡Han vuelto a aparecer! Las han esparcido por todas partes, como la sal en el pan. ¡De poco les han servido las detenciones y los registros! A Masin, mi sobrino, le han metido en la cárcel. Bueno, ¿y qué? También se llevaron a tu hijo, ¡por tanto, ahora está claro que no eran ellos!

Agarróse la barba con la mano, miró a la madre y, al marcharse, le dijo:

—¿Por qué no vienes por mi casa? Debe ser aburrida la soledad...

Le dio ella las gracias y, en tanto pregonaba su mercancía, se puso a observar atentamente la extraordinaria efervescencia que reinaba en la fábrica. Todos los obreros estaban excitados, se reunían en grupos, se separaban, iban de una sección a otra. En el aire, lleno de hollín, percibíase un soplo de audacia y valentía. En diversos sitios resonaban, intermitentes, gritos de aprobación, exclamaciones burlonas. Los obreros de más edad sonreían con cautela. Los jefes iban y venían preocupados, los policías corrían de un lado para otro, y, al advertir su presencia, los obreros se disolvían lentamente o, quedándose donde estaban, cortaban la conversación, mirando en silencio a los rostros irritados y furiosos.

Los rostros de los obreros parecían resplandecer. Se divisó por un instante la alta figura del mayor de los Gúsev; su hermano se balanceaba al andar como un pato, riendo a carcajadas.

Junto a la madre pasaron sin apresurarse el maestro del taller de carpintería, llamado Vavílov, y el listero Isái. Éste, pequeño y endeble, estirando el cuello y alzada la cabeza, miraba el rostro impasible y mofletudo del carpintero y le decía deprisa, con un temblor en la barbita:

—Mire, Iván Ivánovich, se ríen; para ellos es agradable esto, aunque se trate de un asunto que, como dijo el señor director, se refiere a la destrucción del Estado. Aquí, Iván Ivánovich, lo que hace falta es arar, y no escardar.

Vavílov pasó con las manos a la espalda, apretados con fuerza los dedos.

—Tú, hijo de perra, imprime allá lo que quieras —dijo en voz alta—, ¡pero no te atrevas a hablar de mí!

Vasili Gúsev se acercó a Vlásova diciendo:

—Voy a comer otra vez de lo que tú vendes. ¡Es muy sabroso!

Y bajando la voz, agregó, guiñándole el ojo:

—Ha puesto el dedo en la llaga... ¡Bien, madrecita, muy bien!

La madre asintió meneando cariñosamente la cabeza. Le agradaba que aquel mozo, el mayor granuja del arrabal, hablara con ella en secreto, tratándola de usted; le agradaba, en general, la agitación de la fábrica, y se decía para sus adentros: «Pero si no hubiera sido por mí...»

Cerca de ella se pararon tres cargadores, y uno de ellos, sin alzar la voz, dijo con pena:

—No he encontrado en ninguna parte...

—¡Habría que oírlas! Yo no sé leer, pero veo que les han hecho el efecto de un puñetazo en la barriga —observó otro.

El tercero miró en torno, y propuso:

—Vamos a las calderas...

—¡Surten efecto! —cuchicheó Gúsev, guiñando el ojo.

Nílovna volvió a casa contenta.

—Allí se lamenta la gente de que no sabe leer —dijo a Andréi—. Y yo, ya ve, cuando era joven sabía, pero se me ha olvidado...

—¡Aprenda usted! —le propuso el «jojol».

—¿A mis años? Para que la gente se ría...

Pero Andréi tomó un libro del estante y preguntó, señalando una letra del título con la punta del cuchillo:

—¿Qué letra es ésta?

—La «r» —contestó ella riendo.

—¿Y ésta?

—La «a»...

Se sentía un poco confusa y humillada. Parecíale que los ojos de Andréi se reían con disimulo, y ella rehuía sus miradas. Mas la voz del «jojol» era dulce y tranquila; su expresión, seria.

—Pero, ¿será posible, Andriusha, que, en realidad, se proponga usted enseñarme? —preguntó, riéndose involuntariamente.

—¿Por qué no? —replicó él—. Si sabía usted leer, le será fácil recordar. Que tenemos milagro, ¡bien está!; que no lo tenemos, ¡nada se perderá!

—En cambio, también se dice que no se vuelve uno santo de contemplar las imágenes —contestó la madre.

—¡Ah! —exclamó el «jojol», moviendo la cabeza—. Refranes hay muchos. El que dice: «Cuanto menos se sabe, mejor se duerme», ¿no es también verdadero? El estómago piensa con refranes; con ellos pone bridas al alma, para manejarla mejor. ¿Y ésta qué letra es?

—La «l» —respondió la madre.

—¡Bien! ¡Mírelas qué separadas están! ¿Y esta otra?

Concentrando la mirada, frunciendo penosamente las cejas, iba recordando con dificultad las letras olvidadas, y, sin darse cuenta, entregada por entero a sus esfuerzos, se olvidó de todo lo demás. Pero en seguida se le cansaron los ojos. Al principio aparecieron en ellos lágrimas de cansancio; después, fluyeron abundantes lágrimas de pesar.

—¡Estoy aprendiendo a leer! —exclamó sollozando—. A mis cuarenta años, empiezo a aprender...

—¡No hay que llorar! —dijo el «jojol» en voz baja, con cariño—. Usted no podía vivir de otro modo, y sin embargo, ¡comprende que vivía mal! Miles de personas pueden vivir mejor que usted, pero viven como las bestias, ¡y aún se vanaglorian de que

viven bien! ¿Y qué hay de bueno en que hoy el hombre trabaje y coma, y mañana vuelva a trabajar y a comer, y así durante todos los años de su vida? Entre tanto, engendra hijos; primero, le distraen; luego, cuando los chicos se ponen también a comer mucho, se enfada, los injuria y les dice: «Daos prisa en crecer, tragones, ¡ya es hora de que empecéis a trabajar!» Le gustaría convertir a sus hijos en animales domésticos, pero éstos empiezan a trabajar para su propia barriga, ¡y de nuevo tiran de la vida con la misma desgana con que el ladrón tira del estropajo! Sólo son verdaderas personas quienes arrancan al hombre las cadenas que sujetan su razón. Usted ahora, en la medida de sus fuerzas, ha iniciado esta empresa.

—Pero, ¿qué soy yo? —exclamó ella—. ¿Cómo voy yo a poder?

—¿Y por qué no? Esto es como la lluvia menuda. Cada gotita da de beber a un grano de trigo. Y en cuanto empiece a leer...

Se echó a reír, se levantó y empezó a andar por la habitación.

—Sí, ¡usted estudie...! Vendrá Pável, y usted... ¿eh?

—¡Ay, Andriusha! —replicó la madre—. Todo es fácil cuando se es joven, pero cuando pasan los años, se tiene mucha amargura, poca fuerza y ninguna cabeza...

XVIII

Al anochecer el «jojol» se marchó; ella encendió la lámpara, sentóse a la mesa y se puso a hacer calceta. Pero en seguida se levantó y dio unos pasos indecisa; fue a la cocina, echó el cerrojo a la puerta de entrada y, frunciendo mucho las cejas, volvió a la habitación. Después de correr los visillos de la ventana, tomó un libro del estante, se sentó de nuevo a la mesa y miró en torno; luego se inclinó sobre las páginas y empezó a mover los labios. Cuando llegaba un rumor de la calle, cerraba el libro con un estremecimiento y escuchaba atentamente... Y de nuevo, ya abriendo, ya cerrando los ojos, susurraba:

—La uve y la i: vi; la de y la a...

Llamaron a la puerta, la madre se levantó de un saltó, colocó el libro en el estante y preguntó alarmada:

—¿Quién es?

—Yo...

Entró Ribin, se acarició la barba con empaque y observó:

—Antes dejabas entrar a la gente sin preguntar quién era. ¿Estás sola? Así es. Creí que estaba en casa el «jojol». Hoy le he visto... La cárcel no corrompe a los hombres.

Se sentó y dijo:

—Ea, vamos a charlar un rato...

Tenía un aspecto grave, misterioso, que infundía a la madre una vaga inquietud.

—¡Todo cuesta dinero! —comenzó él con su recia voz—. Ni se nace, ni se muere gratis; eso es. Y también los folletos y las hojas cuestan dinero. ¿Sabes tú de dónde viene el dinero para pagarlos?

—No lo sé —repuso la madre en voz queda, presintiendo algún peligro.

—Así es. Yo tampoco lo sé. En segundo lugar, ¿quién escribe esos folletos?

—Gente leída...

—¡Señores! —replicó Ribin; su rostro barbudo se puso colorado y en tensión—. Así pues, los señores componen esos folletos; ellos los reparten. En esos folletos se escribe contra los señores. Ahora dime: ¿qué utilidad sacan con perder el dinero para levantar contra ellos al pueblo? ¿Eh?

La madre, parpadeando, exclamó asustada:

—¿Qué es lo que piensas...?

—¡Ah! —dijo Ribin, y se revolvió pesadamente en la silla, como un oso—. Bueno, pues yo también sentí frío cuando llegué a esta conclusión.

—¿Es que has sabido algo?

—¡Engaño! —contestó Ribin—. Presiento que es un engaño. No sé nada, pero aquí hay un engaño. Eso es. Los señores están tramando algo. Y yo necesito la verdad, yo la he comprendido. Y no quiero alianzas con los señores. Cuando me necesitan, me empujan para que con mis huesos les sirva de puente para seguir adelante...

Con sus acerbas palabras oprimió el corazón de la madre.

—¡Dios mío! —exclamó angustiada—. ¿Será posible que Pável no lo comprenda? Y todos los que...

Surgieron ante ella los rostros serios y honrados de Egor, de Nikolái Ivánovich, de Sáshenka, y se le estremeció el corazón.

—¡No, no! —exclamó, denegando con la cabeza—. No puedo creerlo. Ellos son gente de conciencia.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Ribin pensativo.

—A todos..., a todos los que conozco, sin excepción.

—¡No mires ahí, madre, mira más lejos! —dijo Ribin, bajando la cabeza—. Los que se han acercado mucho a nosotros, puede que tampoco sepan nada. ¡Ellos creen que debe ser así! Pero puede que haya otros, detrás de ellos, que no busquen más que su propia ventaja. El hombre no trabaja en contra de sí mismo sin algún motivo.

Y con la pesada convicción del campesino, añadió:

—De los señores, ¡nunca vendrá nada bueno!

—¿Qué has resuelto tú? —preguntó la madre, embargada de nuevo por la duda.

—¿Yo? —Ribin la miró, guardó silencio un instante y repitió—: Que hay que mantenerse a distancia de los señores. ¡Eso es!

Y volvió a guardar silencio, sombrío.

—Hubiera querido arrimarme a los muchachos para trabajar con ellos. Sirvo para ese asunto, sé lo que hay que decir a la gente. Eso es. Pero ahora me voy. Como no puedo creer, tengo que irme.

Bajó la cabeza y quedó pensativo.

—Me iré yo solo por las aldeas y los pueblos. Levantaré a la gente. Es preciso que el pueblo mismo ponga manos a la obra. Si comprende, se abrirá camino. Trataré de hacerle comprender que no debe confiar más que en sí mismo, de que no hay más razón que la suya. ¡Eso es!

La madre compadecióse de Ribin y sintió horror por su suerte. Siempre le había sido desagradable, pero ahora le parecía que, de pronto, le era ya más cercano, y dijo en voz queda:

—Te pescarán...

Ribin la miró y repuso tranquilo:

—Si me pescan, ya me soltarán. Y yo, vuelta a...

—Los propios mujiks te entregarán atado y tendrás que estar en la cárcel...

—Estaré y saldré. Y vuelta a empezar. Los mujiks me atarán una vez, dos, pero acabarán por comprender que no hay que entregarme, sino escucharme. Les diré: «No me creáis, pero escuchadme.» Y si me escuchan, ¡me creerán!

Hablaba despacio, como si palpara cada una de sus palabras antes de pronunciarla.

—Aquí, últimamente, he rumiado mucho. He comprendido algo...

—¡Te perderás, Mijaíl Ivánovich! —dijo tristemente la madre, moviendo la cabeza.

Fijó en ella sus ojos oscuros y profundos, en actitud de interrogante espera. Su vigoroso cuerpo inclinóse hacia adelante y se apoyó con las manos en el asiento de la silla; su faz curtida parecía pálida, enmarcada por la barba negra.

—¿Sabes lo que dijo Cristo acerca del grano de trigo? Si no mueres, no resucitarás en una nueva espiga. Yo estoy aún lejos de la muerte. ¡Soy astuto!

Revolvióse en la silla y se levantó sin apresurarse.

—Me voy a la taberna, estaré un rato entre la gente. El «jojol» no viene. ¿Ha empezado ya a moverse?

—¡Sí! —repuso la madre sonriendo.

—Eso es lo que hace falta. Dile lo que te he dicho...

Pasaron lentamente a la cocina, hombro con hombro, sin mirarse, intercambiando breves palabras:

—Bueno, ¡adiós!

—¡Adiós! ¿Cuándo pides la cuenta?

—Ya la he pedido.

—¿Y cuándo te marchas?

—Mañana. Por la mañana temprano. ¡Adiós!

Ribin se inclinó y, torpón, salió de mala gana al zaguán. Durante unos momentos la madre permaneció quieta en el umbral, prestando oído a los cansinos pasos que se alejaban y a las dudas que se habían despertado en su pecho. Luego, volvió despacio a la habitación, levantó el visillo y miró por la ventana. Tras los cristales se alzaba una niebla inmóvil, negra.

«Vivo en la noche», pensó.

Sentía compasión de aquel mujik serio, tan robusto, tan fuerte.

Llegó Andréi animado y alegre.

Cuando la madre le contó lo de Ribin, exclamó:

—Bueno, pues que se vaya por las aldeas, que haga resonar la campana de la verdad, que despierte al pueblo. Estar con nosotros le es difícil. Le han crecido en la cabeza ideas suyas, de mujik, y las nuestras no le caben en ella...

—Ha estado hablando de los señores, ¡en todo ello habrá algo de cierto! —dijo la madre con prudencia—. ¡Con tal de que no nos engañen...!

—¿Eso la inquieta? —exclamó el «jojol» riendo—. ¡Ay, madrecita, el dinero! ¡Si lo tuviéramos! Todavía no hacemos más que vivir a costa ajena. Mire, Nikolái Ivánovich gana al mes setenta y cinco rublos, y nos entrega cincuenta. Y así hacen los demás. Los estudiantes hambrientos reúnen kopek a kopek y nos envían, alguna vez que otra, pequeñas cantidades. En cuanto a los señores, claro está que hay de todo. Unos engañan, otros se quedan a la zaga y los mejores vienen con nosotros...

Se frotó las manos y continuó, con fuerza:

—Hasta nuestra victoria ni aun el águila puede llegar en vuelo, pero a pesar de todo, ¡vamos a preparar un modesto Primero de Mayo! ¡Va a ser divertido!

Su animación aventó la inquietud que había sembrado Ribin. El «jojol» se paseaba por la habitación, frotándose la cabeza con las manos; y mirando al suelo, prosiguió:

—¿Sabe usted?, a veces alienta en mi corazón un algo... ¡es asombroso! Me parece que dondequiera que voy no encuentro más que camaradas; un mismo fuego los abrasa, son todos alegres, animosos, buenos. Sin palabras, se entienden los unos con los otros... Viven todos en armonía y el corazón de cada uno canta su canción.

Todas las canciones son como arroyos que corren y se funden en un solo río, y el río fluye, ancho y libre, hasta el mar de las luminosas alegrías de la nueva vida.

La madre procuraba no moverse para no distraerle, para no interrumpir su discurso. Le escuchaba siempre con más atención que a los demás: hablaba él con mayor sencillez y sus palabras llegaban con más fuerza al corazón. Pável no hablaba nunca de lo que veía en el futuro. En cambio, éste, le parecía a ella que tenía siempre en el porvenir una parte de su corazón; eran sus discursos como un cuento fantástico acerca de la futura fiesta que para todos habría en la tierra. El cuento aquel le esclarecía a la madre el sentido de la vida y el trabajo del hijo y de todos sus camaradas.

—Y cuando vuelvo en mí —continuó el «jojol», moviendo la cabeza—, miro en derredor, ¡y lo veo todo frío y sucio! Todos están cansados, iracundos...

Con profunda pena, prosiguió.

—Es humillante, pero no hay que creer al hombre, hay que temerle ¡e incluso odiarle! El hombre se parte en dos. Uno querría solamente amar, pero, ¿cómo es posible esto? ¿Cómo perdonar al hombre si se te echa encima igual que una fiera salvaje, no reconoce en ti un alma viva y te patea el rostro de criatura humana? ¡Imposible perdonar! Y no se puede; no por uno, yo soportaría todas las injurias, pero no quiero ser indulgente con los opresores, no quiero que en mis espaldas aprendan a golpear a los demás...

Habíase encendido en sus ojos un frío fulgor, tenía inclinada la cabeza con obstinación y hablaba con mayor dureza.

—No debo perdonar nada que sea dañino aunque a mí no me perjudique. ¡Yo no estoy solo en la tierra! Hoy dejo que me ultrajen, y me limito a reírme, porque no me duele; pero mañana, el ofensor, que ha probado en mí su fuerza, intentará despellejar a otro. Y por eso hay que considerar a la gente de diferente manera, hay que apretarse el corazón con severidad, saber distinguir a los hombres: éste es de los míos, aquél es un extraño. Eso es justo, pero ¡no consuela!

Sin saber por qué, la madre recordó a Sáshenka y al oficial, y dijo suspirando:

—¿Qué pan se puede cocer de una harina sin cerner?

—¡Ésa es la pena! —profirió el «jojol».

—¡Sí! —exclamó la madre. En su memoria se alzaba ahora la figura del marido, hosca, sombría, pesada como un gran peñascal cubierto de musgo. Se representaba al «jojol» casado con Natasha, y a su hijo, unido con Sáshenka.

—Y ello, ¿por qué? —preguntó Andréi, acalorándose—. Es tan claro, que hasta da risa. Sólo porque la gente no está toda al mismo

nivel. ¡Venga, vamos a igualarlos a todos! ¡Repartamos equitativamente todo lo que ha elaborado la razón, todo lo que han producido las manos! ¡Y no nos mantendremos unos a otros en la esclavitud del temor y de la envidia, prisioneros de la codicia y de la estupidez...!

Ambos tenían con frecuencia conversaciones semejantes.

Andréi había entrado de nuevo a trabajar en la fábrica; entregaba todo su salario a la madre, y ella lo tomaba con la misma sencillez que si viniera de las manos de Pável.

A veces, con la sonrisa en los ojos, Andréi proponía a la madre:

—Vamos a leer, ¿eh?

Ella, aunque bromeando, negábase tenazmente; aquella sonrisa le causaba azoramiento y, un poquito ofendida, pensaba: «Si te ríes, ¿para qué voy a hacerlo?»

Y cada vez con mayor frecuencia, le preguntaba el significado de una o de otra palabra libresca, extraña para ella. Lo hacía con voz indiferente mirando a otro lado. Él adivinaba que ella estudiaba sola, a escondidas, y comprendiendo su cortedad dejó de proponerle que leyera con él. Al poco tiempo, la madre le comunicó:

—Me flaquea la vista, Andriusha. Necesitaría unas gafas.

—¡Vaya una cosa! —replicó él—. El domingo iremos juntos a la ciudad, la llevaré al médico y tendrá usted gafas...

XIX

Tres veces había solicitado ya permiso para ver a Pável, y las tres había recibido una negativa amable del general de gendarmes, viejo de pelo blanco, mejillas cárdenas y nariz grande.

—Dentro de una semana, buena mujer, ¡no antes! Dentro de una semanita, veremos a ver; pero ahora es imposible...

Orondo, cebado, recordaba a una ciruela madura, un tanto pasada, cubierta ya de pelusillas de moho. Se hurgaba sin cesar los dientecillos blancos con un mondadientes puntiagudo; los ojillos, redondos y verdosos, sonreían con cariño; su voz tenía un tono cortés, amistoso.

—¡Es muy cortés! —decía la madre, pensativa, al «jojol»—. Siempre está sonriendo...

—Sí, sí —decía el «jojol»—. Son afables, sonríen. Les dicen: «Ahí tienen un hombre inteligente y honrado que nos es peligroso, ¡ahórquenlo!» Sonríen y le cuelgan, y después vuelven a sonreír...

—Al que vino a registrar aquí se le puede conocer más fácilmente —prosiguió la madre—. Se ve en seguida que es un perro...

—Ninguno de ellos es hombre, sino martillo para aturdir al pueblo. Son instrumentos. Con ellos nos moldean para que seamos más manejables. Ellos mismos han sido ya adaptados por completo a la mano que nos dirige, y pueden hacer todo cuanto se les manda sin reflexionar ni preguntar por qué.

Al fin concedieron a la madre el permiso, y el domingo, cuando fue a ver al hijo, se sentó modestamente en un rincón del locutorio de la cárcel. En la pieza angosta, sucia y baja de techo, había otros visitantes. No debía ser la primera vez que se encontraban allí, ya que se conocían unos a otros; entre ellos se entabló una conversación lenta, en voz baja, pegajosa como una telaraña.

—¿Han oído? —decía una mujer gorda, de cara marchita, que tenía un maletín sobre las rodillas—. Hoy por la mañana, en la misa de alba, el maestro de capilla de la catedral por poco no le arranca una oreja a un monaguillo.

Un individuo de edad madura, con uniforme de militar retirado, tosió ruidosamente y replicó:

—¡Los monaguillos son unos granujas!

Un hombre bajito, calvo, corto de piernas y largo de brazos, de mandíbula prominente, recorría la habitación a zancadas, como si tuviera mucho que hacer. Sin pararse, decía con voz cascada e inquieta:

—La vida se va poniendo más cara, y por eso los hombres se van volviendo más malos. La carne de vaca, de segunda clase, cuesta catorce kopeks la libra, y el pan está otra vez a dos y medio...

De cuando en cuando entraban presos, grises, todos iguales, calzados con botazas de cuero. Cuando penetraban en la habitación semioscura, empezaban a parpadear. A uno le resonaban los grillos en los pies.

Todo resultaba extrañamente tranquilo y de una desagradable sencillez. Parecía que todos estaban acostumbrados a aquello, desde hacía mucho, y que se resignaban con su situación; unos estaban sentados con toda tranquilidad, otros vigilaban perezosamente y algunos llegaban con puntualidad y cansancio a visitar a los presos. Temblaba de impaciencia el corazón de la madre, miraba perpleja a cuanto la rodeaba y llenábase de asombro ante aquella penosa simplicidad.

Junto a Vlásova estaba sentada una viejecilla de rostro arrugado y juveniles ojos. Prestaba oídos a la conversación alargando su delgado cuello y miraba a la cara de todos con una expresión extrañamente arrogante.

—¿A quién tiene aquí? —le preguntó Vlásova en voz queda.

—A mi hijo. Es estudiante —repuso la vieja en voz alta y con rapidez—. ¿Y usted?

—También a mi hijo. Es obrero.

—¿Cómo se llama?

—Vlásov.

—No le he oído nombrar. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Más de seis semanas...

—¡Pues el mío va ya para los diez meses! —dijo la vieja, y en su voz Vlásova percibió algo extraño, parecido al orgullo.

—Sí, sí —dijo apresuradamente el vejete calvo—. La paciencia se agota... Todos se enfadan, todos gritan, todo va subiendo de precio y, por consiguiente, las personas bajan de valor. No se oyen voces conciliadoras.

—¡Absolutamente exacto! —dijo el militar—. ¡Qué escándalo! Hace falta que se alce una voz fuerte y ordene de una vez: ¡A callar! Eso es lo que hace falta. Una voz fuerte...

La conversación se hizo general y más animada. Cada cual se apresuraba a exponer su opinión sobre la vida; pero todos hablaban a media voz, y en todos percibía la madre algo ajeno a ella. En su casa se hablaba de otra manera, más comprensible, más sencilla y en voz más alta.

Un carcelero gordo, con una barba cuadrada y pelirroja, voceó su apellido, la miró de pies a cabeza y, cojeando, salió, diciéndole:

—Sígueme...

Ella echó a andar y hubiera querido darle un empujón en la espalda para que fuera más de prisa. En un cuartito vio a Pável que, sonriendo, le tendía la mano. La madre agarró aquella mano, se rió parpadeando y, sin encontrar palabras, pronunció quedo:

—Buenos días... Buenos días...

—Tranquilízate, madre —dijo Pável, estrechándole la mano.

—No te preocupes.

—¡Madre! —llamó el carcelero resoplando—. Sepárense, para que haya distancia entre los dos...

Y bostezó ruidosamente. Pável le preguntó por su salud, por su casa... Ella esperaba otras preguntas; las buscaba en sus ojos, pero no las encontraba. Estaba tranquilo como siempre, aunque un poco más pálido, y sus ojos parecían más grandes.

—¡Sáshenka te manda saludos! —dijo ella.

Temblaron los párpados de Pável, se le dulcificó el rostro y sonrió. Un amargor agudo atenazó el corazón de la madre.

—¿Te dejarán salir pronto? —prosiguió, irritada, con tono de agravio—. ¿Por qué te prendieron? Pues los folletos esos han vuelto a aparecer...

Los ojos de Pável brillaron de alegría.

—¿Otra vez? —preguntó con premura.

—¡Está prohibido hablar de esas cosas! —declaró el carcelero con voz cansina—. Solamente se puede tratar de asuntos familiares...

—¿Acaso no son éstos asuntos de familia? —replicó la madre.

—Bueno, yo no lo sé. Lo único que sé es que está prohibido —insistió indiferente el carcelero.

—Habla de asuntos familiares, madre —dijo Pável—. ¿Qué haces?

Ella, sintiendo una especie de juvenil ardor, contestó:

—Llevo a la fábrica toda clase de cosas...

Detúvose y, sonriendo, continuó:

—Sopa, gachas, todos los guisos de María, y otros alimentos...

Pável comprendió. Le empezó a temblar la cara de la contenida risa, echóse el pelo hacia atrás y, cariñoso, con una voz que ella no le había oído nunca, dijo:

—¡Está bien que hayas encontrado ocupación, que no te aburras!

—Cuando empezaron a aparecer de nuevo esas hojas, ¡a mí también me registraron! —le comunicó ella, no sin jactancia.

—¿Otra vez con lo mismo? —exclamó el carcelero enfadado—. ¡Ya he dicho que está prohibido! Se priva de libertad a un hombre para que no se entere de nada, y tú, ¡a lo tuyo! Hay que comprender que lo que está prohibido, está prohibido.

—¡Bueno, déjalo, madre! —repuso Pável—. Matvéi Ivánovich es un buen hombre y no hay que enfadarle. Nos llevamos muy bien. Hoy, por casualidad, presencia las entrevistas; ordinariamente eso es cosa del subdirector.

—¡Se acabó la visita! —declaró el carcelero mirando el reloj.

—¡Bueno, gracias, madre! —dijo Pável—. Gracias, madre querida. No pases cuidado. Pronto me pondrán en libertad...

Él la abrazó con fuerza y la besó, y ella, dichosa y conmovida, se echó a llorar.

—¡Sepárense! —exclamó el carcelero, y mientras acompañaba a la madre, iba murmurando—: No llores, ¡le soltarán! Soltarán a todos... Ya no hay dónde meterlos...

Ya en casa, dilatados los labios en una sonrisa y arqueando las cejas animada, le dijo al «jojol»:

—Le he hablado con habilidad. ¡Lo ha comprendido!

Y suspiró con tristeza.

—¡Lo ha comprendido! Si no, no me habría acariciado como lo hizo... ¡Nunca me había acariciado así!

—¡Cómo son ustedes! —rió el «jojol»—. Todo el mundo busca algo, pero las madres siempre buscan las caricias...

—Si supieras, Andriusha... ¡Qué gente aquella! —exclamó ella de pronto, con asombro—. ¡Qué acostumbrados están ya! Les quitaron los hijos, los metieron en la cárcel, y como si nada. Van, se

sientan, esperan, hablan unos con otros. ¿Qué te parece? Y si la gente instruida se acostumbra así, ¿qué decir entonces del pueblo trabajador...?

—Eso es comprensible —repuso el «jojol», con su sonrisa de siempre—. La ley, de todas maneras, es más blanda para ellos que para nosotros, y ellos la necesitan más que nosotros. Por eso, cuando la ley les golpea en la frente, fruncen el ceño, pero no demasiado. El palo de uno mismo pega con más suavidad...

XX

Una noche, mientras la madre hacía calceta, sentada a la mesa, y el «jojol» leía en voz alta la historia de la sublevación de los esclavos romanos, alguien llamó con fuerza a la puerta, y, cuando el «jojol» la hubo abierto, entró Vesovschikov con un bulto bajo el brazo, el gorro echado hacia atrás, cubierto de barro hasta las rodillas.

—Al pasar, vi que teníais luz. Y he entrado a saludaros. ¡Vengo directamente de la cárcel! —declaró con una voz extraña y, agarrando la mano de Vlásova, se la sacudió con fuerza, diciendo:

—Pável te manda saludos...

Después, sentóse indeciso en una silla y escudriñó el cuarto con su mirada hosca, recelosa.

A la madre no le resultaba agradable; en su cabeza angulosa y rapada, en sus ojillos, había algo que siempre la había asustado, pero ahora estaba contenta y, sonriendo afectuosa, le dijo con animación:

—¡Has adelgazado! Andriusha, vamos a darle té...

—Ya estoy preparando el samovar —contestó el «jojol» desde la cocina.

—Bueno. ¿Cómo se encuentra Pável? ¿Han soltado a alguno más, o sólo a ti?

Nikolái bajó la cabeza y contestó:

—Pável sigue allí, ¡lo lleva con paciencia! ¡Sólo me han soltado a mí! —alzó los ojos hacia la cara de la madre, y continuó despacio, entre dientes—: Yo les dije: ¡Basta! ¡Dejadme en libertad...! Si no, mataré a alguno y yo también me mataré. Y me han soltado.

—Vaya, vaya —dijo la madre, apartándose, y al encontrarse su mirada con los ojos de Nikolái, agudos y estrechos, pestañeó sin querer.

—¿Cómo está Fedia Masin? —gritó el «jojol» desde la cocina—. ¿Escribe poesías?

—Sí, las escribe. Yo esto, ¡no lo comprendo! —dijo Nikolái, moviendo la cabeza—. ¿Es un jilguero o qué? Le meten en una

jaula, ¡y canta! Yo no comprendo más que una cosa: que no tengo gana de ir a casa...

—Sí, ¿qué encontrarás allí? —dijo pensativa la madre—. Estará vacía, el horno apagado, hará frío...

Él guardó silencio, entornando los ojos. Sacó del bolsillo una cajetilla y se puso a fumar lentamente, mirando las grises volutas de humo que se disipaban ante su rostro, mientras sonreía, con la mueca de un perro mohíno.

—Sí, debe hacer frío. Por el suelo habrá cucarachas heladas. Los ratones también se habrán helado. Pelagueia Nílovna, ¿me dejas que pase la noche en tu casa, puedo quedarme? —preguntó sordamente, sin mirarla.

—¡Pues claro está, querido! —asintió la madre con viveza. Se sentía molesta, cohibida, en su presencia.

—Ahora son tiempos en que los hijos se avergüenzan de sus padres...

—¿Cómo? —preguntó la madre estremeciéndose.

Él la miró, cerró los ojos y su rostro picado de viruelas quedó sin expresión.

—¡Digo que los hijos empiezan a avergonzarse de sus padres! —repitió, lanzando un ruidoso suspiro—. Pável no se avergonzará de ti nunca. Pero yo me avergüenzo de mi padre. Y a su casa... no volveré más. Yo no tengo padre... ¡ni tengo casa! Estoy sometido a la vigilancia de la policía, si no, ya me habría marchado a Siberia... Yo daría allí libertad a los desterrados, les prepararía la huida...

Con su sensible corazón, la madre comprendía los sufrimientos de aquel hombre, pero su dolor no despertaba en ella piedad.

—Pues si es así... ¡más vale marcharse allá! —le dijo, para no ofenderle con su silencio.

De la cocina salió Andréi e inquirió riendo:

—¿Qué estás predicando ahí, eh?

La madre se levantó y dijo:

—Hay que preparar algo para comer...

Vesovschikov miró con fijeza al «jojol» y declaró de pronto:

—¡Opino que hay gentes a quienes es preciso matar!

—¡Hum! ¿Y para qué? —preguntó el «jojol».

—Para que no existan...

El «jojol», alto y seco, balanceándose sobre las piernas, permanecía plantado en medio de la habitación con las manos metidas en los bolsillos y miraba de arriba abajo a Nikolái, mientras éste estaba arrellanado en la silla, envuelto en nubes de humo y en su rostro grisáceo iban apareciendo unas manchas rojas.

—¡A ese Isái Górbov le arrancaré la cabezota! ¡Ya lo verás!

—¿Por qué? —preguntó el «jojol».

—Para que no haga más de espía, ni vaya a delatar. Por él se ha perdido mi padre, por su culpa está a punto de volverse un soplón —dijo Vesovschikov mirando a Andréi con sombría hostilidad.

—¡Vaya, hombre! —exclamó el «jojol»—. Pero, ¿quién te puede echar eso en cara? ¡Sólo los imbéciles...!

—Los imbéciles y los inteligentes... están embadurnados con la misma mirra —dijo con firmeza Nikolái—. Ya ves, tú eres inteligente, y Pável también; pero yo, ¿acaso soy para vosotros como Fedia Masin o como Samóilov o lo que sois los dos el uno para el otro? No mientas, de todos modos no te creeré... Todos vosotros me dais de lado, me ponéis aparte.

—Tienes el alma enferma, Nikolái —dijo el «jojol» en voz baja y cariñosa, sentándose junto a él.

—La tengo. Y también vosotros... Sólo que vuestras llagas os parecen más nobles que las mías. Todos somos, unos para otros, unos canallas; esto es lo que yo digo. Y tú, ¿qué puedes decirme? ¡Venga!

Fijó su mirada aguda en el rostro de Andréi y esperó, enseñando los dientes. Su rostro picado de viruelas continuaba impasible y por sus gruesos labios corría un temblor, como si algo se los quemase.

—¡No te diré nada! —replicó el «jojol» acariciando la mirada hostil de Vesovschikov con una sonrisa triste de sus ojos azules—. Sé que discutir con un hombre, cuando en su corazón todos los rasguños manan sangre, sólo sirve para ofenderle. ¡Yo lo sé, hermano!

—Conmigo no se puede discutir, ¡yo no sé! —masculló Nikolái, bajando los ojos.

—Yo creo que todos hemos andado descalzos sobre vidrios rotos y todos hemos tenido alguna hora sombría en que hemos respirado como tú ahora —continuó el «jojol».

—¡Tú no puedes decirme nada! —murmuró Vesovschikov—. ¡Mi alma aúlla como un lobo...!

—¡Ni quiero! Pero sé que esto ha de pasar. Puede que no del todo, ¡pero pasará!

Sonrió y, dando a Nikolái una palmada en el hombro, continuó:

—Esto es una enfermedad infantil; una especie de sarampión, hermano. A todos nos ha atacado; a los fuertes, menos; a los débiles, más. Nos domina cuando el hombre se encuentra a sí mismo, pero no ve aún la vida ni su puesto en ella. Le parece a uno que es como el único pepino bueno sobre la tierra y que todos se lo quieren comer. Después, pasa algún tiempo, y ves que si tu alma es un buen bocado, otros pechos encierran almas no peores, y encuentras algún alivio. Y sientes un poco de vergüenza: ¿para qué me habré encaramado al campanario, cuando es tan pequeña mi campana, que no se la oye los días en que repican fuerte? Más tarde, verás que tu

sonido se oye en el coro, pero, en la soledad, las campanas viejas lo sofocan con su potencia, como se ahoga una mosca en aceite. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Puede que lo entienda —dijo Nikolái, moviendo la cabeza—. Sólo que... ¡no lo creo!

El «jojol» se echó a reír, incorporóse de un salto y empezó a dar por la habitación ruidosas zancadas.

—Yo tampoco lo creía. ¡Bah, eres una carreta!

—¿Por qué una carreta? —preguntó Nikolái, con sombría sonrisa, mirando al «jojol».

—¡Porque lo pareces!

De pronto Vesovschikov rompió a reír ruidosamente, abriendo la boca de oreja a oreja.

—¿Qué te pasa? —preguntó el «jojol», asombrado, plantándose frente a él.

—Y yo que pensaba... ¡imbécil será quien te ofenda! —afirmó Nikolái, moviendo la cabeza.

—¿Con qué se me puede ofender a mí? —replicó el «jojol», encogiéndose de hombros.

—¡No sé! —contestó Vesovschikov, sonriendo, entre bondadoso y condescendiente—. Yo sólo sé que el hombre que te insultara se quedaría después muy avergonzado.

—¡Mira a dónde has ido a parar! —dijo riendo el «jojol».

—¡Andriusha! —llamó la madre desde la cocina.

Andréi fue allá.

Una vez solo, Vesovschikov echó una mirada en derredor, estiró la pierna, calzada con pesada bota alta, la miró, se inclinó, palpóse el muslo con ambas manos y, alzando una de ellas hasta la cara, examinó atentamente la palma; luego, la volvió del revés. La mano era gorda, de cortos dedos, cubierta de amarillo vello. La agitó en el aire y se levantó,

Cuando Andréi volvió con el samovar, Vesovschikov, que estaba en pie ante el espejo, le recibió con estas palabras:

—Hacía tiempo que no me había visto la cara...

Sonrióse y, moviendo la cabeza, añadió:

—¡Vaya una cara que tengo!

—¿Y por qué te importa eso? —preguntó Andréi, mirándole con curiosidad.

—Verás, Sáshenka dice que la cara es el espejo del alma —repuso lentamente Nikolái.

—¡No es cierto! —exclamó el «jojol»—. Ella tiene la nariz ganchuda, los pómulos como tijeras, y sin embargo, su alma es como una estrella.

Vesovschikov le miró y sonrióse. Se sentaron a tomar el té.

Vesovschikov cogió una patata gorda, echó abundante sal en un trozo de pan y empezó a masticar despacio, con el sosiego de un buey.

—¿Qué tal van por aquí las cosas? —preguntó con la boca llena.

Y cuando Andréi empezó a contarle alegremente el auge de la propaganda en la fábrica, de nuevo sombrío, observó:

—¡Todo eso es muy largo! Es menester más rapidez...

La madre le miró y en su pecho agitóse en silencio un sentimiento hostil hacia aquel hombre.

—La vida no es un caballo, ¡y no se la puede hacer avanzar a latigazos! —replicó Andréi.

Vesovschikov movió la cabeza con obstinación,

—¡Es largo! ¡No me alcanza la paciencia! ¿Qué voy a hacer?

Mirando al «jojol» a la cara, abrió los brazos con ademán de impotencia y quedó callado, en espera de una respuesta.

—Todos tenemos que aprender y enseñar a los demás, ¡ésa es nuestra misión! —repuso Andréi, bajando la cabeza...

Vesovschikov preguntó:

—¿Y cuándo vamos a pelear?

—Antes nos darán de golpes más de una vez, ¡eso lo sé! —contestó el «jojol» sonriendo—. ¡Lo que no sé es cuándo tendremos que luchar! Mira, primero hay que armar la cabeza, y después, las manos; ésta es mi opinión...

Nikolái empezó de nuevo a comer. La madre, de reojo, sin que él lo notara, examinaba su ancho rostro, tratando de encontrar en él algo que la reconciliase con la maciza y cuadrada figura de Vesovschikov.

Y al tropezar con la mirada penetrante de sus ojillos, movía las cejas con timidez. Andréi parecía intranquilo; tan pronto se soltaba a hablar como rompía a reír y, cortando de pronto su discurso, empezaba a silbar.

La madre creía comprender su inquietud. Nikolái seguía sentado en silencio, y cuando el «jojol» le preguntaba algo, contestaba brevemente, con visible desgana.

Los dos moradores del cuartito se sentían a disgusto, sin aire suficiente, estrechos, y tanto uno como otro lanzaban alternativamente miradas al huésped. Por fin éste se levantó y dijo:

—Quisiera acostarme. Me pasé encerrado mucho tiempo, de pronto me soltaron y eché a andar. Estoy cansado.

Nikolái se marchó a la cocina, removióse allí un poco, y cuando se hizo un repentino silencio, como si se hubiera muerto, la madre, aguzando el oído, cuchicheó a Andréi:

—¡Piensa cosas terribles...!

—¡Es un muchacho difícil! —asintió el «jojol», moviendo la cabeza—. Pero... ¡se le pasará! A mí también me ocurría lo mismo. Cuando el corazón no arde con llama clara, se acumula dentro mucho hollín. Bueno, madrecita, acuéstese, yo me quedaré un rato a leer.

Se fue ella al rincón donde había una cama, oculta por unas cortinillas de percal, y Andréi, sentado a la mesa, estuvo escuchando durante largo rato el cálido susurro de sus oraciones y suspiros. Mientras volvía con rapidez las hojas del libro, se enjugaba excitado la frente, se retorcía los bigotes con sus largos dedos y movía las piernas. Sonaba el péndulo del reloj; tras la ventana, suspiraba el viento.

Oyóse la tenue voz de la madre:

—¡Oh, Señor! ¡Cuánta gente hay en el mundo y cada uno gime a su manera! ¿Dónde estarán los felices?

—¡Los hay ya, los hay! Y pronto habrá muchos, ¡muchos! —replicó el «jojol».

XXI

La vida fluía rápida; sucedíanse los días, diversos, siempre distintos. Cada uno de ellos traía consigo algo nuevo, que ya no inquietaba a la madre. Por las noches, cada vez con mayor frecuencia, se presentaban desconocidos; conversaban con Andréi a media voz, preocupados, y ya a horas avanzadas se marchaban, hundiéndose en la oscuridad, con los cuellos subidos, los gorros encasquetados hasta los ojos, cautelosos, sin hacer ruido. Se percibía en cada uno de ellos una excitación contenida; parecía que todos querían cantar y reír, pero que les faltaba tiempo para ello, siempre tenían prisa. Unos, irónicos y graves; otros, alegres, radiantes de fuerza juvenil; otros, silenciosos y pensativos; pero todos, a los ojos de la madre, tenían algo semejante, tenaz, seguro, y aunque cada uno poseía su rostro peculiar, para ella fundíanse todos en uno solo: flaco, tranquilo, resuelto; rostro claro, con la mirada profunda, acariciadora y severa, de unos ojos oscuros, como la de Cristo camino de Emaús.

La madre los contaba, agolpándolos mentalmente en torno a Pável, y en aquella multitud él se volvía inadvertido a los ojos de los enemigos.

Una vez llegó de la ciudad una muchacha avispada, de pelo rizoso, que trajo un envoltorio para Andréi, y al marcharse, dijo a Vlásova, relucientes los ojos de alegría:

—¡Hasta la vista, camarada!

—¡Hasta la vista! —respondió la madre, conteniendo una sonrisa.

Y después de haber acompañado a la muchacha hasta la puerta, se acercó a la ventana y quedóse mirando, sonriendo, cómo andaba por la calle su «camarada»: iba saltarina con sus pequeños pies, lozana como una flor de primavera y alada como una mariposa.

—¡Camarada! —dijo la madre cuando la joven hubo desaparecido—. ¡Ay, queridita! ¡Que Dios te dé un camarada honrado, para toda tu vida!

Había notado con frecuencia en todos los que venían de la ciudad un algo infantil, y sonreía condescendiente; pero la llenaba de gozosa admiración, conmoviéndola, su fe, cuya profundidad percibía con nitidez cada vez mayor. Sus sueños sobre el triunfo de la justicia la confortaban acariciadores, y al oír hablar de ellos, suspiraba sin querer, con una pena ignota. Pero lo que más la conmovía era su sencillez, su bella y generosa despreocupación por sí mismos.

Entendía ya muchas cosas de lo que ellos decían acerca de la vida; se daba cuenta de que habían descubierto la verdadera fuente de la desdicha de todos los seres humanos y habíase acostumbrado a aceptar sus ideas. Pero en el fondo de su alma no creía que pudieran transformar la vida a su manera ni que tuvieran fuerzas suficientes para atraer con su fuego a todo el pueblo trabajador. Cada cual quería estar harto hoy, y nadie deseaba dejar la comida, ni siquiera para mañana, si es que podía comérsela en seguida. Pocos serían los que emprendiesen aquel lejano y duro camino, pocos ojos verían, a su término, el reino legendario de la fraternidad de los hombres. Por eso todas aquellas buenas gentes, a pesar de sus barbas y de sus rostros cansados, le parecían niños.

«¡Queridos míos!», pensaba, moviendo la cabeza.

Pero todos ellos llevaban ya una vida buena, seria y sensata, hablaban del bien, y, deseosos de enseñar a las gentes lo que ellos sabían, lo hacían sin regatear esfuerzos. Ella comprendía que se podía amar una existencia así, a pesar del peligro que entrañaba, y suspirando, miraba hacia atrás, donde, como una franja estrecha y sombría, extendíase monótono su pasado. Sin advertirlo, iba adquiriendo la serena conciencia de que era necesaria para aquella vida nueva; antes no se había sentido jamás útil para nadie, pero ahora veía ya con claridad que era necesaria para muchos, sensación nueva y grata que le hacía erguir la cabeza...

Llevaba las hojas a la fábrica con puntualidad, pues consideraba eso como una obligación suya, y los policías, acostumbrados a verla, no reparaban ya en ella. Varias veces la habían registrado, pero siempre al día siguiente de haber aparecido las hojas en la fábrica. Cuando no llevaba encima nada comprometedor, sabía despertar

las sospechas de agentes y vigilantes, que la paraban y le hacían un registro. Ella fingíase ofendida, discutía con ellos y, después de reprocharles la acción, se marchaba orgullosa de su habilidad. Le gustaba aquel juego.

A Vesovschikov no le volvieron a admitir en la fábrica, y entró a trabajar en casa de un negociante en madera; transportaba por el arrabal cargamentos de vigas, leña y tablas. La madre le veía casi a diario. Afianzando fuertemente los cascos en tierra, temblonas las patas en tensión, avanzaba un par de caballos negros. Ambos eran viejos y huesudos, movían la cabeza, tristes, cansinos, y sus ojos vidriosos parpadeaban de fatiga. Tras ellos se extendía una viga larga, trepidante y húmeda, o un montón de tablas, cuyos extremos entrechocaban con estrépito, y al lado, sosteniendo las flojas riendas, sucio, harapiento, con sus pesadas botas altas y el gorro echado sobre la nuca, caminaba Nikolái, torpón y macizo, como un tronco arrancado de la tierra. También iba moviendo la cabeza y mirándose a los pies. Sus caballos atropellaban ciegos a los carros que venían en dirección contraria y a la gente, y a su alrededor zumbaban como zánganos los irritados denuestos y cortaban el aire los furiosos gritos. Él, sin levantar la cabeza ni contestar, seguía su camino, lanzando estridentes, ensordecedores silbidos, gruñendo con voz sorda a las caballerías:

—¡Anda, arre!

Cada vez que los compañeros se reunían en casa de Andréi para leer un folleto o el último número de algún periódico editado en el extranjero, acudía Nikolái; sentábase en un rincón y se estaba escuchando una hora o dos sin proferir palabra. Terminada la lectura, los jóvenes discutían durante largo rato, pero Vesovschikov nunca tomaba parte en sus discusiones; era el último que se iba, y ya a solas con Andréi, hacíale una pregunta sombría:

—¿Quién es el más culpable de todos?

—El culpable, ¿sabes?, fue el primero que dijo: esto es mío. Ese hombre murió hace algunos miles de años y no vale la pena enfadarse con él —decía el «jojol» bromeando, mas sus ojos miraban intranquilos.

—Pero, ¿y los ricos? ¿Y los que están con ellos?

El «jojol» se cogía la cabeza con las manos; luego, se tiraba de las guías del bigote y hablaba largo y tendido, con palabras sencillas, de la vida de la gente. Pero, según él, resultaba que eran culpables todos en general, lo que no satisfacía a Nikolái. Apretando fuertemente sus gruesos labios, denegando con la cabeza, declaraba incrédulo que aquello no era así, y marchábase descontento, tristón...

Una vez dijo:

—¡No...! Culpables tiene que haberlos... ¡Están aquí! Yo te digo que tendremos que volver a roturar nuestra vida sin piedad, como si fuera un campo cubierto de maleza.

—¡Eso dijo de vosotros, una vez, Isái, el listero! —recordó la madre.

—¿Isái? —preguntó Vesovschikov, luego de permanecer callado unos instantes.

—Sí. ¡Mal sujeto! Espía a todos, pregunta... Ya ha empezado a rondar por nuestra calle y a mirar por nuestras ventanas...

—¿A mirar? —repitió Nikolái.

La madre estaba ya acostada y no le vio la cara, pero comprendió que había dicho algo de más, porque el «jojol», apresuradamente y en tono conciliador, exclamó con viveza:

—¡Que ronde y que mire! Como tiene tiempo libre, ¡por eso se pasea!

—¡No, aguarda! —dijo Nikolái con voz sorda—. ¡Él es el culpable!

—¿Culpable de qué? —preguntó rápidamente el «jojol»—. ¿De ser tonto?

Vesovschikov se marchó sin contestar.

El «jojol» se paseaba lentamente y cansino por la habitación, arrastrando suavemente sus piernas, delgadas como patas de araña. Habíase quitado las botas, como hacía siempre, para no meter ruido y no molestar a Vlásova. Pero ella no dormía, y cuando Nikolái se hubo marchado, dijo alarmada:

—¡Le tengo miedo!

—Sí... —dijo el «jojol», arrastrando la palabra—. Es un muchacho de malas pulgas. No le vuelva usted a hablar de Isái, madrecita; pues, en efecto, el tal Isái espía.

—¡No es de extrañar! Tiene un compadre gendarme —observó la madre.

—¡Nikolái acabará por darle una paliza! —continuó el «jojol» con inquietud—. ¿Ve usted los sentimientos que han imbuido en los de abajo los señores que rigen nuestra vida? Cuando personas como Nikolái tengan conciencia de su posición humillante y pierdan la paciencia, ¿qué ocurrirá? La sangre salpicará hasta el cielo y cubrirá la tierra formando espuma, como el jabón.

—¡Da miedo, Andriusha! —exclamó quedamente la madre.

—¡Si no tragaran moscas, no tendrían que vomitar! —dijo Andréi, después de guardar silencio unos instantes—. Y a pesar de todo, madrecita, cada gota de sangre suya habrá sido lavada de antemano con lagos de lágrimas del pueblo...

Se echó de repente a reír bajito y añadió:

—Es justo, pero... ¡no consuela!

XXII

Un día de fiesta, cuando la madre venía de la tienda, abrió la puerta, y, al pisar el umbral, sintióse inundada de pronto por un gozo semejante a la lluvia cálida del estío: en la habitación se oía la fuerte voz de Pável.

—¡Ahí la tienes! —exclamó el «jojol».

Vio la madre con cuánta rapidez se volvía Pável y cómo se iluminaba su rostro, augurando algo grande para ella.

—Ya está aquí... ¡en casa! —balbució, desconcertada por la sorpresa, y sentóse.

Él se inclinó hacia ella, pálido; en las comisuras de sus ojos brillaban luminosas unas pequeñas lágrimas y los labios le temblaban. Estuvo un instante callado; la madre le miraba, también en silencio.

El «jojol», silbando suavemente, pasó junto a ellos, gacha la cabeza, y salió al patio.

—¡Gracias, madre! —dijo Pável con voz baja y profunda, apretándole la mano con sus dedos trémulos—. ¡Gracias, madre querida!

Alegremente conmovida por la expresión de su rostro y el tono de su voz, ella le acarició los cabellos; conteniendo los latidos del corazón, le dijo muy suavemente:

—¡Bendito sea Dios! ¿Por qué...?

—¡Gracias por ayudar a la gran obra nuestra! —repuso él—. Cuando un hombre puede llamar a su propia madre también madre en espíritu... ¡es una dicha rara!

Ella, en silencio, bebiéndose ávidamente sus palabras con el corazón abierto, contemplaba al hijo: allí estaba ante ella, tan luminoso, tan cercano...

—Yo, madre, me daba cuenta de que muchas cosas te herían en el alma, eran difíciles para ti. Pensaba que nunca llegarías a estar de acuerdo con nosotros, que no aceptarías nuestros pensamientos como tuyos, que te limitarías a sufrir en silencio, como habías sufrido durante toda tu vida. ¡Eso era duro...!

—¡Andriusha me ha hecho comprender muchas cosas! —dijo ella.

—¡Ya me ha hablado de ti! —dijo Pável riendo.

—También Egor. Somos paisanos. Andréi hasta quería enseñarme a leer...

—Y a ti te dio vergüenza y empezaste tú misma a aprender a escondidas, ¿no es eso?

—Entonces, ¡es que me ha estado vigilando! —exclamó confusa. Y, agitada por la alegría desbordante que llenaba su pecho, propuso a Pável—: ¡Vamos a llamarle! Se marchó adrede para no estorbarnos. Él no tiene madre.

—¡Andréi...! —gritó Pável, abriendo la puerta del zaguán—. ¿Dónde estás?

—Aquí... Quiero partir un poco de leña.

—¡Ven acá!

Pero no volvió inmediatamente. Pasado un rato, al entrar en la cocina, declaró, mostrándose atareado por las necesidades caseras:

—Hay que decirle a Nikolái que traiga leña, tenemos poca. ¿Ve usted, madre, cómo está Pável? En lugar de castigar a los rebeldes, el gobierno los engorda...

La madre se echó a reír. Se le oprimía el corazón dulcemente, estaba embriagada de gozo, pero un sentimiento ávido y prudente le infundía ya el deseo de ver al hijo tan tranquilo como de ordinario. Había demasiada dicha en su alma, y deseaba que la primera gran alegría de toda su existencia se le aposentara al instante, para siempre, en el corazón, con la misma vida y fuerza con que había llegado. Y temerosa de que se le aminorase la dicha, se apresuraba a protegerla, como el pajarero que ha atrapado, por casualidad, un ave rara.

—¡Vamos a comer! Tú, Pável, ¿aún no habrás comido nada? —propuso la madre, diligente.

—No. Me enteré ayer por el celador de que habían resuelto ponerme en libertad, y hoy, de la alegría, no he podido comer ni beber nada... La primera persona con quien me he encontrado aquí, ha sido el viejo Sisov —refirió Pável—. Al verme, cruzó la calle para saludarme. Yo le dije: «Tenga usted cuidado conmigo, soy un hombre peligroso, sujeto a la vigilancia de la policía.» «No importa», me respondió. ¿Y sabes lo que me ha preguntado acerca de su sobrino?: «Qué, ¿se ha portado bien Fedor en la cárcel?» «¿Qué quiere decir portarse bien en la cárcel?», repuse. Y él me contestó: «Pues que si no se ha ido de la lengua ni ha hablado algo de más contra los camaradas.» Y cuando le dije que Fedia era una persona honrada e inteligente, se acarició la barba y declaró con orgullo: «Nosotros, los Sisov, ¡no tenemos en nuestra familia gente mala!»

—¡Es un viejo con seso! —dijo el «jojol», moviendo la cabeza—. Hablamos con frecuencia. Es un buen hombre. ¿Dejarán pronto libre a Fedia?

—Creo que soltaran a todos. No tienen más pruebas que las declaraciones de Isái, y él, ¿qué podía decir?

La madre iba y venía contemplando al hijo. Andréi le escuchaba en pie, junto a la ventana, con las manos a la espalda. Pável se paseaba por la habitación. Habíale crecido la barba, que se le rizaba en las mejillas, ensortijada, negra, fina, atenuando el color cetrino de su rostro.

—¡Sentaos! —dijo la madre, poniendo sobre la mesa la comida caliente.

Mientras comían, Andréi estuvo hablando de Ribin. Y cuando terminó, Pável comentó con pena:

—De haber estado yo en casa, no le habría dejado marchar. ¿Qué es lo que lleva consigo? Un gran sentimiento de rebeldía y un lío en la cabeza.

—Bueno —dijo el «jojol» riéndose—. Cuando un hombre ha cumplido ya los cuarenta y ha luchado mucho con las fieras en el interior de su alma, es difícil transformarle...

Se entabló una de aquellas discusiones en que empleaban palabras incomprensibles para la madre. Terminaron de comer y, cada vez con mayor encarnizamiento, continuaron descargando, uno sobre otro, una sonora granizada de palabras doctas. A veces se expresaban con sencillez.

—Nosotros debemos seguir por nuestro camino, ¡sin apartarnos ni un paso de él! —declaró Pável con firmeza.

—Y tropezarnos por el camino con algunas decenas de millones de hombres que nos saldrán al encuentro, como enemigos...

La madre escuchaba y comprendía que a Pável no le gustaban los campesinos, mientras que el «jojol» salía en su defensa, demostrando que también a los mujiks había que enseñarles el bien. Comprendía mejor a Andréi y le parecía que tenía razón, mas cada vez que éste le decía algo a Pável, esperaba ella atenta, con la respiración contenida, la contestación del hijo, para saber en seguida si le había ofendido el «jojol». Pero ellos se gritaban mutuamente, sin ofenderse.

A veces, la madre preguntaba al hijo:

—¿Es así, Pável?

Él contestaba sonriendo:

—¡Así es!

—Usted, señor mío —decía el «jojol» con cariñosa ironía—, ha comido bien, pero ha masticado mal y se le ha atravesado algún trozo en la garganta. ¡Enjuáguese la gargantita!

—¡No digas tonterías! —le aconsejaba Pável.

—¿Yo? ¡Pero si estoy más serio que en un entierro!

La madre se reía bajito, moviendo la cabeza...

XXIII

Se acercaba la primavera e iba derritiéndose la nieve, dejando al descubierto el barro y la carbonilla que yacía en su hondura. Cada día veíase más fango, y todo el arrabal parecía no haberse lavado,

cubierto de harapos. De día, los tejados goteaban, mientras, cansados y sudorosos, exhalaban vaho los grisáceos muros de las casas; de noche, por doquier, blanqueaban tenuemente los carámbanos. En el cielo aparecía el sol cada vez con mayor frecuencia, y los arroyos empezaban a murmurar con fuerza, corriendo hacia el pantano.

Se preparaban para festejar el Primero de Mayo.

En la fábrica y por el arrabal volaban las hojas, explicando la significación de la fiesta, y hasta los jóvenes que no estaban influenciados por la propaganda decían al leerlas:

—¡Hay que organizar eso!

Vesovschikov, sonriendo sombrío, exclamaba:

—¡Ya va siendo hora! ¡Basta de jugar al escondite!

Fedia Masin se regocijaba. Había enflaquecido mucho, y por el nervioso temblor de su habla y movimientos parecía una alondra enjaulada. Iba siempre en compañía de Yákov Sómov, muchacho taciturno, con una seriedad impropia de sus pocos años, que trabajaba ahora en la ciudad. Samóilov, cuyo pelo se había vuelto aún más rojo en la cárcel, Vasili Gúsev, Bukin, Dragúnov y algunos más consideraban que era indispensable proveerse de armas, pero Pável, el «jojol», Sómov y otros discutían con ellos.

Llegaba Egor, siempre cansado, jadeante, bañado en sudor, y decía bromeando:

—El trabajo para cambiar el régimen existente es una gran obra, camaradas; mas, a fin de que se desarrolle con mayor éxito, ¡tengo que comprarme unas botas nuevas! —y enseñaba las que llevaba, completamente rotas y empapadas—. Mis chanclos están también enfermos, con una enfermedad incurable, y todos los días me mojo los pies. No quiero trasladarme al seno de la tierra sin que antes hayamos renegado del mundo viejo de una manera pública y visible, y por eso, rechazando la proposición del camarada Samóilov referente a la manifestación armada, propongo que se me arme a mí con un par de botas fuertes, porque estoy profundamente convencido de que esto será más útil para el triunfo del socialismo... ¡que incluso la más descomunal de las refriegas!

De aquella misma manera gráfica, iba contando a los obreros la historia de cómo en los demas países el pueblo trataba de mejorar su vida. A la madre le gustaba oír sus discursos y sacaba de ellos una impresión extraña; se imaginaba que los más astutos enemigos del pueblo, los que le engañaban con mayor frecuencia y saña, eran unos hombrecillos pequeños, barrigudos, de carota colorada, desvergonzados y codiciosos, taimados y crueles. Cuando bajo el poder de los zares ellos llevaban una vida difícil, azuzaban al pueblo ignorante contra el poder monárquico, pero cuando el pueblo se sublevaba y arrancaba el poder de manos del rey, aquellos hombre-

cillos se lo arrebataban, valiéndose de engaños, y arrojaban de nuevo al pueblo a sus cuchitriles, y si éste discutía con ellos, lo aniquilaban a centenares, a millares.

Una vez, tomando ánimos, la madre desplegó ante Egor aquel cuadro de la vida, creado con sus discursos, y, sonriendo confusa, le preguntó:

—¿Es así, Egor Ivánovich?

Él prorrumpió en carcajadas, poniendo los ojos en blanco mientras se frotaba el pecho con las manos.

—¡Así es en realidad, madrecita! Ha cogido usted por los cuernos al toro de la historia. Sobre este fondo amarillo hay algunos ornamentos, es decir, algunos bordados, pero éstos no cambian la cosa. Precisamente esos hombrecillos gordetes son los principales pecadores y los más venenosos gusanos que se comen al pueblo. Los franceses los han llamado, con acierto, burgueses. Acuérdese, madrecita: burgueses. Ellos nos sacan el jugo, nos mastican y nos devoran.

—Es decir ¿los ricos? —preguntó la madre.

—¡Precisamente! En ello estriba su desgracia. Verá usted, si en la comida de un niño se le pone un poquito de cobre, se retardará el desarrollo de sus huesos y se quedará enano, y si envenenamos a un hombre con oro, su alma se volverá pequeña, mortecina y grisácea, exactamente igual que una pelota de goma de cinco kopeks...

Una vez, hablando de Egor, Pável dijo:

—¿No sabes, Andréi?, las personas que más bromean son aquellas cuyo corazón sufre sin cesar...

El «jojol» guardó silencio y, entornando los ojos, contestó:

—Si fuera verdad lo que dices, toda Rusia estaría muriéndose de risa...

Reapareció Natasha. Había estado también en la cárcel, en otra ciudad, pero esto no la había cambiado nada. La madre observó que, cuando estaba ella delante, el «jojol» se ponía más alegre, gastaba bromas, metíase con todos, pinchándoles con sus inofensivas pullas, provocando en ella una risa alegre. Pero cuando la joven se iba, empezaba él a silbotear melancólico sus interminables canciones y a pasearse por la habitación, arrastrando los pies tristemente.

Con frecuencia acudía Sáshenka, siempre entristecida, siempre con prisas y, sin que se supiera la causa, cada vez más angulosa y brusca.

Una vez, cuando Pável salió al zaguán a acompañarla, no cerraron la puerta tras sí, y la madre oyó una rápida conversación:

—¿Llevará usted la bandera? —preguntó la muchacha en voz baja.

—Sí.

—¿Es cosa decidida?

—Sí. Es mi derecho.

—¿Y otra vez a la cárcel?

Pável guardó silencio.

—¿No podría usted...? —empezó a decir ella, y se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Pável.

—Dejársela a otro...

—¡No! —repuso él en voz alta.

—Piénselo bien. ¡Tiene usted tanta influencia, le quieren a usted tanto...! Usted y Najodka son aquí los primeros; piense todo lo que pueden hacer en libertad. En cambio, por esto le desterrarán, muy lejos, ¡para mucho tiempo!

A la madre le pareció que en la voz de la muchacha se percibían unos sentimientos para ella conocidos: la ansiedad y el temor. Y las palabras de Sáshenka empezaron a caer en su corazón como goterones de agua helada.

—¡No, ya lo he decidido! —dijo Pável—. A eso no renuncio por nada del mundo.

—¿Ni aunque yo se lo ruegue...?

Pável, de pronto, empezó a hablar deprisa y con marcada severidad.

—Usted no debe hablar así. ¡Qué cosas tiene! ¡Usted no debe!

—Yo también soy una persona —dijo ella en voz queda.

—¡Una buena persona! —replicó Pável, también en voz baja, pero de un modo raro, como si le faltase el aliento—. Una persona querida para mí. Y por eso..., por eso mismo, no hay que hablar así...

—¡Adiós! —dijo la muchacha.

Por su taconeo, comprendió la madre que se marchaba andando deprisa, casi corriendo. Pável salió al patio en pos de ella.

Un temor asfixiante y penoso oprimió el pecho de la madre. No comprendía de qué se trataba, pero presentía que ante ella cerníase alguna desgracia.

«¿Qué querrá hacer él?»

Pável volvió en compañía de Andréi; el «jojol» dijo, moviendo la cabeza:

—¡Ay, Isái, Isái! ¿Qué determinación tomamos con él?

—¡Hay que aconsejarle que deje su empresa! —repuso Pável ceñudo.

—Pável, ¿qué quieres hacer? —preguntó la madre, gacha la cabeza.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—El Primero... El Primero de Mayo.

—¡Ah! —exclamó Pável, bajando la voz—. Llevaré nuestra bandera. Iré con ella delante de todos. Por esto, probablemente, me volverán a meter en la cárcel.

Le empezaron a arder los ojos a la madre; una sequedad desagradable le llenó la boca. Él le tomó la mano, la acarició.

—Es necesario, madre, ¡compréndelo!

—¡Si yo no digo nada! —replicó ella, alzando lentamente la cabeza, y cuando sus ojos tropezaron con el brillo tenaz de los del hijo, la volvió a bajar.

Él soltó su mano, lanzó un suspiro y prosiguió, como reconviniéndola:

—Deberías alegrarte, en vez de sentir pena. ¿Cuándo habrá madres que manden con alegría a sus hijos incluso a la muerte...?

—¡Arre, arre! —gruñó el «jojol»—. ¡Arremangándose el caftán, salió al galope nuestro «pan»!

—Pero, ¿es que he dicho algo? —repitió la madre—. Yo no te lo impido. Y si me da lástima de ti, ¡es porque soy madre...!

Él apartóse un poco, y ella le oyó unas palabras duras, punzantes:

—Hay cariños que son un estorbo en la vida...

Estremecióse y, temiendo que él fuese a decir aún algo más que pudiese herirla, exclamó con viveza:

—¡No hables así, Pável! Yo comprendo, no puedes obrar de otra manera, por los camaradas...

—¡No! —repuso él—. Esto lo hago por mí.

Andréi estaba en pie en el umbral; más alto que la puerta, dobladas de un modo extraño las rodillas, parecía encuadrado en su marco; apoyado un hombro en una jamba, asomaba bajo el dintel el otro hombro, el cuello y la cabeza.

—¡Mejor sería que no charlara usted tanto, señor mío! —dijo fijando en la cara de Pável sus ojos saltones, con expresión sombría. Parecía un lagarto oculto en la hendidura de una piedra.

La madre sentía ganas de llorar y, no queriendo que el hijo viera sus lágrimas, murmuró de pronto:

—¡Ay Dios mío! Se me había olvidado...

Y salió al zaguán. Allí, apoyada la cabeza en un rincón, dio rienda suelta a sus lágrimas de agravio; lloraba en silencio, sin ruido, desfalleciéndose, como si con las lágrimas se le fuera la sangre del corazón.

Y a través de la rendija de la mal cerrada puerta, se deslizaban hasta ella los sordos rumores de la discusión.

—¿Tú en qué piensas, es que te gozas en atormentarla? —preguntaba el «jojol».

—¡No tienes derecho a hablarme así! —gritó Pável.

—Buen camarada tuyo sería, si me callara al ver tus piruetas estúpidas de cabra. ¿Por qué le has dicho eso? ¿Lo sabes?

—Hay que hablar siempre con firmeza, ¡y saber decir sí y no!

—¿A ella?

—¡A todos! No quiero amor ni amistad que me encadene, que me sujete...

—¡Vaya un héroe! ¡Límpiate los mocos! Límpiatelos y ve a decirle eso mismo a Sáshenka. A ella hubieras debido hablarle así.

—¡Ya se lo he dicho!

—¿Así? ¡Mientes! A ella le hablaste con voz cariñosa, con ternura... No te oí, ¡pero lo sé! Delante de tu madre das suelta a tu heroísmo... Compréndelo, animal. ¡Tu heroísmo no vale un pito!

Vlásova empezó a enjugarse rápidamente las lágrimas. Temía que el «jojol» ofendiese a Pável, y abrió apresuradamente la puerta; al entrar en la cocina, temblando toda de aflicción y miedo, dijo en voz alta:

—¡Huy, qué frío hace! Y eso que estamos en primavera...

Y mientras, sin objeto alguno, iba quitando en la cocina cosas de en medio; prosiguió, más alto, con ánimo de dominar las amortiguadas voces de la habitación:

—Todo ha cambiado, la gente se ha vuelto más ardiente, y el aire más frío. Antes, por esta época hacía ya un tiempo templado, el cielo estaba sin nubes, con solecillo...

La habitación quedó en silencio. Ella se detuvo, en medio de la cocina, esperando.

—¿Has oído? —sonó la queda pregunta del «jojol»—. ¡Esto hay que comprenderlo, demonio! ¡Tiene mejor corazón que tú!

—¿Queréis té? —preguntó la madre con trémula voz. Y sin aguardar la respuesta, para disimular su turbación, exclamó—: ¿Qué me pasará hoy que estoy helada?

Pável se acercó a ella lentamente. La miró de reojo, con una sonrisa de culpa temblándole en los labios.

—¡Perdóname, madre! —murmuró—. Soy todavía un chiquillo, un imbécil...

—¡No sigas! —gritó la madre con tristeza, estrechando la cabeza del hijo contra su pecho—. ¡No me digas nada! ¡Que el Señor sea contigo, tu vida es cosa tuya! Pero no me hieras en lo más vivo del corazón... ¿Acaso puede una madre no tener lástima? No puede. ¡Todos me dais lástima! ¡Todos sois como algo mío, todos sois buenos! ¿Y quién, si no yo, iba a tener compasión de vosotros...? Tú avanzas, tras de ti van otros, lo han dejado todo, ¡se han puesto en marcha... Pável!

En su pecho palpitaba una idea grande, ardiente. Un alentador sentimiento de gozo, que era a la vez ansiedad y pesar, daba ánimos a su corazón, pero no encontraba palabras para expresarse, y en el martirio de su mudez, agitaba la mano y miraba al hijo a la cara con ojos encendidos de un dolor agudo y luminoso...

—¡Bueno, madrecita! Perdóname, ¡lo veo! —murmuró él, bajando la cabeza; con una sonrisa, la miró un instante y añadió, volviendo la cara turbado, pero contento—: Nunca lo olvidaré. ¡Palabra de honor!

Ella le apartó, y echando una ojeada a la habitación, dijo a Andréi, suplicante y cariñosa:

—¡Andriusha! No le riña. Usted, claro, es mayor que él.

El «jojol», inmóvil, de espaldas a ella, aulló de un modo extraño y cómico:

—¡Hu-u-u-u! ¡Le gritaré! Sí, y además, ¡le pegaré!

Ella se aproximó despacio a él, tendiéndole la mano, y dijo:

—Qué persona tan querida es usted para mí...

El «jojol» volvióse, bajó la cabeza, como un toro al embestir, y, apretadas las manos a la espalda, pasó junto a ella y se fue a la cocina. Desde allí resonó su voz, con burlona hosquedad:

—Vete, Pável, ¡si no quieres que te arranque la cabeza! Esto no me lo crea, madrecita, ¡es una broma! Ahora voy a preparar el samovar. ¡Vaya un carbón que tenemos...! Está húmedo. ¡Maldito sea!

Guardó silencio. Cuando la madre entró en la cocina, estaba sentado en el suelo, soplando para encender el samovar. Sin mirarla, reanudó su perorata:

—¡No tenga usted miedo, que no me lo voy a comer! Soy tierno como un nabo cocido. Y yo... ¡eh, tú, héroe, no escuches...!, ¡también le quiero! Lo que no me gusta es su chaleco. Se ha puesto uno nuevo; ya ve usted, está encantado con él y va sacando la barriga y empujando a todos: ¡Eh, mirad qué chaleco tengo! La prenda es bonita, cierto; pero, ¿a qué dar empujones? ¡Hay ya tan poco sitio...!

Pável preguntó sonriendo:

—¿Vas a seguir gruñendo mucho tiempo? Ya me has echado un buen rapapolvo, ¡ya está bien!

El «jojol», sentado en el suelo, tenía el samovar entre las estiradas piernas y lo contemplaba. La madre, en pie junto a la puerta, permanecía con la mirada fija, cariñosa y triste, en la redonda cabeza y el inclinado cuello de Andréi. Éste, apoyando las manos en el suelo, echó el cuerpo hacia atrás, miró a la madre y al hijo con ojos levemente enrojecidos y, parpadeando, dijo, sin alzar la voz:

—Buenas personas sois, ¡buenas!

Pável inclinóse y le agarró un brazo.

—¡No tires! —dijo el «jojol» sordamente—. Me vas a hacer caer...

—¿A qué avergonzarse? —dijo la madre con tristeza—. Mejor sería que os dierais un abrazo fuerte, bien fuerte.

—¿Quieres? —preguntó Pável.

—¿Por qué no? —contestó el «jojol», levantándose.

Se dieron un apretado abrazo y quedaron inmóviles por un instante, dos cuerpos y una sola alma, encendida en ardiente amistad.

Por el rostro de la madre resbalaban dulcemente las lágrimas, ya leves. Enjugándoselas, dijo turbada:

—A las mujeres les gusta llorar. Lloran de pena, ¡lloran de alegría...!

El «jojol» apartó un poco a Pável con un ligero movimiento y, restregándose también los ojos con la mano, exclamó:

—¡Se acabó! Ya han retozado bastante los terneros; ahora, ¡al asador! ¡Vaya un demonio de carbón! He estado sopla que te sopla y se me han cegado los ojos...

Pável, gacha la cabeza, se sentó junto a la ventana y dijo en voz baja:

—¡No hay que avergonzarse de lágrimas como éstas!

La madre se le acercó y sentóse a su lado. Un alentador sentimiento le arrobaba, cálido y suave, el corazón. Estaba triste, pero, al propio tiempo, llena de placidez y calma.

—Yo recogeré los cacharros; usted, madrecita, ¡quédese ahí sentada! —dijo el «jojol», entrando en la habitación—. Descanse. ¡Bastante la han hecho padecer...!

Y en la habitación resonó potente su cantarina voz:

—¡Qué agradable es sentir un momento de vida verdaderamente humana, como el que acabamos de vivir ahora...!

—¡Cierto! —dijo Pável, volviendo los ojos hacia la madre.

—¡Todo se ha vuelto de otra manera! —replicó ella—. La pena es otra, la alegría es otra...

—¡Y así debe ser! —exclamó el «jojol»—. Porque está naciendo un nuevo corazón, madrecita, ¡un nuevo corazón crece en la vida! El hombre avanza, alumbrando la vida con la luz de la razón, y llama a gritos: ¡Eh, hombres de todos los países, uníos en una sola familia! Y a su llamada, todos los corazones, con sus partículas más sanas, forman otro enorme, fuerte, sonoro como una campana de plata...

La madre apretaba con fuerza los labios, para que no le temblaran, y cerraba los ojos, para contener las lágrimas.

Pável levantó un brazo, iba a decir algo, pero la madre le agarró del otro y, dándole un tirón, susurró:

—¡No le interrumpas...!

—¿Sabéis? —dijo el «jojol», en pie junto a la puerta—. A las gentes les está aún reservado mucho dolor, aún les sacarán mucha sangre, pero todo el dolor y toda mi sangre valen poco para pagar lo que ya poseo en mi pecho, en mi cerebro... Ya soy rico, como una estrella lo es con sus rayos. Todo lo soportaré, lo sufriré todo, ¡por-

que llevo en mí un gozo que nadie ni nada matará nunca! ¡En este gozo está la fuerza!

Estuvieron sentados a la mesa hasta la medianoche, tomando té y hablando cordialmente de la vida, de los hombres, del futuro...

Y cuando un pensamiento estaba claro para la madre, ella, suspirando, tomaba de su pasado cualquier hecho, siempre penoso y grosero, y con aquella piedra arrancada de su corazón afianzaba el pensamiento.

En el cálido torrente de la charla su inquietud se iba derritiendo, sentíase como el día aquel en que su padre le dijera en tono severo:

—¡No hay por qué hacer ascos! Se ha presentado un imbécil que quiere casarse contigo... ¡pues cásate! Todas las mozas se casan, todas las mujeres paren hijos; ¡para todos los padres los hijos son una desgracia! ¿Y tú qué, no eres acaso una persona?

Después de aquellas palabras, ella vio ante sí un sendero fatal que se alargaba interminable en torno a un lugar desierto y sombrío. Y el convencimiento de tener que ir, inevitablemente, por aquel sendero, le llenó el pecho de una calma ciega. Ahora le pasaba lo mismo. Mas, presintiendo la llegada de una nueva desgracia, se decía en su fuero interno, dirigiéndose a alguien: «Toma, ahí tienes.»

Aquello alivió el suave dolor de su corazón, que se estremecía y cantaba en su pecho, como una cuerda tensa.

Y en lo profundo de su alma, turbada por la ansiedad de la espera, oscilaba débilmente, pero sin apagarse, la esperanza de que no se lo quitarían todo, ¡de que no se lo arrancarían! Algo le quedaría...

XXIV

Muy de mañana, cuando apenas acababan de salir Andréi y Pável, Kórsunova llamó alarmada a la ventana y gritó con apresuramiento:

—¡Han matado a Isái! ¡Vamos a verlo...!

La madre se estremeció. Por su mente, como una chispa, pasó fugaz el nombre del asesino.

—¿Quién? —preguntó brevemente, echándose un chal sobre los hombros.

—El asesino no está sentado junto a Isái; le dio el golpe y se marchó —contestó María.

En la calle, prosiguió:

—Ahora empezarán otra vez a escarbar para encontrar al culpable. Menos mal que tus hombres han estado en casa toda la noche; yo soy testigo. Pasé por delante de aquí, después de medianoche, miré por la ventana y vi que todos estabais sentados a la mesa...

—¡Qué cosas tienes, María! ¿Acaso podría pensarse en ellos? —exclamó la madre asustada.

—¿Pues quién le ha matado? ¡De seguro que gente vuestra! —dijo Kórsunova convencida—. Todos saben que él os espiaba...

La madre se detuvo jadeante, llevándose la mano al pecho.

—¿Qué te pasa? ¡No tengas miedo! No le han dado más que su merecido. Vamos de prisa, ¡mira que se lo van a llevar en seguida!

El recuerdo penoso acerca de Vesovschikov hacía estremecer a la madre.

«¡A lo que ha llegado!», pensaba con torpeza.

No lejos de los muros de la fábrica, junto a los escombros de una casa recientemente destruida por un incendio, pisoteando sobre los calcinados restos y levantando nubes de ceniza, se agolpaba una multitud, rumorosa como un enjambre de abejas. Había muchas mujeres, más chiquillos, tenderos, mozos de taberna, agentes de policía y el gendarme Petlin, viejo alto, con rizosa barba plateada y varias medallas en el pecho.

Isái estaba medio tendido en tierra, con la espalda apoyada en una viga ennegrecida por las llamas y la cabeza caída sobre el hombro derecho. Tenía la diestra metida en el bolsillo del pantalón, y los dedos de la izquierda hundidos en la tierra removida.

La madre observó el rostro del muerto, uno de cuyos vidriosos ojos miraba a la gorra, que yacía entre las separadas piernas, como con cansancio; su boca entreabierta estaba contraída en un rictus de asombro; la perilla bermeja sobresalía ladeada. Su cuerpo flaco y su cabeza en punta, de cara pecosa y huesuda, parecían aún más pequeños, comprimidos por la muerte. La madre se santiguó suspirando. En vida le parecía repugnante, pero ahora le inspiraba una tranquila compasión.

—¡No hay sangre! —observó alguien a media voz—. Se conoce que le dieron un puñetazo...

Se oyó una voz, hosca y fuerte:

—Le han tapado la boca a un soplón...

El gendarme se agitó y, apartando con los brazos a las mujeres, preguntó amenazante:

—¿Quién ha dicho eso, eh?

Sus empujones dispersaban a la gente. Algunos se alejaban aprisa. Alguien soltó una risotada sarcástica.

La madre volvió a casa.

«¡Nadie le tiene lástima!», pensaba.

Y ante ella continuaba, como un espectro, la ancha figura de Nikolái; sus ojos alargados miraban fríamente, con crueldad, mientras el brazo derecho se le balanceaba, como si lo tuviera herido...

A la hora de comer, cuando llegaron su hijo y Andréi, ella se apresuró a preguntarles:

—¿Qué? ¿No han detenido a nadie por lo de Isái?

—No se oye nada —replicó el «jojol».

La madre vio que ambos estaban aplanados.

—¿No se habla de Nikolái? —inquirió la madre en voz queda.

La severa mirada del hijo se detuvo en el rostro de ella. Recalcando bien las palabras, le contestó:

—No se habla y ni siquiera sospechan de él. Además, está fuera. Ayer a mediodía se fue al río y aún no ha vuelto. Ya he preguntado por él...

—¡Gracias a Dios! —dijo la madre, suspirando aliviada—. ¡Gracias a Dios!

El «jojol» le echó una mirada y bajó la cabeza.

—Está tendido en tierra —prosiguió la madre pensativa— y tiene en el rostro como una expresión de asombro, y nadie se compadece de él ni le dedica un buen recuerdo... Tan insignificante, tan poquita cosa. Parece un cascote desprendido de alguna parte. Ha caído y está allí, tirado...

Interrumpiendo súbitamente la comida, Pável dejó la cuchara sobre la mesa y exclamó:

—¡No lo comprendo!

—¿El qué? —preguntó el «jojol».

—Matar a una bestia, sólo porque hay que comer, es ya una mala acción. Matar a una fiera, a un animal carnicero... se comprende. Yo mismo podría matar a un hombre que fuese una fiera para sus semejantes. Pero matar a un ser tan lastimoso... ¿Cómo habrá podido alzarse la mano?

El «jojol» se encogió de hombros. Luego dijo:

—Era no menos dañino que una fiera. Matamos al mosquito que nos chupa un poquitín de sangre —añadió.

—Sí, es verdad, pero yo no me refiero a eso... ¡Yo digo que es repugnante!

—¡Qué le vamos a hacer! —replicó Andréi, volviendo a encogerse de hombros.

—¿Podrías tú matar a un ser así? —preguntó Pável pensativo, después de un largo silencio.

El «jojol» le miró con sus redondos ojos, echó después una rápida ojeada a la madre y contestó tristemente, pero con firmeza:

—Por la causa, por los camaradas, puedo hacerlo todo; hasta matar. Aunque fuera a mi propio hijo...

—¡Huy, Andriusha! —exclamó quedamente la madre.

Sonrió él y le dijo:

—¡No hay más remedio! La vida es así...

—Sí... —le apoyó Pável lentamente—. Así es la vida

De pronto, excitado, como obedeciendo a algún impulso interior, Andréi levantóse, agitó los brazos y empezó a decir:

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Hay que odiar a los hombres para que llegue cuanto antes el día en que solamente se les pueda admirar. Hay que aniquilar al que entorpezca el curso de la vida, al que venda a los demás por dinero para comprarse honores y una vida descansada. Si en el camino de la gente honrada se cruza un Judas dispuesto a traicionar, yo sería también Judas si no le aniquilara. ¿Acaso no tengo derecho a hacerlo? Y ellos, nuestros amos, ¿tienen derecho a servirse de soldados y de verdugos, de prostíbulos y de cárceles, de los trabajos forzados y de toda esta inmundicia que protege su seguridad y bienestar? Si llega el momento de empuñar en mis manos su garrote, ¿qué voy a hacer? Lo tomaré, no lo rechazaré. Ellas nos asesinan a docenas, a cientos, y esto me da derecho a levantar el brazo y dejarlo caer sobre la cabeza del enemigo que más se haya acercado a mí y sea más pernicioso que los otros para la causa de mi vida. ¡Así es la vida! Yo voy en contra de eso, yo tampoco lo quiero. Ya sé que la sangre de los enemigos no crea nada, ¡no es fecunda...! La verdad brota con fuerza cuando nuestra sangre riega la tierra como una lluvia torrencial; en cambio, la de ellos está podrida y desaparece sin dejar huella alguna; ¡esto también lo sé! Pero estoy dispuesto a cometer el delito, a matar, si veo que es necesario. Porque yo no hablo más que por mí. Mi pecado morirá conmigo, no será una mancha para el futuro, no mancillará a nadie más que a mí, ¡a nadie más!

Iba y venía por la habitación, agitando las manos ante su rostro, como si cortara algo en el aire, desgajándolo de sí mismo. La madre le miraba con tristeza y ansiedad, percibiendo que algo habíase roto en el interior de Andréi y que él sentía dolor. Los tenebrosos e inquietantes pensamientos sobre el homicidio la habían abandonado; si Vesovschikov no era el asesino, ningún otro camarada de Pável podía haber hecho aquello. Su hijo, cabizbajo, escuchaba al «jojol», que decía con insistencia y recia voz:

—Cuando se va camino adelante, hay que ir incluso contra uno mismo. Hay que saber darlo todo, todo el corazón. Dar la vida, morir por la causa, ¡eso es fácil! Da más, entrega también lo que para ti es más preciado que tu vida, entrégalo; y entonces, brotará vigoroso lo más querido para ti: ¡tu verdad...!

Se detuvo en medio de la habitación, pálido, entornados los ojos, y alzando la mano en actitud de promesa solemne, continuó:

—Lo sé; tiempos vendrán en que los hombres sientan admiración mutua, ¡en que cada cual brille como una estrella ante los ojos de los demás! Habrá en la tierra hombres libres, grandes por su

libertad, que avanzarán con los corazones abiertos; el corazón de cada uno estará limpio de envidia y nadie conocerá el rencor. Entonces la vida no será ya vida, sino culto rendido al hombre; se exaltará su imagen; ¡para los hombres libres serán accesibles todas las alturas! Entonces se vivirá en libertad, con la verdad, para la belleza, y se considerará los mejores a quienes más ampliamente abracen con su corazón al mundo, a quienes lo amen con intensidad mayor; los hombres mejores serán los más libres, ¡en ellos estará la mayor belleza! Grandes serán los hombres de esa vida...

Guardó silencio, irguióse y dijo con voz sonora, plena:

—Pues bien, en nombre de esa vida, estoy dispuesto a todo...

Su cara se estremeció convulsa, y, una tras otra, brotaron de sus ojos lágrimas grandes, pesadas.

Pável alzó la cabeza y, pálido, abriendo mucho los ojos miró al rostro de su camarada; la madre incorporóse un poco en la silla, sintiendo que iba creciendo y se cernía sobre ella una sombría inquietud.

—¿Qué te pasa, Andréi? —preguntó Pável en voz baja.

El «jojol» sacudió la cabeza, tendió el cuerpo hacia adelante, como una cuerda tensa, y dijo, mirando a la madre:

—Yo lo he visto... Sé...

Ella se levantó, acercóse a él impetuosa y le agarró las manos; intentó él desprender la derecha, pero la madre se la sujetó con fuerza, murmurando con ardiente susurro:

—¡Cálmate, hijo mío! Cálmate, querido...

—Esperad —barbotó sordamente el «jojol»—. Yo os diré cómo ha sido...

—¡No, no! —rogó quedamente la madre, fijos en él los ojos anegados en lágrimas—. No es necesario, Andriusha...

Pável se le acercó lentamente, mirando al camarada con ojos húmedos. Estaba pálido y, con risa forzada, le dijo despacio, sin alzar la voz:

—La madre teme que hayas sido tú...

—¡Yo no lo temo! ¡No lo creo! ¡Aunque lo hubiera visto, no lo creería!

—¡Esperad! —prosiguió el «jojol», sin mirarles, moviendo la cabeza y logrando soltar su mano—. No he sido yo, pero hubiera podido evitarlo...

—¡Cállate, Andréi! —dijo Pável.

Y agarrándole la mano con una de las suyas, le puso la otra en el hombro, como queriendo detener el convulso temblor de todo aquel largo cuerpo. Inclinó el «jojol» la cabeza hacia Pável y continuó en voz baja, entrecortada:

—Yo no quería esto, ya lo sabes tú, Pável. Verás lo que pasó: cuando tú te adelantaste y yo me detuve con Dragúnov, Isái asomó por la esquina y se paró un poco aparte. Empezó a mirarnos y a reírse... Dragúnov me dijo: «¿Ves? Ése me está espiando toda la noche. Le voy a ajustar las cuentas.» Y se marchó; yo pensé que a casa... Entonces Isái se acercó a mí...

El «jojol» dio un suspiro.

—Nadie me había insultado de un modo tan soez como lo hizo ese perro.

La madre, en silencio, le tiraba del brazo para acercarle a la mesa, hasta que por fin logró sentarle en una silla. Ella sentóse junto a él, hombro con hombro. Pável estaba en pie ante ellos, pellizcándose la barba con aspecto sombrío.

—Me dijo que la policía nos conoce a todos, que estamos fichados y que nos iban a cazar a todos antes del Primero de Mayo. Yo no le contesté; me reí, pero el corazón me hervía en el pecho. Empezó a decirme que yo era un muchacho inteligente y que no debía seguir por ese camino, que yo haría mejor...

Se detuvo y limpióse el sudor del rostro con la mano izquierda; sus ojos brillaban con seco fulgor.

—¡Ya comprendo! —dijo Pável.

—Me dijo: «¿No sería mejor que te pusieras al servicio de la ley, eh?»

El «jojol» alzó el brazo y blandió en el aire el puño crispado.

—¡La ley! ¡Maldita sea su alma! —masculló Andréi, mordiendo las palabras—. Mejor hubiera sido que me hubiese abofeteado, para mí habría sido menos penoso, y puede que para él también. Pero cuando me escupió en el corazón con su fétida saliva, no me pude contener.

Andréi, de un convulso tirón, soltó su mano de la de Pável, y añadió en voz más sorda, con asco:

—Le di una bofetada y me marché. Oí que, detrás, Dragúnov decía en voz baja: «¡Caíste, pájaro!» Debía estar detrás de la esquina...

Luego de un instante de silencio, el «jojol» prosiguió:

—No me volví, aunque lo presentía... Oí el golpe... Me marché tranquilamente, como si hubiera dado un puntapié a un sapo. Cuando me levanté para ir al trabajo, oí gritar: «¡Han matado a Isái!» No lo creía, pero mi mano estaba agarrotada, la movía con dificultad; no sentía dolor y, sin embargo, era como si se me hubiera quedado más corta.

Lanzó una mirada furtiva a la mano y dijo:

—Seguramente en toda mi vida lograré ya lavarme esta mancha asquerosa.

—Con tal que tu corazón esté limpio, querido mío —replicó quedamente la madre.

—¡No me acuso, no! —dijo con firmeza—. ¡Pero me repugna! No necesitaba yo esto para nada.

—¡No te entiendo bien! —dijo Pável, encogiéndose de hombros—. No le mataste tú, pero aunque así hubiera sido...

—Hermano, ¿y saber que están matando y no impedirlo...?

Pável dijo con firmeza:

—No lo comprendo, en absoluto...

Quedó pensativo un instante y añadió:

—Es decir, lo comprendo, pero no puedo compartir ese sentimiento.

Comenzó a rugir la sirena. Ladeó el «jojol» la cabeza para escuchar el llamamiento autoritario y, estremeciéndose, dijo:

—No voy a trabajar...

—Yo tampoco —replicó Pável.

—Me voy al baño —añadió el «jojol», con una mueca de forzada sonrisa, y luego de recoger apresuradamente, en silencio, todo lo necesario, se marchó sombrío.

La madre le siguió con una mirada compasiva y empezó a decirle al hijo:

—¡Como tú quieras, Pável! Yo sé que es un pecado matar a un hombre, y sin embargo, considero que nadie es culpable. Isái me da lástima, era como un clavo insignificante; le miraba, me acordaba de que me había amenazado con colgarte y no sentía ni rencor contra él ni alegría porque hubiera muerto. Sencillamente, daba lástima. Pero ahora, ni siquiera le tengo compasión...

Guardó silencio, se quedó pensativa y, sonriendo asombrada, prosiguió:

—¡Señor mío Jesucristo...! ¿Oyes, Pável, lo que estoy diciendo?

Pável no debía haberlo oído. Paseando despacio por la habitación, gacha la cabeza, dijo pensativo y sombrío:

—¡Así es la vida! ¿Ves cómo enfrentan a los hombres unos contra otros? Aunque no quieras, ¡golpea! ¿Y a quién? A un hombre tan privado de derechos como tú mismo. Él es aún más desdichado que tú, porque es estúpido. Policías, gendarmes, confidentes; todos ellos son enemigos nuestros, y sin embargo son personas como nosotros. También a ellos les chupan la sangre y tampoco los consideran como a hombres. ¡Hacen igual que con nosotros! Así han puesto a unos enfrente de otros; los han cegado con la estupidez y con el miedo, los han atado de pies y manos, los oprimen, los explotan, los aplastan y los golpean, valiéndose de unos contra otros. Han convertido a los hombres en fusiles, en palos, en piedras, y dicen: «¡Esto es el Estado...!»

Se acercó aún más a la madre.

—¡Esto es un crimen, madre! El más repugnante asesinato de millones de hombres, el asesinato de las almas... ¿Comprendes? Matan las almas... ¿Ves la diferencia entre ellos y nosotros? Ha pegado a un hombre y le da repugnancia, vergüenza, le duele y, lo principal, ¡siente asco! En cambio, ellos matan a miles de hombres con toda tranquilidad, sin compasión, sin que el corazón les tiemble, ¡asesinan con gusto! Y dan muerte a todos y a todo, solamente para conservar la plata, el oro, unos papeluchos insignificantes, toda esa basura miserable que les da el poder sobre los hombres. Piénsalo, esas gentes no se protegen a sí mismas, defendiéndose, con el asesinato, del pueblo, mutilando las almas; no lo hacen por ellos mismos, sino para defender su propiedad. No se protegen por dentro, sino por fuera...

Le tomó las manos, se las apretó e, inclinándose hacia ella, agregó:

—Si sintieras toda esa abominación, toda esa infecta podredumbre, comprenderías nuestra verdad, ¡y verías todo lo grande y luminosa que es...!

La madre se levantó conmovida, henchida de deseo de fundir su corazón con el del hijo, en un solo fuego.

—¡Espera, Pasha, espera! —murmuró jadeante—. ¡La siento, espera!

XXV

Alguien penetró, haciendo ruido, en el zaguán de la casa. Ambos se miraron estremecidos.

La puerta abrióse despacio y entró pesadamente Ribin.

—¡Aquí estoy! —dijo alzando la cabeza y sonriendo—. Todo le tira a nuestro Fomá, tanto la taberna como lo demás. ¡Aquí le tenéis...!

Venía envuelto en una larga zamarra, salpicada de alquitrán, y calzado con «laptis»*; unas manoplas negras le colgaban del cinturón y un gorro peludo cubría su cabeza.

—¿Estáis bien? ¿Ya te soltaron, Pável? Bueno, ¿cómo te va, Nílovna? —dilató los labios en ancha sonrisa, mostrando sus blancos dientes; su voz sonaba más dulcemente que antes; la barba, aún más espesa, le cubría el rostro.

---

* *Laptis:* Especie de abarcas, hechas de corteza de árbol. *(N. de la Edit.)*

La madre, contenta de verle, se acercó a él, le estrechó la manaza negra y, aspirando el olor fuerte y sano del alquitrán, le dijo:

—¡Ah! ¿Eres tú...? ¡Cuánto me alegro...!

Pável se sonreía, observando a Ribin.

—¡Vaya un mujik que está hecho!

Ribin, despojándose calmoso de su abrigo, repuso:

—Sí, de nuevo me he hecho mujik. Mientras que vosotros vais, poco a poco, volviéndoos señores, yo voy hacia atrás... ¡eso es!

Y estirándose su burda camisa, pasó a la habitación, le echó una atenta ojeada y declaró:

—Por lo que veo, no ha aumentado vuestro mobiliario, pero libros hay más, ¡así es! Bueno, contadme, ¿cómo van las cosas?

Se sentó, abrió mucho las piernas, apoyóse en las rodillas con las palmas de las manos, clavó interrogante en Pável sus ojos oscuros y, sonriendo bondadosamente, aguardó la respuesta.

—¡Las cosas marchan bien y deprisa! —le contestó Pável.

—Aramos, sembramos, a alabarnos no acostumbramos y cuando la cosecha recojamos, «braga» haremos y a la bartola nos tumbaremos. ¿No es eso? —salmodió Ribin, chancero.

—¿Cómo le va, Mijaíl Ivánovich? —preguntó Pável, sentándose frente a él.

—¡Psch! Vivo bastante bien. Me quedé en Eguildéievo. ¿Has oído hablar de él? ¡Buen pueblo! Dos ferias al año y más de dos mil habitantes. ¡Gente arisca! Tierra no tienen, la arriendan al señor feudal, ¡mala tierrecilla! Yo entré de bracero en casa de un explotador del pueblo, una sanguijuela; allí hay tantos como moscas en un cadáver. Hacemos alquitrán y carbón. Gano por mi trabajo la cuarta parte que aquí y doblo el espinazo dos veces más, ¡eso es! Somos siete los jornaleros de la sanguijuela. No es mala gente; todos son jóvenes y del lugar, menos yo; todos saben leer y escribir. Hay un tal Efim, tan arriscado, que da miedo.

—¿Y habla usted mucho con ellos? —preguntó Pável animado.

—No callo. Me llevé todos los folletos de aquí, los treinta y cuatro, pero yo me sirvo más de la Biblia; allí hay todo lo que se quiere, es un libro gordo, un libro oficial, publicado por el Sínodo, ¡se puede creer en él!

Le guiñó el ojo a Pável y, sonriendo, continuó:

—Sólo que esto es poco. Vengo en busca de más libros. Hemos llegado dos: Efim y yo; llevábamos alquitrán y hemos dado un rodeo para venir a verte. Aprovisióname de libros antes que llegue Efim. Para él, saber mucho está de sobra...

La madre miraba a Ribin y le parecía que con la chaqueta habíase quitado de encima algo más. Tenía un aspecto menos respetable, y sus ojos miraban astutos, no tan francamente como antes.

—¡Madre! —dijo Pável—. Vaya usted y traiga libros. Allí sabrán lo que tienen que darle. Diga que son para el campo.

—¡Está bien! —respondió la madre—. En cuanto el samovar esté listo, iré.

—¿Tú también has entrado en este asunto, Nílovna? —preguntó Ribin sonriendo—. No está mal. Aficionados a los libros, allí hay muchos. El maestro también les incita a leer; dicen que es un buen muchacho, aunque su padre es pope. Hay también una maestra, a unas siete verstas; mas no quieren actuar con libros prohibidos, es gente que depende del Estado y tienen miedo. Pero yo necesito libros prohibidos, afilados, yo se los deslizaré debajo del brazo... Y si el comisario de policía o el pope se enteran de que son libros prohibidos, ¡se pensarán que son los maestros los que los reparten! Y yo, mientras tanto, me quedaré al margen del asunto...

Contento de su prudencia, enseñó los dientes con alegría.

«¡Mírale! —pensó la madre—. A primera vista parece un oso, y luego resulta un zorro...»

—¿Qué cree usted? —preguntó Pável—. Si sospechan que los maestros son los que reparten libros prohibidos, ¿los meterán en la cárcel por ello?

—Desde luego, ¿y qué? —preguntó Ribin.

—¡Usted ha repartido los libros, y no ellos! Luego usted es el que debe ir a la cárcel...

—¡Qué gracioso! —exclamó Ribin, riéndose y dándose una palmada en la rodilla—. ¿Quién va a pensar en mí? ¿Un simple mujik se va a ocupar de tales cosas? ¿Ocurre eso alguna vez? Los libros son cosa de señores, y a ellos les toca responder...

La madre se daba cuenta de que Pável no comprendía a Ribin, y vio que entornaba los ojos, lo cual era en él indicio de enfado. Dijo con cautela y suavidad:

—Mijaíl Ivánovich quiere hacer las cosas y que otros paguen por él...

—¡Eso es! —asintió Ribin, acariciándose la barba—. Hasta que llegue el momento...

—¡Madre! —replicó secamente Pável—. Si alguno de nosotros, Andréi por ejemplo, hiciera algo, alegando que era obra mía, y a mí me metieran en la cárcel, ¿qué dirías tú?

La madre estremecióse, miró perpleja al hijo y, denegando con la cabeza, respondió:

—¿Cómo se puede obrar así en contra de un camarada?

—¡Ah! —exclamó Ribin—. ¡Ya te comprendo, Pável!

Y guiñando el ojo con socarronería, dijo a la madre:

—Madre, ésta es una cuestión muy delicada.

Y volvió a dirigirse a Pável, en tono aleccionador:

—¡Piensas aún como un novato, hermano! En una causa secreta no hay honor. Tú razona: en primer lugar, se llevará a la cárcel al muchacho a quien le encuentren un libro, y no a los maestros. En segundo lugar, aunque los maestros den libros autorizados, el tema en ellos es el mismo que en los prohibidos, sólo que las palabras son otras y con menos verdad. Luego ellos quieren lo mismo que yo, sólo que van por los vericuetos y yo por la carretera, pero ante las autoridades somos igualmente culpables, ¿no es cierto? Y en tercer lugar, yo no tengo nada que ver con ellos, hermano; el peatón no es camarada del que va a caballo. Con un mujik puede que no hiciera yo lo mismo. Pero ellos... Uno es hijo de un pope, y la otra, hija de un terrateniente; ¿por qué van ellos a sublevar al pueblo? No lo sé. Su manera de pensar es como la de los señores y yo, mujik, no los comprendo. Lo que yo mismo hago, lo comprendo, pero ignoro lo que ellos quieren. Durante miles de años, hubo personas que fueron lindamente señores y despellejaron al mujik, y de repente, se han despertado y se ponen a abrirle los ojos. Yo, hermano, no soy aficionado a los cuentos, y esto es una especie de cuento. De mí están lejos todos los señores. Cuando vas en invierno por el campo y delante de ti se distingue algo vivo, que se mueve, no se puede apreciar qué es: lobo, zorro o simplemente un perro. ¡No se ve! Está lejos.

La madre echó una mirada al hijo. Su rostro estaba triste.

Los ojos de Ribin brillaban con un fulgor sombrío; miraba a Pável, contento de sí mismo, y rascándose excitado la barba con los dedos, continuó:

—No tengo tiempo para finuras. La vida mira severa; en la perrera no es como en el redil, cada jauría ladra a su manera...

—Hay señores —terció la madre, recordando a personas conocidas— que se sacrifican y que, durante toda su vida, sufren en la cárcel por el pueblo...

—¡Con ellos es cuenta aparte, y el respeto, otro! —contestó Ribin—. Cuando el mujik empieza a enriquecerse, al señor quiere parecerse, y cuando el señor se arruina, al mujik se aproxima. Aunque no se quiera, cuando la bolsa está sin blanca, el alma está sin mancha. ¿Recuerdas, Pável? Tú me explicaste que, según vive el hombre, así piensa, y si el obrero dice «sí», el patrón dirá «no», y si el obrero dice «no», el patrón, por su naturaleza de patrón, gritará, indefectiblemente, «sí». Igual pasa con los mujiks y los señores; son de distinta naturaleza. Cuando el mujik está harto, el señor no pega ojo en su cuarto. Claro está que en todas las categorías se encuentran hijos de perra, yo no estoy de acuerdo en defender a todos los mujiks sin excepción...

Se levantó umbrío, fuerte. Tenía ensombrecido el rostro, la barba le temblaba, como si le castañetearan los dientes sin hacer ruido, y prosiguió, bajando la voz:

—Llevaba cinco años errando por esas fábricas, y había ya perdido la costumbre del campo. Llegué allí, y al ver la vida, me dije: ¡yo no podré vivir así! ¿Comprendes? ¡No puedo! Vosotros vivís aquí y no veis aquellas humillaciones. Pero allí el hambre sigue al hombre como la sombra al cuerpo, y no hay esperanza de pan, ¡no la hay! El hambre ha devorado las almas, ha borrado las facciones humanas, la gente no vive, se pudre en una miseria irremediable... Y por todas partes las autoridades acechan, como los cuervos, para ver si te sobra un cacho de pan... Y en cuanto lo ven, te lo arrebatan y te abofetean encima...

Ribin echó una ojeada en derredor; se inclinó hacia Pável, apoyando una mano en la mesa.

—Cuando volví a ver esa vida, me entraron hasta náuseas. Me dije: ¡no podré! Pero me sobrepuse y pensé: «No; no hagas tonterías, muchacho. ¡Aquí me quedo! Yo no os daré pan, pero armaré una que será sonada...» ¡Y la armaré, hermano! Llevo conmigo el ultraje que se hace a la gente y estoy ofendido con la gente misma. Tengo su ultraje clavado en el corazón como un cuchillo, y se me remueve dentro.

Le sudaba la frente; acercóse despacio a Pável y le puso la mano en el hombro. La mano le temblaba.

—¡Préstame ayuda! Dame libros que, cuando se lean, no dejen al hombre tranquilo. Hay que meterles un erizo en el cráneo, ¡un erizo que pinche bien! Di a tus gentes de la ciudad que escriben para vosotros, que escriban también para el campo. Que lo hagan de manera que la aldea humee como la pez ardiendo, ¡para que el pueblo se lance a la lucha a vida o muerte!

Alzó la mano y, recalcando las palabras, dijo con sorda voz:

—La muerte vence a la muerte, ¡eso es! Por tanto, muere para que la gente resucite. Que mueran miles, para que resuciten millones sobre toda la tierra. ¡Eso es! ¡Morir es fácil! ¡El caso es que resuciten! ¡Que las gentes se alcen!

La madre trajo el samovar y miró a Ribin de reojo. Sus palabras, duras y fuertes, la deprimían. Había en él algo que le recordaba al marido; del mismo modo enseñaba los dientes, movía los brazos arremangándose la camisa, llevaba en su interior la misma impaciente rabia, aunque muda. Éste hablaba. Y era menos terrible.

—¡Sí, es necesario! —dijo Pável, sacudiendo la cabeza—. Dadnos hechos y os escribiremos un periódico...

La madre miró al hijo sonriendo, movió la cabeza y, luego de ponerse el abrigo en silencio, salió de la casa.

—¡Hazlo! Te proporcionaremos todo. Escribid con sencillez, ¡para que lo comprendan hasta los terneros! —gritó Ribin.

Abrióse la puerta de la cocina y entró alguien.

—Es Efim —dijo Ribin, echando una ojeada a la cocina—. Pasa, Efim. Aquí tienes a Efim; este hombre se llama Pável, ya te he hablado de él.

Ante Pável estaba en pie, con el gorro entre las manos y mirándole de soslayo con sus ojos grises, un mozo de cara ancha y pelo bermejo, zamarra corta, buena planta y fuerte contextura.

—¡Muy buenas! —dijo con voz algo ronca y, después de estrechar la mano de Pável, se atusó los lisos cabellos con ambas palmas. Echó una mirada a la habitación, e inmediatamente, con lentitud y como de un modo furtivo, se acercó al estante de los libros.

—¡Ya los ha visto! —dijo Ribin, guiñándole el ojo a Pável. Efim volvió la cabeza, le miró y empezó a examinar los libros, diciendo:

—¡Cuántas cosas que leer! Y, seguramente, no tendrá tiempo para leerlas. En el campo hay más tiempo para eso...

—¿Y menos ganas? —preguntó Pável.

—¿Por qué? ¡También hay ganas! —contestó el muchacho, frotándose la barbilla—. La gente ha empezado a removerse la sesera. «Geología», ¿esto qué es?

Pável le explicó.

—¡No lo necesitamos! —dijo el joven, dejando el libro en el estante.

Ribin lanzó un ruidoso suspiro y observó:

—Al mujik no le interesa de dónde surgió la tierra, sino cómo fue a parar a distintas manos y cómo los señores se la arrancaron al pueblo de debajo de los pies. El que gire o se esté quieta, eso no importa; cuélgala aunque sea de una soga, el caso es que llene la andorga; clávala en el cielo, bien arriba, el caso es que llene la barriga...

—«Historia de la esclavitud» —leyó de nuevo Efim, y preguntó a Pável—: ¿Habla de nosotros?

—Sí, ¡y también hay uno sobre los siervos de la gleba! —repuso Pável, entregándole otro libro. Efim lo cogió, le dio vueltas entre las manos y, dejándolo a un lado, sentenció cachazudo:

—¡Esto ya pasó!

—¿Tiene usted tierra? —preguntó Pável.

—¿Yo? ¡Tengo! Somos tres hermanos y tenemos cuatro desiatinas. Arena buena para limpiar el cobre, pero para trigo no vale.

Después de un silencio, continuó:

—Yo me he liberado de la tierra. ¿Para qué sirve? Dar de comer, no da, y ata las manos. Ya hace cuatro años que trabajo de bracero. En otoño iré al servicio. El tío Mijaíl me dice: «¡No vayas! Ahora, mandan a los soldados a apalear al pueblo.» Pero yo pienso ir. Las

tropas, en tiempos de Stepán Razin y en los de Pugachov, también pegaban al pueblo. Hay que acabar con eso. ¿Qué le parece? —preguntó mirando fijamente a Pável.

—¡Ya es hora! —contestó éste, sonriendo—. Sólo que, ¡es difícil! Uno debe saber qué decir a los soldados y cómo decírselo...

—Aprenderemos... ¡y sabremos! —repuso Efim.

—Si los jefes os atrapan, ¡os pueden fusilar! —terminó Pável, mirando con curiosidad a Efim.

—¡No habrá perdón! —asintió tranquilo el muchacho, y se puso de nuevo a examinar los libros.

—¡Bebe té, Efim, pronto tendremos que marcharnos! —observó Ribin.

—¡Ya voy! —contestó el mozo, y volvió a preguntar—: ¿La revolución es un motín?

Llegó Andréi, sudoroso, colorado, sombrío... Sin decir palabra, estrechó la mano de Efim, sentóse junto a Ribin y se quedó mirándole, sonriendo.

—¿Por qué miras con tristeza? —preguntó Ribin, dándole una palmada en la rodilla.

—¡Qué sé yo! —respondió el «jojol».

—¿También obrero? —inquirió Efim, señalando hacia Andréi con la cabeza.

—También —contestó Andréi—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es la primera vez que ve obreros de fábrica —explicó Ribin—. Dice que es una gente particular...

—¿En qué? —preguntó Pável.

Efim miró atentamente a Andréi y dijo:

—Tenéis los huesos agudos. El mujik los tiene más redondos.

—¡El mujik está más firme sobre sus pies que vosotros! —añadió Ribin—. Siente la tierra bajo sus plantas; aunque no le pertenezca, ¡la siente! Pero el hombre de fábrica es como el pájaro: no tiene patria, no tiene hogar; ¡hoy aquí, mañana allá! Ni la mujer le hace tener apego al sitio; en cuanto surge algo... ¡ahí te quedas, querida! ¡Arréglatelas como puedas! Y se marcha en busca de otro lugar mejor. En cambio, el mujik quiere mejorar lo que tiene alrededor, sin moverse del sitio. ¡Ya está aquí la madre!

Efim se acercó a Pável y le preguntó:

—¿Querría usted darme algún libro?

—¡Claro que sí! —accedió Pável de buena gana.

Los ojos del mozo brillaron codiciosos y se apresuró a decir:

—¡Se lo devolveré! Los nuestros acarrean alquitrán, cerca de aquí; ellos se lo traerán.

Ribin, ya con la zamarra puesta y el cinto bien apretado, dijo a Efim:

—¡Vámonos, ya es hora!

—¡Cómo voy a leer! —exclamó Efim, señalando hacia los libros, con una ancha sonrisa.

Cuando se hubieron marchado, Pável, dirigiéndose a Andréi, le dijo con animación:

—¿Has visto qué demonios...?

—Sí —repuso Andréi, arrastrando la afirmación—. Son como un nublado...

—¿Habláis de Mijaíl? —inquirió la madre—. Es como si no hubiera vivido en la fábrica, se ha vuelto un mujik de verdad. ¡Y qué terrible!

—¡Lástima que no hayas estado aquí! —dijo Pável a Andréi, que, sentado a la mesa, miraba sombrío su vaso de té—. ¡Habrías visto el fuego del corazón! ¡Tú que siempre estás hablando de él! Ribin me soltó una andanada que me derribó por tierra, ¡me dejó chafado...! ¡No he sabido devolvérsela! ¡Qué desconfianza hacia los hombres y qué poco valor les concede! Dice bien la madre, ¡ese hombre encierra una fuerza terrible!

—¡Eso ya lo he visto! —dijo con aire sombrío el «jojol»—. ¡Han envenenado a la gente! Cuando se levanten, lo derribarán todo sin distinción. Necesitan la tierra desnuda, y la desnudarán. ¡Lo arrasarán todo!

Hablaba con lentitud y se percibía que estaba pensando en otra cosa. La madre se le acercó con cautela.

—¡Deberías animarte, Andriusha!

—Espere, madrecita querida —replicó Andréi cariñosamente y en voz baja.

Y animándose de pronto, prosiguió, dando un puñetazo en la mesa:

—¡Sí, Pável, el mujik dejará desnuda la tierra, si se levanta sobre sus pies! Lo quemará todo, como después de una peste, para que los vestigios de sus humillaciones sean aventados con las cenizas...

—Y después, ¡se interpondrá en nuestro camino! —observó Pável en voz baja.

—¡Nuestro deber es no permitirlo! ¡Nuestro deber, Pável, es contenerlo! Nosotros estamos más cerca de él que nadie, a nosotros nos creerá, ¡nos seguirá!

—¿Sabes que Ribin nos propone editar un periódico para el campo? —le comunicó Pável.

—¡Y es necesario hacerlo!

Pável sonrió y dijo:

—¡Siento no haber discutido un poco con él!

El «jojol» replicó con calma, frotándose la cabeza:

—¡Ya discutiremos! Tú toca tu caramillo, que quienes no tengan los pies pegados a la tierra, ¡bailarán al son de tu música! Ribin ha

dicho bien que no sentimos la tierra bajo nuestros pies, y así debe ser; por eso somos los llamados a removerla. Cuando la hayamos sacudido una vez, la gente se desgajará de ella, y la sacudiremos otra vez... ¡y otra más!

La madre, sonriendo, dijo:

—Para ti, Andréi, ¡todo es sencillo!

—Claro que sí —repuso el «jojol»—. ¡Sencillo! ¡Como la vida!

Y luego de unos instantes, agregó:

—Voy a dar un paseo por el campo...

—¿Después del baño? Hace mucho viento, ¡te va a dar un aire! —le previno la madre.

—Pues eso es lo que necesito, ¡que me dé el aire! —replicó él.

—¡Mira que te vas a resfriar! —le dijo Pável cariñosamente—. Mejor sería que te acostaras.

—No, ¡me voy!

Sin decir palabra, se puso el abrigo y salió.

—¡Sufre! —observó la madre suspirando.

—Sabes que has hecho bien en hablarle de tú, después de eso... —le dijo Pável.

Ella, mirándole asombrada, contestó:

—¡Pero si ni siquiera me he dado cuenta de cómo ha sido! Es ya tan cercano a mí... no encuentro palabras para expresarlo.

—¡Qué buen corazón tienes, madre! —añadió Pável en voz baja.

—¡Con tal de que pudiera ayudarte a ti y a todos vosotros en algo...! ¡Si pudiera...!

—No tengas miedo. ¡Ya podrás!

Ella rió bajito y dijo:

—Pues eso es lo malo, ¡que yo no sé no tener miedo!

—¡Bueno, madre! ¡No hablemos más! —repuso Pável—. Has de saber que te estoy muy agradecido, mucho.

Ella se marchó a la cocina para no turbarle con sus lágrimas.

El «jojol» volvió ya bien entrada la noche, cansado, y dijo, mientras se acostaba:

—Creo que habré andado más de diez verstas...

—¿Y te encuentras mejor? —preguntó Pável.

—¡Déjame, quiero dormir!

Y guardó silencio como si se hubiera muerto.

Pasado algún tiempo, llegó Vesovschikov, andrajoso, sucio y descontento como siempre.

—¿No has oído quién ha matado a Isái? —preguntó a Pável, andando torpemente por la habitación.

—¡No! —repuso Pável conciso.

—Ha habido un hombre al que no le ha dado asco hacerlo. ¡Y yo que me disponía a estrangularle! Era asunto mío, ¡lo más a propósito para mí!

—¡Déjate de discursos de ese género, Nikolái! —le replicó Pável en tono amistoso.

—Y en realidad, ¿a qué viene eso? —terció cariñosamente la madre—. Tienes el corazón tierno, y te pones a rugir. ¿Por qué lo haces?

En aquel momento le era grato ver a Nikolái, y hasta su rostro, picado de viruelas, le parecía más agraciado.

—¡Yo no sirvo más que para cosas de ese tipo! —dijo Nikolái, encogiéndose de hombros—. Pienso, y vuelvo a pensar: ¿dónde estará mi puesto? ¡No hay sitio para mí! Hace falta hablar con la gente, ¡y yo no sé! Lo veo todo, siento todas las humillaciones humanas, ¡pero no puedo expresarme! ¡Tengo muda el alma!

Se acercó a Pável cabizbajo y, arañando la mesa con los dedos, dijo de un modo infantil, quejumbroso, que no era nada propio de él:

—¡Hermanos, dadme cualquier trabajo penoso! ¡No puedo vivir así, sin hacer nada de provecho! Vosotros estáis dedicados a la causa. Veo cómo progresa, y yo... ¡a un lado! Cargo vigas y tablas, pero, ¿es que se puede vivir para esto? ¡Dadme un trabajo duro!

Pável le tomó de una mano y le atrajo hacia sí.

—¡Te lo daremos...!

Tras el tabique, resonó la voz del «jojol».

—Nikolái, yo te enseñaré a distinguir los caracteres de imprenta y serás uno de nuestros cajistas, ¿quieres?

Nikolái se le acercó diciendo:

—Si me enseñas, yo te regalaré una navaja...

—¡Vete al diablo con tu navaja! —gritó el «jojol» y, de pronto, se echó a reír.

—¡Es una navaja muy buena! — insistió Nikolái. Pável también rió.

Entonces Vesovschikov se detuvo en medio de la habitación y preguntó:

—¿Os estáis burlando de mí?

—¡Claro! —contestó el «jojol», saltando de la cama—. ¿Queréis que vayamos a pasear por el campo? La noche está hermosa, hay luna. ¿Vamos?

—¡Bien! —asintió Pável.

—¡Yo también voy! —declaró Nikolái—. Me gusta cuando te ríes, «jojol».

—¡Y a mí me gusta cuando me ofreces regalos! —contestó el «jojol» sonriendo.

Mientras él se estaba poniendo el abrigo en la cocina, la madre le dijo, refunfuñando:

—Abrígate bien...

Y cuando los tres hubieron salido, ella los estuvo mirando por la ventana; después, dirigió sus ojos a las santas imágenes y suplicó en voz baja:

—¡Ayúdales, Señor...!

XXVI

Corrían raudos los días, uno tras otro, impidiéndole a la madre pensar en el Primero de Mayo. Sólo por las noches, cuando, rendida por el ajetreo ruidoso de la jornada, metíase en la cama, se le oprimía el corazón suavemente:

«¡Ojalá pase pronto...!»

Al amanecer rugía la sirena de la fábrica, Pável y Andréi bebían el té a toda prisa, tomaban un bocado y se marchaban dejando a la madre una multitud de pequeños encargos. Y durante todo el día, ella se revolvía como una ardilla enjaulada; hacía la comida, preparaba una especie de gelatina color lila para imprimir las proclamas y cola para pegarlas, venían algunas personas, le entregaban esquelas para Pável y desaparecían, dejándola contagiada de su excitación.

Casi todas las noches eran pegadas en las vallas hojas llamando a los obreros a festejar el Primero de Mayo; aparecían incluso en las puertas de la jefatura de policía, y se encontraban a diario en la fábrica. Por las mañanas, la policía iba recorriendo el arrabal y, blasfemando, arrancaba de las vallas aquellos papeles color lila; pero a la hora de comer, de nuevo revoloteaban las hojas por las calles, para ir a caer a los pies de los transeúntes. Enviaban agentes de la ciudad, los cuales, apostados en las esquinas, escudriñaban con la mirada a los obreros que, alegres y animados, salían de la fábrica para comer o volvían a ella. A todos les gustaba ver a la policía impotente, y hasta los obreros de más edad se decían unos a otros, riendo:

—¡Hay que ver lo que hacen! ¿Eh?

Por doquier se formaban grupitos de gente que discutía con calor el inquietante llamamiento. La vida hervía; en aquella primavera, se había vuelto más interesante para todos y a todos les traía algo nuevo; a unos, un motivo más de irritación que les hacía maldecir, con rabia, de los sediciosos; a otros, una alarma imprecisa y una vaga esperanza, y a otros, a los menos, el agudo goce de saber que constituían una fuerza capaz de despertar a todos.

Pável y Andréi casi no dormían por las noches, se presentaban en casa momentos antes de tocar la sirena; ambos venían cansados, roncos, pálidos. La madre sabía que organizaban reuniones en el bosque, junto al pantano; tenía noticia de que en torno al arrabal patrullaban destacamentos de policía montada; que los agentes de la

secreta deslizábanse por todas partes, atrapando y cacheando a los obreros cuando iban solos, disolviendo los grupos; a veces, practicaban algunas detenciones. Comprendiendo que también podrían detener cualquier noche a su hijo y a Andréi, casi lo deseaba; parecíale que sería mejor para ellos.

En torno al asesinato del listero se había hecho un silencio extraño. Durante dos días la policía local estuvo interrogando a unas diez personas acerca del asunto; luego, dejó de interesarse por el mismo.

María Kórsunova, en una conversación con la madre, le había dicho, reflejando en sus palabras la opinión de la policía, con la que tenía relaciones amistosas, igual que con todo el mundo:

—¿Cómo se va a encontrar al culpable? Aquella mañana puede que vieran a Isái cien personas; de ellas, noventa, si no más, le habrían abofeteado con gusto. Llevaba siete años haciéndoles trastadas a todos...

El «jojol» cambiaba de aspecto a ojos vista. Tenía demacrado el rostro, abultados los párpados, que le caían sobre los ojos saltones, cerrándoselos a medias. Dos finas arrugas partían de su nariz para ir a terminar en las comisuras de los labios. Hablaba ya menos de las cosas y asuntos de la vida corriente, pero, cada vez con mayor frecuencia, se enardecía arrebatado por un entusiasmo que embriagaba también a todos sus oyentes; hablaba del futuro, de la fiesta, luminosa y magnífica, del triunfo de la libertad y la razón.

Cuando el asunto de la muerte de Isái se sumió por completo en el olvido, dijo una vez, sonriendo, en tono desdeñoso y triste:

—Nuestros enemigos no sólo no aprecian al pueblo; tampoco tienen en estima a quienes azuzan, como perros, contra nosotros. No les da lástima de su fiel Judas, sino de sus monedas de plata...

—¡Basta ya de eso, Andréi! —dijo Pável con firmeza.

La madre añadió quedamente:

—Tropezaron con un tronco podrido, ¡y se deshizo en polvo!

—Es justo, ¡pero no consuela! —replicó el «jojol» con aire sombrío.

Solía decir con frecuencia aquellas palabras, que adquirían en sus labios un sentido especial, amargo y cáustico, que lo abarcaba todo...

... Y al fin llegó el día aquel: el Primero de Mayo.

Rugió la sirena, exigente y autoritaria, igual que siempre. La madre, que no había podido pegar ojo en toda la noche, se tiró de la cama, encendió el samovar, preparado desde la víspera, y se disponía ya a llamar, como de costumbre, a la puerta del hijo y de Andréi, cuando reflexionó, hizo un gesto de desaliento, sentóse junto a la ventana y apoyó la mejilla en la mano, como si le doliesen las muelas.

Por el cielo, de un azul pálido, bogaban con rapidez bandadas de ligeras nubecillas rosáceas y blancas, semejando grandes pájaros que volaran asustados por el sonoro rugido del vapor. La madre miraba a las nubes y prestaba atención a sí misma. Tenía la cabeza pesada, los ojos hinchados y secos por el desvelo de la noche. En su pecho reinaba una calma extraña, su corazón latía acompasado y pensó en las cosas de la vida diaria...

«He puesto demasiado temprano el samovar, ¡el agua ya está hirviendo! ¡Que duerman hoy un poco más! Están rendidos los dos...»

Un rayo de sol matinal atravesó la ventana, jugueteando alegremente; ella le ofreció la mano, y cuando, luminoso, se le posó en los dedos, lo acarició suavemente con la otra mano con sonrisa pensativa y cariñosa. Luego, se levantó, quitó el tubo al samovar, procurando no hacer ruido, se lavó y se puso a rezar, santiguándose con fervor y moviendo los labios en silencio. Tenía iluminado el rostro, y su ceja derecha unas veces se alzaba lentamente; otras, descendía de pronto...

La segunda llamada de la sirena vibró con menos fuerza, sin tanta seguridad, con un temblor en el sonido empañado y espeso. A la madre le pareció que rugía más tiempo que de ordinario.

En la habitación se oyó la voz recia y clara del «jojol»:

—¡Pável! ¿Oyes?

Uno de ellos golpeó el suelo con los pies descalzos y bostezó con fruición...

—¡El samovar está listo! —gritó la madre.

—¡Ya nos estamos levantando! —contestó Pável alegremente.

—Sale el sol —dijo el «jojol»—. Se van las nubes. ¡Hoy están de más!

Y entró en la cocina, desgreñado, entumecido aún por el sueño, pero alegre.

—¡Buenos días, madrecita! ¿Qué tal ha dormido?

La madre se acercó a él y le dijo en voz baja:

—¡Andréi, hijo, ve a su lado!

—¡Naturalmente! —murmuró él—. Mientras estemos juntos, iremos a todas partes el uno al lado del otro, ¡sépalo usted!

—¿Qué estáis cuchicheando ahí? —preguntó Pável.

—Nada, Pável.

—Me está diciendo que me lave bien, porque las muchachas nos van a mirar —contestó el «jojol», saliendo al zaguán a lavarse.

—«¡Levántate, arriba, pueblo trabajador!» —tarareó Pável.

El día se iba haciendo cada vez más claro y disipábanse las nubes al empuje del viento. La madre preparaba la mesa para tomar el té y movía la cabeza, pensando en lo raro que era todo aquello: «Los dos bromean, se ríen esta mañana, y al mediodía, ¡quién sabe

lo que les esperará!» Y ella misma, sin saber por qué, sentíase tranquila, casi alegre.

Estuvieron bebiendo el té largo rato, tratando de acortar la espera. Pável, como de ordinario, removía con la cucharilla, lenta y minuciosamente, el azúcar del vaso, espolvoreó con cuidado un poco de sal en el pan, en un cantero, su trozo preferido, El «jojol» movía los pies debajo de la mesa, nunca podía ponerlos, de una vez, de una manera cómoda, y mirando cómo se deslizaba por el techo y la pared un rayo de sol, reflejado por su vaso, dijo:

—Cuando yo era un chiquillo de unos diez años, me entraron ganas de apresar el sol en un vaso. Cogí el vaso, me acerqué furtivamente a la pared y, ¡zas!, lo estampé contra ella. Me hice un corte en la mano y me pegaron. Después, salí al patio y vi el sol que se reflejaba en un charco, y empecé a chapotear en él con los pies. Me salpiqué todo de barro y me volvieron a pegar... ¿Qué hacer? Empecé a gritarle al sol: «¡No me duele, diablo pelirrojo, no me duele!» Y le sacaba la lengua. Eso me consolaba.

—¿Por qué te parecía pelirrojo? —le preguntó Pável riéndose.

—Porque enfrente de nuestra casa vivía un herrero de cara rubicunda y barba pelirroja. Era un buen hombre, alegre, y a mí se me figuraba que el sol se le parecía.

La madre perdió la paciencia y dijo:

—¡Mejor sería que hablarais de cómo vais a ir!

—Cuando se habla de lo que ya está resuelto, no se hace más que embarullar las cosas —le repuso el «jojol» con dulzura—. En caso de que nos detengan a todos, madrecita, vendrá Nikolái Ivánovich y le dirá lo que hay que hacer.

—¡Bueno! —dijo la madre suspirando.

—¡Deberíamos salir a la calle! —dijo Pável soñador.

—No, por ahora, ¡mejor será estarse en casa! —replicó Andréi—. ¿Para qué hacerse ver de la policía? ¡Ya te conocen bastante bien!

Acudió Fedia Masin, radiante, con unas manchas rojas en las mejillas. Lleno de emoción y de gozo, hizo más llevadera la espera.

—¡Ya ha empezado! —anunció—. La gente se mueve. Salen a la calle, dispuestos a todo. A las puertas de la fábrica están constantemente Vesovschikov, Vasia Gúsev y Samóilov, pronunciando discursos. Muchos obreros se han vuelto a sus casas. ¡Vamos, ya es hora! ¡Ya han dado las diez!

—¡Yo me voy! —dijo Pável con decisión.

—Ya veréis —prometió Fedia—, después del almuerzo, ¡se levantará toda la fábrica!

Y salió corriendo.

—Arde como un cirio al viento —musitó la madre, viéndole marchar; levantóse y entró en la cocina, donde empezó a ponerse el abrigo.

—¿Adónde va, madrecita?

—Con vosotros —contestó ella.

Andréi, tirándose de las guías del bigote, echó una ojeada a Pável. Éste, con rápido ademán, se alisó los cabellos y fue hacia ella.

—Madre, yo no te diré nada... Y tú, ¡no me digas nada tampoco! ¿De acuerdo?

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Sea como queréis! —balbució ella.

XXVII

Cuando salió a la calle y oyó en el aire el rumor de las voces humanas, inquietas y expectantes; cuando vio por todas partes, en las ventanas y a las puertas de las casas, grupos de gentes que seguían a su hijo y a Andréi con miradas de curiosidad, se le nublaron los ojos y ante ellos empezó a girar una mancha, cambiante de color, tan pronto de un verde transparente, como de un gris opaco.

Saludaban a los jóvenes, y en los saludos había algo especial. Su oído percibía observaciones sueltas, hechas a media voz.

—¡Ahí van los cabecillas!

—No sabemos quién dirige esto...

—¡Pero si yo no digo nada malo...!

En otro sitio, salió de un patio un grito de irritación.

—¡Si los agarra la policía, están perdidos...!

—¡No sería la primera vez!

Una voz exasperada de mujer voló medrosa desde una ventana a la calle:

—¡Vuelve a tus cabales! ¿Eres acaso soltero o qué?

Cuando pasaron junto a la casa del cojo Zosímov —que recibía una pensión mensual de la fábrica por su invalidez—, éste asomó la cabeza por la ventana, chillando:

—¡Pável! ¡Te retorcerán el pescuezo por tus faenas! ¡Te la estás buscando, canalla!

La madre se detuvo estremecida. El grito aquel había despertado en ella un agudo sentimiento de ira. Lanzó una mirada al rostro abotagado y gordo del tullido, y éste metió dentro la cabeza, profiriendo insultos. Apretó ella el paso, dio alcance al hijo y, esforzándose por no quedar rezagada, le siguió de cerca.

Parecía que Pável y Andréi no reparaban en nada, ni oían los gritos que les dirigían. Marchaban tranquilos, sin apresurarse. Les detuvo Mirónov, hombre ya entrado en años, modesto, respetado de todos por su vida austera y limpia.

—¿Usted tampoco trabaja, Danilo Ivánovich? —preguntó Pável.

—Tengo la mujer de parto. ¡Y el día es tan alborotado...! —explicó Mirónov, examinando fijamente a los camaradas, y preguntó en voz baja—: Muchachos, dicen que queréis armar un escándalo al director, que le vais a romper los cristales...

—¿Acaso estamos borrachos? —replicó Pável.

—Vamos a ir simplemente por la calle con banderas y cantando canciones —dijo el «jojol»—. Escuche nuestras canciones, en ellas se expresan nuestras creencias.

—¡Ya conozco yo vuestras creencias! —contestó pensativo Mirónov—. He leído las hojas. ¡Pero cómo, Nílovna! —exclamó sonriendo a la madre con sus ojos inteligentes—. ¿Vas tú también al motín?

—Aunque sea ante la muerte, ¡hay que ir al lado de la verdad!

—¡Qué cosas se ven! —dijo Mirónov—. Al parecer, es cierto lo que andan diciendo de ti: que llevabas a la fábrica libros prohibidos...

—¿Quién dice eso? —preguntó Pável.

—¡Cualquiera sabe...! ¡Lo dicen! Bueno, hasta más ver. ¡Manteneos firmes!

La madre rió bajito. Le resultaba agradable que hablaran así de ella. Pável le dijo sonriendo:

—¡Te veo en la cárcel, madre!

El sol se elevaba cada vez más alto, comunicando su tibieza al animoso frescor del día primaveral. Las nubes bogaban más lentamente; sus sombras se iban haciendo más tenues, más transparentes. Se deslizaban suaves por las calles y por los tejados de las casas, envolvían a las gentes, era como si limpiaran el arrabal, llevándose el barro y el polvo de muros y tejados, y disipando el enojo de las caras. Todo se tornaba más alegre, las voces se hacían más sonoras, ahogando el lejano ruido de las máquinas.

De nuevo, a oídos de la madre, deslizándose y volando desde las ventanas y los patios, llegaban de todas partes palabras de inquietud o de rabia, tristes o alegres, pero ahora sentía deseos de replicar, de agradecer, de explicar, de mezclarse en la vida extrañamente abigarrada de aquel día.

A la vuelta de una esquina, en una angosta callejuela, se había congregado un centenar de personas, y en el fondo de la multitud resonaba la voz de Vesovschikov.

—¡Nos exprimen la sangre como a los arándanos el jugo! —y sus torpes palabras caían sobre las cabezas de la gente.

—¡Es verdad! —contestaron a un tiempo varias voces con sonoro rumor.

—¡Se afana el muchacho! —dijo el «jojol»—. ¡Voy a ayudarle!

Se agachó y, antes de que Pável pudiera sujetarle, incrustó en la multitud, como un sacacorchos en un tapón, su cuerpo largo y ágil. Resonó su armoniosa voz:

—¡Camaradas! Dicen que en la tierra hay diferentes pueblos: hebreos y alemanes, ingleses y tártaros. Pero yo no lo creo. Sólo hay dos pueblos, dos razas irreconciliables: los ricos y los pobres. La gente se viste de diferente manera y su lenguaje también es distinto, pero mirad cómo tratan los ricos, franceses, alemanes o ingleses, al pueblo trabajador, y veréis que todos ellos son lo mismo para el obrero: unos jenízaros. ¡Así revienten todos!

En la multitud, alguien se echó a reír.

—Y si miramos por otro lado, veremos que el obrero francés, como el tártaro y el turco, llevan la misma vida de perros que nosotros, obreros rusos.

A la calle acudía cada vez más gente; unos tras otros, en silencio, estiraban el pescuezo, se empinaban en puntillas y se introducían en la callejuela.

Andréi alzó más la voz.

—En el extranjero, los obreros ya han comprendido esta sencilla verdad y hoy, en el día luminoso del Primero de Mayo...

—¡La policía! —gritó alguien.

Viniendo de la calle, cuatro guardias de a caballo entraron en la callejuela y, agitando las fustas, se lanzaron contra la multitud, gritando:

—¡Disolveos!

La gente, frunciendo el ceño, dejaba de mala gana paso a los caballos. Algunas personas se subieron a las vallas.

—Han montado los cerdos a caballo, y gruñen: «¡Aquí estamos nosotros, los jefes!» —gritó una voz sonora y atrevida.

El «jojol» se había quedado solo en medio de la callejuela. Dos caballos se le vinieron encima, cabeceando. Se apartó a un lado, al tiempo que la madre le agarraba de un brazo y tiraba de él refunfuñando:

—Prometiste estar junto a Pável, ¡y eres el primero en meterte tú solo en el peligro!

—¡Perdón! —dijo el «jojol» sonriendo.

Una fatiga angustiosa, extenuante, se iba apoderando de Nílovna; se alzaba en su interior haciendo que le diese vueltas la cabeza, mientras la pena y la alegría se alternaban, de un modo extraño, en su corazón. Deseaba que sonase cuanto antes la sirena, anunciando la hora del almuerzo.

Llegaron a la plaza, junto a la iglesia. A su alrededor y en el pórtico apiñábanse, en pie o sentadas, unas quinientas personas: alegres jóvenes y chiquillos. La multitud se agitaba, levantaba la cabeza, intranquila, y miraba a lo lejos, en todas direcciones, aguardando

impaciente. Se percibía una exaltación imprecisa; algunos miraban distraídos, otros se hacían los valientes. Murmuraban quedo sofocadas voces de mujeres, los hombres se volvían de espaldas con enfado, de cuando en cuando restallaban blasfemias en voz baja... Un sordo rumor de voces hostiles envolvía a la abigarrada multitud.

—¡Mítenka! —tembló suavemente una voz de mujer—. ¡Ten mucho cuidado!

—¡Déjame! —se oyó en respuesta.

La reposada voz de Sisov se alzó tranquila y persuasiva:

—No, ¡nosotros no debemos abandonar a los jóvenes! Se han vuelto más sensatos que nosotros, ¡viven con mayor audacia! ¿Quién nos defendió en lo del kopek del pantano? ¡Ellos! ¡Hay que tenerlo presente! Por eso los metieron en la cárcel, mientras que todos salimos ganando...

Rugió la sirena, ahogando con su negro sonido las conversaciones de las gentes. La multitud se estremeció, los que estaban sentados se pusieron en pie y, por un momento, todo quedó como petrificado, como al acecho; muchos rostros palidecieron.

—¡Camaradas! —se oyó, sonora y recia, la voz de Pável. Una neblina seca, ardiente, quemó los ojos de la madre, y de un solo impulso de su cuerpo, que había recobrado de pronto las fuerzas, se colocó detrás del hijo. Todos se volvían hacia Pável, rodeándole como las limaduras de hierro al imán.

La madre le miró a la cara y no vio más que sus ojos, orgullosos, audaces, abrasadores...

—¡Camaradas! ¡Hemos decidido declarar abiertamente quiénes somos; hoy levantamos nuestra bandera, la bandera de la razón, de la verdad, de la libertad!

Un asta blanca y larga se elevó en el aire; después inclinóse, cortó a la multitud, se escondió entre ella y, al cabo de un instante, se desplegó sobre las cabezas alzadas de la gente, como un pájaro escarlata, el amplio lienzo de la bandera del pueblo trabajador.

Pável levantó el brazo, vaciló el asta y decenas de manos empuñaron el palo, liso y blanco: entre ellas, la de la madre.

—¡Viva el pueblo trabajador! —gritó Pável.

Centenares de voces le contestaron con un grito sonoro:

—¡Viva el Partido Obrero Socialdemócrata, nuestro partido, camaradas, nuestra patria espiritual!

La multitud hervía. A través de ella, abríanse paso hacia la bandera los que comprendían su significado; junto a Pável se agruparon Masin, Samóilov y los Gúsev. Agachando la cabeza, Nikolái apartaba a la gente, mientras otros jóvenes, de encendidos ojos, a quienes la madre no conocía, la empujaban.

—¡Vivan los obreros de todos los países! —gritó Pável. Con fuerza y alegría crecientes, le contestaba ya el eco de miles de voces que estremecían el alma con su fragor.

La madre cogió la mano de Nikolái y la de alguien más; ahogábanla las lágrimas, pero no lloraba; las piernas le temblaban y, trémulos los labios, decía:

—Queridos míos...

Una ancha sonrisa se extendía por la cara picada de viruelas de Nikolái, que miraba a la bandera y, lanzando inarticulados gritos, tendía la mano hacia ella; de prontó asió con aquella mano a la madre por el cuello, le dio un beso y se echó a reír.

—¡Camaradas! —resonó cantarina y dulce la voz del «jojol», dominando el sordo murmullo de la multitud—. Hemos emprendido ahora un camino penoso en nombre de un dios nuevo, ¡el dios de la luz y de la verdad, el dios de la razón y del bien! Nuestro objetivo final está lejos; las coronas de espinas, cerca. El que no crea en la fuerza de la verdad, el que no tenga valor para defenderla hasta la muerte, el que no confíe en sí mismo y tema los sufrimientos, ¡que se aparte de nuestro lado! Llamamos junto a nosotros a aquellos que tienen fe en nuestra victoria; los que no vean nuestro objetivo, que no vengan con nosotros, a ésos sólo les esperan penas. ¡Formad filas, camaradas! ¡Viva la fiesta de los hombres libres! ¡Viva el Primero de Mayo!

La muchedumbre se hizo más compacta. Pável tremoló la bandera, que se desplegó en el aire y ondeó hacia adelante, iluminada por el sol, que sonreía ancho y rojo...

Arriba los pobres del mundo...

—se alzó la voz sonora de Fedia Masin, y decenas de voces resonaron, haciéndole eco, como una ola blanda y fuerte:

En pie los esclavos sin pan...

La madre, con una sonrisa ardiente en los labios, iba detrás de Masin, y por encima de su cabeza veía a su hijo y a la bandera. A su alrededor aparecían y desaparecían alegres rostros, ojos de diferentes colores; delante de todos iban su hijo y Andréi. Oía sus voces; la de Andréi, velada y suave, se fundía en un solo sonido con la del hijo, pastosa y recia.

Agrupémonos todos en la lucha final...

Y la gente corría al encuentro de la enseña roja, gritaba, se fundía con la multitud, marchaba con ella de vuelta y los gritos se apagaban entre los sonidos de la canción; aquella canción, que cantaban

en casa en voz más baja que otras, fluía en la calle, sin trémolos, recta, con una fuerza terrible. En ella se percibía un valor férreo, llamaba a los hombres a seguir una larga senda hacia el futuro, advirtiéndoles lealmente de las penalidades del camino. En su llama, grande y serena, se fundía la negra escoria de lo sobrevivido, la pesada bola de los sentimientos habituales, y se quemaba, convirtiéndose en cenizas, el maldito temor a lo nuevo...

Una cara, asustada y alegre, oscilaba junto a la madre, y una voz temblorosa exclamó sollozando:

—Mitia, ¿adónde vas?

La madre respondió sin pararse:

—¡Déjele que vaya! ¡No se inquiete! Yo también tenía mucho miedo. El mío va delante de todos. ¡El que lleva la bandera es mi hijo!

—¿Adónde vais, condenados? ¡Allí está la tropa!

Y agarrando de pronto la mano de la madre con la suya huesuda, la mujer, alta y delgada, exclamó:

—¡Ay, querida mía! ¡Cómo cantan! Y Mitia también canta...

—¡No se inquiete! —murmuró la madre—. Esto es una causa sagrada... Piense usted, ¡Jesús mismo no habría existido si los hombres no hubieran muerto por él!

El pensamiento alumbró de pronto en su cabeza y la dejó asombrada por su verdad, clara y sencilla. Miró al rostro de la mujer, que le apretaba el brazo con mucha fuerza, y repitió, con sonrisa de asombro:

—¡No habría existido Cristo, si los hombres no hubieran perecido por él, por la gloria de Dios!

A su lado surgió Sisov. Se quitó el gorro y, moviéndolo al compás de la canción, dijo:

—Ya no se esconden, ¿eh, madre? Han inventado un himno. ¡Y qué himno! ¿Eh, madre? ¡No tienen miedo a nada! Y mi pobre hijo, en la sepultura...

El corazón de la madre latía con demasiada fuerza, y empezó a quedarse rezagada. La empujaron con rapidez a un lado, la apretaron contra una valla, y ante ella una densa ola humana empezó a deslizarse, balanceándose. La muchedumbre era numerosa, y esto le causó gozo.

Arriba los pobres del mundo...

Hubiérase dicho que en el aire cantaba una enorme trompeta de cobre, despertando a los hombres: en un pecho hacía surgir la disposición para el combate; en otro, una vaga alegría, el presentimiento de algo nuevo, una curiosidad ardiente; aquí suscitaba la palpitación de esperanzas inciertas; allá daba salida al cáustico

torrente de odio acumulado en el correr de los años. Todos miraban hacia delante, donde se balanceaba y ondeaba al viento la bandera roja.

—¡Ahí van! —rugió una voz entusiasmada—. ¡Bravo, muchachos!

Y el hombre, sintiendo, al parecer, algo grande, que no podía expresar con las palabras habituales, soltaba terribles juramentos. Pero también el furor, el furor sombrío y ciego del esclavo, silbaba como una serpiente, retorciéndose en iracundas palabras, alarmado e inquieto por la luz que sobre él caía.

—¡Herejes! —gritaron desde una ventana con voz desgarrada, amenazando con el puño crispado.

Y un aullido penetrante, lanzado por alguien, se metió en los oídos de la madre:

—¿Os levantáis contra Su Majestad el emperador, contra Su Majestad el zar?

Ante ella aparecían y desaparecían al instante caras perplejas; hombres y mujeres avanzaban saltando, corría la gente como negra lava arrastrada por aquella canción, cuyos enérgicos sones parecían arrasarlo todo a su paso, desbrozando el camino. Al mirar de lejos a la roja enseña, la madre veía, sin verlo, el rostro del hijo, su bronceada frente y sus ojos, encendidos por el luminoso fuego de la fe.

Ya estaba la madre a la cola de la multitud, entre gentes que caminaban sin apresurarse, que miraban hacia delante con indiferencia, con la fría curiosidad del espectador que conoce de antemano el desenlace de lo que se está representando. Iban andando y hablando con aplomo, sin alzar la voz:

—Hay una compañía junto a la escuela y otra en la fábrica...

—Ha llegado el gobernador...

—¿De veras?

—Yo mismo lo he visto, ¡ha llegado!

Alguien, alegremente, soltó un taco y dijo:

—A pesar de los pesares, ¡empiezan a tenernos miedo! ¡Hasta nos mandan tropas, y al gobernador y todo!

«¡Queridos míos!», palpitó en el corazón de la madre.

Pero las palabras sonaban a su alrededor frías, muertas. Apresuró el andar para alejarse de aquella gente y le fue fácil adelantar su lento y cansino paso.

Y de pronto pareció que la cabeza de la multitud había chocado contra algo, y su cuerpo retrocedió sin detenerse, con sordo rugido de alarma. La canción se estremeció también; luego, se desbordó con mayor rapidez y fuerza. Y de nuevo la densa ola de sonidos bajó, resbaló hacia atrás, las voces del coro iban disminuyendo,

callando una tras otra; se oían acordes aislados, tratando de elevar la canción a su altura primitiva, de darle un impulso hacia adelante:

Arriba los pobres del mundo...
En pie los esclavos sin pan...

Pero en el llamamiento no se percibía la firme certeza de todos, había ya en él un temblor de alarma.

Sin ver nada, sin saber lo que ocurría delante, la madre empujaba a la gente, avanzando rápida; pero en dirección contraria retrocedían: unos con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido, otros sonriendo confusos y otros silbando burlonamente. Miraba ella con tristeza a sus caras, sus ojos inquirían en silencio, suplicaban, llamaban...

—¡Camaradas! —resonó la voz de Pável—. Los soldados son también hombres como nosotros; no nos atacarán. ¿Por qué han de atacarnos? ¿Porque llevamos la verdad, necesaria para todos? Esta verdad es también necesaria para ellos. Todavía no lo comprenden, pero ya se acerca el día en que se pondrán a nuestro lado, en que marcharán, no bajo la bandera del pillaje y del asesinato, sino bajo nuestra bandera de la libertad. Y para que comprendan cuanto antes nuestra verdad, debemos avanzar. ¡Adelante, camaradas! ¡Siempre adelante!

La voz de Pável resonaba firme, las palabras retumbaban en el aire distintas y netas, pero el gentío se iba disolviendo; unos tras otros se apartaban a la derecha o a la izquierda, hacia las casas, arrimábanse a las vallas... La multitud tomó la forma de un triángulo cuyo vértice era Pável, y sobre su cabeza flameaba bermeja la bandera del pueblo trabajador. La multitud se asemejaba a un pájaro negro con las alas ampliamente desplegadas, como al acecho para levantar el vuelo, y Pável era su pico...

XXVIII

Al fondo de la calle, cerrando el acceso a la plaza, vio la madre alzarse un muro gris de gente, toda igual, sin rostro. Sobre sus hombros relucían fría y finamente las agudas franjas de las bayonetas. Y del muro aquel, silencioso e inmóvil, venía hacia los obreros un soplo gélido que oprimía el pecho de la madre y le penetraba en el corazón.

Se deslizó entre la multitud hacia donde se encontraban sus conocidos, que iban delante, junto a la bandera, y se fundían con los desconocidos, como apoyándose en ellos. La madre se pegó a un hombre alto y afeitado. El hombre era tuerto, y para mirarla, volvió bruscamente la cabeza.

—¿Quién eres tú? ¿Qué quieres? —preguntó.

—La madre de Pável Vlásov —contestó ella, sintiendo que le temblaban las piernas y que, sin querer, se le caía el labio inferior.

—¡Ah! —dijo el tuerto.

—¡Camaradas! —gritó la voz de Pável.—. ¡Toda la vida, adelante! ¡No tenemos otro camino!

Todo quedó en silencio, no se percibía el más leve rumor. La bandera irguióse, se balanceó y, flameando soñadora sobre las cabezas de la gente, avanzó leve hacia el muro gris de los soldados. La madre se estremeció, cerró los ojos y lanzó un gemido; sólo cuatro personas se habían destacado de la multitud: Pável, Andréi, Samóilov y Masin.

En el aire tembló lenta la clara voz de Fedia Masin:

Agrupémonos todos...

—entonó.

En la lucha final...

—corearon dos voces pastosas, bajando el tono como dos penosos suspiros. La gente dio unos pasos hacia adelante, golpeando discorde la tierra con los pies. Y fluyó una nueva canción llena de energía y brío:

Y se alcen los pueblos con valor...

—serpenteó como una cinta la voz de Fedia.

Por la Internacional...

—prosiguieron los camaradas, todos a una.

—¡Ah, ah! —gritó alguien, desde un lado, con mordaz sarcasmo—. ¡Ya empezáis a cantar el gorigori, hijos de perra...!

—¡Zumbadle a ése! —restalló colérica una voz.

La madre se llevó ambas manos al pecho, echó una ojeada en derredor y vio que la muchedumbre, que antes llenaba la calle en masa compacta, permanecía indecisa, vacilante, mirando a los que se alejaban de ella con la enseña. Tras ellos iban algunas decenas de personas, y cada paso que avanzaban forzaba a alguno a saltar a un lado, como si el centro del camino estuviera incandescente y quemara las plantas de los pies.

Y la injusticia caerá...

—profetizaba la canción en labios de Fedia.

Y el pueblo se levantará...

—repitió amenazante y con seguridad un coro de potentes voces.

Pero a través de la corriente armoniosa, se infiltraban cuchicheos:

—Está dando la voz de mando...

—¡Descuelguen! —resonó delante un grito brusco.

En el aire se balancearon sinuosas las bayonetas, descendieron y se enderezaron en dirección a la bandera, como si sonrieran astutas.

—¡De frente... marchen!

—¡Avanzan! —dijo el tuerto y, metiéndose las manos en los bolsillos, se apartó a grandes zancadas.

La madre miraba sin pestañear. La ola gris de soldados se puso en movimiento y, extendiéndose a todo lo ancho de la calle, avanzó con frialdad, con paso igual, llevando ante sí un rastrillo de separados dientes de acero que centelleaban con fulgores de plata. A grandes pasos, se situó ella cerca del hijo y vio que Andréi se adelantaba a Pável y le protegía con su largo cuerpo.

—¡A mi lado, camarada! —gritó bruscamente Pável.

Andréi cantaba, con las manos cruzadas a la espalda y la cabeza erguida. Pável le empujó con el hombro y volvió a gritarle:

—¡A mi lado! ¡No tienes derecho a ir delante de la bandera!

—¡Despejen! —gritó con voz aguda un oficialete bajito, blandiendo su rutilante sable. Levantaba mucho las piernas al andar, sin doblar las rodillas, golpeando, marcial, la tierra con los pies. El intenso brillo de sus relucientes botas hirió los ojos de la madre.

A su lado, un poco más atrás, caminaba pesadamente un hombre de elevada estatura, rasuradas mejillas, grandes bigotes blancos, largo capote gris con forro grana y franjas amarillas en los anchos pantalones. Como el «jojol», llevaba las manos a la espalda y, arqueando mucho sus pobladas y blancas cejas, miraba a Pável.

La mirada de la madre lo abarcaba todo; en su pecho permanecía inmóvil un grito, pronto a escapar a cada suspiro; el grito aquel la ahogaba, pero ella lo contenía, apretándose el pecho con las manos.

La empujaban, vacilaba sobre sus piernas, y seguía avanzando, sin pensar, casi sin conocimiento. Sentía que detrás de ella la gente decrecía de continuo, como si una ola de hielo saliera a su encuentro, dispersándola.

Los que llevaban la bandera roja y la cadena compacta de hombres grises se acercaban cada vez más. Distinguíase ya con claridad la cara de los soldados —estrecha franja de un color amarillento

sucio, monstruosamente aplastada, que se extendía a lo ancho de la calle—; en ella, incrustados de un modo desigual, se veían ojos de diferentes colores, y delante centelleaban cruelmente las finas puntas de las bayonetas. Dirigidas contra el pecho de las personas, sin tocarlas aún, hacían que se fueran separando una tras otra de la muchedumbre, disgregándola.

La madre oía ya a sus espaldas las pisadas de los que huían. Voces de desaliento y alarma gritaban:

—¡Dispersaos, muchachos...!

—¡Vlásov, echa a correr!

—¡Atrás, Pável!

—¡Deja la bandera, Pável! —dijo sombrío Vesovschikov—. Dámela, yo la esconderé.

Empuñó el asta y la bandera se tambaleó hacia atrás.

—¡Suelta! —exigió Pável.

Nikolái retiró la mano, como si se hubiera quemado. La canción se apagó. La gente se detuvo, formando en torno a Pável un círculo compacto, pero él se abrió paso hacia adelante. Se hizo un silencio brusco, repentino, como si hubiera bajado invisible de algún sitio y envolviera a los hombres en una nube transparente.

Junto a la bandera había una veintena de hombres, no más, pero todos permanecían firmes, atrayendo a la madre a impulsos de un sentimiento de espanto por su suerte y un deseo impreciso de decirles algo...

—¡Teniente, agárrele usted eso! —resonó la voz sin inflexiones del viejo alto. Y con el brazo extendido señaló la bandera.

El oficialete se puso de un salto junto a Pável. Cogió con su mano el asta y gritó con voz chillona:

—¡Suelta!

—¡Aparte las manos! —dijo Pável con voz enérgica.

La enseña roja temblaba en el aire, inclinándose, ya a la derecha, ya a la izquierda, para enderezarse de nuevo; el oficialillo salió lanzado y fue a caer en tierra, donde quedó sentado. Junto a la madre, con una ligereza impropia de él, se deslizó Nikolái con el brazo extendido ante sí y el puño crispado.

—¡Agarradlos! —rugió el viejo, dando una patada en tierra.

Algunos soldados se abalanzaron impetuosos hacia adelante. Uno de ellos levantó la culata; la bandera vaciló, inclinóse y desapareció entre el puñado gris de soldados.

—¡Ay! —exclamó alguien tristemente.

Y la madre dio un grito salvaje, como un alarido. Pero de entre la turba de soldados le contestó la voz neta de Pável:

—¡Hasta la vista, madre! ¡Hasta la vista, querida...!

«¡Está vivo! ¡Se acuerda de mí!» Ambos pensamientos hicieron latir su corazón con más fuerza.

—¡Hasta la vista, madrecita mía!

Empinándose en puntillas y agitando los brazos, trataba de verlos; sobre las cabezas de los soldados, distinguió el rostro redondo de Andréi, que sonreía y la saludaba.

—¡Queridos míos! ¡Andriusha! ¡Pável...! —gritó ella.

—¡Hasta la vista, camaradas! —gritaron desde la multitud de soldados.

Les contestó un eco reiterado, roto. Respondió desde las ventanas, desde arriba, desde los tejados.

XXIX

La golpearon en el pecho. A través de la bruma que velaba sus ojos, vio ante sí al oficialete; tenía el rostro congestionado, tenso, y le gritó a la madre:

—¡Largo de ahí, mujeruca!

Ella le miró de arriba abajo y vio a sus pies el asta de la bandera, partida en dos; de uno de los trozos colgaba un retazo de tela roja. Inclinándose, lo recogió. El oficial le arrancó el palo de las manos, lo tiró a un lado y vociferó pateando:

—¡Largo de aquí, te digo!

Entre los soldados surgió potente y expandióse la canción:

Arriba los pobres del mundo...

Todo daba vueltas, vacilaba, se estremecía. Vibraba en el aire un ruido denso de alarma semejante al zumbido de los hilos telegráficos. El oficial dio un respingo y chilló con rabia:

—¡Silencio! ¡Dejen de cantar! Sargento Krainov...

La madre, tambaleándose, se acercó al trozo de asta arrojado por el oficial y volvió a recogerlo.

—¡Tápales la boca...!

La canción empezó a embrollarse, tembló, desgarróse y se apagó. Alguien asió a la madre por los hombros, le dio la vuelta y la empujó por la espalda...

—¡Vete, vete...!

—¡Despejen la calle! —mandó el oficial.

Diez pasos más allá la madre distinguió de nuevo una multitud compacta. La gente aullaba, gruñía, silbaba y, retrocediendo lentamente hacia el fondo de la calle, se iba desparramando por los patios.

—¡Vete, diablo! —gritó junto a la misma oreja de la madre un soldado joven y bigotudo, plantándose a su lado, y la arrojó a la acera de un empellón.

Ella echó a andar apoyándose en el asta; se le doblaban las piernas. Para no caerse, se agarraba con la otra mano a las paredes y a las vallas. Delante, retrocedía la gente; junto a ella y detrás, marchaban los soldados, gritando:

—¡Largo, largo...!

Los soldados la adelantaron, ella se detuvo y miró en derredor. Al final de la calle, había también soldados, formando un espaciado cordón que impedía el acceso a la plaza, ya vacía. Delante, movíanse también las figuras grises, avanzando con lentitud hacia la gente...

Quiso ella volver sobre sus pasos, pero inconscientemente siguió de nuevo hacia adelante; al llegar a una callejuela estrecha y desierta, entró en ella.

Detúvose otra vez, lanzó un hondo suspiro y se puso a escuchar. En algún sitio, delante, rugía la muchedumbre.

Apoyada en el asta, siguió andando, fruncidas las cejas, bañada en repentino sudor, moviendo los labios y balanceando el brazo; en su corazón brotaban como chispas las palabras; se inflamaban, apretujábanse, quemándola con el deseo insistente e imperioso de decirlas, de gritar...

La callejuela torcía bruscamente hacia la izquierda, y al doblar la esquina, vio la madre un grupo de gente, grande y compacto; una voz decía fuerte, con energía:

—¡No se lanza uno contra las bayonetas por hacerse el valiente, hermanos!

—¡Cómo se han portado! ¿Eh? Se les venían encima, y ellos... ¡firmes! Firmes, hermanos, sin miedo...

—¡Y qué templado el Pável Vlásov...!

—¿Y el «jojol»?

—Con las manos a la espalda y sonriéndose, el demonio...

—¡Queridos míos! ¡Buena gente! —gritó la madre, penetrando entre la multitud. Ante ella se apartaban con respeto. Alguien dijo riendo:

—¡Mírala, con la bandera! ¡Lleva la bandera en la mano!

—¡Calla! —repuso severa otra voz.

La madre extendió los brazos, con amplio ademán...

—¡Escuchad, en nombre de Cristo! Todos vosotros sois hermanos... todos. Sois hombres de bien... Mirad sin temor... ¿qué es lo que ocurre? Nuestros hijos, nuestra sangre, van por el mundo, marchan en busca de la verdad... ¡para todos! Por vosotros todos, por vuestros pequeños, han emprendido su vía crucis..., buscan unos

días luminosos. Quieren otra vida, donde haya verdad, donde haya justicia... ¡quieren el bien para todos!

El corazón se le desgarraba en el pecho, sentía ahogo, tenía la garganta seca y ardiente. En lo más profundo de su ser nacían palabras de inmenso amor que abrazaban a todos y a todo, y le quemaban la lengua, impulsándola a hablar cada vez con más fuerza y soltura.

Veía que todos la escuchaban callados, percibió que la gente reflexionaba, rodeándola en apretado círculo, y en ella aumentó el deseo —ya completamente claro— de arrastrarlos hacia alla, en pos del hijo, tras Andréi y los demás, a quienes habían abandonado en manos de los soldados, a quienes habían dejado solos.

Recorriendo con la mirada las caras atentas y sombrías que la rodeaban, prosiguió, con dulzura y fuerza:

—Van nuestros hijos por el mundo en busca de la alegría, en beneficio de todos y en nombre de la verdad de Cristo, ¡contra todo aquello de que se valen los malvados, los engañadores, los avarientos, para aprisionarnos, ponernos las cadenas y estrangularnos! ¡Queridos míos! Por el pueblo entero, por todo el mundo, por todos los trabajadores, se ha levantado nuestra sangre joven... No os separéis de ellos, no reneguéis de ellos, no abandonéis a vuestros hijos en un camino solitario. Compadeceos..., tened confianza en los corazones de los hijos; han hecho nacer la verdad y por ella perecen. ¡Tened fe en ellos!

Se le quebró la voz y se tambaleó agotada; alguien la sostuvo por el brazo...

—¡Es Dios el que habla! —gritó una voz sorda y agitada—. ¡Es Dios, buena gente! ¡Escuchadla!

Otro se compadeció de ella:

—¡Cómo sufre!

Le objetaron en tono de reproche:

—No sufre; lo que hace es fustigarnos a nosotros, los imbéciles, ¡compréndelo!

Una voz aguda y trémula se alzó sobre la multitud:

—¡Cristianos! Mitia, mi hijo, un alma pura, ¿qué es lo que ha hecho? Seguir a sus camaradas, ir tras sus camaradas queridos... Tiene razón en lo que dice, ¿por qué abandonamos a nuestros hijos? ¿Qué mal nos han hecho?

Aquellas palabras hicieron temblar a la madre, y las contestó con dulces lágrimas.

—¡Vete a casa, Nílovna! ¡Anda, madre! ¡Estás deshecha! —dijo en voz alta Sisov.

Estaba pálido, tenía la barba revuelta y temblorosa. De pronto frunció el ceño, envolvió a todos en una mirada severa, irguióse y dijo con voz clara:

—Mi hijo Matvéi murió aplastado en la fábrica, ya lo sabéis. Pero si viviera, yo mismo le habría mandado con ellos, yo mismo le habría dicho: «¡Anda, ve tú también, Matvéi! ¡Ve, ésta es una causa justa, una causa honrada!»

Se interrumpió, guardó silencio y todos callaron sombríos, dominados por algo inmenso, nuevo, pero que ya no les asustaba. Sisov alzó la mano, la agitó en el aire y prosiguió:

—Os habla un viejo, ¡todos me conocéis! Treinta y nueve años llevo trabajando aquí, hace cincuenta y tres que vivo en la tierra... A mi sobrino, un mozo honrado, inteligente, se lo han vuelto a llevar hoy. Iba también delante, al lado de Vlásov, junto a la bandera...

Dejó caer el brazo, se le crispó la cara y, tomando la mano de la madre, continuó:

—Esta mujer ha dicho la verdad. Nuestros hijos quieren vivir con honra, según la razón, y nosotros los hemos abandonado, ¡nos hemos ido, sí! ¡Vuélvete a casa, Nílovna...!

—¡Queridos míos! —dijo la madre, mirando a todos con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Para nuestros hijos es la vida; para ellos, la tierra...!

—¡Vete, Nílovna! Anda, toma el palo —le dijo Sisov, tendiéndole el trozo de asta.

Contemplaban a la madre con tristeza, con respeto; un rumor de compasión la seguía. Sisov iba abriéndole paso silencioso, la gente se apartaba sin decir palabra y, obedeciendo a una fuerza imprecisa que les atraía hacia la madre, la seguían, despacio, cambiando a media voz breves palabras.

A la puerta de su casa, se volvió la madre hacia ellos; apoyándose en el trozo de asta los saludó, inclinóse y dijo en voz baja, con tono de agradecimiento:

—Gracias a todos...

Y recordando otra vez su pensamiento, el nuevo pensamiento que le parecía habíase engendrado en su corazón, añadió:

—Nuestro Señor Jesucristo no habría existido si los hombres no hubieran perecido por su gloria...

La muchedumbre la miró en silencio.

Ella se inclinó una vez más ante la gente y entró en casa. Sisov la siguió, gacha la cabeza.

La gente quedó a la puerta, cambiando algunas reflexiones.

Después se dispersaron, sin apresurarse.

SEGUNDA PARTE

I

Pasó el resto del día en una abigarrada niebla de recuerdos, en un cansancio penoso que oprimía cuerpo y alma. Como una mancha gris, ante los ojos de la madre danzaba el oficialete, brillaba el rostro bronceado de Pável, sonreían los ojos de Andréi...

Iba y venía por la habitación, se sentaba a la ventana, miraba a la calle, volvía a andar, alzaba la ceja, se estremecía, miraba en derredor y buscaba algo; sin objeto alguno. Bebía agua sin poder mitigar su sed ni extinguir en su pecho un fuego abrasador de angustia y agravio. El día había sido cortado de un tajo; en su comienzo tenía contenido, pero ahora todo se había vaciado de él; ante ella se extendía un vacío desolador y palpitaba una pregunta de perplejidad:

«¿Qué hacer ahora?»

Llegó Kórsunova. Manoteó, gritó, lloró y arrebatóse de entusiasmo; dio unas patadas en el suelo, propuso y prometió algo, amenazó a alguien... Pero nada de aquello conmovió a la madre.

—¡Ah! —oyó que exclamaba la voz chillona de María—. A pesar de todo, le han llegado a lo vivo a la gente. La fábrica se ha levantado, ¡se ha puesto en pie toda entera!

—Sí, sí —decía quedamente la madre, asintiendo con la cabeza, mientras sus ojos miraban fijamente a todo aquello que ya pertenecía al pasado, que se le había ido con Andréi y Pável. No podía llorar; tenía el corazón oprimido, seco como los labios, y en toda la boca sentía también sequedad. Las manos le temblaban y, en la espalda, un leve escalofrío le estremecía la piel.

Por la noche llegaron los gendarmes. Los recibió sin asombro ni temor. Entraron en la casa con estrépito, y había en ellos una especie de alegría y satisfacción. El oficial de rostro amarillento dijo enseñando los dientes:

—Qué, ¿cómo le va? Es la tercera vez que nos encontramos, ¿no es cierto?

Ella guardó silencio, pasándose por los labios su lengua reseca. El oficial habló mucho, en tono aleccionador. Ella notó que se recreaba hablando, pero sus palabras no le llegaban, ni le causaban molestia. Solamente cuando dijo:

—Tú misma tienes la culpa, mujer, por no haber sabido inculcar en tu hijo el temor a Dios y el respeto al zar...

Ella, en pie junto a la puerta y sin mirarle, contestó con voz sorda:

—Sí, los hijos serán nuestros jueces. Nos juzgarán, con razón, por haberlos abandonado en un camino semejante.

—¿Qué? —gritó el oficial—. ¡Más alto!

—Digo que los hijos serán nuestros jueces —repitió suspirando.

Entonces, él comenzó a perorar, deprisa y enfadado, pero sus palabras fluían sin llegar a la madre.

Como testigo había sido llamada María Kórsunova. Estaba en pie junto a la madre, pero no la miraba, y cuando el oficial se dirigía a ella con alguna pregunta, se inclinaba apresurada, haciéndole una profunda reverencia, y contestaba con monótona voz:

—¡No lo sé, usía! Yo soy una mujer ignorante, me ocupo de vender, y como soy tan tonta, no sé nada...

—Bueno, ¡calla! —ordenó el oficial, moviendo el bigote. Ella se inclinó y, sin que él lo notara, le hizo la higa y susurró:

—¡Anda, chúpate ésa!

Le ordenaron que registrara a Vlásova. María parpadeó, clavó sus ojos en el oficial y dijo asustada:

—Usía, ¡yo no sé hacer eso!

Él dio una patada, irritado, y vociferó. María bajó los ojos y rogó a la madre en voz baja:

—¡Qué le vamos a hacer! Desabróchate, Pelagueia Nílovna...

María, con la cara inyectada en sangre, la registró y palpó el vestido, murmurando:

—¡Qué perros! ¿Eh?

—¿Qué estás hablando ahí? —gritó con rudeza el oficial, mirando al rincón donde se llevaba a cabo la operación.

—¡De cosas de mujeres, usía! —murmuró María asustada.

Cuando ordenó a la madre que firmara el acta, ella, con mano torpe y letras de imprenta, de trazos gruesos y brillantes, escribió en el papel:

«Pelagueia Vlásova, viuda de un obrero.»

—¿Qué has puesto aquí? ¿Por qué has escrito esto? —gritó el oficial, haciendo una mueca de repugnancia; luego, soltó una risotada y agregó—: ¡Salvajes...!

Se fueron. La madre, en pie junto a la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho, estuvo largo rato mirando hacia delante, sin parpadear, sin ver nada; tenía muy alzadas las cejas, apretados los labios, y contraía las mandíbulas con tal fuerza, que pronto sintió dolor en los dientes. En la lámpara se había agotado el petróleo, y la llama iba apagándose con leve chisporroteo. Ella sopló la mecha y se quedó a oscuras. Una nube negra de angustiosa inconsciencia le llenó el pecho, dificultando los latidos de su corazón. Permaneció así mucho tiempo, se le cansaron las piernas y los ojos. Oyó que María se paraba bajo la ventana y con voz de ebria le gritaba:

—¡Pelagueia! ¿Estás dormida? ¡Duerme, pobre mártir, duerme!

La madre se echó vestida en la cama, y al instante, como si hubiera caído en un hondo abismo, quedó profundamente dormida.

Vio en sueños el altozano de arena amarilla que clareaba más allá del pantano, en el camino a la ciudad. Al borde del talud que descendía hasta la sima de donde se sacaba la arena, estaba Pável y, con la voz de Andréi, cantaba sonora, dulcemente:

Arriba los pobres del mundo...

Pasó Pelagueia junto al montículo, por el camino, y poniéndose la mano en la frente, miró al hijo. Sobre el fondo azul del cielo destacábase, neta y perfilada su figura. Ella sentía vergüenza de acercarse a él, porque se encontraba encinta. Y en sus brazos llevaba también un niño. Siguió adelante. En el campo, unos chiquillos jugaban a la pelota; había muchos y la pelota era roja. El niño tendió el cuerpo hacia ellos y empezó a llorar a gritos. La madre le dio el pecho y volvió sobre sus pasos, pero en el montículo había ya soldados que enfilaban contra ella sus bayonetas. Echó a correr deprisa hacia una iglesia que se alzaba en medio del campo, blanca, etérea, como hecha de nubes, y de inconmensurable altura. Allí estaban enterrando a alguien; el féretro era grande, negro, estaba herméticamente cerrado. Pero el sacerdote y el diácono andaban por la iglesia con albas casullas y cantaban:

Cristo resucitó de entre los muertos...

El diácono agitó el incensario y le hizo una inclinación de cabeza, sonriendo. Tenía el cabello rojizo y el rostro jovial, como Samóilov. De arriba, de la cúpula, caían unos rayos de sol, anchos como toallas. En ambos coros cantaban suavemente unos niños:

Cristo resucitó de entre los muertos...

—¡Agarradlos! —gritó de pronto el sacerdote, parándose en el centro de la iglesia. Había desaparecido su casulla, y en su faz le habían surgido unos bigotes canosos y foscos. Todos huyeron, hasta el diácono, que tiró el incensario a un lado y se llevó las manos a la cabeza, como hacía el «jojol»..La madre dejó caer el niño al suelo entre los pies de la gente, que se apartaba mirando temerosa a aquel cuerpecillo desnudo; ella, de rodillas, gritaba:

—¡No abandonéis al niño! ¡Tomadle...!

Cristo resucitó de entre los muertos...

—cantaba el «jojol» sonriendo y con las manos a la espalda.

Ella se inclinó, tomó al niño y le puso en un carro cargado de tablas, junto al cual caminaba lentamente Nikolái, que se reía a carcajadas y decía:

—Me han dado una tarea dura...

En la calle había barro, a las ventanas de las casas se asomaba gente que silbaba, gritaba, agitaba los brazos. El día estaba claro, el sol brillaba con fuerza y no había sombra en parte alguna.

—¡Cante, madrecita! —decía el «jojol»—. ¡Así es la vida!

Y él cantaba, dominando con su voz todos los ruidos. La madre le seguía; de pronto tropezó y cayó al instante en un abismo sin fondo, que aullaba amenazador a su encuentro...

Se despertó temblando toda. Era como si una mano pesada y áspera le hubiera cogido el corazón y se lo apretara suavemente, en juego cruel.

Rugía insistente la sirena, dando la señal de entrada al trabajo; ella calculó que era la segunda llamada. En la habitación, los libros estaban tirados en desorden, todo estaba revuelto, trastornado, lleno de huellas de pisadas el suelo.

Se levantó y, sin lavarse ni rezar sus oraciones, se puso a arreglar el cuarto. En la cocina, apareció ante sus ojos un palo con un trozo de percalina roja; lo cogió con hostilidad, sintió deseos de echarlo debajo del horno, pero, suspirando, desprendió de él el trozo de bandera, dobló cuidadosamente el retazo de tela roja y se lo guardó en el bolsillo; rompió el palo con la rodilla y lo echó al hogar. Después, fregó con agua fría las ventanas y el suelo, preparó el samovar y se vistió. Sentóse junto a la ventana de la cocina y ante ella volvió a surgir la interrogante de la víspera:

«¿Qué hacer ahora?»

Recordando que aún no había rezado, se puso en pie ante las imágenes y, al cabo de unos instantes, se sentó de nuevo. Tenía vacío el corazón.

Reinaba un silencio extraño; era como si la gente, que tanto había gritado el día anterior en la calle, se hubiera recogido en sus casas y meditase, sin despegar los labios, sobre la extraordinaria jornada.

De repente le vino a la memoria una escena que presenciara cierta vez en los días de su juventud. En el viejo parque de los señores de Zausáilov había un gran estanque, cubierto con profusión de nenúfares. Un día gris de otoño, al pasar ella junto al estanque, vio en su centro una barca. El estanque estaba sombrío, manso, y la barca parecía pegada a las negras aguas, tristemente ornadas de amarillas hojas... Una melancolía profunda y un pesar misterioso envolvía a aquella barca sin remos y sin remero, solitaria e inmóvil en el agua opaca, entre las muertas hojas. La madre permaneció mucho tiempo a la orilla del estanque, preguntándose quién y para qué habría empujado la barca tan lejos. Aquel mismo día, por la noche, se supo que la mujer del administrador de los Zausáilov se había ahogado en el estanque; era una mujer pequeñita, de rápido andar y negros cabellos, siempre revueltos.

La madre se pasó la mano por el rostro; su pensamiento estremecido empezó a bogar por las impresiones de la víspera. Sumida en ellas, estuvo mucho tiempo sentada, fijos los ojos en la taza de té, ya frío; en su alma surgía el deseo de ver a alguna persona inteligente y sencilla, y preguntarle acerca de muchas cosas.

Y como en satisfacción de aquel deseo, después de mediodía apareció Nikolái Ivánovich. Pero, al verle, sobrecogida de pronto por la inquietud, sin contestar a su saludo, le dijo en voz queda:

—¡Ay, padrecito! ¡Qué mal ha hecho usted en venir! ¡Es una imprudencia! Si le ven, le prenderán...

Luego de estrecharle la mano con fuerza, Nikolái Ivánovich se ajustó las gafas e, inclinando su rostro cerca del de ella, le explicó rápidamente, en voz baja:

—Yo, sabe usted, convine con Pável y Andréi que si los detenían, vendría al día siguiente para trasladarla a la ciudad —dijo con cariño y preocupación—. ¿Han venido a hacerle un registro?

—Sí. Vinieron. Registraron por todas partes, y a mí me cachearon. ¡Esa gente no tiene ni conciencia, ni pudor! —replicó ella.

—¿Para qué lo necesitan? —contestó Nikolái, encogiéndose de hombros, y empezó a explicarle por qué debía irse a vivir a la ciudad.

Ella, escuchando su voz amistosa y solícita, le miraba con pálida sonrisa y, sin comprender sus razones, se asombraba de la confianza, llena de cariño, que sentía hacia el hombre aquel.

—Si Pável lo quiere —repuso—, y no le estorbo a usted...

Él la interrumpió.

—No pase cuidado por eso. Vivo solo; de tarde en tarde viene mi hermana.

—Pero yo quiero ganarme el pan que me coma —pensó ella en voz alta.

—Si usted quiere, ¡ya le encontraremos quehacer! —dijo Nikolái.

Para ella, la idea del quehacer estaba ya indisolublemente unida al trabajo del hijo, de Andréi y sus camaradas. Se acercó a Nikolái y, mirándole a los ojos, le preguntó:

—¿Se encontrará?

—Mi casa es pequeña, de soltero...

—Yo no me refiero a los quehaceres de la casa —repuso ella en voz queda.

Y suspiró con tristeza, sintiéndose molesta de que no la hubiese comprendido. Él, sonriendo con sus ojos miopes, dijo pensativo:

—¿Y si en una entrevista con Pável intentara usted enterarse de las señas de aquellos campesinos que pedían el periódico...?

—¡Yo las sé! —exclamó ella con alegría—. Los encontraré y haré todo como usted me diga. ¿Quién va a pensar que llevo folletos prohibidos? A la fábrica los llevaba, ¡bendito sea el Señor!

Le entró de prontó el deseo de marchar a alguna parte, por esos caminos, frente a los bosques y aldeas, con un zurrón al hombro y un báculo en la mano.

—Encárgueme a mí de ese asunto, ¡se lo suplico, querido! —le pidió ella—. Iré a donde haga falta. Por todas las provincias, encontraré todos los caminos. Andaré invierno y verano, hasta la misma tumba. ¿Acaso el peregrinar es para mí mal destino?

Se entristeció al verse mentalmente sin hogar, peregrinando y pidiendo limosna, en nombre de Cristo, de puerta en puerta, por las isbas aldeanas.

Nikolái le tomó la mano con cuidado y se la acarició con la suya, tibia como siempre. Después, mirando el reloj, dijo:

—De todo eso, ¡ya hablaremos más tarde!

—¡Querido! —exclamó ella—. Los hijos son los pedazos más entrañables de nuestro corazón; ellos sacrifican su vida y su libertad, perecen, sin tener piedad de sí mismos, y si ellos lo hacen, ¿qué debo hacer yo, siendo madre?

El rostro de Nikolái se puso pálido; mirándola con atención y cariño, le dijo quedo:

—¿Sabe usted?, es la primera vez que oigo tales palabras...

—¿Y qué puedo decir yo? —repuso ella, moviendo tristemente la cabeza y dejando caer los brazos con impotencia—. Si tuviera palabras para explicar lo que siente mi corazón de madre...

Se puso en pie, impulsada por la fuerza que se iba alzando en su pecho y embriagaba su cabeza con el ardiente ímpetu de las palabras airadas.

—Muchos llorarían... incluso los malos, hasta los que no tienen conciencia...

Nikolái se levantó también y miró de nuevo el reloj.

—De modo que... ¿queda decidido? ¿Se vendrá usted a la ciudad, a mi casa?

Ella, sin decir palabra, asintió con la cabeza.

—¿Cuándo? ¡Lo antes posible! —rogó él, y añadió dulcemente—: Voy a estar intranquilo por usted, ¡de veras!

Le miró asombrada: ¿qué interés podía sentir por ella? Gacha la cabeza, sonriendo con turbación, estaba en pie ante ella, encorvado, miope, con una sencilla chaqueta negra, y todo lo que llevaba parecía de otro...

—¿Tiene usted dinero? —preguntó él, bajando los ojos.

—¡No!

Sacó con viveza un portamonedas del bolsillo, lo abrió y se lo tendió diciendo:

—Tome, haga el favor.

La madre sonrió sin querer y, moviendo la cabeza, observó:

—¡Todo ocurre de otra manera! ¡Hasta el dinero no tiene valor! Las gentes pierden por él su alma, y vosotros... ¡no le dais importancia! Es como si lo llevarais para favorecer a las personas...

Nikolái rió con dulzura.

—¡El dinero es una cosa terriblemente desagradable e incómoda! Siempre es tan molesto recibirlo como darlo...

Tomó la mano de la madre, estrechósela con fuerza y le rogó una vez más:

—Entonces, ¡lo antes posible!

Y como de costumbre, se marchó en silencio.

Después de acompañarle hasta la puerta, pensó la mujer:

«Tan bueno, y no me ha dicho ni una palabra de consuelo.»

Y no pudo comprender si aquello era para ella agradable o si solamente le producía asombro.

II

Cuatro días después de aquella visita, se dispuso a marcharse a la ciudad. Cuando el carro, cargado con sus dos arcones, salió del arrabal al campo, se volvió hacia atrás y sintió de pronto que abandonaba para siempre el lugar donde había transcurrido un período

sombrío y penoso de su vida y empezado otro, lleno de nuevas amarguras y alegrías, que devoraba los días con rapidez.

En la tierra, negra de hollín, como una colosal araña de un color rojo oscuro extendíase la fábrica, alzando a gran altura, hasta el cielo, sus chimeneas. Junto a ella, se apiñaban las casitas, de una sola planta, donde vivían los obreros. Grises y achatadas, se apretujaban en compacto montón al extremo del pantano, mirándose lastimeras unas a otras con sus ventanitas empañadas. Sobre ellas se elevaba la iglesia, de color rojo oscuro, como la fábrica, con su campanario, más bajo que las chimeneas.

La madre lanzó un suspiro y se arregló el cuello de la blusa, que le oprimía la garganta.

—¡Arre! —farfullaba el carretero, agitando las riendas sobre el caballo. Era un hombre patizambo, de edad indefinida, pelo escaso, descolorido, en cabeza y rostro, y ojos sin color determinado. Balanceándose al andar, de un costado a otro, marchaba junto al carro; se veía a las claras que le era indiferente hacia dónde tirar: a la derecha o a la izquierda.

—¡Arre! —decía con voz incolora, estirando ridículamente sus piernas zambas metidas en pesadas botas altas, cubiertas de barro seco. La madre echó una mirada en derredor. En los campos había el mismo vacío que en su alma...

Moviendo tristemente la cabeza, el caballo hundía las patas con pesadez en la profunda arena, que, recalentada por el sol, crujía suavemente. Chirriaba el carro mal engrasado y roto, y junto con el polvo, todos los sonidos se iban quedando atrás...

Nikolái Ivánovich vivía en una desierta calle de las afueras de la ciudad, en un pabelloncito verde, pegado a una sombría casa de dos pisos, que se venía abajo de vieja. Ante el pabellón había un frondoso jardincillo, y a las ventanas de las tres habitaciones de la vivienda se asomaban dulcemente ramas de lilas, de acacias y las plateadas hojas de unos esbeltos álamos blancos. Las habitaciones estaban limpias, en silencio; unas sombras temblaban mudas en el piso, formando caprichosos dibujos; en las paredes había largos estantes, repletos de libros, y retratos de personas de severo aspecto.

—¿Estará usted bien aquí? —preguntó, Nikolái a la madre, conduciéndola a una habitación no muy grande, una de cuyas ventanas daba al jardincillo y la otra a un patio cubierto de tupida hierba. También en aquel cuarto, a lo largo de todas las paredes, se extendían armarios y estantes con libros.

—¡Estaría mejor en la cocina! —repuso ella—. La cocinita es alegre, está limpia...

Parecíale que él tenía temor de algo. Y cuando, con aire de cortedad y un tanto turbado, empezó a convencerla y ella accedió a quedarse allí, se puso alegre de pronto.

Las tres habitaciones estaban llenas de un aire especial, era fácil y grato respirar en ellas; pero la voz se volvía involuntariamente más baja, no se sentían deseos de hablar fuerte, ni de turbar la apacible meditación de aquellos hombres que miraban, reconcentrados, desde las paredes.

—¡Hay que regar estas plantas! —dijo la madre, tocando la tierra de unas macetas de flores que había en las ventanas.

—Sí, sí —dijo con aire de culpa el dueño de la casa—. A mí me gustan las plantas, pero, ¿sabe usted?, no tengo tiempo de ocuparme de ellas.

Observándole, la madre diose cuenta de que, en su acogedora vivienda, Nikolái andaba con precaución, como un extraño, ajeno a cuanto le rodeaba. Aproximaba mucho el rostro a lo que miraba, ajustándose las gafas con los finos dedos de su mano derecha y, entornando los ojos, enfilaba con muda interrogación el objeto que le interesaba. A veces, tomaba una cosa en sus manos, se la acercaba a la cara y la palpaba minuciosamente con los ojos; parecía haber entrado en la habitación con la madre por vez primera y que, como a ella, todo allí le era desconocido, extraño. Y al verle así, la madre se sintió inmediatamente a sus anchas en aquellas habitaciones. Iba tras Nikolái, fijando en la memoria el sitio donde estaba cada cosa, preguntándole acerca de su régimen de vida; él contestaba en el tono culpable del hombre convencido de que no hace nada a derechas, pero que no sabe hacerlo de otro modo.

Después de regar las flores y colocar en ordenado montón las notas de música esparcidas por el piano, la madre se quedó mirando el samovar y dijo:

—Hay que limpiarlo...

Pasó él los dedos por el metal empañado y, llevándose uno a la nariz, lo miró con seriedad. La madre sonrió cariñosamente.

Cuando se hubo acostado, al recordar lo que le había ocurrido aquel día, levantó con asombro la cabeza de la almohada y miró en derredor. Por primera vez estaba en una casa ajena; sin embargo, ello no le causaba turbación. Pensó con solicitud en la vida de Nikolái y sintió el deseo de hacerle todo el bien posible, de llevar a su vida un poco de cariño y cálido aliento. Le conmovía la torpeza, la ineptitud ridícula de Nikolái, su alejamiento de lo habitual y la expresión inteligente e infantil a la vez de sus ojos claros. Después, el pensamiento se detuvo con tenacidad en el hijo, y ante ella fue desplegándose nuevamente el día del Primero de Mayo, revestido todo

de nuevos sonidos, reanimado con un sentido nuevo. Y la amargura de aquella jornada era, como toda ella, de un carácter especial; no obligaba a doblar la cerviz, como un puñetazo fuerte y entontecedor, sino que pinchaba el corazón con multitud de aguijonazos, haciendo brotar en él una cólera suave, enderezando la encorvada espalda.

«Los hijos van por el mundo», pensaba ella, prestando atención a los desconocidos rumores de la vida nocturna de la ciudad. Se deslizaban por la abierta ventana, agitando el follaje del jardincillo, volando desde lejos, fatigados, pálidos, y morían silenciosamente en la habitación.

Al día siguiente, por la mañana temprano, limpió el samovar, hirvió agua en él, recogió los cacharros sin hacer ruido y sentóse en la cocina a esperar a que se despertase Nikolái. Al fin resonó su tos, y entró por la puerta con las gafas en una mano y cubriéndose la garganta con la otra. Luego de contestar a sus buenos días, ella llevó el samovar al cuarto y él empezó a lavarse, salpicando de agua todo el suelo, dejando caer el jabón y el cepillo de dientes y refunfuñando contra sí mismo.

Mientras desayunaban, Nikolái le contó:

—Desempeño en la administración comarcal un trabajo muy triste: observo cómo se arruinan nuestros campesinos...

Y sonriendo con aire de culpa, siguió:

—La gente, extenuada por el hambre, va prematuramente a la tumba; los niños nacen débiles, mueren como las moscas en otoño; nosotros sabemos todo eso, conocemos las causas de estas calamidades, las examinamos y cobramos el sueldo. Y después, hablando con propiedad, no hacemos nada más...

—¿Y usted, qué es, estudiante? —le preguntó la madre.

—No, soy maestro. Mi padre es director de una fábrica en Viatka, y yo me hice maestro. Pero, en la aldea, me puse a repartir libros a los mujiks y me metieron por eso en la cárcel; después estuve de dependiente en una librería, mas no fui cauto y me volvieron a meter en prisión; luego, me desterraron a Arjánguelsk. Allí tuve también algunos disgustillos con el gobernador de la provincia y me enviaron a orillas del mar Blanco, a una aldehuela, donde pasé cinco años.

Su voz resonaba, tranquila e igual, en la habitación clara, inundada de sol. La madre había oído ya muchas historias semejantes, sin comprender nunca por qué las contaban con tanta tranquilidad, refiriéndose a ellas como a algo inevitable.

—¡Hoy vendrá mi hermana! —anunció él.

—¿Está casada?

—Es viuda. Su marido estuvo deportado en Siberia, pero se escapó de allí y murió tuberculoso, en el extranjero, hace dos años...

—¿Ella es más joven que usted?

—Me lleva seis años. Yo le debo mucho. ¡Ya oirá usted cómo toca! Ese piano es suyo... En general, aquí hay muchas cosas suyas; los libros son míos...

—¿Y dónde vive?

—¡En todas partes! —contestó él sonriendo—. Dondequiera que hace falta una persona audaz, allí está ella.

—¿También se dedica a esta causa? —preguntó la madre.

—¡Claro está!

Él se marchó en seguida al trabajo, y la madre se puso a pensar en aquella «causa» a la que, de día en día, servían las gentes con firmeza y serenidad. Y se sintió ante ellos como ante una montaña en la oscuridad de la noche.

Cerca del mediodía apareció una dama vestida de negro, alta y bien proporcionada. Cuando la madre le abrió la puerta, ella dejó en el suelo un maletín amarillo y, tomando rápidamente la mano de Vlásova, le preguntó:

—¿Usted es la madre de Pável Mijáilovich, verdad?

—Sí —contestó la madre, azorándose al ver la elegancia de su vestido.

—¡Es usted tal como me la figuraba! Mi hermano me escribió diciéndome que vendría usted a vivir a su casa —dijo la señora, quitándose el sombrero delante del espejo—. Pável Mijáilovich y yo somos amigos desde hace tiempo. Él me ha hablado de usted con frecuencia.

Tenía la voz algo ronca, hablaba con lentitud, pero sus movimientos eran rápidos y enérgicos. Sus grandes ojos grises sonreían juveniles y claros; unas finas arruguitas irradiaban ya hacia sus sienes, y sobre sus pequeñas orejas brillaban unas hebras de plata.

—¡Quisiera comer algo! —declaró—. Ahora estaría bien tomar una taza de café...

—En seguida lo voy a hacer —respondió la madre, y sacando una cafetera del armario, preguntó bajito—: ¿Pero es que Pável habla de mí?

—Mucho...

Sacó una petaquita de piel, encendió un cigarrillo y, paseando por la habitación, preguntó:

—¿Siente mucha inquietud por él?

Observando cómo temblaban bajo la cafetera las azuladas lenguas de fuego del infiernillo de alcohol, la madre sonreía. Su azora-

miento ante la dama había desaparecido, sumiéndose en la profundidad de su alegría.

«¿De modo que habla de mí? ¡Qué bueno es!» —pensó mientras decía pausadamente—: Naturalmente, es doloroso, pero antes era peor, ahora ya sé que no está solo...

Y mirando a la cara de la mujer, le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Sofía —contestó ella.

La madre la examinaba con penetrante mirada. Había en aquella mujer un algo atrevido, demasiada desenvoltura y precipitación.

Mientras bebía el café deprisa, a pequeños sorbos, dijo con seguridad:

—Lo importante es que no estén mucho tiempo en la cárcel, que los juzguen en seguida. Y en cuanto los destierren, organizaremos la fuga de Pável Mijáilovich; es imprescindible aquí.

La madre la miró con recelo, y ella, luego de buscar con los ojos un sitio donde tirar la colilla, la hundió en la tierra de una maceta.

—¡Así se marchitan las flores! —observó la madre maquinalmente.

—¡Dispense! —repuso Sofía—. Nikolái también me lo dice siempre —y sacando la colilla del tiesto, la tiró por la ventana.

La madre la miró turbada a la cara y balbució con tono de culpa:

—Perdóneme usted. Lo he dicho sin pensar. ¿Acaso puedo yo reprenderla?

—¿Y por qué no, si soy una descuidada? —contestó Sofía, encogiéndose de hombros—. ¿Hay más café? ¡Gracias! ¿Y por qué una sola taza? ¿Es que no va usted a tomar?

Y de pronto, cogió por los hombros a la madre, la atrajo hacia sí y, mirándola a los ojos, le preguntó asombrada:

—¿Es posible que le dé a usted reparo?

La madre, sonriendo, contestó:

—Acabo de reprenderla por lo de la colilla, ¡y me pregunta usted si me da reparo!

Y sin ocultar su estupor añadió, como interrogando:

—Llegué ayer aquí, y me porto igual que si estuviera en mi casa; no temo a nada, digo lo que se me antoja...

—¡Y así debe ser! —exclamó Sofía.

—Se me va la cabeza y me siento como extraña a mí misma —prosiguió la madre—. Ocurría antes que andaba una dando vueltas y más vueltas alrededor de una persona, antes de decirle algo, de corazón, mientras que ahora siempre tengo el alma abierta y digo en seguida lo que antes ni siquiera habría pensado...

Sofía encendió otro cigarrillo, iluminando en silencio a la madre con la mirada acariciadora de sus ojos grises.

—¿Dice usted que organizar la fuga de Pável? ¿Y cómo va a vivir fugitivo? —preguntó la madre, planteando la cuestión que la inquietaba.

—¡Eso es facilísimo! —contestó Sofía, echándose más café—. Vivirá como viven decenas de fugitivos... Verá usted, yo ahora acabo de ir a recibir y a despedir a uno, ¡que es también persona muy valiosa! Fue deportado por cinco años y ha estado en el destierro tres meses y medio.

La madre la miró fijamente, sonrió y, moviendo la cabeza, dijo en voz queda:

—Sí, por lo visto, ese día, el Primero de Mayo, ¡me ha trastornado! Estoy desorientada, es como si fuera por dos caminos a la vez: tan pronto me parece que lo comprendo todo, como, de repente, que caigo entre tinieblas. Así me pasa ahora con usted; la miro, veo que es usted una señora y se ocupa de estas cosas... Conoce usted a Pável y le aprecia. Se lo agradezco...

—¡Bah, a quien hay que agradecérselo es a usted! —respondió Sofía riendo.

—¿Qué he hecho yo? ¡No fui yo quien le enseñó lo que sabe! —respondió la madre, luego de un suspiro.

Sofía dejó la colilla en el platito de la taza; con brusco movimiento, echó hacia atrás la cabeza, sus dorados cabellos se le esparcieron por la espalda en espesas crenchas y salió de la habitación diciendo:

—Bueno, ya es hora de que me quite de encima todos estos esplendores...

III

Por la tarde, volvió Nikolái. Comieron y, de sobremesa, Sofía contó riendo cómo había encontrado y escondido al evadido del destierro; habló de su miedo a los agentes de la policía secreta, que le hacía ver espías en todas las personas, y del gracioso comportamiento del fugitivo aquel. En su tono había algo que recordaba a la madre la jactancia del obrero que, habiendo hecho bien un trabajo difícil, se siente satisfecho.

Ahora llevaba un vestido ligero y amplio de color gris plomo. Con él parecía más alta, sus ojos más oscuros y sus movimientos eran ya más reposados.

—Tienes que ocuparte de otro asunto, Sofía —dijo Nikolái después de comer—. Ya sabes que tratamos de editar un periódico para el campo, pero, a consecuencia de las últimas detenciones, hemos perdido el contacto con la gente de allá. Sólo Pelagueia Nílovna puede indicarnos cómo encontrar al hombre que se encargará de la distribución del periódico. Vete con ella allí. Es necesario que os marchéis cuanto antes.

—Bueno —dijo Sofía, dando una chupada al cigarrillo—. ¿Iremos, Pelagueia Nílovna?

—¿Por qué no? Iremos...

—¿Está lejos?

—A unas ochenta verstas...

—¡Magnífico...! Y ahora voy a tocar el piano. Usted, Pelagueia Nílovna, ¿puede soportar un poquito de música?

—Ustedes no me pregunten... ¡háganse cuenta de que no estoy aquí! —dijo la madre, sentándose en un rincón del diván. Veía que, al parecer, el hermano y la hermana no reparaban en ella; pero, al propio tiempo, resultaba que, incitada insensiblemente por ambos, mezclábase de continuo, sin querer, en su conversación.

—Escucha, Nikolái, esto es de Grieg. Lo he traído hoy... Cierra las ventanas.

Abrió el papel y empezó a pulsar suavemente las teclas con la mano izquierda.

Jugosas y densas, comenzaron a cantar las cuerdas. Con hondo suspiro, afluyó a ellas otra nota, pletórica de sonoridad. De los dedos de la mano derecha, tintineando luminosos, alzaron el vuelo, como una bandada de atemorizados pajarillos, los gritos de las cuerdas, de una nitidez extraña, y se estremecieron aleteando, como asustadas avecicas, sobre el fondo oscuro de las notas bajas.

Al principio, a la madre no la conmovieron aquellos sonidos, en cuyo fluir no percibía más que un ruidoso caos. Su oído no podía captar la melodía en el complejo palpitar del torrente de notas. Medio dormida, miraba a Nikolái, sentado sobre sus piernas dobladas en el otro rincón del amplio diván; contemplaba el severo perfil de Sofía, su cabeza cubierta de una abundante mata de cabellos dorados. Un rayo de sol iluminó suavemente la cabeza y el hombro de Sofía, se detuvo después en el teclado y tembló bajo sus dedos, acariciándolos. La melodía llenaba la estancia e iba despertando el corazón de la madre, sin que ella se diera cuenta.

Y sin saber por qué, de la oscura sima de su pasado se alzó ante ella una humillación, olvidada desde hacía mucho, que resucitaba ahora con amarga diafanidad.

Una vez, su marido volvió a altas horas de la noche completamente borracho, la agarró de un brazo, la tiró de la cama al suelo y, dándole una patada en un costado, le dijo:

—¡Largo de aquí, canalla, ya estoy harto de ti!

Ella, para resguardarse de sus golpes, tomó rápidamente en brazos al hijo, entonces de dos años, y, de rodillas, se protegía con el cuerpecillo, como con un escudo. El niño, llorando, se retorcía entre sus brazos asustado, desnudito y tibio.

—¡Largo! —rugía Mijaíl.

Se puso en pie de un salto y se lanzó a la cocina, se echó sobre los hombros una blusa, envolvió al niño en una toquilla y, sin proferir palabra, sin gritos ni quejas, descalza, en camisa, con la blusa como único abrigo, salió a la calle. Era en mayo, la noche estaba fresca y el polvo de la calle se adhería, frío, a sus pies, metiéndose entre sus dedos. El niño lloraba y se retorcía. Ella se descubrió el seno y apretó al hijo contra su cuerpo; oprimida por el miedo, anduvo y anduvo por la calle, meciendo dulcemente al niño:

—¡Ea, ea, ea, eh...! ¡Ea, ea, ea, eh...!

Empezaba ya a amanecer. Tenía miedo y vergüenza de que alguien saliera a la calle y la viera medio desnuda. Se fue a la orilla del pantano y se sentó en la tierra, al pie de unos pobos temblones. Y así estuvo mucho tiempo, envuelta por la noche, mirando inmóvil a las tinieblas, muy abiertos los ojos y cantando temerosa para mecer al niño dormido y a su propio corazón agraviado...

—¡Ea, ea, ea, eh...! ¡Ea, ea, ea, eh...!

En uno de aquellos minutos pasados allí, sobre su cabeza voló y alejóse rápido un pájaro negro y silencioso, que la despertó y la hizo levantarse. Temblando de frío, volvió a casa, en busca del horror de los golpes de costumbre y de nuevas ofensas...

Un sonoro acorde, indiferente y frío, suspiró por última vez y dejó de vibrar.

Sofía se volvió y preguntó a su hermano, sin alzar la voz:

—¿Te ha gustado?

—¡Mucho! —contestó él, estremeciéndose, como si le despertasen—. Mucho...

En el pecho de la madre cantaba y temblaba el eco de los recuerdos. Y en algún sitio, al lado, un poco aparte, iba germinando un pensamiento:

«Ahí tienes, hay gente que vive tranquila en buena armonía. No regañan, no beben vodka, no discuten por el pedazo de pan... como ocurre entre las gentes de vida ignorante, oscura...»

Sofía fumaba un cigarrillo. Fumaba mucho, casi sin interrupción.

—Éste era el fragmento favorito del pobre Kostia —dijo aspirando rápidamente el humo, y de nuevo arrancó al piano un acorde triste—. Cuánto me gustaba tocar para él. ¡Qué delicado era! Tan sensible a todo, tan pletórico de todo...

«Debe estar recordando al marido —observó la madre al instante—. Y sonríe...»

—¡Cuánta felicidad me proporcionó aquel hombre...! —continuó Sofía en voz baja, acompañando sus pensamientos con tenues sonidos de las cuerdas—. ¡Cómo sabía vivir...!

—¡Sí! —dijo Nikolái, tirándose de la barbita—. ¡Era un alma cantarina...!

Sofía tiró el cigarrillo empezado y, volviéndose hacia la madre, le preguntó:

—¿No le molesta este ruido?

La madre le contestó con una pena que no podía contener:

—No me pregunte usted, yo no comprendo nada. Estoy sentada, escucho, pienso en mí...

—No; ¡tiene usted que comprender! —dijo Sofía—. Una mujer no puede dejar de comprender la música; sobre todo, cuando está triste...

Golpeó el teclado con brío y resonó un fuerte grito, como si alguien hubiese tenido una noticia terrible que le golpease el corazón, arrancándole aquel desgarrador sonido. Trémulas de espanto, se alzaron voces juveniles, huyendo presurosas y desconcertadas. Y de nuevo volvió a gritar la voz potente y colérica, apagando todos los ruidos. Debía haber ocurrido una desgracia, pero una desgracia de las que, en la vida, no provocan lamentos, sino cólera. Después apareció alguien, fuerte, afable, y comenzó a entonar una canción bella y sencilla, persuadiendo, llamando a que fueran en pos de él.

El corazón de la madre estaba henchido del deseo de decir a aquellas gentes algo bueno. Embriagada por la música, sonreía sintiéndose capaz de hacer algo grato y necesario para ambos hermanos.

Buscó con los ojos: ¿qué hacer?, y se fue despacito a la cocina, a preparar el samovar.

Pero aquel deseo no se le extinguía y, al servir el té, decía con sonrisa de cortedad, como si acariciase su corazón con palabras de tibia ternura, que repartía por igual entre los dos y ella:

—Nosotros, la gente ignorante, oscura, lo sentimos todo, pero nos es difícil explicarlo. Nos da vergüenza de eso: de que comprendemos y no podemos decirlo. Y, a menudo, de la misma vergüenza, nos irritamos contra nuestros pensamientos. La vida nos golpea, nos

pincha por todos lados; quisiéramos descansar, pero los pensamientos nos lo impiden.

Nikolái la escuchaba limpiando los cristales de las gafas. Sofía la miraba con sus enormes ojos muy abiertos y olvidándose de dar chupadas al cigarrillo, que ya se iba apagando. Estaba sentada al piano, un poco de espaldas a él, y, de cuando en cuando, rozaba suavemente el teclado con los finos dedos de su mano derecha. Los acordes se fundían cautelosos con el habla de la madre, que se apresuraba a revestir sus sentimientos de palabras sinceras y sencillas.

—Yo ahora puedo hablar algo de mí y de la gente, porque he empezado a comprender y puedo comparar. Antes vivía sin tener con qué comparar. En nuestro medio todos viven lo mismo. Mientras que ahora veo cómo viven otros, recuerdo cómo vivía yo... ¡y es amargo, duro!

Bajando la voz continuó:

—Puede que yo diga alguna inconveniencia, y que no haga falta hablar de esto, porque ustedes todo lo saben...

Las lágrimas temblaban en su voz y, mirándoles con una sonrisa en los ojos, prosiguió:

—Pero quisiera abrir mi corazón ante ustedes, ¡para que vieran cuánto bien y felicidad les deseo!

—¡Lo vemos! —dijo Nikolái en voz baja.

No podía la madre saciar su deseo, y de nuevo empezó a hablarles de lo que para ella era nuevo y, a su parecer, de una inapreciable importancia. Comenzó a referirles su vida de agravios y pacientes sufrimientos; hablaba sin rencor, con una sonrisa de compasión en los labios; iba desenrollando la cinta gris de sus días penosos, enumerando los golpes de su marido, y ella misma se asombraba de la futilidad de los motivos que servían de pretexto para los golpes aquellos y se admiraba de su incapacidad para evitarlos...

La escuchaban en silencio, abrumados por el profundo contenido de aquella sencilla historia de un ser humano, considerado como una bestia, que durante mucho tiempo, resignadamente, se había sentido tal como le consideraban. Parecía que miles de vidas hablaban por boca de la madre; todo era habitual y corriente en su vida, pero del mismo modo corriente y ordinario vivían innumerables personas en la tierra, y por ello la historia de Vlásova adquiría significación de símbolo. Nikolái, de codos sobre la mesa, apoyada la cabeza en las palmas de las manos, inmóvil, la miraba a través de sus gafas, con los ojos entornados, tensos. Sofía, recostada en el respaldo de la silla, se estremecía a veces y denegaba con la cabeza. Ya no fumaba; su rostro parecía más delgado y pálido.

—Una vez me consideré desgraciada; me parecía que mi vida no era más que un delirio —empezó a decir Sofía en voz queda, bajando la cabeza—. Aquello fue en el destierro, en una pequeña ciudad, donde no tenía nada que hacer y nadie en quien pensar, como no fuera en mí misma. Como estaba ociosa, empecé a echar la cuenta de todas mis desgracias y a sopesarlas: había reñido con mi padre, a quien quería mucho; me habían expulsado del gimnasio y ofendido; la cárcel, la traición de un camarada a quien tenía afecto, la detención de mi marido; de nuevo la cárcel y el destierro, la muerte del esposo... Y me pareció entonces que yo era la criatura más desgraciada de la tierra. Pero todas mis desdichas, y diez veces más, no valen ni un mes de su vida, Pelagueia Nílovna... Esa tortura diaria durante años y años... ¿De dónde saca la gente fuerzas para sufrir?

—¡Se acostumbra! —contestó Vlásova suspirando.

—¡Y yo que creía conocer la vida...! —dijo Nikolái pensativo—. Pero cuando habla de ella, no un libro, ni mis impresiones aisladas, sino la vida misma, ¡es espantoso! Y son espantosas las menudencias, es espantoso lo insignificante, los minutos, de los que van formándose los años...

La conversación fluía abarcando la vida oscura, por todos lados. Sumíase la madre en sus recuerdos, e iba sacando de las sombras del pasado las humillaciones de cada día, componiendo el sombrío cuadro de mudo horror en que se ahogara su juventud. Por fin, dijo:

—¡Huy, les estoy aturdiendo con mi charla, ya es hora de que ustedes descansen! No es posible contarlo todo...

Los hermanos se despidieron de ella en silencio. Le pareció que Nikolái se inclinaba más que de costumbre y que le estrechaba la mano con mayor fuerza. Sofía la acompañó hasta su cuarto y, deteniéndose en la puerta, le dijo en voz baja:

—¡Que descanse! ¡Buenas noches!

Su voz irradiaba un cálido afecto y sus ojos grises acariciaban dulcemente el rostro de la madre.

Ella tomó la mano de Sofía y, estrechándola entre las suyas, contestó:

—¡Gracias!

IV

Algunos días más tarde, la madre y Sofía se presentaron ante Nikolái ataviadas como mujeres pobres de ciudad, con unos vestidos usados de percal, unas chaquetillas, zurrón a la espalda y bácu-

lo en mano. Con aquel vestido Sofía parecía más baja y su pálido rostro, más severo.

Al despedirse de su hermana, Nikolái le estrechó la mano con fuerza, y una vez más observó la madre la sencillez y apacibilidad de sus relaciones. Ni besos, ni palabras cariñosas; pero, sin embargo, aquellas personas se trataban con tanta sinceridad y solicitud... Donde había vivido ella, las gentes se besaban mucho, se decían con frecuencia palabras de ternura y siempre se estaban mordiendo los unos a los otros, como perros hambrientos.

Las mujeres pasaron en silencio por las calles de la ciudad, salieron al campo y continuaron, hombro con hombro, por un ancho camino, lleno de baches y carriles, entre dos hileras de viejos abedules.

—¿No se cansará? —preguntó la madre a Sofía.

—¿Cree que no tengo costumbre de andar? Esto no es nuevo para mí...

Alegremente, como si contara travesuras infantiles, Sofía empezó a referir a la madre sus trabajos de revolucionaria. Había tenido que vivir con nombre ajeno, sirviéndose de documentos falsos, disfrazándose para despistar a los agentes de la policía secreta; habíase visto obligada a cargar con *puds* de libros prohibidos y llevarlos a diferentes ciudades, a organizar evasiones de camaradas desterrados y acompañarlos al extranjero. En su casa estuvo instalada una imprenta clandestina, y cuando los gendarmes se enteraron, un momento antes de que llegaran a registrar, tuvo tiempo de vestirse de doncella y salir de casa, topando con sus huéspedes junto al portón; sin abrigo, con una cofia en la cabeza y una lata de petróleo en la mano, en invierno, con una helada terrible, cruzó la ciudad de extremo a extremo. Cierta vez, llegó a una ciudad extraña, a casa de unos amigos; cuando subía la escalera, se dio cuenta de que la policía estaba haciendo un registro en la casa. Era ya tarde para retroceder; entonces llamó con audacia al piso de más abajo, y entrando con su maleta en la casa de unos desconocidos, les explicó francamente su situación.

—Pueden entregarme si quieren, pero yo no creo que lo hagan —dijo convencida.

Muy asustados, estuvieron toda la noche en vela, esperando a cada momento que llamara la policía, pero no se decidieron a entregarla, y a la mañana siguiente se rieron con ella de los gendarmes. Otra vez, vestida de monja, tomó asiento en el mismo vagón y en el mismo banco donde viajaba el agente de policía encargado de seguirla, el cual, alardeando de sus habilidades, le contó cómo se hacían

esas cosas. Estaba seguro de que ella viajaba en el mismo tren, en un vagón de segunda clase; salía en cada parada, y, al volver, le decía:

—No se la ve; se ha debido acostar. También ellos se cansan, llevan una vida penosa... ¡por el estilo de la nuestra!

La madre escuchaba riendo sus historias y la miraba con ojos cariñosos. Alta y flaca, de piernas bien formadas, Sofía caminaba con paso firme y ligero. En su porte, en sus palabras y hasta en el timbre mismo de su voz animosa, aunque un tanto opaca, en toda su esbelta figura había mucho de salud espiritual y una jubilosa audacia. Sus ojos miraban todo con expresión juvenil y por todas partes veía algo que aumentaba su lozana alegría.

—¡Mire qué pino tan hermoso! —exclamó Sofía, mostrándole a la madre un árbol. La madre se detuvo a mirarlo; el pino no era más alto ni más frondoso que los demás.

—¡Buen árbol! —repuso sonriendo. Y veía cómo el viento jugueteaba con los cabellos canos sobre las orejas de Sofía.

—¡Una alondra! —los ojos grises de Sofía se encendieron acariciadores, y su cuerpo pareció levantarse de la tierra al encuentro de aquella música que sonaba invisible en la límpida altura. A veces, se agachaba con flexibilidad, arrancaba una florecilla silvestre y con sus dedos leves, finos y ágiles, rozaba y acariciaba amorosamente sus temblorosos pétalos. Y entonaba en voz queda alguna bella canción.

Todo ello iba acercando el corazón de la madre a aquella mujer de ojos claros, e involuntariamente se aproximaba a ella, tratando de llevar el mismo paso. Pero, de cuando en cuando, surgía de pronto en las palabras de Sofía algo brusco, que la madre consideraba superfluo, despertándole un pensamiento de temor.

«No le va a gustar a Mijaíl...»

Mas, un instante después, Sofía volvía a hablar con sencillez, cordialmente, y la madre, sonriendo, la miraba a los ojos.

—¡Qué joven es usted aún! —dijo, luego de un suspiro.

—¡Oh, tengo ya treinta y dos años! —exclamó Sofía.

Vlásova sonrió.

—No es eso lo que quiero decir. Por la cara, se le podrían echar más, pero cuando se mira a sus ojos, cuando se la oye, se asombra una y la tomaría por una muchacha. Su vida es intranquila y difícil, peligrosa; pero su corazón sonríe.

—Yo no siento que me sea difícil, y no puedo imaginarme una vida mejor ni más interesante que ésta... La voy a llamar a usted Nílovna. El nombre de Pelagueia no le va bien.

—¡Llámeme como quiera! —replicó la madre pensativa—. Llámeme como le guste. No hago más que mirarla a usted, la escucho, pienso... Me agrada ver que conoce el camino para llegar al

corazón humano. Ante usted la persona abre su corazón sin timidez, sin recelo; ante usted se descubre el alma por sí sola. Pienso en todos vosotros. Venceréis al mal en la vida, sin duda alguna, ¡lo venceréis!

—¡Nosotros venceremos, porque estamos con el pueblo trabajador! —dijo Sofía con seguridad, en voz alta—. En él, todo está por descubrir, con él hay posibilidades para todo, todo se puede alcanzar. Pero hay que despertarle la conciencia, a la que no dan libertad de crecer...

Sus palabras produjeron en el corazón de la madre un sentimiento complejo; sin saber por qué, le daba lástima de Sofía, una lástima cordial, no ultrajante, y quería oír de ella otras palabras, más sencillas.

—¿Quién la recompensará por sus trabajos? —preguntó en voz baja, tristemente.

Sofía contestó con altivez, al menos así le pareció a la madre.

—¡Ya tenemos recompensa! Hemos encontrado una vida que nos satisface, vivimos con todas las potencias de nuestra alma. ¿Qué más se puede desear?

La madre la miró y bajó la cabeza, pensando de nuevo:

«No le va a gustar a Mijaíl...»

Aspirando a pleno pulmón el aire suave, agradable, caminaban sin prisa, pero a paso ligero, y a la madre le parecía que iba en peregrinación: Se acordó de su niñez y de aquella buena alegría que la animaba cuando, en día de fiesta, salía de su aldea y marchaba a un lejano monasterio, donde había una imagen milagrosa.

A veces, Sofía cantaba con poca voz, pero de un modo bello, nuevas canciones que hablaban del cielo y del amor, y otras veces empezaba a declamar de pronto versos sobre el campo, los bosques, el Volga, y la madre escuchaba sonriendo, y sin querer balanceaba la cabeza al ritmo de aquellos versos, impulsada por su melodía.

En su pecho todo era apacible, tibio y soñador, como en un viejo jardincillo en una tarde de estío.

V

Al tercer día, cuando llegaron al pueblo, la madre preguntó a un mujik que trabajaba en el campo dónde se encontraba la fábrica de alquitrán, y en seguida bajaron por un abrupto sendero del bosque —las raíces de los arboles yacían sobre la tierra, como escalones—, para salir a un calvero circular, no muy extenso, todo cubierto de virutas y carbones, inundado de alquitrán.

—¡Bueno, ya hemos llegado! —dijo la madre, mirando en torno con inquietud.

Junto a una choza, hecha de tronquillos y ramaje, sentados a una mesa construida con tres tablas sin cepillar puestas sobre estacas hincadas en tierra, estaban comiendo Ribin, todo negro, con la camisa abierta por el pecho, Efim y otros dos muchachos. Ribin fue el primero que las distinguió y, protegiéndose los ojos con la palma de la mano, esperó en silencio.

—¡Buenos días, hermano Mijaíl! —gritó la madre desde lejos.

Él se levantó y vino calmoso a su encuentro; al reconocerla, se detuvo y, sonriendo, se acarició la barba con su negra mano.

—¡Vamos en peregrinación! —dijo la madre al llegar hasta él—. Y he pensado: «Voy a acercarme a visitar al hermano.» Ésta es mi amiga, se llama Anna.

Orgullosa de su ingenio, miró con el rabillo del ojo a Sofía, que permanecía seria y severa.

—¡Buenos días! —repuso Ribin sonriendo sombrío; le estrechó la mano con recia sacudida, hizo una inclinación de cabeza a Sofía y continuó—: No mientas, esto no es la ciudad, no se necesitan engaños. Todos son de los nuestros...

Efim, sentado a la mesa, examinaba con mirada penetrante a las peregrinas y cuchicheaba algo con sus compañeros. Cuando las mujeres se aproximaron, se puso en pie y saludó inclinando la cabeza, sin decir palabra; sus camaradas permanecieron impasibles, como si no hubiesen reparado en las visitantes.

—¡Vivimos aquí como monjes! —prosiguió Ribin, dando a Vlásova unos golpecitos en el hombro—. Nadie viene a vernos, el patrón no está en el pueblo, a su mujer se la han llevado al hospital, y yo soy ahora algo así como el encargado. Siéntense a la mesa. ¿Querrán comer, verdad? Efim, tráeles leche.

Sin apresurarse, Efim entró en la choza; las peregrinas se desembarazaron de sus zurrones; uno de los muchachos, alto y delgado, se puso en pie para ayudarlas; otro, de mediana estatura, fornido y desgreñado, las miraba pensativo, de codos sobre el tablero, rascándose la cabeza y tarareando en voz baja una canción.

El aroma pesado del alquitrán mezclábase con el sofocante olor de las hojas podridas y mareaba la cabeza.

—Éste se llama Yákov —dijo Ribin, señalando al más alto de los jóvenes— y éste, Ignat. Bueno, ¿y tu hijo?

—En la cárcel —contestó la madre, suspirando.

—¿Otra vez en la cárcel? —exclamó Ribin—. Se conoce que le ha gustado...

Ignat dejó de cantar, Yákov tomó el báculo de manos de la madre y dijo:

—¡Siéntate!

—¿Y usted? ¿Por qué está en pie? ¡Siéntese! —dijo Ribin, invitando a Sofía. Ésta, sin decir palabra, se sentó en un tronco, examinando atentamente a Ribin.

—¿Cuándo le atraparon? —preguntó Ribin, sentándose frente a la madre, y moviendo la cabeza, añadió—: ¡No tienes suerte, Nílovna!

—¡Qué le vamos a hacer! —dijo ella.

—¿Qué? ¿Te vas acostumbrando?

—No me acostumbro, pero veo que, sin esto, ¡no es posible!

—¡Así es! —dijo Ribin—. Bueno, cuenta...

Efim trajo un puchero con leche, tomó de la mesa una taza, la enjuagó y, después de llenarla de leche, se la acercó a Sofía, escuchando atentamente lo que contaba la madre. Se movía y hacía todo silenciosamente, con precaución. Cuando la madre hubo terminado su breve relato, todos guardaron silencio por un instante, sin mirarse unos a otros. Ignat, sentado a la mesa, hacía con la uña unos dibujos en el tablero; Efim estaba en pie, detrás de Ribin, acodado sobre su hombro; Yákov, apoyada la espalda contra el tronco de un árbol, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y baja la cabeza. Sofía, mirando de reojo, examinaba a los mujiks...

—Vaya, vaya... —dijo Ribin, despacio y sombrío—. De modo que, así, ¡abiertamente...!

—Si entre nosotros hubiera organizado un desfile de ese tipo —dijo Efim, sonriendo ceñudo—, los mujiks le habrían matado a golpes.

—¡Le habrían molido! —confirmó Ignat, asintiendo con la cabeza—. Desde luego, yo me iré a la fábrica, allí es mejor...

—¿Dices que juzgarán a Pável? —preguntó Ribin—. ¿Y qué pena le impondrán? ¿No has oído nada?

—Presidio o deportación perpetua a Siberia —contestó quedamente la madre.

Los tres muchachos la miraron a un tiempo; Ribin bajó la cabeza y le preguntó lentamente:

—Y cuando se metió en eso, ¿sabía lo que le aguardaba?

—¡Lo sabía! —repuso Sofía con voz fuerte.

Callaron todos, inmóviles, como helados por un mismo pensamiento frío.

—¡Así es! —continuó Ribin, con expresión severa y grave—. Yo también creo que lo sabía. Es un hombre serio; antes de dar un salto,

mide bien la distancia. ¿Os dais cuenta, muchachos? Sabía que podrían darle un bayonetazo o llevarle a presidio, y, sin embargo, tiró por ese lado. Si se le hubiera atravesado en el camino su propia madre, habría pasado por encima de ella. ¿Verdad que habría pasado por encima de ti, Nílovna?

—¡Sí! —respondió la madre, estremeciéndose, y luego de echar una mirada en torno suspiró con pena. Sofía le acarició la mano, en silencio, frunciendo el ceño y clavó los ojos en Ribin.

—¡Ése sí que es un hombre! —dijo Ribin en voz baja, y miró a todos con sus oscuros ojos. Y los seis volvieron a guardar silencio.

Unos finos rayos de sol colgaban en el aire como cintas de oro. En alguna parte, graznaba tenaz un cuervo. Miraba la madre en derredor, turbada por los recuerdos del Primero de Mayo, por la añoranza del hijo y de Andréi. En el reducido claro del bosque yacían unos toneles de alquitrán vacíos y troncos erizados de raíces. Robles y abedules rodeaban el claro en apretado cerco, avanzando insensiblemente sobre él desde todos lados, y envueltos en silencio, inmóviles, derramaban sobre la tierra sus sombras oscuras y cálidas.

De pronto, Yákov se separó del árbol, dio unos pasos, se detuvo y, sacudiendo la cabeza, preguntó en voz alta, secamente:

—¿Y contra gente como ésa nos van a mandar a luchar, a Efim y a mí?

—Pues, ¿contra quién te pensabas? —replicó Ribin sombrío—. A nosotros nos estrangulan con nuestras propias manos. ¡En eso está el truco!

—¡A pesar de todo iré a ser soldado! —declaró Efim en voz baja, con obstinación.

—¿Quién te lo impide? —exclamó Ignat—. ¡Vete!

Y fijando de pronto los ojos en Efim, dijo sonriendo:

—Sólo que, cuando me tires a mí, apunta bien a la cabeza y no me dejes inútil... ¡Mátame de una vez...!

—¡Estoy harto de oírlo! —repuso bruscamente Efim.

—¡Esperad, muchachos! —prosiguió Ribin, mirándolos y alzando lentamente una mano—. ¡Aquí tenéis a esta mujer! —dijo señalando a la madre—. Su hijo, probablemente, está perdido esta vez...

—¿Por qué dices eso? —preguntó la madre en voz baja y con angustia.

—Porque es necesario —contestó él, sombrío—. Es necesario que tu pelo no se vuelva blanco en vano. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso la han matado con esto? ¿Has traído libros, Nílovna?

La madre le miró, y luego de un breve silencio, repuso:

—Los he traído...

—¡Bien! —dijo Ribin, dando una palmada en la mesa—. Lo adiviné en cuanto te vi. ¿A qué ibas a venir, sino a eso? ¿Lo veis? Han arrancado al hijo de las filas y su puesto lo ha ocupado la madre.

Y amenazando siniestro con la mano, lanzó un soez juramento.

La madre se asustó de aquel grito, le miró y diose cuenta de que la cara de Mijaíl había cambiado mucho; había adelgazado, la barba le había crecido desigual y, a través de ella, se percibían los pómulos salientes. Finas venillas rojas surcaban las azuladas córneas de los ojos, como si no hubiera dormido hacía mucho. Tenía la nariz más cartilaginosa y ganchuda, como la de un ave de rapiña. El cuello de su camisa desabrochada, que en tiempos fuera roja y ahora estaba empapada de alquitrán, dejaba al descubierto las descarnadas clavículas y la espesa pelambrera de su pecho. Y en toda su figura había algo que le hacía más sombrío y fúnebre. El brillo seco de sus ojos congestionados le iluminaba el rostro moreno con el fuego de la cólera. Sofía, pálida, permanecía en silencio, sin apartar su mirada de los mujiks. Ignat, entornando los ojos, movía la cabeza; Yákov, de nuevo en pie junto a la choza, arrancaba enfadado, con sus negros dedos, la corteza de los tronquillos. A espaldas de la madre, Efim paseaba despacio, a lo largo de la mesa.

—Hace poco —continuó Ribin— me llamó el jefe del distrito y me dijo: «Tú, canalla, ¿qué le dijiste al cura?» «¿Por qué soy yo un canalla? Me gano el pan doblando el espinazo, y a nadie hago daño; ¡eso es!», le contesté. Se puso a aullar, me dio un puñetazo en la boca... estuve detenido tres días. ¿Le habláis así al pueblo? ¿Así? ¡No esperes clemencia, demonio! Si no yo, otro vengará el ultraje; si no es contigo, con tus hijos... ¡Acuérdate! Habéis arado con garras de hierro el pecho del pueblo, habéis sembrado el odio en él. ¡No esperéis compasión, demonios! Eso es.

Todo él estaba lleno de una ira desbordante, y había en su voz trémolos que asustaban a la madre.

—¿Y qué le había dicho yo al pope? —continuó, algo más calmado—. Después de una asamblea de todo el pueblo, él estaba sentado en la calle con los mujiks, contándoles que los hombres son como un rebaño y que necesitan siempre un pastor. Y yo dije en broma: «Si nombraran a la raposa jefe del bosque, habría muchas plumas, ¡pero no quedarían pájaros!» Me miró de reojo y empezó a decir que el pueblo tiene que aguantar y rezarle a Dios para que le dé fuerzas y pueda tener paciencia. Y yo le respondí que el pueblo reza mucho; pero, por lo visto, Dios no tiene tiempo para escucharle. ¡Eso es! Entonces insistió en preguntarme qué oraciones rezaba yo. Yo le dije que, durante toda mi vida, una sola, como todo el pueblo: «¡Señor, enséñame a cargar ladrillos para los señores, a comer

piedras, a escupir tizones!» No me dejó terminar. ¿Usted es una señora de la nobleza? —preguntó bruscamente Ribin a Sofía, interrumpiendo el relato.

—¿Por qué he de serlo? —preguntó ella, estremeciéndose ante la inesperada pregunta.

—¿Por qué? —sonrió Ribin—. Porque ese fue su sino, nacer noble. Eso es. ¿Piensa usted que con un pañuelito de percal puede esconder de las gentes su pecado de nobleza? Reconocemos a los popes, aunque se vistan con tela de saco. Usted acaba de poner el codo en la mesa mojada y se ha estremecido y ha hecho una mueca. Su espalda es demasiado derecha para ser de obrera...

La madre, temiendo que ofendiera a Sofía con su tono brusco, sus palabras y su ironía pesada, terció con severa vivacidad:

—Es mi amiga, Mijaíl Iványich; es una buena mujer, y ha encanecido sirviendo a la causa. Tú no seas...

Ribin suspiró con pesadumbre.

—¿Es que he dicho algo insultante?

Sofía, mirándole, le preguntó con sequedad:

—¿Qué quería usted decirme?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Verá usted, ha llegado aquí hace poco un hombre, que es primo carnal de Yákov, y que está enfermo, tísico. ¿Le puedo llamar?

—¿Por qué no? —repuso Sofía—. Llámele.

Ribin la miró, entornó los ojos y, bajando la voz, dijo:

—Efim, deberías ir a su casa y decirle que se viniera por aquí, al anochecer. ¡Eso es!

Efim se puso la gorra y, en silencio, sin mirar a nadie, se internó despacio en el bosque. Ribin movió la cabeza, señalándole, y dijo con voz sorda:

—¡Sufre! Pronto tendrá que ser soldado. Él, y también Yákov. Éste dice llanamente: no puedo; el otro tampoco puede, pero quiere ir... Se piensa que es posible agitar a los soldados. Yo opino que no hay manera de atravesar un muro con la cabeza... Ahí los tenéis: les ponen un fusil en las manos y... ¡a cargar! Sí... ¡sufre! Ignat le hurga en el corazón, ¡pero es en vano!

—¡No es en vano! —replicó Ignat sombrío, sin mirar a Ribin—. Allí lo transformarán y disparará tan bien como los demás...

—¡Es poco probable! —replicó Ribin pensativo—. Pero, desde luego, mejor sería evitarlo. Rusia es grande. ¿Dónde iban a encontrarle? Podría conseguir un pasaporte y andar por esas aldeas...

—¡Eso mismo haré yo! —observó Ignat, dándose con un palo unos golpecitos en la pierna—. Ya que ha decidido uno ir en contra, hay que ir directamente.

Cesó la conversación. Abejas y avispas revoloteaban diligentes, matizando el silencio con sus zumbidos. Gorjeaban los pájaros y allá, en la lejanía, oíanse canciones vagando por los campos. Tras un instante de silencio, Ribin dijo:

—Bueno, nosotros tenemos que trabajar... Ustedes querrán descansar. Ahí, en la cabaña, hay unos petates. Recoge unas brazadas de hojas secas, Yákov... Y tú, madre, dame los libros...

Sofía y la madre se pusieron a desatar los zurrones. Ribin se inclinó sobre ellos y dijo satisfecho:

—¡No habéis traído pocos! ¡Vaya, vaya! ¿Hace mucho que está metida en estos asuntos? —preguntó dirigiéndose a Sofía—. ¿Y cómo se llama?

—Anna Ivánovna —contestó ella—. Llevo doce años... ¿Por qué?

—Por nada. Y habrá estado en la cárcel, ¿verdad?

—Sí.

—Ya ves —dijo la madre en tono de reproche, sin alzar la voz—, y tú has dicho groserías delante de ella...

Ribin guardó silencio; luego, tomando en sus manos un paquete de libros, dijo, mostrando los dientes:

—¡Usted no se ofenda conmigo! Un mujik y un señor son como el alquitrán y el agua; no pueden estar juntos, no se mezclan.

—Yo no soy señora, ¡soy una persona! —replicó Sofía, sonriendo dulcemente.

—¡Bien puede ser! —contestó Ribin—. Dicen que el perro fue antes lobo. Voy a esconder esto.

Ignat y Yákov se acercaron a él con las manos tendidas.

—¡Danos a nosotros! —dijo Ignat.

—¿Son todos iguales? —preguntó Ribin a Sofía.

—Son distintos. Hay también un periódico...

—¡Oh!

Los tres se apresuraron a entrar en la choza.

—¡Es todo fuego el mujik! —susurró la madre, siguiéndoles con pensativa mirada.

—Sí —asintió Sofía en voz baja—. Nunca había visto una cara como la suya, ¡es como la de un mártir! Vamos allá, quisiera echarles una ojeada...

—No se enfade usted con él, porque sea brusco... —rogó quedamente la madre.

Sofía sonrió.

—¡Qué buena es usted, Nílovna...!

Cuando estuvieron a la puerta de la choza, Ignat levantó la cabeza, les lanzó una mirada rápida y, hundiendo los dedos en sus

cabellos rizosos, se inclinó sobre el periódico que tenía sobre las rodillas. Ribin, en pie, había atrapado en el papel un rayo de sol que penetraba en la choza a través de una grieta del techo y, corriendo el periódico bajo el luminoso haz, leía moviendo los labios. Yákov, de rodillas. apoyado el pecho en el borde del petate, también leía.

La madre fue a un rincón de la choza y se sentó allí; Sofía, rodeándole los hombros con el brazo, observaba en silencio.

—¡Tío Mijaíl, aquí se meten con nosotros, con los mujiks! —dijo Yákov a media voz, sin volverse. Ribin se volvió hacia él, le miró y repuso sonriendo:

—¡Eso es del cariño!

Ignat aspiró aire, levantó la cabeza y, cerrando los ojos, murmuró:

—Aquí dice: «El campesino ha dejado de ser persona»; desde luego, ya no lo es.

Y una sombra de agravio se deslizó por su rostro sencillo y franco.

—Anda, ven acá, métete en mi pellejo, muévete en él, y ya veré yo quién eres, sabihondo.

—Yo me voy a acostar —dijo bajito la madre a Sofía—. A pesar de todo, estoy algo cansada y este olor me marea. ¿Y usted?

—Yo no tengo ganas.

La madre echóse en un petate y se adormeció. Sofía, sentada a su lado, observaba a los lectores, y cuando una avispa o una abeja revoloteaba junto a la cara de la madre, la espantaba con solicitud. La madre, con los ojos entreabiertos, lo advertía, y los cuidados de Sofía le eran gratos.

Ribin se acercó y preguntó con destemplado susurro:

—¿Duerme?

—¡Sí!

Calló un instante, miró con fijeza a la cara de la madre, dio un suspiro y dijo en voz baja:

—Puede que sea la primera mujer que ha seguido el camino de su hijo, ¡la primera!

—No la molestemos, vámonos de aquí —propuso Sofía.

—Sí, nosotros tenemos que ir a trabajar. Me gustaría conversar un rato, pero ya... ¡hasta la noche! ¡Vamos, muchachos!

Se fueron los tres, dejando a Sofía junto a la choza. La madre pensó:

«Bueno, ¡gracias a Dios! Se han hecho amigos...»

Y se durmió apaciblemente, respirando el aroma dulzón del bosque y del alquitrán.

VI

Llegaron los alquitraneros, satisfechos de que hubiera terminado la jornada de trabajo.

Despertada por sus voces, la madre salió de la choza bostezando, sonriente.

—Vosotros trabajando, y yo, ¡durmiendo, como una señora! —dijo, mirando a todos con ojos cariñosos.

—¡A ti se te perdona! —replicó Ribin. Estaba más tranquilo; el cansancio había hecho desaparecer el exceso de agitación.

—Ignat —dijo—, preocúpate del té. Nos ocupamos de estos quehaceres por turno. Hoy le toca a Ignat darnos de comer y de beber.

—De buena gana traspasaría a otro mi turno —observó Ignat, y empezó a recoger virutas y ramitas para encender la hoguera, prestando atención a lo que hablaban.

—A todos nos interesan los huéspedes —replicó Efim, sentándose junto a Sofía.

—Te voy a ayudar, Ignat —dijo quedamente Yákov, saliendo de la choza. Trajo una hogaza y empezó a cortar rebanadas y a distribuirlas por la mesa.

—¡Escuchad! —exclamó Efim sin alzar la voz—. Tose...

Ribin prestó oído y dijo, asintiendo con la cabeza:

—Sí, ya viene...

Y dirigiéndose a Sofía, explicó:

—Ahora vendrá un testigo. Yo lo llevaría por las ciudades, lo expondría en las plazas, para que el pueblo le oyera... Siempre dice lo mismo, pero a todos les hace falta oírlo...

El silencio y la oscuridad se iban haciendo más densos; sonaban más dulcemente las voces. Sofía y la madre observaban a los mujiks; todos ellos se movían lentamente, con pesadez, con una especie de precaución extraña, y también observaban a las mujeres.

Del bosque salió al calvero un hombre alto, encorvado, que andaba despacio, apoyándose con fuerza en un palo; se oía su respiración silbante.

—¡Aquí me tenéis! —dijo, y empezó a toser.

Venía envuelto en un abrigo raído que le llegaba hasta los talones; bajo el sombrero, redondo y arrugado, le asomaban colgantes unos mechones de pelo ralo, amarillento y lacio. Una barbita rubia clara cubría su cara huesuda y amarilla; tenía la boca entreabierta; los ojos, muy hundidos bajo la frente, brillaban febriles en sus oscuras cuencas.

Cuando Ribin se lo hubo presentado a Sofía, el recién llegado le preguntó:

—He oído decir que han traído libros, ¿es cierto?

—Sí, los he traído yo.

—Gracias... ¡en nombre del pueblo...! Él no puede aún comprender la verdad... pero yo, que la he comprendido..., se las doy por él.

Respiraba con rapidez, tragándose el aire a pequeños sorbos, breves y ávidos. Hablaba con voz entrecortada. Los dedos huesudos de sus manos sin fuerza recorrían el pecho tratando de abrocharse los botones del abrigo.

—Para usted es perjudicial el andar por el bosque tan tarde. Hay una humedad sofocante —observó Sofía.

—Para mí, ya no hay nada saludable —contestó jadeando—. Sólo la muerte puede ser beneficiosa...

Daba pena oírle, y toda su figura inspiraba una gran compasión, esa compasión que reconoce su impotencia y despierta una pena sombría. Se sentó en un tonel, doblando las piernas con tanta precaución como si temiera que se le fuesen a romper; se limpió la sudorosa frente. Sus pelos estaban secos, sin vida.

Chisporroteó la hoguera, y de pronto todo se estremeció en derredor, balanceándose; las chamuscadas sombras se lanzaban medrosas al bosque, mientras aparecía y desaparecía sobre el fuego el rostro redondo de Ignat, de abultadas mejillas. Apagóse la hoguera. Empezó a oler a humo, y de nuevo el silencio y las tinieblas se abatieron compactas sobre el calvero, prestando atención y oído a las palabras del enfermo.

—Pero aún puedo ser útil al pueblo, como testigo de un crimen... Mírenme... Tengo veintiocho años, ¡y me estoy ya muriendo! Hace diez años me cargaba hasta doce *puds* de peso, ¡y como si nada! Con esta salud, pensaba yo, llegaré hasta los setenta, sin un traspié. He vivido diez y ya no puedo vivir más. Los patronos me han robado, me han arrebatado cuarenta años de vida, ¡cuarenta años!

—¡Ya habéis oído su canción! —dijo Ribin con voz sorda.

De nuevo se encendió el fuego, pero ya con más fuerza y mayor resplandor. Volvieron las sombras a lanzarse al bosque, para refluir hacia las llamas, y temblaron en torno a la hoguera en silenciosa y hostil danza. Crepitaban y gemían las húmedas ramas. Rumoreaba susurrante el follaje de los árboles, agitado por una onda de aire cálido. Alegres y vivaces, juguéteaban las lenguas de fuego, abrazándose unas a otras; se elevaban, gualdas y rojas, chisporroteando en torno; una hoja ardiente levantó el vuelo, mientras las estrellas sonreían en el cielo a las chispas, llamándolas hacia sí...

—Ésta no es mi canción. La cantan miles de personas, sin comprender que su vida desdichada es una lección saludable para el pueblo. ¡Cuántos inválidos, martirizados por el trabajo, mueren de hambre, en silencio...! —empezó a toser, combándose, temblando.

Yákov puso sobre la mesa un cubo de «kvas»* y, echando al lado un manojo de cebollas, dijo al enfermo:

—Ven, Saveli, te he traído leche...

Saveli denegó con la cabeza, pero Yákov le tomó del brazo, le levantó y le llevó a la mesa.

—¡Oiga! —dijo Sofía a Ribin en voz baja y tono de reproche—. ¿Por qué le han dicho que viniera? Puede morirse de un momento a otro.

—¡Puede ocurrir! —dijo Ribin—. Mientras tanto, que hable. Sacrificó su vida para las naderías; que aguante aún un poco para los hombres. ¡No importa!

—¡Parece como si se deleitara usted con algo! —exclamó Sofía.

Ribin la miró y repuso sombrío:

—Los señores son los que se deleitan con Cristo gimiendo en la cruz; pero nosotros sacamos del hombre enseñanzas, y quisiéramos que ustedes sacaran también alguna...

La madre, asustada, levantó la ceja y le dijo:

—¡Bueno, basta ya...!

Sentado a la mesa, el enfermo empezó a hablar de nuevo:

—Aniquilan a la gente con el trabajo. ¿Y para qué? Roban la vida al hombre, ¿y para qué?, me digo. Yo, en la fábrica de Nefédov, perdí mi vida, y nuestro patrón le regaló a una cantante una jofaina de oro para lavarse, ¡y hasta un bacín de oro! En aquel bacín estaba mi fuerza, mi vida. A eso fue a parar. Aquel hombre me mató con el trabajo para alegrar a su amante con mi sangre: ¡le compró un bacín de oro con mi sangre!

—¡El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios! —replicó Efim sonriendo—. Y así es como le malgastan...

—¡Y no hay que callarlo! —exclamó Ribin, golpeando la mesa con la palma de la mano.

—¡No hay que tolerarlo! —añadió en voz baja Yákov. Ignat sonrió.

La madre observó que los tres muchachos escuchaban con atención insaciable de almas hambrientas, y cada vez que Ribin hablaba, le miraban a la cara con ojos escrutadores... Las palabras de Saveli

---

* *Kvas:* Bebida refrescante hecha con fermento de pan de centeno. *(N. de la Edit.)*

provocaban en sus rostros unas sonrisas extrañas, aceradas. No se percibía que tuviesen compasión del enfermo.

La madre, inclinándose hacia Sofía, le preguntó bajito:

—¿Será verdad lo que cuenta?

Sofía le contestó en voz alta:

—Sí, ¡es verdad! Hablaron de ello los periódicos; eso ocurrió en Moscú...

—¡Y el hombre aquel no tuvo ningún castigo! —dijo Ribin sordamente—. Habría que haberle castigado; llevarlo ante el pueblo, descuartizarlo y echar su carne infame a los perros. Grandes castigos habrá cuando el pueblo se levante. Hará derramar mucha sangre para lavar sus ofensas. Esta sangre es suya, ha sido extraída de sus venas, y le pertenece.

—¡Hace frío! —dijo el enfermo.

Yákov le ayudó a ponerse en pie y le acercó al fuego.

La hoguera ardía resplandeciente; sombras informes temblaban a su alrededor, observando sorprendidas el alegre juego de las llamas. Saveli se sentó en un tronco y tendió al calor del fuego las manos secas, transparentes. Ribin señaló hacia él con la cabeza y dijo a Sofía:

—¡Esto es más fuerte que un libro! Cuando una máquina arranca un brazo a un obrero o le mata, se explica diciendo que él mismo ha tenido la culpa. Pero cuando le chupan la sangre a un hombre y le echan a un lado como carroña, no se explica con nada. Yo comprendo cualquier homicidio, sea el que sea, pero las torturas por broma no las comprendo. ¿Para qué torturan al pueblo, para qué nos atormentan a todos? Por broma, por divertirse, para vivir en la tierra más alegremente, para poder comprarlo todo con sangre: a la cantante, caballos, cuchillos de plata, vajillas de oro, y juguetes caros a los niños. Tú trabaja, trabaja más, mientras yo junto dinero para regalar, con tu trabajo, un bacín de oro a la querida.

La madre escuchaba, miraba, y una vez más, ante ella, en la sombra, aparecía y desaparecía extendiéndose, como una franja luminosa, el camino de Pável y de todos los que con él iban.

Terminada la cena, se distribuyeron en torno a la hoguera; ante ellos, devorando rápidamente la leña, ardía el fuego; detrás, las tinieblas envolvían cielo y bosque. El enfermo, muy abiertos los ojos, miraba a las llamas, tosía sin cesar, todo él estremecido por un temblor; era como si los restos de su vida se arrancasen apresuradamente de su pecho, presurosos de abandonar aquel cuerpo agotado por la dolencia. Los reflejos de las llamas danzaban en su rostro sin animar la muerta piel. Únicamente los ojos del enfermo ardían con mortecina luz.

—¿No estarías mejor en la choza, eh? —le preguntó Yákov, inclinándose hacia él.

—¿Para qué? —contestó con esfuerzo—. Seguiré aquí sentado, ¡ya no me queda mucho de estar con los hombres...!

Paseó la mirada en derredor, guardó silencio unos instantes y prosiguió, sonriendo con pálida sonrisa:

—Me siento bien entre vosotros. Os miro y pienso: quizá éstos venguen a los despojados, al pueblo, muerto por la codicia...

Como nadie le contestara, pronto empezó a dormitar, con la cabeza colgante, sin fuerza, sobre el pecho. Ribin le miró y dijo en voz baja:

—Viene a vernos, se sienta y nos cuenta siempre lo mismo: esa vejación hecha al hombre. En ella está toda su alma, es como si con eso le hubieran arrancado los ojos y ya no viera nada más.

—¿Y qué más se necesita? —dijo la madre pensativa—. Si existen miles de seres humanos que, día a día, se matan trabajando para que el amo pueda tirar el dinero en bagatelas, ¿qué más quieres...?

—¡Aburre escucharle! —dijo en voz baja Ignat—. Con una vez que se oiga esto, no se olvida, ¡y él siempre está con lo mismo!

—Es que, para él, ¡todo está en esa historia, toda su vida; compréndelo! —dijo Ribin sombrío—. Decenas de veces la he oído yo, y sin embargo, alguna vez que otra llego a dudar. Hay horas buenas en que no quieres creer en la villanía del hombre, en su locura... Horas en las que se siente tanta lástima del rico como del pobre... porque el rico también se equivoca de camino. A uno le ciega el hambre, al otro el oro. Y piensas: ¡Ay, hombres!, ¡ay, hermanos! ¡Sacudíos, reflexionad honradamente, sin piedad de vosotros mismos; reflexionad!

El enfermo se balanceó, abrió los ojos y tendióse en la tierra. Yákov se levantó sin hacer ruido, entró en la choza, trajo una pelliza, cubrió con ella a Saveli y volvió a sentarse junto a Sofía.

El rostro rubicundo del fuego sonreía provocativo, iluminando las oscuras figuras que le rodeaban, y las voces de los hombres mezclábanse soñadoras con el tenue crepitar de la leña y el susurro de las llamas.

Sofía hablaba de la lucha internacional de los pueblos para adquirir el derecho a la vida, de los antiguos combates de los campesinos de Alemania, de las desdichas de los irlandeses, de las grandes hazañas de los obreros franceses en sus frecuentes luchas por la libertad...

En el bosque revestido por el terciopelo de la noche, en el reducido calvero limitado por los árboles, bajo la bóveda del cielo oscuro, ante el fuego, en un círculo de sombras admiradas y hostiles,

iban resucitando los acontecimientos que pusieran en conmoción al mundo de los ahítos y de los ávidos; los pueblos de la tierra desfilaban, unos tras otros, manando sangre, extenuados por las luchas; eran recordados los nombres de los héroes de la libertad y de la verdad.

La voz algo opaca de la mujer sonaba dulcemente. Como si hubiera salido del pasado, iba despertando esperanzas, inspirando seguridad, y ellos escuchaban en silencio aquel relato sobre sus hermanos en espíritu.

Miraban al rostro de la mujer, pálido, delgado; ante ellos se iluminaba, con claridad cada vez mayor, la sagrada causa de todos los pueblos del mundo, la interminable lucha por la libertad. El hombre veía sus anhelos y pensamientos en la lejanía del pasado, cubierto por una oscura y sangrienta cortina, entre otros pueblos, desconocidos para él; y en su interior, con la inteligencia y el corazón, se incorporaba al mundo, veía en él a amigos que hacía tiempo, unidos por los mismos pensamientos, habían resuelto con firmeza lograr en la tierra la verdad, habían santificado su resolución con innumerables sufrimientos y derramado ríos de su propia sangre para conseguir el triunfo de una vida nueva, luminosa y alegre. Surgía y se desarrollaba el sentimiento de un parentesco espiritual con todos, nacía un nuevo corazón en la tierra, lleno del ardiente afán de comprenderlo todo y de unirlo todo en sí.

—Día vendrá en que los trabajadores de todo el mundo levanten la cabeza y digan con firmeza: ¡Basta! ¡No queremos más esta vida! —sonaba con convicción la voz de Sofía—. Y entonces se derrumbará el poder ficticio de los que sólo son fuertes por su avidez, la tierra se hundirá bajo sus pies, no tendrán dónde apoyarse...

—¡Así será! —dijo Ribin, inclinando la cabeza—. Cuando no se escatiman las fuerzas, ¡puede conseguirse todo!

La madre, muy alzada la ceja, con una sonrisa de jubiloso asombro quieta en el rostro, escuchaba. Veía que todo lo brusco, lo sonoro, lo ampuloso, cuanto le pareciera superfluo en Sofía, había desaparecido, habíase hundido en el torrente, igual y abrasador, de sus palabras. Le agradaba el silencio de la noche, los juegos de las llamas, el rostro de Sofía y, sobre todo, la grave atención de los mujiks. Permanecían inmóviles, esforzándose en no turbar el fluir tranquilo del relato, temiendo romper el hilo luminoso que los unía al mundo. Tan sólo de cuando en cuando alguno de ellos echaba con precaución un leño al fuego, y cuando de la hoguera se alzaba un enjambre de chispas y humo, lo apartaban de las mujeres, agitando la mano en el aire.

Una vez, Yákov se levantó y rogó en voz baja:

—Espere a que vuelva...

Fue corriendo a la choza, trajo de allí ropa de abrigo y, ayudado por Ignat, cubrió en silencio las piernas y los hombros de las mujeres. De nuevo habló Sofía, describiendo el día de la victoria, inculcando a los hombres la fe en sus propias fuerzas, despertando en ellos la conciencia de la comunidad con todos los que entregaban su vida al trabajo sin fruto, estéril, para las estúpidas diversiones de los ahítos. Las palabras no emocionaban a Nílovna, pero aquel sentimiento grande, despertado por el relato de Sofía y que abrazaba a todos, llenaba también su pecho de gratitud, de una muda oración por aquellas gentes que, arrostrando todos los peligros, iban hacia los aprisionados con las cadenas del trabajo, llevándoles los dones de la razón honrada, el presente del amor a la verdad.

«¡Ayúdalos Señor!», pensó la madre, cerrando los ojos.

Al amanecer, Sofía, fatigada, guardó silencio y, sonriendo, miró a las caras pensativas, iluminadas, que la rodeaban.

—¡Es hora de que nos marchemos! —dijo la madre.

—¡Es verdad! —repuso Sofía, con cansancio.

Uno de los muchachos suspiró ruidosamente.

—¡Lástima que se marchen! —dijo Ribin con una dulzura desacostumbrada en la voz—. ¡Qué bien habla usted! ¡Es algo grande hermanar a los hombres! Cuando se sabe que hay millones de personas que quieren lo que uno mismo desea, el corazón se vuelve mejor, y en la bondad... ¡hay una gran fuerza!

—Tú vas hacia ellos con buen corazón, ¡y ellos te reciben con el aguijón! —dijo en voz baja Efim, sonriendo y poniéndose en pie con presteza—. Tienen que marcharse, tío Mijaíl, antes de que nadie las vea. Repartiremos los libros, y cuando las autoridades se pongan a indagar de dónde han salido, alguien recordará que una vez llegaron unas peregrinas...

—Bueno, madre, ¡gracias por el trabajo que te has impuesto! —dijo Ribin, interrumpiendo a Efim—. Cuando te miro, no dejo de pensar en Pável. ¡Has hecho bien en seguir por este camino!

Dulcificado, sonrió con ancha y bondadosa sonrisa. Hacía fresco, y sin embargo, estaba en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y todo el pecho al desnudo. La madre contempló su figura maciza y le aconsejó con cariño:

—Deberías echarte algo encima, ¡hace frío!

—Por dentro estoy ardiendo —replicó él.

Los tres jóvenes, plantados junto a la hoguera, conversaban en voz baja; a sus pies, cubierto con pellizas, yacía el enfermo. Palidecía el cielo, iban desvaneciéndose las sombras y temblaban las hojas de los árboles, esperando al sol.

—Bueno, entonces, ¡adiós! —dijo Ribin, estrechando la mano a Sofía—. ¿Cómo la puedo encontrar en la ciudad?

—Tienes que buscarme a mí —repuso la madre.

Los jóvenes, en apretado grupo, se acercaron lentamente a Sofía y le estrecharon la mano en silencio, con afectuosa torpeza. En cada uno de ellos se percibía claramente una oculta satisfacción, agradecida y cordial, que debía turbarles por su novedad. Sonriendo con los ojos secos por la noche de insomnio, miraban callados al rostro de Sofía, apoyándose ya en un pie, ya en el otro.

—¿No quieren beber un poco de leche antes de ponerse en camino? —preguntó Yákov.

—¿Queda todavía? —preguntó Efim.

Ignat, pasándose turbado la mano por el pelo, declaró:

—No, se me ha derramado...

Y los tres sonrieron.

Hablaban de la leche, pero la madre percibía que estaban pensando en otra cosa y que, sin palabras, les deseaban toda clase de venturas. Aquello conmovió visiblemente a Sofía, llenándola también de turbación, de una pudorosa modestia que sólo le permitió decir, en voz baja:

—¡Gracias, camaradas!

Se miraron unos a otros, como si aquellas palabras les hubieran hecho vacilar suavemente.

El enfermo tuvo un acceso de tos bronca. En el fuego se apagaron las brasas.

—¡Adiós! —dijeron a media voz los mujiks, y la triste palabra fue acompañando a las mujeres durante largo rato.

Ellas, sin apresurarse, se adentraron por una senda del bosque, envueltas en la penumbra anterior a la amanecida; la madre, andando detrás de Sofía, dijo:

—¡Qué bien ha resultado todo esto! ¡Tan bien como si hubiera sido un sueño! ¡Ay, querida mía, la gente quiere conocer la verdad! Resulta parecido a lo que ocurre en la iglesia, en el alba de un día de gran fiesta... Aún no ha llegado el sacerdote, todo está silencioso y oscuro, el templo infunde aún miedo, pero ya va llenándose de gente... comienzan a encender las velas ante la imagen, empiezan a alumbrar y van expulsando poco a poco la oscuridad, iluminando la casa de Dios.

—¡Así es! —contestó Sofía alegremente—. Sólo que, aquí, la casa de Dios es toda la tierra.

—¡Toda la tierra! —repitió la madre, moviendo pensativa la cabeza—. Ha resultado tan bien, que hasta cuesta trabajo creerlo...

Y usted, querida mía, ha hablado bien, ¡muy bien! ¡Y yo que me temía que usted no les iba a gustar...!

Sofía, después de unos instantes de silencio, repuso en voz baja y sin alegría:

—Con ellos se vuelve una más sencilla...

Caminaban hablando de Ribin, del enfermo, de los muchachos, que, silenciosos, habían escuchado con tanta atención y expresado con tanta torpeza, pero de modo elocuente, sus sentimientos de agradecida amistad, prodigando a las mujeres pequeños cuidados. Salieron al campo. El sol se alzaba a su encuentro. Invisible aún, había desplegado en el cielo un transparente abanico de rayos rosáceos, y en la hierba centelleaban las gotas de rocío en multicolores chispas de gozo y alegría primaverales. Despertábanse los pájaros, animando el amanecer con sus alegres trinos. Graznando diligentes, moviendo pesadamente las alas, volaban unos cuervos gordos; en algún sitio silbaba inquieta una oropéndola. Abríanse las lejanías, borrando de sus altozanos la sombras nocturnas, para acoger al sol.

—A veces, una persona habla y habla, y no la comprendes hasta que no logra decirte alguna palabra sencilla, y de pronto, esta palabra ¡lo aclara todo! —contaba la madre pensativa—. Así ocurre con ese enfermo. Yo le oía, yo misma sé cómo les sacan el jugo a los obreros en la fábrica y en todas partes. Pero está una acostumbrada a eso desde pequeña y no impresiona mucho. Y él, de repente, nos ha contado algo tan humillante, tan infame... ¡Dios mío! ¿Será posible que los hombres entreguen toda su vida al trabajo para que un patrón se permita semejantes escarnios? ¡Eso no tiene justificación!

El pensamiento de la madre se detuvo en aquel caso que, con su torpe y canallesco brillo, iluminaba ante ella numerosos sucesos del mismo tipo, conocidos en algún tiempo y después olvidados.

—Por lo que se ve, ¡están ya hartos de todo y sienten náuseas! Conocía yo a un jefe de *zemstvo* que obligaba a los mujiks a inclinarse ante su caballo cuando iba por el pueblo con él, y al que no se inclinaba le mandaba encarcelar. ¿Para qué necesitaba hacer aquello? No es posible comprenderlo, ¡no es posible!

Sofía entonó a media voz una canción, animosa como la mañana...

VII

La vida de Nílovna fluía con una calma extraña. Aquella calma la sorprendía a veces. El hijo estaba en la cárcel; ella sabía que le esperaba una dura condena, pero siempre que pensaba en él, su

memoria, en contra de su voluntad, hacía surgir ante ella a Andréi, a Fedia y a otras muchas personas conocidas. La figura del hijo, absorbiendo a todas aquellas gentes de idéntico destino, crecía ante sus ojos, despertando un sentimiento de meditativa contemplación que, involuntaria e imperceptiblemente, ensanchaba los pensamientos acerca de Pável, dispersándolos en todas direcciones. Los recuerdos esparcíanse por doquier en finos rayos desiguales, tocándolo todo, tratando de iluminarlo todo, de reunirlo en un solo cuadro, y le impedían detenerse en nada aislado, concentrarse estrechamente en su triste añoranza del hijo, en su miedo por él.

Sofía se marchó pronto; unos cinco días después reapareció, alegre y animosa, para desaparecer de nuevo a las pocas horas y volver otra vez, pasadas unas dos semanas. Era como si volase por la vida describiendo amplios círculos y se asomara de cuando en cuando a ver al hermano para llenarle la vivienda con su aliento y su música.

La música le era ya grata a la madre. Al oírla sentía que unas oleadas cálidas latían en su pecho, afluían a su corazón, que latía con ritmo más igual, y como el grano en la tierra, regada con abundancia, profundamente arada, iban creciendo en él con rapidez y brío oleadas de pensamientos, florecían leves y hermosas las palabras, despertadas por la fuerza de los sonidos.

A la madre le era difícil resignarse al desorden de Sofía, que tiraba por todas partes sus cosas, las colillas, la ceniza, y aún le costaba más trabajo habituarse a sus fogosos discursos. Todo ello resaltaba demasiado en contraste con la serena firmeza de Nikolái, con la invariable y dulce gravedad de sus palabras. Parecíale a la madre que Sofía era como una adolescente, afanosa de aparentar que era ya adulta, y que consideraba a las personas como juguetes curiosos. Hablaba mucho de la santidad del trabajo, y con su desorden aumentaba inútilmente el quehacer de la madre; hablaba de libertad, pero, según veía la madre, agobiaba a todos con su intolerancia brusca y sus constantes discusiones. En ella había mucho de contradictorio, por lo que la madre la trataba con suma cautela y atención cuidadosa, sin el cálido afecto constante que Nikolái despertaba en su corazón.

Nikolái, siempre preocupado, llevaba día tras día la misma existencia regular y monótona: a las ocho de la mañana tomaba el té y, mientras leía el periódico, iba comunicando a la madre las novedades. Al oírle, ella veía con asombrosa claridad cómo la pesada máquina de la vida molía sin piedad a los hombres, convirtiéndolos en dinero. Percibía en él algo de común con Andréi. Como el «jojol», hablaba de los hombres sin animadversión, considerándolos a todos culpables de la mala organizacion de la vida, pero su fe en la

nueva vida no era tan ardiente, ni tan luminosa como la de Andréi. Hablaba siempre en tono reposado, con voz de juez íntegro y severo; y aunque sonreía con dulce sonrisa de compasión, hasta cuando contaba cosas terribles, sus ojos brillaban con frialdad y firmeza. Al ver aquel brillo, la madre comprendía que Nikolái no perdonaba nada ni a nadie, que no podía perdonar, y al sentir lo penosa que había de serle tal firmeza, compadecíase de Nikolái, quien le agradaba cada vez más.

A las nueve marchaba al trabajo. La madre arreglaba la casa, preparaba la comida, se lavaba, se ponía un vestido limpio y se sentaba en su cuarto a mirar las estampas de los libros. Ya había aprendido a leer, pero ello le exigía siempre una gran tensión y se cansaba pronto, acabando por no comprender la ligazón de las palabras. En cambio, la entretenía, como a un niño, ver las estampas; éstas descubrían ante ella un mundo comprensible, casi tangible, nuevo y maravilloso. Aparecían ante su vista inmensas ciudades, magníficos edificios, máquinas, navíos, monumentos, las incalculables riquezas creadas por los hombres y las creaciones de la naturaleza, que causaban asombro por su diversidad. La vida se ampliaba infinita, descubriendo cada día ante sus ojos lo enorme, lo ignoto, lo maravilloso, y con la abundancia de sus tesoros y la infinidad de sus bellezas iba excitando y despertando cada vez más el alma hambrienta de la mujer. Le gustaba sobre todo examinar las láminas de un atlas zoológico; aunque estaba escrito en lengua extranjera, le daba la más clara representación de la hermosura, riqueza e inmensidad de la tierra.

—¡Qué grande es la tierra! —le decía a Nikolái.

Lo que más la emocionaba eran los insectos, y sobre todo, las mariposas; observaba con sorpresa los dibujos que las representaban, y razonaba así:

—¡Qué hermosura, Nikolái Ivánovich! ¿Verdad? ¡Y cuánta belleza como ésta hay por todas partes! Pero todo se esconde a nuestros ojos y vuela ante nosotros sin que lo veamos. La gente va de aquí para allá, sin saber nada, sin poder admirar nada, porque no le queda ni gana ni tiempo para ello. ¡Cuántas alegrías podrían tener si supieran lo rica que es la tierra y las muchas cosas asombrosas que existen en ella! Y todo para todos, cada uno para todos, ¿verdad?

—¡Exactamente! —decía Nikolái sonriendo. Y le traía más libros ilustrados.

Por las tardes, se reunían con frecuencia algunos amigos; venía Alexéi Vasílievich, hombre guapo de rostro pálido y barba negra, grave y taciturno; Román Petróvich, de cabeza redonda y cutis granujiento, que chasqueaba continuamente los labios con expresión

de lástima; Iván Danílovich, pequeño y flacucho, de puntiaguda barbita, voz atiplada, agresiva, chillón y punzante como una lezna; Egor, que siempre se burlaba de sí mismo, de sus camaradas y de su enfermedad, que iba minándole más y más. Se presentaban también otras personas llegadas de ciudades lejanas. Nikolái sostenía con todos largas charlas en voz baja, siempre sobre lo mismo, sobre los obreros de toda la tierra. Discutían, se acaloraban, agitando mucho los brazos, y bebían mucho té; a veces, Nikolái, entre el ruido de las conversaciones, componía en silencio proclamas; después las leía a los camaradas; allí mismo las copiaban en caracteres de imprenta, y la madre recogía cuidadosamente los trocitos de los borradores rotos y los quemaba.

Mientras les iba sirviendo el té, se asombraba del ardor con que hablaban de la vida y de la suerte de los obreros, de cómo sembrar entre éstos más rápidamente y mejor las ideas sobre la verdad y el modo de levantar su ánimo. A menudo, no se ponían de acuerdo en alguna cosa, se acusaban mutuamente, se enfadaban, se ofendían, y luego, vuelta a discutir.

La madre se daba cuenta de que conocía la vida de los obreros mejor que todos aquellos hombres, parecíale que veía más claramente la inmensidad de la tarea que habían tomado sobre sí, y ello le permitía tratarlos con esa condescendencia, un tanto melancólica, de la persona mayor que ve a unos niños jugar a marido y mujer sin comprender el drama de estas relaciones. Involuntariamente, comparaba aquellos discursos con los de su hijo, con los de Andréi, y al compararlos, percibía la diferencia que al principio no había podido comprender. A veces, le parecía que allí se gritaba más fuerte que en el arrabal, y se lo explicaba para sus adentros, diciéndose:

«Saben más, por eso hablan más fuerte...»

Pero con harta frecuencia le parecía que todos aquellos hombres se exasperaban adrede, que su excitación era sólo aparente, como si cada uno de ellos quisiera demostrar a los demás camaradas que se encontraba más cerca de la verdad y sentía por ésta más amor; los demás se ofendían por ello, y a su vez, para demostrar su proximidad a la verdad, se ponían a discutir con dureza y grosería. Parecíale que cada cual quería saltar más alto que el compañero, y ello le producía una inquieta tristeza. Movía la ceja y, mirándolos a todos con ojos suplicantes, pensaba:

«Se han olvidado de Pasha y de sus camaradas...»

Escuchaba siempre con gran atención las discusiones que, naturalmente, no entendía; buscaba el sentimiento tras las palabras, y veía que cuando en el arrabal se hablaba del bien, se tomaba en su totalidad, por entero, mientras que aquí se partía todo en trozos y se

desmenuzaba; allá se sentía con mayor profundidad y fuerza, aquí dominaban los pensamientos agudos, que lo cortaban todo en pedacitos; aquí se hablaba más de la destrucción de lo viejo, allá se soñaba con lo nuevo. Por eso las palabras del hijo y de Andréi estaban más cerca de ella, le eran más asequibles...

Advirtió también que cuando algún obrero llegaba a ver a Nikolái, éste adquiría una desenvoltura inhabitual, en su rostro aparecía una expresión de dulzura y hablaba de manera distinta que de ordinario, con mayor rudeza y descuido.

«Trata de que le comprendan», pensaba ella.

Pero esto no la consolaba y veía que el visitante obrero removíase lo mismo que si estuviera atado por dentro, y que no podía hablar tan lisa y llanamente como lo hacía con ella, mujer sencilla. Una vez, cuando Nikolái hubo salido, ella le dijo a un muchacho:

—¿Por qué estás cortado? No eres ningún chiquillo en un examen...

El muchacho sonrió con ancha sonrisa.

—Por la falta de costumbre, hasta los cangrejos se ponen colorados... A pesar de todo, no es hermano nuestro...

A veces, venía Sáshenka, nunca por mucho tiempo, siempre hablando de cosas prácticas, sin reírse, y al marchar no dejaba de preguntarle a la madre:

—¿Cómo está Pável Mijáilovich? ¿Bien de salud?

—¡Sí, gracias a Dios! Está bien, ¡y alegre! —respondía la madre.

—Salúdele de mi parte —rogaba la muchacha, y desaparecía.

A veces, la madre se lamentaba de que retuviesen a Pável tanto tiempo y de que no empezara el juicio. Sáshenka fruncía el ceño y callaba, mas sus dedos se movían con rapidez.

Nílovna sentía deseos de decirle:

«Querida mía, si ya sé que le quieres...»

Pero no se decidía; la expresión severa de la muchacha, los labios, muy prietos, y el seco tono ejecutivo de sus palabras rechazaban de antemano toda caricia. Suspirando, la madre estrechaba en silencio la mano que le tendía, y pensaba:

«¡Pobrecita mía!...»

Una vez se presentó Natasha. Al ver a la madre, se puso muy contenta, la besó y, entre otras cosas, como de pasada, le comunicó de pronto, muy quedamente:

—Mi madre ha muerto, ¡se ha muerto la pobre...!

Sacudió la cabeza, se enjugó con rapidez las lágrimas y prosiguió:

—Me da mucha pena; no tenía aún cincuenta años; podía haber vivido aún mucho tiempo. Pero si se mira por otro lado, se piensa:

probablemente la muerte ha sido para ella más fácil que esta vida. Siempre sola, extraña a todos, innecesaria, asustada con los gritos de mi padre, ¿acaso era eso vivir? Se vive cuando se espera algo bueno, pero ella no tenía nada que esperar, a no ser ultrajes...

—Es verdad lo que dice, Natasha —repuso pensativa la madre—. Se vive cuando se espera algo bueno, pero si no hay nada que esperar, ¿qué vida es ésta? —y acariciando la mano de la muchacha, le preguntó—: ¿Usted ahora se ha quedado sola?

—¡Sola! —contestó Natasha, sin pena.

La madre guardó silencio; de repente, observó con una sonrisa:

—¡No importa! Una persona buena nunca vive sola, siempre se ve rodeada de gente...

VIII

Natasha entró a trabajar de maestra en una fábrica de tejidos de la comarca, y la madre empezó a llevarle libros prohibidos, proclamas, periódicos...

Ello constituía su ocupación más importante. Varias veces al mes, vestida de religiosa, de vendedora de encajes y tejidos hechos a mano, de pequeñoburguesa acomodada o de peregrina errante, iba por los pueblos de la provincia, a pie o en tren, con un zurrón a la espalda o una maleta en la mano. En los vagones y en los barcos, en los hoteles o en las posadas se comportaba con tranquilidad y sencillez; era la primera en dirigir la palabra a los desconocidos y llamaba irresistiblemente la atención por su hablar cariñoso, su carácter sociable y sus decididos modales de persona experimentada que ha visto mucho mundo.

Le gustaba hablar con la gente, le agradaba escuchar sus relatos sobre la vida, sus quejas y sus dudas. El corazón se le inundaba de gozo cada vez que advertía en una persona ese agudo descontento, que, protestando contra los embates del destino, busca afanosamente respuesta a las preguntas que han surgido en la mente. Ante ella se desplegaba, cada vez más abigarrado y amplio, el cuadro de la vida humana, de la vida agitada e inquieta en lucha por la hartura. Por todas partes se veía con claridad la tendencia, groseramente desnuda y cínicamente descarada, de engañar al hombre, de despojarle, de extraer de él el mayor provecho posible en beneficio propio, de chuparle la sangre. Veía tambien que en la tierra había de todo en abundancia, mientras el pueblo estaba necesitado y vivía semihambriento, rodeado de innumerables riquezas. En las ciudades se alzaban templos abarrotados de oro y plata, que no eran necesarios a Dios,

mientras en los atrios tiritaban los mendigos, esperando en vano que alguien depositara una monedita de cobre en su mano. Aquello lo había visto también antes: opulentas iglesias, casullas sacerdotales bordadas en oro, los tugurios de la gente pobre y sus ignominiosos harapos; pero entonces le había parecido natural, mientras que ahora lo consideraba como inadmisible e insultante para los pobres, para quienes la iglesia, bien lo sabía ella, estaba más cerca y era más necesaria que para los ricos.

Por los cuadros que representaban a Cristo y por los relatos acerca de él, ella sabía que era amigo de los pobres, que se vestía con sencillez y, sin embargo, en las iglesias adonde acudían los menesterosos en busca de consuelo, le veía aprisionado entre el insolente oro y sedas que susurraban con desdeñoso frufrú a la vista de la miseria, e involuntariamente las palabras de Ribin le venían a la memoria:

«¡Nos han engañado hasta con Dios!»

Insensiblemente empezó a rezar menos, pero a pensar más en Cristo y en la gente que, sin recordar su nombre y al parecer sin conocerle, vivía en su opinión, según su evangelio, y que, como él, consideraba la tierra reino de los pobres y deseaba dividir entre los hombres, por partes iguales, todas las riquezas del mundo. Reflexionaba mucho sobre todo ello, y en su alma iba desarrollándose ese pensamiento, profundizándose y abarcando cuanto ella veía y oía, hasta crecer y tomar la figura luminosa de una oración que derramaba por igual su resplandor sobre el mundo oscuro, sobre la vida toda y sobre todos los hombres. Le parecía que Cristo mismo, al que ella siempre había amado con impreciso amor —con un sentimiento complejo en el que el temor se mezclaba estrechamente con la esperanza y la ternura con el dolor—, estaba ahora más cerca de ella y era ya otro, más elevado y visible, de faz más radiante e iluminada, como si en realidad hubiera resucitado para la vida, purificado y reanimado por la ardiente sangre que los hombres vertieran con generosidad en su nombre, sin invocar, pudorosamente, al desdichado amigo del género humano. De sus viajes, siempre volvía a casa de Nikolái contenta y entusiasmada por lo que había visto y oído en el camino, animosa y satisfecha del trabajo realizado.

—¡Qué bien está eso de ir por todas partes y ver tantas cosas! —solía decir por las tardes a Nikolái—. Comprende una cómo se va formando la vida. Empujan al pueblo, lo echan a un lado de la vida, y él, ofendido, pulula por allá; pero, quieras que no, piensa: ¿por qué esto? ¿Por qué me arrojan fuera? ¿Por qué hay tanto de todo y yo estoy hambriento? ¡Cuánta inteligencia por todas partes, mientras que yo soy ignorante y torpe! ¿Y dónde está él, el Dios miseri-

cordioso ante quien no hay ni ricos ni pobres, de quien son todos hijos queridos de su corazón? Poco a poco el pueblo se va rebelando contra su existencia; siente que la mentira le ahogará, si él no piensa en sí mismo.

Y cada vez con mayor frecuencia, sentía la necesidad imperiosa de hablar, con sus palabras, a la gente acerca de las injusticias de la vida, y en ocasiones, le era difícil sofocar el deseo...

Cuando Nikolái la sorprendía mirando estampas, sonriendo, le contaba siempre algo maravilloso. Asombrada por la audacia de los objetivos del hombre, preguntaba a Nikolái con incredulidad.

—Pero, ¿es posible eso?

Y él, tenazmente, con inquebrantable convicción en la verdad de sus predicciones, mirándola a través de las gafas con sus bondadosos ojos, le iba refiriendo cuentos sobre el futuro.

—Los anhelos del hombre no tienen medida, sus fuerzas son inagotables; mas, a pesar de todo, en lo que atañe al espíritu, el mundo se enriquece muy lentamente, porque cada cual, deseando liberarse de su dependencia, se ve obligado a amontonar dinero en vez de conocimientos. Pero cuando los hombres maten la codicia, cuando se liberen de la prisión del trabajo forzado...

Ella raramente alcanzaba el sentido de sus palabras, pero la serena fe que las animaba le era cada vez más asequible.

—En la tierra son pocos, demasiado pocos, los hombres libres; ¡ésa es la desgracia! —decía él.

Aquello lo comprendía; ella conocía gente que habíase liberado de la codicia y de la maldad, y si hubiese más gentes de aquéllas, la faz negra y terrible de la vida se tornaría más acogedora y sencilla, más buena y luminosa.

—El hombre, sin quererlo, ¡tiene que ser cruel! —decía Nikolái tristemente.

La madre asentía con la cabeza y recordaba las palabras del «jojol».

IX

Un día Nikolái, siempre puntual, volvió del trabajo mucho más tarde que de costumbre y, sin quitarse el abrigo, frotándose excitado las manos, dijo con precipitación:

—¿No sabe usted, Nílovna?, hoy se ha escapado de la cárcel uno de nuestros camaradas. Pero, ¿quién será? No lo hemos logrado averiguar...

Le flaquearon las piernas a la madre; invadida por la emoción, se sentó en una silla y preguntó en un susurro:

—¿Puede que sea Pável?

—¡Puede ser! —contestó Nikolái, encogiéndose de hombros—. Pero, ¿cómo ayudarle a que se esconda y dónde encontrarle? He estado andando por las calles a ver si le encontraba. Es una tontería, pero algo hay que hacer, y ahora me vuelvo a marchar...

—¡Yo también! —exclamó la madre.

—¡Vaya usted a casa de Egor a ver si él sabe algo! —le propuso Nikolái, desapareciendo apresuradamente.

Ella se echó un pañuelo a la cabeza, y llena de esperanza salió a la calle en pos de él. Se le nublaban los ojos y el corazón le latía con violencia, obligándola casi a correr. Iba al encuentro de lo posible, con la cabeza baja, sin ver nada a su alrededor.

«¿Y si llego y él está allí?», fulguró la esperanza, dándole aún más impulso.

Hacía calor... caminaba jadeante de fatiga; cuando llegó a la escalera de la casa de Egor, se detuvo sin fuerzas para seguir adelante, volvió la cabeza y, lanzando un sofocado grito de asombro, cerró los ojos por un instante: le había parecido que a la puerta estaba parado Nikolái Vesovschikov, con las manos metidas en los bolsillos. Pero cuando volvió a mirar, no había nadie...

«¡Habrá sido una figuración mía!», se dijo, subiendo la escalera con el oído atento. Abajo, en el patio, se oyó el ruido sordo de unos pasos lentos. Se detuvo en el rellano, se inclinó, miró hacia abajo y de nuevo vio la cara picada de viruelas, que le sonreía.

—¡Nikolái! ¡Nikolái! —exclamó bajando a su encuentro, pero el corazón se le oprimía desilusionado.

—¡Tú sube! ¡Sube! —repuso él en voz baja, haciéndole señas con la mano.

Subió corriendo por la escalera, entró en la habitación de Egor y, al verle tumbado en el diván, susurró jadeando:

—Nikolái se ha escapado de la cárcel...

—¿Cuál de ellos? —preguntó Egor con voz ronca, levantando la cabeza de la almohada—. Había dos...

—Vesovschikov... Ahora viene...

—¡Magnífico!

Vesovschikov ya estaba dentro de la habitación; echó el cerrojo a la puerta, se quitó la gorra y sonrió dulcemente, atusándose el pelo. Egor, apoyándose en los codos, incorporóse en el diván y exclamó moviendo la cabeza:

—¡Bien venido...!

Con una sonrisa ancha, Nikolái se acercó a la madre y le tomó la mano.

—De no haberte visto, ¡habría tenido que volverme a la cárcel! No conozco a nadie en la ciudad, y, de haber ido al arrabal, me habrían echado el guante en el acto. Conforme iba andando, me decía: «¡Estúpido! ¿Por qué te has escapado?» Y de pronto veo a Nílovna que corre. Y yo tras ella...

—¿Cómo te escapaste? —preguntó la madre.

Él se sentó torpemente en el borde del diván; turbado, encogióse de hombros, dijo:

—¡Se presentó la ocasión! Estaba yo paseando, cuando los presos comunes empezaron a pegar al carcelero... Allí hay uno que ha sido expulsado de la gendarmería por robo; espía, delata, ¡no deja vivir a nadie! Le pegaban, se armó jaleo, los celadores se asustaron, corrían, tocaban los pitos... Me fijo y veo que las puertas están abiertas; veo una plaza, la ciudad... Y salí sin apresurarme... como en sueños. Me alejé un poco, y, al volver en mí, pensé: «¿Hacia dónde tirar?» Miro, y las puertas de la cárcel ya estaban cerradas...

—¡Hum! —exclamó Egor—. Pues usted, señor mío, debió volverse, llamar cortésmente a la puerta y pedir que le admitieran, diciendo: dispensen, ha sido un momento de distracción...

—¡Sí! —continuó Nikolái sonriendo—. Esto es una tontería. Pero, a pesar de todo, no me he portado bien con los camaradas; me fui sin decir palabra a nadie... Voy andando por la calle y veo un entierro de un niño. Eché a andar detrás del ataúd, con la cabeza baja, sin mirar a nadie. Me estuve sentado en el cementerio un rato, el aire me refrescó la cabeza y se me ocurrió una idea...

—¿Una sola? —preguntó Egor y, suspirando, añadió—: Se encontraría a sus anchas...

Vesovschikov sacudió la cabeza y rió sin ofenderse.

—Bueno, ahora no tengo la cabeza tan vacía como antes. Y tú, Egor Ivánovich, ¿sigues enfermo...?

—Cada cual hace lo que puede —contestó Egor con un acceso de tos blanda—. ¡Continúa!

—Después, me fui al museo del *zemstvo*. Allí estuve paseando y mirando; no hacía más que pensar: «¿Adónde voy a ir ahora?» Hasta estaba furioso contra mí mismo. ¡Y sentía un hambre tremenda! Volví a salir a la calle y estuve deambulando, lleno de rabia... Veía que los policías escudriñaban a todo el mundo. Pensaba: «Bueno, con esta cara que tengo, ¡no hay quien me salve del juicio final...!» Y de repente, Nílovna, que viene corriendo hacia mí: yo me eché a un lado y seguí tras ella. ¡Y eso es todo!

—¡Y yo que ni siquiera te advertí! —murmuró la madre, con aire de culpa. Observaba a Vesovschikov y le parecía encontrarle menos torpón.

—De seguro que los camaradas se inquietarán... —dijo Nikolái, rascándose la cabeza.

—Y de los jefes, ¿no te da lástima? ¡También estarán inquietos! —observó Egor. Abrió la boca y empezó a mover los labios, como si estuviese masticando el aire—. Pero ¡basta de bromas! Hay que esconderte, lo cual no es fácil, aunque sí grato. Si yo pudiera levantarme... —le dio un ahogo, se llevó las manos al pecho y empezó a frotárselo débilmente.

—¡Estás enfermo de veras, Egor Ivánovich! —dijo Nikolái, bajando la cabeza. Suspiró la madre y recorrió con una mirada de inquietud la habitación, pequeña, angosta...

—¡Eso es cosa mía! —contestó Egor—. Usted, madrecita, pregúntele por Pável, ¡no hay por qué andarse con disimulos!

Vesovschikov sonrió con ancha sonrisa.

—Pável está bien. Tiene salud. Allí viene a ser como nuestro jefe. Es el que habla con las autoridades y, en general, el que manda. Le respetan...

Vlásova movía la cabeza, escuchando el relato de Vesovschikov, y miraba de reojo al rostro tumefacto y cárdeno de Egor. Inmóvil, sin expresión, parecía extrañamente achatado; sólo los ojos, alegres y vivos, brillaban en él.

—¡Si me dierais de comer...! ¡Palabra de honor que tengo mucha hambre! —exclamó inesperadamente Nikolái.

—Madrecita, en la alacena hay pan; después vaya por el pasillo y, en la segunda puerta, a la izquierda, llame. Le abrirá una mujer; dígale que venga y que traiga consigo todo lo que tenga de comestible.

—¿Para qué todo? —protestó Nikolái.

—No te inquietes, que será poco...

La madre salió, llamó a la puerta y prestó oídos; la habitación estaba en silencio; pensó en Egor con tristeza:

«¡Se muere...!»

—¿Quién es? —preguntaron tras la puerta.

—De parte de Egor Ivánovich —contestó la madre sin alzar la voz—. Le pide que vaya usted a su casa...

—Ahora voy —le contestaron sin abrir. La madre esperó un poco y volvió a llamar. Entonces la puerta se abrió bruscamente y salió al pasillo una mujer alta, con gafas. Estirándose apresuradamente la arrugada manga de la blusa, preguntó a la madre con aspereza:

—¿Qué desea usted?

—Vengo de parte de Egor Ivánovich...

—¡Ah! Vamos. Pero si yo la conozco a usted —exclamó la mujer en voz baja—. ¡Buenos días! Está esto tan oscuro...

Vlásova la miró e hizo memoria de que algunas veces, de tarde en tarde, iba por casa de Nikolái.

«¡Todos nuestros!», pasó fugaz por su mente.

Cediéndole el paso, la mujer obligó a la madre a ir delante y le preguntó:

—¿Es que se encuentra mal?

—Sí, está acostado. Le ruega que lleve algo de comer...

—Bueno, eso está de más...

Cuando ambas entraron en el cuarto, las acogió un estertor:

—Me voy con mis antepasados, amiga mía. Liudmila Vasílievna, este hombre se ha ido de la cárcel sin permiso de la autoridad, ¡el muy impertinente! Ante todo, déle algo de comer, luego, escóndale en alguna parte.

La mujer movió la cabeza y, mirando atentamente al enfermo a la cara, le dijo con severidad:

—Egor, debería haber mandado a buscarme en cuanto llegó gente. Y ya veo que, por dos veces, ha dejado usted de tomar la medicina. ¡Qué descuido es éste! Camarada, ¡venga usted conmigo! Ahora vendrán del hospital a llevarse a Egor.

—A pesar de todo, ¿tengo que ir? —preguntó éste.

—Sí. Yo estaré allí con usted.

—¿Allí también? ¡Ay, Dios mío!

—¡No diga tonterías!

Mientras hablaba, arregló la manta a Egor, tapándole el pecho, miró fijamente a Nikolái y calculó con la vista la medicina del frasco. Hablaba con voz monótona y apagada, sus movimientos eran leves, tenía el rostro pálido y sus oscuras cejas casi se juntaban en el arranque de la nariz. Aquella fisonomía desagradaba a la madre; le parecía altanera, y sus ojos miraban sin brillo y sin sonrisa. Hablaba como si estuviera dando órdenes.

—¡Nosotros nos vamos! —continuó—. En seguida estoy de vuelta. Usted déle a Egor una cucharada de esta medicina. No le permita que hable...

Y salió, llevándose consigo a Nikolái.

—¡Maravillosa mujer...! —dijo Egor suspirando—. ¡Magnífica...! Usted, madrecita, debería instalarse en su casa; ella está muy cansada...

—¡No hables! Toma, ¡mejor será que bebas...! —le rogó la madre con dulzura.

Él sorbió la medicina y, entornando un ojo, continuó:

—Es igual; aunque me calle, he de morir...

Con el otro ojo miraba a la madre a la cara y sus labios se entreabrían lentamente en una sonrisa. La madre bajó la cabeza... un sentimiento agudo de piedad hacía que se le saltaran las lágrimas.

—¡No hay que apurarse!, esto es natural... El placer de vivir lleva consigo la obligación de morir...

La madre le puso la mano en la cabeza y dijo de nuevo en voz queda:

—Cállate, ¿quieres?

Él cerró los ojos, como para escuchar los estertores de su pecho, y prosiguió, obstinado:

—¡Es absurdo que me calle, madrecita! ¿Qué salgo ganando con ello? Unos segundos más de agonía; en cambio, me pierdo el placer de hablar con una buena persona. Yo creo que en el otro mundo no hay tan buenas personas como en éste...

La madre le interrumpió intranquila:

—Va a volver esa señora y me va a reñir por dejarte hablar...

—No es una señora, sino una revolucionaria, una camarada, un alma maravillosa... Reñirla, la reñirá de todas maneras. Siempre está riñendo a todos...

Y lentamente, moviendo los labios con esfuerzo, Egor empezó a contar la historia de la vida de su vecina. Sus ojos sonreían; la madre veía que la impacientaba adrede y, mirándole a la cara, azulada, cubierta de sudor, pensaba alarmada:

«¡Se muere...!»

Entró Liudmila y, después de haber cerrado cuidadosamente la puerta, dijo, dirigiéndose a Vlásova:

—Es imprescindible que su conocido se disfrace y se marche cuanto antes de mi casa; así es que usted, Pelagueia Nílovna, vaya ahora mismo a conseguirle un traje y tráigaselo. Lástima que no esté aquí Sofía, porque esto de esconder gente es su especialidad.

—¡Mañana llega! —repuso la madre, echándose el pañuelo sobre los hombros.

Siempre que le daban algún encargo, le entraba un fuerte deseo de cumplirlo deprisa y bien, y ya no podía pensar en nada más que en su tarea. Bajando las cejas, preguntó diligente:

—Piense usted cómo vamos a vestirle.

—¡Es igual! Se irá de noche...

—De noche es peor, hay menos gente por la calle; se fijan más, y él no es muy hábil...

Egor soltó una carcajada ronca.

—¿Se podrá ir a verte al hospital? —preguntó la madre.

Él, tosiendo, asintió con la cabeza. Liudmila miró a la madre a la cara con sus negros ojos y le propuso:

—¿Quiere usted que le velemos por turno? ¿Sí? ¡Bueno! Ahora, váyase en seguida...

Y con ademán afectuoso, pero autoritario, tomó a la madre de un brazo, la sacó al pasillo y le dijo en voz baja:

—¡No se ofenda porque la despache así! Pero es que le perjudica el hablar... y aún tengo esperanza...

Juntó las manos, crujiéronle los dedos y los párpados, fatigados, cayeron sobre sus ojos...

Aquella explicación confundió a la madre, y murmuró:

—¿Qué le pasa a usted?

—¡Tenga cuidado con los espías! —le recomendó la mujer en voz baja. Llevóse las manos a la cara y se frotó las sienes; temblároronle los labios y su expresión se hizo más dulce.

—¡Ya sé...! —contestó la madre, no sin cierto orgullo.

Al llegar a la puerta, se detuvo un instante, se arregló el pañuelo y echó en derredor una mirada, disimuladamente, pero con sagacidad. Sabía distinguir, casi sin equivocarse, a los agentes de la policía entre la multitud de la calle. Le era bien conocida la acentuada despreocupación con que caminaban, la afectada soltura de sus ademanes, la expresión de cansancio y fastidio reflejada en sus rostros, el tímido centelleo, confuso y mal disimulado, de sus ojos huidizos y desagradablemente penetrantes.

Aquella vez no distinguió sus caras conocidas y, sin apresurarse, echó a andar por la calle; después tomó un coche y dijo al cochero que la llevara al mercado. Al comprar el traje para Nikolái, regateó sin piedad con el comerciante, mientras cubría de improperios al borracho de su marido, a quien tenía que vestir de nuevo cada mes. Aquel cuento hizo poca impresión en los vendedores, pero a ella la satisfizo en extremo; por el camino había ido pensando que, desde luego, la policía tendría que caer en la cuenta de la necesidad de un disfraz para Nikolái y que mandaría sus agentes al mercado. Con las mismas ingenuas precauciones, volvió a casa de Egor; después, tuvo que acompañar a Nikolái al otro extremo de la ciudad. Iba cada uno por un lado de la calle, y a la madre le resultaba divertido y agradable ver cómo Vesovschikov caminaba pesadamente, la cabeza gacha, enredándosele las piernas en los largos faldones del rojizo abrigo y poniéndose bien el sombrero, que se le calaba hasta la nariz. En una de las calles desiertas, les salió al encuentro Sáshenka, y la madre, luego de despedirse de Vesovschikov con una inclinación de cabeza, se volvió a casa.

«Pero Pável sigue preso... Y Andriusha...», iba ella pensando tristemente.

X

Nikolái la acogió con una exclamación de inquietud:

—¿Sabe usted? Egor está muy mal, gravísimo. Se lo han llevado al hospital; aquí ha estado Liudmila y le ruega que vaya usted a verla.

—¿Al hospital?

Después de ajustarse las gafas con un movimiento nervioso, Nikolái le ayudó a ponerse la chaqueta y, estrechándole la mano con la suya, tibia y seca, le dijo con voz trémula:

—Llévese este paquete. ¿Está arreglado lo de Vesovschikov?

—Todo marcha bien...

—Yo también iré a ver a Egor...

La madre se sentía desvanecer de cansancio. La inquietud de Nikolái había despertado en ella el triste presentimiento de un drama.

«¡Se muere!», golpeaba sordamente en su cabeza el sombrío pensamiento.

Pero cuando llegó a la sala, pequeña, clara y limpia, del hospital y oyó la risa ronca de Egor, que estaba sentado en el lecho, entre blancas almohadas, se tranquilizó de pronto. Sonriente, se detuvo en el umbral y oyó que el enfermo le decía al doctor:

—La cura es una reforma...

—¡No digas tonterías, Egor! —exclamó el doctor con voz aguda y preocupada.

—Y yo, como revolucionario, aborrezco las reformas...

Con precaución, bajó el médico la mano de Egor y se la dejó sobre la rodilla, luego se levantó y, tirándose de la barba, pensativo, empezó a palpar las tumefacciones en la cara del enfermo.

La madre conocía bien al doctor; era uno de los camaradas más íntimos de Nikolái y se llamaba Iván Danílovich. Se acercó a Egor; éste, en cuanto la vio, le sacó la lengua. El médico volvió la cabeza.

—¡Ah! ¿Es usted, Nílovna? ¡Buenos días! ¿Qué trae ahí?

—Deben ser libros.

—No puede leer —indicó el pequeño doctor.

—¡Quiere hacer de mí un idiota! —se lamentó Egor.

Unos suspiros breves y penosos, acompañados de un estertor profundo, escapaban de su pecho; finas gotas de sudor le perlaban el rostro; levantando despacio las manos, pesadas e indóciles, se enjuga-

ba la frente. La extraña inmovilidad de sus mejillas hinchadas le deformaba la cara bondadosa y ancha, cuyas facciones habían desaparecido bajo una máscara cadavérica; sólo los ojos, profundamente hundidos entre las tumefacciones, miraban claros, sonreían condescendientes...

—¡Ay, la ciencia! Estoy cansado, ¿puedo echarme...? —preguntó.

—¡No! —respondió conciso el doctor.

—Bueno, pues me echaré en cuanto te vayas.

—Usted, Nílovna, ¡no se lo consienta! Arréglele las almohadas y, por favor, no hable con él; eso le perjudica...

La madre asintió con una inclinación. El doctor salió, con cortos y apresurados pasos. Egor dejó caer hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil; sólo sus dedos se estremecían suavemente. De las blancas paredes de la sala irradiaba un frío seco y una turbia pesadumbre. A través del ancho ventanal se veían las rizadas copas de los tilos; entre el follaje, polvoriento y sombrío, brillaban con claros fulgores unas manchas amarillas, frías primicias del naciente otoño.

—La muerte se acerca a mí lentamente, de mala gana... —murmuró Egor, inmóvil, sin abrir los ojos—. Se ve que le da algo de lástima, por ser yo un chico tan sociable...

—¡Deberías callarte, Egor Ivánovich! —le rogó la madre acariciándole suavemente la mano.

—Espera, ya me voy a callar.

Jadeante, siguió articulando palabras con esfuerzo, interrumpidas por largas pausas de impotencia:

—¡Es magnífico que esté usted con nosotros, es grato verle la cara! Al mirarla, me pregunto: ¿cómo acabará? Da pena cuando se piensa que a usted —como a todos— le espera la cárcel y toda clase de porquerías. ¿No tiene usted miedo a la cárcel?

—¡No! —contestó ella con sencillez.

—¡Claro está! Y sin embargo, la cárcel es repugnante. Es la que me ha dejado inútil. Hablando con franqueza, yo no quiero morirme...

«¡Puede que no te mueras aún!», hubiera querido decir ella; más, al mirarle a la cara, guardó silencio.

—Habría podido trabajar todavía... Pero si no se puede trabajar, ¿a qué vivir?, es una estupidez...

«Es justo, ¡pero no consuela!» La madre recordó involuntariamente las palabras de Andréi y lanzó un profundo suspiro. Estaba cansadísima del ajetreo de la jornada, tenía hambre. El susurro monorrítmico y velado del enfermo llenaba la sala y reptaba impotente por las lisas paredes. Tras la ventana, las copas de los tilos semejaban bajos nubarrones, que impresionaban por su triste

negrura. Todo se inmovilizaba de un modo extraño, con sombría quietud, en desalentada espera de la noche.

—¡Qué mal me siento! —dijo Egor y, cerrando los ojos, guardó silencio.

—¡Duérmete! —le aconsejó la madre—. Puede que te haga bien.

Después prestó oídos a la respiración del enfermo y miró en derredor; permaneció sentada unos minutos, inmóvil, invadida por una tristeza glacial, y se quedó traspuesta.

La despertó un sigiloso ruido junto a la puerta y, estremeciéndose, vio a Egor con los ojos abiertos.

—Me he dormido, perdona —dijo ella muy quedamente.

—Y tú también perdona... —repitió él en igual tono.

Las sombras del crepúsculo acechaban por la ventana. Un frío turbio oprimía los ojos, todo se había empañado de un modo extraño y el rostro del enfermo se había vuelto oscuro.

Oyóse un leve susurro y la voz de Liudmila.

—Están sentados a oscuras y cuchicheando. ¿Dónde está aquí el interruptor?

De pronto, la sala se inundó de una luz blanca y desagradable. En medio, se encontraba Liudmila, toda negra, alta, derecha...

Egor se estremeció intensamente y se llevó una mano al pecho.

—¿Qué te ocurre? —gritó Liudmila, corriendo hacia él. Él detuvo su mirada en la madre, y en aquel instante sus ojos parecían grandes, extrañamente claros...

Abriendo mucho la boca, levantó la cabeza y tendió un brazo hacia adelante. La madre le tomó la mano con cuidado y le miró, conteniendo la respiración. Él, con un movimiento convulsivo y vigoroso, echó la cabeza atrás y dijo en voz alta:

—¡No puedo más, se acabó...!

Un leve temblor agitó su cuerpo, la cabeza cayó sin fuerza sobre un hombro, y en los ojos, muy abiertos, se reflejó, mortecina, la fría luz de la lámpara encendida sobre el lecho.

—¡Querido mío! —musitó la madre.

Liudmila se separó lentamente del lecho, se detuvo ante la ventana y, mirando a lo lejos, dijo con una voz extraña y sonora, desconocida para la madre:

—¡Ha muerto...!

Se inclinó, apoyó los codos en el alféizar de la ventana y de pronto, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, cayó de rodillas sin fuerzas, tapóse la cara con ambas manos y prorrumpió en sordos gemidos.

Después de cruzarle sobre el pecho a Egor los pesados brazos y de colocarle en la almohada la cabeza, de una pesadez extraña, la

madre, enjugándose las lágrimas, acercóse a Liudmila, se inclinó sobre ella y le acarició suavemente sus espesos cabellos. La mujer fue volviendo despacio hacia la madre los ojos mates, dilatados de manera anormal, se puso en pie y murmuró con labios trémulos:

—Vivimos juntos en el destierro, fuimos allá, estuvimos en las mismas cárceles... A veces, aquello era insoportable, repugnante, a muchos les decaía el ánimo...

Un sollozo, seco y fuerte, le oprimió la garganta; ella lo dominó, y acercando su cara a la de la madre, dulcificada por un sentimiento de ternura y tristeza que la rejuvenecía, prosiguió con rápido murmullo, entre sollozos sin lágrimas:

—Pero él estaba siempre alegre, bromeaba, reía, ocultando valientemente su padecimiento... Trataba de reanimar a los débiles. Era tan bueno, tan sensible, tan cariñoso... Allá, en Siberia, la inactividad corrompe a la gente y con frecuencia hace salir a la luz los malos instintos... ¡Cómo sabía él luchar contra ellos...! ¡Qué gran camarada era, si usted supiese...! Su vida privada fue dura, dolorosa, pero nadie le oyó jamás una queja... ¡nadie, jamás! Yo fui íntima amiga suya, debo mucho a su corazón; él me dio cuanto podía de su inteligencia, y, estando solitario, cansado, nunca me pidió a cambio cariño, ni solicitud...

Se acercó a Egor, se inclinó hacia él, le besó la mano y le dijo en voz baja, con tristeza:

—¡Camarada, querido mío, amado! ¡Gracias, gracias de todo corazón...! ¡Adiós! Trabajaré como trabajaste tú... incansablemente, sin titubear... ¡toda la vida...! ¡Adiós!

Los sollozos estremecían su cuerpo; jadeando, apoyó la cabeza en la cama, a los pies de Egor. La madre vertía en silencio abundantes lágrimas. Sin saber por qué, intentaba contenerlas, hubiera querido consolar a Liudmila con una caricia muy tierna y fuerte, hablarle de Egor con buenas palabras de amor y tristeza. A través de las lágrimas, miraba al rostro fláccido del muerto; a sus ojos, cubiertos por los párpados caídos, como en sueño; a los labios, ennegrecidos e inmóviles en una leve sonrisa... Reinaba el silencio, había una triste claridad...

Entró Iván Danílovich, con pasos cortos y apresurados, como siempre; se paró bruscamente en medio de la sala, con rápido movimiento se metió las manos en los bolsillos y preguntó nervioso, en voz alta:

—¿Hace mucho tiempo?

Nadie le contestó. Vacilando suavemente sobre las piernas y enjugándose la frente, se acercó a Egor, le apretó la mano y se apartó a un lado.

—No es extraño; teniendo el corazón como lo tenía, esto debió haber ocurrido hace seis meses... por lo menos...

Su voz aguda, que resonaba extemporánea, con forzada tranquilidad, se quebró de pronto. Apoyada la espalda contra la pared, retorcíase la barba con dedos nerviosos y, parpadeando con frecuencia, miraba al grupo que formaban las dos mujeres junto a la cama...

—¡Uno más! —dijo en voz queda.

Liudmila se levantó para abrir la ventana. Un momento después los tres se encontraban ante ella, muy apretados unos contra otros, mirando al rostro sombrío de la noche otoñal. Sobre las negras copas de los árboles centelleaban las estrellas, profundizando infinitamente la lejanía del cielo...

Liudmila tomó del brazo a la madre y se apoyó silenciosa en su hombro. El doctor, gacha la cabeza, limpiaba las lentes con el pañuelo. Fuera, en la calma de la noche, alentaban fatigados los vespertinos ruidos de la ciudad. El aire frío daba en los rostros y agitaba los cabellos. Liudmila se estremecía, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Por el pasillo del hospital se agitaban sofocados y medrosos sonidos, un precipitado rumor de pasos, gemidos, susurros de tristeza. Los tres, inmóviles junto a la ventana, miraban a las tinieblas, en silencio...

La madre comprendió que estaba allí de más, y después de desprender suavemente su brazo, se dirigió hacia la puerta, haciendo una inclinación de cabeza ante Egor.

—¿Se marcha usted? —preguntó el doctor en voz baja y sin mirarla.

—Sí.

Ya en la calle, pensó en Liudmila, y al recordar sus parcas lágrimas, se dijo:

«¡Ni siquiera sabe llorar...!»

Las últimas palabras de Egor le hicieron exhalar un tenue suspiro. Caminando despacio por la calle, recordaba sus ojos vivos, sus bromas, sus relatos sobre la vida.

«A las personas buenas les es difícil vivir y fácil morir. Y yo, ¿cómo moriré yo?»

Luego se imaginó a Liudmila y al doctor junto a la ventana en la sala blanca, demasiado clara; detrás de ellos, los ojos sin vida de Egor, y llena de un sentimiento de compasión hacia la gente, suspiró con pena y apretó el paso, impulsada por un confuso sentimiento.

«¡Hay que ir más deprisa!», pensaba, obedeciendo a una fuerza triste, pero alentadora, que la empujaba suavemente, desde su interior.

XI

La madre pasó todo el día siguiente haciendo gestiones para organizar el entierro de Egor; y por la tarde, cuando estaba tomando el té con Nikolái y Sofía, se presentó Sáshenka, extrañamente bulliciosa y animada. Tenía las mejillas rojas y los ojos chispeantes de alegría, y toda ella, según creyó ver la madre, parecía henchida de alguna esperanza jubilosa. Aquel estado de ánimo de la muchacha hizo irrupción, brusca y tumultuosa, en la melancólica corriente de recuerdos sobre el que había muerto, y sin mezclarse con ella, turbó a todos y les cegó como un fuego que inesperadamente se hubiera encendido en las tinieblas. Nikolái, tamborileando pensativo en la mesa, dijo:

—Hoy parece usted otra, Sáshenka...

—¿Sí? ¡Puede ser! —contestó ella y se echó a reír, con risa dichosa.

La madre le dirigió una mirada de mudo reproche y Sofía observó en tono de advertencia:

—Estábamos hablando de Egor Ivánovich...

—¡Qué hombre tan maravilloso!, ¿verdad? —exclamó Sáshenka—. Siempre le vi con la sonrisa en los labios, bromeando de continuo. ¡Y cómo trabajaba! Era un artista de la revolución; poseía el pensamiento revolucionario como un gran maestro. ¡Con qué sencillez y fuerza pintaba siempre los cuadros de la mentira, de la violencia, de la injusticia!

Hablaba sin alzar la voz, con una sonrisa pensativa en los ojos, que no llegaba a apagar en su mirada el fuego de aquel júbilo, no comprendido por nadie, pero que todos veían con claridad.

No querían renunciar a su ambiente de pena por la muerte del camarada para dar paso al sentimiento de alegría traído por Sáshenka, e inconscientemente defendían su triste derecho a albergar su dolor, procurando infundir a la muchacha su estado de ánimo...

—¡Y ahora, está muerto! —insistió Sofía, mirándola con atención.

Sáshenka paseó sobre todos una mirada rápida, interrogadora; sus cejas se fruncieron. Bajó la cabeza y guardó silencio, arreglándose los cabellos con lento ademán.

—¡Ha muerto! —dijo en voz alta, después de una pausa, y de nuevo envolvió a todos en una desafiante mirada—. ¿Qué quiere decir: ha muerto? ¿Qué ha muerto? ¿Acaso ha muerto mi respeto a Egor, mi cariño al camarada, el recuerdo de la obra de su pensamiento? ¿Acaso ha muerto esta obra, han desaparecido los sentimientos que él despertó en mi corazón, se ha deshecho la idea que yo tenía de él, como hombre valeroso y honrado? ¿Acaso ha muerto todo esto? Esto para mí no morirá nunca, lo sé. Me parece que nos apresuramos demasiado a decir que un hombre está muerto.

«¡Muertos están sus labios, pero sus palabras vivirán eternamente en el corazón de los vivos!»

Conmovida, volvió a sentarse a la mesa, se acodó sobre ella y, pensativa, mirando sonriente a los camaradas con ojos empañados, prosiguió:

—Puede que esté diciendo una tontería, pero, camaradas, yo creo en la inmortalidad de las gentes honradas, en la inmortalidad de aquellos que me han dado la felicidad de vivir esta vida magnífica que yo llevo, que me embriaga alegremente con su complejidad asombrosa, con su diversidad de hechos y con el desarrollo de unas ideas para mí tan queridas como mi propio corazón. Puede que seamos demasiado precavidos en el gasto de nuestros sentimientos, vivimos mucho con el pensamiento y esto nos desfigura un poco; nosotros valoramos, pero no sentimos...

—¿Le ha ocurrido algo agradable? —preguntó Sofía sonriendo.

—Sí —repuso Sáshenka, asintiendo con la cabeza—. ¡Algo muy agradable, en mi opinión! Me he pasado la noche hablando con Vesovschikov. Antes no le quería; le encontraba demasiado zafio e ignorante. Y además era así, sin duda. Llevaba agazapada una ira sombría contra todos; siempre, con una pesadez insoportable, se colocaba en el centro de todo y decía, grosero y rencoroso: ¡yo, yo, yo! En ello había algo de pequeñoburgués, que irritaba...

Sonrió y volvió a abarcar a todos con una mirada radiante:

—Ahora, dice: ¡camaradas! Y hay que oír cómo lo dice; con un amor tan dulce y lleno de emoción, que no se puede expresar con palabras. Se ha vuelto asombrosamente sencillo y sincero, está henchido del deseo de trabajar... Se ha encontrado a sí mismo, ve su propia fuerza, sabe lo que le falta y, esto es lo más importante, ha nacido en él un auténtico sentimiento de camaradería...

Vlásova escuchaba a Sáshenka; le era agradable ver a la joven, habitualmente tan austera, dulcificada por la alegría. Mas, al propio tiempo, allá en el fondo de su alma, iba germinando un sentimiento de celos:

«Pero, ¿y Pasha...?»

—No piensa más que en sus camaradas —continuó Sáshenka— y, ¿saben de lo que me está persuadiendo? De la necesidad de organizarles la fuga. Dice que es muy sencillo...

Sofía levantó la cabeza y dijo con animación:

—¿Y usted qué opina, Sáshenka? ¡Es una buena idea!

La taza de té que la madre tenía en la mano empezó a temblar. Sáshenka frunció las cejas y, conteniendo su excitación, permaneció callada un instante; luego, en tono serio, pero sonriendo alegremente, prosiguió con voz confusa:

—Si en realidad todo es tan sencillo como él dice, debemos intentarlo. ¡Es nuestra obligación...!

Se puso colorada, dejóse caer en una silla y guardó silencio.

«¡Querida mía, querida!», pensó sonriendo la madre. Sofía también sonrió, y Nikolái, mirando dulcemente a la cara de Sáshenka, dejó escapar una leve risita. La muchacha alzó la cabeza, lanzó una mirada severa a todos y, pálida, chispeantes los ojos, dijo con sequedad, ofendida:

—Se ríen ustedes, ya les comprendo... ¿Creen que estoy personalmente interesada?

—¿Por qué, Sáshenka? —preguntó maliciosamente Sofía, poniéndose en pie, y se acercó a ella. La pregunta le pareció a la madre innecesaria y ofensiva para la muchacha, suspiró y, alzando la ceja, miró a Sofía con reproche.

—¡Pero yo no quiero ocuparme de eso! —exclamó Sáshenka—. No tomaré parte en la resolución del asunto, si lo consideran ustedes como...

—¡No siga, Sáshenka! —dijo tranquilamente Nikolái.

La madre se acercó también a ella e, inclinándose, le acarició suavemente la cabeza. Sáshenka le tomó la mano y, alzando su cara enrojecida, miró confusa a la madre. Ésta sonrió y, sin encontrar palabras, suspiró tristemente. Sofía se sentó junto a Sáshenka, en la silla, la abrazó por los hombros y, mirándola a los ojos, con una sonrisa de curiosidad, le dijo:

—¡Qué rara es usted...!

—Sí, me parece que he dicho algunas tonterías...

—¡Cómo ha podido usted pensar...! —continuó Sofía.

Pero Nikolái, apresuradamente y con seriedad, la interrumpió:

—Sobre la organización de la fuga, si ésta es posible, no puede haber dos opiniones. Ante todo, debemos saber si están de acuerdo con ello los camaradas encarcelados...

Sáshenka bajó la cabeza...

Sofía encendió un cigarrillo, miró a su hermano y, con amplio ademán, lanzó la cerilla a un rincón.

—¡Cómo no van a querer! —dijo la madre suspirando—. Sólo que yo no creo que esto pueda ser posible...

Todos guardaron silencio, pero ella quería oír hablar aún de la posibilidad de la fuga.

—¡Tengo que ver a Vesovschikov! —dijo Sofía.

—Mañana le diré cuándo y dónde —contestó Sáshenka sin alzar la voz.

—¿Qué va a hacer él? —preguntó Sofía, paseando por la habitación.

—Han resuelto que entre de cajista en una nueva imprenta. Y hasta entonces, vivirá en casa de un guarda forestal.

Las cejas de Sáshenka se habían fruncido, su rostro había tomado su acostumbrada expresión severa y su voz resonaba con sequedad. Nikolái se acercó a la madre, que estaba lavando las tazas, y le dijo:

—Pasado mañana irá usted al locutorio, es preciso entregarle a Pável una esquela. Ya comprenderá usted que hay que saber...

—¡Comprendo, comprendo! —replicó con viveza la madre—. Yo se la daré...

—Me marcho —dijo Sáshenka, y luego de estrechar de prisa y en silencio la mano a todos, se fue erguida y seca, con paso decidido y muy firme.

Sofía puso las manos en los hombros de la madre y, balanceándola en la silla, le preguntó sonriendo:

—¿Le gustaría tener una hija así...?

—¡Ay, Señor! ¡Si pudiera verlos juntos, aunque no fuera más que un solo día! —exclamó Vlásova, a punto de llorar.

—Sí, un poquito de felicidad es buena cosa para todos —dijo Nikolái sin alzar la voz—. Pero no hay personas que deseen sólo un poquito de dicha. Y cuando ésta es mucha, pierde su valor...

Sofía se sentó al piano y empezó a tocar una triste melodía.

XII

Al día siguiente, por la mañana, algunas decenas de hombres y de mujeres se hallaban a las puertas del hospital, esperando a que sacasen el ataúd del camarada muerto. En torno de ellos rondaban cautos los agentes de la policía secreta, captando con su fino oído las exclamaciones aisladas y grabándose en la memoria caras, ademanes y palabras, mientras, desde el otro lado de la calle, les observaba un grupo de guardias con revólver al cinto. La desvergüenza de los agentes, las sonrisas irónicas de los guardias dispuestos a mostrar su fuerza, irritaban a la muchedumbre. Unos escondían su cólera y bromeaban; otros miraban a tierra con aire sombrío, tratando de no advertir aquella actitud insultante; otros, más incapaces de reprimir su ira, se mofaban de los representantes del poder, que temían a gente sin más armas que la palabra. El cielo azul pálido de otoño iluminaba la calle empedrada de grises guijarros redondos y salpicada de amarillas hojas, que el viento, al barrerlas, arrojaba a los pies de los transeúntes.

La madre, entre la multitud, observaba las caras conocidas, pensando tristemente:

«Sois pocos, ¡pocos!, y apenas hay obreros...»

Se abrió la verja y sacaron a la calle la tapa del féretro, con coronas y cintas rojas.

Los hombres se descubrieron a un tiempo, y fue como si sobre sus cabezas hubiera alzado el vuelo una bandada de pájaros negros. Un oficial de policía, de alta estatura, con poblados bigotes oscuros en la cara roja, avanzó presuroso entre la multitud; tras él marchaban soldados, empujando sin miramiento a la gente y haciendo sonar ruidosamente contra el empedrado sus pesadas botas. El oficial, con voz ronca y autoritaria, dijo:

—¡Hagan el favor de quitar esas cintas!

Hombres y mujeres le rodearon en compacto círculo, le decían algo manoteando agitados y dándose empujones unos a otros. Ante los ojos de la madre aparecían y desaparecían rostros pálidos, excitados, de labios temblorosos; por las mejillas de una mujer corrían lágrimas de agravio.

—¡Abajo la violencia! —gritó una voz joven, que se perdió solitaria en el fragor de la disputa.

La madre también sentía amargura en su corazón y, dirigiéndose a un joven pobremente vestido que estaba a su lado, le dijo indignada:

—¡Ni siquiera se deja a las personas que entierren a un camarada como les dé la gana! ¿Qué es esto?

La hostilidad iba en aumento, la tapa del féretro vacilaba por encima de las cabezas, jugaba el viento con las cintas, tapando cabezas y rostros, y se percibía el seco y nervioso frufrú de la seda.

La madre, dominada por el miedo a un posible choque, dirigía apresuradamente, sin alzar la voz, palabras a derecha y a izquierda:

—¡Dejadles, ya que se empeñan; podríais quitar las cintas! Debemos ceder... ¡qué más da!

Una voz fuerte y airada resonó, dominando todos los demás ruidos:

—¡Exigimos que no nos impidan acompañar a su última morada a un hombre martirizado por vosotros...!

Alguien, con voz alta y aguda, cantó:

Entraremos en el combate...

—¡Hagan el favor de quitar las cintas! ¡Yákovlev, córtalas!

Oyóse el chasquido de un sable al salir de la vaina. La madre cerró los ojos, esperando un grito. Pero se hizo el silencio; los hombres gruñían, enseñando los dientes, como lobos acosados. Luego,

callados, muy inclinada la cabeza, avanzaron llenando la calle con el rumor de sus pasos.

Delante, flotaba en el aire la tapa del ataúd, despojada, con las coronas deshechas; los guardias marchaban, balanceándose a ambos lados, a lomos de sus caballos. La madre iba por la acera; no podía ver el ataúd, a causa del gentío que lo rodeaba y que crecía insensiblemente hasta llenar todo el ancho de la calle. Detrás de la multitud, se alzaban también las grises figuras de los jinetes; guardias a pie, con las manos en la empuñadura de los sables, flanqueaban el cortejo, y por todas partes brillaban fugaces las miradas agudas de los de la secreta, conocidas para la madre, escrutando con atención las caras de la gente.

Adiós, camarada, adiós...

—cantaron tristemente dos bellas voces.

—¡Silencio! —resonó un grito—. ¡Vamos a callar, señores!

Había en el grito aquel un algo severo, imponente. La triste canción se interrumpió y el rumor de las conversaciones se hizo más tenue; solamente los firmes golpes de las pisadas sobre las piedras llenaban la calle de un ruido monótono y sordo. Se alzaba por encima de las cabezas, perdiéndose en el cielo transparente y haciendo vibrar el aire como el eco del primer trueno de una tormenta aún lejana.

Un viento frío, cada vez más fuerte, echaba hostil a las caras el polvo y las basuras de las calles de la ciudad, hinchaba las ropas, agitaba las cabelleras, cegaba los ojos, golpeaba los pechos, se enredaba entre las piernas...

Aquellas exequias silenciosas, sin popes ni canciones que oprimieran el alma, aquellos rostros pensativos y ceños fruncidos, iban despertando en la madre un sentimiento de espanto, y su pensamiento giraba con lentitud, revistiendo sus impresiones con melancólicas palabras.

«Pocos sois los que estáis en favor de la verdad...»

Iba caminando, con la cabeza baja, y le parecía que no enterraban a Egor, sino a alguna cosa, habitual, querida e indispensable para ella. Se sentía triste, angustiada... Se le llenaba el corazón de un sentimiento áspero e inquietante de desacuerdo con las gentes que acompañaban a Egor.

«Claro está —pensaba— que Egor no creía en Dios, ni ninguno de éstos tampoco cree...»

Pero no quería terminar su pensamiento y suspiraba deseando aliviarse el alma de aquel peso.

«¡Ay, Señor, Señor mío Jesucristo! ¿Será posible que a mí también...?»

Ya en el cementerio, estuvieron mucho tiempo dando vueltas entre las tumbas, por los estrechos senderos, hasta que llegaron a una explanada, abierta a los vientos, sembrada de crucecitas blancas. La multitud se agolpó cerca de la fosa y guardó silencio. Aquel austero silencio de los vivos entre las sepulturas era presagio de algo terrible, haciendo que el corazón de la madre se estremeciera y dejase de latir en espera de algo. Entre las cruces silbaba ululante el viento, sobre la tapa del ataúd palpitaban tristemente las aplastadas flores...

Los guardias estaban al acecho; en posición de firmes, miraban a su jefe. Junto a la tumba se alzó un joven de elevada estatura, cabeza descubierta, largos cabellos, negras cejas y rostro pálido. Al instante resonó la fuerte voz del jefe de la policía:

—¡Señores...!

—¡Camaradas! —comenzó el joven de negras cejas con voz firme y sonora.

—¡Permítanme! —gritó el policía—. Hago saber que no puedo autorizar ningún discurso...

—¡No diré más que unas cuantas palabras! —manifestó tranquilamente el joven—. ¡Camaradas! Juremos sobre la tumba de nuestro maestro y amigo que no olvidaremos nunca sus enseñanzas, que cada uno de nosotros trabajará toda la vida sin desmayo para cegar la fuente de todos los males de nuestra patria, para cavar la fosa a la fuerza malhechora que la oprime, ¡la autocracia!

—¡Detenedle! —gritó el policía, pero su voz fue ahogada por una explosión de gritos disonantes:

—¡Abajo la autocracia!

Apartando a la multitud a codazos, los guardias se lanzaron contra el orador, pero éste se hallaba estrechamente rodeado por todas partes, y, levantando un brazo, gritó:

—¡Viva la libertad!

Echaron a un lado a la madre, que en su espanto, agarróse a una cruz y cerró los ojos, esperando el golpe. Un torbellino impetuoso de ruidos discordes la ensordeció, vaciló la tierra bajo sus pies, el viento y el miedo le impedían respirar... Las pitadas de los guardias rasgaban el aire con su alarmante silbido, resonaba ronca una voz dando órdenes, unas mujeres lanzaban gritos histéricos, crujía la madera de las vallas, resonaban sordamente las pisadas de la multitud sobre la tierra seca... Aquello se prolongaba mucho, y el perma-

necer con los ojos cerrados le producía una insoportable sensación de espanto.

Miró en torno y, dando un grito, se lanzó hacia adelante con los brazos extendidos. No lejos de allí, en un estrecho sendero entre las tumbas, los guardias que cercaban al joven de largos cabellos se defendían de la multitud, que los atacaba por todas partes. Centelleaban en el aire, con fulgor blanco y frío, los sables desnudos, volando por encima de las cabezas y cayendo con rapidez. Bastones y estacas de las vallas surgían y desaparecían al instante; los gritos de la muchedumbre amotinada se confundían en torbellino salvaje; alzábase el rostro pálido del joven, su voz fuerte retumbaba por encima de la tempestad de cólera:

—¡Camaradas! ¿Para qué malgastáis energías...?

Venció. Tirando los palos, fueron retrocediendo uno tras otro; la madre seguía hacia adelante, arrastrada por una fuerza invencible; vio a Nikolái, con el sombrero caído hasta la nuca, apartando a empujones a los que gritaban ebrios de cólera, y le oyó palabras de reconvención:

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Calmaos ya...!

Le pareció que tenía una mano roja.

—Nikolái Ivánovich, ¡márchese! —gritó lanzándose hacia él.

—¿Adónde va usted? Le van a dar un golpe...

Junto a ella, agarrándola por el hombro, estaba Sofía, sin sombrero, con el pelo en desorden, sosteniendo a un muchacho, casi un niño. El muchacho se limpiaba con la mano la cara partida, ensangrentada, y murmuraba con trémulos labios:

—¡Déjeme! ¡No es nada...!

—Ocúpese de él, llévele a casa... ¡Tenga un pañuelo y véndele la cara! —dijo Sofía, y, poniendo la mano del muchacho en la de la madre, echó a correr, exclamando—: ¡Márchese de prisa, que la van a detener...!

La gente se dispersaba en todas direcciones por el cementerio; tras ella, los guardias se movían pesadamente entre las tumbas, entorpecidos por los faldones de los capotes, lanzando juramentos y blandiendo los sables. El muchacho les seguía con los ojos llenos de odio.

—¡Vamos, deprisa! —dijo la madre suavemente, limpiándole el rostro con el pañuelo.

Él murmuró, escupiendo sangre:

—No pase cuidado, no me duele. Me dio con la empuñadura del sable... Pero yo también le sacudí a él un estacazo. ¡Menudo aullido le hice soltar!

Y agitando el puño ensangrentado, terminó, con voz entrecortada:

—¡Esperad, que ya os ajustaremos las cuentas! Ya os aplastaremos, sin pelea, cuando nos alcemos todos, ¡todo el pueblo trabajador!

—¡Deprisa! —le apremiaba la madre, caminando precipitadamente en dirección a un portillo que había en la valla del cementerio. Le parecía que allí, más allá de la valla, en el campo, les esperaban agazapados los guardias y que, en cuanto salieran, se lanzarían contra ellos y empezarían a golpearles. Pero cuando abrió la puertecita con cautela y miró al campo, revestido con el manto gris del crepúsculo otoñal, el silencio y la soledad la calmaron de pronto.

—Deje que le vende la cara —dijo ella.

—No hace falta; de todos modos, no me avergüenzo de mi herida. La reyerta ha sido honrada: él me zumbó a mí y yo a él...

La madre vendó como pudo la herida. A la vista de la sangre, su pecho se llenaba de compasión, y cuando sus dedos sintieron la tibia humedad, tuvo un estremecimiento de espanto. En silencio, conducía rápidamente al herido, a campo traviesa, llevándole del brazo. Liberó él su boca del vendaje y dijo, con un matiz de broma en la voz:

—¿Adónde me arrastra, camarada? ¡Yo puedo andar solo...!

Pero ella sentía que vacilaba, que se tambaleaba sobre las piernas y le temblaba el brazo. Con voz cada vez más débil, el joven hablaba y hacíale preguntas, sin esperar respuesta:

—Me llamo Iván, soy hojalatero... ¿Y usted, quién es? Tres éramos en el círculo de Egor Ivánovich, tres de mi oficio... y en total, once. Le queríamos mucho. ¡Que el Señor le acoja en su seno! Aunque yo no creo en Dios...

En una calle, tomó la madre un coche de alquiler, hizo montar en él a Iván y le susurró al oído:

—¡Ahora, cállese! —y le tapó cuidadosamente la cara con el pañuelo.

Se llevó él una mano a la cara, pero ya no pudo liberarse la boca, porque la mano cayó inerte sobre las rodillas. Mas, a pesar de todo, no dejaba de murmurar, a través del pañuelo:

—Estos golpes no se me olvidarán, amiguitos míos... Antes de Egor, nos daba clase un estudiante, Titóvich... Nos enseñaba Economía Política... Después le detuvieron...

La madre le echó el brazo por el hombro y apoyó en su pecho la cabeza del joven; éste, de pronto, se tornó como más pesado y dejó de hablar. Helada de espanto, la madre miraba con

temor a todos lados; parecíale que de cada esquina iban a salir guardias, que iban a ver la cabeza vendada de Iván, que le iban a coger y a matar.

—¿Está bebido? —preguntó el cochero, volviéndose en el pescante y sonriendo bonachón.

—Sí, ha bebido más de la cuenta —contestó la madre suspirando.

—¿Es tu hijo?

—Sí, es zapatero, y yo cocinera...

—Las debes pasar mal...

Después de asestar un latigazo al caballo, el cochero se volvió otra vez y continuó, bajando la voz:

—Hace un momento, ha habido pelea en el cementerio, ¿no te has enterado? Enterraban a uno de esos políticos, a uno de esos que están contra los que mandan... y andan a maltraer con las autoridades. Los que le llevaban a enterrar eran también de los mismos, amiguetes suyos, por supuesto. Y... venga a gritar: «¡Abajo las autoridades que arruinan al pueblo...!» Y los guardias, ¡venga a sacudirles! Dicen que a algunos los han matado a sablazos. Pero los guardias también han llevado lo suyo...

Guardó silencio y, meneando la cabeza apenado, continuó con una voz extraña:

—Molestan a los muertos... ¡despiertan a los difuntos!

Traqueteaba el coche sobre el pavimento y la cabeza de Iván se balanceaba suavemente sobre el pecho de la madre; el cochero, sentado de medio lado, barbotó pensativo:

—La gente anda revuelta, se levanta el desorden en la tierra, ¡se levanta! Anoche los guardias entraron en casa de un vecino mío y estuvieron indagando allí no sé qué, hasta la amanecida, y luego atraparon a un herrero y se lo llevaron. Dicen que para conducirle de noche al río y ahogarle a escondidas. Y el herrero era un buen hombre...

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la madre.

—¿El herrero? Savel, y de apodo, «el Evchenko». Muy joven aún, pero ya entendía de muchas cosas. Y por lo visto, ¡entender está prohibido! A veces, nos decía: «¿Qué vida lleváis vosotros, los cocheros?» «Tienes razón —contestábamos—, peor vida que los perros.»

—¡Para! —dijo la madre.

De la sacudida, Iván volvió en sí y gimió débilmente.

—¡Buena la ha agarrado el chico! —observó el cochero—. ¡Ay, vodka, vodkita...!

Sosteniéndose en pie con dificultad, tambaleante, Iván cruzaba el patio, diciendo:

—No es nada... Puedo andar...

XIII

Sofía estaba ya en casa. Recibió a la madre con un cigarrillo en los labios, afanosa, excitada...

Colocó al herido en un diván, le desvendó hábilmente la cabeza, mientras daba órdenes, pestañeando a causa del humo del tabaco.

—¡Iván Danílovich! ¡Ya han llegado! ¿Está usted cansada Nílovna? ¿Se ha asustado, verdad? Pues, ea, descanse. Nikolái, dale a Nílovna una copita de vino de Oporto.

Aturdida por lo ocurrido, la madre respiraba con dificultad, sintiendo una dolorosa punzada en el pecho.

—No se inquieten por mí... —musitó.

Y con todo su ser pedía ansiosamente un poco de atención, un poco de cariño que la tranquilizase.

De la habitación vecina salió Nikolái con un brazo vendado; le seguía el doctor Iván Danílovich, con el pelo revuelto, todo él punzante como un erizo. Se acercó rápido a Iván e, inclinándose hacia él, dijo:

—¡Agua, agua, hilas limpias y algodón!

Iba ya la madre a la cocina, pero Nikolái la tomó de un brazo con la mano izquierda y le dijo cariñosamente, mientras se la llevaba al comedor:

—No se lo ha dicho a usted, sino a Sofía. Bastantes emociones ha pasado ya, ¿no es cierto, querida?

La madre contestó a su mirada, fija, compasiva, con un sollozo que no pudo contener, y exclamó:

—¡Qué horror aquello, querido mío! ¡A sablazos con la gente, a sablazos!

—¡Lo vi! —dijo Nikolái, meneando la cabeza y sirviéndole vino—. Los dos bandos se acaloraron un poco. Pero usted no se preocupe, ellos no pegaron más que de plano; me parece que sólo hay un herido grave; le golpearon delante de mí y yo mismo le saqué de la refriega...

El rostro y la voz de Nikolái, el tibio ambiente y la luz de la habitación tranquilizaron a Vlásova. Dirigiéndole una mirada de agradecimiento, le preguntó:

—¿A usted también le han golpeado?

—No, esto me lo hice yo mismo; por lo visto, rocé descuidadamente no sé qué y se me levantó la piel. Beba usted té. Hace frío y va poco abrigada...

Tendió la mano a la taza y vio que tenía los dedos llenos de sangre coagulada. Con movimiento instintivo, dejó caer la mano sobre

la rodilla: la falda estaba húmeda. Muy abiertos los ojos, alzada la ceja, se miró a hurtadillas los dedos; la cabeza le daba vueltas y en su corazón golpeteaba:

«¡Eso mismo pueden hacerle a Pável!»

Entró Iván Danílovich; venía sin chaqueta, con el chaleco puesto y la camisa remangada. A una muda interrogación de Nikolái, dijo con su aguda voz:

—La herida de la cara no tiene importancia, pero le han fracturado el cráneo, aunque la cosa no es grave; el chico es fuerte. Sin embargo, ha perdido mucha sangre. ¿Vamos a llevarle al hospital?

—¿Para qué? ¡Déjale aquí! —exclamó Nikolái.

—Bueno, le dejaremos hoy y quizá mañana; pero después me será más cómodo que esté en el hospital; no tengo tiempo para hacer visitas. ¿Escribirás una octavilla sobre lo ocurrido en el cementerio?

—Desde luego —contestó Nikolái.

La madre se levantó sin hacer ruido y se dirigió a la cocina.

—¿Adónde va, Nílovna? —la detuvo solícito Nikolái—. ¡Ya se las arreglará Sofía, ella sola!

La madre le miró y, temblando ligeramente, respondió con una sonrisa extraña:

—Estoy llena de sangre...

Mientras se mudaba de ropa en su habitación, pensaba una vez más en la tranquilidad de aquella gente, en la facultad que tenía de sobreponerse con rapidez a los acontecimientos más terribles. Esta reflexión la hizo serenarse y desterrar del corazón el espanto. Cuando volvió al cuarto donde yacía el herido, Sofía, inclinándose sobre él, le estaba diciendo:

—¡Eso son tonterías, camarada!

—¡Pero si les voy a molestar...! —replicó él con voz débil.

—Mejor será que se calle, eso le hará bien...

La madre se acercó a Sofía por detrás y le puso la mano en el hombro; miró sonriendo a la cara pálida del herido y empezó a contar el susto que le diera cuando, en el coche, en un acceso de delirio, empezó a decir palabras imprudentes. Iván la escuchaba, con ojos brillantes de fiebre, chasqueando los labios, y exclamaba confuso:

—¡Ay... qué tonto!

—¡Bueno, le dejamos! —dijo Sofía después de arreglarle la manta—. ¡Que descanse!

Se fueron al comedor y estuvieron allí mucho rato conversando sobre los acontecimientos de la jornada. Y ya se consideraba aquel drama como un asunto lejano, se miraba con seguridad al porvenir y se discutía sobre los métodos de trabajo para el día siguiente. Los

rostros reflejaban cansancio, pero los pensamientos se mantenían animosos, y, al hablar de sus asuntos, aquella gente no ocultaba el descontento de sí misma. El doctor se removía nervioso en su silla y, esforzándose en debilitar su voz fina y aguda, dijo:

—¡La propaganda, la propaganda! Esto ya es poco en los momentos actuales, ¡la juventud obrera tiene razón! Hay que llevar la agitación a un terreno más vasto. Os digo que los obreros tienen razón.

Nikolái, fruncido el ceño, le contestó en el mismo tono:

—En todas partes se quejan de la falta de literatura, y nosotros aún no hemos logrado organizar una buena imprenta. Liudmila está agotada; caerá enferma, si no le damos colaboradores...

—¿Y Vesovschikov? —pregutó Sofía.

—No puede vivir en la ciudad. Se pondrá a la tarea solamente en la imprenta nueva, pero para ésta necesitamos aún otra persona...

—¿Podría yo servir? —propuso la madre en voz baja.

Los tres la miraron y guardaron silencio unos instantes.

—¡Es una buena idea! —exclamó Sofía.

—¡No, eso sería penoso para usted, Nílovna! —dijo secamente Nikolái—. Tendría usted que vivir fuera de la ciudad, no podría ir a ver a Pável, y en general...

Ella dio un suspiro y repuso:

—Para Pável, eso no será una gran pérdida; y en cuanto a mí, ¡las visitas me destrozan el alma! No se puede hablar de nada. Estás frente a tu hijo como una tonta y te miran a la boca, esperando a ver si dices algo de más...

Los acontecimientos de los últimos días la habían fatigado mucho, y ahora, al entrever la posibilidad de vivir fuera de la ciudad, lejos de aquellos dramas, se aferraba ávidamente a ella.

Pero Nikolái cambió de conversación.

—¿En qué piensas, Iván? —preguntó al doctor.

Alzando la cabeza, que tenía profundamente inclinada sobre la mesa, el doctor dijo en tono sombrío:

—En que somos pocos, ¡en eso! Hay que trabajar con más energía... y hay que convencer a Pável y a Andréi de que se fuguen; son ambos demasiado valiosos para que estén encerrados sin hacer nada...

Nikolái frunció el ceño y, echando una rápida ojeada a la madre, meneó la cabeza con aire dubitativo. Comprendió ella que les cohibía su presencia, para hablar del hijo, y se marchó a su cuarto, llevándose en el pecho un leve agravio contra aquellas personas que tan poco se preocupaban de su deseo. Ya acostada, sin cerrar los ojos, al murmullo silencioso de las voces, se dejó dominar por la inquietud.

El día había sido tenebroso, incomprensible y lleno de malos presagios; como le era doloroso recordarlo, apartando las impresiones sombrías, se puso a pensar en Pável. Le quería ver en libertad, y al mismo tiempo, le espantaba tal idea; sentía que en torno de ella todo se agudizaba, amenazando con desembocar en violentos choques. La paciencia silenciosa de la gente desaparecía para dar paso a una tensa expectación, la ira iba creciendo sensiblemente, se oían palabras ásperas, en todas partes la atmósfera estaba cargada de excitación... Cada proclama suscitaba animadas conversaciones en el mercado, en las tiendas, entre las sirvientas y los artesanos; cada detención en la ciudad producía un eco medroso, de perplejidad y, en ocasiones, de simpatía inconsciente, que se expresaba al comentar los motivos de ella. Cada vez con mayor frecuencia oía a las gentes sencillas palabras que en otros tiempos la habían asustado: rebelión, socialistas, política... las pronunciaban con ironía, pero tras aquella ironía se disimulaba mal una interrogante llena de curiosidad; con cólera, pero a través de ella se percibía el miedo; con aire pensativo, mas con esperanza y amenaza. Lentamente, pero en círculos cada vez más amplios, iba propagándose la agitación a través de la vida oscura y estancada, se iba despertando el pensamiento dormido, y la actitud acostumbrada de tranquilidad ante los acontecimientos cotidianos empezaba a vacilar.

La madre veía todo aquello más claramente que los demás, porque conocía mejor que ellos la triste faz de la vida y, ahora, al ver en ella arrugas de reflexión y de ira, se regocijaba y se alarmaba al propio tiempo. Se regocijaba, porque lo consideraba como obra de su hijo; se alarmaba, porque sabía que, si salía de la cárcel, se pondría a la cabeza de todos, en el puesto de mayor peligro. Y perecería.

A veces, la imagen de su hijo tomaba ante ella las dimensiones de un héroe de leyenda; reunía en su persona todas las palabras de valentía y honradez que ella había oído, todas las cualidades de las gentes que a ella más le gustaban, todo lo heroico y luminoso que ella conocía. Entonces, enternecida, orgullosa, le contemplaba con silencioso arrobamiento y, llena de esperanza, pensaba:

«¡Todo saldrá bien, todo!»

Su amor —amor de madre— se inflamaba apretándole el corazón hasta casi producirle dolor; después, lo maternal impedía que creciera lo humano, lo consumía, y en lugar de tan grande sentimiento, en las grises cenizas de la inquietud, palpitaba, tímidamente, una idea desoladora:

«Sucumbirá... ¡perecerá!»

XIV

A mediodía, estaba en la oficina de la cárcel, frente a Pável, y a través de la neblina de los ojos examinaba su cara barbuda, acechando el instante en que pudiera darle la esquela que apretaban fuertemente sus dedos.

—Yo estoy bien y los demás también —dijo él a media voz—. ¿Y tú, qué tal?

—No estoy mal. ¡Egor Ivánovich ha muerto! —dijo ella maquinalmente.

—¿Sí? —exclamó Pável, y bajó en silencio la cabeza.

—En el entierro hubo una pelea con la policía, ¡detuvieron a uno! —continuó ella con tono de ingenuidad.

El subdirector de la cárcel hizo chasquear sus finos labios con indignación, se levantó bruscamente de la silla y refunfuñó:

—Eso está prohibido, ¡hay que comprenderlo! ¡Está prohibido hablar de política...!

La madre también se levantó de la silla y, como si no hubiera comprendido, dijo con aire de culpa:

—Yo no hablo de política, ¡sino de la pelea! Y que se pelearon es cierto. Uno hasta salió con la cabeza rota...

—¡Lo mismo da! ¡Haga el favor de callarse! Es decir, no hable de nada que no esté relacionado personalmente con usted, con su familia o, en general, con su casa.

Percibiendo que se estaba embrollando, sentóse a la mesa y añadió, en tono de cansancio y de desolación, mientras ponía en orden sus papeles:

—Yo respondo, sí...

La madre le echó una ojeada, deslizó rápidamente la esquela en la mano de Pável y suspiró con alivio.

—No comprende una de qué hay que hablar...

Pável sonrió.

—Yo tampoco lo comprendo...

—Entonces, ¡no hay que venir de visita! —observó el funcionario con irritación—. No saben de qué hablar, pero vienen y molestan...

—¿Será pronto el juicio? —preguntó la madre, después de un instante de silencio.

—Hace unos días estuvo aquí el fiscal, y dijo que pronto...

Hablaban con palabras intrascendentes, innecesarias para ambos; la madre veía que los ojos de Pável la miraban con ternura y cariño. No había cambiado, continuaba tan mesurado y tranquilo como siempre; sólo la barba le había crecido mucho, haciéndole

parecer más viejo, y, además, las manos se le habían puesto más blancas. Sintió ella deseos de decirle algo agradable, de hablarle de Nikolái, y con el mismo tono de voz con que había referido cosas innecesarias y carentes de interés, prosiguió:

—He visto a tu ahijado...

Clavó Pável en ella los ojos, con muda interrogante. Ella, deseando recordarle la cara picada de viruela de Vesovschikov, se dio con el dedo unos golpecitos en la mejilla...

—Se encuentra bien, el chico está fuerte y sano, pronto tendrá colocación...

El hijo la había comprendido; meneó la cabeza y, con una sonrisa alegre en los ojos, contestó:

—¡Eso está muy bien!

—Pues, ¡así es! —dijo ella con satisfacción, emocionada por la alegría del hijo.

Al despedirse de ella, le apretó la mano con fuerza.

—¡Gracias, madre!

Un jubiloso sentimiento de entrañable proximidad al hijo se le subió embriagador a la cabeza, y, sin fuerzas para contestar con palabras, le respondió estrechándole la mano en silencio.

Cuando volvió a casa, se encontró allí a Sáshenka. La joven solía presentarse a ver a Nílovna los días en que ésta visitaba a Pável. Nunca le preguntaba por él, y si la madre no decía nada, Sáshenka la miraba fijamente a la cara y se conformaba con eso. Pero el día aquel la acogió con una pregunta de inquietud:

—¿Cómo está él?

—Sin novedad, ¡está bien!

—¿Le entregó usted la esquela?

—¡Por supuesto! Se la deslicé con tanta habilidad, que...

—¿La leyó?

—¿Dónde? ¡Era imposible!

—Sí, es verdad, ¡se me había olvidado! —dijo la joven lentamente—. Esperaremos aún una semana, ¡una semana! ¿Y qué cree usted, estará de acuerdo?

Frunció el entrecejo y miró a la cara de la madre, con los ojos fijos.

—No sé qué decirle —razonó la madre—. ¿Por qué no fugarse si no hay peligro en ello?

Sáshenka movió bruscamente la cabeza y preguntó con sequedad:

—¿Sabe usted qué puede comer el enfermo? Dice que tiene hambre.

—De todo, de todo. Ahora voy...

Se fue a la cocina. Sáshenka la siguió despacio.

—¿Quiere que la ayude?

—¡Gracias! ¡No se moleste!

La madre se inclinó sobre la hornilla para coger un puchero.

La joven, en voz baja, le dijo:

—Espere...

Su rostro palideció, sus ojos se dilataron angustiados y sus labios, trémulos, murmuraron con esfuerzo y ardor, rápidamente:

—Quiero hacerle un ruego. ¡Yo sé que él no estará de acuerdo! ¡Convénzale usted! Dígale que nos es necesario, que no podemos prescindir de él para la causa, que tengo miedo de que enferme. Ya ve usted, aún no han señalado día para el juicio...

Se percibía que hablaba con dificultad. Toda ella estaba rígida, miraba hacia un lado, su voz sonaba desigual... Caídos los párpados de cansancio, la muchacha se mordió los labios y crujieron sus dedos, contraídos con fuerza.

La madre quedó turbada ante aquel ímpetu; pero lo comprendía y, emocionada, llena de tristeza, abrazó a Sáshenka y respondió bajito:

—¡Hija mía querida! No escucha a nadie más que a sí mismo, ¡a nadie!

Ambas guardaron silencio, abrazadas estrechamente, una contra otra. Después, Sáshenka, desprendiendo de sus hombros con dulzura las manos de la madre, le dijo temblorosa:

—Sí, tiene usted razón. Todo esto son tonterías, nervios...

Y de pronto, seria, concluyó con sencillez:

—Pero vamos, hay que dar de comer al herido...

Sentándose junto al lecho de Iván, le preguntó, ya en tono de cariñosa solicitud:

—¿Le duele mucho la cabeza?

—No mucho, sólo que... ¡lo veo todo turbio! Y siento debilidad —contestó Iván, lleno de confusión, tirando de la manta hacia la barbilla y entornando los ojos, como si le molestase la clara luz. Al darse cuenta de que el joven no se decidía a comer en su presencia, Sáshenka se retiró.

Se incorporó Iván, la siguió con la mirada y, guiñando el ojo, dijo:

—¡Qué guapa es...!

Tenía Iván unos ojos luminosos y alegres, los dientes pequeños y apretados, y aún estaba mudando la voz.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó la madre, pensativa.

—Diecisiete...

—¿Dónde están sus padres?

—En el pueblo. Yo vivo aquí desde los diez años. Terminé mis estudios en la escuela y me vine. ¿Y usted, camarada, cómo se llama?

A la madre le divertía y conmovía que la llamaran así. Y preguntó sonriendo:

—¿Para qué quiere usted saberlo?

El muchacho, turbado, guardó silencio; luego, explicó:

—Pues verá usted. Un estudiante de nuestro círculo, es decir, uno que nos daba charlas, nos habló de la madre de Pável Vlásov, el obrero, ¿sabe usted?, el de la manifestación del Primero de Mayo.

Ella asintió con la cabeza y prestó viva atención.

—Él ha sido el primero que, abiertamente, ha levantado la bandera de nuestro Partido —declaró con orgullo el joven, y su sentimiento repercutió en el corazón de la madre.

—Yo no estuve allí; nosotros, entonces, queríamos haber organizado aquí nuestra manifestación, pero fracasó. Entonces, éramos pocos. En cambio, al año que viene, venga por aquí... ¡Y ya verá usted!

Se atragantaba de emoción, deleitándose de antemano con los acontecimientos; después, agitando la cuchara en el aire, prosiguió:

—Bueno, pues le estaba hablando de la madre de Vlásov. Después de aquello, también ingresó en el Partido. Dicen que es una mujer... ¡un verdadero prodigio!

La madre sonrió con ancha sonrisa. Le era agradable oír de boca del muchacho aquellas alabanzas entusiastas.

Le era agradable, y a la vez, embarazoso. Incluso estuvo a punto de decirle: «¡Yo soy Vlásova!», pero, conteniéndose, con suave ironía y tristeza, se dijo:

«¡Ay, vieja tonta...!»

—¡Usted coma más! Así se repondrá pronto para dedicarse a la buena causa —exclamó con repentina emoción, inclinándose hacia él.

La puerta se abrió, dando paso al aliento húmedo y frío del otoño, y entró Sofía, alegre, con las mejillas rosadas.

—Los espías me rondan como pretendientes a una novia rica, ¡palabra de honor! Tengo que desaparecer de aquí... Bueno, ¿qué tal, Iván? Bien, ¿qué hay de Pável, Nílovna? ¿Está aquí Sáshenka?

Mientras encendía un pitillo, iba preguntando sin esperar respuesta y acariciaba a la madre y al joven con la mirada de sus ojos grises. La madre la miraba y, sonriendo, pensaba para sus adentros:

«¡Yo también voy entrando entre la gente buena!»

E inclinándose de nuevo hacia Iván, dijo:

—¡A curarse, hijito!

Y se marchó al comedor. Allí Sofía le contaba a Sáshenka:

—¡Ella tiene ya preparados trescientos ejemplares! ¡Se mata con este trabajo! ¡Eso sí que es heroísmo! Mire, Sáshenka, es una felicidad vivir entre gentes así, ser camarada de ellos, trabajar en su compañía...

—¡Sí! —contestó la muchacha en voz baja.

Por la noche, mientras tomaban el té, Sofía dijo a la madre:

—Usted, Nílovna, tendrá que hacer otro viaje al campo.

—Bueno. ¿Cuándo?

—Dentro de unos tres días. ¿Podrá usted?

—Está bien.

—¡No vaya usted a pie! —le aconsejó Nikolái en voz baja—. Tome un coche de posta y, por favor, tire por otro camino, a través del distrito de Nikólskoie...

Se calló y frunció el ceño. El gesto aquel no le iba bien al rostro, cambiando de un modo raro y feo su expresión, siempre tranquila.

—¡Por Nikólskoie está muy lejos! —observó la madre—. Y los coches de posta cuestan caros.

—Mire usted —prosiguió Nikolái—, yo, en general, estoy en contra de este viaje. Aquello anda revuelto, ha habido detenciones, se han llevado a un maestro de escuela; hay que ser prudente. Más valdría esperar un poco...

Sofía, tamborileando sobre la mesa, indicó:

—Para nosotros es muy importante que la distribución de la literatura no sufra interrupción. ¿No tiene miedo a ir, Nílovna? —preguntó de repente.

La madre se sintió herida.

—¿Cuándo he tenido yo miedo? Incluso la primera vez lo hice sin temor... y ahora, de pronto... —sin terminar la frase, bajó la cabeza. Siempre que le preguntaban si tenía miedo, si no le causaba molestia, si podía hacer esto o aquello, percibía en tales preguntas un tono de ruego, parecíale que la apartaban de ellos, que la trataban de un modo diferente a como se comportaban entre sí.

—En vano me preguntan si tengo miedo —agregó suspirando—. Ustedes no se hacen esa pregunta los unos a los otros.

Nikolái quitóse las gafas apresuradamente, se las puso de nuevo y se quedó mirando con fijeza a su hermana. El embarazoso silencio alarmó a la madre, que se levantó de la silla, con aire de culpa. Quería decir algo, pero Sofía la tomó dulcemente de la mano y en voz baja se excusó:

—¡Perdóneme...! ¡No lo volveré a hacer más!

Aquellas palabras hicieron reír a la madre. Momentos después, los tres hablaban animadamente y con preocupación sobre el viaje al campo.

XV

Al amanecer ya estaba la madre en el coche de posta, dando tumbos por el camino que habían encharcado las lluvias de otoño. Soplaba un viento húmedo, volaban las salpicaduras del barro, y el postillón, sentado en el pescante del carricoche, medio vuelto hacia ella, se lamentaba con nostálgica y gangosa voz:

—Yo le dije a mi hermano: vamos a repartir los bienes. Y empezamos a repartirlos...

De repente, fustigó al caballo de la izquierda, gritando con rabia:

—¡Arre! ¡Vivo! ¡La bruja que te ha parido...!

Los cebados cuervos de otoño saltaban graves por los desnudos campos labrados; el viento les embestía con frío silbido. Ellos presentaban el costado a las ráfagas, que les erizaban las plumas y les hacían vacilar; entonces, cediendo a su empuje, se echaban a volar con perezoso aleteo para ir a posarse en otro sitio.

—Pues bien, me engañó en el reparto. Cuando quise darme cuenta, ya no había nada que hacer —continuó el postillón.

La madre escuchaba sus palabras como a través de un sueño; su memoria iba desplegando ante ella los numerosos acontecimientos vividos en los últimos años y, al recordarlos, se veía a sí misma por todas partes. Antes, la vida era creada en algún sitio lejano, sin saberse por quién ni para qué, mientras que ahora muchas cosas se hacían ante sus ojos, con ayuda suya. Ello provocaba en su interior un sentimiento confuso, mezcla de desconfianza y contento de sí misma, de perplejidad y de melancolía silenciosa...

En derredor, todo se balanceaba, con lento movimiento; flotaban en el cielo nubes grises, adelantándose pesadamente las unas a las otras; a ambos lados del camino surgían por un instante árboles mojados, balanceando sus desnudas copas; en torno, se extendían los campos, aparecían y desaparecían las lomas...

La voz gangosa del postillón, el tintineo de los cascabeles, el húmedo silbido y el susurro del viento se fundían en un arroyo sinuoso y palpitante, que fluía sobre los campos con fuerza uniforme...

—El rico hasta en el paraíso se encuentra estrecho..., ¡eso es lo que pasa! Empezó él a apretar, es amigo de las autoridades... —continuaba el auriga, balanceándose en el pescante.

Cuando llegaron a la estación de posta, desenganchó las caballerías y dijo a la madre en tono desesperanzado:

—¡Ya podías darme cinco kopeks, para echar un trago!

Ella se los dio, y él, sacudiendo la moneda en la palma de la mano, con el mismo tono comunicó a la madre:

—Tres para vodka y dos para pan...

Después de mediodía, rendida y aterida de frío, llegó la madre al poblado de Nikólskoie, entró en la posada de la estación de posta, pidió té, sentóse junto a una ventana y puso debajo del banco su pesada maleta. Desde la ventana se veía una placita cubierta de la amarilla alfombra de la hierba pisoteada y el ayuntamiento del distrito, una casa de color gris oscuro con el tejado un poco hundido. En su terracilla estaba sentado un mujik calvo, de luenga barba, en mangas de camisa y fumando en pipa. Por la hierba correteaba un cerdo. Sacudiendo mohíno las orejas, escarbaba en la tierra con el hocico y meneaba la cabeza.

Flotaban las nubes en masas oscuras, amontonándose unas sobre otras. Todo estaba en silencio, sombrío y tedioso, como si la vida se hubiese escondido en alguna parte y estuviese allí agazapada.

De pronto, entró a galope en la plaza el sargento de policía, detuvo su caballo rojizo junto a la escalera del ayuntamiento y, agitando en el aire la «nagaika», gritó al mujik. Sus voces vibraban en los cristales de la ventana, pero no se entendían las palabras. Se levantó el mujik y señaló con el brazo a lo lejos; echó pie a tierra el sargento, se tambaleó sobre sus piernas y arrojó las bridas al mujik; apoyándose en el pasamanos, subió pesadamente la escalera de la terracilla y desapareció tras la puerta de la casa.

De nuevo todo quedó en silencio. Por dos veces, el caballo golpeó con un casco la tierra blanda. En la habitación donde estaba la madre entró una chiquilla de mirada cariñosa, carita redonda y corta trenza rubia en la nuca. Mordiéndose los labios, llevaba en las manos tensas una bandeja grande, de abollados bordes, llena de loza, y saludaba inclinando con frecuencia la cabeza.

—¡Buenos días, guapita! —dijo cariñosamente la madre.

—¡Buenos días!

Mientras iba colocando sobre la mesa platos y tazas, la chiquilla anunció de pronto, con animación:

—Acaban de pescar a un bandido, ¡ahora le traen!

—¿Qué clase de bandido?

—No sé...

—¿Y qué ha hecho?

—¡No lo sé! —replicó la chiquilla—. ¡Sólo he oído que le han pescado! El guarda del ayuntamiento ha salido corriendo en busca del comisario de policía.

La madre miró por la ventana. En la plaza aparecieron algunos mujiks. Unos caminaban lentos, reposados; otros, apresuradamente, abrochándose sobre la marcha las zamarras. Detuviéronse junto a la escalera del ayuntamiento; todos miraron hacia la izquierda.

La chiquilla echó también una ojeada a la calle y salió de la habitación, dando un ruidoso portazo. La madre se estremeció y empujó más dentro la maleta que había puesto debajo del banco; después de echarse el mantón por la cabeza, se dirigió apresuradamente hacia la puerta, conteniendo un incomprensible deseo, que se había apoderado de repente de ella, de ir más deprisa, de echar a correr...

Cuando salió a la terracilla, un frío cortante le dio en los ojos y el pecho, le faltó el aliento y le flaquearon las piernas: por el centro de la plaza venía Ribin, con las manos atadas a la espalda, entre dos alguaciles, que golpeaban la tierra acompasadamente con unos palos; junto a la escalera del ayuntamiento había multitud de personas, que esperaban en silencio.

La madre miraba aturdida sin poder apartar los ojos de allí. Ribin decía algo, ella oía su voz, pero las palabras se perdían, sin dejar eco, en el vacío tembloroso y oscuro de su corazón.

Volvió la madre en sí, recobrando el aliento. Junto a la terracilla estaba un mujik, de rubia y poblada barba, que la miraba fijamente con sus ojos azules. Tosió ella y, restregándose la garganta con manos debilitadas por el terror, preguntó con esfuerzo:

—¿Qué pasa?

—¡Mírelo! —contestó el mujik y se volvió de espaldas. Acercóse otro mujik y se puso a su lado.

Los alguaciles se detuvieron ante la multitud que, rápidamente, aumentaba cada vez más, pero permanecía en silencio; de pronto, la voz de Ribin se alzó profunda y recia sobre el gentío:

—¡Cristianos! ¿Habéis oído hablar de unos papeles escritos que dicen la verdad sobre nuestra vida de campesinos? Pues yo ahora estoy sufriendo por esos papeles... ¡Yo fui quien los repartió entre el pueblo!

La gente se apiñó en torno a Ribin. Su voz resonaba acompasada, tranquila. Y ello serenó un poco a la madre.

—¿Oyes? —preguntó en voz baja al mujik de ojos azules, su vecino, dándole con el codo. Aquél, sin contestar, alzó la cabeza y volvió a mirar a la madre a la cara. El otro mujik, más joven que el primero, con barba oscura y rala, de rostro enjuto, cuajado de pecas, la miró también. Después ambos se apartaron de la terracilla.

«¡Tienen miedo!», pensó la madre involuntariamente.

Su atención se hizo más aguda. Desde lo alto de la terracilla veía con claridad la cara ennegrecida y tumefacta de Mijaíl Ivánovich, distinguía el brillo ardiente de sus ojos, sintió deseos de que él también la viera, y, empinándose, alargó el cuello hacia él.

La gente le contemplaba ceñuda, con desconfianza, en silencio. Sólo en las últimas filas de la multitud se oía el sofocado rumor de las conversaciones.

—¡Campesinos! —dijo Ribin con voz llena y tensa—. Creed en esos papeles. Yo, ahora, tal vez vaya a morir por ellos; me han apaleado, me han atormentado, querían obligarme por la tortura a decir de dónde los sacaba; volverán a golpearme... ¡lo soportaré todo! Porque en esos papeles se encuentra la verdad, y esta verdad debe ser para nosotros más preciada que el pan, ¡eso es!

—¿Por qué lo dirá? —exclamó en voz baja uno de los mujiks, cerca de la terracilla. El de los ojos azules contestó con lentitud:

—Ahora ya le da igual: no muere uno dos veces, y una es inevitable...

La gente permanecía callada, mirando sombría, de reojo, como si sobre todos gravitase algo invisible, pero de un peso agobiador.

En la terracilla del ayuntamiento apareció el sargento y, tambaleándose, mugió con voz ebria:

—¿Quién es el que habla?

De pronto se lanzó por la escalera dando tumbos, cogió a Ribin del pelo y, zarandeándole, gritó:

—¿Eres tú el que habla, hijo de perra, eres tú?

La multitud se agitó con bronco rumor. La madre, presa de una angustia impotente, bajó la cabeza. Y de nuevo resonó la voz de Ribin:

—¡Mirad, buena gente...!

—¡A callar! —y el sargento le dio un golpe en la oreja. Ribin vaciló moviendo los hombros.

—¡Os atan las manos y os atormentan como quieren...!

—¡Alguaciles! ¡Conducidle! ¡Dispersaos! —saltando delante de Ribin como un perro de presa ante un trozo de carne, el sargento le asestaba puñetazos en el rostro, en el pecho, en el vientre.

—¡No le pegues! —gritó alguien entre la multitud.

—¿Por qué le pegas? —preguntó otro.

—¡Vamos! —dijo el mujik de los ojos azules, haciendo una señal con la cabeza. Y ambos, sin apresurarse, se dirigieron hacia el ayuntamiento. La madre los siguió con una mirada bondadosa. Suspiró aliviada cuando el sargento volvió a subir pesadamente a la terracilla, y, desde allí, amenazando con el puño, aulló frenético:

—¡Traedle aquí, digo...!

—¡No! —se oyó una fuerte voz entre la multitud. La madre comprendió que quien hablaba era el mujik de los ojos azules—. ¡No lo permitáis, muchachos! Si se lo llevan ahí dentro, le matarán a golpes. Y luego, ¡dirán que hemos sido nosotros! ¡No lo permitáis!

—¡Campesinos! —gritó Ribin—. ¿No estáis viendo cómo vivís? ¿No comprendéis que os roban, que os engañan, que os chupan la sangre? Todo se basa en vosotros, sois la mayor fuerza en la tierra. ¿Y cuáles son vuestros derechos? Uno solo: ¡reventar de hambre...!

De pronto, los mujiks empezaron a gritar, interrumpiéndose unos a otros.

—¡Dice la verdad!

—¡Que llamen al comisario de policia! ¿Dónde está el comisario...?

—El sargento ha ido a buscarle...

—¡Está borracho...!

—No es cosa nuestra reunir a las autoridades...

Aumentaba el griterío, elevándose cada vez más.

—¡Habla! No dejaremos que te peguen...

—¡Desatadle las manos...!

—¡Cuidado, no vaya a ser peor!

—¡Me duelen las manos! —dijo Ribin, dominando el clamor con su voz sonora e igual—. ¡No me escaparé, mujiks! No me escondo de mi verdad, porque vive dentro de mí...

Algunos se apartaron graves de la multitud en diferentes direcciones, hablando a media voz y meneando la cabeza. Pero cada vez se acercaba corriendo más gente, mal vestida, puesta la ropa de cualquier manera, llena de excitacion. Bullían en derredor de Ribin como espuma negra, y él permanecía en pie entre ellos, igual que una ermita en medio de un bosque; alzando las manos por encima de la cabeza y agitándolas en el aire, gritaba a la multitud:

—¡Gracias, buena gente, gracias! ¡Nosotros mismos debemos desatarnos las manos unos a otros! ¡Así es! ¿Quién nos va a ayudar, si no lo hacemos nosotros mismos?

Se limpió la barba y volvió a alzar la mano, toda ensangrentada.

—¡Ya veis mi sangre! ¡Corre por la verdad!

Descendió la madre de la terracilla, pero desde abajo no veía a Mijaíl, aprisionado entre la gente, y de nuevo subió las escaleras. Sentía ardor en el pecho, y un júbilo impreciso palpitaba en él.

—¡Campesinos! Buscad esos papeles, leedlos, no creáis a las autoridades ni a los popes cuando dicen que son ateas y rebeldes las gentes que nos traen la verdad. La verdad anda en secreto por la tie-

rra y busca asilo en el corazón del pueblo. Para las autoridades viene a ser como el cuchillo o el fuego; no la pueden aceptar; ¡les corta, les quema! La verdad es vuestra mejor amiga, pero para las autoridades... ¡es una enemiga jurada! ¡Por eso se oculta...!

De nuevo surgieron entre la multitud algunas exclamaciones.

—¡Oíd, cristianos...!

—¡Ay!, hermano, te vas a perder...

—¿Quién te entregó?

—¡El pope! —contestó uno de los alguaciles.

Restallaron rotundos los ternos de dos mujiks.

—¡Cuidado, muchachos! —se oyó un grito de prevención.

XVI

Hacia la multitud venía el comisario de policía rural; hombre alto, fornido, de cara redonda. Llevaba la gorra ladeada, una guía del bigote vuelta hacia arriba y la otra hacia abajo, lo que hacía parecer torcido su rostro, afeado por una sonrisa estúpida y muerta. Empuñaba el sable con la mano izquierda y braceaba con la derecha. Se oían sus pasos firmes y pesados. La muchedumbre le abría camino. Las fisonomías tomaron una expresión sombría, abatida; el clamoreo se apaciguó, descendiendo, como si se hundiese en la tierra. La madre percibía el temblor de la piel en su frente y una quemazón en los ojos. De nuevo sintió deseos de ir hacia la multitud; se inclinó hacia adelante y quedó como petrificada, con el cuerpo en tensión.

—¿Qué ocurre? —preguntó el comisario, deteniéndose ante Ribin y mirándole de arriba abajo—. ¿Por qué no tiene las manos atadas? ¡Alguaciles, maniatadle!

Su voz era aguda y sonora, pero sin matices.

—Las tenía atadas, ¡pero la gente se las ha desatado! —contestó uno de los alguaciles.

—¿Qué? ¿La gente? ¿Qué gente?

El comisario miró a la muchedumbre que le rodeaba en semicírculo, y con el mismo tono, con una voz blanca, sin altibajos, continuó:

—¿Quién es la gente?

Y golpeó con la empuñadura del sable el pecho del mujik de ojos azules.

—¿Eres tú la gente, Chumakov? ¿Y quién más? ¿Tú, Mishin?

Y con la mano derecha tiró de la barba a otro.

—¡Disolveos, canallas...! Mirad, que si no... ¡vais a ver lo que es bueno...!

Ni en su voz ni en su rostro había irritación ni amenaza; hablaba con calma y golpeaba a la gente con movimientos seguros e iguales de sus brazos, largos y fuertes. Los grupos retrocedían ante él, bajando la cabeza y volviendo hacia otro lado la cara.

—Bueno, ¿a qué esperáis? —dijo a los alguaciles—. ¡Amarradle!

Soltó un terrible juramento, miró de nuevo a Ribin y le dijo en voz alta:

—¡Eh, tú! ¡Manos atrás!

—¡No quiero que me las aten! —replicó Ribin—. No me propongo huir, no voy a pelearme, ¿por qué me vais a atar?

—¿Qué? —preguntó el comisario, avanzando hacia él.

—¡Basta ya de atormentar al pueblo, fieras! —continuó Ribin, levantando la voz—. Pronto llegará también para vosotros el día de la justicia...

El comisario se paró delante de él y se le quedó mirando a la cara, moviendo el bigote. Retrocedió después un paso y gritó asombrado, con voz silbante:

—¡Ah, ah, ah, hijo de perra! ¿Qué palabras son ésas?

Y de pronto golpeó con fuerza a Ribin en el rostro.

—¡La verdad no se mata a puñetazos! —gritó Ribin, abalanzándose a él—. ¡Y tú no tienes derecho a pegarme, perro sarnoso!

—¿Que no? ¿Yo? —aulló el comisario, arrastrando las palabras.

Y de nuevo lanzó el puño, apuntando a la cabeza de Ribin. Éste se agachó y el golpe se perdió en el aire. El comisario, tambaleándose, estuvo a punto de caer. Alguien resopló ruidosamente entre la multitud, conteniendo la risa, y de nuevo se oyó la voz furiosa de Ribin:

—¡Te digo que no intentes pegarme, diablo!

El comisario miró en derredor. Silenciosos y sombríos, avanzaban los hombres en apretado y oscuro cerco...

—¡Nikita! —gritó el comisario, mirando a su alrededor—. ¡Eh, Nikita!

Un mujik rechoncho y fornido, con zamarra corta, se desprendió de la muchedumbre. Miraba al suelo, gacha la cabezota desgreñada.

—¡Nikita! —dijo el comisario sin apresurarse y retorciéndose el bigote—. Alúmbrale una bofetada, ¡de las buenas!

El mujik dio un paso adelante, se detuvo frente a Ribin y levantó la cabeza. Ribin le arrojó a la cara palabras veraces y duras:

—¡Mirad, buena gente, cómo las fieras os ahogan con vuestras propias manos! ¡Mirad, reflexionad!

El mujik alzó lentamente la mano y dio a Ribin un ligero golpe en la cabeza.

—¿Acaso se pega así, hijo de perra? —chilló el comisario.

—¡Eh, Nikita! —dijeron entre la multitud sin alzar la voz—. ¡Acuérdate de Dios!

—¡Pégale, te digo! —gritó el comisario, empujando al mujik en el cogote.

El mujik se echó a un lado y dijo hosco, bajando la cabeza:

—¡No, no lo haré...!

—¿Qué?

El comisario, convulso el rostro, pataleó con rabia y se precipitó sobre Ribin, vomitando insultos. Resonó la bofetada con sordo chasquido; Mijaíl se tambaleó y blandió el puño, pero, de un segundo golpe, el comisario le derribó a tierra y empezó a saltar rugiendo a su alrededor, dándole patadas en la cabeza, en el pecho, en los costados...

La multitud rugió hostil, balanceóse y avanzó hacia el comisario; éste, al darse cuenta, se apartó de un salto y desenvainó el sable.

—¡Ah!, ¿vosotros también? ¿Os amotináis, eh...? ¿Conque esas tenemos...?

Su voz tembló, dio un agudo chillido y enronqueció como si se hubiese quebrado. Al mismo tiempo que la voz, perdió de repente toda su fuerza, encogió la cabeza entre los hombros, se encorvó y, girando en todas direcciones sus ojos vacíos, empezó a recular, tanteando cautelosamente el terreno con los pies. Mientras retrocedía, gritaba con voz enronquecida e inquieta:

—¡Está bien! ¡Os lo entrego, me marcho! ¡Venga, tomadle! ¿No sabéis, canalla maldita, que es un criminal político, que va contra el zar, que organiza motines, no lo sabéis? ¿Y le defendéis, eh? ¿Sois todos rebeldes? ¡Ah, ah...!

Inmóvil, sin pestañear, sin fuerzas ni pensamiento, la madre permanecía en pie, como sumida en una pesadilla, aplomada por el horror y la compasión. Como abejorros, zumbaban en sus oídos los gritos de la multitud, agraviados, sombríos, enfurecidos. Temblaba la voz del comisario, susurraban algunos murmullos...

—¡Si es culpable, júzgale!

—Perdónele, usía...

—¿Qué está usted haciendo? Eso no es lo que manda la ley...

—¿Acaso es posible esto? Si todos empiezan a pegar, ¿qué va a pasar entonces?

La gente se había dividido en dos grupos; uno rodeaba al comisario, gritaba, le exhortaba; otro, menos numeroso, permanecía alre-

dedor del herido y hablaba en voz baja y pesarosa. Algunos hombres le levantaron, los alguaciles querían atarle de nuevo las manos...

—¡Esperad, malditos! —les gritaban.

Ribin se limpió el barro y la sangre de la cara, y miró silencioso en torno. Sus ojos resbalaron por la faz de la madre; ella se estremeció, tendió el cuerpo hacia él e involuntariamente movió una mano; Ribin se volvió hacia otro lado, pero al cabo de unos instantes, sus ojos se detuvieron de nuevo en el rostro de la madre. Le pareció a ella que se erguía, que levantaba la cabeza, que le temblaban las ensangrentadas mejillas...

«¡Me ha reconocido! ¿Será posible que me haya reconocido...?»

Y temblando de gozo, pena y espanto, le hizo una inclinación de cabeza. Pero al instante, advirtió que a su lado se encontraba el mujik de ojos azules y que también la miraba. Aquella mirada despertó inmediatamente en ella la conciencia del peligro...

«¿Qué estoy haciendo? ¡Me detendrán a mí también!»

El mujik dijo algunas palabras a Ribin, éste meneó la cabeza y con voz trémula, pero clara y animosa, repuso:

—¡No importa! ¡No estoy solo en la tierra! Ellos nunca podrán apresar toda la verdad. Donde he estado, me recordarán, ¡eso es! Aunque hayan destruido el nido, y ya no queden allí camaradas y amigos...

«Esto me lo dice a mí», comprendió la madre al punto.

—Pero llegará el día en que las águilas alcen el vuelo libremente, ¡en que el pueblo se libere!

Una mujer trajo un cubo de agua y, lanzando ayes y lamentos, se puso a lavar la cara de Ribin. Su voz fina y quejumbrosa se mezclaba con las palabras de Mijaíl, impidiendo a la madre entenderlas. Se adelantó un grupo de mujiks, con el comisario de policía al frente.

Alguien gritó con voz recia:

—¡Venga, un carro para llevar al preso! ¿A quién le toca el turno?

Luego se oyó la voz del comisario, nueva, como condolida:

—Yo puedo golpearte, pero tú a mí no; no puedes, ¡no te atreverás, imbécil!

—¡Bien! ¿Y quién eres tú? ¿Dios? —gritó Ribin.

Una explosión de exclamaciones discordes ahogó su voz.

—¡No discutas, amigo! Aquí, es la autoridad.

—¡No se enfade, usía! El hombre está fuera de sí...

—¡Cállate, no seas tonto!

—Ahora te llevarán a la ciudad...

—¡Allí se respeta más la ley!

Los gritos de la multitud se hacían conciliadores y suplicantes, fundiéndose en una confusa agitación, y en ella todo era ya desesperanza y queja. Agarrándole de los brazos, los alguaciles condujeron a Ribin hasta la terracilla del ayuntamiento y desaparecieron con él tras la puerta. Poco a poco, los mujiks fueron dispersándose por la plaza. La madre vio que el de los ojos azules se dirigía hacia ella, mirándola a hurtadillas. Le empezaron a temblar las piernas; un sentimiento de angustia le oprimía el corazón, causándole náuseas.

«¡No debo marcharme! —pensaba—. ¡No debo!»

Y agarrándose con fuerza a la baranda, esperó.

El comisario, en pie en lo alto de la terracilla del ayuntamiento, hablaba, manoteando mucho, en tono de reprimenda, y ya de nuevo con su voz blanca, desalmada:

—¡Imbéciles, hijos de perra! No entendéis de nada y os metéis en un asunto semejante, ¡en un asunto de Estado! ¡Bestias! Deberíais estarme agradecidos, arrodillaros delante de mí, ¡por mi bondad! Si yo quisiera, iríais todos a presidio...

Unos veinte mujiks le escuchaban descubiertos. Oscurecía y los nubarrones iban bajando. El de los ojos azules llegó a la terracilla y dijo, con un suspiro:

—¡Así andan aquí las cosas...!

—¡Ya lo veo! —repuso ella quedamente.

Él la miró con expresión abierta y le preguntó:

—¿En qué trabaja?

—Compro encajes a las campesinas, y también lienzo...

El mujik se acarició lentamente la barba. Luego, mirando en dirección al ayuntamiento, dijo sin alzar la voz, con hastío.

—Aquí no encontrará nada de eso.

La madre le miró de arriba abajo y esperó el momento propicio para entrar en la posada. El rostro del mujik era hermoso, tenía una expresión pensativa y ojos de triste mirar. Alto y ancho de espaldas, llevaba un caftán todo lleno de remiendos, camisa de percal limpia, un pantalón rojizo, de paño burdo, y destrozadas botas, sin calcetines...

Sin saber por qué, la madre lanzó un suspiro de alivio y de pronto, obedeciendo a un instinto que se adelantaba a su pensamiento confuso, sorprendiéndose a sí misma, le preguntó:

—Y bien, ¿podría pasar la noche en tu casa?

Una vez hecha la pregunta, sus músculos, sus huesos, todo su cuerpo se puso en tensión. Se irguió, mirando al mujik con ojos fijos. Por su mente pasaban velozmente punzantes pensamientos:

«¡Voy a perder a Nikolái Ivánovich! ¡No volveré a ver a Pável en mucho tiempo! ¡Me molerán a palos!»

Mirando al suelo y sin apresurarse, el mujik contestó, cruzándose el caftán sobre el pecho:

—¿Pasar la noche? Bueno. ¿Por qué no? Sólo que mi isba es mala...

—¡No estoy hecha a lujos! —contestó la madre, inconscientemente.

—¡Bueno! —repitió el mujik, mirándola con fijeza.

Ya había anochecido, y en la oscuridad sus ojos brillaban con frío fulgor y su rostro parecía muy pálido. La madre, con la misma sensación que si descendiera por una montaña, le dijo en voz baja:

—Entonces, ahora mismo voy, y tú me llevarás la maleta...

—Está bien.

Se encogió él de hombros, volvió a cruzarse el caftán y murmuró suavemente:

—Mire, ahí llega el carro...

En la terracilla del ayuntamiento apareció Ribin; tenía otra vez las manos atadas, envueltas la cabeza y la cara en algo gris.

—¡Adiós, buena gente! —resonó su voz entre las frías sombras del anochecer—. ¡Buscad la verdad y guardadla! Creed a los que os traigan la palabra limpia. ¡No escatiméis fuerzas en aras de la verdad...!

—¡Calla, perro! —gritó desde alguna parte la voz del comisario—. ¡Alguacil, arrea los caballos, imbécil!

—¿Qué es lo que podéis perder? ¿Cuál es vuestra vida?

El carro arrancó. Sentado entre dos alguaciles, gritó aún Ribin, sordamente:

—¿Para qué os morís de hambre? Esforzaos por conseguir la libertad; ella os dará el pan y la verdad... ¡Adiós, buenas gentes...!

El precipitado traqueteo de las ruedas, las pisadas de los caballos y las invectivas del comisario de policía envolvieron sus palabras y las entremezclaron, ahogándolas.

—¡Se acabó! —dijo el mujik, sacudiendo la cabeza, y, dirigiéndose a la madre, continuó en voz baja—. Usted siéntese allí en la estación y espéreme, en seguida vengo a buscarla...

La madre entró en la habitación de la posada, se sentó a la mesa ante el samovar, tomó un pedazo de pan, lo miró y, lentamente, lo volvió a dejar en el plato. No tenía hambre y de nuevo sintió náuseas. Algo, de una tibieza repugnante, que le quitaba las fuerzas, le chupaba la sangre del corazón y hacía que la cabeza le diera vueltas. Ante ella surgía la cara del mujik de ojos azules; extraña, como sin terminar, no le inspiraba confianza. Sin saber por qué, no quería pensar abiertamente que él podía entregarla, pero el pensamiento

había ya surgido en su cerebro y sordo, inmóvil, le oprimía el corazón, como una losa.

«¡Me ha visto! —razonaba con lentitud, sin fuerzas—. Me ha visto; se ha dado cuenta...»

Pero el pensamiento no iba más allá, se hundía en un desaliento abrumador, en una viscosa sensación de náuseas.

Un silencio tímido, agazapado tras la ventana, había sustituido al estruendo anterior y ponía al desnudo algo depresivo, medroso, existente en la aldea, que agudizaba en el pecho de la madre la sensación de soledad, llenándole el alma de sombras grises y suaves como la ceniza.

Asomó la chiquilla a la puerta y, deteniéndose en el umbral, le preguntó:

—¿Le traigo una tortilla?

—No. No tengo gana, con los gritos me han asustado...

La niña se acercó a la mesa y animadamente, pero en voz baja, empezó a contar:

—¡Cómo le pegaba el comisario! Yo estaba muy cerquita de él y vi que le rompía todos los dientes, y el hombre escupía sangre, una sangre espesa, espesa, negra... ¡Ya ni se le veían los ojos! Es de los que trabajan en el alquitrán. El sargento está ahí tumbado, borracho, y no deja de pedir vino. Dice que había una banda entera y que ese barbudo era el jefe; vamos, el atamán. Han cazado a tres y uno se ha escapado, según he oído. Han pescado además a un maestro de escuela, que también era de los suyos. ¡No creen en Dios y quieren convencer a la gente para que saquee las iglesias! ¡Fíjese cómo son! Algunos mujiks sentían lástima, pero otros dicen que habría que matarle. ¡Hay aquí algunos mujiks más malos...! ¡Huy, qué malos!

La madre escuchaba con atención aquel relato entrecortado y rápido, tratando de ahogar su inquietud, de disipar la angustia de la espera. La chiquilla debía estar encantada de que le concedieran tanta atención y charlaba atropelladamente, con vivacidad cada vez mayor, bajando la voz:

—Mi padre dice que todo proviene de la mala cosecha, todo. Es el segundo año que la tierra no da fruto, ¡estamos más desesperados...! Por eso se ven ahora mujiks como ésos, ¡qué desgracia! En las reuniones gritan, se pegan... Hace poco, cuando vendieron los bienes de Vasiukov, porque no había pagado los impuestos, él dio una bofetada al alcalde. «¡Ahí tienes mis atrasos!», le dijo.

Tras la puerta resonaron unos pasos lentos y pesados. Apoyando las manos en la mesa, la madre se levantó...

Entró el campesino de ojos azules y, sin descubrirse, preguntó:

—¿Dónde está el equipaje?

Levantó la maleta sin esfuerzo, la zarandeó y dijo:

—¡Está vacía...! Marka, acompaña a la viajera a mi isba...

Y salió sin mirar a nadie.

—¿Va a pasar la noche en el pueblo? —preguntó la chiquilla.

—Sí. He venido en busca de encajes. Los compro...

—Aquí no se hacen. Eso en Tinkovo y también en Dárino, pero aquí no —explicó la niña.

—Allí iré mañana...

Al pagar el té, dio tres kopeks a la chiquilla; ésta se puso muy contenta. En la calle, pisando la tierra húmeda con los pies descalzos, le dijo:

—Si usted quiere, yo voy corriendo a Dárino y le digo a las mujeres que traigan aquí los encajes. Así ellas vendrán y usted no necesitará ir. Al fin y al cabo, son doce verstas de camino...

—¡No hace falta, querida! —respondió la madre, andando junto a la niña.

E! aire frío la había despejado, y en ella iba surgiendo, lentamente, una decisión imprecisa, confusa, pero prometedora de algo, que se iba formando despacio; la madre, deseosa de acelerar su desarrollo, se preguntaba insistentemente:

«¿Qué hacer? ¿Y si procedo abiertamente, confiando en su conciencia...?»

Ya había anochecido, hacía frío y humedad. Las ventanas de las isbas brillaban con una luz mortecina, rojiza, inmóvil. En el silencio mugía soñoliento el ganado, se oían voces secas y breves. Una sombría calma, meditativa y deprimente, envolvía el lugar...

—¡Aquí es! —dijo la chiquilla—. Mal albergue ha escogido usted; este mujik es muy pobre...

A tientas, buscó la puerta, la abrió y gritó con viveza:

—¡Tía Tatiana!

Y echó a correr. Desde la oscuridad, llegó su voz:

—¡Adiós...!

XVII

La madre se detuvo en el umbral y, protegiéndose los ojos con la mano, echó una ojeada al interior de la isba. Era pequeña, reducida, pero de una limpieza que saltaba a la vista al instante. Por detrás del horno asomó una mujer joven, saludó en silencio, con una inclina-

ción de cabeza, y desapareció. En el rincón de la habitación, frente a la puerta, había una lámpara encendida sobre una mesa.

El dueño de la casa estaba sentado, tamborileando en una esquina de la mesa, y miraba fijamente a la madre.

—¡Entre usted! —le dijo al cabo de un momento—. ¡Tatiana, vete a llamar a Piotr, aprisa!

Salió la mujer, rápida, sin mirar a la recién llegada. Sentada frente al dueño en un banco, la madre paseaba la mirada en derredor. Su maleta no estaba a la vista. Un silencio agobiante llenaba la isba; solamente la lámpara de petróleo dejaba oír el leve chisporroteo de la llama. El rostro del mujik, preocupado y sombrío, oscilaba impreciso ante los ojos de la madre, provocando en ella una pena amarga.

—¿Dónde está mi maleta? —preguntó de repente en voz alta, de un modo inesperado para ella misma.

El mujik encogióse de hombros y contestó pensativo:

—No se perderá...

Y bajando la voz, añadió sombrío:

—Hace un rato, delante de la chiquilla, dije adrede que estaba vacía, ¡pero no lo está! ¡Tiene algo dentro que pesa mucho...!

—¿Y... qué? —preguntó la madre.

Él se levantó, se le acercó, e inclinándose hacia ella, inquirió en voz baja:

—¿Conoce usted a aquel hombre?

La madre se estremeció, pero respondió con firmeza:

—¡Le conozco!

Esta breve respuesta parecía haberla iluminado por dentro, alumbrando todo en el exterior. Suspiró aliviada, se incorporó en el banco y sentóse con más aplomo.

El mujik sonrió con ancha sonrisa.

—Yo vi cuando usted le hizo una seña, y él le contestó; le pregunté al oído si conocía a la que estaba en la terracilla.

—¿Y él qué dijo? —preguntó vivamente la madre.

—¿Él? Dijo: somos muchos. ¡Sí! Muchos, eso dijo...

Echó una mirada interrogadora a su huésped y continuó, volviendo a sonreír.

—¡Es de una gran fuerza ese hombre...! ¡Valiente...! Dice sin rodeos: ¡yo he sido! Le pegan, y él no da su brazo a torcer...

Su voz insegura y no fuerte, su rostro de facciones poco acusadas, y sus ojos, francos, serenos, tranquilizaban cada vez más a la madre. El agotamiento y la inquietud que sintiera en el pecho iban cediendo paso a una compasión, acre y punzante, hacia Ribin. Sin poder contener la ira, súbita y amarga, exclamó con sofocada voz:

—¡Monstruos, bandidos...!

Y dejó escapar un sollozo.

El mujik se apartó de ella, moviendo sombrío la cabeza.

—Sí... ¡Las autoridades se han ganado buenos «amigos»...!

Y de pronto, volviéndose de nuevo hacia la madre, le dijo en voz baja:

—Mire, yo adivino que en la maleta hay periódicos. ¿Es verdad?

—¡Sí! —contestó sencillamente la madre, limpiándose las lágrimas—. A él se los traía.

Frunció el mujik el ceño, se agarró las barbas con la mano y guardó silencio, mirando a un rincón.

—Los recibíamos; los libros también nos llegaban. Conocemos a ese hombre... ¡Le veíamos!

Calló el mujik, quedó un momento pensativo y prosiguió:

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer con eso, con la maleta?

Le miró la madre y le dijo con tono de reto:

—¡Os la dejaré a vosotros...!

Él no manifestó asombro, ni protestó; limitóse a repetir conciso:

—A nosotros...

Asintió con la cabeza, se soltó la barba y, después de alisársela, tomó asiento.

Con una tenacidad e insistencia inexorables, la memoria reproducía ante los ojos de la madre la escena del martirio de Ribin; su imagen le apagaba en el cerebro todos los pensamientos; el dolor y el agravio por lo ocurrido a aquel hombre ofuscaba todas sus sensaciones; no podía ya pensar en la maleta ni en nada más. De sus ojos brotaban incontenibles las lágrimas, su rostro tenía una expresión sombría y su voz no temblaba cuando le dijo al dueño de la isba:

—¡Saquean, torturan, pisotean en el barro al hombre, los malditos!

—¡La fuerza...! —respondió el mujik en voz baja—. ¡Tienen mucha fuerza!

—¿Y de dónde la sacan? —exclamó la madre con pena—. De nosotros, del pueblo; ¡todo lo toman de nosotros!

Irritaba a la madre aquel mujik con su rostro claro, pero enigmático.

—¡Sí! —dijo él, arrastrando la palabra—. La rueda...

Prestando oídos con atención, alargó el cuello hacia la puerta y dijo con voz queda:

—¡Vienen...!

—¿Quiénes?

—Deben ser los nuestros...

Entró su mujer, seguida de un mujik. Éste tiró a un rincón el gorro, se acercó deprisa al dueño de la casa y le preguntó:

—Bueno, ¿qué hay?

El dueño meneó la cabeza afirmativamente.

—Stepán —dijo la mujer, en pie junto al horno—, puede que ella quiera comer algo.

—No, ¡gracias, querida! —contestó la madre.

El recién llegado se acercó a la madre y con voz presurosa y quebrada empezó a hablar:

—Bueno, permítame que me presente. Me llamo Piotr Egórovich Riabinin, de apodo «el Shilo». Entiendo algo de sus asuntos. Sé leer y escribir y no soy un imbécil que digamos...

Tomó la mano que la madre le tendía, y estrechándosela con recia sacudida, se dirigió al dueño de la casa:

—Aquí tienes, Stepán, ¡fíjate! Varvara Nikoláievna es una buena señora, ¡es verdad! Pero en lo tocante a estas cosas, dice que son tonterías, ¡delirios! Según ella, mozuelos y estudiantes atolondrados son los que se entretienen en amotinar al pueblo. Y sin embargo, tú y yo hemos visto a un hombre de respeto, a un mujik como es menester, que le han detenido, y ahora aquí tienes a una mujer, ya de edad, y que, a lo que se ve, no tiene sangre de señores. No se ofenda por la pregunta. ¿Qué eran sus padres?

Hablaba de prisa, con claridad, sin tomar aliento, temblándole nerviosamente la barbita; sus ojos entornados escrutaban el rostro y la figura de la madre. Con la ropa hecha jirones y desgreñado, parecía que acababa de salir de una pelea, en que hubiese vencido al adversario, y estar aún lleno de la gozosa excitación de la victoria. Le agradó a la madre por su vivacidad y porque, desde el principio, había hablado sencillamente, sin rodeos. Mirándole a la cara con expresión cariñosa, contestó ella a su pregunta. Él le volvió a sacudir fuertemente la mano y se echó a reír bajito, con una risilla seca y entrecortada.

—Trigo limpio, Stepán, ¿lo estás viendo? ¡Buen asunto! Ya te decía yo que es el pueblo mismo el que empieza a trabajar. La señora no dirá la verdad, porque la perjudica. Yo la respeto, ¿a qué decir otra cosa? Es una persona buena y quiere para nosotros el bien, pero poquito y sin que a ella le cause perjuicio. El pueblo quiere ir por lo derecho y no teme pérdidas ni daños, ¿no lo has visto? Para él la vida es mala, por todas partes tiene daños, a cualquier lado que se vuelva no encontrará más que el grito de: ¡alto!

—Ya veo —dijo Stepán, asintiendo con la cabeza, y en seguida añadió—: Está intranquila por su maleta.

Piotr guiñó el ojo a la madre con astucia y la tranquilizó con un ademán.

—¡No pase cuidado! ¡Todo se hará como es debido, madre! Su maleta está en mi casa. Antes, cuando él me habló de usted y me dijo que usted también estaba metida en el asunto y que conocía a ese hombre, yo le contesté: mira, Stepán, no hay que dormirse, ¡la cosa es muy seria! Y usted, madre, por lo que se ve, también se olió en seguida, cuando estabamos a su lado, quiénes eramos nosotros. A las personas honradas se las conoce a la legua; andan pocas por las calles, ¡hay que decirlo francamente! Su maleta la tengo en mi casa...

Se sentó a su lado y continuó, con un ruego en la mirada:

—Y si quiere usted vaciarla, ¡nosotros la ayudaremos con gusto! Necesitamos libros...

—¡Quiere dárnoslos todos! —observó Stepán.

—¡Muy bien, madre! ¡Ya les encontraremos acomodo!

Se puso en pie de un salto, echóse a reír y, paseando deprisa por la habitación, continuó satisfecho:

—Puede decirse que el caso es asombroso. Aunque, de lo más simple. Se rompe la cuerda por un lado y se compone por otro... ¡No está mal...! El periódico, madre, es bueno y hace su efecto: abre los ojos a la gente. Para los señores no es muy agradable. Yo trabajo aquí, a unas siete verstas, de carpintero, en casa de una señora propietaria. Ella es buena mujer, hay que reconocerlo; nos da libros, alguna vez que otra lee uno, y se aclaran las cabezas. En general, le estamos agradecidos. Pero cuando yo le enseñé un número del periódico, hasta se ofendió un poco. «¡Déjese de esas cosas, Piotr! —me dijo—. Eso lo hacen muchachuelos sin seso, y no puede traerles más que calamidades... la cárcel... Siberia.»

Volvió a callarse bruscamente, reflexionó un poco e inquirió:

—Diga, madre, y ese hombre, ¿es pariente suyo?

—No —respondió ella—, es un extraño.

Piotr se echó a reír sin ruido, como muy satisfecho de algo, y movió la cabeza, pero inmediatamente a la madre le pareció que la palabra «extraño» no era apropiada para Ribin y que la ofendía a ella misma.

—No somos parientes —agregó—, pero le conozco hace mucho tiempo y le respeto como a un hermano... mayor.

No había encontrado la palabra adecuada; ello le era desagradable, y no pudo contener un leve sollozo. Un silencio sombrío, expectante, llenaba la isba. Piotr tenía la cabeza ladeada sobre el hombro, como aguzando el oído. Stepán, acodado sobre la mesa, pensativo, continuaba tamborileando con los dedos. Su mujer esta-

ba en la penumbra, apoyada en el horno. La madre sentía que no le quitaba ojo, y a veces, ella también la miraba a la cara, ovalada, cetrina, de nariz recta y mentón pronunciado, de brusco perfil. Sus ojos verdosos brillaban con expresión vigilante y atenta.

—Es decir, ¡un amigo! —replicó Piotr en voz baja—. Y con carácter, ¡ya lo creo...! Sabe lo mucho que vale, ¡como debe ser! Ése es un hombre, Tatiana, ¿eh? Y aún dices...

—¿Está casado? —preguntó Tatiana, interrumpiéndole, y los finos labios de su boca, no grande, se apretaron con fuerza.

—¡Es viudo! —replicó tristemente la madre.

—¡Por eso se ha atrevido! —dijo Tatiana en voz baja y profunda—. Un hombre casado no iría por ese camino, tendría miedo...

—¿Y yo? Estoy casado y, no obstante... —manifestó Piotr.

—¡Basta, compadre! —dijo la mujer sin mirarle y torciendo el gesto—. ¿Qué haces tú? Nada más que hablar, y raramente lees algún libro. Aunque andes cuchicheando con Stepán por los rincones, poco saca la gente con eso.

—A mí, ¡hay muchos que me escuchan! —repuso ofendido el mujik en voz baja—. Yo, aquí, soy una especie de levadura; en vano hablas tú así...

Stepán miró en silencio a su mujer y volvió a bajar la cabeza.

—¿Por qué se casarán los mujiks? —preguntó Tatiana—. Necesitan una trabajadora, dicen. ¿Para trabajar en qué?

—¿No tienes bastante quehacer todavía? —dijo Stepán con voz sorda.

—¿De qué sirve este trabajo? De todos modos, se vive sin matar el hambre, un día tras otro. Los hijos nacen, no hay ni tiempo para cuidarlos, por el trabajo este, que ni siquiera da pan.

Se acercó a la madre, sentóse a su lado y continuó hablando obstinadamente, sin queja ni tristeza.

—Dos hijos tuve yo. Uno, a los dos años, se me abrasó con agua hirviendo; el otro nació antes de tiempo, ¡por culpa de este trabajo maldito! ¿Tengo yo alegrías? Os digo que los mujiks hacen mal en casarse; con ello, solamente se atan las manos. Si estuvieran libres, lograrían poner las cosas en orden, como hace falta; lucharían por la verdad, ¡abiertamente, como ese hombre! ¿No digo bien, madre...?

—¡Es cierto! —dijo la madre—. Sí, querida; de otro modo, en la vida no se puede vencer...

—¿Tiene usted marido?

—Murió. Tengo un hijo.

—¿Y dónde está? ¿Vive con usted?

—Está en la cárcel —contestó la madre.

Y sintió que aquellas palabras, juntamente con la pena que le causaban siempre, llenábanle el pecho de un orgullo sereno.

—Ya es la segunda vez que le encierran por haber comprendido la verdad divina e ir sembrándola abiertamente. ¡Es joven, guapo, inteligente...! Suya fue la idea del periódico, y él quien puso a Ribin en el buen camino, ¡aunque Ribin es dos veces mayor! Ahora, juzgarán a mi hijo por todo esto y le condenarán; pero se fugará de Siberia y volverá a dedicarse a su obra...

Según iba hablando, el sentimiento de orgullo alzábase más y más en su pecho, y, al crear la imagen del héroe, le pedía nuevas palabras, le apretaba la garganta. Necesitaba equilibrar con algo luminoso y sensato todo lo sombrío que viera durante el día y que le había oprimido la cabeza con su horror absurdo, con su cínica crueldad. Y obedeciendo inconscientemente a aquella exigencia de su alma buena, reunía todo lo mejor que había visto de claro y puro en un solo fuego, que la cegaba con limpio resplandor...

—Ya han nacido muchos hombres así y nacerán aún más, y todos ellos lucharán hasta la muerte por conseguir la libertad y la justicia para las gentes...

Se había olvidado de toda prudencia y, aunque no mencionaba nombres, contaba todo lo que sabía acerca del trabajo clandestino para liberar al pueblo de las cadenas de la codicia. Al dibujar las imágenes queridas a su corazón, iba poniendo en sus palabras toda la fuerza, todo el amor desbordante que tan tarde había despertado en su pecho, bajo los inquietantes golpes de la vida, y ella misma admiraba, con una alegría ardiente, a las personas que se iban alzando en su memoria, iluminadas y embellecidas por su sentimiento.

—La obra se lleva a cabo por toda la tierra, por todas las ciudades; la fuerza de las buenas gentes no se puede medir ni calcular; crece cada vez más y continuará creciendo hasta que llegue la hora de nuestra victoria.

Su voz fluía igual, encontraba ya las palabras fácilmente y, como perlas multicolores, las ensartaba con rapidez en el hilo sólido del deseo de purificar su corazón del lodo y la sangre de la jornada. Veía que los mujiks parecían haber echado raíces donde su palabra los había encontrado; sin hacer el más leve movimiento, la observaban graves; oía la respiración jadeante de la mujer, sentada a su lado, y todo aquello reforzaba su creencia en lo que decía y prometía a las gentes...

—Todos los que viven mal, los agobiados por la miseria y la injusticia, los sometidos por los ricos y sus servidores, todos, todo el pueblo debe ir en ayuda de quienes perecen por ellos en la cárcel y

aceptan tormentos y la muerte. Desinteresadamente, ellos explicarán dónde está el camino de la felicidad para todos; sin engaño, dirán que recorrerlo es duro; ellos no arrastran a nadie a la fuerza, pero cuando entras en sus filas, ¡no las dejas ya nunca, porque ves que todo es verdad, que ése es el camino y no otro!

Le era grato satisfacer su viejo deseo: ¡ya estaba ella misma hablando de la verdad a las gentes!

—Con personas así, puede ir el pueblo; ellos no se contentarán con poco ni se detendrán hasta que no aniquilen todo el engaño, toda la maldad y la codicia; no se cruzarán de brazos hasta que todo el pueblo no se haya fundido en una sola alma y diga, con una sola voz: ¡Yo soy el amo, yo mismo haré las leyes, iguales para todos!

Cansada, guardó silencio y miró a su alrededor. Había en su pecho un sentimiento tranquilo de que sus palabras no habían caído en el vacío. Los mujiks la miraban, esperando algo más. Piotr tenía cruzados los brazos sobre el pecho, entornados los ojos, y en sus pecosas mejillas temblaba una sonrisa. Stepán, apoyado con un codo en la mesa, inclinaba todo el cuerpo hacia adelante, alargado el cuello, como si estuviera aún escuchando. Su rostro, que permanecía en sombra, adquiría facciones más perfectas. Su mujer, sentada junto a la madre, estaba encorvada, con los brazos sobre las rodillas, mirándose a los pies.

—¡Eso es! —murmuró Piotr y, moviendo la cabeza, se sentó con cuidado en el banco.

Stepán se enderezó lentamente, miró a su mujer y extendió los brazos en el aire, como si quisiera abrazar algo...

—Desde luego, si uno se pone a la obra —comenzó en tono pensativo— debe hacerlo de veras, con toda el alma...

Piotr terció tímidamente:

—Sí, ¡sin mirar atrás...!

—¡Los planes son grandes! —continuó Stepán.

—¡Para toda la tierra! —volvió a añadir Piotr.

XVIII

La madre, recostada contra la pared y con la cabeza hacia atrás, escuchaba las palabras de los dos hombres, medidas, pronunciadas en voz baja.

Tatiana se levantó, echó una ojeada en derredor y sentóse de nuevo. Sus ojos verdes habían brillado con seco fulgor al mirar a los dos mujiks, mientras el rostro reflejaba descontento y desdén.

—Se ve que ha pasado usted muchas penas —dijo de pronto, dirigiéndose a la madre.

—Sí, las he pasado —respondió la madre.

—Habla usted bien; sus palabras van derechas al corazón. Piensa una: ¡Señor, si yo pudiera ver, aunque no fuera más que por una rendija, gentes como ésas y una vida así! ¿Cómo vivimos nosotros? ¡Como borregos! Yo sé leer y escribir, leo libros, medito mucho; a veces, los pensamientos ni siquiera de noche me dejan dormir. ¿Y qué es lo que saco? Si no pienso, sufro inútilmente; y si pienso, también...

Hablaba la mujer con ironía en los ojos y, de cuando en cuando, cortaba repentinamente sus palabras, como una hebra de hilo. Los mujiks permanecían callados. El viento acariciaba los cristales de las ventanas, hacía susurrar la paja del tejado, silbaba suavemente en la chimenea... Aullaba un perro. Y espaciadas gotas de lluvia seguían golpeando los cristales con desgana. Oscilaba la luz de la lámpara, tornándose mortecina para volver a brillar de pronto, viva e igual.

—Al oír sus palabras, piensa una: Ahí tienes, ¡mira para lo que viven las gentes! Y es maravilloso; la escucho a usted, y me digo: ¡Pero si todo eso ya lo sé yo! Y sin embargo, antes que a usted, a nadie le oí nada semejante ni yo he tenido nunca tales pensamientos...

—¡Hay que cenar, Tatiana, y apagar la lámpara! —dijo Stepán sombrío, despacioso—. La gente pensará: los Chumakov tuvieron encendida la luz hasta las tantas. Por nosotros no importa, pero para nuestra huésped quizá no sea bueno...

Tatiana se levantó y se acercó al horno.

—¡Sí! —dijo Piotr, suavemente, con una sonrisa—. Ahora, compadre, hay que estar con el oído alerta. En cuanto la gente tenga el periódico...

—Yo no lo digo por mí. Si me detienen, ¡no será una gran desgracia!

Su mujer se acercó a la mesa y le dijo:

—Apártate...

Se levantó y apartóse a un lado; mirando cómo la mujer ponía la mesa, observó, con una mueca irónica:

—Nuestro precio es de cinco kopeks el manojo, y eso cuando en el manojo hay cien...

La madre, de pronto, sintió compasión de él; ahora le agradaba cada vez más. Después de haber hablado, sentíase aliviada del repugnante peso del día, estaba contenta de sí misma y deseaba a todos felicidad, venturas...

—¡No juzga usted con razón, buen hombre! —replicó—. La persona no debe estar de acuerdo con el precio que le pongan los que no necesitan de ella más que su sangre. Usted mismo es el que debe valorarse, desde dentro, no para sus enemigos, sino para sus amigos...

—¿Qué amigos tenemos nosotros? —dijo en voz baja el mujik—. Amigos hasta que hay que repartirse la primera tajada...

—Pues yo digo que el pueblo tiene amigos...

—Los tiene, pero no aquí; ¡eso es lo que pasa! —contestó pensativo Stepán.

—Pues búsquense amigos también aquí.

Stepán reflexionó un instante y respondió en voz queda:

—Sí, eso habría que hacer...

—Siéntense a la mesa —invitó Tatiana.

Durante la cena, Piotr, que estaba abrumado por los discursos de la madre y como perplejo, se volvió a animar y dijo con rapidez:

—Mire, madre, es preciso que se marche temprano, para que no la vean. Y vaya usted a la estación próxima, y no a la ciudad; márchese en un coche de posta...

—¿Para qué? Yo la llevaré —repuso Stepán.

—¡No es conveniente! Si ocurre algo, te preguntarán: ¿Ha pasado la noche en tu casa? ¡Sí! ¿Y dónde se ha metido? ¡La llevé yo! ¿La has llevado tú? ¡Pues hala, a la cárcel! ¿Comprendes? ¿Y qué prisa tiene uno de ir a la cárcel? Cada cosa a su tiempo; como suele decirse, ¡ya llegará el día en que se muera también el zar! Mientras que así, el asunto es bien sencillo. Pasó la noche, alquiló un carro... ¡y se marchó! Cualquiera sabe quién es el que duerme en casa de uno. El pueblo es de paso...

—¿Dónde aprendiste a tener miedo, Piotr? —preguntó Tatiana con ironía.

—¡Hay que saber de todo, comadre! —exclamó Piotr, dándose una palmada en la rodilla—. Hay que saber ser valiente, y también saber tener miedo. ¿Te acuerdas de cómo el jefe del *zemstvo* le hizo la santísima a Vagánov, a cuenta de ese periódico? Pues ahora, el tal Vagánov no cogería un libro en sus manos por nada del mundo, ¡por nada! Usted, madre, créame a mí, yo soy un pillo de siete suelas para salir de cualquier aprieto, eso todos lo saben. Sembraré los libros y los papeles de la mejor manera, ¡y cuantos hagan falta! La gente aquí, claro está, apenas sabe leer y es asustadiza, pero la vida aprieta tanto, que el hombre, aunque no quiera, tiene que abrir los ojos y preguntarse: ¿qué es lo que pasa? Y el libro le contesta de forma muy clara: esto es lo que pasa, ¡reflexiona, mira! Hay casos en que el

hombre ignorante comprende más que el instruido, sobre todo si el instruido es de los que tienen llena la panza. Yo, aquí, ando por todas partes y veo mucho. Las cosas no marchan mal. Se puede vivir, pero es necesario tener mollera y mucha agilidad para no meterse de golpe y porrazo en el charco. Las autoridades también se huelen algo, es como si les viniera frío del mujik; éste sonríe poco y de un modo nada cariñoso; en general, ¡quiere perder el hábito de vivir bajo autoridades! Hace poco, a Smoliakovo —una aldea de por aquí cerca— llegaron en busca de los impuestos, y los mujiks se alzaron de cascos y echaron manos a las estacas. El comisario de policía les dijo así, sin más rodeos: «¡Eh, hijos de perra! ¡Esto que hacéis es contra el zar!» Había allí un mujik, un tal Spivakin, que le contestó: «¡Tú y tu zar sois unos hijos de mala madre! ¿Qué zar es ése que nos arranca del cuerpo hasta la última camisa?» ¡A eso han llegado las cosas, madrecita...! Claro que a Spivakin le metieron en la cárcel, pero sus palabras quedaron, y hasta los chicos pequeños las conocen; esas palabras gritan, viven...

No comía, hablaba con un susurro rápido; sus ojos, negros y pícaros, brillaban vivaces, e iba vertiendo pródigo ante la madre —como si vaciara una bolsa de monedas de cobre— innumerables observaciones acerca de la vida de la aldea.

Por dos veces, le dijo Stepán:

—¡Come, hombre, come!

Piotr tomaba un pedazo de pan y la cuchara, y volvía otra vez a sus relatos, como un jilguerillo a sus trinos. Al fin, después de cenar, se levantó de un salto y exclamó:

—Bueno, ¡ya es hora de ir a casa...!

En pie, ante la madre, bajó la cabeza y, sacudiéndole la mano, dijo:

—¡Adiós, madrecita! ¡Puede que no nos volvamos a ver más! Tengo que decirle que todo eso... ¡está muy bien! El haberla conocido y lo que ha dicho... ¡está muy bien! En la maleta, ¿hay algo además de los libros? ¿Un mantón de lana? Bueno, un mantón de lana, ¡acuérdate, Stepán! Ahora, le traerá la maletita. ¡Vamos, Stepán! ¡Adiós, que le vaya bien...!

Cuando se hubieron marchado, se oyó en el silencio el leve susurro de las cucarachas; el viento soplaba en el tejado haciendo sonar la placa de la chimenea, y una lluvia fina golpeaba monótona en los cristales. Tatiana preparaba el lecho para la madre, traía ropas de encima del horno y del camastro pegado a éste e iba colocándolas en el banco.

—¡Es un hombre muy enérgico! —observó la madre.

La mujer, mirándola con el rabillo del ojo, le contestó:

—Suena, suena, pero no se le oye lejos.

—¿Y su marido? ¿Qué tal?

—No es malo. Es buen hombre, no bebe, nos llevamos bien, ¡no es malo! Pero es algo flojo de carácter...

Se irguió, para continuar, después de una pausa:

—Y ahora, ¿qué hay que hacer? ¿La gente debe levantarse? ¡Pues claro que sí! Todos piensan en esto, sólo que cada uno para sus adentros, para sí mismo, pero es necesario que lo digan en voz alta... Y para empezar, alguien debe decidirse el primero...

Se sentó en el banco y preguntó de pronto:

—¿Dice usted que hasta señoritas jóvenes se ocupan de esto, que van a visitar a los obreros y les dan conferencias? ¿Y no sienten reparo, no tienen miedo?

Y luego de escuchar con atención la respuesta de la madre, suspiró profundamente. Después, bajando los párpados e inclinando la cabeza, prosiguió:

—Una vez, leí en un libro: «la vida no tiene sentido». Eso lo comprendí muy bien, ¡en seguida! Yo sé lo que es una vida así. Tiene una ideas, pero no están ligadas y andan vagabundas como ovejas sin pastor, ¡no hay nada ni nadie que las reúna...! Esto mismo es una vida sin sentido. Yo quisiera huir de ella, sin mirar siquiera hacia atrás. ¡Es tan amargo cuando entiende una algo...!

La madre veía aquel dolor en el brillo seco de sus ojos verdes, en su rostro demacrado, lo oía resonar en su voz. Sintió el deseo de consolarla, de prodigarle caricias.

—Usted, querida, comprende lo que hay que hacer...

Tatiana la interrumpió en voz queda:

—Hay que saber hacerlo. Ya tiene lista la cama, ¡acuéstese!

Se fue hacia el horno, y allí permaneció erguida, grave, reconcentrada. La madre se tendió sin desnudarse; le dolían los huesos, quebrantados por la fatiga, y exhaló un débil gemido. Tatiana apagó la lámpara, y cuando la isba se hubo llenado de compactas sombras, resonó de nuevo su voz, baja e igual. Sonaba como si borrara algo del rostro plano de aquella oscuridad sofocante.

—Usted no reza. Yo también pienso que Dios no existe. Y los milagros tampoco.

La madre se agitó intranquila en su lecho, por la ventana la miraban insondables tinieblas; en el silencio se arrastraba tenazmente un suave rumor, tenue, apenas perceptible. Con voz temerosa y queda, repuso:

—Por lo que hace a Dios, yo no sé que decir, pero en Cristo creo... Y creo en sus palabras: «Ama al prójimo como a ti mismo.» En eso... ¡creo!

Tatiana callaba. La madre veía en la sombra el vago contorno de su alta figura gris perfilada sobre el fondo negro del horno. Estaba inmóvil. La madre cerró los ojos, angustiada.

De pronto, resonó una voz fría:

—La muerte de mis hijos no se la puedo perdonar ni a Dios, ni a los hombres... ¡Nunca!

Nílovna se incorporó intranquila, comprendiendo con el corazón la fuerza del dolor que habían provocado aquellas palabras.

—Es usted joven todavía, aún puede tener hijos —dijo la madre dulcemente.

Tardó un poco en contestar con un susurro:

—¡No! Quedé mal, y el médico dice que no volveré a parir nunca más...

Un ratón corrió por el suelo. Algo rechinó con seco estruendo, desgarrando la inmovilidad del silencio, como el chasquido de un rayo invisible, y volvió a oírse el susurrante rumor de la lluvia otoñal sobre la paja de la techumbre; la tanteaba como unos dedos finos y asustados. Caían tristemente las gotas sobre la tierra, marcando el paso lento de la noche de otoño...

A través de su pesada somnolencia, la madre oyó en la calle, y luego en el zaguán, unos apagados pasos; se abrió la puerta con cautela y resonó una pregunta, en voz baja:

—Tatiana, ¿te has acostado?

—No.

—Y ella, ¿duerme?

—Parece que sí...

Resplandeció una luz, que tembló un instante y hundióse en las tinieblas. El mujik se acercó al lecho de la madre y arregló la zamarra con que se había tapado ella las piernas. Aquella atención la conmovió por su sencillez, y de nuevo cerró los ojos sonriendo. Stepán se desnudó sin hablar y se acostó en el camastro. Todo quedó silencioso.

Prestando intensa atención a las lentas oscilaciones del adormecedor silencio, la madre permanecía inmóvil; ante ella, en la oscuridad, se balanceaba el rostro ensangrentado de Ribin.

Del camastro salió un murmullo seco.

—¿Has visto qué gentes se dedican a esto? Personas ya de edad, que han pasado mil penas y fatigas; han trabajado, sería hora de que

descansaran, pero ellas... ¡ahí tienes! Y tú, que eres joven, sensato... ¡ay, Stepán!

La voz pastosa y velada del mujik contestó:

—En un asunto así no puede uno meterse sin pensarlo bien antes...

—Eso ya lo tengo oído...

Interrumpiéronse los murmullos y volvieron a surgir. Sonó la voz de Stepán.

—Verás lo que hay que hacer: lo primero, hablar con dos mujiks aparte; por ejemplo, con Aliosha Mákov, que sabe leer, es despierto y está ofendido con las autoridades; además, con Serguéi Shorin, también hombre juicioso; con Kniásev, persona honrada y valiente. Para empezar, basta. Hay que conocer a esa gente de que ella nos ha hablado. Yo cogeré el hacha y me marcharé a la ciudad, como si fuera a cortar leña para ganar algo. Aquí hay que andar con cautela. Ella tiene razón: el hombre vale lo que valen sus obras. Ahí tienes a ese mujik, Ribin, ¿eh? Ante el mismo Dios se mantiene tieso, no cede... ¡tiene las raíces en la tierra! Y Nikita, ¿eh? Tuvo conciencia, ¡quién lo iba a pensar!

—Delante de vosotros maltrataban a un hombre, y vosotros, ¡con la boca abierta!

—¡Espera! Di más bien: ¡A Dios gracias, no habéis sido vosotros quienes apaleasteis al pobre hombre! ¡Eso es!

Continuó cuchicheando largo rato; tan pronto bajaba la voz, de modo que la madre apenas entendía sus palabras, como, de repente, empezaba a hablar con voz pastosa y recia. Entonces la mujer le decía:

—¡Más bajo! ¡Que la vas a despertar...!

La madre se durmió profundamente; como un nubarrón sofocante, el sueño cayó de súbito sobre ella y la envolvió, llevándosela consigo.

Tatiana la despertó cuando las sombras grises del amanecer miraban aún, ciegas, por las ventanas de la isba, y sobre el pueblo, en un silencio frío, flotaba y se desleía el broncíneo tañido de la campana de la iglesia.

—Le he preparado el samovar para que tome té, porque si no, va a tener frío al salir al campo, recién levantada.

Stepán, atusándose la enmarañada barba, preguntaba con interés a la madre cómo podría encontrarla en la ciudad, y a ella parecíale que el rostro del mujik era aquel día de facciones más acabadas, mejor. Mientras tomaban el té, él observó sonriendo:

—¡Qué extraño, cómo ha ocurrido todo esto! ¿Verdad?

—¿Qué? —preguntó Tatiana.

—¡Este encuentro! Así, tan sencillamente...

La madre contestó pensativa, pero con voz segura:

—En nuestra causa todo es de una sencillez asombrosa.

Los dueños de la casa se despidieron de ella con sobriedad, parcos en palabras, pródigos en pequeñas y solícitas atenciones, procurándole comodidades para el viaje.

Mientras iba en el carricoche, pensaba la madre que el mujik aquel empezaría a trabajar con cautela, como un topo, sin ruido ni descanso, y que siempre resonaría a su lado la voz descontenta de su mujer, brillarían sus ojos verdes con ardiente fulgor, sin extinguirse en ella, mientras viviese, su dolor de madre —vengativo, de loba— por sus hijos muertos.

Recordaba a Ribin, su sangre, su rostro, sus ojos de fuego, sus palabras, y el corazón se le oprimía con un amargo sentimiento de impotencia ante las fieras. Y durante todo el camino, hasta que llegó a la ciudad, permaneció ante ella, sobre el fondo mate del día gris, la recia figura de Ribin, con su barba negra, su camisa desgarrada, las manos atadas a la espalda, los cabellos encrespados, todo rebosante de cólera y de fe en su verdad. Pensaba también en las innumerables aldeas, pegadas tímidamente a la tierra; en las gentes que esperaban en secreto la llegada de la verdad; en los millares de personas que trabajaban silenciosamente, sin saber por qué, toda la vida, sin esperar nada.

Se imaginaba la vida como un campo sin labrar, lleno de colinas, que esperaba mudo, con ansia, la llegada de los trabajadores y que, en silencio, prometía a las manos libres y honradas:

«¡Fecundadme con las semillas de la razón y de la verdad, y yo os las devolveré con creces!»

Al recordar su éxito, sintió en lo profundo del alma una suave palpitación de alegría, y la ahogó, llena de pudor.

XIX

En casa, le abrió la puerta Nikolái, todo despeinado y con un libro en la mano.

—¿Ya? —exclamó lleno de alegría—. ¡Qué pronto!

Sus ojos pestañeaban con viveza, cariñosamente, tras los cristales de sus gafas; la ayudó a quitarse el abrigo y, mirándola a la cara con afectuosa sonrisa, le dijo:

—¿Sabe usted?, anoche vinieron a hacer aquí un registro. Yo me preguntaba: ¿por qué será esto? Temí que le hubiese ocurrido algo, pero no me detuvieron. Y si a usted la hubiesen detenido, ¡no me habrían dejado a mí en libertad...!

La condujo al comedor y continuó animadamente:

—Sin embargo, me van a echar del trabajo... No lo siento. ¡Estoy ya harto de registrar campesinos que no tienen caballo!

El aspecto de la habitación era tal, que hubiérase dicho que unas manos vigorosas, con necio arrebato, habían sacudido desde la calle los muros de la casa hasta dejarlo todo revuelto y en desorden. Los retratos estaban tirados por el suelo, arrancado y colgando en jirones el papel de las paredes, levantada una tabla del entarimado, desencajada una contraventana; ante la hornilla, las cenizas derramadas. Al ver aquel espectáculo, ya conocido, la madre movió la cabeza y miró fijamente a Nikolái; percibía en él algo nuevo.

En la mesa, junto al samovar apagado, había vajilla sucia, salchichón y queso sobre unos papeles, en vez de platos; esparcidos por la mesa se veían trozos y migajas de pan, libros y los carbones apagados del samovar. La madre sonrió, y Nikolái, confuso, hizo lo propio.

—Yo he completado el cuadro del pogromo, pero... ¡no importa, Nílovna, no importa! Pienso que han de venir otra vez, y por eso no he recogido nada. Bueno, ¿qué tal el viaje?

La pregunta le dolió a la madre, como si le hubieran dado un golpe en el pecho; ante ella surgió de nuevo la imagen de Ribin, y sentíase culpable por no haber hablado de él en seguida. Inclinada en la silla, se acercó a Nikolái y, tratando de conservar su serenidad, temiendo olvidar algún detalle, empezó su relato:

—Le prendieron...

La cara de Nikolái se estremeció.

—¿Sí?

La madre detuvo su pregunta con un ademán y prosiguió, como si tuviera delante a la justicia y fuera a presentarle una demanda por el suplicio de aquel hombre. Nikolái, recostado contra el respaldo de la silla, se había puesto pálido y, mordiéndose los labios, escuchaba. Lentamente se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y se pasó la mano por la cara, como si quisiera apartar una telaraña invisible. Sus facciones se habían vuelto más agudas, sus pómulos sobresalían de un modo extraño y le temblaban las aletas de la nariz. Era la primera vez que la madre le veía así, y se asustó un poco.

Cuando ella hubo terminado, él se levantó, dio algunos pasos en silencio por el cuarto, con las manos metidas en los bolsillos. Después, murmuró entre dientes:

—Debe ser un hombre muy entero. Le será duro permanecer en la cárcel; los que son como él, ¡se sienten allí mal...!

Hundía cada vez más las manos en los bolsillos, tratando de contener su emoción; pero, no obstante, la madre la percibía, se la transmitía él. Sus ojos se habían vuelto estrechos como hojitas de navaja. Paseando de nuevo por la habitación, dijo con frialdad y cólera:

—¡Ya ve usted qué espanto! Un puñado de imbéciles golpean, ahogan, estrangulan a todo el mundo, para defender su funesto poder sobre el pueblo. Aumenta el salvajismo, la crueldad se convierte en ley de la vida... ¡Piense usted! Unos pegan y se convierten en fieras porque tienen la impunidad asegurada, se contagian del afán voluptuoso de atormentar, de la repugnante dolencia de los esclavos a quienes se permite mostrar, en toda su fuerza, sus instintos serviles y sus hábitos bestiales. Otros están envenenados por la venganza; otros, idiotizados a golpes, se vuelven ciegos y mudos... ¡Están depravando al pueblo, al pueblo entero!

Se detuvo y guardó silencio, apretando los dientes.

—Se embrutece uno sin querer en esta vida de fieras —continuó en voz baja.

Dominando al fin su excitación, ya casi tranquilo, con un firme fulgor en los ojos, miró a la madre a la cara, bañada en lágrimas silenciosas.

—Sin embargo, ¡nosotros no tenemos tiempo que perder, Nílovna! Vamos a tratar de serenarnos, querida camarada...

Sonriendo tristemente, se acercó a ella e, inclinándose, le preguntó, al tiempo que le estrechaba la mano:

—¿Dónde está su maleta?

—En la cocina —contestó ella.

—A nuestra puerta hay espías; no podemos sacar una cantidad tan grande de papeles, sin que se den cuenta. Y no tengo dónde esconderlos... Creo que esta noche vendrán de nuevo. De modo que, por penoso que sea, vamos a quemar todo ese trabajo.

—¿Qué? —preguntó la madre.

—Todo lo que hay en la maleta...

Ella le comprendió y —por mucha que fuera su pena—, el sentimiento de orgullo ante lo afortunado de su empresa hizo asomar a su cara una sonrisa.

—En ella ya no hay nada, ¡ni una sola hojita! —dijo, y animándose poco a poco, empezó a contarle su encuentro con Chumakov. Nikolái la escuchaba, al principio con inquietud y el entrecejo fruncido, después con asombro, y por último, admirado, exclamó interrumpiéndola:

—Pero, oiga usted, ¡eso es magnífico! ¡Tiene usted una suerte asombrosa...!

Apretándole la mano, añadió en voz queda:

—Usted conmueve tanto con su fe en la gente... Yo la quiero de verdad, ¡como si fuera mi propia madre...!

Ella, con curiosidad, sonriendo, le seguía con la mirada, deseando averiguar por qué estaría él tan radiante y animado.

—En general, ¡todo es una maravilla! —declaró él, frotándose las manos, riendo con una risa suave, cariñosa—. Verá usted, estos días he vivido extraordinariamente bien. Todo el tiempo lo he pasado con los obreros, leyéndoles, hablando con ellos, observando... Y en mi alma se ha acumulado algo tan asombrosamente puro, sano... ¡Qué buena gente, Nílovna! Me refiero a los obreros jóvenes; son fuertes, sensibles, con ansia de comprenderlo todo... Cuando uno los ve, piensa: ¡Rusia será la democracia más brillante de la tierra!

Y alzó la mano afirmativo, como prestando juramento; permaneció callado unos instantes, y prosiguió:

—Estaba allí metido, escribiendo, empezaba a enmohecerme entre libros y cifras. Casi un año de tal vida es una monstruosidad. Pues yo estoy acostumbrado a estar entre el pueblo trabajador, y cuando me separo de él, me encuentro a disgusto; tengo que hacer un gran esfuerzo para arrastrar esta vida. Y ahora puedo vivir de nuevo a mi albedrío, puedo verlos, aprender... ¿Comprende usted? Estaré junto a la cuna de los pensamientos acabados de nacer, ante el rostro de la energía joven, creadora... Esto es asombrosamente sencillo, hermoso, y excita de un modo terrible. Se vuelve uno joven y firme, ¡se vive una vida plena!

Se sonrió, turbado y alegre, y su gozo inundó el corazón de la madre, que comprendía aquella alegría.

—Y además, ¡es usted una persona verdaderamente admirable! —exclamó Nikolái—. ¡Con qué claridad describe a los hombres! ¡Qué bien sabe verlos!

Nikolái se sentó junto a ella; turbado, apartó el rostro radiante y se alisó los cabellos; pero pronto volvió los ojos hacia la madre, escuchando con avidez su relato sencillo, entusiasta y lleno de claridad.

—¡Es un éxito asombroso! —comentó—. Tenía usted todas las posibilidades de ir a parar a la cárcel... y de pronto... Por lo visto, el campesino empieza a removerse, ¡ello es natural! ¡Y a esa mujer me la figuro con una claridad pasmosa! Necesitamos gente que se ocupe especialmente del campo. ¡Gente! No tenemos bastante... La vida exige cientos de brazos...

—Ahí tiene, si Pável saliera de la cárcel... ¡Y también Andriusha! —dijo ella en voz baja.

Él la observó un instante y bajó la cabeza.

—Mire usted, Nílovna. Lo que le voy a decir es duro, pero, a pesar de todo, quiero que lo sepa; conozco bien a Pável, y estoy seguro de que no se evadirá de la cárcel. Necesita que le juzguen, necesita mostrarse en toda su talla; él no renunciará a eso. ¡Y no hace falta! Ya se evadirá de Siberia...

La madre suspiró y repuso en voz queda:

—¡Qué le vamos a hacer! Él sabrá lo que es mejor...

—¡Hum! —prosiguió Nikolái, luego de un instante, mirándola a través de sus gafas—. ¡Si ese mujik viniera pronto! Es menester escribir algo acerca de Ribin para distribuirlo por el campo. Esto no le perjudicará, ya que ha obrado con tanta audacia. Voy a escribir hoy mismo y Liudmila lo imprimirá en seguida. Pero, ¿cómo hacer para que las hojas lleguen allá?

—¡Yo las llevaré...!

—¡No, gracias! —exclamó Nikolái con viveza—. Estoy pensando si Vesovschikov serviría para eso, ¿eh?

—¿Quiere que se lo diga?

—Muy bien, ¡inténtelo! Explíquele cómo debe actuar.

—Entonces, ¿qué voy a hacer yo?

—¡No se preocupe...!

Se sentó a escribir. Mientras ella retiraba las cosas de la mesa, le observaba y veía temblar la pluma en su mano según iba cubriendo el papel con filas negras de palabras. A veces, la piel del cuello se le estremecía, echaba la cabeza hacia atrás, cerrados los ojos, y le temblaba la barbilla. Aquello la inquietó.

—Bueno, ¡ya está! —dijo él levantándose—. Escóndase este papel entre la ropa. Pero tenga usted en cuenta que, si vienen los gendarmes, la registrarán.

—¡Que el diablo se los lleve! —contestó ella tranquilamente.

Por la noche se presentó el doctor Iván Danílovich.

—¿Por qué, de pronto, se agitan así las autoridades? —dijo él, yendo y viniendo por la habitación—. Siete registros han hecho esta noche. ¿Dónde está el enfermo, eh?

—¡Se marchó ayer! —contestó Nikolái—. Hoy, ya ves, es sábado y tiene reunión; de modo que, no puede faltar...

—Eso es una tontería, ir a las reuniones con la cabeza rota...

—Yo intenté demostrárselo, pero fue en vano.

—Por lo visto, tenía muchas ganas de presumir ante los camaradas —indicó la madre—. Y decirles: «Aquí me tenéis, miradme, ya he vertido mi sangre...»

El doctor le dirigió una mirada, compuso un feroz semblante y dijo, apretando los labios:

—¡Oh, qué sanguinaria...!

—Bueno, Iván, tú ya no tienes nada que hacer aquí, y nosotros estamos esperando visitas. ¡Márchate! Nílovna, déle el papelito...

—¿Otro más? —exclamó el doctor.

—¡Aquí lo tienes! Toma y llévatelo a la imprenta.

—Bueno, lo llevaré. ¿Nada más?

—Nada más. A la puerta hay un espía.

—Ya lo he visto. Y a la puerta de mi casa hay otro. Bueno, ¡hasta más ver! Hasta la vista, mujer cruel. ¿Sabéis, amigos, que el barullo del cementerio, en definitiva, resultó una buena cosa? Se habla de ello en toda la ciudad. Tu octavilla acerca del suceso estaba muy bien y salió en el momento oportuno. Yo siempre lo he dicho: más vale una buena pelea que un mal arreglo...

—Bueno, vete...

—No eres muy amable. ¡Déme la mano, Nílovna! El muchachito, a pesar de todo, ha hecho una estupidez. ¿Sabes dónde vive?

Nikolái le dio las señas.

—Mañana hay que ir a verle... Buen chico, ¿verdad?

—Muy bueno...

—Hay que cuidarle, ¡tiene una buena cabeza! —dijo el doctor al marcharse—. Precisamente de estos muchachos debe surgir la auténtica intelectualidad proletaria, los que nos sustituirán cuando nosotros nos vayamos a ese lugar donde, probablemente, ya no habrá contradicciones de clase.

—Te estás volviendo muy charlatán, Iván...

—Estoy contento y por eso charlo. ¿De modo que esperas ir a la cárcel? Te deseo que descanses allí.

—Te lo agradezco, pero no estoy cansado.

La madre escuchaba su conversación y le resultaba agradable aquella preocupación solícita por el obrero herido.

Después de acompañar al doctor hasta la puerta, Nikolái y la madre se sentaron a tomar té, en espera de los visitantes nocturnos, y empezaron a conversar en voz baja. Nikolái estuvo largo rato

hablando de los camaradas que vivían en el destierro, de los que se habían fugado y seguían trabajando con nombres falsos. Las paredes desnudas de la habitación devolvían el sonido ahogado de su voz, como si se asombraran y no creyesen aquellas historias de héroes modestos que, desinteresadamente, entregaban sus fuerzas en aras de la gran causa de la renovación del mundo. Una sombra tibia envolvía suavemente a la mujer, templándole el corazón con un sentimiento de amor a aquellas gentes desconocidas que iban compendiándose en su imaginación en un solo hombre, inmenso, henchido de inagotable fuerza varonil. Lentamente, pero sin fatiga, caminaba él por la tierra limpiándola con sus manos, enamoradas de su trabajo, del moho secular de la mentira, descubriendo ante los ojos de los hombres la verdad sencilla y clara de la vida. Y aquella gran verdad, al resucitar, llamaba a todos acogedora, invitándoles a que vinieran hacia ella y ofrecía a todos, por igual, libertarlos de la avidez, la maldad y la mentira, los tres monstruos que tenían sojuzgado y atemorizado al mundo entero con su cínica fuerza... Aquella visión despertaba en el corazón de la madre un sentimiento parecido al que solía experimentar en otros tiempos, cuando se ponía de rodillas ante los iconos para terminar, con una oración de agradecimiento, una jornada que, a su parecer, había sido menos penosa que otras de su vida. Ahora se olvidaba de aquellos días y el sentimiento que le inspiraban se hacía más amplio, luminoso y alegre, crecía más hondo en el interior de su alma y, lleno de vida, se encendía con resplandor cada vez mayor.

—Y los gendarmes... ¡sin venir! —comentó Nikolái, interrumpiendo de pronto su relato.

La madre le miró y, luego de un silencio, respondió con disgusto:

—¡Que se vayan al diablo!

—¡Por supuesto! Pero ya es hora de que se acueste, Nílovna, estará usted rendida. Es usted asombrosamente fuerte, hay que reconocerlo. ¡Cuántas inquietudes, cuántas preocupaciones, y qué bien las soporta! Pero el pelo se le va poniendo blanco con rapidez. Bueno, váyase a descansar...

XX

A la madre la despertó el ruido de unos recios golpes en la puerta de la cocina. Llamaban sin cesar, con paciente tenacidad. Aún estaba oscuro, y en el silencio aquel obstinado repiqueteo producía

inquietud. Vistióse con premura, corrió a la cocina y preguntó a través de la puerta, sin abrir.

—¿Quién es?

—¡Yo! —contestó una voz desconocida.

—¿Quién?

—¡Abra! —contestaron, al otro lado de la puerta, en voz baja, suplicante.

Descorrió la madre el cerrojo y empujó la puerta con el pie; entró Ignat, exclamando gozoso:

—Bueno, veo que no me he equivocado.

Venía salpicado de barro hasta la cintura, tenía el rostro de un color grisáceo, los ojos hundidos, y únicamente los rizos de su pelo asomaban animosos, en todas direcciones, por debajo del gorro.

—¡Ha ocurrido allí una desgracia! —susurró, cerrando la puerta.

—Ya lo sé...

Quedó asombrado el muchacho y, parpadeando, preguntó:

—¿Y cómo lo sabe?

Ella se lo contó breve y apresuradamente.

—Y a aquellos otros dos, a tus camaradas, ¿los han detenido?

—No estaban allí; habían ido a presentarse a la caja de reclutas. Atraparon a cinco, entre ellos al tío Mijaíl...

Aspiró una bocanada de aire y continuó, sonriendo:

—Y yo me escapé. Deben andar buscándome.

—¿Cómo pudiste escapar? —preguntó la madre. La puerta de la habitación se entreabrió silenciosa.

—¿Yo? —repuso Ignat, sentándose en un banco y mirando en derredor—. Un minuto antes de llegar ellos, vino corriendo el guarda forestal y dio unos golpes en la ventana. ¡Cuidado, muchachos, que vienen a buscaros...!

Ignat esbozó una sonrisa, limpióse la cara con el faldón del caftán y continuó:

—¡Al tío Mijaíl no le atontas ni aunque le des un martillazo en la cabeza! En seguida me dijo: «Ignat, vete a la ciudad, ¡vivo! ¿Te acuerdas de aquella mujer de edad?» Y ya estaba escribiendo una nota. «¡Toma, vete!» Yo iba a rastras por entre los matorrales; escucho: ¡vienen! Eran muchos, ¡se les oía por todas partes a los demonios! Formaron un cerco alrededor de la fábrica. Yo estaba echado entre unos arbustos ¡pasaron de largo! Entonces me levanté y... ¡venga a andar y andar! Dos noches y un día entero estuve andando sin parar.

Se veía que estaba satisfecho de sí mismo; una sonrisa iluminaba sus ojos oscuros; sus labios, gruesos y rojos, le temblaban.

—Ahora mismo te voy a dar té —dijo presurosa la madre, cogiendo el samovar.

—Pero tome usted la notita...

Levantó la pierna con dificultad; haciendo muecas y quejándose, la puso sobre el banco.

En el umbral apareció Nikolái.

—¡Salud, camarada! —dijo, entornando los ojos—. Permítame que le ayude.

E inclinándose, se puso rápidamente a desenrollar el sucio lienzo.

—Pero, ¿qué hace usted...? —exclamó en voz baja el muchacho, estirando la pierna, y, parpadeando de asombro, miró a la madre.

Ella, sin reparar en la mirada, dijo:

—Hay que darle en los pies unas friegas con vodka.

—¡Desde luego! —asintió Nikolái.

Ignat, turbado, dio un resoplido.

Nikolái encontró la esquela, la estiró y, acercándose a la cara el arrugado papel gris, leyó:

«Madre, no dejes de la mano el asunto, dile a esa señora alta que no se olvide de que escriban más sobre nuestras cosas, te lo ruego. Adiós. Ribin.»

Lentamente dejó caer Nikolái la mano que sostenía la esquela y exclamó a media voz:

—¡Es magnífico...!

Ignat los miraba moviendo suavemente los enfangados dedos del pie descalzo; la madre, ocultando el rostro bañado en lágrimas, se acercó a él con una jofaina de agua, sentóse en el suelo y alargó la mano hacia el pie del mozo. Éste lo escondió inmediatamente bajo el banco y exclamó asustado.

—¿Qué va usted a hacer?

—Venga ese pie, en seguida...

—Ahora mismo traigo el alcohol —dijo Nikolái.

El muchacho metía cada vez más el pie debajo del banco y murmuraba:

—¡Qué cosas tiene! ¿Es que estamos acaso en un hospital?

Entonces ella empezó a descalzarle el otro pie.

Ignat dio un sonoro resoplido y, alargando torpemente el cuello, miró a la madre de arriba abajo, con la boca abierta de un modo cómico:

—¿No sabes —dijo ella con voz trémula— que pegaron a Ribin?

—¿De veras? —inquirió el muchacho, asustado, en voz baja.

—Sí. Cuando le llevaron a Nikólskoie ya le habían pegado, y allí el sargento y el comisario le volvieron a dar de patadas y puñetazos... ¡iba todo ensangrentado!

—¡Eso ya lo saben hacer! —replicó el joven, frunciendo el ceño. Sus hombros se estremecieron—. Les tengo yo más miedo que al diablo. Y los mujiks, ¿no le pegaron?

—Uno solo, el comisario se lo ordenó. Los demás no se portaron mal, hasta quisieron defenderle y dijeron que no había que pegarle...

—Sí... Parece que los mujiks empiezan a comprender dónde está cada uno y para qué.

—Allí también los hay inteligentes...

—¿En dónde no los hay? ¡La necesidad los hace! Los hay en todas partes; lo difícil es encontrarlos.

Nikolái trajo una botella con alcohol, echó unos carbones en el samovar y salió sin decir nada. Después de haberle seguido con ojos de curiosidad, Ignat preguntó a la madre en voz baja:

—¿El señor es médico?

—En nuestra causa no hay señores; todos son camaradas...

—¡Qué raro! —dijo Ignat, sonriendo perplejo e incrédulo.

—¿Qué es lo raro?

—Es un decir... En un extremo, te pegan en la cara; en el otro, te lavan los pies, y en el medio, ¿qué?

Se abrió la puerta de par en par y Nikolái, parado en el umbral, respondió:

—En el medio están los que lamen las manos de los que pegan en la cara y chupan la sangre de quienes son golpeados. ¡Ése es el medio!

Ignat le miró con respeto y dijo después de una pausa:

—¡Algo de eso hay!

El mozo se levantó; apoyando con fuerza en el suelo ya un pie, ya el otro, observó:

—¡Me han quedado como nuevos! Gracias...

Después pasaron al comedor a tomar el té, e Ignat refirió con voz grave:

—Yo era el que repartía los periódicos, tengo muy buenas piernas.

—¿Los lee mucha gente? —preguntó Nikolái.

—Todos los que saben leer; hasta los ricos los leen, pero claro está que no los consiguen por nosotros... Ellos comprenden: los campesinos se llevarán con ríos de su sangre la tierra que pisan los señores y los ricachos; por tanto, ellos mismos serán los que la repartan, y la repartirán de modo que no haya más ni amos ni criados, ¡naturalmente! ¿Y por qué otra causa, que no fuera ésta, se iban a lanzar a la pelea?

Incluso parecía como ofendido y miraba interrogante a Nikolái, con desconfianza. Nikolái sonreía en silencio.

—¿Y si hoy lucháramos todos juntos, los venciéramos y mañana aparecieran otra vez los ricos y los pobres? Entonces, ¡estábamos aviados! Nosotros entendemos bien que la riqueza es como la arena movediza: no puede permanecer quieta y se desparrama otra vez por todas partes. No, ¡eso no es lo que queremos...!

—¡No te enfades! —dijo la madre bromeando.

Nikolái murmuró pensativo:

—¿Cómo podríamos enviar allí, lo antes posible, una nota sobre la detención de Ribin?

Ignat prestó atención.

—¿Hay ya hojas? —preguntó.

—Sí.

—Démelas, ¡yo las llevaré! —propuso el muchacho, frotándose las manos.

La madre rió bajito, sin mirarle.

—Pero si tú estás cansado y, además, has dicho que tenías miedo...

Ignat, alisándose con su manaza el rizoso pelo, repuso, diligente y tranquilo:

—¡El miedo es el miedo y la causa es la causa! ¿De qué se ríen? ¡Vaya con ustedes...!

—¡Ay, qué niño eres! —exclamó involuntariamente la madre, abandonándose al sentimiento de alegría que el muchacho había despertado en ella. Él sonrió confuso.

—¡Sí, ahora resulta que es uno un niño!

Nikolái, contemplando al muchacho con una mirada bondadosa de sus ojos entornados, dijo:

—No irá usted allá...

—¿Y por qué no? ¿Adónde tengo que ir? —preguntó Ignat, inquieto.

—En su lugar irá otro, y usted le contará con detalle qué es lo que hay que hacer y cómo. ¿De acuerdo?

—¡Bueno! —repuso el mozo de mala gana, después de unos instantes.

—Y a usted le buscaremos un buen pasaporte y le colocaremos de guarda forestal...

El muchacho movió la cabeza con rapidez y preguntó intranquilo:

—¿Y si van los mujiks a coger leña, o lo que sea...? ¿Qué hago yo? ¿Amarrarlos? Eso... no va conmigo...

La madre se echó a reír y Nikolái también, lo cual de nuevo turbó y apesadumbró al mozo.

—¡Pierda cuidado! —le dijo Nikolái tranquilizándole—. No tendrá que amarrar codo con codo a los mujiks, ¡créame!

—Entonces, ¡ya es otra cosa! —dijo Ignat y se calmó, sonriendo alegremente—. A mí me gustaría ir a la fábrica; allí, según dicen, hay muchachos bastante despejados...

La madre se levantó de la mesa y, mirando por la ventana con aire pensativo, exclamó:

—¡Ay, qué vida! ¡Se ríe una cinco veces al día y llora otras tantas! Bueno, Ignat, ¿has acabado ya? Pues anda, vete a dormir...

—No, no tengo gana...

—Anda, anda...

—¡Qué severos son aquí! Bueno, me voy... Gracias por el té, y por las atenciones...

Al echarse en la cama de la madre, murmuró rascándose la cabeza:

—Ahora, aquí todo les va a oler a alquitrán... ¡Hace usted mal! Si yo no tengo sueño... ¡Qué bien dicho eso de los del medio!, ¿eh...? ¡Qué largos son...!

Y de pronto, con un sonoro ronquido, se durmió, altas las cejas, entreabierta la boca.

XXI

Por la noche, se hallaba Ignat sentado en un sótano, frente a Vesovschikov, y en voz baja, fruncido el entrecejo, le decía:

—Cuatro golpes en la ventana de en medio...

—¿Cuatro? —repitió Nikolái en tono de preocupación.

—Primero, tres... ¡así!

Y dio tres golpes en la mesa con el dedo doblado, contándolos:

—Uno, dos, tres. Luego otro, después de esperar un poco.

—Ya entiendo...

—Le abrirá un mujik pelirrojo y le preguntará: «¿Viene por la comadrona?» Usted le contestará: «Sí, de parte del fabricante.» Nada más. Ya entenderá él de qué se trata.

Estaban sentados con las cabezas inclinadas una junto a la otra, ambos eran robustos y fuertes, y hablaban conteniendo la voz; cruzados los brazos sobre el pecho, en pie al lado de la mesa, la madre los miraba. Todos aquellos golpes misteriosos, aquellas preguntas y respuestas convenidas le hacían sonreír para sus adentros y pensaba:

«Son todavía unos niños...»

En la pared ardía una lámpara, iluminando el suelo en el que se veían cubos abollados y virutas de hojalata. Un olor de herrumbre, de pintura al óleo y de humedad llenaba la habitación.

Vestía Ignat un grueso abrigo de velludo paño, que le gustaba mucho: la madre veía cómo acariciaba con amor una de las mangas, volviendo con esfuerzo el fuerte cuello para mirarse. Y un pensamiento golpeaba suavemente el corazón de la madre:

«¡Hijos! ¡Hijos queridos...!»

—¡Bueno! —dijo Ignat, poniéndose en pie—. A ver si se acuerda: primero, a casa de Murátov, preguntar por el abuelo...

—¡Me acordaré! —respondió Vesovschikov.

Pero Ignat, por lo visto, no quedó muy convencido y volvió a repetirle todos los golpes que había de dar, todas las palabras y consignas; por último, le tendió la mano:

—Salúdelos de mi parte. Es buena gente, ya verá...

Se contempló con expresión satisfecha, se acarició el abrigo con las manos y preguntó a la madre:

—¿Puedo irme?

—¿Sabrás el camino?

—¡Claro! No me perderé... Entonces, ¡hasta la vista, camaradas!

Y se fue, levantando los hombros, sacando el pecho, el gorro nuevo ladeado sobre una oreja, metidas las manos en los bolsillos. Sobre las sienes le temblaban alegres unos rizos claros.

—¡Bueno, al fin tengo ya tarea! —dijo Vesovschikov aproximándose suavemente a la madre—. Ya empezaba a fastidiarme esto... Me preguntaba: ¿para qué me habré escapado de la cárcel? No hago más que esconderme. Mientras que allí, aprendía. ¡Pável nos apretaba los sesos que era un contento! ¿Y qué, Nílovna? ¿Qué han decidido de la evasión?

—¡No sé! —contestó ella con un involuntario suspiro.

Él, poniéndole su manaza en el hombro y acercándole la cara, continuó:

—Tú díselo a ellos, a ti te harán caso. ¡Eso es facilísimo! Tú misma lo vas a ver. Aquí está el muro de la cárcel; al lado, un farol. Enfrente, un solar; a la izquierda, el cementerio; a la derecha, la ciudad. Un farolero va a limpiar el farol en pleno día; coloca la escalera junto al muro, sube, sujeta en el borde del muro los ganchos de una escala de cuerda, la deja caer en el interior del patio... ¡y en marcha! Allí, en la cárcel, saben la hora en que se va a hacer esto; se pide a los presos de delitos comunes que armen jaleo, o lo arma uno mismo; entre tanto, los designados suben por la escala al muro... una, dos, tres... ¡y listo!

Manoteaba con viveza ante la cara de la madre exponiendo su plan, y todo en él resultaba sencillo, claro, hábil... Ella le había conocido pesado y torpe. Antes, los ojos de Nikolái miraban todo con sombrío rencor y desconfianza; en cambio, ahora parecía que se le habían abierto otros nuevos; brillaban con una luz igual y tibia, que convencía y emocionaba a la madre...

—Piénsalo; pero eso, ¡tiene que ser de día! ¡Precisamente de día! ¿Y a quién se le va a pasar por la cabeza que un preso se va a decidir a fugarse de día, ante los ojos de toda la gente de la cárcel...?

—¿Y si le matan a balazos? —preguntó la madre estremeciéndose.

—¿Quién? Soldados no hay, y los carceleros emplean el revólver para clavar clavos.

—Muy sencillo lo pintas todo...

—¡Ya verás cómo es así! Tú habla con ellos. Yo lo tengo ya todo preparado, la escala de cuerda, los ganchos, y mi patrón hará de farolero...

Alguien se movía tosiendo detrás de la puerta; oyóse un ruido metálico:

—¡Aquí está! —dijo Nikolái.

Un baño de cinc asomó por el hueco de la puerta y una voz ronca dijo:

—¡Entra, demonio...!

Luego apareció una cabeza redonda y canosa, sin gorro, con ojos saltones, bigotes y expresión bonachona.

Vesovschikov ayudó a entrar la bañera; un hombre alto y encorvado cruzó el umbral, tosió hinchando las rasuradas mejillas, escupió y dijo con voz cavernosa:

—¡Buenas noches!

—¡Anda, pregúntale a él! —exclamó Nikolái.

—¿A mí? ¿Sobre qué?

—Sobre lo de la fuga...

—¡Ah! —dijo el patrón, limpiándose el bigote con sus negros dedos.

—Mira, Yákov Vasílievich, ella no cree que sea tan sencillo...

—¡Hum! ¿No cree? Entonces es que no quiere. Pero nosotros dos queremos, y por eso creemos —dijo calmoso el patrón, y de pronto, doblándose por la cintura, empezó a toser sordamente. Cuando se le pasó la tos, estuvo un buen rato en medio de la habitación, frotándose el pecho, dando resoplidos y mirando a la madre con ojos desorbitados.

—El decidirlo es cosa de Pável y de los camaradas —dijo Nílovna.

Nikolái bajó la cabeza pensativo.

—¿Quién es ese Pável? —preguntó el patrón, sentándose.

—Es mi hijo.

—¿Cuál es su apellido?

—Vlásov.

Meneó la cabeza, sacó la bolsa del tabaco y dijo con voz entrecortada, mientras cargaba la pipa:

—He oído hablar de él. Mi sobrinillo le conoce. También está en la cárcel; Evchenko, ¿ha oído hablar de él? Y mi apellido es Gobún. Pronto van a meter a todos los jóvenes en la cárcel, y entonces... ¡los viejos vamos a estar a nuestras anchas! El jefe de los gendarmes me promete mandar a mi sobrino a Siberia. ¡Y lo hará el muy perro!

Después de encender la pipa, se dirigió a Nikolái, escupiendo con frecuencia en el suelo.

—¿Conque no quiere? Eso es cosa suya. El hombre es libre: que se cansa de estar sentado, echa a andar; que se cansa de andar, se sienta. Si te despojan, cállate; si te pegan, aguanta; si te matan, yace en tierra. Esto es sabido. Pero lo que es a Savka, yo le saco. ¡Le sacaré!

Sus frases, breves como ladridos, llenaron de perplejidad a la madre, pero sus últimas palabras excitaron su envidia.

En la calle, caminando de cara al viento frío y a la lluvia, pensó en Vesovschikov:

«¡Cómo ha cambiado! ¡Hay que ver!»

Y al recordar a Gobún, meditó, casi piadosamente:

«Por lo que se ve, ¡no soy yo la única que vive una vida nueva...!»

Tras este pensamiento, en su corazón se alzó la imagen del hijo.

«¡Si él consintiera!»

XXII

El domingo siguiente, al despedirse de Pável en el locutorio de la cárcel, sintió ella en la mano una bolita de papel. Estremeciéndose, como si se hubiera quemado la piel de la mano, miró al hijo con expresión suplicante e interrogadora, pero no encontró respuesta. Sus ojos azules tenían, como de costumbre, la sonrisa tranquila y firme que ella tan bien conocía.

—¡Adiós! —le dijo suspirando.

El hijo le tendió de nuevo la mano; había en su rostro un temblor de caricia.

—¡Adiós, madre!

Ella esperó, sin soltarle la mano.

—¡No te intranquilices, no te enfades! —prosiguió él.

Aquellas palabras y el pliegue obstinado de la frente le dieron la respuesta.

—¡Pierde cuidado! —murmuró ella, bajando la cabeza—. No vale la pena pensar en eso...

Y salió presurosa sin mirarle, para no revelar sus sentimientos con las lágrimas, ni con el temblor de sus labios. Por el camino le parecía que los huesos de la mano que apretaba la esquela del hijo le dolían, y todo el brazo le pesaba, como si le hubieran dado un golpe en el hombro. Ya en casa, luego de poner en manos de Nikolái la esquela, quedó en pie ante él, y mientras esperaba a que terminase de estirar el papel, cuidadosamente enrollado, sintió de nuevo alentar la esperanza. Pero Nikolái le dijo:

—¡Claro está! Mire lo que dice: «Camaradas, no nos evadiremos, no podemos hacerlo. Ninguno de nosotros. Perderíamos nuestra propia estimación. Ocupaos del campesino recién apresado. Merece vuestra solicitud y es digno de vuestros esfuerzos. Para él, esto es demasiado duro. Diariamente tiene choques con las autoridades. Ha pasado ya un día entero en el calabozo. Le van a atormentar hasta matarle. Todos intercedemos por él. Consolad a mi madre, cuidadla. Contadle esto, ella lo comprenderá todo.»

La madre levantó la cabeza y dijo con voz baja y temblorosa:

—Bueno, ¿qué van a contarme? ¡Yo lo comprendo!

Nikolái se volvió de súbito, sacó el pañuelo del bolsillo y, sonándose con estrépito, murmuró:

—Me he resfriado, ya ve...

Después se tapó los ojos con las manos, para ajustarse las gafas, y continuó, mientras paseaba por la habitación:

—Mire, es igual; de todos modos, no habríamos tenido tiempo...

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Que le juzguen! —dijo la madre, fruncidas las cejas, pero el pecho se le iba llenando de una angustia húmeda, nebulosa.

—He recibido una carta de un camarada de Petersburgo...

—Pero él también podrá escaparse de Siberia, ¿verdad?

—¡Claro que sí! El camarada dice que pronto será la vista de la causa, el veredicto ya se conoce: deportación para todos. ¿Lo ve? Estos bribones van a convertir su juicio en una vulgarísima comedia. Comprenda usted: el fallo se dicta en Petersburgo, antes de celebrarse el juicio...

—¡Déjelo, Nikolái Ivánovich! —repuso la madre resuelta—. No es preciso tranquilizarme ni explicarme. Pável no hará nada malo, no se atormentará en vano a sí mismo ni atormentará a los demás. Y a mí me quiere, ¡sí! ¿Ve usted?, piensa en mí. Ha escrito: explicadle, consoladla, ¿eh...?

El corazón le latía acelerado y la cabeza le daba vueltas de la excitación.

—Su hijo ¡es una persona magnífica! —exclamó Nikolái con una extraña resonancia—. ¡Yo le estimo mucho!

—¡Mire, Nikolái Ivánovich, pensemos algo con respecto a Ribin! —propuso la madre.

Ella hubiera querido poner manos a la obra inmediatamente, ir a alguna parte, andar hasta quedar rendida...

—Sí, en efecto —contestó Nikolái, paseando por la habitación—. Sería necesario ver a Sáshenka...

—Vendrá. Siempre viene los días que visito a Pável.

Gacha la cabeza, pensativo, mordiéndose los labios y retorciéndose la barbita, Nikolái se sentó en el diván, junto a la madre.

—Lástima que no esté mi hermana...

—No estaría mal organizar eso ahora, mientras Pável se encuentra allí, ¡le agradaría! —dijo la madre.

Guardaron silencio un momento, y de pronto, la madre añadió con lentitud, en voz queda:

—No comprendo por qué no quiere...

Nikolái se puso en pie bruscamente, pero se oyó una llamada. Ambos se miraron al instante.

—Será Sáshenka, ¡hum! —susurró Nikolái.

—¿Cómo decírselo? —preguntó la madre en el mismo tono.

—Sí, ¿sabe usted...?

—Me da mucha lástima de ella...

Se repitió el timbrazo, menos fuerte, como si la persona que estaba tras la puerta no se decidiera. Nikolái y la madre se levanta-

ron y fueron a abrir al mismo tiempo, pero, al llegar a la puerta de la cocina, Nikolái, haciéndose a un lado, indicó:

—Vale más que sea usted...

—Qué, no está de acuerdo, ¿verdad? —preguntó la joven con firmeza en cuanto la madre abrió la puerta.

—No.

—¡Ya lo sabía! —repuso sencillamente Sáshenka, pero su cara palideció. Se desabrochó el abrigo y, abrochándoselo de nuevo, intentó quitárselo, pero sin lograrlo. Luego agregó:

—Hace viento, está lloviendo, ¡qué asco! ¿Está bien de salud?

—Sí.

—Bien de salud y contento —repitió quedo Sáshenka, mirándose una mano.

—Escribe que hay que libertar a Ribin —le comunicó la madre, sin mirarla.

—¿Sí? Yo creo que debíamos poner en práctica ese plan —dijo la muchacha con lentitud.

—¡Yo también creo lo mismo! —dijo Nikolái, apareciendo en el umbral de la puerta—. ¡Buenos días, Sáshenka!

La joven le tendió la mano e inquirió:

—Entonces, ¿a qué se espera? ¿No están todos de acuerdo en que el plan es afortunado...?

—Pero, ¿quién lo va a organizar? Todos están ocupados...

—¡Encárguenme a mí de eso! —dijo con viveza la muchacha, poniéndose en pie—. Yo tengo tiempo.

—¡De acuerdo! Pero hace falta preguntar a los otros...

—Bien, ¡yo les preguntaré! Ahora mismo voy...

Y de nuevo empezó a abrocharse el abrigo con movimientos seguros de sus finos dedos.

—Debería usted descansar —le propuso la madre.

Sonrió levemente la joven y respondió, dulcificando la voz:

—No se inquiete por mí, no estoy cansada...

Y estrechándoles las manos en silencio, se marchó, de nuevo fría y severa.

La madre y Nikolái se acercaron a la ventana; estuvieron viendo cómo la muchacha atravesaba el patio y desaparecía tras la puerta. Nikolái empezó a silbar suavemente; luego, sentóse a la mesa y se puso a escribir.

—Se ocupará de este asunto y encontrará alivio —dijo la madre pensativa, en voz queda.

—¡Claro está! —replicó Nikolái, y volviéndose hacia ella, iluminado el bondadoso rostro por una sonrisa, le preguntó—: Usted,

Nílovna. ¿no ha apurado ese cáliz, no ha conocido usted la añorante tristeza por el ser amado?

—¡Qué ocurrencia! —exclamó ella—. ¿Qué pena podía yo tener? Lo que tenía era miedo de que me obligaran a casarme.

—¿Y no le gustaba ninguno?

Reflexionó ella, y contestó:

—No recuerdo, querido. ¿Cómo no me iba a gustar...? Probablemente, me gustaría alguno, sólo que no me acuerdo.

Le miró sencillamente, con una tristeza serena, y concluyó:

—Mucho me pegó mi marido, y todo lo ocurrido antes es como si se me hubiera borrado de la memoria.

Él se volvió hacia la mesa, y ella salió de la habitación un momento; cuando volvió, Nikolái le dijo con mirada afectuosa, acariciando sus recuerdos con palabras tiernas y cálidas:

—Pues yo también, ¿sabe usted?, he tenido, como Sáshenka, una historia de amor. Quise a una muchacha magnífica, maravillosa... Tenía yo veinte años cuando la conocí, y desde entonces la sigo queriendo; ahora también la quiero, a decir verdad. La quiero lo mismo, con toda el alma, con gratitud y para siempre...

En pie, junto a él, la madre veía sus ojos iluminados por una luz viva y cálida. Había apoyado la cabeza en los brazos, que descansaban en el respaldo de la silla, y miraba a algún lugar lejano; todo su cuerpo, delgado y esbelto, pero recio, parecía tendido hacia delante, como un tallo vuelto hacia la luz del sol.

—Pues entonces... ¡debería usted casarse! —le aconsejó la madre.

—¡Oh! ¡Hace ya cinco años que está casada...!

—¿Y por qué no se casó usted con ella antes?

Él quedó pensativo un momento y contestó:

—Verá usted, no nos salían bien las cosas: cuando yo estaba en la cárcel, ella estaba en libertad, y cuando yo me encontraba libre, ella estaba en la cárcel o en el destierro. Aquella situación era muy parecida a la de Sáshenka, se lo aseguro. Por último, la enviaron a Siberia por diez años, ¡terriblemente lejos! Yo, hasta quise seguirla allá. Pero los dos comprendimos que no hubiera estado bien. Allí conoció ella a otro hombre, un camarada mío, ¡muy buen muchacho! Luego se fugaron juntos y ahora viven en el extranjero; si...

Cuando hubo acabado de hablar, se quitó las gafas, las limpió, miró los cristales al trasluz y empezó a limpiarlos de nuevo.

—¡Ay, querido mío! —exclamó cariñosamente la madre, moviendo la cabeza. Le daba lástima y, al propio tiempo, había algo en él que la obligaba a sonreír con una sonrisa cálida y maternal. Él

cambió de postura, tomó otra vez la pluma y, moviéndola al compás de sus palabras, dijo:

—La vida de familia resta energías al revolucionario, ¡las disminuye siempre! Los hijos, la falta de recursos, la necesidad de trabajar mucho para ganarse el pan... Y el revolucionario debe desarrollar su energía incansablemente, y cada vez de un modo más amplio y más profundo. Así nos lo exige la época en que vivimos; debemos ir siempre delante de todos, porque nosotros, los obreros, estamos destinados por la fuerza de la historia a destruir el viejo mundo, a crear una nueva vida. Y si nos quedamos atrás, vencidos por la fatiga o seducidos por la posibilidad cercana de un triunfo pequeño, hacemos mal, ¡eso es casi una traición a la causa! No hay nadie con quien podamos marchar juntos sin alterar nuestra fe, y nunca debemos olvidar que nuestro objetivo no son las pequeñas conquistas, sino la victoria completa.

Su voz era firme, el rostro se le había puesto pálido y en sus ojos ardía, contenida e igual, la fuerza de costumbre. De nuevo se oyó una llamada recia que interrumpió el discurso de Nikolái. Era Liudmila, que llegaba envuelta en un abrigo ligero, impropio de la estación, y con las mejillas rojas de frío. Mientras se quitaba los chanclos rotos, dijo con tono de enfado:

—Ya está fijada la fecha del juicio: ¡dentro de una semana!

—¿Eso es cierto? —gritó Nikolái desde su cuarto.

Fue la madre presurosa hacia él, sin saber si la emocionaba la alegría o el temor. Liudmila iba a su lado, diciendo con ironía y voz profunda:

—Es cierto. En la audiencia se declara abiertamente que el veredicto ya ha sido dictado. ¿Qué significa esto? ¿Teme el gobierno que los funcionarios traten a sus enemigos con blandura? Después de haber pervertido a sus servidores, con tanto celo y durante tanto tiempo, ¿no está seguro de que estén dispuestos a ser unos canallas...?

Liudmila se sentó en el diván, frotándose con las manos las demacradas mejillas; en sus ojos mate ardía el desprecio y su voz se encolerizaba por momentos.

—No gaste usted pólvora en salvas, Liudmila —dijo Nikolái para tranquilizarla—. De todos modos, ellos no la van a oír...

La madre escuchaba sus palabras con tensa atención, pero no comprendía nada, y repetía involuntariamente, para sus adentros, las mismas palabras:

«El juicio, dentro de una semana... ¡el juicio!»

Y de pronto, sintió la cercanía de algo despiadado, de una severidad humana.

XXIII

Entre aquella nube de perplejidad y de angustia, bajo el peso de la deprimente espera, vivió dos días silenciosa; al tercero apareció Sáshenka y dijo a Nikolái:

—¡Todo está preparado! Hoy a la una...

—¿Ya? —preguntó él con asombro.

—Sí, ¿y qué tiene de particular? Yo no necesitaba más que encontrar ropa para Ribin y sitio para esconderle, lo demás lo tomó por su cuenta Gobún. Ribin tendrá que andar solamente una manzana de casas; Vesovschikov, disfrazado por supuesto, saldrá a su encuentro, le echará por encima un abrigo, le dará un gorro y le indicará el camino. Yo le esperaré, le cambiaré de ropa y me lo llevaré.

—¡No está mal pensado! ¿Y quién es ese Gobún? —preguntó Nikolái.

—Usted le conoce. En su casa daba usted las charlas a los mecánicos.

—¡Ah! ¡Ya recuerdo! Un viejo algo raro...

—Es hojalatero y soldado retirado. Persona bastante limitada, con un odio inagotable a toda clase de violencias. Tiene algo de filósofo —dijo Sáshenka, pensativa, mirando por la ventana. La madre la escuchaba en silencio y algo impreciso iba madurando en su interior.

—Gobún quiere organizar la fuga de su sobrino. ¿No lo recuerda? Evchenko, aquel herrero que tanto le agradaba a usted, que era tan pulcro e iba tan bien vestido.

Nikolái asintió con la cabeza.

—Lo tiene todo muy bien arreglado —continuó Sáshenka—, pero yo empiezo a dudar del éxito. Los presos pasean todos a la misma hora, y yo creo que, en cuanto vean la escala, muchos van a querer fugarse...

Cerró los ojos y calló; la madre se acercó a ella.

—Se van a estorbar unos a otros...

Los tres estaban en pie, junto a la ventana; la madre, detrás de Nikolái y de Sáshenka. Su rápido platicar le iba despertando en el corazón un sentimiento confuso...

—¡Yo voy a ir allá! —dijo de pronto.

—¿Para qué? —preguntó Sáshenka.

—¡No vaya, querida! Mire que, en una de éstas, ¡va usted a caer...! No lo haga —le aconsejó Nikolái.

La madre le miró y repitió en voz más baja, pero con mayor insistencia:

—Sí. Iré.

Nikolái y la joven cambiaron una mirada. Sáshenka se encogió de hombros y dijo:

—Es comprensible...

Volvióse hacia Vlásova, la tomó del brazo, se inclinó y le dijo con voz sencilla, muy cercana al corazón de la madre:

—A pesar de todo, le diré que es inútil que espere...

—¡Querida mía! —exclamó la madre, atrayéndola hacia sí con mano temblorosa—. Lléveme con usted... ¡no la molestaré! Lo necesito. No creo que esto pueda ser posible... ¡fugarse!

—¡Irá! —afirmó la muchacha, dirigiéndose a Nikolái.

—¡Eso es cosa vuestra! —respondió él, bajando la cabeza.

—Pero no podremos estar juntas. Usted se encaminará hacia el campo, en dirección a los huertos. Desde allá se ven los muros de la cárcel. ¿Y si le preguntan qué está usted haciendo allí?

Reanimada, la madre contestó con seguridad:

—¡Ya encontraré respuesta...!

—No olvide que los carceleros la conocen —dijo Sáshenka—. Y si la ven allí...

—¡No me verán! —aseguró la madre.

En su pecho encendióse de pronto, con una luminosidad dolorosa, la esperanza en rescoldo que, sin apercibirse, había llevado consigo todo el tiempo; y la reanimó...

«Y a lo mejor, él también...», pensó mientras se vestía con premura.

Una hora más tarde se encontraba en el campo, tras la cárcel. Un viento fuerte soplaba a su alrededor, hinchándole las faldas, arrastrábase por la tierra helada, hacía temblar la vieja cerca del huerto junto al que ella pasaba y batía con violencia el bajo muro de la cárcel. Rebasando el muro, barría del patio los gritos de alguien y los lanzaba al espacio, elevándose hasta el cielo. Corrían raudas las nubes, dejando entrever pequeños claros luminosos en la altura azul.

Detrás de la madre había un huerto; delante, estaba el cementerio, y a la derecha, a unos veinte metros, la cárcel. Cerca del cementerio, un soldado hacía dar vueltas a un caballo, tirándole del largo ronzal; otro daba sonoras patadas en la tierra, gritaba, silbaba y reía. Nadie más había cerca de la prisión.

La madre pasó lentamente delante de ellos, hacia la tapia del cementerio, mirando de reojo a la derecha y hacia atrás. Y de pronto sintió que las piernas le temblaban, que se le tornaban pesadas, como si se le hubiesen helado, fundidas con la tierra: en la esquina de la cárcel apareció un hombre encorvado, con una escalerilla al

hombro, que caminaba presuroso, como van siempre los faroleros. La madre pestañeó asustada y miró en seguida hacia donde se hallaban los soldados; éstos continuaban en el mismo sitio, el caballo corría dando vueltas en torno a ellos... Miró al hombre de la escalera; ya la había colocado contra la pared y subía por ella despacio. Hizo una seña con la mano a los del patio, bajó rápidamente y desapareció tras la esquina de la cárcel. El corazón de la madre latía con violencia y los segundos transcurrían lentos. En el sombrío muro de la prisión, apenas se distinguían los peldaños de la escalera entre las manchas de barro y los desconchados que dejaban al descubierto los ladrillos. Y, de repente, en lo alto apareció una cabeza negra, se alzó todo un cuerpo que pasó por encima del borde y se deslizó muro abajo. Una segunda cabeza, cubierta con un felpudo gorro, surgió, rodó por tierra un gran ovillo negro y, rápidamente, desapareció tras la esquina. Mijaíl enderezóse, miró en derredor, sacudió la cabeza con brusquedad...

—¡Corre, corre! —susurró la madre, golpeando la tierra con el pie.

Le zumbaban los oídos, llegaban hasta ella fuertes gritos... De pronto, una tercera cabeza asomó por el muro. Apretándose el pecho con las manos, la madre miraba petrificada. La cabeza, rubia e imberbe, pugnó por elevarse, tirando hacia arriba, como si quisiera desasirse de alguien, y de repente desapareció tras la tapia. Los gritos eran cada vez más fuertes y alborotadores y el viento arrastraba por el espacio los agudos trinos de los silbatos. Mijáil iba andando a lo largo de la pared, la dejó atrás, cruzó el descampado que se extendía entre la cárcel y las casas de la ciudad... Parecíale a la madre que iba demasiado despacio y que hacía mal en levantar la cabeza: cualquiera que mirara su rostro, lo recordaría siempre. Y susurró:

—¡Más deprisa... más deprisa!

Al otro lado del muro de la cárcel restalló un ruido seco y luego un fino chasquido de cristales rotos. Uno de los soldados, afianzando los pies en la tierra, tiraba del caballo; el otro, llevándose la mano a la boca, gritaba algo en dirección a la cárcel; después, volvía de medio lado la cabeza y aguzaba el oído.

La madre, en tensión, torcía el cuello hacia una y otra parte, sus ojos lo veían todo y no daban crédito a nada: habíase realizado demasiado sencilla y rápidamente lo que ella se figuraba tan terrible, tan complicado, y aquella celeridad la había aturdido, embotándole la conciencia. En la calle ya no se veía a Ribin, pasaba un hombre alto con largo abrigo y corría una chiquilla. En la esquina

de la cárcel aparecieron tres vigilantes; venían a todo correr, apretados unos contra otros, tendiendo los tres hacia adelante el brazo derecho. Uno de los soldados se precipitó a su encuentro, el otro corría alrededor del caballo, tratando de montarlo, pero el animal, dando respingos, no le dejaba, y todo en derredor del bruto saltaba también. Los silbidos de los pitos, entremezclándose, rasgaban el aire sin cesar. Aquellos silbidos furiosos y alarmantes despertaron en la mujer la conciencia del peligro; estremecida, siguió a lo largo de la tapia del cementerio sin perder de vista a los vigilantes, pero éstos y los soldados desaparecieron veloces tras la otra esquina de la cárcel. Hacia allá, en pos de ellos, con la guerrera desabrochada, iba corriendo el subdirector de la cárcel, a quien la madre tan bien conocía. De alguna parte, surgieron policías, acudió gente a toda prisa...

El viento se arremolinaba, venía raudo, como satisfecho, trayendo a oídos de la madre jirones de gritos confusos, silbidos... Aquella barahúnda le alegraba, y apresuró el paso, razonando:

«Por tanto, ¡él también habría podido!»

De repente, al doblar la esquina, se topó de manos a boca con dos policías.

—¡Alto! —gritó jadeante uno de ellos—. ¿No has visto a un hombre con barba?

Ella señaló con el brazo hacia el huerto y contestó tranquilamente:

—Por allí iba corriendo. ¿Por qué?

—¡Egórov, pita!

Ella se encaminó hacia casa. Sentía lástima de algo, llevaba en el corazón una amargura y un despecho imprecisos. Al salir del campo, cuando iba a entrar en una calle, le cortó el paso un coche. Alzó la cabeza y vio en su interior a un joven de bigote rubio, rostro pálido y fatigado. Él también la miró. Estaba sentado de medio lado y, quizá por eso, tenía el hombro derecho más alto que el izquierdo.

Nikolái la recibió con alegría.

—Bueno, ¿qué tal?

—Al parecer ha resultado bien...

Procurando traer a su memoria todos los detalles, empezó el relato de la evasión. Hablaba como si estuviese contando lo que había oído a otra persona y dudara de su verosimilitud.

—¡Tenemos suerte! —dijo Nikolái, frotándose las manos—. Pero, ¡cuánto temía por usted! ¡Sólo el diablo lo sabe! Mire, Nílovna, acepte mi consejo de amigo: ¡no tenga miedo al juicio!

Cuanto más pronto sea, más cerca estará el día de la liberación de Pável, ¡créalo! Tal vez pueda evadirse por el camino. Y el juicio, sobre poco más o menos, ha de ser así...

Empezó a describirle la vista de la causa; ella escuchaba, comprendiendo que él tenía algún temor, que deseaba tranquilizarla.

—¿Se figura que voy a decir algo a los jueces? —preguntó de pronto—. ¿Que les voy a pedir algo?

Se levantó él bruscamente, agitó las manos y exclamó ofendido:

—¡Qué cosas tiene usted!

—Tengo miedo, ¡es verdad! Tengo miedo... ¡y no sé de qué! —calló, dejando vagar la mirada por la habitación—. Hay momentos en que me figuro que se van a burlar de Pável, que le van a insultar diciéndole: «¡Eh, tú, mujik, hijo de mujik! ¿Qué ocurrencias son ésas?» Y Pável es orgulloso y les contestará. O Andréi se burlará de ellos. Son todos tan acalorados. Y es lo que me digo: a lo mejor, pierde la paciencia... Y me le condenan de manera... ¡que no vuelvo a verle nunca más!

Nikolái guardaba silencio, sombrío, dándose tirones de la barbita.

—¡No puedo apartarme de la cabeza estos pensamientos! —continuó la madre en voz baja—. ¡Es espantoso el juicio ese! ¡Se pondrán a examinarlo todo, a sopesarlo todo! ¡Muy espantoso! Lo terrible no es el castigo, sino el juicio. No sé cómo decirlo...

Dábase cuenta de que Nikolái no la comprendía, y ello le entorpecía aún más el deseo de hablarle de su espanto.

XXIV

Aquel espanto, semejante a algo mohoso que dificultara la respiración con su desagradable humedad, iba creciendo en su pecho, y cuando llegó el día del juicio llevó consigo a la sala de la audiencia un peso terrible y oscuro que le doblaba la espalda y el cuello.

En la calle la saludaron los conocidos del arrabal; ella se inclinaba en silencio, abriéndose paso a través de la muchedumbre sombría. En los corredores de la audiencia y en la sala se encontró con familiares de los procesados, que le decían algo en voz baja. Parecíale que las palabras estaban de más, no las comprendía. Todos se hallaban sobrecogidos por un mismo sentimiento de aflicción, y éste se transmitía a la madre, oprimiéndola aún más.

—¡Siéntate a mi lado! —le dijo Sisov, haciéndole sitio en su banco.

Obedeció ella, se arregló el vestido y miró en torno. Ante sus ojos se deslizaron confundidas unas franjas verdes y escarlata, unas manchas; brillaron unos finos hilos amarillos...

—¡Tu hijo ha sido la perdición de nuestro Grisha! —le reprochó en voz baja una mujer que estaba sentada junto a ella.

—¡Cállate, Natalia! —interrumpió hosco Sisov.

Nílovna miró a la mujer: era la madre de Samóilov; más allá estaba sentado su marido, hombre calvo, de aspecto venerable y poblada barba rojiza. Tenía la cara angulosa; con los ojos entornados miraba hacia adelante, y la barba le temblaba.

Por los altos ventanales de la sala penetraba una luz igual y turbia; copos de nieve resbalaban por los cristales. Entre las ventanas había un inmenso retrato del zar en grueso y reluciente marco dorado. A ambos lados, cubrían un poco el marco los rígidos pliegues de las pesadas cortinas escarlata que colgaban de las ventanas. Delante del retrato, una mesa cubierta de paño verde ocupaba casi todo el ancho de la sala; a la derecha, detrás de una reja, había dos bancos de madera; a la izquierda, dos filas de sillones de color carmesí. Por la sala iban y venían sin hacer ruido unos ujieres con cuellos verdes y botones dorados en el pecho y sobre el vientre. En el aire turbio flotaba tímidamente un leve cuchicheo y se percibía una mezcla de olores de medicinas. Todo aquello —colores, centelleos, ruidos y olores— oprimía los ojos, penetraba en el pecho al respirar e iba llenando el corazón con la niebla, abigarrada e inmóvil, de un angustioso temor.

De pronto, alguien dijo unas palabras en voz alta, la madre estremecióse, todos se pusieron en pie y ella también se levantó, agarrándose al brazo de Sisov.

En el ángulo izquierdo de la sala se abrió una alta puerta, dando paso a un viejecillo con gafas, de andar vacilante. Unas patillas blancas, poco pobladas, temblaban en la pequeña cara gris, y el labio superior, rasurado, se le hundía en la boca. Los pómulos salientes y el mentón se apoyaban en el alto cuello del uniforme, y parecía que en su interior no había pescuezo. Tras él, sosteniéndole por el brazo, venía un joven alto, con rostro como de porcelana, redondo y sonrosado, y en pos de ambos avanzaban lentamente tres personajes embutidos en sus uniformes con brocados de oro y otros tres de paisano.

Se estuvieron acomodando largo rato detrás de la mesa y sentáronse al fin en los sillones; cuando hubieron tomado asiento, uno de ellos, con la guerrera desabrochada, rostro afeitado y expresión de hastío, empezó a hablar algo al viejecillo, moviendo pesadamente y

sin ruido sus abultados labios. El vejete le escuchaba, extrañamente rígido e inmóvil; tras los cristales de sus gafas, la madre vio dos manchitas incoloras.

A un extremo de la mesa, junto a un atril, permanecía en pie un hombre calvo que, carraspeando, hojeaba unos papeles.

El viejecillo se inclinó hacia adelante y empezó a hablar. Pronunció con claridad la primera palabra, pero las siguientes parecían resbalar por sus labios delgados y grises:

—Abro la... Conducid...

—¡Mira! —cuchicheó Sisov, empujando ligeramente a la madre, y se levantó.

Detrás de la reja se abrió una puerta y dio paso a un soldado con el sable desnudo al hombro; tras él aparecieron Pável, Andréi, Fedia Masin, los dos Gúsev, Samóilov, Bukin, Sómov y otros cinco muchachos cuyos nombres desconocía la madre. Pável sonrió con cariño, Andréi también sonrió mostrando los dientes y saludando con una inclinación de cabeza. Las sonrisas, los animados rostros y ademanes con que ellos irrumpieron en el silencio, grave y afectado, de la sala hicieron más luminosa a ésta y más sencillo su ambiente. Disminuyó el aceitoso brillo del oro de los uniformes, tornándose más opaco, y un aliento de animosa seguridad, un hálito de fuerza viva llegó al corazón de la madre, despertándolo. Y en los bancos, detrás de ella, donde hasta entonces la gente había aguardado aplanada, alzábase ahora, como un eco de este nuevo ambiente, un sordo rumor.

—¡No tienen miedo! —oyó cuchichear a Sisov, y a la derecha, la madre de Samóilov sollozó quedamente.

—¡Silencio! —resonó severa una voz.

—Les prevengo... —dijo el viejecillo.

Pável y Andréi se sentaron juntos, en el primer banco, y con ellos, Masin, Samóilov y los hermanos Gúsev. Andréi se había afeitado la barba, el bigote le había crecido y las puntas le caían hacia abajo, dando a su cabeza redonda un aspecto parecido a la de un gato. En su rostro se percibía algo nuevo, sarcástico y mordaz en las comisuras de los labios, sombrío en los ojos. En el labio superior de Masin negreaban dos rayas; tenía la cara más llena. Samóilov seguía con el pelo tan rizoso como antes. Iván Gúsev conservaba su ancha sonrisa.

—¡Ay, Fedka, Fedka! —murmuró Sisov, bajando la cabeza.

La madre escuchaba las inarticuladas preguntas del viejecillo, que interrogaba a los acusados, sin mirarlos, inmóvil la cabeza sobre el cuello del uniforme. Llegaban hasta la madre las respuestas, breves y

serenas, del hijo. Le parecía que el presidente del tribunal y sus colegas no podían ser gente mala y cruel. Mientras examinaba con atención las fisonomías de los magistrados, intentando adivinar algo, sentía que una nueva esperanza aleteaba quedamente en su pecho.

El hombre del rostro de porcelana leía indiferente un papel, su voz monótona iba llenando la sala de tedio, y el público, sumergido en él, permanecía inmóvil, como atónito. Cuatro abogados conversaban con los procesados en voz baja, pero con animación. Tenían ademanes rápidos, enérgicos, y parecían grandes pájaros negros.

A un lado del vejete, un ventrudo magistrado, de ojillos anegados en grasa, llenaba todo el sillón con su voluminoso cuerpo; al otro, había un hombre encorvado, de bigote pelirrojo y pálido rostro. Apoyada con laxitud la cabeza en el respaldo del sillón y con los ojos entreabiertos, estaba pensando en algo. El fiscal tenía también aspecto fatigado y aburrido. Detrás de los magistrados estaba sentado el alcalde de la ciudad, hombre corpulento y macizo, acariciándose pensativo una mejilla; el mariscal de la nobleza, de cabellos grises, faz rubicunda y luenga barba, con grandes y bondadosos ojos; el síndico del distrito, avergonzado, por lo visto, de su panza descomunal, se esforzaba en esconderla bajo el borde de su abrigo, sin conseguirlo, porque se le escurría siempre.

—Aquí no hay delincuentes ni jueces —resonó la voz firme de Pável—; no hay más que prisioneros y vencedores...

Se hizo un silencio. Durante unos segundos, el oído de la madre no percibió más que el chirriar apresurado y fino de la pluma sobre el papel y los latidos de su propio corazón.

El presidente del tribunal parecía también escuchar algo y esperar. Sus colegas se removieron. Entonces dijo:

—Bueno... ¡Andréi Najodka! ¿Confiesa usted...?

Andréi se levantó lentamente, se enderezó y, retorciéndose el bigote, miró al viejecillo de soslayo:

—¿De qué puedo reconocerme culpable? —dijo encogiéndose de hombros el «jojol» con su voz cantarina, lentamente, como siempre—. Yo ni he matado, ni he robado; simplemente, no estoy de acuerdo con esta organización de la vida que fuerza a los hombres a despojarse, a asesinarse unos a otros...

—Responda más concisamente —dijo el vejete con esfuerzo, pero con voz clara.

La madre percibió que detrás de ella había animación; la gente cuchicheaba en voz baja y se movía, como para desprenderse de la telaraña que habían tejido las palabras grises del hombre de porcelana.

—¿Oyes cómo contestan? —dijo Sisov al oído de la madre.

—Fedor Masin, responda...

—¡No quiero! —dijo Fedia netamente, levantándose de un salto. Tenía la cara encendida de emoción, sus ojos centelleaban y, sin que se supiera la causa, escondía las manos detrás de la espalda.

Sisov lanzó una exclamación sofocada y la madre abrió los ojos desmesuradamente, llena de admiración.

—He renunciado a la defensa; no diré nada. ¡Considero vuestro juicio ilegal! ¿Quiénes sois vosotros? ¿Os ha dado el pueblo derecho para juzgarnos? No, no os lo ha dado. ¡Yo no os reconozco!

Se sentó escondiendo la enrojecida cara tras el hombro de Andréi.

El magistrado gordo inclinó la cabeza hacia el presidente y le cuchicheó algo. El magistrado de rostro pálido arqueó las cejas y echó una mirada oblicua a los acusados, alargó la mano sobre la mesa y escribió con lápiz algo en el papel que tenía delante. El síndico del distrito meneó la cabeza, cambió con precaución las piernas de postura, se colocó el vientre sobre las rodillas y se lo cubrió con las manos. El viejecillo volvió el cuerpo, sin mover la cabeza, y dijo algo en voz baja al magistrado pelirrojo; éste le escuchaba con la cabeza inclinada. El mariscal de la nobleza conversaba con el fiscal; el alcalde los escuchaba, frotándose la mejilla. De nuevo sonó la voz opaca del presidente.

—¿Qué te parece cómo los ha puesto? ¡Ha estado mejor que ninguno! —musitó asombrado Sisov al oído de la madre.

La madre sonrió sin comprender. Todo lo que estaba ocurriendo desde el principio parecíale el prefacio inútil y forzoso de algo terrible que había de venir de pronto y que aplastaría a todos con su frío terror. Pero las palabras serenas de Pável y Andréi resonaban tan firmes, con tanta intrepidez, como si en lugar de ser pronunciadas ante los jueces, lo fueran en la casita del arrabal. La fogosa intervención de Fedia la había reanimado. Un sentimiento de audacia iba surgiendo en la sala, y por los movimientos de los que estaban detrás, advertía que no era ella la única que lo experimentaba.

—¿Cuál es su opinión? —preguntó el viejecillo.

El calvo fiscal se levantó y, agarrándose al atril con una mano, empezó a hablar apresuradamente, citando números. En su voz no había nada de terrible.

Pero al mismo tiempo, algo punzante y seco hurgaba inquietante en el corazón de la madre; era una confusa sensación de algo hostil a ella. No amenazaba, ni gritaba, pero iba creciendo de un modo invisible e intangible. Con lentitud, pesadamente, el algo aquel vaga-

ba en torno a los magistrados, como envolviéndolos en una nube impenetrable, a través de la cual no llegaba hasta ellos nada de fuera. La madre los miraba y continuaba sin comprender. Contrariamente a lo que esperaba, no mostraban irritación contra Pável y Fedia, no les ofendían con sus palabras; pero todo lo que preguntaban le parecía innecesario para los propios jueces; preguntaban como de mala gana, escuchaban con esfuerzo las respuestas, lo sabían todo de antemano, nada les interesaba...

Ahora, estaba delante de ellos un gendarme que hablaba con voz de bajo:

—A Pável Vlásov le consideraban todos como el instigador principal.

—¿Y a Andréi Najodka? —preguntó el magistrado grueso con negligencia y sin alzar la voz.

—A él también...

Uno de los abogados se puso en pie y preguntó:

—¿Me permiten?

El vejete le preguntó a alguien:

—¿No tiene usted nada que objetar?

Parecíale a la madre que todos los jueces estaban enfermos. Sus ademanes y voces denotaban un cansancio enfermizo que reflejábase también en sus rostros junto con un tedio gris, fastidioso. Se veía que todo les agobiaba y les molestaba: los uniformes, la sala, los gendarmes, los abogados, la obligación de estar sentados en los sillones, de interrogar y de escuchar...

Ante ellos estaba ahora el oficial de cara amarilla, tan conocido de la madre, y arrastrando las palabras con énfasis, hablaba en voz alta de Pável y de Andréi. Ella, escuchándole, pensaba involuntariamente:

«¡Qué poco sabes tú!»

Miraba ya a los que estaban detrás de las rejas sin miedo por su destino, sin lástima; no despertaban lástima, le inspiraban solamente un sentimiento de admiración y amor que envolvía y daba calor a su corazón. La admiración era serena; el amor, alegremente luminoso. Jóvenes, fuertes, estaban sentados aparte, junto a la pared, y casi no se mezclaban en la monótona conversación de testigos y jueces ni en las discusiones de los abogados y del fiscal. A veces, alguno de ellos tenía una sonrisa de desprecio y decía algunas palabras a sus camaradas, y por los rostros de éstos retozaba también una sonrisa burlona. Andréi y Pável hablaban casi todo el tiempo en voz baja con uno de los defensores; la madre le había visto la víspera en casa de Nikolái. Masin prestaba oídos a su con-

versación, más animado e inquieto que los demás. De cuando en cuando, Samóilov decía algo a Iván Gúsev, y la madre veía que cada vez, Iván, sin que nadie lo advirtiera, daba un codazo al camarada, y que apenas podía contener la risa; se ponía colorado, hinchábansele los carrillos y bajaba la cabeza. Por dos veces, ya había dado suelta a una contenida risa; y después, estuvo algunos minutos sentado, todo en tensión, tratando de aparentar seriedad. Y en cada uno de ellos, de una manera o de otra, salía triunfante la juventud, venciendo fácilmente el esfuerzo que hacían para dominar su desbordante impulso.

Sisov empujó ligeramente a la madre con el codo; ella se volvió hacia él. Parecía a la vez satisfecho y algo preocupado. Y le susurró al oído:

—Mira qué fuertes se sienten, los hijos de su madre. Parecen unos señorones, ¿eh?

En la sala, los testigos hablaban presurosos, con voces incoloras; y los jueces, de mala gana, con indiferencia. El magistrado gordo bostezaba, tapándose la boca con la mano carnosa; el del bigote pelirrojo se había puesto aún más palido, levantaba a veces el brazo, apoyaba con fuerza un dedo en la sien y se quedaba mirando al techo lastimeramente, con ojos desorbitados. De cuando en cuando, el fiscal escribía con lápiz algo en un papel, y de nuevo volvía a cuchichear con el mariscal de la nobleza, y éste, acariciándose la canosa barba, abría sus enormes y hermosos ojos y sonreía, doblando el cuello con aire de importancia. El alcalde tenía las piernas cruzadas y tamborileaba silencioso en su rodilla, gravemente fija la mirada en el bailoteo de sus dedos. Sólo el síndico del distrito, posado el vientre sobre las rodillas y sujetándolo amorosamente con ambas manos, permanecía con la cabeza gacha y parecía ser el único que escuchaba el murmullo monótono de las voces, mientras el viejecillo seguía hundido en el sillón, inmóvil como una veleta en un día sin viento. Aquello se prolongó largo rato, y de nuevo el tedio, abrumador, cegó a la concurrencia.

—Declaro... —dijo el vejete, y después de aplastar el resto de la frase entre sus finos labios, se levantó.

Ruido, suspiros, exclamaciones sofocadas, toses y un arrastrar de pies llenaron la sala. Se llevaron a los acusados, que, al salir, saludaron sonrientes, con inclinaciones de cabeza, a los parientes y a los conocidos. Iván Gúsev gritó en voz baja a alguien:

—¡No te achiques, Egor!

La madre y Sisov salieron al pasillo.

—¿Vienes a tomar un vaso de té al figón? —le preguntó el viejo con solicitud y aire pensativo—. ¡Tenemos hora y media por delante!

—No tengo ganas.

—Bueno, pues yo tampoco voy... ¡Qué muchachos!, ¿eh? Se portan como si sólo ellos fueran auténticas personas y los demás nada. ¿Has visto a Fedia, eh?

Se les acercó el padre de Samóilov con el gorro en la mano. Sonrió sombrío y dijo:

—¡Vaya con mi Grigori! No quiere abogado, hasta se niega a hablar de ello. Es el primero a quien se le ha ocurrido. El tuyo, Pelagueia, estaba por los abogados, pero el mío ha dicho: ¡no los quiero! Y entonces, los cuatro han renunciado...

Junto a él estaba su mujer. Pestañeaba mucho y se limpiaba la nariz con la punta del pañuelo. Samóilov se cogió la barba con la mano y, mirando al suelo, continuó:

—¡Vaya un asunto! Mira uno a esos diablos, y comprende que han hecho todo eso inútilmente, que se han buscado la perdición sin necesidad. Y de repente, se pone uno a pensar: ¿puede que tengan razón? Se acuerda uno de que, en la fábrica, ellos son cada vez más; con frecuencia los pescan, y ellos, como los peces en el río, no se agotan. Y vuelve uno a pensar: ¿no serán ellos los fuertes?

—A nosotros... ¡nos es difícil comprender estas cosas, Stepán Petrov! —repuso Sisov.

—Sí, es difícil —asintió Samóilov.

Su mujer, dando sorbetones, observó:

—Y tienen buen aspecto todos ellos, los muy condenados...

Y sin poder contener una sonrisa en su cara ancha y marchita, prosiguió:

—Tú, Nílovna, no te enfades porque antes te soltara que el tuyo es el que tiene la culpa. Pues, a decir verdad, cualquiera sabe quién es el más culpable. ¡Ya ves lo que han dicho los gendarmes y los espías de nuestro Grigori! ¡También ha hecho lo suyo el pelirrojo del diablo!

Por lo visto, estaba orgullosa de su hijo, tal vez sin comprender su propio sentimiento; pero aquel sentimiento era bien conocido para la madre, y le respondió con una bondadosa sonrisa y unas dulces palabras:

—Los corazones jóvenes están siempre más cerca de la verdad...

Por el pasillo deambulaba la gente; se reunían en grupos, conversaban, pensativos y animosos, con voz sorda. Casi nadie se mantenía apartado; en todos los rostros veíase claramente el deseo de

hablar, de preguntar y de escuchar. Por el estrecho pasadizo entre las dos paredes blancas iba y venía la gente, como empujada por un vendaval, y parecía que todos buscaban la posibilidad de afianzarse en algo firme y sólido.

El hermano mayor de Bukin, alto y también descolorido, que manoteaba y se volvía con rapidez hacia todos lados, manifestó:

—Klepánov, el síndico del distrito, no es el más indicado para hacer de juez...

—¡Calla, Konstantín! —trataba de convencerle su padre, un viejecillo menudo que deslizaba en derredor tímidas miradas.

—No, ¡lo diré! Se corre el rumor de que el año pasado mató a un dependiente suyo para quitarle la mujer. Y ella vive ahora con él. ¿Cómo hay que entender esto? Y además, todo el mundo lo tiene por ladrón...

—¡Ay, cómo eres, Konstantín!

—¡Cierto! —dijo Samóilov—. ¡Cierto! El tribunal no es muy bueno que digamos...

Al oír su voz, Bukin se acercó en seguida, arrastrando consigo a todos, y agitando mucho los brazos, rojo de excitación, gritó:

—Por robo, por asesinato, ven las causas los jurados; gente llana, campesinos, pequeños burgueses... Y a los que están contra las autoridades los juzgan ellas mismas. ¿Cómo puede ser eso? Si tú me ofendes, yo te daré una bofetada; y si tú me tienes que juzgar por esto, claro está que yo resultaré el culpable; sin embargo, ¿quién fue el primero en ofender? ¿Tú? ¡Tú!

Un ujier de pelo canoso y nariz de caballete, con varias medallas en el pecho, se abrió paso a empujones entre la gente y gritó a Bukin, amenazándole con el dedo:

—¡Oye, tú, no chilles, que esto no es ninguna taberna...!

—Permítame, caballero, ya comprendo. Escuche, si yo a usted le pego y le tengo que juzgar: ¿qué opinará usted...?

—¡Voy a mandar que te echen de aquí! —dijo el ujier con severidad.

—¿Adónde? ¿Para qué?

—¡A la calle! Para que no alborotes...

Bukin los miró a todos y añadió en voz queda:

—Para ellos, lo principal es que la gente no hable...

—¿Y tú, qué te creías? —gritó el viejo rudamente y con severidad.

Bukin abrió los brazos con ademán de asombro y empezó a hablar en voz más baja.

—Y, además, ¿por qué pueden asistir solamente los parientes y no el pueblo? Si se juzga con justicia, se debe juzgar delante de todos, ¿por qué tener miedo?

Samóilov repitió, pero ya con más fuerza:

—¡El tribunal no actúa en conciencia, eso es lo cierto!

La madre hubiera querido decirle lo que le oyera a Nikolái sobre la ilegalidad del juicio, pero no le había entendido bien y habíansele olvidado, en parte, las palabras. Tratando de recordarlas, se apartó a un lado y observó que la miraba un joven de bigote rubio. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo del pantalón, por lo que su hombro izquierdo parecía más bajo que el otro; aquella particularidad le pareció conocida. Pero el hombre le volvió la espalda, y ella, preocupada con sus recuerdos, olvidóse inmediatamente de él.

Un instante después, su oído percibió una pregunta hecha en voz baja:

—¿Aquélla?

Alguien respondió, más alto, con alegría:

—¡Sí!

Ella echó una mirada en derredor. El de los hombros desiguales estaba medio vuelto hacia ella y le decía algo a su acompañante, un muchacho de barba negra, con unas botas altas, que le llegaban hasta las rodillas, y un abrigo corto.

De nuevo sus recuerdos la hicieron estremecerse intranquila, pero no lograba concebir ninguna idea con claridad; en su pecho se iba encendiendo el deseo imperioso de hablar a la gente de la verdad de su hijo. Hubiera querido oír las objeciones que pudieran hacerle, adivinar el fallo del tribunal por las palabras de los que la rodeaban.

—¿Acaso se juzga así? —comenzó a media voz, con prudencia, dirigiéndose a Sisov—. Los jueces tratan de averiguar lo que ha hecho cada cual, pero no preguntan por qué lo ha hecho. Y todos son viejos... Para juzgar a los jóvenes, hacen falta jóvenes.

—Sí —dijo Sisov—, es difícil para nosotros entender este asunto. ¡Difícil! —y meneó la cabeza pensativo.

El ujier abrió las puertas de la sala, gritando:

—¡Los parientes! ¡Que enseñen los pases...!

Una voz hosca observó pausada:

—Piden las entradas, ¡como en el circo!

En todos se percibía ahora una sorda irritación, una audacia imprecisa; la gente se mostraba más desenvuelta que antes; metían ruido, discutían con los ujieres.

XXV

Sisov se sentó en el banco refunfuñando.

—¿Qué te pasa? —preguntó la madre.

—¡Nada! Que la gente es tonta...

Sonó la campanilla. Alguien anunció con indiferencia:

—Continúa la vista de la causa...

Nuevamente todos se pusieron en pie y otra vez se presentaron los jueces, en el mismo orden que la primera, y tomaron asiento. Se dio entrada a los acusados.

—¡Ánimo! —cuchicheó Sisov—. Va a hablar el fiscal.

La madre, alargando el cuello, inclinó todo su cuerpo hacia adelante y quedó paralizada, en espera de lo terrible.

En pie, medio vuelto hacia los jueces, apoyado un codo en el atril, el fiscal lanzó un suspiro y, agitando en el aire la mano derecha, empezó a hablar. La madre no entendió sus primeras palabras; su voz era pastosa, sin altibajos, y tan pronto fluía con rapidez, como hacíase más lenta. Las palabras se extendían monótonas en larga hilera, como las puntadas de una costura, y de repente volaban apresuradamente, se arremolinaban como un enjambre de moscas negras sobre un terrón de azúcar. Pero la madre no veía en ellas nada amenazador, ni nada terrible. Frías como la nieve, grises como la ceniza, caían y caían sin cesar, llenando la sala de una pesadez aburrida, como si fueran un polvillo fino y seco. Aquel discurso, parco de sentimientos y abundante en palabras, no debía llegar hasta Pável y sus camaradas; al parecer, no les producía ninguna impresión y continuaban sentados con toda tranquilidad, conversando sin ruido, sonriendo a veces, frunciendo otras el ceño para disimular la sonrisa.

—¡Miente! —cuchicheó Sisov.

La madre no hubiera podido decir otro tanto. Oía las palabras del fiscal y comprendía que acusaba a todos, sin atacar a ninguno por separado. Citaba a Pável y empezaba a hablar de Fedia, y cuando los había ya confundido, metía entre ellos con obstinación a Bukin; parecía como si los fuese empaquetando a todos en un saco y lo cosiese bien, apretándolos a unos contra otros. Pero el sentido externo de sus palabras no la satisfacía, ni la conmovía, ni la asustaba; a pesar de todo, continuaba en espera de lo terrible y lo buscaba con obstinación tras las palabras, en la cara del fiscal, en sus ojos, en su voz, en la mano blanca que oscilaba lenta en el aire. Había algo terrible, ella lo percibía, pero como era inatrapable, no se dejaba determinar, y de nuevo iba cubriéndole el corazón de una capa seca y corrosiva.

Miró a los jueces; indudablemente, aquel discurso les aburría. Las caras inanimadas, amarillas y grises no expresaban nada. Las palabras del fiscal se esparcían por el aire como una niebla, imperceptible a la vista, que aumentaba de continuo y se volvía más espesa en torno a los jueces, envolviéndoles por completo en una nube de indiferencia y fatigosa espera. El presidente no hacía el menor movimiento, como fosilizado en su rígida postura; las manchas grises de detrás de los cristales de sus gafas desaparecían de cuando en cuando, diluyéndose por su rostro.

Ante aquella indiferencia yerta y aquella insensibilidad sin rencor, la madre se preguntaba con angustia:

«¿Están juzgando?»

Aquella pregunta le oprimía el corazón, y desalojando de él poco a poco la ansiosa espera de lo terrible, le producía un picor en la garganta, con una aguda sensación de agravio.

El discurso del fiscal interrumpióse de pronto de un modo inesperado; dio unas puntadas, breves y rápidas, en el saco de sus palabras, se inclinó ante los jueces y se sentó, frotándose las manos. El mariscal de la nobleza cabeceó aquiescente, abriendo mucho sus ojos saltones; el alcalde le tendió la mano, y el síndico, mirándose la panza, sonrió.

Pero el discurso no debía haber animado a los jueces, ya que no hicieron ni el más leve movimiento.

—Tiene la palabra... —dijo el viejecillo, acercándose un papel a la cara— el defensor de Fedoséiev, Márkov y Zagárov.

Se levantó el abogado que la madre había visto en casa de Nikolái. Tenía el rostro ancho, la expresión bondadosa y sus ojillos sonreían fulgurantes; parecía que, bajo las pelirrojas cejas, asomaban dos puntas de acero que cortaban algo en el aire, como tijeras. Empezó a hablar lentamente, con voz sonora y clara, pero la madre no le podía oír, porque Sisov le susurraba al oído:

—¿Entiendes lo que dice?, ¿has comprendido? Dice que son unos insensatos, unos locos. ¿Eso será por Fedor?

Ella, agobiada bajo el peso de la decepción, no contestó. Su agravio iba en aumento, oprimiéndole el alma. Ahora, Vlásova comprendía con claridad por qué había esperado justicia; pensaba que iba a presenciar un litigio leal y severo entre la verdad de su hijo y la de los jueces. Se figuraba que éstos interrogarían a Pável largamente, con detenimiento y atención, interesándose por todo cuanto en su corazón vivía; que examinarían con ojos sagaces todos los pensamientos y acciones de su hijo, todas sus jornadas, y cuando vieran la razón que le asistía, dirían con voz fuerte:

—¡Ese hombre está en lo justo!

Pero no ocurría nada semejante, era como si los acusados se encontraran inmensamente lejos de los jueces y éstos no existiesen para ellos. Fatigada, la madre perdió el interés por el juicio; sin escuchar las palabras, pensaba ofendida:

«¿Acaso se juzga así?»

—¡Así, duro con ellos! —murmuró aprobatorio Sisov.

Ya era otro abogado el que hablaba; pequeño, de rostro agudo, pálido e irónico; los jueces le interrumpieron.

El fiscal se levantó de un salto; con rapidez y enfado dijo algo sobre el protocolo; luego, habló exhortativo el viejecillo; el defensor inclinó la cabeza respetuosamente y, después de escucharles, continuó su discurso.

—¡Escarba, escarba! —indicó Sisov—. Cava hondo...

La sala iba animándose, centelleaba en los ojos un belicoso ardor; el abogado irritaba con palabras agudas la vieja epidermis de los jueces. Era como si los jueces se hubiesen apretado más estrechamente unos contra otros, inflándose y ensanchándose, para rechazar los papirotazos, punzantes y agudos, de las palabras.

De pronto, se levantó Pável, y al instante se hizo un silencio inesperado. La madre inclinó todo el cuerpo hacia adelante. Pável hablaba con serenidad:

—Como hombre de partido no reconozco más tribunal que el de mi Partido y no voy a hablar para defenderme, sino obedeciendo al deseo de mis camaradas, que tampoco han querido defensor; voy a intentar explicaros lo que no habéis entendido. El fiscal ha calificado nuestra manifestación bajo la bandera de la socialdemocracia como un levantamiento contra las autoridades supremas y ha hablado constantemente de nosotros considerándonos como rebeldes contra el zar. Debo declarar que, para nosotros, la autocracia no es la única cadena que aprisiona el cuerpo del país, sino solamente la primera cadena de que debemos liberar al pueblo...

El silencio se había hecho todavía más profundo al resonar de aquella voz firme, que parecía ir ensanchando los muros de la sala, y era como si Pável fuera alejándose del auditorio, adquiriendo mayor relieve.

Los jueces se removieron pesadamente, con inquietud. El mariscal de la nobleza murmuró algunas palabras al magistrado con cara de hastío, éste asintió con la cabeza y se dirigió al viejecillo, mientras que, por el otro lado, le hablaba al oído su colega de traza enfermiza.

El presidente, oscilando en su sillón de derecha a izquierda, dijo algo a Pável, pero su voz se fundió en el torrente, amplio e igual, de las palabras de Vlásov.

—Nosotros somos socialistas. Esto quiere decir que somos enemigos de la propiedad privada, que desune a los hombres, los arma a unos contra otros y crea una hostilidad irreconciliable de intereses; que miente cuando intenta ocultar o justificar esta hostilidad y pervierte a todos con la mentira, la hipocresía y la maldad. Nosotros decimos: la sociedad que considera al hombre únicamente como instrumento para enriquecerse, es antihumana, nos es hostil; no podemos tolerar su moral hipócrita y falsa; estamos contra su cinismo y la crueldad con que trata al individuo; queremos luchar y lucharemos contra todas las formas de avasallamiento físico y moral del hombre empleadas por esta sociedad, contra todos los métodos de trituración del hombre para satisfacer la avidez. Nosotros, los obreros, somos los que creamos todo con nuestro trabajo, desde las máquinas gigantescas hasta los juguetes para los niños, y, sin embargo, nos vemos privados del derecho a luchar por nuestra dignidad humana; cada cual se esfuerza y puede convertirnos en instrumentos para la consecución de sus fines; nosotros ahora queremos tener una libertad que nos permita conquistar, con el tiempo, todo el poder. Nuestras consignas son sencillas: ¡Abajo la propiedad privada! ¡Todos los medios de producción para el pueblo, todo el poder para el pueblo, el trabajo es obligatorio para todos! Como veis, ¡no somos unos motineros!

Pável sonrió y pasóse lentamente la mano por los cabellos; el fuego de sus ojos azules adquirió de pronto mayor resplandor.

—¡Le ruego que se ciña al asunto! —dijo el presidente con voz neta y fuerte. Se volvió hacia Pável con todo el pecho y le miró; parecióle a la madre que en su empañado ojo izquierdo encendíase un fulgor ávido y malévolo. Todos los jueces miraban a su hijo de tal modo, que parecía que sus ojos se pegaban a la cara del joven, adheríanse a sus músculos, ávidos de chuparle la sangre para reanimar con ella sus agotados cuerpos. Y Pável, erguido, de elevada estatura, se alzaba fuerte y firme, tendía hacia ellos su brazo, diciendo con voz no alta, pero distinta:

—Somos revolucionarios y lo seguiremos siendo mientras unos solamente manden y otros sólo trabajen. Estamos contra la sociedad cuyos intereses tenéis orden de defender. Somos enemigos irreconciliables de ella y de vosotros, y no habrá reconciliación posible mientras no venzamos. ¡Venceremos nosotros, los obreros! Vuestros mandantes no son, en absoluto, tan fuertes como ellos se

figuran. Esa propiedad que amontonan y guardan, sacrificando para ello a millones de seres esclavizados, esa misma fuerza que les da poder sobre nosotros hace surgir entre ellos conflictos hostiles y los arruina física y moralmente. La propiedad exige un esfuerzo excesivo para su conservación, y, en realidad, todos vosotros, nuestros amos, sois más esclavos que nosotros mismos; vosotros estáis esclavizados en espíritu, mientras que nosotros lo estamos sólo físicamente. Vosotros no podéis libertaros del yugo de los prejuicios y de los hábitos que os han matado ya moralmente, mientras que a nosotros nada nos impide ser interiormente libres. El veneno que nos dais es más débil que el antídoto que vosotros —sin querer— vertéis en nuestra conciencia. Ésta crece y se desarrolla sin cesar, se enciende cada vez más rápidamente y arrastra consigo a lo mejor, a todo lo moralmente sano, incluso de vuestro medio. Advertid que ya no tenéis a nadie que pueda luchar con ideas en defensa de vuestro poderío; habéis agotado ya todos los argumentos capaces de protegeros contra el empuje de la justicia histórica, no podéis crear ya nada nuevo en el dominio de las ideas, sois estériles de espíritu. En cambio, nuestras ideas se desarrollan, se encienden con resplandor cada vez mayor, abarcan a las masas populares, organizándolas para la lucha por la libertad. La conciencia del grandioso papel de los obreros aúna a todos los proletarios del mundo en una sola alma, y a vosotros os será imposible detener este proceso regenerador de la vida, como no sea con la crueldad y el cinismo. Pero el cinismo es evidente para todos, y la crueldad irrita al pueblo. Y las manos que hoy nos estrangulan estrecharán pronto las nuestras en apretón fraterno. Vuestra energía es la energía mecánica producida por el aumento del oro, os une en grupos predestinados a devorarse mutuamente; la nuestra es la fuerza viva y sin cesar creciente del sentimiento de solidaridad de todos los obreros. Cuanto hacéis es criminal, ya que tiende a sojuzgar al hombre; nuestro trabajo libera al mundo de los fantasmas y monstruos engendrados por vuestra mentira, por vuestra maldad, por vuestra codicia; monstruos que atemorizan al pueblo. Habéis arrancado al hombre de la vida y le habéis aniquilado; el socialismo une el mundo, destrozado por vosotros, en un todo único y grandioso. ¡Así será!

Pável se detuvo un momento, y repitió más bajo, con más fuerza:

—¡Así será!

Cuchicheaban los jueces, haciendo muecas raras, sin apartar de Pável los ávidos ojos, y la madre sentía que ensuciaban con aquellas miradas el cuerpo esbelto y fuerte del hijo, envidiando su salud, su

fortaleza, su lozanía... Los acusados escuchaban atentos las palabras del camarada; sus rostros habían palidecido, sus ojos fulguraban de alegría... La madre bebíase las palabras del hijo, que se le iban quedando grabadas en la memoria, en filas bien formadas.

En varias ocasiones, el viejecillo interrumpió a Pável, haciéndole alguna observación, hasta tuvo una vez una sonrisa triste. Pável le oía en silencio, y de nuevo empezaba a hablar con voz serena, pero tranquila, que reclamaba atención, sometiendo a su voluntad la de los jueces. Al fin, el vejete prorrumpió en gritos, tendiendo el brazo hacia Pável. Éste, con una leve ironía en la voz, repuso:

—Termino. No quería ofenderos personalmente; por el contrario, como asistente forzoso a esta comedia que llamáis juicio, casi os tengo lástima. A pesar de todo, sois hombres, y a nosotros siempre nos duele el ver a unos hombres, aunque sean enemigos de nuestros fines, rebajarse de manera tan vergonzosa al servicio de la violencia, perder hasta tal extremo la conciencia de su dignidad humana...

Se sentó, sin mirar a los jueces; la madre los miraba fijamente, contenido el aliento, en espera de lo que había de venir.

Andréi, radiante, estrechó con fuerza la mano de Pável; Samóilov, Masin y todos los demás se volvieron animadamente hasta él. Pável esbozó una sonrisa, turbado por el entusiasmo de sus camaradas; miró al banco donde estaba sentada la madre y le hizo una seña con la cabeza, como preguntándole:

—¿Está bien así?

Ella le contestó con un profundo suspiro de alegría, envuelta toda en una cálida oleada de amor.

—Bueno, ahora es cuando ha empezado el juicio —cuchicheó Sisov—. ¡Cómo los ha puesto!, ¿eh?

Ella asintió en silencio con la cabeza, contenta de que su hijo hubiera hablado con tanta valentía, y quizá aún más de que hubiera terminado. Una pregunta le golpeaba temblorosa en la cabeza:

«Bueno, ¿y qué vais a responder vosotros ahora?»

XXVI

Todo lo que su hijo acababa de decir no era nuevo para ella, conocía aquellos pensamientos; pero allí, delante del tribunal, era donde por vez primera había llegado a sentir la fuerza arrebatadora y extraña de su fe. Le asombraba la serenidad de Pável, cuyas palabras habíanse concentrado en su pecho, cristalizadas en un convencimiento luminoso, rutilante como una estrella, de la razón y triun-

fo del hijo. Esperaba que los jueces empezarían a discutir duramente con él, a replicarle iracundos, exponiendo su verdad. Pero de pronto se levantó Andréi, balanceóse un poco, miró de arriba abajo al tribunal y comenzó:

—Señores defensores...

—¡Lo que tiene usted delante es el tribunal y no la defensa! —le replicó el magistrado de rostro enfermizo, con voz irritada y fuerte.

Por la cara de Andréi veía la madre que tenía ganas de bromear; le temblaba el bigote, sus ojos brillaban acariciadores y astutos con una expresión felina bien conocida de ella. Restregóse vigorosamente la cabeza con su larga mano y lanzó un suspiro.

—¿Es posible? —respondió él, moviendo la cabeza—. Yo creía que no erais jueces, sino nada más que defensores...

—Le ruego que vaya al fondo de la cuestión —observó el vejete con sequedad.

—¿Al fondo? ¡Bien! Yo ya me he forzado a pensar que en realidad sois jueces, hombres independientes, honrados...

—¡El tribunal no necesita que lo caracterice usted!

—¿No lo necesita? ¡Hum! Bueno, a pesar de todo, voy a continuar... Vosotros sois hombres para los que no hay ni propios ni extraños, sois libres. Ahora están ante vosotros dos partes: una se queja de verse despojada y maltratada hasta el extremo, y la otra contesta que está en su derecho de despojar y maltratar, porque para eso tiene un fusil...

—¿Tiene algo que decir con respecto al fondo de la cuestión? —preguntó el vejete levantando la voz. Le temblaba la mano, y a la madre le era agradable ver que se enfadaba. Pero en cambio le desagradaba la actitud de Andréi; no estaba en consonancia con el discurso de su hijo; ella hubiera querido que se entablara una discusión grave y seria.

El «jojol» miró en silencio al vejete; después, restregándose la cabeza, dijo seriamente:

—¿Del fondo de la cuestión? ¿Y para qué voy a hablar con vosotros del fondo de la cuestión? Lo que teníais que saber ya os lo ha dicho mi camarada. Otros os dirán lo que falta, cuando llegue el momento oportuno...

El vejete incorporóse en el sillón y declaró:

—¡Le retiro la palabra! ¡Grigori Samóilov!

Apretando los labios con fuerza, el «jojol» se dejó caer perezosamente en el banquillo; a su lado se levantó Samóilov, sacudiendo sus rizos.

—El fiscal ha llamado a mis camaradas salvajes, enemigos de la cultura...

—¡Al asunto, al asunto!

—Esto, precisamente, se refiere a ello. No hay nada que no afecte a las personas honradas. Y ruego que no se me interrumpa. Yo os pregunto: ¿qué es lo que entendéis por cultura?

—Nosotros no estamos aquí para discutir con ustedes. ¡Cíñase a la cuestión! —dijo el vejete, enseñando los dientes.

La conducta de Andréi había hecho cambiar visiblemente a los jueces; sus palabras parecían haber borrado algo en ellos; en sus rostros grises habían aparecido unas manchas y en sus ojos ardían unas chispas, verdes, frías... El discurso de Pável les había irritado, pero con su tono enérgico les hizo reprimir la ira, forzándoles, sin querer, al respeto; el «jojol» rompió aquella contención y puso al desnudo fácilmente lo que había debajo de ella. Haciendo extrañas muecas, cuchicheaban entre sí, se movían con una ligereza impropia de sus personas.

—Vosotros educáis espías, pervertís a las mujeres y a las muchachas, ponéis al hombre en el disparadero de ser ladrón y asesino, le envenenáis con vodka; las matanzas internacionales, la mentira entre todo el pueblo, el libertinaje, el embrutecimiento, ¡ésa es vuestra cultura! ¡Sí, nosotros somos enemigos de esa cultura!

—¡Le ruego...! —gritó el vejete, temblándole la barbilla; mas Samóilov, todo rojo, los ojos centelleantes, gritaba también:

—Pero respetamos y apreciamos otra cultura, la cultura a cuyos creadores encerrasteis en presidio o hicisteis perder la razón...

—¡Le retiro la palabra! ¡Fedor Masin!

El pequeño Masin se levantó rápido, como una lezna surgida de repente de su agujero, y con voz entrecortada exclamó:

—¡Yo... yo juro! Ya sé que me habéis condenado.

Le faltó el aliento, se puso pálido y, tendiendo el brazo hacia los jueces, añadió:

—Yo... ¡palabra de honor! De cualquier sitio adonde me enviéis, me escaparé, volveré, trabajaré siempre por la causa, toda la vida. ¡Palabra de honor!

Sisov carraspeó con fuerza y removióse en su asiento, y todo el público, cediendo a aquella oleada de excitación creciente, que subía sin cesar, rumoreaba de un modo extraño, sordo... Lloraba una mujer, alguien se estremecía en un acceso de tos sofocante... Los gendarmes contemplaban a los detenidos con estúpido asombro y echaban furiosas ojeadas a la multitud. Los jueces se agitaron balanceantes; el vejete gritó con voz aguda:

—¡Gúsev, Iván!
—¡No quiero hablar!
—¡Vasili Gúsev!
—¡No quiero hablar!
—¡Bukin, Fedor!

Un joven rubio y descolorido se levantó pesadamente y dijo con lentitud meneando la cabeza:

—¡Vergüenza os había de dar! ¡Hasta yo, que soy hombre de pocas luces, comprendo lo que es la justicia! —alzó la mano, más arriba de la cabeza, y guardó silencio, entreabiertos los ojos, como si mirara algo a lo lejos.

—¿Qué está usted diciendo? —gritó el vejete con irritado asombro, echándose hacia atrás en el sillón.

—Bueno, iros a...

Bukin, sombrío, se sentó en el banquillo. Había en sus confusas palabras algo inmenso, importante... Algo de ingenuidad mezclada con triste reproche. Lo percibían todos, e incluso los jueces aguzaron el oído, esperando el resonar de un eco más claro que las palabras. Y en los bancos del público todo quedó inmóvil, en silencio. Tan sólo se oía el leve susurro del llanto que vibraba suave en el aire. Luego, el fiscal encogióse de hombros y sonrió; el mariscal de la nobleza tosió sordamente... De nuevo, poco a poco, fueron renaciendo los cuchicheos y comenzaron a serpentear inquietos por la sala.

La madre, inclinándose hacia Sisov, le preguntó:

—¿Van a hablar los jueces?

—Todo ha terminado... Solamente falta el veredicto...

—¿Y nada más?

—Nada más.

Ella no le creyó.

La madre de Samóilov, que se rebullía intranquila en su asiento empujando a Vlásova con el hombro y el codo, preguntó en voz baja al marido:

—Pero, ¿cómo? ¿Será posible?

—Ya lo estás viendo...

—¿Qué va a ser de nuestro Grisha?

—No me des la lata...

Percibíase en todos que algo se había removido, quebrantado, roto... Pestañeaban perplejos con ojos cegados, como si ante ellos ardiera algo deslumbrante, de rasgos confusos, de significación incomprensible, pero de fuerza arrebatadora. Y sin comprender aquella grandeza que surgía de súbito ante ella, la gente desmenuza-

ba con premura aquel sentimiento nuevo en otros más pequeños, evidentes, comprensibles para su entendimiento. El mayor de los Bukin, sin recatarse, murmuraba fuerte:

—Pero, vamos a ver, ¿por qué no les dejan hablar? El fiscal puede decirlo todo y hablar cuanto le dé la gana...

Junto al banco se encontraba en pie un ujier, que, acallando a la gente con las manos, decía a media voz:

—¡Silencio! Silencio...

Samóilov echóse hacia atrás y, a espaldas de su mujer, pronunció con voz recia unas entrecortadas frases:

—¡Desde luego! Supongamos que sean culpables. ¡Pero hay que dejarles que se expliquen! ¿Contra qué iban? ¡Yo desearía comprenderlo! También yo tengo mi interés...

—¡Silencio! —exclamó el ujier, amenazándole con el dedo.

Sisov movió sombrío la cabeza. La madre, sin apartar sus ojos de los jueces, veía que su excitación iba en aumento; hablaban entre sí con inarticuladas voces. El rumor de sus conversaciones, frío y resbaladizo, le rozaba la cara, provocándole con su contacto temblor en las mejillas y una sensación dolorosa, repugnante, en la boca. Y sin saber por qué, le parecía que hablaban del cuerpo de su hijo y de sus camaradas, de los músculos y miembros de los jóvenes, henchidos de sangre ardiente y de fuerza viva. Aquellos cuerpos encendían en los jueces la envidia malvada de los míseros, la avidez viscosa de los agotados y de los enfermos. Chasqueaban los labios y les daba lástima perder aquellos cuerpos capaces de trabajar y de enriquecer, de gozar y de crear. Ahora aquellos cuerpos iban a salir de la circulación activa de la vida, renunciaban a ella, se llevarían consigo la posibilidad de poseerlos, de emplear su fuerza, de devorarla... Y por eso, los jóvenes despertaban en los viejos jueces la irritación vengativa y ansiosa de la fiera debilitada que ve carne fresca, pero carece ya de energía para apresarla; que ha perdido la capacidad de saciarse con la fuerza ajena, y gruñe dolorida, aúlla con tristeza al ver huir de ella la fuente de la saciedad.

Y cuanto más atentamente miraba la madre a los jueces, tanto mayor era la nitidez con que iba perfilándose aquel pensamiento tosco y extraño. Parecíale que no disimulaban la excitada avidez y la rabia impotente de los hambrientos, capaces un día de tragar mucho. Ella, mujer y madre, para quien el cuerpo del hijo había sido siempre, y a pesar de todo, más querido que su alma, sentía espanto de aquellas miradas mortecinas que resbalaban por la carne del hijo, palpaban su pecho, sus hombros, sus brazos, rozaban su piel ardiente, como si buscaran la posibilidad de enardecerse, de calentarse y

calentar la sangre de sus anquilosadas venas, de sus músculos gastados de hombres medio muertos, vivificados ahora un tanto con los aguijonazos de la avidez y la envidia de la vida joven que ellos debían condenar y apartar de sí mismos. Parecíale que su hijo sentía aquellos contactos húmedos, desagradables, ásperos, y que la miraba estremeciéndose.

Pável observaba la cara de su madre con ojos algo cansados, serenos y cariñosos. De cuando en cuando le sonreía, meneando la cabeza.

«¡Pronto, la libertad!», decía aquella sonrisa, y era como si acariciara el corazón de la madre con suave roce.

De repente, los jueces se pusieron en pie todos a una. La madre, sin querer, se levantó también.

—¡Se van! —dijo Sisov.

—¿Para decidir la condena? —preguntó la madre.

—Sí.

Su tensión desapareció de pronto; una laxitud extenuante invadió todo su cuerpo, le tembló la ceja y la frente se le cubrió de sudor. Un penoso sentimiento de desencanto y ultraje brotó en su corazón para transformarse al momento en abrumador desprecio a los jueces y a su juicio. Le empezaron a doler las sienes, se frotó la frente con la palma de la mano y miró en derredor: los parientes de los acusados se acercaban a la reja y la sala se iba llenando del sordo murmullo de las conversaciones. Ella se acercó también a Pável y, después de estrecharle la mano con fuerza, rompió a llorar, llena a la vez de agravio y alegría, desorientada por aquel caos de sensaciones contradictorias. Pável le dijo palabras cariñosas y el «jojol» bromeaba y se reía.

Todas las mujeres lloraban, más por costumbre que de pena. No había ese dolor que aturde como un golpe inesperado y seco, súbito e invisible, asestado de pronto en la cabeza. Tenían el triste convencimiento de la necesidad de separarse de sus hijos, pero también aquel dolor se sumía, disolviéndose, en las impresiones suscitadas por la jornada. Los padres contemplaban a sus hijos con un sentimiento impreciso en que la desconfianza que les inspiraba la juventud y la conciencia habitual de su propia superioridad se fundían, de un modo extraño, con una especie de respeto a ellos y el triste pensamiento obsesionante de cómo vivir ahora, diluido en la curiosidad despertada por aquellos jóvenes que hablaban audazmente, sin temores, de una vida nueva, mejor. Los sentimientos se veían contenidos por la incapacidad para expresarlos, se derrochaban con prodigalidad las palabras, pero no se hablaba más que de

cosas corrientes, de la ropa exterior e interior, de la necesidad de cuidar de la salud...

El mayor de los Bukin, moviendo los brazos, convencía al hermano menor:

—¡Precisamente la justicia! ¡Y nada más!

El más joven le repuso:

—Cuídame el estornino...

—¡No te preocupes!

Sisov había tomado la mano del sobrino y le decía lentamente:

—De modo, Fedor, que te vas...

Fedia inclinóse y le susurró algo al oído, sonriendo con picardía. El soldado de escolta también se sonrió, pero, al momento, compuso un grave semblante y refunfuñó.

La madre hablaba con Pável, como los demás, de las mismas cosas: de la ropa, de la salud... pero en su pecho se le agolpaban decenas de preguntas sobre Sáshenka, sobre ella misma y sobre él. Sin embargo, bajo todo aquello yacía e iba agrandándose con lentitud un sentimiento de amor desbordante al hijo, un intenso deseo de gustarle, de estar cerca de su corazón. La espera de lo terrible había muerto, dejando únicamente tras sí un estremecimiento desagradable al recordar a los jueces y una idea confusa acerca de ellos. Sentía brotar dentro de sí una gran alegría luminosa, pero no la llegaba a comprender y ello le producía turbación. Al ver que el «jojol» hablaba con todo el mundo, se dio cuenta de que necesitaba más que Pável un poco de cariño y se puso a conversar con él.

—¡No me ha gustado el juicio!

—¿Y por qué, madrecita? —exclamó el «jojol», sonriendo con gratitud—. Es viejo el molino, pero aún muele...

—Ni es terrible, ni la gente llega a comprender dónde está la verdad —dijo ella indecisa.

—¡Pues no pide usted poco...! —exclamó Andréi—. ¿Acaso aquí se busca la verdad?

Suspirando y sonriendo, añadió la madre:

—Yo pensaba que sería terrible...

—¡Continúa la vista de la causa!

Todos se precipitaron a sus asientos.

Apoyándose con una mano en la mesa, el presidente escondió la cara detrás de un papel y empezó a leer con voz débil como el zumbido de un moscardón.

—¡Van a comunicar el fallo! —dijo Sisov, prestando oídos.

Se hizo el silencio. Todos se pusieron en pie, mirando al vejete. Pequeño, seco y erguido, parecía un bastón en el que se apoyara una

mano invisible. También los jueces estaban en pie; el síndico del distrito, inclinada la cabeza sobre el hombro, miraba al techo; el alcalde estaba cruzado de brazos; el mariscal de la nobleza se atusaba la barba... El magistrado de aspecto enfermizo, su colega ventrudo y el fiscal miraban a los acusados. Detrás de los jueces, por encima de sus cabezas, desde su retrato miraba el zar, ataviado con uniforme rojo; un insecto se arrastraba por su rostro blanco e indiferente.

—¡A deportación! —dijo Sisov, suspirando aliviado—. ¡Gracias a Dios que se terminó! ¡Se hablaba de que los mandarían a trabajos forzados! No es tan terrible, madre. ¡No tiene importancia!

—Yo ya lo sabía —repuso ella con voz cansada.

—De todos modos, ¡ahora ya es seguro! Pues, con estos jueces... ¡vaya usted a saber lo que podía pasar! —volvióse hacia los condenados, cuando ya se los llevaban, y les dijo en voz alta:

—¡Hasta la vista, Fedor! ¡Y todos! ¡Que Dios os ayude!

La madre saludó a su hijo y a sus camaradas inclinando la cabeza en silencio. Hubiera querido llorar, pero le dio vergüenza.

XXVII

Al salir de la audiencia, la madre quedó sorprendida de que fuera ya de noche en la ciudad; ardían los faroles en las calles y las estrellas en el cielo. La gente se agolpaba en las inmediaciones de la audiencia, formando corrillos; en el aire glacial crujía la nieve, resonaban voces juveniles, entremezclándose unas con otras. Un hombre, cubierto con un capuchón gris, miró a Sisov a la cara y le preguntó con premura:

—¿Qué sentencia?

—Deportación.

—¿Para todos?

—Para todos.

—Gracias.

El hombre se alejó.

—¿Ves? —dijo Sisov—. Preguntan...

De pronto se vieron rodeados por una docena de muchachos y muchachas, e inmediatamente empezaron a llover exclamaciones que atraían a otras personas hacia el grupo. La madre y Sisov se detuvieron. Preguntaban cuál había sido la sentencia, cómo se habían conducido los acusados, quiénes habían pronunciado discursos; y en todas las preguntas vibraba la misma nota de curiosidad, ávida y sincera, suscitando el deseo de satisfacerla.

—¡Señores! ¡Aquí está la madre de Pável Vlásov! —dijo a media voz alguien, y aunque no a un mismo tiempo, todos callaron al instante.

—¡Permítame estrecharle la mano!

Una mano firme apretó los dedos de la madre y una voz emocionada declaró:

—¡Su hijo será un ejemplo de valentía para todos nosotros...!

—¡Viva el obrero ruso! —resonó una voz vibrante.

Los gritos iban en aumento, se multiplicaban, restallaban aquí y allá; de todas partes acudía gente que se apretujaba en torno a Sisov y a la madre. Brincaron en el aire las pitadas de los policías, pero su estridencia no logró sofocar los gritos. El viejo se reía, y a la madre todo aquello parecíale un sueño agradable. Se sonreía, estrechaba manos, saludaba con la cabeza, mientras unas lágrimas, buenas, luminosas... le apretaban la garganta; las piernas le temblaban de cansancio, pero su corazón, henchido de alegría, absorbiéndolo todo, reflejaba las impresiones como la faz espejeante de un lago. Cerca de ella, una voz clara exclamó con brío:

—¡Camaradas! Las ávidas fauces del monstruo insaciable que devora al pueblo ruso se han tragado hoy de nuevo...

—Bueno, madre, vámonos de aquí —dijo Sisov.

En aquel momento apareció Sáshenka, tomó a la madre del brazo y se la llevó con rapidez a la acera de enfrente, diciéndole:

—¡Venga! Seguramente va a haber palos y detenciones. ¿Qué? ¿Deportación? ¿A Siberia?

—¡Sí, sí!

—¿Y qué tal ha hablado él? Yo, desde luego, ya lo sé. Habrá estado más fuerte y más sencillo que los otros, y más severo también, claro está. Es bondadoso y tierno, pero le da vergüenza manifestar sus sentimientos abiertamente.

Aquellas palabras de amor, pronunciadas con ardiente murmullo, calmaron la emoción de la madre, reanimaron sus decaídas fuerzas.

—¿Cuándo irá a reunirse con él? —le preguntó a Sáshenka con cariño, bajito, oprimiéndole el brazo contra su cuerpo. Mirando con seguridad hacia delante, la muchacha repuso:

—¡En cuanto haya encontrado a alguien que se encargue de mi trabajo, porque yo también espero pronto condena! Lo más probable es que me envíen igualmente a Siberia, y entonces diré que deseo ir al mismo sitio donde él esté.

Detrás de ellas resonó la voz de Sisov:

—¡Salúdele entonces de mi parte...! Dígale que de parte de Sisov. Él me conoce, el tío de Fedor Masin...

Sáshenka se detuvo, se volvió y le tendió la mano.

—Yo conozco a Fedia. Me llamo Alexandra.

—¿Y cuál es el nombre de su padre?

Le miró rápida y contestó:

—Yo no tengo padre.

—¿Murió?

—¡No, vive! —contestó la joven excitada, y algo obstinado, tenaz, vibró en su voz y apareció en sus facciones—. Es terrateniente, ahora ocupa un alto cargo en la comarca, roba a los campesinos...

—¡Ah! —dijo Sisov con voz apagada. Permaneció callado unos instantes, caminando junto a la muchacha y mirándola de reojo; luego, agregó—: ¡Bueno, madre, adiós! Tengo que tirar por la izquierda. ¡Hasta la vista, señorita! Es usted severa para juzgar a su padre. Claro que eso es cosa suya...

—Si su hijo fuese una mala persona, un hombre pernicioso para los demás y repugnante para usted mismo, ¿lo diría usted? —exclamó Sáshenka con pasión.

—Sí, lo diría —respondió el viejo al cabo de unos instantes.

—Por consiguiente, querría más a la verdad que a su propio hijo; pues yo la quiero más que a mi padre...

Sisov sonrió, meneando la cabeza, lanzó un suspiro y dijo:

—Vaya, vaya... ¡Saben ustedes responder! Si tienen suficiente aguante, acabarán por arrinconar a los viejos. ¡Tienen ustedes mucho empuje! ¡Adiós, le deseo toda clase de venturas! ¡Y que sea más bondadosa con la gente! ¡Adiós, Nílovna! Si ves a Pável, dile que oí su discurso, que no lo entendí todo, a veces hasta me dio miedo, pero... ¡que es verdad lo que dice!

Saludó, quitándose el gorro, y desapareció, con porte grave, tras una esquina.

—¡Debe ser un buen hombre! —comentó Sáshenka, siguiéndole con la mirada, sonriente.

Parecíale a la madre que aquel día la cara de la muchacha tenía una expresión más dulce y bondadosa que de ordinario...

Cuando estuvieron en casa, se sentaron en el diván, apretadas una contra otra. La madre, descansando en aquel silencio, volvió a hablar del viaje de Sáshenka para reunirse con Pável. Arqueadas las espesas cejas, con aire pensativo, la muchacha miraba a lo lejos con sus ojos grandes, soñadores; su pálido rostro iba tomando una expresión serena, meditativa.

—Más adelante, cuando tengáis hijos, yo iré con vosotros, a cuidarlos. Y viviremos allá no peor que aquí. Pável encontrará trabajo, tiene unas manos de oro...

Envolviendo a la madre en una escrutadora mirada, Sáshenka le preguntó:

—Y usted, ¿no querría ir en seguida a reunirse con él?

La madre suspiró y repuso:

—¿Para qué me necesita? No haría más que estorbarle en caso de que quisiera fugarse. Además, él no lo permitiría...

Sáshenka bajó la cabeza, asintiendo.

—No, no lo permitirá.

—Por otra parte, ¡yo tengo aquí quehacer! —añadió la madre con cierto orgullo.

—¡Sí! —replicó Sáshenka pensativa—. Y eso está muy bien...

Y de pronto, estremeciéndose, como apartando algo de sí, dijo con sencillez, sin alzar la voz:

—Él no se quedará a vivir allí. Se evadirá, desde luego...

—¿Y qué va a ser de usted? ¿Y del niño, si lo hay?

—¡Ya veremos! Él no debe tenerme en cuenta. Yo no le estorbaré en nada. Me será muy duro separarme de él, pero sabré salir adelante, claro está. No le estorbaré, no.

Presentía la madre que Sáshenka era capaz de hacer lo que decía y le dio lástima de ella. Abrazándola, le dijo:

—¡Querida mía, cuánto va usted a sufrir!

Sáshenka sonrió con ternura, apretando todo su cuerpo contra el de la madre.

Nikolái llegó cansado; mientras se quitaba el abrigo, dijo apresuradamente:

—¡Bueno, Sáshenka, váyase antes de que sea demasiado tarde! Desde por la mañana me están siguiendo dos espías, con tanto descaro, que la cosa huele a detención. Tengo el presentimiento de que en alguna parte ha debido ocurrir algo. A propósito, aquí está el discurso de Pável, se ha resuelto imprimirlo. Lléveselo a Liudmila y ruéguele que lo componga lo antes posible. ¡Pável ha hablado muy bien, Nílovna...! ¡Tenga cuidado con los espías, Sáshenka...!

Mientras hablaba, frotábase vigorosamente las manos heladas; luego se acercó a la mesa y empezó a abrir los cajones con premura; sacaba de ellos papeles, rompía unos, dejaba aparte otros, preocupado, con el pelo revuelto.

—¿Hace mucho que hice el último expurgo? Pues ya ven el montón de papelotes que se ha vuelto a formar. ¡Maldita sea! Mire, Nílovna, quizá fuese mejor que no pasara usted la noche en casa.

¿Qué le parece? Es fastidioso estar presente cuando se toca semejante música; además, pueden detenerla también, y es imprescindible que vaya de un lado para otro con el discurso de Pável...

—¿Qué falta les hago yo? —replicó la madre.

Nikolái, agitando la mano ante los ojos, dijo con seguridad:

—Yo tengo buen olfato... Además, podría usted ayudar a Liudmila, ¿eh? ¿A qué exponerse aquí sin ninguna necesidad?

La posibilidad de cooperar en la impresión del discurso de su hijo le agradaba, y contestó:

—Siendo así, me marcho.

Y de pronto, de un modo inesperado para ella misma, añadió en voz baja, con firmeza:

—¡Ahora ya no tengo miedo de nada...! ¡Gracias a Dios!

—¡Magnífico! —exclamó Nikolái sin mirarla—. ¡Ah! Dígame dónde está mi maleta y mi ropa, porque todo lo ha recogido usted con sus manos rapaces, y yo me veo en la imposibilidad de disponer libremente hasta de mis prendas personales.

Sin despegar los labios, Sáshenka iba quemando en la estufa los trozos de papel; cuando se hubieron quemado, mezcló cuidadosamente sus cenizas con las de la leña.

—¡Váyase, Sáshenka! —le dijo Nikolái, tendiéndole la mano—. ¡Hasta la vista! No se olvide de enviarme libros si se publica algo interesante. Bueno, hasta la vista, querida camarada. Sea usted más prudente...

—¿Piensa estar mucho tiempo? —preguntó Sáshenka.

—¡El diablo lo sabe! Debo tener alguna cuenta pendiente. Nílovna, vayan ustedes juntas. Seguir a dos personas es más difícil.

—En seguida —contestó la madre—. Ahora mismo me visto.

Venía observando a Nikolái con atención, sin descubrir en él nada anormal, a no ser el aire preocupado que velaba su expresión bondadosa y dulce de costumbre. No había un solo movimiento que revelara excesiva inquietud ni el menor indicio de emoción en aquel hombre, para ella más querido que otros. Igualmente atento con todo el mundo, cariñoso, sin altibajos de carácter, siempre tranquilo y solitario, continuaba siendo para todos el mismo de antes, viviendo una vida interior ignota, que se desarrollaba más adelante que la del resto de los hombres. Sabía la madre que él estaba más cercano a ella que nadie, y le quería con un cariño lleno de precaución y dudas de sí mismo.

Ahora le daba lástima de él, una lástima insoportable, pero se contenía, sabiendo que si se la mostraba, Nikolái llegaría a turbarse

y tornaríase un poco ridículo, como siempre en semejantes situaciones, y ella no quería verle así.

La madre entró de nuevo en el cuarto; Nikolái estrechaba la mano de Sáshenka y le decía:

—¡Magnífico! Estoy seguro de que esto será tan bueno para él como para usted. Un poco de felicidad personal nunca es malo. ¿Está usted lista, Nílovna?

Se acercó a ella sonriendo y ajustándose las gafas.

—Bueno, ¡hasta la vista! ¡Quiero creer que hasta dentro de tres, cuatro o seis meses todo lo más! ¡Medio año es mucha vida...! Cuídese, por favor, y ahora, ¡venga un abrazo!

Delgado y fino, abarcó el cuello de la madre con sus recias manos, la miró a los ojos y, sonriendo, dijo:

—Creo que estoy enamorado de usted; no hago más que abrazarla.

Ella, en silencio, le besó en la frente y en las mejillas; sus manos temblaban y, para que él no lo notase, abrió los brazos.

—Tenga cuidado mañana, ¡sea usted prudente! Envíe por la mañana a un chico que hay allí en casa de Liudmila para que observe lo que pasa. ¡Bueno, hasta la vista, camaradas! ¡Todo está claro!

En la calle, Sáshenka dijo a la madre, en voz baja:

—Así, con igual sencillez, irá a la muerte si es preciso, y lo mismo que ahora, probablemente, se apresurará un poquito, y cuando la muerte le mire a la cara, se ajustará las gafas y dirá: «¡magnífico!»... ¡y a morir!

—Yo le quiero mucho —susurró la madre.

—A mí me asombra, pero quererle, no le quiero. Le respeto mucho. Es algo seco, aunque bondadoso e incluso tierno a veces, pero en todo ello falta un poco de calor humano... Creo que nos siguen. Vamos a separarnos. Y no vaya a casa de Liudmila, si le parece que hay por allí algún espía.

—Ya lo sé —dijo la madre; pero Sáshenka agregó insistente:

—No vaya. Si eso ocurre, véngase a mi casa. ¡Hasta luego!

Se volvió rápidamente y desanduvo lo andado.

XXVIII

Unos momentos más tarde, la madre estaba sentada, calentándose junto a la estufa, en la habitacioncita de Liudmila. El ama de la casa, vestida con un traje negro ajustado al cuerpo por un cinturón,

paseaba por la estancia, llenándola con el susurro de sus faldas y el acento autoritario de sus palabras.

En la estufa crujía y crepitaba la leña, aspirando el aire de la habitación; la voz de la mujer fluía acompasada.

—Las personas son bastante más tontas que malas. Sólo saben ver lo que tienen cerca de ellas, lo que está a su alcance inmediato. Y todo lo próximo vale poco, lo que está lejos es lo que tiene valor. En realidad, para todos sería ventajoso y agradable que la vida fuera de otra manera, más fácil, y las personas, más inteligentes. Pero para lograrlo hay que renunciar, por el momento, a la tranquilidad personal...

De pronto, se quedó parada delante de la madre y dijo en voz baja, como disculpándose:

—Rara vez veo a gente, y cuando alguien viene a casa, siento el deseo de hablar. ¿Es ridículo, verdad?

—¿Por qué? —replicó la madre. Trataba ella de adivinar dónde imprimiría aquella mujer, pero nada extraordinario veía en derredor. En el cuarto, con tres ventanas a la calle, había un armario de libros, un sofá, una mesa, sillas y una cama junto a la pared; en un rincón, cerca de la cama, un lavabo; en otro, una estufa, y en las paredes, reproducciones fotográficas de cuadros. Los muebles eran nuevos, sólidos y estaban limpios; la figura monjil del ama de la casa proyectaba sobre todo una sombra fría. Presentíase que en aquella habitación había algo misterioso y oculto, pero no se comprendía dónde. La madre miró a las puertas; había entrado por una que daba a un estrecho recibimiento; cerca de la estufa había otra, alta y estrecha.

—He venido a resolver un asunto —dijo la madre turbada, al advertir que Liudmila la estaba observando.

—¡Ya lo sé! A mi casa nadie viene por otro motivo...

Le pareció a la madre que en la voz de Liudmila vibraba algo extraño, y la miró a la cara; sonreía con las comisuras de los finos labios, tras los cristales de las gafas chispeaban sus ojos mate. La madre, desviando la mirada, le entregó el discurso de Pável.

—Aquí tiene; le piden que lo imprima lo antes posible...

Y empezó a contarle los preparativos de Nikolái por si llegaban a detenerle.

Sin decir nada, Liudmila se metió el papel entre el cinturón y el vestido, y se sentó en una silla; en los cristales de sus gafas se reflejaba el brillo rojo del fuego, cuyas ardientes sonrisas bailaban en el rostro inmóvil de la mujer.

—Cuando vengan en mi busca, dispararé contra ellos —dijo con decisión, sin alzar la voz, después de haber oído el relato de la

madre—. Tengo derecho a defenderme de la violencia y debo luchar contra ella, ya que invito a otros a que lo hagan.

Los reflejos del fuego habían desaparecido de su rostro, que de nuevo habíase tornado severo y un poco altivo.

«¡Penosa debe ser tu vida!», pensó de pronto la madre con afecto.

Liudmila se puso a leer el discurso de Pável, primero sin gran interés; luego, cada vez más inclinada sobre el papel, iba apartando rápidamente las cuartillas ya leídas. Acabada la lectura, se irguió y acercóse a la madre.

—¡Está muy bien!

Quedó pensativa y permaneció unos instantes con la cabeza baja.

—No quería hablarle de su hijo; nunca le he visto y no me gustan las conversaciones tristes. Sé lo que significa el que un ser querido vaya al destierro. Pero siento deseos de hacerle una pregunta: ¿es bueno tener un hijo así?

—Sí, es bueno —contestó la madre.

—Y terrible, ¿verdad?

Sonriendo apaciblemente, la madre repuso:

—Ahora ya no es terrible...

Liudmila se alisó con su mano morena los cabellos, peinados con sencillez, y volvióse hacia la ventana. Una sombra leve temblaba en sus mejillas, tal vez fuese la sombra de una contenida sonrisa.

—Lo voy a componer en seguida. Usted acuéstese, la jornada ha sido penosa y estará usted cansada. Échese aquí, en la cama, yo no dormiré; puede que la llame esta noche para que me ayude... Cuando se acueste, apague la lámpara.

Echó dos leños más al fuego, irguióse y salió por la estrecha puerta de al lado de la estufa, cerrándola bien tras sí. La madre la siguió con la mirada y empezó a desnudarse, pensando en ella:

«Pena por algo...»

Del cansancio, se le iba la cabeza, pero su corazón permanecía extrañamente tranquilo; ante sus ojos todo estaba iluminado con una luz dulce y acariciadora que le llenaba el pecho, suave, dulcemente... Conocía ya aquella tranquilidad que siempre surgía en ella después de las grandes emociones; antes, le causaba inquietud, pero ahora le ensanchaba el alma, fortaleciéndola con un sentimiento grande, intenso... Apagó la lámpara, se acostó en el lecho frío, acurrucóse bajo la manta y se durmió en seguida, con sueño profundo...

Y cuando abrió los ojos, la luz fría y blanca de un día claro de invierno llenaba ya la habitación; el ama de la casa estaba echada en

el sofá, con un libro en las manos, y miraba a la madre sonriendo, con una expresión que no parecía suya.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la madre, confusa—. ¡Cuánto tiempo he dormido! ¿Es muy tarde?

—¡Buenos días! —replicó Liudmila—. Pronto serán las diez, levántese y vamos a tomar el té.

—¿Por qué no me ha despertado usted?

—Quería haberlo hecho, pero me acerqué y usted sonreía con tanta placidez en sueños...

Se levantó del sofá con agilidad, acercóse a la cama de la madre y se inclinó sobre su rostro. La madre vio en sus ojos mate algo familiar, cercano y comprensible.

—Me dio lástima interrumpir su reposo, debía usted tener algún sueño feliz...

—¡No soñaba nada!

—No importa; sin embargo, a mí me gustó su sonrisa; era tan apacible, tan dulce...

Liudmila se echó a reír con una risa aterciopelada y suave.

—Me puse a pensar en usted... ¿Es dura su vida, verdad?

La madre, pensativa, moviendo las cejas, guardaba silencio.

—¡Claro que lo será! —exclamó Liudmila.

—Ni siquiera lo sé... —repuso la madre con prudencia—. A veces me parece que sí. Ocurren tantas cosas, tan sorprendentes, tan serias, y se suceden unas a otras con tal rapidez...

Se iba elevando en su pecho la oleada de excitación alentadora que ella tan bien conocía, llenándole el corazón de imágenes y pensamientos. Se sentó en la cama y comenzó a revestir con palabras sus ideas.

—Todo marcha, marcha hacia un mismo fin... Hay mucho sufrimiento, ¿sabe? Los hombres padecen, les torturan, les golpean con crueldad; muchas alegrías les están vedadas. ¡Todo esto es muy penoso!

Liudmila levantó la cabeza con rapidez, envolvió a la madre en una mirada y replicó:

—¡Habla usted de los demás!

La madre la miró, se levantó de la cama y, mientras se vestía, dijo:

—¿Cómo es posible apartarse de los demás cuando a éste le tienes cariño, y aquél te es querido, cuando por todos se siente inquietud, cuando todos dan lástima...? Y todo golpea el corazón... ¿Cómo apartarse?

A medio vestir, en pie en el centro de la habitación, quedó un instante pensativa. Parecíale que no era ella quien vivía en continua

zozobra y alarma por el hijo, pensando siempre en defender su cuerpo, que esa personalidad ya no existía, que habíase desprendido y alejado de ella, o ardido quizá en el fuego de las emociones; y aquello la había aliviado, habíale purificado el alma, dándole al corazón una fuerza nueva. Prestó oídos a sí misma, deseosa de saber lo que pasaba en su corazón y temiendo volver a despertar allí algún viejo sentimiento de ansiedad.

—¿En qué piensa? —preguntó cariñosamente Liudmila, acercándose a ella.

—¡No sé! —contestó la madre.

Quedaron ambas calladas, mirándose una a otra, y sonrieron las dos; luego, Liudmila, saliendo de la habitación, dijo:

—¿Cómo andará mi samovar?

Miró la madre por la ventana; fuera, brillaba intensa la luz de un día claro y frío; en su corazón también había claridad, pero reinaba el calor. Hubiera querido hablar de todo larga y gozosamente, con un impreciso sentimiento de gratitud a un ser desconocido, por todo aquello que se le había entrado en el alma y ardía allí con la purpúrea luz del atardecer. El deseo de rezar, adormecido desde hacía tiempo, la emocionó. Recordó un rostro juvenil y una voz aguda exclamó en su memoria: «Ésta es la madre de Pável Vlásov...» Chispearon los ojos de Sáshenka llenos de alegría y ternura, alzóse la negra figura de Ribin, sonrió la cara bronceada y enérgica del hijo, pestañeó turbado Nikolái y de pronto todo aquello vaciló estremecido por un suspiro leve y profundo, se mezcló y confundióse en una nube transparente y multicolor que envolvía todos los pensamientos en una sensación de tranquilidad.

—¡Nikolái tenía razón! —dijo Liudmila entrando—. Le han detenido. He enviado a su casa al chico, como usted dijo, y ha vuelto anunciándome que hay policías en el patio, ha visto a uno que se escondía detrás de las puertas. Y rondan la casa los de la secreta, el chico los conoce...

—¡Vaya! —exclamó la madre, moviendo la cabeza—. ¡Ay, pobrecillo...!

Suspiró, pero sin pena, y ello le produjo asombro.

—Últimamente daba muchas charlas a los obreros de la ciudad, y, en general, le había llegado la hora de caer —continuó Liudmila, sombría y tranquila—. Los camaradas le decían: ¡márchate! ¡No les hizo caso! A mí me parece que en tales ocasiones no hay que exhortar a la gente, sino obligarla...

En el umbral apareció un chico moreno y sonrosado, de hermosos ojos azules y nariz aguileña.

—¿Traigo el samovar? —preguntó con voz sonora.

—Sí, haz el favor, Seriozha. Es un chico a quien yo educo —aclaró.

Parecióle a la madre que Liudmila era aquel día otra, más sencilla y cercana a ella. En los ágiles movimientos de su cuerpo esbelto había una gran hermosura y fuerza que atenuaba un tanto la severidad y palidez de su rostro. Sus ojeras se habían agrandado durante la noche. Y advertíase que estaba en tensión continua, como si llevara dentro del alma una cuerda tensa.

El chico trajo el samovar.

—Seriozha, te presento a Pelagueia Nílovna, la madre de aquel obrero que condenaron ayer.

El chico se inclinó en silencio y estrechó la mano de la madre; salió, volvió de nuevo, trayendo unos bollos, y se sentó a la mesa. Mientras servía el té, Liudmila le aconsejó a la madre que no regresara a su casa hasta que no se pusiese en claro a quién esperaba la policía.

—Puede que sea a usted. Seguramente la interrogarán...

—¡Pues que me interroguen! —replicó la madre—. Y si me detienen, no será una gran desgracia... Sin embargo, ¡si pudiera distribuir antes el discurso de Pável...!

—Ya está compuesto. Mañana habrá ejemplares suficientes para la ciudad y el arrabal... ¿Conoce usted a Natasha?

—¡Claro que sí!

—Pues hay que llevárselos a ella...

El chico leía un periódico y parecía no escuchar; pero, a veces, levantaba los ojos del papel y los fijaba en la cara de la madre. Al encontrarse con su vivaz mirada, sentíase la madre agradablemente conmovida, y sonreía. Liudmila habló otra vez de Nikolái, sin lamentarse de su detención, y el tono de su voz le pareció a la madre completamente natural. El tiempo pasaba sin sentir, más deprisa que otros días; cuando terminaron de tomar el té eran ya cerca de las doce.

—¡Ya es tarde! —exclamó Liudmila.

En aquel momento llamaron con premura a la puerta. El chico se levantó y, entornando los ojos, echó una mirada interrogadora al ama de la casa.

—¡Abre, Seriozha! ¿Quién será?

Y con ademán tranquilo, se metió la mano en el bolsillo de la falda, mientras decía a la madre:

—Si son los gendarmes, usted Pelagueia Nílovna, póngase en ese rincón, y tú, Seriozha...

—¡Ya lo sé! —contestó el chico en voz baja y desapareció.

La madre sonreía. Todos aquellos preparativos no le causaban emoción alguna, no tenía el presentimiento de ninguna desgracia.

Entró el doctor bajito y dijo apresuradamente:

—En primer lugar, han detenido a Nikolái. ¡Ah!, ¿está usted aquí, Nílovna? ¿No estaba en casa cuando se lo llevaron?

—No, él me mandó aquí.

—¡Hum! No creo que esto le sea muy conveniente... En segundo lugar, hoy por la noche unos jóvenes han reproducido con hectógrafo unas quinientas copias del discurso de Pável. Lo he visto; es un buen trabajo: claro, legible... Quieren distribuirlo por la ciudad esta tarde. Yo estoy en contra; para la ciudad son preferibles las hojas impresas, y las otras deben mandarlas a alguna parte.

—Yo se las llevaré a Natasha —demandó con viveza la madre—. ¡Démelas!

Ardía en deseos de poner en circulación, lo antes posible, el discurso de Pável, de sembrar por toda la tierra las palabras del hijo, y miró a la cara del doctor, esperando con los ojos la respuesta, pronta a suplicar.

—¡El diablo sabe si será prudente que se encargue usted ahora de ese trabajo! —repuso él, indeciso, mirando el reloj—. Ahora son las once y cuarenta y tres..., el tren sale a las dos y cinco; tarda cinco horas y cuarto. Llegará usted allí al anochecer, pero no lo suficientemente tarde. Sin embargo, lo esencial no es eso...

—¡No, lo esencial no es eso! —repitió el ama de la casa, frunciendo las cejas.

—Pues, ¿qué es? —preguntó la madre, acercándose a ellos—. Lo principal es que todo se haga bien...

Liudmila la miró con fijeza y, pasándose la mano por la frente, observó:

—Será peligroso para usted...

—¿Por qué? —inquirió la madre con ardor y tono de exigencia.

—¡Vea por qué! —empezó a decir el doctor precipitadamente, con agitada voz—. Usted ha desaparecido de su casa una hora antes de que detuviesen a Nikolái. Va usted a una fábrica donde también la conocen como tía de la maestra; después de su llegada, aparecen las hojas subversivas. Todo esto se le ceñirá al cuello como un dogal...

—¡Allí no repararán en mi presencia! —trató de convencerles la madre, acalorándose—. Si, cuando vuelva, me detienen y me preguntan dónde estuve...

Se detuvo un instante y exclamó:

—¡Ya sabré yo qué decir! De allá, iré al arrabal directamente, allí tengo a un conocido, Sisov; diré que, desde la audiencia, me fui a su

casa, como llevada por la pena. Él también ha sufrido una desgracia, pues han condenado a un sobrino suyo. Y confirmará todo eso. ¿Se dan ustedes cuenta...?

Al percibir que cedían ante la fuerza de su deseo, tratando de que accedieran cuanto antes, hablaba con insistencia cada vez mayor. Y ellos acabaron por consentir.

—Bueno, ¡vaya usted! —dijo de mala gana el doctor.

Liudmila —callada y pensativa— iba y venía por la habitación. Tenía ensombrecido el rostro, hundidas las mejillas, se le destacaban los músculos del cuello, en tensión para mantener erguida la cabeza, como si se le hubiera vuelto más pesada de pronto y fuese a caer sobre el pecho. La madre advirtió aquello.

—Todos ustedes procuran guardarme del peligro —dijo sonriendo—. En cambio ustedes no se guardan...

—¡No es cierto! —repuso el doctor—. Nos guardamos, tenemos la obligación de hacerlo, y reprendemos con severidad a quienes malgastan sus fuerzas inútilmente. Bien, entonces le llevarán las hojas a la estación.

Le explicó lo que tenía que hacer y añadió, mirándola a la cara:

—¡Bueno, que tenga suerte!

Y se marchó, a pesar de todo, descontento. Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Liudmila acercóse a la madre, riendo silenciosa.

—Yo la comprendo...

La cogió del brazo y ambas comenzaron a pasear por la habitación.

—Yo también tengo un hijo. Ya ha cumplido trece años, pero vive con su padre. Mi marido es fiscal suplente. Y el niño está con él. ¿Qué llegará a ser?, me pregunto con frecuencia...

Tembló su voz, empañada; después, de nuevo pensativa, fluyeron suavemente sus palabras:

—Le está educando como un enemigo consciente de las personas que me son más afines y a quienes considero las mejores de la tierra. Mi hijo quizá llegue a ser un enemigo mío. Conmigo no puede vivir, porque yo vivo con nombre supuesto. Hace ocho años que no le veo; esto es mucho... ¡Ocho años!

Parada junto a la ventana, se quedó mirando al cielo, pálido y desierto, y continuó:

—Si él estuviera conmigo, yo sería más fuerte, no tendría esta herida en el corazón, siempre doliéndome. Incluso si se muriera, me sentiría aliviada...

—Querida mía —dijo bajito la madre, percibiendo que el corazón se le encogía de lástima.

—¡Dichosa usted! —murmuró Liudmila, sonriendo—. Es maravilloso ver a una madre y a un hijo marchando juntos... ¡Rara vez ocurre!

Vlásova, de un modo inesperado para ella misma, repuso:

—¡Sí, es bueno! —y bajando la voz, como si fuera a confiar un secreto, prosiguió—: Todos ustedes, Nikolái Ivánovich, todos los que están por la verdad marchan también juntos. De pronto, las personas se vuelven como de la familia, yo los comprendo a todos. Las palabras no las entiendo, pero todo lo demás lo comprendo.

—¿Ah, sí? —exclamó Liudmila—. Bien, muy bien...

La madre le puso la mano en el pecho y, empujándola con dulzura, dijo casi en un susurro y como si estuviese viendo lo que hablaba:

—¡Los hijos van por el mundo! Yo lo entiendo así: van por el mundo, por toda la tierra, por todas partes, ¡hacia un mismo fin! Las gentes de mejor corazón, de inteligencia honrada, atacan con firmeza todo lo malo, avanzan, pisotean la mentira con sus pies recios. Jóvenes sanos ponen toda su fuerza invencible para alcanzar un mismo fin: ¡la justicia! Van en pos de la victoria sobre todo el dolor de la humanidad, se han alzado para aniquilar las desdichas de toda la tierra, van a vencer todo lo monstruoso, ¡y lo vencerán! Nosotros encenderemos un nuevo sol, me dijo uno de ellos, ¡y lo encenderán! Juntaremos en uno todos los corazones rotos, ¡y los juntarán!

Recordaba palabras de oraciones ya olvidadas, inflamándolas con una nueva fe, y su corazón las despedía como si fueran chispas.

—Los hijos van por los caminos de la verdad y de la razón, llevando su amor a todo, y todo lo cubren de un cielo nuevo, todo lo iluminan con un fuego inextinguible que brota del alma. Está naciendo una vida nueva en la llama de amor de los hijos hacia el mundo entero. ¿Y quién podrá apagar este amor? ¿Quién? ¿Hay alguna fuerza superior a ésta, hay quién pueda vencerla? La tierra la engendró y la vida entera anhela su victoria, ¡la vida entera!

Se separó de Liudmila y sentóse jadeante, fatigada por la emoción. Liudmila se apartó también, sin hacer ruido, con cuidado, como si temiera romper algo. Iba y venía ágil por la habitación, mirando hacia adelante, con la profunda mirada de sus ojos sin brillo. Parecía aún más delgada, más erguida y alta. Su rostro, demacrado y severo, tenía una expresión reconcentrada; apretaba los labios nerviosamente. El silencio tranquilizó al instante a la madre;

al advertir el estado de ánimo de Liudmila, le preguntó con tono de culpa, sin alzar la voz:

—Puede que yo haya dicho alguna necedad...

Liudmila se volvió con rapidez, la miró como asustada y respondió presurosa, tendiendo las manos hacia la madre, como si tratase de detener algo:

—No, todo lo que ha dicho es así, ¡así es...! Pero no volvamos a hablar de ello. Que quede tal como acaba de decirlo —y, ya más tranquila, continuó—: Usted tendrá que marcharse pronto... ¡La estación está lejos!

—¡Sí, en seguida! ¡Qué contenta estoy, si usted supiera...! ¡Voy a llevar la palabra de mi hijo, la palabra de mi sangre! Pues esto... ¡es como si fuera mi alma!

Sonrió, pero su sonrisa no se reflejó con claridad en el rostro de Liudmila. La madre percibía que ésta, con su moderación, le enfriaba su propia alegría y, de pronto, surgió en ella el deseo obstinado de comunicar a aquel alma severa su fuego, de encenderla para que se pusiera al unísono con su corazón, henchido de alegría. Tomó las manos de Liudmila y, estrechándoselas con fuerza, dijo:

—¡Querida mía, qué hermoso es saber que en la vida hay luz para todas las gentes, y que llegará un día en que la vean y fundan sus almas en ella!

Su cara, bondadosa y grande, se estremecía; sus ojos sonreían radiantes, y sus cejas movíanse sobre ellos, como dos alas que avivasen su brillo. Sentíase embriagada por grandes pensamientos, en los que iba poniendo cuanto ardía en su corazón, todo lo experimentado en la vida, para encerrarlos apretados en los recipientes de cristal, amplios y fuertes, de sus palabras luminosas. Con pujanza cada vez mayor, iban naciendo las palabras en aquel corazón otoñal, alumbrado por la fuerza fecundante de un sol de primavera.

—Es como si a las gentes les hubiera nacido un nuevo dios. ¡Todo para todos, y todos para todo! Así es como yo os entiendo a vosotros. Sois en verdad todos camaradas, todos de la misma familia, todos hijos de una misma madre: la verdad.

Envuelta de nuevo en la oleada de su excitación, la madre dejó de hablar, tomó aliento, abrió los brazos con amplio ademán, como para dar un abrazo, y continuó:

—Y cuando yo pronuncio en mi interior la palabra ¡camaradas!, oigo con el corazón sus pasos.

Había logrado su propósito. La cara de Liudmila se enrojeció asombrada, sus labios temblaron y unas grandes lágrimas, transparentes, rodaron de sus ojos.

La madre la abrazó y rió en silencio, con el dulce orgullo de aquella victoria de su corazón.

Al despedirse, Liudmila miró a la madre a la cara y comentó en voz baja:

—¿Sabe que es muy grato estar con usted?

XXIX

En la calle, el aire seco y glacial envolvía el cuerpo, penetraba en la garganta, cosquilleaba en la nariz y cortaba momentáneamente la respiración. Se detuvo la madre y miró en derredor: cerca de ella, en la esquina de la calle, estaba parado un cochero con un gorro felpudo; lejos, caminaba un hombre encorvado, escondida la cabeza entre los hombros, y delante de él, dando saltos y frotándose las orejas, corría un soldado.

«Habrán mandado al soldadito a la tienda, a comprar algo», pensó la madre y siguió su camino, escuchando complacida el sonoro y juvenil crujido de la nieve bajo sus pies. Llegó pronto a la estación, el tren no estaba aún formado, pero en la sala de espera de tercera clase, sucia y ennegrecida por el humo, había ya mucha gente; el frío tenía confinados en ella a los obreros ferroviarios; los cocheros, gente mal trajeada y sin hogar, habíanse metido allí para entrar en calor. Había asimismo pasajeros, algunos campesinos, un grueso comerciante con un abrigo de piel de castor, un sacerdote con su hija, picada de viruelas, cinco o seis soldados y algunas personas de la clase media que se movían de un lado para otro. Fumaban, conversaban, tomaban té o bebían vodka. Junto a la cantina alguien reía a carcajadas y nubes de humo flotaban sobre las cabezas. Rechinaba la puerta al abrirse y temblaban resonantes sus cristales cuando la cerraban con estrépito. Un fuerte olor a tabaco y a pescado salado irritaba la nariz.

La madre se sentó junto a la puerta, muy a la vista, y esperó. Cada vez que se abría la puerta, una ráfaga de aire frío caía sobre ella; la sensación le era grata, y lo respiraba a pleno pulmón. Iba entrando gente cargada con bultos; como llevaban puesta mucha ropa, se atascaban torpemente en la puerta, blasfemaban, tiraban al suelo o a un banco la carga, se sacudían la seca escarcha del cuello del abrigo y de las mangas y se limpiaban, refunfuñando, las barbas y los bigotes.

Entró un joven, con una maleta amarilla, dirigió una rápida mirada en derredor y se fue derecho a la madre.

—¿A Moscú? —preguntó en voz baja.
—Sí. A casa de Tania.
—¡Tenga!

Colocó la maleta en el banco, al lado de ella; sacó rápidamente un pitillo, lo encendió y, después de saludar alzando ligeramente el gorro, salió por otra puerta, sin decir más. La madre acarició el cuero frío de la maleta, se acodó sobre ella y, satisfecha, se puso a examinar a la gente. Poco después se levantó y fue a sentarse en otro banco más próximo a la salida al andén. Llevaba la maleta con facilidad, pues no era grande; iba con la cabeza alta, observando las caras que pasaban fugaces ante ella.

Un joven con gabán corto, hundida la cabeza en el levantado cuello del abrigo, tropezó con ella y se apartó rápido, sin decir palabra, llevándose la mano a la cara. Le pareció ver en él algo conocido, se volvió y apercibióse de que un ojo brillante la miraba por encima del cuello del abrigo. Aquella fija mirada la traspasó, haciendo que le temblara la mano con que sostenía la maleta, como si la carga se hubiera hecho, repentinamente, más pesada.

«¿Dónde le habré visto yo?», pensó para alejar la inquietud desagradable y confusa que sentía en el pecho, procurando no determinar con otras palabras aquel presentimiento que de un modo suave, pero imperioso, le oprimía fríamente el corazón. Aquella sensación iba en aumento y le subía por la garganta, llenándole la boca de un amargor seco. Le acometió un deseo irresistible de volverse y mirar otra vez, y al hacerlo, vio que el hombre seguía en el mismo lugar, apoyándose ya en un pie, ya en el otro, como si quisiera algo y no se decidiese. Tenía metida la mano derecha por entre los abrochados botones de su gabán y la otra en el bolsillo, lo que hacía que el hombro derecho pareciese más alto que el izquierdo...

Ella, sin apresurarse, se acercó a un banco, sentóse cuidadosamente, despacio, como temiendo desgarrar algo dentro de sí. Su memoria, despierta por un agudo presentimiento de desgracia, le había puesto delante, por dos veces, a aquel hombre: una en el campo, fuera de la ciudad, después de la fuga de Ribin, y otra en la audiencia. Allí, junto a él, estaba el policía a quien ella había dado indicaciones falsas acerca del camino que tomara Ribin. ¡La habían conocido, la vigilaban, no cabía duda!

«¿Habré caído?», se preguntó, e inmediatamente repuso, estremeciéndose: «Puede que todavía, no...»

En seguida, sobreponiéndose, se dijo con severidad: «¡He caído!»

Miró en torno suyo y no vio nada sospechoso. Una tras otra, las ideas, como chispas, se iban encendiendo y apagando en su cerebro.

«¿Dejar la maleta? ¿Escapar?»

Pero al instante brilló más intensa otra chispa: «¿Arrojar así la palabra de mi hijo? En tales manos...»

Apretó la maleta contra su cuerpo.

«¿Y si me fuera con ella...? ¿Si echara a correr...?»

Aquellos pensamientos no le parecían suyos, era como si alguien se los fuese metiendo a la fuerza en la cabeza. Y la abrasaban; sus quemaduras le producían punzadas en el cerebro, le flagelaban el corazón como hilos incandescentes. Y causándole dolor, la ultrajaban, la apartaban de sí misma, de Pável y de todo lo que había crecido juntamente en su corazón. Sentía que una fuerza hostil la oprimía obstinada, agobiaba sus hombros y su pecho, la envilecía, sumiéndola en un espanto mortal. Latíanle con fuerza las sienes y un cálido ahogo le subió hasta la raíz de los cabellos.

Entonces, con un esfuerzo vigoroso del corazón, que la hizo estremecerse toda, apagó dentro de sí todos aquellos fueguecillos débiles, cobardes, astutos, diciéndose imperiosa: «¡Avergüénzate!»

Al instante sintióse mejor y, ya recuperada por completo, añadió: «¡No cubras de vergüenza a tu hijo! Nadie tiene miedo.»

Sus ojos tropezaron con una mirada triste y abatida. Luego, pasó por su memoria la imagen de Ribin. Aquellos instantes de duda parecían haber reafirmado en ella todo. Su corazón latía más tranquilo.

«¿Qué va a suceder ahora?», se preguntaba mirando a su alrededor.

El de la secreta había llamado a un guarda de la estación y le hablaba en voz baja, señalándola con la vista. El guarda le miró y se apartó de él unos pasos. Otro guarda se acercó, prestó oído y frunció el entrecejo. Era un viejo robusto, de pelo canoso, sin afeitar. Hizo una seña con la cabeza al de la secreta y se dirigió hacia el banco donde estaba sentada la madre; el de la secreta desapareció con rapidez.

El viejo avanzaba sin apresurarse, escrutando atentamente, con irritados ojos, el rostro de la madre. Ella se movió a un extremo del banco.

«Con tal de que no me peguen...»

Se paró ante ella, permaneció callado unos instantes y le preguntó con acritud:

—¿Qué miras?

—Nada.

—¡Buena ladrona estás hecha! Ya eres una vieja... ¡y te dedicas a estas cosas!

Le pareció que aquellas palabras le cruzaban el rostro, como bofetadas. Coléricas, roncas, le hacían tanto daño como si le desgarrasen las mejillas y le sacaran los ojos...

—¿Yo? ¿Ladrona yo? ¡Mientes! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y cuanto la rodeaba empezó a dar vueltas en el torbellino de su indignación, embriagándole el corazón con la amargura de la ofensa. Tiró con energía de la maleta y ésta se abrió.

—¡Mirad, mirad todos! —exclamó levantándose y agitando por encima de su cabeza un paquete de proclamas. A través del zumbido de sus oídos, percibía los comentarios de la gente que acudía con premura, de todos lados.

—¿Qué ocurre?

—Ese de la secreta...

—¿Qué pasa?

—Dicen que ha robado...

—¡Y tan respetable como parece! ¡Vaya! ¡Vaya!

—¡Yo no soy una ladrona! —decía la madre a toda voz, tranquilizada un poco por la presencia de los curiosos que la rodeaban en apretado círculo.

—Ayer condenaron a unos presos políticos, entre ellos estaba mi hijo, Vlásov, que pronunció un discurso; ¡aquí lo tenéis! Yo iba a llevarlo a la gente para que lo leyera y pensase acerca de la verdad...

Alguien tiró cuidadosamente de los papeles que tenía entre las manos, y ella los agitó en el aire y se los arrojó a la multitud.

—¡Eso también te va a costar caro...! —auguró una voz temerosa.

La madre veía que cogían los papeles; se los escondían en el seno, en los bolsillos, y aquello le hizo recobrar por completo el ánimo. Más tranquila y fuerte, toda en tensión, sintiendo que nacía en ella un sentimiento de orgullo, que empezaba a arder de nuevo su gozo, antes sofocado, hablaba y tomaba de la maleta paquetes de papeles, lanzándolos a derecha e izquierda a las manos ávidas y prontas.

—¿Sabéis por qué han condenado a mi hijo y a todos los que estaban con él? Os lo voy a decir. Creed a mi corazón de madre, a mis canas. Ayer condenaron a unos hombres porque llevaban a todos la verdad. Ayer me enteré yo de que esta verdad... Nadie puede discutir ni luchar contra ella ¡nadie...!

La multitud guardaba silencio y aumentaba, haciéndose cada vez más compacta, rodeando a la madre con un anillo de cuerpos vivientes.

—La miseria, el hambre y las enfermedades, ¡esto es lo que reporta a las gentes su trabajo! Todo está contra nosotros; durante toda la vida, día tras día, nos reventamos a trabajar, pasamos hambre y frío, siempre en el lodo, engañados, mientras que otros se atracan y divierten con el fruto de nuestro trabajo; como perros a su cadena, estamos atados a la ignorancia: no sabemos nada y, llenos de espanto, ¡lo tememos todo! ¡Nuestra vida es una noche, una noche oscura!

—¡Así es! —respondieron sordamente algunas voces.

—¡Taparle la boca!

Detrás de la multitud vio la madre al de la secreta con dos gendarmes, y se apresuró a distribuir los últimos paquetes, pero cuando su mano llegaba a la maleta, sintió el contacto de otra mano.

—¡Cogedlos! ¡Tomadlos! —dijo inclinándose.

—¡Disolveos! —gritaron los gendarmes, dando empujones. La gente se echaba atrás de mala gana; apretujaban a los gendarmes con su masa, les cerraban el paso, tal vez involuntariamente. Les atraía de manera imperiosa aquella mujer de cabellos blancos, ojos honrados y rostro bondadoso, y los que la vida había dispersado, separándolos unos de otros, fundíanse ahora en un todo, caldeados por el fuego de aquellas palabras, que quizá estuviesen buscando desde hacía tiempo y esperaran con ansia muchos corazones heridos por las injusticias de la vida. Las personas situadas más cerca de la madre guardaban silencio; ella veía sus ojos atentos, ansiosos, y percibía en el rostro su cálido aliento.

—¡Escapa, vieja!

—¡Ahora la agarrarán...!

—¡Qué valiente!

—¡Fuera! ¡Disolveos! —se oían los gritos de los gendarmes, cada vez más cerca. Delante de la madre, la gente se balanceaba y se agarraban unos a otros.

Parecíale a ella que todos estaban dispuestos a comprenderla, a creerla, y quería decirles sin pérdida de tiempo todo cuanto sabía, todos aquellos pensamientos cuya fuerza había sentido ella. Fluían con facilidad de lo profundo de su corazón y se trenzaban en una canción armoniosa, pero ella percibía con pena que no le bastaba la voz, que se le ponía ronca, temblorosa, que se le quebraba.

—¡La palabra de mi hijo es la palabra pura de un obrero, de un alma incorruptible! Conoced, por su valentía, ¡lo que no se vende!

Unos ojos juveniles miraban a su rostro con entusiasmo y espanto.

La golpearon en el pecho, se tambaleó ella y sentóse en el banco. Sobre las cabezas de la multitud aparecían y desaparecían las manos de los gendarmes, se aferraban a los cuellos, a los hombros, echaban a un lado los cuerpos, arrancaban los gorros, lanzándolos lejos... Todo lo veía negro, todo se tambaleaba ante los ojos de la madre; pero, sobreponiéndose a su cansancio, gritaba aún con la poca voz que le quedaba:

—¡Pueblo, une todas tus energías en una sola fuerza!

Un gendarme la agarró por el cuello de la chaqueta con su manaza roja y la empezó a zarandear.

—¡Calla!

Su cabeza chocó contra la pared; por un instante, el humo acre del terror le envolvió el corazón, pero éste se inflamó de nuevo, disipando el humo.

—¡Vamos! —gritó el gendarme.

—¡No temáis a nada! ¡No hay martirio más amargo que lo que respiráis durante toda vuestra vida...!

—¡A callar, he dicho! —el gendarme, cogiéndola de un brazo, la zarandeó. Su compañero la agarró por el otro y, a grandes zancadas, se la llevaron.

—¡... Que cada día os devora el corazón y os seca las entrañas!

El de la secreta se acercó a ella corriendo, blandió el puño ante su rostro y gritó con voz chillona:

—¡Silencio, canalla!

Se le agrandaron los ojos a la madre, le centellearon... temblá-ronle las mandíbulas. Afianzando los pies en las resbaladizas baldo-sas del suelo, gritó:

—¡Al alma resucitada no la matarán!

—¡Perra!

El de la secreta echó un poco hacia atrás el brazo y le dio una bofetada.

—¡Te está bien empleado, vieja bruja! —se oyó una voz.

Algo negro y rojo cegó por un momento a la madre, y el regusto salado de la sangre le llenó la boca.

Una explosión de gritos, alentadora y clara, la reanimó.

—¡No la pegues!

—¡Muchachos!

—¡Canalla!

—¡Zúmbale a ese tipo!

—¡No podréis anegar la razón en sangre!

La empujaban por el cuello, por la espalda, la golpeaban en los hombros, en la cabeza; todo le daba vueltas, giraba en oscuro torbe-

llino de gritos, de silbidos, de alaridos; algo espeso, ensordecedor, se le metió por los oídos y le llenó la garganta, ahogándola; el piso parecía hundirse bajo sus pies, se tambaleaba, se le doblaban las piernas, temblóle el cuerpo a causa del dolor candente de los golpes, se le había vuelto pesado y vacilaba sin fuerzas; pero sus ojos no estaban apagados, y veía a otros muchos que brillaban con el fuego vivo y la audacia tan conocidos por ella, tan queridos de su corazón.

La empujaron contra una puerta.

Logró desasir un brazo y se aferró al marco.

—¡No apagarán la verdad ni con mares de sangre...!

La golpearon en la mano.

—¡No hacéis más que aumentar la ira, insensatos! ¡Caerá sobre vuestras cabezas!

Un gendarme le hincó los dedos en el cuello y le apretó la garganta.

Ella lanzó un grito ronco.

—Desgraciados...

Alguien le respondió con un fuerte sollozo.

LOS VAGABUNDOS

MALVA

Era el mar una sinfonía de risas; al soplo cálido y leve de la brisa rizábanse sus sutiles olas en pliegues que reflejaban, cegando los ojos, los ardientes rayos del sol y el deslumbrante azul infinito del cielo, y reía con sus mil labios azulinos y esplendentes. En el ámbito profundo entre el cielo y el mar, resonaba el acordado y cascabelero rumor de las olas, que unas tras otras llegaban en incesante galopar a besar las mansas arenas de la puntiaguda y arenosa costa. Aquel rumor y el reverbero del sol, millares de veces reflejado en el mar, fundíanse armónicos en un ininterrumpido vaivén de vida y alegría.

Sentíase el cielo feliz de su rutilante esplendor; el mar gozábase dichoso de reflejar la gloria de la luz solar, por cuyo fuego caldeado saturaba la atmósfera del perfume salobre de sus cálidos efluvios, al acompasado murmullo de las olas verdosas, que con crestas de blancas espumas venían impetuosas a morir, humildes, en las amarillas y húmedas arenas de la playa. Ésta, adentrándose estrecha y alargada en las aguas, semejaba una enorme torre que, caída en el mar, hundiese su afilada aguja en las rientes aguas, perdida su base en la lejanía, envuelta en cálida bruma, que ocultaba las tierras de la costa. De aquí llegaba, en alas de la brisa, un olor pesado y molesto, incomprensible allí, bajo la bóveda azul y diáfana del cielo, y en medio del mar desierto y puro. Sobre estacas clavadas en la arena sembrada de escamas de pescado colgaban tendidas unas redes de pescar, cuyas ligeras sombras semejaban, proyectadas en el suelo, enormes y sutiles telas de araña. Unas barcazas y una pequeña lancha, encalladas en la playa, diríase que escuchaban la canción de las olas que, sin llegar a mojarlas, parecían invitarlas a irse con ellas. Aquí y allá, en confuso desorden, veíanse cuerdas, barriles, remos y mil varios cachivaches, y en medio de todo se alzaba una cabaña, hecha con ramas de sauce, cortezas y viejas esteras. En su entrada, y sobre una especie de nudosa horquilla, veíanse unas botas de fieltro

puestas a secar, y en la punta de un alto mástil, dominando aquel heterogéneo desorden, flameaba un trapo rojo.

Tendido de bruces a la sombra de una de las barcazas, apoyados los codos en la arena, y la cabeza en ambas manos, oteaba el horizonte Wasily Legostex, guarda de aquella playa, puesto avanzado de las pescaderías del comerciante Grebechekov.

Una sonrisa iluminó su rostro, cuando entornando más los ojos, heridos por el deslumbrador reflejo del sol sobre las aguas, columbró, en la lejanía azulina en que el mar parece juntarse con el cielo, una pequeña mancha negra, mecida por las olas, que, agrandándose por instantes, se acercaba. ¡Malva llegaba! Veíala ya alzando tentadoramente sus brazos para estrecharle contra su pecho, riendo provocadora, hablando a gritos que espantaban a las gaviotas y contándole a voces las cosas más salientes ocurridas durante la semana en aquel pequeño mundo de la costa. Luego prepararían entre los dos una buena sopa de pescado, beberían vodka y tendidos en la arena charlarían amigablemente, bromearían como enamorados, y al declinar del día tomarían el té con apetitosos pastelillos y buscarían más tarde el grato cobijo del lecho. Así pasaban los domingos y días de fiesta. Al romper el día, él la acompañaría al bote y se harían al mar, envuelto aún en la semiluz del amanecer.

Remaría él, puestos los ojos en ella, que, soñolienta aún, iría acurrucada en la popa, en el fondo del bote, y volvería a dormirse... Aquel día el mar parecía levantar su aterciopelado y poderoso pecho bajo la ardorosa caricia del sol; el aire languidecía. Hasta las mismas gaviotas se sentían enervadas por el calor, y unas se alineaban a lo largo de la playa, plegadas las alas y abiertos los picos, mientras otras se dejaban balancear por el vaivén de las olas, indolentes, calladas y quietas, contra su costumbre.

A medida que el bote se acercaba, parecíale a Wasily distinguir que alguien acompañaba a Malva... ¿Sería Serejka, que habría vuelto a hacer las paces con ella? Incorporóse Wasily pesadamente y se sentó malhumorado, y poniéndose la mano en la frente, a guisa de pantalla, trató de adivinar quién podría ser el acompañante de Malva. «Ella viene al timón, pero el que maneja los remos no puede ser Serejka. Rema con fuerza, pero se ve que no es práctico. Si fuese Serejka, Malva no se molestaría en llevar el timón.»

No pudiendo contener su impaciencia, gritó:

—¡Oyeee!

Asustadas las gaviotas, pusiéronse en «guardia».

Desde el bote, la voz sonora de Malva respondió:

—¿Quéé́é?

—¿Quién viene contigo?

Una gran carcajada de Malva fue la respuesta.

—¡Demonio de mujer! —masculló Wasily a media voz, escupiendo entre dientes.

Comenzó a liar un cigarrillo, mientras examinaba, intrigadísimo, la espalda y la nuca del remero, que a buena marcha se acercaba a la playa.

Oíase ya el golpe de los remos sobre el agua, y la arena crujía bajo los pies del guarda, que impaciente y nervioso, en cuanto pudo distinguir en el redondo rostro de Malva aquella su sonrisa que le era tan conocida, volvió a gritar:

—¿Quién viene contigo?

—Espera un poco... Ya le conocerás —respondió ella. riendo.

El remero volvió hacia la playa la cabeza y, riendo también, miró a Wasi y éste, fruciendo las cejas, creyó adivinar en aquel mozo una cara conocida.

—Rema más fuerte —ordenó Malva.

El impulso fue tan vigoroso, que el bote, empujado a la vez por una ola, se inclinó, recobró su equilibrio y quedó varado en la arena, mientras la ola se alejó riendo mar adentro.

Saltó ágil el remero y, dirigiéndose al guarda, dijo:

—¡Buenos días, padre!

—¡Jacobo! —exclamó Wasily con más sorpresa que alegría.

Besáronse tres veces en los labios y en las mejillas, y luego Wasily, entre asombrado, alegre y confuso, prosiguió:

—¿Conque eres tú? ¡Ya decía yo!... ¡Sentía algo raro! ¡Me parece mentira! Y ¿cómo has venido? Y yo que me preguntaba: ¿Será Serejka? Pero en seguida vi que no era él. ¡Ah! ¡De modo que tú...!

Cohibido por la risueña y brillante mirada de su hijo, no se atrevía, a pesar de sus deseos, a mirar a Malva, y se pasaba una mano por la barba, mientras accionaba con la otra. Luchaban en su alma la satisfacción orgullosa de tener un hijo tan buen mozo, y la turbación y embarazo que le producía la presencia de su amante. Nervioso y preocupado, restregaba sus pies en la arena y dirigía a su antojo, una tras otra, menudas y banales preguntas, sin esperar las respuestas.

Las ideas se confundían en su cabeza y su turbación subió de punto cuando oyó que Malva le decía con aire burlón:

—¡Vamos, parece que la alegría te ha vuelto tonto! ¿Qué haces ahí pasmado, en vez de llevarle a la choza y obsequiarle como es debido?

Wasily se quedó mirando a Malva, en cuyos labios florecía aquella su fría sonrisa que le era tan conocida, Y aunque la veía fresca, lozana y apetitosa como siempre, se le aparecía, al mismo tiempo, bajo un aspecto nuevo y desconocido.

Ella en tanto pasaba sus ojos verdes del padre al hijo, y seguía mordiendo, con sus dientes menudos y blancos, pepitas de melón. Jacobo sonreía también mirando cuándo a su padre, cuándo a Malva, y durante algún tiempo reinó un breve silencio, penosamente largo y desagradable para Wasily.

—Esperadme un momento: vuelvo en seguida —dijo de pronto éste encaminándose hacia la cabaña—. No os estéis ahí al sol; voy a buscar agua y ¡ya verás, Jacobo, qué sopa de pescado vamos a hacer! Vuelvo en seguida.

Cogió una cazuela que junto a la entrada de la cabaña había en el suelo y desapareció rápidamente tras de las redes que lo ocultaban con su masa grisácea.

Malva y Jacobo, despacio, se encaminaron a la cabaña.

—¡Ea, buen mozo, ya te he traído al lado de tu padre! —dijo ella mirándole de un modo particular.

Volvió éste hacia ella el rostro, encuadrado por una barba rubia y rizada, y contestó, brillantes los ojos:

—Sí, ya estamos aquí. ¡Y se está bien! ¡Qué mar!

—Y ¿cómo encuentras al viejo? ¿Muy cambiado?

—¡Oh, no; creía encontrarle con todo el pelo blanco, y apenas si tiene canas!

—¿Cuánto tiempo hace que no os veíais?

—Unos cinco años... Cuando salió él del pueblo, iba yo a cumplir diecisiete.

Dentro de la cabaña el calor y el olor eran insoportables. Ambos se sentaron: Malva en un montón de sacos, Jacobo sobre un tronco de árbol. Entre uno y otro quedó un medio tonel, que servía de mesa a Wasily. Frente a frente, se miraron fijamente en silencio.

Después Malva preguntó:

—¿De modo que quieres quedarte aquí a trabajar?

—No sé... Si encuentro algo, trabajaré.

—¡No has de encontrarlo, hombre! —dijo ella con acento de convicción, clavando, picaresca, en el mozo sus ojos verdes.

Él, sin mirarla, se secó con la manga el sudor de la frente.

De repente Malva se echó a reír y dijo:

—Tu madre te habrá dado seguramente muchos recuerdos y algunos encargos para tu padre.

Jacobo la miró malhumorado y contestó:

—Desde luego; ¿por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió ella sin dejar de reír.

Molesto por aquella risa, Jacobo desvió su mirada y pensó en las palabras de su madre.

«Dile, Jacobo, en nombre de Cristo, dile a tu padre que la madre está sola, sola allá lejos desde hace cinco años... Dile que se hace vieja; que, abandonada y triste, sigue trabajando... ¡Díselo, hijo mío! ¡Dile por amor de Dios que...» Y sus ojos se habían inundado de silenciosas lágrimas, que secaba con la punta del delantal.

Al rememorar aquella escena y aquellas palabras, Jacobo, que no se había enternecido al presenciarla y oírlas, se notaba ahora afectado y conmovido por un sentimiento de compasión; por lo cual, a la vista de Malva, su mirada reflejó una expresión de dureza, como si se sintiese dispuesto a soltar a aquella mujer unas palabras groseras.

—¡Vamos! ¡Ya estoy aquí! —dijo Wasily entrando con un pez coleando en una mano y un cuchillo en la otra.

Había logrado dominar su embarazo que ocultaba en lo profundo de su alma, y que sólo se traslucía un tanto en sus ademanes, más nerviosos que de costumbre. Ahora miraba sereno y amable a sus huéspedes.

—Encenderé en seguida lumbre y vuelvo... Ya charlaremos, Jacobo. ¡Te has hecho un buen mozo!

Salió de nuevo.

Malva seguía mordisqueando pepitas de melón y, examinando con mirada singular a Jacobo, que esquivaba, contrariándose, los ojos de ella, pensaba para sus adentros:

—¡Qué buena vida deben darse éstos! ¡Ambos están gordos!

Y cohibido por aquel continuado silencio, dijo de pronto en alta voz:

—He olvidado mi maleta en el bote... Voy a buscarla.

Y levantándose apresuradamente salió de la cabaña.

Un momento después apareció Wasily, se inclinó junto a Malva y le dijo rápido y enojado:

—¿Por qué lo has traído? ¿Cómo voy a explicarle tu presencia aquí?

—¡Ya está aquí y no hay remedio!

—¡Imbécil! ¿Qué vamos a hacer ahora? Ya comprenderás que no voy a decirle descaradamente que... Mi mujer está en el pueblo... es su madre... Bien podías tú haberte dado cuenta de ello...

—¿Y a mí qué me importa eso? ¿Voy a tener miedo de él o de ti? —dijo ella con desprecio en los ojos—. ¡Qué cara pusiste al reconocerle! ¡Yo no podía contener la risa!

—A ti te habrá hecho gracia, pero a mí no me hace ninguna. ¿Qué voy a hacer yo ahora?

—Eso podías haberlo pensado antes.

—¿Cómo iba yo a imaginarme que el mar me lo iba a arrojar aquí, así, sin prevenirme?

Se oyó crujir la arena bajo los pies de Jacobo, y tuvieron que interrumpir su conversación. El muchacho colocó su maleta en un rincón y dirigió a la joven una mirada despectiva.

Malva seguía entre tanto comiendo pepitas, y Wasily, con sonrisa forzada y sentándose sobre un tronco de madera, dijo golpeándose con las manos las rodillas:

—Y ¿cómo se te ha ocurrido venir aquí?

—Ya te lo hemos escrito...

—¿Cuándo? Yo no he recibido ninguna carta.

—¿De veras? Pues te hemos escrito más de una vez...

—Se habrán perdido las cartas. ¡Siempre se pierden las cartas más interesantes!

—¿De modo que entonces no sabes lo que nos pasa? —preguntó con cierta desconfianza Jacobo.

—¿Cómo lo voy a saber? ¿No te digo que no he recibido ninguna carta?

Jacobo contó entonces a su padre que el caballo había muerto, que se habían quedado sin trigo antes de febrero y que él se encontraba sin trabajo. Que tampoco tenían heno, y que la vaca había estado a punto de morirse de hambre; que a fuerza de fatigas y privaciones habían resistido hasta el mes de abril, y que, por último, decidieron que Jacobo fuese a buscar trabajo al lado de su padre, y que se pasase allí unos tres meses. Todo eso se lo decían en las cartas. Luego tuvieron que vender tres carneros para comprar harina y heno, y él se había puesto en camino.

—Y ¿cómo puede ser eso? Yo os he enviado dinero...

—No gran cosa... Tuvimos que hacer obra en la casa... Se casó mi hermana; tuve que comprar un arado... ¡No olvides que han pasado cinco años, que no es un día!

—Así, pues, ¿el dinero no fue bastante? ¡Vaya, hombre! ¡Ah, esperad: que se me va a ir la sopa!

Se levantó y salió. De rodillas ante el fuego, espumó la sopa, en tanto que reflexionaba en todo lo que acababa de oír. No se mostró conmovido por el relato de su hijo, sino más bien sordamente irritado contra su mujer y su hijo. ¡No haber sabido arreglarse con el dinero que durante aquellos cinco años les había enviado! ¡De no haber sido por la presencia de Malva, ya le hubiera oído su hijo! ¡Se había ausentado de casa sin la autorización paterna, y en cambio no había sido capaz de sacar provecho suficiente de la tierra! Aquella tierra, en la que no había pensado durante aquellos años, que habían transcurrido fáciles y agradables, se le antojaba ahora como un abismo, que se había ido tragando su dinero, como algo inútil y embarazoso.

Suspiró moviendo con la cuchara la sopa que hervía en la cacerola. ¡Qué débil y qué insignificante le parecía aquella pequeña llama amarillenta ante la poderosa y reverberante luz del sol! Jironcitos de humo azul y transparente se elevaban de la pequeña hoguera en dirección al mar. Wasily los seguía con la vista y, pensando en su hijo y en Malva, tenía la sensación de que a partir de aquel día su vida iba a ser más difícil y menos libre que hasta entonces. Seguramente el muchacho había ya adivinado la clase de relaciones que existían entre ellos...

Seguía Malva en la cabaña turbando al mozo con su sonrisa y sus miradas provocativas y atrevidas.

—Seguramente te habrás dejado alguna novia en el pueblo —dijo de pronto.

—Quizá —respondió con frialdad el mozo.

—¿Es bonita? —preguntó con aire indiferente.

Jacobo no contestó.

—¿Por qué no contestas? ¿Es más guapa que yo?

Aun involuntariamente la miró. Vio que sus mejillas eran morenas y carnosas; que sus labios gordezuelos, ligeramente entreabiertos por una sonrisa picaresca, eran golosos; que bajo la blusa roja se dibujaban altos y apretados los pechos, mórbidos, los hombros. Sin embargo, aquellos ojos verdes, atrevidos y burlones le disgustaron.

—¿Por qué me hablas así? —dijo el mozo en un tono que, con pretensión de ser severo, resultaba tímido.

—¿Cómo hay que hablarte? —preguntó ella, riendo.

—¿De qué te estás riendo siempre?

—De ti...

—¿De mí? Y ¿por qué? —repuso él con tono desabrido, bajando los ojos ante la mirada de ella.

Malva no contestó.

Jacobo había adivinado las relaciones de aquella mujer con su padre, y ello le impedía expresarse con libertad. No le sorprendió aquello, puesto que había oído decir que los trabajadores, lejos de la familia, se permitían ciertas libertades, y él se explicaba que a un hombre fuerte y robusto como su padre le fuera difícil pasarse tanto tiempo sin mujer. Pero, a pesar de ello, se sentía cohibido tanto por la muchacha como por su padre. Se acordaba además de su pobrecita madre, que, vieja y agotada por el trabajo, sufría allá en la aldea, sin gozar un momento de descanso.

—¡Ya está la sopa! —anunció entrando en la cabaña Wasily—. Saca las cucharas, Malva.

Miró Jacobo a su padre y pensó:

—Se conoce que ella viene por aquí con frecuencia, porque sabe dónde están las cosas.

Con las cucharas en la mano, Malva dijo que era preciso irlas a lavar al mar, y de paso traería el vodka que tenía en la barca.

Padre e hijo la vieron alejarse y, después de algunos momentos de silencio, aquél preguntó:

—¿Dónde la encontraste?

—En las oficinas adonde yo había ido a preguntar por ti. Entonces ella me dijo: «¿Por qué vas a ir a pie por la arena? Yo voy a verle y puedes venir conmigo en el bote.» Y nos vinimos.

—¡Muy bien!... Yo me he acordado de ti muchas veces, y pensaba: «¿Cómo estará mi Jacobo?»

El muchacho sonrió amablemente, y ello dio ánimo a Wasily para preguntarle:

—Y, ¿qué te parece ella?

—No está mal —contestó Jacobo bajando los ojos.

—¿Qué iba a hacer yo, muchacho? —exclamó Wasily alzando los brazos—. Al principio resistí; pero al fin y al cabo soy hombre... y por otra parte necesitaba alguien que me arreglase la ropa... y poco a poco... Además, francamente, de la mujer y de la muerte no hay quien se escape.

Y con esta máxima sincera, terminó su explicación.

—Padre, ésas son cosas tuyas. Yo no soy quién para juzgarte.

Y mientras en su interior pensaba: «¡Habrá que ver a ésa remendando pantalones!»

—Por otra parte —prosiguió Wasily—, no tengo más que cuarenta y cinco años, y como no es mi mujer, no me sale cara...

—Cierto... —opinó Jacobo; pero en sus adentros pensaba: «Ya te sacará bien los cuartos.»

Volvía Malva con una botella de vodka y una sarta de rosquillas, y los tres se sentaron a la mesa.

Comían en silencio, chupando ruidosamente las espinas de pescado y tirándolas al suelo, cerca de la puerta. Jacobo lo hacía con excelente apetito, con gran contento de Malva, que veía gozosa cómo se llenaban las redondas mejillas del muchacho, y se movían sus labios húmedos. Wasily, por su parte, comía sin ganas, y parecía abstraído en la comida, con el fin de observar a Jacobo y a Malva, y pensar en la actitud que había de adoptar ante la nueva situación.

Las olas desgranaban su sinfónica y eterna melodía y rasgaba el aire de cuando en cuando los gritos salvajes de las gaviotas. El calor era menos sofocante, y ráfagas de fresca brisa marina llegaban de cuando en cuando a la cabaña.

Después de haber comido con tan buen apetito, y vaciados unos vasos de vodka, Jacobo se sentía con sueño; sonreía de modo inexpresivo, bostezaba y miraba a Malva con tal expresión, que Wasily hubo de decirle:

—Mira, Jacobo, será mejor que te eches a dormir hasta la hora del té... Ya te llamaremos nosotros.

—Perfectamente... —dijo, tendiéndose sobre la estera—. Y vosotros, ¿adónde vais? ¡Ja, ja, ja!

Wasily, desconcertado por aquellas risas, salió presuroso, y Malva, fruncidas las cejas y mordiéndose los labios, respondió:

—¿Y a ti qué te importa? Tú eres un crío y te aconsejo que no te metas en los asuntos de los demás. ¿Has entendido, muchacho?

Y salió.

—Sí, ¿eh? —exclamó Jacobo—. ¡Ya te diré! ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con la señorita ésta!

Continuó rezungando un poco más y se durmió luego con una sonrisa de ebrio y satisfecho.

Clavó Wasily en la arena tres palos, cuyos extremos ató, y, echando sobre ellos un estera, se tendió a la sombra con las manos en la nuca y quedóse contemplando el cielo. Cuando llegó Malva y se dejó caer en la arena junto a él, volvió hacia ella el rostro, en el que se retrataba claramente el mal humor.

—¿Cómo es eso, amigo? —preguntó ella, riendo—. ¿Es así como te alegras de la llegada de tu hijo?

—Él se burla de mí, y todo por tu culpa —respondió Wasily con expresión sombría.

—¿Por mí? ¿De veras? —mostró su asombro.

—¡Pues qué duda cabe!

—¡Cuánto lo siento! Y ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Tendré que dejar de venir yo? Pues bueno; no volveré.

—¡Oh bruja! ¡Tú también te burlas de mí, como él; y los dos sois lo que más quiero! ¿Y de qué os burláis?

Volvió la cabeza y se calló. Malva, con las manos cruzadas bajo las rodillas, balanceaba muellemente el cuerpo y contemplaba el mar, sonriendo con esa sonrisa triunfal de las mujeres que saben el poder de su belleza.

Un velero se deslizaba sobre las aguas, cual un enorme y pesado pájaro de alas grises. Bogaba muy lejos de la costa y se alejaba cada vez más, hasta el punto del horizonte donde el cielo y el mar se confunden en una bóveda azul que atrae por su paz infinita.

—¿Por qué callas? —preguntó Wasily.

—Es que pienso —respondió Malva.

—¿En qué?

—No sé...

Movió las cejas y, tras una pausa, añadió;

—Tu hijo es un buen mozo.

—¿Y a ti qué te importa eso? —exclamó, celoso, Wasily.

—¿Te enfadas?

—Mira, ten cuidado... No hagas tonterías. Aunque soy bueno, no hay que excitarme —le dijo con una mirada celosa. Y apretando los dientes y los puños, añadió—: Desde que viniste, has comenzado un juego que no me explico aún, pero si llego a entenderlo, no lo pasarás bien, te lo aseguro... Esas sonrisas y esas miradas provocativas... Sé cómo hay que trataros a vosotras, las mujeres como tú..., en caso de...

—No me asustes, Wasily —dijo ella con indiferencia y sin mirarle.

—¡Bueno!... pero no te andes con bromas.

—Ni tú me vengas con amenazas.

—Pero si vuelves a comenzar con tus tonterías, te haré bailar —prosiguió Wasily, cada vez más irritado.

—¿Serías capaz de pegarme? —preguntó, acercándose a él y mirando con cierta curiosidad su rostro descompuesto.

—¡No te quepa la menor duda! ¡Que no eres una princesa!

—Pues tampoco soy tu mujer —replicó Malva con tono tranquilo y doctoral; y añadió sin esperar respuesta—: Seguramente estabas acostumbrado a pegar a tu mujer por un quítame allá esas pajas, y te imaginas que vas a poder hacer conmigo lo mismo; pero te equivocas. Yo soy libre, dueña de mi persona y no tengo miedo a nadie. Tú, en cambio, tienes miedo de tu hijo, tanto, que me daba

pena verte tan cohibido en su presencia. ¿Y aún te atreves a amenazarme?

Movió la cabeza con desprecio y se calló. Sus palabras frías y despectivas habían apagado la cólera de Wasily, que jamás la había visto tan hermosa y la contemplaba embelesado.

—¿Conque ésas tenemos? —díjola.

—¡Y más que te diría! No hace mucho te engreías con Serejka de que yo no podía vivir sin ti, que me eras más necesario que el pan. ¡Qué engañado vives! ¡Quién sabe si no eres tú lo que amo y lo que me encanta aquí, sino esta solitaria playa, donde no hay más que cielo y mar, donde no se ven sucias criaturas! ¡Que tú estés aquí, nada me importa! Tú eres, como si dijéramos, el precio que pago por mi asiento. Si fuera Serejka el que aquí estuviera, por él vendría; si fuese tu hijo, vendría lo mismo por él. Mi mayor placer sería que no hubiera nadie... Estoy asqueada de todos los hombres... y si un día sintiese algún capricho, soy aún lo suficientemente hermosa para elegir alguien que seguramente valdría más que tú.

—¿Conque sí? —silbó colérico Wasily, echándola las manos al cuello—. ¿Conque todo eso tenías dentro?

Y la zarandeaba sin que ella opusiera resistencia, a pesar de que su rostro se congestionaba y sus ojos se inyectaban de sangre. Únicamente apoyó ambas manos sobre la mano que le apretaba el cuello.

Wasily, ronco de rabia, repitió:

—¿Eso tenías dentro? ¡Y nada me decías! ¡Y me besabas, y me acariciabas!... ¡Ahora vas a ver!

Y empujándola hasta casi derribarla en tierra, sacudió repetidas veces con furia y con cierta voluptuosidad su fuerte puño sobre el cuello fresco y carnoso, y con un empujón la apartó de su lado.

Quedó ella tendida sin una queja. silenciosa y tranquila, despeinada, encendida y congestionada, pero hermosa, como siempre. En sus ojos verdes fulguraba un rencor frío, como el acero, y un relámpago de odio, que a Wasily, sofocado, excitado y satisfecho por el desahogo de su rabia, le pasó inadvertido. Y así, cuando triunfante y desdeñoso se inclinó hacia ella, y la vio sonreír con dulzura, temblorosos los labios, encendidos los ojos, marcados los dos hoyuelos en las rojas mejillas, se quedó muy admirado, y más cuando ella rompió en una risa estrepitosa y alegre.

—¿Qué te pasa, endiablada mujer? —preguntó, sacudiéndola por un brazo.

—¿Eres tú, Wasily, quien me ha pegado? —preguntó mimosa.

—¡Claro que he sido yo! ¿Quién otro podría ser?

Sin explicarse aquella pregunta, él la miraba indeciso. ¿Qué hacer? ¿Pegarle otra vez? Pero, apaciguada su cólera, no se sentía con ánimos de volver a empezar.

—¿De modo que me quieres? —susurró con voz cálida junto a él.

—¡Qué se le va a hacer! —contestó él con voz sombría—. ¿Estás contenta?

—¡Wasily! ¡Y yo que pensaba que no me querías! Y me decía para mis adentros: «Ahora que ha venido su hijo, me alejará seguramente de su lado.»

Y prorrumpió en una sonora y enigmática risa:

—¡Qué tonta eres! —repuso Wasily con sonrisa forzada—. Mi hijo no tiene por qué mezclarse en mis asuntos. Y si te he pegado —continuó avergonzado y lleno de conmiseración para ella—, tuya ha sido la culpa. ¿Por qué me has excitado hasta ese extremo?

Malva, apretándose contra el hombro de Wasily, con sonrisa mimosa, le dijo quedamente:

—¡Pero si lo he hecho a propósito para probarte!

Él lanzó una mirada a la choza y dio un beso en los labios de la moza.

—¿Para probarme? ¡Pues ya has visto el resultado!

—No ha sido nada —dijo, entornando apenas los ojos—, no estoy enfadada. Me has pegado por cariño. Yo sabré pagártelo —prosiguió con voz breve y firme mirándole fija y con un leve estremecimiento de todo su cuerpo, y repitió—: ¡Oh, yo te lo recompensaré!

Wasily interpretó aquellas palabras como una dulce promesa y, emocionado y satisfecho, preguntó sonriente:

—¿Y cómo me lo pagarás?

—¡Ya lo verás! —contestó serena, pero con un leve temblor en los labios.

—¡Cuánto te quiero! —exclamó Wasily al estrecharla fuertemente entre sus brazos.

Luego añadió:

—¿Sabes una cosa? Desde que te he pegado, me parece que te quiero aún más. ¡De veras! ¡Te siento más mía! ...

Las gaviotas revoloteaban en torno de ellos, y el mar ponía casi a sus pies la blanca espuma de sus olas, que entonaban su interminable canción de paz y quietud.

—¡Oh, lo que son las cosas! —continuó Wasily acariciando con aire pensativo a la joven, que se apoyaba en su pecho—. ¡Ya ves cómo es la vida! Siempre lo prohibido nos parece lo más agradable... A ti seguramente no se te ocurre nunca pensar en cómo es la vida;

pero yo pienso en ello muchas veces y algunas me da miedo... Sobre todo de noche, cuando no puedo dormir... Entonces me encuentro solo, aislado, entre el mar que se extiende ante mis ojos y el cielo que me cobija, y me siento tan pequeño, tan pequeño... Me parece que la tierra se mueve bajo de mí y que estoy solo, solo... ¡Si al menos te tuviese a ti en esos momentos!...

Malva, echada sobre las rodillas de Wasily, con los ojos cerrados, callaba. Éste, con su rostro rudo, pero bondadoso, curtido por el sol y el aire del mar, estaba inclinado sobre ella y le rozaba el cuello con sus largas barbas descoloridas. La joven no se movía. Únicamente el acompasado movimiento de su pecho, al respirar, delataba que vivía. Los ojos de Wasily unas veces se posaban sobre el mar, otras se clavaban en aquel pecho que tan cerca tenía. Seguía hablando de su hastío: de aquel vivir solitario, de la tristeza de las largas noches de insomnio, preñadas de sombríos pensamientos sobre la existencia. Luego comenzó a besarla en la boca, sin prisa, como quien come un manjar goloso. Así transcurrieron cerca de tres horas y ya empezaha el sol a hundirse en el mar, cuando Wasily, con acento de fastidio, dijo:

—¡Hay que ir a hacer el té!... El huésped no tardará en despertarse.

Malva, con movimiento lánguido de gata acariciada, se incorporó, y Wasily, de mala gana, se dirigió a la cabaña. Ella, con las cejas un poco fruncidas, le vio alejarse y lanzó un suspiro profundo, como quien se quita de encima un gran peso.

Poco después los tres se hallaban sentados en la cabaña y charlaban mientras tomaban el té.

El sol iba matizando con mil vivos reflejos las verdosas aguas, que al mágico influjo de sus rayos se teñían de púrpura y rosa.

Mientras tomaban el té, Wasily pedía noticias a su hijo acerca de la vida en la aldea, y se entregaba a sus recuerdos. Malva, sin tomar parte en la conversación, escuchaba silenciosa aquel diálogo largo y lento.

—¿De modo que, a pesar de todo, los mujiks siguen viviendo?

—Malamente —respondía Jacobo.

—Seguramente, y eso que los aldeanos con bien poco nos conformamos: una choza, pan a discreción y un vaso de vodka los días de fiesta. Y sin embargo ni siquiera eso podemos tener. ¿Me hubiera salido yo de allí, si hubiera podido vivir en mi casa? En el pueblo uno es dueño de sí mismo, igual a los demás; aquí uno es un siervo.

—Pero aquí se pasa menos hambre, y el trabajo no es tan duro...

—Te equivocas. Aquí también a veces tengo molidos los huesos. Además, allí cada uno trabaja para sí; y aquí trabaja para otros.

—También se gana más —respondió tranquilamente Jacobo.

En su fuero interno Wasily compartía la opinión de su hijo. En la aldea la vida era más dura, desde luego; pero no quería que Jacobo se diese cuenta de ello, y así le dijo con tono severo:

—¿Tú qué sabes lo que se gana aquí? En la aldea...

—Se vive como en una cárcel oscura y estrecha —intervino maliciosa y sarcástica Malva—. Y sobre todo la vida de las mujeres es allí un valle de lágrimas y de trabajos.

—La vida de la mujer, como el cielo y el sol, es igual en todas partes —replicó Wasily mirándola con cierto enojo.

—Eso lo dirás tú —exclamó con calor Malva—. En el pueblo, una mujer, quieras que no, no tiene otro recurso que casarse, y una mujer casada no es más que la eterna esclava del marido y del trabajo: ella hila, ella labra los campos, cuida del ganado y da hijos al mundo... Y ¿qué recibe? ¿Qué queda para ella? Palabras duras y golpes del marido.

—¡Como si siempre se pegase a las mujeres! —interrumpió Wasily.

—En cambio aquí —prosiguió Malva sin escucharle—, yo, por ejemplo, no dependo de nadie; soy libre como las gaviotas. Vuelo adonde me place con entera libertad y no aguanto golpes de nadie.

—¿Y si alguno te pegase? —dijo Wasily con intención.

—¡Ése me las pagaría! —dijo ella suavemente, apagada la mirada de sus ojos brillantes.

Wasily sonrió indulgente.

—¡Oh! Tú eres atrevida, pero débil... Todo lo que dices son tonterías de muchachuela. En la aldea, la mujer es un ser necesario para la vida, mientras que aquí sólo es instrumento de placer... y de pecado...

Cuando la conversación se cortó, Jacobo, pensativo, dijo lanzando un suspiro:

—¡Cualquiera diría que este mar es infinito!

Los tres tendieron sus ojos sobre aquella inmensa y desierta extensión de agua.

—¡Si todo esto se convirtiese en tierras! —exclamó el mozo señalando con el brazo extendido—. ¡Si todo fuese tierra negra y se pudiese cultivar...!

—¡Ojalá! —aprobó con un gesto bondadoso el padre.

Y miró complacido a su hijo, cuyo rostro estaba encendido ante el ardiente deseo expresado, y cuyas palabras resultaron gratas a los

paternos oídos, porque significaban el apego y el amor al terruño, y porque quizá aquel afecto se dejaría sentir imperioso en Jacobo y le haría tornar a la aldea alejándole de otras tentaciones. Entonces él, su padre, podría seguir con Malva y todo continuaría como antes. Y con estos pensamientos habló así a su hijo:

—Sí, Jacobo, has hablado bien. Así debe pensar un campesino. Un aldeano tiene su fuerza en la tierra; vive en ella y por ella; si le arrancan de allí, es hombre muerto. Es como árbol descuajado; podrán hacerse con él muchas cosas, pero carece de vida. Perdida la hermosura de sus hojas, la lozanía de sus ramas, la gallardía de su tronco, terminará por pudrirse. ¡Has hablado muy bien, Jacobo!

El mar, al recibir el sol en su seno, le daba la bienvenida con la sonora música de sus olas, y le acogía con los más bellos matices reflejados en sus aguas.

—Me parece que se me hunde el alma, cuando contemplo una puesta de sol.

—¿De veras? —dijo Wasily a Malva.

Ella no respondió.

Los ojos azules de Jacobo recorrían la lejanía del mar.

Durante largo tiempo los tres, en silencio, pensativos, contemplaron el lento morir de la tarde. Junto a ellos se consumían, bajo la marmita, las últimas brasas.

La noche iba envolviendo en su negro manto a la tierra. La arena amarilla se oscurecía y las gaviotas habían desaparecido.

Todo era calma, ensueño, melancolía, encanto... Hasta las infatigables olas, al romperse en la arena, eran menos numerosas y menos rientes que de día.

—Pero. ¿cómo me estoy aquí hasta tan tarde? —dijo Malva—. Ya es hora de que me vaya.

—¿Qué prisa tienes? —preguntó Wasily con cierto tono de mal humor y mirando con embarazo a su hijo—, Espera, dentro de poco saldrá la luna.

—¿Para qué necesito la luna? No tengo miedo... No es la primera vez que me voy de noche..

Volvió Jacobo los ojos hacia su padre y, como en ellos se vislumbrara una sonrisa irónica, trató de hacerla desaparecer, cerrándolos en seguida.

Miró después a Malva, que a su vez le miraba con fijeza, y se sintió un poco cohibido.

—Bueno, pues: vete cuando quieras —dijo el viejo adusto.

Incorporóse Malva y después de despedirse de ambos echó a andar lentamente playa adelante. Las olas, al romper en espuma a sus

pies, parecía que la invitaban a jugar con ellas. Como trémulas flores de oro, se encendían en el cielo las estrellas. La voz de la joven rasgó vibrante y clara las sombras del crepúsculo, a cuyas luces la roja blusa parecía que se desteñía.

Amor de mis amores,
Acude presto, que yo te espero,
Para estrecharte loca contra mi pecho...

Parecióle a Wasily que se había detenido ella y esperaba. Escuchó furioso, pensando: «¡Lo hace a propósito para hacerme rabiar esa ramera.»

—¡Ah! Vuelve a cantar —dijo Jacobo.

La voz, tendiéndose por el mar, volvió a cantar,

No escondas, no, tus senos
De blancas nieves;
No lo escondas, no,
Si tú me quieres.

La figura de Malva era sólo una mancha gris entre las sombras.

Jacobo lanzó un suspiro y se tendió sobre la arena, con la vista fija en la dirección de donde venían las notas de la canción tentadora.

—¿Debo suponer que no has sabido arreglártelas con el campo? —dijo la voz severa y áspera de Wasily.

Jacobo, admirado, recobró la anterior postura y quedóse mirando a su padre. Ahogadas por el rumor del oleaje, las palabras provocativas de la canción seguían llegando hasta ellos a saltos.

En la noche callada,
¡Qué lentas van las horas
De la que Amor desvela
Y duermo sola!
Ven, Amor, que sin ti
Yo no podré dormir.

—¡Qué calor hace —exclamó Wasily abatido, agitándose en la arena—. Es ya de noche, y aún se nota calor. ¡Maldito país!

—Es la arena que conserva el tempero todavía —repuso volviéndose y como medroso Jacobo.

—¿Qué es eso? ¡Cualquiera diría que lo dices en son de burla!

—¿Yo? —dijo con afectado candor el muchacho—. ¿Burla de qué?

—Eso digo yo, ¿de qué? Puesto que no hay motivo alguno para ella —replicó severo el padre.

Ambos guardaron silencio. En la quietud de la noche y entre el acordado rumor de las olas, parecía como si hasta ellos llegasen dulces voces de promesa y apagados suspiros de pasión.

* * *

Han pasado dos semanas. Es domingo, y Wasily Legostev, tendido en la arena cerca de su cabaña, otea el mar esperando a Malva.

Reía el mar solitario y el astro de día teñía con sus reflejos los millones de olas que corrían a la arena a sacudir sus crines de espuma, y tornaban al mar, donde desaparecían. Todo estaba igual que aquel otro domingo. Únicamente Wasily, que antes esperaba con tranquila confianza a su amiga, la esperaba ahora con impaciencia. El domingo anterior no había ido; aquella mañana seguramente no faltaría. No lo dudaba; pero sentía prisa por verla. Jacobo no les molestaría. Dos días antes había estado allí con otros obreros a buscar unas redes, y le había dicho que el domingo iría a la ciudad a comprarse unas blusas. Le habían contratado para tirar de las redes a razón de quince rublos semanales, y desde hacía varios días salía ya a la pesca y parecía contento y satisfecho. Olía ya, como todos sus compañeros, a pescado, y, como ellos, iba sucio y desharrapado.

Al recuerdo de su hijo, Wasily suspiró:

—Con tal de que no se eche a perder aquí y no quiera volver a la aldea... Porque si así fuera, tendría que ser yo el que volviese...

Sólo las gaviotas interrumpían la soledad y monotonía del mar. Y allá en lontananza, donde el mar se separaba del cielo por la estrecha faja arenosa de la costa, se vislumbraban de cuando en cuando pequeños puntos negros, que se movían y desaparecían después. Era ya mediodía; los rayos del sol caían perpendiculares sobre el mar, y el bote, en que otros domingos solía haber llegado ya Malva, no se divisaba.

Dos gaviotas comenzaron a reñir en el aire con tanto ardimiento que sus plumas revoloteaban. Sus gritos salvajes rompían la augusta canción de las olas tan armónica, tan acorde con la triunfal placidez y con la cegadora luz del cielo, que parecía una música nacida de los juegos de los rayos del sol sobre la diáfana superficie de las aguas. Las gaviotas, luchando, cayeron al agua, y sañudas siguieron su pelea y la continuaron persiguiéndose de nuevo por los aires... En tanto sus compañeras, toda una bandada, sin preocuparse de aquel

encarnizado combate, buscaban ávidas los peces hundiendo sus picos en el agua verde y transparente.

Observando a las gaviotas, Wasily se sentía invadido por la melancolía.

—¿Por qué se pegan? —preguntábase a sí mismo—. ¿Es que no hay bastantes peces en el mar? También los hombres se crean unos a otros obstáculos en su vivir. Cuando el uno coge un bocado, el otro quisiera arrancárselo de la boca. ¿Por qué? ¿No hay para todos en el mundo? ¿Por qué quitar a un hombre lo que para sí ha adquirido? Muchas de las más feroces discordias humanas tienen por causa una mujer. Un hombre tiene una mujer, otro la quiere para sí y se esfuerza por robársela. ¿Por qué robar la mujer de otro, cuando hay en el mundo tantas mujeres libres que no pertenecen a nadie? Esto no está bien y sólo produce desórdenes.

El mar seguía desierto. La tan conocida mancha negra no se vislumbraba por ninguna parte.

—¿Conque tampoco vienes hoy? —dijo, hablando consigo mismo en voz alta Wasily—. Bueno, me pasaré sin ti. ¿Crees, acaso, que te necesito?

Y escupió con desprecio en dirección al mar.

Reía el mar.

Wasily se levantó y se encamino hacia la cabaña con intención de prepararse la comida; pero, no sintiéndose con apetito, volvió sobre sus pasos y se tendió de nuevo en la arena.

—¡Si al menos hubiera venido Serejka! —se dijo, eforzándose por no pensar en otra cosa—. Es un puro veneno el tal sujeto. Se burla de todo; anda a golpes con todos por un quítame allá esas pajas. Es fuerte, robusto; ha corrido mucho mundo, sabe leer; se embriaga con harta frecuencia; siempre está de buen humor; no se aburre uno con él; tiene mucho partido con las mujeres... y, aunque hace poco tiempo que anda por aquí, se las lleva a todas de calle. Sólo Malva se le muestra esquiva. ¡Demonio de mujer! ¿Por qué no vendrá? ¿Estará enojada porque la pegué? Pero seguramente no le habrá parecido una novedad. Tal vez no haya sido la primera vez. Quizá otros la habrán ya sentado la mano, y seguramente no con blandura... ¡Y se la volverán a sentar!

Wasily, pensando cuándo en su hijo, cuándo en Serejka, y con más frecuencia en Malva, se revolvía impaciente en la arena y esperaba. La vaga inquietud se tornaba en sospechas. Unas sospechas en las que no quería ahondar, pero que se iban enseñoreando insensible e involuntariamente de su ánimo. Así pasó el día, ya paseando por la playa, ya tendido sobre la arena, tratando de ocultarse a sí mismo el

aguijón de la duda y de la sospecha. Las sombras de la noche habían caído como un velo sobre el mar y Wasily seguía acechando en las tinieblas la aparición de la pequeña barca. Pero Malva tampoco fue aquel domingo. Al acostarse, renegaba el guarda de su servicio, que le tenía tan sujeto y que no le consentía alejarse de su puesto. Dos o tres veces se incorporó entre sueños creyendo percibir ruido de remos sobre el agua y oteó el mar, siempre sombrío y solitario. Sólo allá lejos, en las pesquerías, junto a la costa, brillaba el fuego de las hogueras.

—¡Ya me las pagarás, bruja! —dijo, amenazador, Wasily.

Durmióse al fin con sueño pesado.

Veamos lo que en la pesquería había ocurrido aquel día.

Jacobo, que se había levantado temprano, cuando el sol no calentaba aún y el mar enviaba a la tierra una fresca y bienhechora brisa, desde su cabaña se había dirigido al mar para lavarse. Allí se encontró con Malva, que, más madrugadora, peinaba sus húmedos cabellos, sentada, con las piernas desnudas colgando, sobre la proa de una barcaza sujeta por un cable a tierra. Jacobo se quedó mirándola con curiosidad. La blusilla de percal, abrochada apenas, dejaba al descubierto los hombros mórbidos y apetitosos de la joven, cuyos pies desnudos casi rozaban las olas que venían a romper con los costados de la barca.

—¿Ya te has bañado, eh? —preguntó el mozo.

Volvió ella la vista hacia su interlocutor, lanzó una rápida mirada a sus piernas y, sin modificar su postura ni interrumpir su peinado, contestó:

—Sí, ya me he bañado. Y tú, ¿cómo tan madrugador?

—¡Más has madrugado tú!

—No creo que yo te haya servido de ejemplo.

Jacobo calló.

—Además, si piensas tomarme de modelo, te advierto que te va a costar trabajo mantener en su sitio la cabeza... —continuó ella.

—¡Caramba, qué miedo! —dijo en son de broma Jacobo.

Y poniéndose en cuclillas y cogiendo el agua en el hueco de las manos, comenzó a lavarse. Experimentaba una sensación agradable de frescura. Se secó luego con los vuelos de la blusa y preguntó a la joven:

—¿Por qué tratas de asustarme siempre?

—¿Y por qué me miras tú como si quisieras comerme con los ojos?

No creía Jacobo haberla mirado de modo distinto que a las demás muchachas que andaban por las pesquerías; pero entonces le dijo en un arranque:

—¡Es que tú eres tan apetitosa!

—Si tu padre se entera de tus escapaditas, te va a dar a ti el apetito.

Y le dirigió una mirada provocativa y maliciosa.

Soltó Jacobo una carcajada y se subió a la barca. No comprendía qué escapadas eran ésas de las que podía enterarse su padre; pero puesto que ella lo decía, sería quizá por haberla seguido. Y ante aquella idea sintió una repentina alegría.

—¿Qué tiene que ver en esto mi padre? —dijo, acercándose a ella—. ¿Acaso él te ha comprado?

Sentado a su lado contemplaba sus hombros desnudos, la blancura de sus pechos que se entreveían a través de la blusa mal cerrada, y toda ella fresca, robusta. que olía a mar.

Después de aquel detenido examen, exclamó el mozo, lleno de admiración y sin poder contenerse:

—¡Qué esturión tan hermoso y tan blanco!

—¡Pero no para ti! —replicó ella sin mirarle, ni modificar su actitud.

Jacobo suspiró.

Bañado por los rayos solares se extendía ante ellos el mar inmenso. Las olas seguían jugando y persiguiéndose, rizadas por la brisa, y se estrellaban suavemente sobre la barca. A lo lejos, como una cicatriz sobre un pecho de seda, se hundía en el mar la punta del cabo, Y sobre él, clavándose en el azul del cielo, erguíase un mástil en cuyo extremo el aire agitaba un trapo rojo.

—Sí, muchacho, soy apetitosa, pero no para ti —prosiguió Malva sin mirar a Jacobo—. Y has de saber que ni me ha comprado nadie, ni soy yo propiedad de tu padre. Soy libre; pero no me hagas la corte, porque no quiero ser causa de disgustos entre tu padre y tú. No me gustan ni voces ni ruidos por mi causa. ¿Has entendido?

—¡Pero si yo no te he hecho nada!... —contestó él, sorprendido—. Si no te toco...

—¡Porque no te atreves! —replicó Malva con tono tan desdeñoso, que el muchacho, sintiéndose ofendido como hombre y como macho, exclamó acercándose más a ella, con los ojos flameantes y como impulsado por un sentimiento de reto:

—¿Conque tú crees que no me atrevo?

—¡No, no te atreves!

—¿Y si me atreviese?

—¡Prueba a ver!

—¿Qué me pasaría?

—Te daría tal puñetazo, que caerás de cabeza al agua.

—¡A que no!

—¡Tócame, si eres hombre!

Envolvióla el mozo en una mirada de fuego y bruscamente la oprimió contra su pecho con sus brazos recios. Al contacto de aquel cuerpo cálido y fuerte, Malva se sintió toda inflamada y con un nudo en la garganta.

—Vamos, pégame. ¿A qué esperas?

—Déjame, Jacobo —dijo tranquilamente tratando de desasirse de aquellos brazos trémulos.

—¿Y el puñetazo que querías darme?

—¡Déjame... que te la vas a ganar!

—No me asustas, bocado de frambuesa.

Y acercando más su rostro al de ella. estampó unos sonoros y ardientes besos en las mejillas de seda y rosa.

Con una cascada de risas respondió Malva provocativa y, asiéndose con ambas manos al mozo, inclinó de pronto todo su cuerpo hacia adelante y ambos cayeron al agua uno en brazos del otro, formando una pesada masa que desapareció en un remolino de espumas, de entre las cuales al cabo de un momento emergió la cabeza de Jacobo, y a su lado, y semejante a una gran gaviota, Malva. Él manoteaba desesperadamente salpicando el agua, bufaba y mugía, mientras ella, nadando a su alrededor, gritaba alegre. le arrojaba a manos llenas agua salada a los ojos, y se hundía de cuando en cuando para esquivar las manos audaces del mozo.

—¡Caramba! —gritaba Jacobo jadeando—. ¡Que me voy a ahogar! ¡Basta ya! ¡Qué salada está el agua!... ¡Por favor, que me ahogo!

Sin hacerle caso, Malva nadó a grandes brazadas, como pudiera hacerlo un hombre, en dirección de la barca, y una vez junto a ella trepó ágil, y puesta en pie miraba burlonamente al mozo, que con gran trabajo se aproximaba. En aquella actitud, su ropa mojada y pegada al cuerpo, dibujaba perfectamente todas las líneas de su cuerpo esbelto, desde los hombros a la rodilla. Y así, Jacobo, asiéndose a la barca. quedóse mirando con avidez a aquella hembra que, casi desnuda y chorreando agua, se erguía ante él y se reía provocativa.

—¡Vamos, sube ya, foca! —le dijo sin dejar de reír y, arrodillándose, le tendió una mano, apoyándose en el borde de la barca con la otra.

Jacobo, con el agua hasta los hombros, se apoderó de aquella mano y gritó:

—¡Ahora verás! ¡Ahora voy a ser yo el que te va a dar un baño!

Y tiró con fuerza hacia él. Las olas, al chocar contra la barca, salpicaban la cara de Malva, que, sin dejar de reír, se resistía, mas de pronto, lanzando un grito, se tiró al agua e hizo hundirse al mozo bajo el peso de su cuerpo.

Retozando como dos grandes peces, reanudaron sus bromas, lanzándose agua a la cara, gritando, zambulléndose y riendo con gran algazara.

También el sol reía en las aguas verdes contemplándolos, y los ventanales de las casas de la pesquería reían también reflejando el sol en sus vidrieras. Las olas, al ser cortadas por los brazos robustos de los dos nadadores, parecía que reían también, y las gaviotas, asustadas por los alegres gritos de aquellos dos seres, gritaban sobre sus cabezas, que a veces se hundían bajo las olas que llegaban de muy lejos.

Cansados al fin y saturadas las bocas de agua salada, se sentaron al sol sobre la arena de la playa.

—¡Oh! —dijo Jacobo haciendo una mueca—. ¡Qué salada está el agua y cuánta hay!...

—Lo malo abunda mucho... como, por ejemplo, los sinvergüenzas como tú —replicó la joven riendo y escurriendo sus cabellos negros, espesos y rizados, aunque no muy largos.

—Por eso tú has escogido un viejo... —insinuó irónico Jacobo empujándola con el codo.

—¡Hay viejos que valen más que los jóvenes!

—¡Si el padre es bueno, el hijo no se quedará atrás!

—¿De veras? ¿Dónde has aprendido a darte tono?

—Las muchachas del pueblo me han dicho varias veces que no era mal mozo...

—¿Qué entienden de eso las chicas del pueblo? Eso debías preguntármelo a mí...

—Tú eres una moza como las demás. ¿O es que ya no eres moza? —contestó él riendo provocativo.

Ella le miró fijamente. Después, poniéndose repentinamente seria, respondió:

—Lo era hace tiempo... antes de tener un hijo.

—¡Bien dicho y mal hecho! —contestó él, riendo de nuevo.

—¡Imbécil! —exclamó Malva apartándose bruscamente.

Jacobo guardó silencio, cohibido.

Callados pasaron una larga media hora, sin que ni uno ni otra hiciesen sino cambiar de postura, para secar sus ropas al sol.

En las barracas, largos edificios sucios, los obreros se iban despertando. De lejos, cubiertos todos de harapos y con los pies desnudos, todos se parecían. Sus voces roncas se esparcían por la playa. Uno golpeaba un tonel vacío, cuyos ecos se multiplicaban semejando el redoble de un tambor. Dos mujeres se insultaban a grito pelado. Los perros ladraban.

—La gente comienza a levantarse —dijo por fin Jacobo—. ¡Y yo que pensaba salir temprano para la ciudad, he estado perdiendo el tiempo contigo!

—Sí; conmigo no se hace nada bueno —contestó Malva medio en broma, medio en serio.

—¡Qué manía tienes de asustar a la gente!

—Ya verás cuando se entere tu padre...

—¿A qué viene hablarme otra vez de mi padre? —dijo el mozo con acritud—. Yo no soy ya un chiquillo, no tengo miedo. Aquí no estamos en el pueblo. Yo no estoy ciego, ¡qué diablos!..., y he visto bastante. Además, mi padre tampoco es un santo... Él no se priva de nada... Así, pues, ¡déjame en paz!

Miróle ella burlona y preguntó con curiosidad:

—¿Que te deje en paz? ¿Qué es lo que pretendes?

—¿Yo? —replicó Jacobo hinchando los carrillos y levantando el pecho como si se desprendiese de una pesada carga—. ¿No te lo imaginas? Yo pretendo y soy capaz de muchas cosas... Me he limpiado ya del polvo de la aldea...

—¡Qué pronto, muchacho! —exclamó con sonrisa irónica Malva.

—¡Y tan pronto! Como que soy novia a mi padre. ¿No lo crees?

—¡Pero hombre! ¿De veras?

—Sin miedo a nadie; no lo dudes.

—¿A que no?

—¡Mira, no me provoques! Yo... —empezó a decir con voz trémula y ardiente.

—¿Qué? Vamos... —preguntó ella con cierta aparente indiferencia.

—Nada.

Fue él quien, retirándose, volvió el rostro, en el que se reflejaba una actitud resuelta y decidida.

—¡Qué valiente eres! Me recuerdas al perrito que tiene el capataz. ¿No lo has visto? Pues te pareces a él Cuando uno está lejos, ladra furiosamente como si fuese a morder; y en cuanto uno se le acerca, huye con el rabo entre las patas.

—¡Bueno! —profirió colérico Jacobo—. ¡Vas a ver hora quién soy yo!

Malva se echó a reír mirándole.

En aquel momento vieron que con paso vacilante se acercaba hacia ellos un hombre alto, fornido, de tez bronceada, enmarañados y rojos cabellos. Vestía una blusa desceñida, rasgada casi hasta el cuello, las mangas remangadas hasta más arriba del codo, un pantalón lleno de agujeros, los pies descalzos. El rostro pecoso estaba ilumi-

nado por unos ojos azules, grandes e insolentes; la nariz, ancha y respingona, pregonaba su arrogancia y osadía. Al llegar junto a ellos, se detuvo. El sol pasaba sobre su cuerpo a través de los mil jirones de su destrozada ropa. Quedóseles mirando y, haciendo un cómico ruido con la nariz, les dijo sin más saludo:

—Serejka bebió ayer algo más de la cuenta, y hoy sus bolsillos están vacíos. Prestadme veinte copecas, dádmelas, que es lo mismo, y no las volveréis a ver.

Jacobo se echó a reír, y Malva, contemplando al desharrapado, sonrió.

—¡Ea! ¿Me las dais o no? Yo os caso por veinte copecas... ¿queréis?

—¡Qué gracioso! ¿Eres un pope?

—¡Imbécil! En Uglich estuve de criado en casa de un pope. Vamos, dame las veinte copecas.

—No quiero casarme —contestó Jacobo.

—Pues... dámelas de todos modos. No diré a tu padre que haces la corte a su reina —repuso Serejka, pasándose la lengua por sus labios resecos.

—¡Cualquiera te cree a ti!

—Cuando yo hablo, me creen, muchacho. Y ten la seguridad de que te dará una buena paliza.

—No tengo miedo.

—Entonces seré yo quien te la dé —afirmó tranquilo mirándole con acerados ojos. Dolíale a Jacobo soltar las veinte copecas; pero como estaba advertido del carácter de Serejka, y de que no era prudente indisponerse con él, pensó que, no siendo mucho lo que pedía, sería lo mejor satisfacer su deseo, ya que cuando no se le complacía, tenía por costumbre vengarse jugándole a uno una trastada en el trabajo, o buscando un motivo de disputa para terminar a golpes. Así. pues, el mozo, bien contra su voluntad, echó mano al bolsillo.

—Perfectamente —dijo Serejka, y se sentó junto a ellos en la arena—. Obedéceme siempre y serás un mozo prudente.

Y luego, dirigiéndose a Malva, preguntó:

—¿Y tú? ¿Cuándo piensas casarte conmigo? Procura darte prisa, que no me gusta perder el tiempo.

—Hazte zurcir primero los pantalones, y luego hablaremos. Serejka contempló con nirada crítica los agujeros de su pantalón, y movió la cabeza.

—Sería preferible que me dieras unas sayas tuyas.

—¡Estarías guapo! —dijo Malva, riendo.

—No, en serio, algunas tendrás viejas.

—Mejor harías en comprarte unos pantalones.

—Prefiero beberme su importe.

—Seguramente, es mejor —dijo Jacobo, que conservaba el dinero en la mano.

—El pope sostiene que el hombre debe pensar antes en su alma que en su cuerpo. Y mi alma me pide vino y no pantalones. Dame, pues, el dinero... Me iré a la taberna y no diré nada a tu padre.

—¡Díselo! —respondió el mozo guiñándole un ojo a Malva y dándole con el codo.

Serejka se dio cuenta de este gesto, escupió y dijo con firmeza:

—¡Ah! Y no me olvidaré de darte la paliza. Estáte tranquilo. En cuanto tenga ocasión... Y no se te olvidará en mucho tiempo. ¡Palabra!

—Pero, ¿por qué? —preguntó algo inquieto Jacobo.

—Eso es cuenta mía. Bueno: ¿cuándo te casas conmigo, Malva?

—Tienes que empezar por decirme lo que vamos a hacer y de qué vamos a vivir... Luego, ya lo pensaré —contestó Malva seriamente.

Serejka miró al mar, guiñó los ojos, se pasó la lengua por los labios y dijo:

—No haremos nada; nos pasearemos por el mundo.

—Y ¿qué comeremos?

—¡Bah! Discurres como mi madre. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¡Qué fastidiosas sois las mujeres! —continuó despectivamente—. ¿Acaso sé yo lo que hemos de comer? ¡Ea! ¡Ahora me voy a beber!

Se levantó y se fue acompañado de una enigmática sonrisa de Malva y de una mirada hostil de Jacobo.

—¡Vaya sujeto! —dijo éste cuando el otro estuvo a alguna distancia—. En el pueblo ya le habrían dado una buena lección a este bravucón, mientras que aquí todo el mundo le tiene miedo.

Malva miró de arriba abajo a Jacobo, y dijo entre dientes:

—¡Tú qué sabes lo que vale ese hombre!

—¿No lo he de saber? Tipos como ése, a cinco copecas el ciento.

—¡Qué listo! —exclamó burlona Malva—. Eso será lo que valgas tú... Él ha corrido mundo y no tiene miedo a nadie.

—¿Y es que tengo yo miedo a alguno? —respondió jactancioso Jacobo.

Ella no replicó: Seguía pensativa el vaivén de las olas, que mecían la barca, cuyo mástil se balanceaba, y cuya proa se hundía o se alzaba en las aguas con un ruido sonoro y violento, como si la barca quisiera despegarse de la playa y se sintiera furiosa contra el cable que la sujetaba a tierra, impidiéndola irse por el mar ancho y libre.

—¿Por qué no te marchas? —preguntó Malva a Jacobo.

—¿Y adónde voy a ir?
—¿No querías ir a la ciudad?
—Ya no voy.
—Entonces, vete con tu padre.
—¿Y tú?
—¿Qué quieres?
—¿Vendrás también?
—No.
—Entonces, yo tampoco me voy.
—¿Te vas a estar todo el día pegado a mis faldas?
—No te necesito hasta ese extremo —respondió el mozo, ofendido.

Y levantándose dio media vuelta y se fue.

* * *

Muy equivocado se fue Jacobo creyendo que no la necesitaba. Sin ella, se sintió aburrido. Nacía y crecía en él un sentimiento extraño, un sordo descontento, una oscura irritación contra su padre que no sentía el día anterior, ni siquiera aquella misma mañana antes de su encuentro con Malva. Y ahora, después de su conversación con la joven, le parecía que su padre le molestaba, aunque estaba lejos, en aquella estrecha faja de tierra apenas perceptible, y que Malva tenía miedo a su padre, porque si no lo tuviera, habrían hablado de muy distinta manera. Se iba percatando ahora de que la echaba de menos, cuando por la mañana ni siquiera pensaba en ella. Continuó vagando por la playa, mirando con ojos distraídos a las personas con quienes se cruzaba y contestando de mala gana a sus saludos, cuando de pronto, a la sombra de un tonel vacío, sentado en la arena, vio a Serejka que, acompañándose de la balalaika y gesticulando cómicamente, cantaba:

Agente municipal,
¿Queréis ser conmigo atento
Y llevarme conducido?
Porque como estoy bebido,
Temo yo dar con mis huesos
De bruces en un fangal.

Rodeábanle una veintena de obreros tan desharrapados como él, y todos, como él, apestaban a olor de pescado y a salitre. Cuatro mujeres, feas y astrosas, acurrucadas en la arena, tomaban un poco más allá el té, que se servían de una gran tetera de hierro.

Un obrero, borracho ya, no obstante ser tan temprano, se arrastraba por la arena, incapaz de tenerse en pie, a pesar de sus esfuerzos. Poco más allá gritaba y lloraba una mujer, y de un cascado acordeón llegaba hasta allí una monótona canción. Por doquiera brillaban escamas de pescado.

A cosa de mediodía, Jacobo encontró un sitio aislado entre unos montones de barriles vacíos; se tendió en la arena y durmió hasta media tarde. Cuando despertó, volvió a vagar sin rumbo, pero atraído por algo inexplicable. Tras dos horas de paseo, lejos de las pesquerías a la sombra de unos sauces. encontró a Malva tendida de costado y en la mano un libro ya muy estropeado. Al ver llegar a Jacobo, sonrió.

—¡Ah! ¿Estás tú por aquí? —dijo el mozo sentándose a su lado.

—¿Hace mucho tiempo que me andabas buscando?

—¿Que yo te andaba buscando? ¡Qué ocurrencia! —replicó Jacobo dándose cuenta entonces de que precisamente era verdad... que desde por la mañana y casi de un modo inconsciente la había estado buscando. Así que, un poco confuso, movió la cabeza.

—¿Sabes leer?—preguntóle la muchacha.

—Sí, aunque muy mal. Casi se me ha olvidado del todo.

—También yo leo muy mal. ¿Has ido a la escuela?

—En la aldea.

—Yo he aprendido sola.

—¿De veras?

—Sí. En Astrakán estuve de cocinera en casa de un abogado y su hijo me enseñó a leer.

—¡Entonces no digas que aprendiste tú sola!

—¿Te gustaría leer algún libro?

—¿A mí'? No. ¿Para qué?

—Pues a mí sí. Ya ves, estaba leyendo este que he pedido a la mujer del capataz.

—La historia de un santo varón llamado Alejo.

Y con gran seriedad comenzó a contarle cómo un joven de muy buena familia abandonó a sus padres, marchándose a la buena de Dios, y después volvió, harapiento y pordioseando, a su propia casa, donde vivió en un cuchitril con los perros sin decir nunca quién era, hasta que le llegó su última hora. Al terminar, preguntó Malva con expresión pensativa y voz suave:

—¿Te imaginas tú por qué haría eso?

—¡Vete tú a saber! —contestó con indiferencia Jacobo.

Estaban rodeados de pequeñas dunas de arena formadas por las olas y el viento, y hasta ellos llegaban confusos los ruidos de las

distantes barcazas. El sol caminaba a su ocaso y reflejaba sobre la arena sus rojos rayos. Los raquíticos sauces agitaban sus hojas, mecidas suavemente por la brisa marina. Malva quedóse silenciosa como si escuchase algo.

—¿Por qué no has ido hoy... al cabo? —preguntó Jacobo.

—¿Y a ti qué te importa?

Jacobo cogió una hoja de sauce, la masticó, y mirando a hurtadillas a la joven pensaba cómo decirle lo que le hervía desde hacía rato en la cabeza.

—Mira, cuando estoy sola y la tarde es tan tranquila como ésta, siento deseos de llorar o de cantar. Pero me ocurre que no sé canciones bonitas y me da vergüenza llorar.

Jacobo, oyendo su voz armoniosa y acariciadora, no sentía emoción ninguna por lo que le decía, y en cambio sentía que se le agudizaban unos nerviosos deseos de poseerla.

—Escucha —le dijo con voz sorda, acercándose cuanto pudo, pero sin mirarla—. Escucha lo que voy a decirte... Yo soy un muchacho joven...

—Y tonto, tonto de remate —le atajó con convencimiento Malva, moviendo la cabeza.

—Convengamos —respondió Jacobo animándose de pronto— en que soy tonto... Pero escucha lo que te pido. ¿Querrías...?

—¡No digas más!... ¡No quiero!

—¿Por qué?

—¡Porque no!

—¡No seas boba!

Y la cogió suavemente por los hombros.

—Mira...

—¡Déjame, Jacobo, déjame! —protestó con severidad, zafándose de sus manos—. ¡Vete!

Se levantó el mozo y miró por todas partes.

—Si te pones así, ¡vete al diablo! ¡Como si no hubiera más mujeres que tú! ¿Es que te crees mejor que las demás?

—No eres más que un crío —dijo ella tranquilamente poniéndose en pie y sacudiéndose la arena de la ropa.

Y uno al lado del otro volvieron juntos a las pesquerías, andando despacio, por la playa. De repente, y cuando ya estaban cerca de las barracas, Jacobo se detuvo, cogió por un brazo a Malva y le preguntó:

—¿Por qué te complaces en excitarme? ¿Qué consigues con eso?

—Suéltame, te repito.

Y desasiéndose del mozo se aparto de él. De detrás de una barraca salió Serejka, que sacudió su roja melena y dijo en son de amenaza:

—¿Qué? ¿Os habéis divertido mucho? ¡Muy bien!

—Idos todos al diablo —exclamó Malva.

Jacobo, parado ante Serejka, le miraba con aire retador. Éste, a diez pasos, le miraba también. Así estuvieron ambos frente a frente unos minutos, como dos carneros prestos a embestirse. Luego, sin decirse una palabra, cada cual se fue por su lado.

El mar estaba tranquilo y sobre él ponían un tono rojizo las últimas luces del Poniente. En las pesquerías zumbaba un ruido sordo. Una voz de mujer ebria, con tonos de histérica, lanzaba palabras sín sentido:

Tagarga, matagarga,
La vida es una carga;
Borracha y zurrada
Y despeinada...
Abra-cadabra...

Por todas las barracas, que exhalaban olor a sal y a pescado podrido, corrían palabras repugnantes como correderas, profanando la música deleitosa de las olas...

* * *

El mar dormía reflejando nubes de nácar a la pura luz del alba. Los pescadores, medio dormidos. iban y venían con torpes pasos embarcando los aparejos. Aquella faena diaria se hacía deprisa y en silencio. La masa gris de las redes serpeaba por la arena y se amontonaba por fin en el fondo de las barcazas.

Serejka, la cabeza al aire, semidesnudo como siempre, desde la proa acuciaba a los obreros con su voz bronca y cascada de borracho. El viento agitaba los jirones de su blusa y los largos mechones de sus cabellos. Wasily, sombrío como un día de otoño, arreglaba las redes en la barca. Serejka le miraba por detrás y se pasaba la lengua por los resecos labios, manifiesta señal de su deseo de remojarlos con unos tragos de aguardiente.

—¿Tienes vodka? —le preguntó.

—Sí —respondió con bronca voz el interpelado.

—Entonces, no me voy; me quedo en seco.

—¿Está ya todo? —preguntaron desde tierra.

—¡Está! —contestaron.

—Entonces, ¡largo! —mandó Serejka bajando de la barca—. Yo me quedo; pero tened mucho cuidado de no enredar la red y echadla con precaución. ¡Que no se hagan nudos! ¡Avante!

La barca, empujada por los pescadores, se hizo al agua y éstos subieron a bordo, pusieron mano a los remos y los alzaron en el aire prontos a cortar las aguas.

—¡A una!

Los remos cayeron todos a la vez; la barca bogó avante por la tersa y trillante superficie del mar.

—¡A dos! —volvió a mandar el timonel, y como las patas de una enorme tortuga, los remos volvieron a alzarse dispuestos a herir el agua.

—¡A una!... ¡a dos!

En la playa, junto al cabo de red, habían quedado cinco hombres: Serejka, Wasily y tres más. Uno de ellos, tendiéndose en la arena, dijo:

—Si le dejasen a uno dormir un poco...

Los otros siguieron su ejemplo, y los tres, en revuelto montón de sucios harapos, quedaron tendidos en la arena.

—¿Por qué no viniste el domingo? —preguntó Wasily a Serejka, camino dc la cabaña.

—Porque no pude.

—¿Estabas borracho?

—No. Estuve vigilando a tu hijo y a... su madrastra —afirmó flemático Serejka.

—¡Vaya una preocupación! —contestó con sonrisa forzada Wasily—. No son unas criaturas, después de todo...

—¡Son algo peor! El uno es tonto y la otra loca.

—¿Loca. Malva? —preguntó Wasily con un brillo siniestro en los ojos.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Es una mujer, hermano Wasily, que tiene un alma que no corresponde a su cuerpo. ¿Eres capaz de entender esto?

—No es difícil de entender. Su alma es vil...

Serejka le miró despectivamente y replicó:

—¿Vil, has dicho? ¡Oh, destripaterrones, de inteligencia roma! No sois capaces de entender nada en la vida. En la mujer sólo buscáis buenos pechos y nada os importa su carácter. Y, sin embargo, el carácter es lo que da colorido al ser humano. Una mujer sin carácter es como pan sin sal o como balalaika sin cuerdas. ¿Qué sabor puede tener un pan soso, ni qué melodías expresar una balalaika descordada? ¿Comprendes, idiota?

—¿Es el vino de ayer el que te hace todavía hablar así? —le espetó Wasily, que desde luego ardía en deseos de informarse con

todo pormenor de las andanzas de Jacobo y de Malva; pero que se contenía en preguntar por un sentimiento de vergüenza.

En la cabaña ya, sirvió a Serejka un gran vaso de vodka, con la esperanza de que el pícaro se emborrachara y soltase la lengua y contase todo sin necesidad de preguntárselo. Pero Serejka apuró de un trago el vaso, castañeteó la lengua satisfecho, se sentó a la puerta, bostezó y se estiró desperezándose. Luego, dijo:

—Cuando uno bebe vodka es como si tragase fuego.

—¡Pues tú sabes beberlo! —exclamó Wasily pasmado de la facilidad con que se había echado al cuerpo el gran vaso.

—¡Oh, ya lo creo! —respondió sacudiendo su roja cabeza.

Luego, limpiándose con el dorso de la mano los bigotes, comenzó a hablar con tono descarado y doctoral.

—Efectivamente, yo sé beber, hermano. Yo todo lo hago deprisa y bien, sin rodeos, sin preocuparme adónde puedan llevarme mis actos. ¡Y a donde llego, llego! Sé seguro que de la tierra sólo se puede ir a parar a la tierra.

—¿No querías marcharte al Cáucaso? —preguntó Wasily desviando la conversación con ánimo de llevarla al punto que le interesaba.

—Me iré cuando me dé la gana; precisamente cuando quiera. Siempre derecho. ¡Una, dos, marchen! O la cosa sale como quiero, o salgo yo con un chichón en la cabeza. Es muy sencillo.

—¡Y tan sencillo! Es casi como si no tuvieras cabeza.

Serejka repuso con aire burlón:

—¡En cambio, tú sí que eres listo!... ¿Cuántas veces te azotaron en el pueblo?

Wasily se le quedó mirando sin contestar.

—A buen seguro que no fueron pocas, y bien hecho; porque los campesinos necesitáis que os saquen de abajo arriba el talento. Vamos a ver: ¿Quieres decirme lo que haces con tu cabeza? ¿Adónde piensas llegar? ¿Para qué te sirve? ¿Qué vas a inventar? ¡Di! Yo, en cambio, sin preocupación de ningún género, voy siempre recto y nada más. Y seguramente iré más lejos que tú.

—¡Claro! —afirmó Wasily—. Es muy posible que por querer ir tan lejos llegues hasta Siberia.

—¡Chico, qué miedo!

Y rompió a reír en franca carcajada.

Wasily veía contrariado que Serejka no se emborrachaba como él deseaba y, sin embargo, no quería darle otro nuevo vaso de vodka. Por fin el mismo Serejka vino a sacarle de su apuro.

—¿No me preguntas nada acerca de Malva?

—¡Me tiene sin cuidado! —dijo Wasily con aire indiferente, a pesar de que por todo el cuerpo le corría un escalofrío y un como presentimiento desagradable.

—Puesto que no vino el domingo... debías enterarte de lo que hizo. Yo estoy seguro, endiablado viejo, de que ya estás celoso...

—Hay muchas como ella —respondió con despreocupación Wasily.

—¿Que hay muchas como ella? ¿De veras? —dijo remedándole Serejka.

Y luego prosiguió con tono irritado:

—¡Por Cristo! ¡Qué animales sois los campesinos! ¡Que os den miel o brea, os es igual!

—¿Por qué vienes tú a alabármela? ¿Vienes a proponérmela en matrimonio? Pues te advierto que hace ya mucho tiempo que la tomé por mujer sin necesidad de acudir a nadie —contestó con ironía Wasily.

Serejka le miró, guardó silencio un instante, y luego comenzó a hablar a Wasily amigablemente, apoyándole la mano en el hombro.

—Ya lo sé, hermano. Ya sé que está contigo. No te he molestado, ni la quería, ni la molestaba. Pero ahora es tu hijo Jacobo quien bebe los vientos por ella. Es preciso que le des una buena paliza, porque si no, se la daré yo. Tú eres fuerte, aunque tonto. Y acuérdate de que hasta ahora yo no te he molestado. Tenlo presente.

—¿Esas tenemos? ¿De modo que ahora tú también te metes por medio? —preguntó con sordo acento Wasily.

—Mira, si yo tuviese seguridad de que me interesaba, ya os hubiese apartado a los dos de mi camino, y asunto terminado. Pero, ¿para qué la necesito?

—Entonces. ¿por qué te entremetes en este asunto?

Serejka, muy admirado de aquella pregunta, se echó a reír y añadió:

—¿Que por qué me mezclo en este asunto? ¡El demonio que lo sepa! Es una mujer con pimienta... me gusta... o quizá me da lástima.

Wasily le miraba receloso. Comprendía, sin embargo, por la franca risa de Serejka, que éste en aquel momento era sincero y que no acariciaba ninguna intención sobre Malva. A pesar de ello, le dijo:

—Si se tratase de una mujer que no tuviese pero, bueno, que sintieras compasión por ella; pero ahora sería una cosa graciosa, a fe mía.

Guardó silencio Serejka y se quedó mirando la barca que allá lejos describía un gran círculo, virando para enfilar la costa. El

rostro pecoso y encarnado de Serejka era franco y revelaba bondad y sencillez. Contemplándole, Wasily se sintió más tranquilo.

—Tienes razón. Es una buena mujer... aunque un poco ligera. En cuanto a Jacobo, ya me las entenderé yo con ese granuja. No me gusta, huele a pueblo y no aguanto ese tufo —afirmó Serejka.

—¿Y además galantea a Malva? —preguntó con rabia Wasily acariciando su barba.

—¡Ya lo creo! ¡Ya verás cómo se coloca como una cuña entre los dos!

—¡Pues que no lo intente!

En la lejanía del mar desplegaba la aurora el abanico de sus rosados rayos.

El sol comenzaba a emerger del agua dorada. Entre el rumor de las olas llegó desde la barca hasta ellos una voz apagada.

—¡A la red!

Serejka se levantó y ordenó

—¡Arriba, muchachos! ¡Mano a la cuerda!

Y en seguida los cinco comenzaron a tirar del extremo de la red. Entre jadeos y tirones de los obreros la tensa cuerda iba emergiendo de las aguas.

El otro extremo de la red estaba en la barca, que se deslizaba sobre las olas y cuyo mástil cortaba el aire, balanceándose.

El sol, magnífico y resplandeciente, se alzaba sobre el mar.

—Si ves a Jacobo, dile que se venga mañana por aquí.

—De acuerdo.

La barca llegó a la orilla, y los pescadores, saltando a la arena, empezaron a tirar de su cabo de red. Ambos grupos se fueron acercando y los gruesos corchos de la red, flotando sobre el agua, formaron un semicírculo perfecto.

* * *

Al anochecer de aquel mismo día, ya tarde, y cuando los obreros habían terminado su cena, Malva, cansada y pensativa, sentada sobre una barca vieja y volcada, contemplaba el mar teñido con las luces del crepúsculo.

A lo lejos brillaba la lumbre de una hoguera, y Malva sabía que era Wasily quien la había encendido. Solitaria perdida en la oscura lejanía, aquella llama se alzaba de repente y se empequeñecía a veces como si agonizase. Y Malva se sentía triste, viendo aquel punto rojo abandonado en la soledad, temblando débilmente entre el infatigable e incomprensible murmullo de las olas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Serejka detrás de ella.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó secamente sin mirarle.

—¡Es extraño!

La examinó callado un momento; sacó un cigarrillo, lo encendió y se sentó a horcajadas en la barca. Y después, comprendiendo que la muchacha no tenía ganas de hablar, le dijo con tono amistoso:

—¡Qué mujer más extraña eres! ¡Tan pronto huyes de todo el mundo, como te cuelgas al cuello de cualquiera!

—¡Pero no al tuyo! —dijo displicente Malva.

—Al mío no, pero sí al de Jacobo.

—¿Tienes envidia?

—¡Hum! ¿Quieres que hablemos con franqueza?

Como Malva estaba sentada de lado, con la cabeza vuelta, él no pudo ver su rostro, cuando contestó lacónica:

—¡Habla!

—Di, ¿has terminado con Wasily?

—No lo sé —respondió tras un corto silencio—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... por pasar el rato.

—Estoy enojada con él.

—¿Por qué?

—Porque me ha pegado.

—¿Es posible? ¿Y tú se lo has consentido?

Serejka no salía de su asombro. Trataba de ver el rostro de Malva y hacía unas muecas irónicas.

—Si hubiese querido, no se lo hubiera consentido —respondió ella colérica.

—¿Y qué?

—No quise defenderme.

—¿Tanto quieres a ese viejo gato gris? —preguntó Serejka echando una bocanada de humo—. ¡Pues sí que está bueno! ¡Yo que te creía otra cosa!...

—No quiero a ninguno de vosotros —replicó ella fríamente, apartándose el humo de la cara con la mano.

—¡Apuesto a que mientes!

—Y ¿por qué iba a mentir?

Y en el tono de su voz comprendió Serejka que, efectivamente, ningún motivo tenía para mentir.

—Pues, entonces, si no le quieres, ¿cómo has consentido que te pegue?

—¡Qué sé yo!... ¡Déjame en paz!

—¡Qué raro! —dijo Serejka encogiéndose de hombros.

Durante largo rato ambos permanecieron en silencio. Avanzaba la noche y las tinieblas se iban haciendo densas. En el mar, lentas nubes dejaban caer su sombra; las olas seguían su interminable murmullo. En el extremo del cabo, la hoguera de Wasily se había apagado; pero Malva continuaba mirando en aquella dirección, y Serejka contemplaba maravillado a la joven.

—¡Oye! —dijo de pronto—. ¿Tú sabes lo que quieres?

—¡Ojalá lo supiera! —respondió Malva con voz queda, lanzando un profundo suspiro.

—¿Conque no lo sabes? Pues es malo; yo siempre sé lo que quiero —repuso con firmeza Serejka y, con un matiz de tristeza, añadió—: Lo que ocurre es que casi nunca quiero nada.

—Pues yo siempre deseo algo... pero no sé qué. A veces querría saltar a un bote y marcharme lejos, muy lejos... por el mar infinito, donde nunca se viesen hombres. Otras veces me gustaría que todos los hombres fuesen trompos, y que todos bailasen en derredor mío, para mirarlos y reírme de ellos. Otras siento lástima de todos y principalmente de mí misma; otras querría matar a todos y después matarme yo con muerte terrible. Tan pronto me aburro, como quisiera reír, divertirme... Y todos los hombres me parecéis fantoches de madera...

—¡Sí, de madera podrida! —afirmó suavemente Serejka—. Bien decía yo que tú no eras ni gata, ni pez, ni pájaro. Hay de todo ello en ti. No te pareces a las demás mujeres...

—¡A Dios gracias! —exclamó Malva con triste sonrisa.

Sobre una serie de colinas arenosas que se alzaban a la izquierda apareció la luna, inundando con su luz plateada el rostro de nuestros interlocutores y el azulado mar. Grande y plácida ascendía por el sereno azul del cielo, eclipsando o haciendo palidecer con su luz soñadora y rutilante a las estrellas.

—Piensas demasiado; ahí está el mal... —dijo con convicción Serejka arrojando su cigarrillo—. Y cuando uno piensa demasiado, siente hastío de la vida. Hay que estar siempre en acción y es preciso hacer que las gentes giren en torno nuestro... que sepan que uno vive. Es preciso moverse en la vida para no enmohecerse. Muévete de aqui para allá, en tanto tengas fuerzas, y entonces no te aburrirás.

Malva sintióse más aliviada.

—Quizá tengas razón en lo que dices. A veces se me ocurre pensar que sería una cosa muy divertida prender fuego una noche a las barracas...

—Muy bien; así me gusta verte —exclamó el otro con entusiasmo dándole un golpecito en un hombro. Y añadió—: ¿Sabes

lo que yo te propondría? Podríamos combinar algo múy divertido... ¿Quieres?

—¿Qué? —preguntó Malva con interés.

—¿Has calentado bien a Jacobo?

—Arde como tronco seco —respondió con animación.

—¿De veras? Pues ponle frente a frente con su padre.

—¡Será muy divertido! Se zurrarán como dos osos... Calienta un poco al viejo... y luego al joven. Después los lanzaremos uno contra otro. ¿Qué te parece?

Malva quedóse mirando el rostro pecoso del pescador, que a la luz de la luna parecía menos pecoso que de día. No revelaba ni odio ni rencor, sino más bien el interés de quien aguarda una respuesta.

—¿Por qué los detestas tanto? —preguntó recelosa.

—¿Yo?... Wasily es un buen hombre, pero Jacobo es un ente. Mira, en general no me gustan los campesinos; todos son unos taimados; gentuza que sabe fingir muy bien necesidades; que se dicen siempre desgraciados y les dan pan y cuanto piden. Además, tienen su Concejo, que se preocupa de ellos; tienen tierras y ganados. Los conocí a fondo cuando fuí cochero de un médico municipal, y como he vivido mucho tiempo vagabundeando por esos mundos de Dios, cuando caía en una aldea y pedía pan, todo era preguntarme: «¿Quién eres?» «¿De dónde vienes? ¡A ver tus papeles!» Me han apaleado más de una vez; unas porque me tomaban por ladrón de caballos, otras sin motivo alguno. Hasta me han tenido preso... Siempre están quejándose y lamentándose de que no pueden vivir y se agarran a la tierra como lapas. Y yo ¿qué soy comparado con ellos?

—¿No eres campesino?

—Soy ciudadano —respondió con cierto orgullo Serejka—. Soy ciudadano de Uglich.

—Y yo de Paulicha —dijo, pensativa, Malva.

—No tengo nadie que me ampare, mientras que los campesinos tienen quien los proteja. Tienen su Ayuntamiento, su *zemstvo.*

—¿Qué es el *zemstvo*?

—Ni siquiera lo sé... Sé que es algo que se ha hecho para los aldeanos... es su Concejo, su amparo. Pero dejemos eso. Volvamos a lo nuestro. ¿Quieres que hagamos lo que te he propuesto? Resultará bien y nada grave. Se zurrarán de lo lindo y nada más. Yo te ayudaré. ¿No te ha pegado a ti Wasily? Pues que su hijo le devuelva con creces sus golpes y te vengue.

—¡No estaría mal! —dijo, sonriendo, Malva.

—¿No crees que es agradable ver cómo la gente se desloma por ti... por una sola palabra tuya? No tienes más que mover un poco la lengua una o dos veces... y ya está...

Serejka le encareció durante algún tiempo y con calor los encantos que podía tener el papel que le adjudicaba en aquel asunto, medio en broma y medio en serio, y él mismo llegó a entusiasmarse con su proyecto. Y terminó diciendo a guisa de colofón:

—¡Oh! Si yo hubiera sido una mujer guapa, ¡qué de zipizapes habría armado!...

Y llevándose ambas manos a la cabeza, se la sostuvo entre ellas, cerró los ojos y guardó silencio.

Cuando se separaron, la luna estaba ya muy alta, y la noche era cada vez más hermosa. Al retirarse ellos, no quedó más que el cielo tachonado de estrellas y el mar inmenso y maravilloso argentado por la luna. Quedaban también las arenosas dunas, algunos corros de sauces y dos grandes barracones largos y sucios, como inmensos sarcófagos mal hechos. Pero todo ello resultaba insignificante ante la inmensidad del mar y la belleza de las estrellas que lo contemplaban centelleando fríamente.

* * *

Padre e hijo, sentados frente a frente, a la puerta de la cabaña, bebían vodka que Jacobo había traído para contentar al viejo y no aburrirse en su compañía. Serejka había dicho a Jacobo que su padre estaba enojado con él por causa de Malva, y que a ésta le había prometido una paliza mayúscula. Que habían llegado noticias de tal promesa a oídos de la joven, y que por esto ella no accedía a los deseos de Jacobo. Y después de gastarle esta broma de mal gusto, añadió:

—¡Tu padre te va a dar a ti tus devaneos! ¡Menudo tirón de orejas te espera! Ya puedes andar con cuidado para no tropezártele.

Aquellas bromas y burlas del para Jacobo antipático pecoso, despertaron en el mozo una sorda irritación contra su padre y cierta animosidad contra Malva, de quien no conseguía nada a pesar de que tan pronto le miraba con ojos llenos de promesas, como le dirigía miradas tristes, excitando constantemente y agudizando sus deseos hasta la fiebre.

Llegó, pues, el muchacho a ver en su padre un obstáculo, una piedra en su camino, que ni podía salvar con un salto, ni sortear con un rodeo. Pero como no se sentía débil contra aquel adversario. clavaba sus ojos en su padre con una mirada que quería decir: «¡Pégame, si te atreves!»

Habían apurado ya un par de vasos sin cambiar otras palabras que algunas sin interés referentes al trabajo de su oficio. Como perdidos en la inmensidad del mar, acumulaban en sus almas el odio, y ambos se daban cuenta de que aquel fuego iba a estallar de pronto inflamándolos.

Agitaba el viento las esteras, y hacía chocar unas con otras las cortezas que cubrían la cabaña; el harapo que flameaba en lo alto del mástil se movía como si murmurase algo. Pero todos aquellos ruidos eran tímidos y callados, como susurros de plegaria. Las olas, entre tanto, desgranaban su melodía libres e impasibles.

—¿Sigue emborrachándose Serejka? —preguntó brusco el padre.

—Sí, todas las noches se acuesta bebido —le respondió Jacobo escanciándole un nuevo vaso.

—¡Acabará mal! Ahí tienes las consecuencias de una vida libre y sin freno... ¡Y tú vas a acabar como él!

Jacobo, que no sentía ningún afecto por Serejka, replicó vivamente:

—¡Yo no seré nunca como él!

—¿Que no? —dijo, frunciendo el ceño, Wasily—. Yo bien sé lo que me digo... ¿Cuánto tiempo llevas aquí?... Ya va para dos meses, y se hace preciso que vayas pensando en tu regreso. Ahora bien, ¿cuánto tienes ahorrado?

Se bebió de un trago y con cara de disgusto el vaso de vodka que su hijo le había servido, y asiéndose de la barba, se tiró de ella con tanta fuerza que su cabeza se inclinó violentamente sobre el pecho.

—¡En tan poco tiempo, poco se puede ahorrar! —repuso, no sin razón, Jacobo.

—Pues siendo así, nada tienes que hacer aquí; vuélvete al pueblo.

Jacobo sonrió.

—¿A qué viene esa sonrisa? —exclamó en tono amenazador Wasily, exasperado por la flema de su hijo—. Cuando un padre habla, no debe un hijo reírse. ¿Es que comienzas ya a sentirte libre? ¡Tendré que atarte corto!

Jacobo volvió a llenar su vaso y bebió. Aquellas vulgares amonestaciones le ofendían, pero se dominaba, y disimulaba sus sentimientos para evitar imitar a su padre, ante cuya mirada severa y dura se sentía cohibido. Wasily, sin embargo, viendo que su hijo había bebido sin servirle, se sintió más excitado, y mirándole con calma aparente, le dijo:

—¿De modo que, cuando tu padre te dice que te vayas al pueblo, tú te ríes en sus barbas? ¡Está bien! ¡Voy a hablarte de otro modo! El sábado pides tu jornal... y al pueblo. ¿Has oído?

—¡Pues no me iré! —dijo con firmeza Jacobo bajando la cabeza.

—¡Cómo! —gritó Wasily poniéndose en pie y apoyando las dos manos en el tonel—. ¿Te atreves, perro, a revolverte contra tu padre? ¿Has olvidado que puedo hacer contigo lo que me parezca? ¿Lo has olvidado?

Sus labios temblaban; su rostro estaba desencajado y las venas de las sienes parecía que le iban a estallar.

—Yo no he olvidado nada —dijo a media voz Jacobo sin mirar a su padre—. Y tú, ¿no has olvidado nada?

—¿Quién eres tú para venir a darme lecciones de moral? ¡Te voy a moler a palos!

Jacobo se apartó, para huir, la mano que su padre alzaba contra él, y poseído interiormente de un odio salvaje, dijo apretando los dientes:

—¡No me toques! ¡Aquí no estamos en el pueblo!

—¡Cállate! ¡Aquí y en todas partes soy tu padre!

—Aquí no puedes hacer que me azoten; aquí no hay alcaldía —replicó irónico y firme Jacobo, levantándose con calma.

Se hallaban uno frente a otro. Wasily, con los ojos inyectados en sangre, tenso el cuello, crispadas las manos, hacía llegar al rostro de su hijo el vaho ardiente del vodka, y Jacobo, con el cuerpo echado un poco hacia atrás, espiaba los movimientos de su padre, dispuesto a parar sus golpes, tranquilo en apariencia, pero cubierto de sudor. Entre ambos, estaba el tonel que servía de mesa.

—Conque no te pegaré, ¿eh? —gritó con voz ronca Wasily, encorvándose como gato que se prepara a saltar sobre su presa.

—Aquí todos somos iguales. ¡Tú eres un obrero y yo otro!

—¿De veras?

—¡De veras! ¿Por qué te metes conmigo? ¿Te figuras que no sé por qué? Ante todo debías tú...

Wasily lanzó un aullido y, levantando tan rápidamente el brazo que Jacobo no tuvo tiempo de esquivar, descargó un puñetazo sobre la cabeza de su hijo, que se tambaleó y rechinó los dientes, ante la cara furiosa de su padre, que por segunda vez alzaba la mano.

—¡Cuidado! —gritó apretando los puños.

—¡Cuidado, tú!

—¡Déjame, te digo!

—¿Así hablas a tu padre?... ¡A tu padre!... ¡A tu padre!...

En la estrecha cabaña las piernas de ambos se enredaban en los sacos vacíos, en los maderos, en el tonel derribado. Parando como mejor podía los golpes de su padre, Jacobo, pálido, sudoroso, sombrío, con los dientes apretados y los ojos echando chispas, como un lobo, retrocedía lentamente hacia la puerta, mientras su padre le atacaba gesticulando furioso, ciego de rabia, desgreñado y erizado como un jabalí enfurecido.

—¡Basta! ¡Basta! —decía Jacobo, terrible y amenazador, saliendo de la cabaña.

El padre rugía y seguía avanzando siempre; pero sus puños tropezaban indefectiblemente con los de su hijo.

—¡Toma! ¡Toma!

Jacobo, que se sentía más fuerte y más ágil, se burlaba de él.

—¡Espera, espera un poco!

El muchacho se echó a un lado y corrió hacia el mar. Su padre se lanzó en su persecución con la cabeza baja y las manos extendidas; pero tropezó contra un obstáculo y cayó de bruces. Rápidamente se puso de rodillas y luego se sentó apoyando las manos en la arena, completamente agotado por aquella lucha, rugiendo lastimosamente de rabia no satisfecha y de amargura ante su impotencia.

—¡Maldito seas! —exclamó furioso alargando el cuello, y trémulo y anheloso escupió la espuma de rabia que bañaba sus labios.

Jacobo, apoyado en un bote, espiaba atentamente la actitud de su padre y se rascaba en tanto la cabeza dolorida. Una manga de su blusa desgarrada colgaba de un hilo; el cuello, hecho jirones, dejaba al descubierto su pecho blanco y sudoroso, que brillaba al sol como si lo hubiesen frotado con aceite. Sentía por su padre en aquel momento un profundo desprecio. Le creía más fuerte, y al ver que ahora, deshecho y abatido en la arena, le mostraba impotente los puños, sonreía con esa condescendencia ofensiva del fuerte con el débil.

—¡Mal rayo te parta! ¡Máldito para siempre! —vociferó Wasily con voz tan sonora y potente, que Jacobo inconscientemente volvió los ojos hacia las barracas, como temeroso de que hasta allí hubiera podido llegar aquel grito doloroso de impotencia. Pero vio que sólo estaban presentes las olas y el sol. Escupió, pues, y dijo:

—¡Grita, grita más fuerte! ¿A quién vas a dar miedo? Pero ya que has movido todo este escándalo, te diré para acabar...

—¡Cállate ! ¡Vete de mi vista! ¡Vete, que no te vea más!

—Que no me iré al pueblo... Que pasaré aquí todo el invierno —prosiguió el joven sin hacer caso de las voces de su padre, pero

atento a sus menores movimientos—. Se está mucho mejor aquí; no soy un imbécil para no comprenderlo. Aquí el trabajo es menos duro y se goza de más libertad. En el pueblo me podrías mandar siempre, pero aquí... Y haciendo un gesto canalla se echó a reír con risita burlona, que enfureciendo de nuevo a Wasily le hizo levantarse de un salto, y echando mano de un remo lanzóse contra su hijo gritando colérico y descompuesto:

—¡A tu padre! ¡A tu padre esas muecas! ¡Canalla, si te cojo te mato!

Pero cuando loco de rabia llegó a la barca, Jacobo estaba ya lejos. Corría por la playa, y la manga desgarrada de su blusa se agitaba tras él en el aire. Wasily lanzó el remo contra su hijo, sin alcanzarle. Agotado, se dejó caer boca arriba sobre el bote, clavando sus uñas en las tablas. Su hijo desde lejos le gritaba:

—¡Vergüenza te habría de dar! ¡Ya eres viejo y te pones así por una mujer! ¡No volveré al pueblo, no! ¡Vete tú, que no tienes nada que hacer aquí!

—¡Callate, Jacobo! —gritó Wasily en un alarido, que ahogó la voz de su hijo—. ¡Vete, si no quieres que dé fin de ti! ¡Vete!

A buen paso, el mozo se alejaba riendo.

Con ojos extraviados, veía alejarse a su hijo, cuya figura se iba empequeñeciendo poco a poco, cual si sus piernas se hundiesen en la arena. Desapareció primero hasta la cintura... luego hasta los hombros... y por último hasta la cabeza. Ya no se le veía. Un momento después, a alguna distancia del sitio en que se le había dejado de ver, se vislumbró de nuevo, primero la cabeza, luego los hombros y por último el resto del cuerpo, aunque todo él empequeñecido. Se percibía que volvía el rostro y que decía algo que no se oía claramente.

—¡Maldito! ¡Maldito seas! —gritó a todo pulmón Wasily.

Por toda respuesta Jacobo hizo un gesto con la mano y prosiguió su marcha y desapareció tras un montículo de arena. Wasily siguió, fija la mirada, durante mucho tiempo aquella dirección, hasta que sintió un punzante dolor en la espalda por efecto de aquella incómoda postura, pues se había casi echado de espaldas en la barca, con las manos apoyadas en la arena. Molido y dolorido, se levantó y con paso vacilante se dirigió hacia la choza. Al llegar a un hoyo del terreno, se percató de que allí había caído y pensó que, de no haber sido por aquel accidente, quizá hubiera podido echar mano a su hijo. En la cabaña todo estaba en desorden. Buscó con avidez la botella de vodka, y la encontró por fin entre unos sacos, la recogió, la destapó con gran trabajo y, llevándosela a los labios, intentó beber. La botella

le temblaba entre los labios y el líquido se le derramaba por las barbas, hasta llegarle al pecho. El alcohol le resultaba insípido como agua. En su cabeza todo era desorden; todo se embarullaba. En su corazón sentía profunda opresión y en su espalda, un intenso dolor.

—Me voy haciendo viejo... eso es —dijo en alta voz dejándose caer sobre la arena a la entrada de la cabaña.

El mar infinito y susurrante desplegaba ante su vista toda la magnitud de su fuerza y de su belleza. Las olas reían como siempre, ruidosas y locas. Wasily quedóse durante mucho tiempo mirando el agua y recordó las palabras ansiosas de su hijo: «¡Si todo esto fuese tierra!... ¡Tierra negra que se pudiera labrar!»

Sentía su alma de campesino invadida por un sentimiento de angustia v hastío. Se golpeaba el pecho con dureza, y lanzaba profundos suspiros. Abatió la cabeza, encorvó la espalda como ante el peso de una enorme carga que hubieran descargado sobre él. En la garganta parecía como si tuviera un nudo que le ahogara. Tosió y se santiguó mirando al cielo. Una losa de pensamientos tristes le aterraba. Él, que había vivido honestamente durante más de quince años con su mujer, habíala abandonado por una hembra del arroyo; por eso el Señor le habla castigado ahora con la rebelión de su hijo. ¡Sí, Dios santo, bien merecido! Su hijo, burlándose de él, le había infligido una grave injuria, le había hecho sangrar el corazón. Y él había deseado matarlo y aun le parecía poco todo, dado el daño que le había causado. ¡Y todo aquello por una ramera!... Era un gran pecado en él, viejo ya, amigarse con ella, olvidando a su mujer y a sus hijos. Y he ahí que el Señor, en su justa cólera, le hacía recordar, valiéndose de aquel hijo, su pecado, y le enviaba, hiriéndole en el corazón, el castigo merecido... Sí, muy merecido.

Wasily permanecía sentado y se santiguaba y cerraba de cuando en cuando los ojos para despegar sus pestañas y dar salida a las lágrima que le cegaban. El sol descendía sobre el mar y el crepúsculo rosado se extinguió en el cielo. Una brisa tibia acariciaba el rostro inundado de lágrimas del campesino, que, sumido en sus ideas de arrepentimiento, permaneció allí hasta que el sueño cerró sus párpados poco antes de la hora del alba.

* * *

A la mañana siguiente de la disputa, Jacobo, con una partida de obreros, salió en una barca remolcada por un vapor, a una bahía distante un centenar de verstas, a la pesca del esturión. Al cabo de cinco días volvió solo a las pesquerías en un barco de vela en busca de víveres. Llegó a eso de mediodía, cuando los obreros descansaban

después de comer. Era insoportable el calor: la arena abrasaba los pies, que sufrían además el tormento de las escamas y conchas rotas que llenaban la playa. Caminaba pues el mozo con lentitud y precauciones en dirección de las barracas, lamentando su imprevisión de no ir calzado; pero acuciado por el hambre y las prisas de encontrar a Malva, no se decidió a volver al barco en busca de las botas.

Durante las largas y aburridas horas de vida en el mar, había pensado muchas veces en la moza. Hubiera querido saber si su padre y ella se habían vuelto a ver y lo que habían hablado. ¿La habría pegado el viejo? No le habría estado mal... y acaso ello la hubiera puesto más suave. Era demasiado provocativa y harto atrevida...

Las pesquerías, desiertas, parecían sumidas en un letargo; las grandes barracas de madera, abiertas todas sus ventanas, parecían no poder soportar el calor. En el despacho del capataz lloraba una criatura. Detrás de unos toneles amontonados se percibía el murmullo de una conversación. Jacobo se encaminó en aquella dirección. Una de las voces le había parecido la de Malva. Pero al llegar allí dio un paso atrás y se detuvo. Tendido a la sombra, boca arriba, con los brazos en la nuca, estaba el pecoso Serejka, y a ambos lados Malva y Wasily. Jacobo se preguntaba cómo y por qué estaría allí su padre. ¿Habría dejado su puesto tranquilo, por acercarse a Malva y vigilarla de cerca? ¡Demonio de viejo! ¡Si su madre supiese la vida que llevaba! ¿Le convendría dejarse a ver o no?

—¿Conque decididamente...? —decía Serejka—. ¡Entonces, será preciso decirnos adiós! ¡Bueno, hombre! ¿Te decides a volver al terruño?

Jacobo se estremeció de alegría.

—Sí, me voy —dijo Wasily.

Entonces Jacobo avanzó con decisión.

—¡Buenos días a todos!

Su padre le dirigió una rápida mirada y volvió la cabeza. Malva no chistó. Serejka movió una pierna y dijo ahuecando la voz:

—He aquí a vuestro muy amado hijo Jacobo, que vuelve de lejanos países...

Luego, con su voz natural añadió:

—Sería preciso desollarlo vivo y hacer tambores con su piel.

Malva sonrió suavemente.

—¡Qué calor hace! —dijo Jacobo sentándose entre ellos.

Wasily le miró de nuevo y como con disgusto.

—Te estoy esperando toda la mañana, Jacobo. El capataz me había avisado que tenías que venir.

Encontró Jacobo la voz de su padre más débil que de costumbre y su semblante cambiado.

—He venido en busca de provisiones —dijo, y pidió un cigarrillo a Serejka.

—No tengo tabaco para imbéciles como tú —respondió éste sin inmutarse.

—Me vuelvo al pueblo, Jacobo —dijo con gravedad Wasily, escarbando en la arena con los dedos.

—¿Y eso por qué? —preguntó con simulada ingenuidad su hijo.

—¡No te importa!... Y tú, ¿te quedas?

—Sí, me quedo. ¿Qué vamos a hacer los dos en casa?

—Está bien. Nada tengo que decirte. Haz lo que quie ras. Ya no eres un niño. Únicamente quiero que te acuerdes de que yo no viviré mucho tiempo, y aunque viva, no sé si podré trabajar. He perdido el hábito del campo. Así que no te olvides de que tu madre queda allí...

Se notaba claramente que hacía esfuerzos para hablar. Las palabras salían con dificultad de sus labios. La mano con que se alisaba la barba, temblaba. Malva espiaba todos sus movimientos. Serejka, por su parte, tenía medio cerrado un ojo, pero observaba atentamente a Jacobo. El muchacho se sentía alegre y, temiendo traicionar su íntimo sentir, callaba y se miraba los pies.

—No te olvides, pues, de tu madre —repitió Wasily—; piensa que no le queda en el mundo nadie más que tú.

—Ya lo sé —profirió Jacobo con un movimiento de hombros.

—Bien está que lo sepas —volvió a decir el padre con una mirada de recelo—. Yo te digo únicamente que no lo olvídes.

—¡Bueno!...

Wasily exhaló un profundo suspiro, y durante unos ninutos quedaron todos en silencio. Por fin, Malva dijo:

—Van a tocar pronto a la faena.

—¡Ea, me voy, pues! —anunció Wasily alzándose.

Los demás imitaron su ejemplo.

—Adiós, Serejka; si algún día vas por allí, por el Volga, no dejes de ir a verme. Vivo en la aldea de Maslo, del distrito de Simbirsk, cerca de Nicolo-Likovsk.

—Conformes —replicó Serejka estrechándole la mano, que retuvo entre las suyas gruesas y cubiertas de vello rojo, sonriente ante el triste y serio semblante de Wasily.

—Nicolo-Likovsk es un pueblo grande, muy conocido. Nosotros vivimos a cosa de cuatro verstas de allí —explicaba el aldeano.

—Está bien: iré si algún día paso por allá.

—Adiós.

—¡Adiós, amigo!

—Adiós, Malva —murmuró Wasily sin mirarla.

Ella se secó los labios sin prisa, con la manga, le echó los brazos al cuello y le besó tres veces en la boca y en las mejillas.

Wasily se turbó y pronunció unas quedas palabras. Jacobo bajó la cabeza, disimulando una sonrisa, y Serejka bostezó tranquilo mirando al cielo.

—Vas a pasar calor en el camino —dijo.

—¡No importa! Adiós a todos; adiós, Jacobo.

—¡Adiós!

Estaban ambos frente a frente, indecisos, sin saber qué hacer. Aquel triste «adiós», que acababa de sonar tan uniforme, tantas veces, despertó en el alma de Jacobo un sentimiento de ternura hacia su padre, pero no sabía cómo expresarlo. ¿Abrazaría a su padre y le besaría como había hecho Malva, o le estrecharía la mano como Serejka? Wasily, en tanto, se sentía herido por aquella indecisión visible en el rostro de su hijo y experimentaba cierta vergüenza. Se acordaba de lo ocurrido en el cabo y de los besos de Malva.

—Di algo; piensa en tu madre... —volvió a repetir.

—Sí, no pases cuidado —respondió cordialmente Jacobo—. No te preocupes.

Y movió la cabeza.

—Pues nada más. Que seáis felices todos, y que Dios os proteja. No me guardéis rencor, ni conservéis mal recuerdo de mí. ¡Ah! Se me olvidaba, Serejka: la tetera está enterrada en la arena delante de la proa de la barca verde.

—¿Para qué quiere él la marmita? —preguntó bruscamente Jacobo.

—Es que va a ocupar la plaza que yo dejo vacante.

Jacobo miró a Serejka con envidia, luego a Malva y bajó la cabeza para ocultar el relámpago de alegría que pasó por sus ojos.

—Adiós, hermanos; me voy ya.

Wasily saludó y echó a andar. Malva le siguió.

—Te acompañaré un rato.

Serejka se volvió a tender en la arena, y cogió de una pierna a Jacobo que se disponía a seguir a Malva.

—¡Detente! ¿Adónde vas?

—Déjame —protestó Jacobo intentando dar un paso adelante.

Pero Serejka le había cogido también la otra pierna.

—Siéntate a mi lado.

—¿Para qué? ¿Qué nueva tontería se te ha ocurrido?

—No es ninguna tontería. Siéntate, te digo.

Jacobo obedeció de mala gana.

—¿Qué es lo que quieres?

—Espera, hombre... Cállate, mientras pensaré, y luego hablaremos.

Y miró con osadía al joven, que acabó por someterse.

Malva y Wasily caminaron un buen trecho en silencio. Los ojos de Malva tenían un brillo particular. Wasily caminaba sombrío y preocupado. Sus pies se hundían en la arena y andaba despacio.

—¡Wasily!

—¿Qué?

La miró un instante, pero en seguida apartó los ojos de ella.

—He sido yo quien te ha hecho reñir intencionadamente con Jacobo. Ambos podríais haber vivido sin disgustos —dijo ella con voz serena y reposada, sin ninguna sombra de arrepentimiento en sus plabras.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó después de un momento Wasily.

—No lo sé... por nada...

Se encogió de hombros y sonrió.

—¡Es muy bonito lo que has hecho! —volvió a decir colérico Wasily.

Ella guardó silencio.

El viejo continuó:

—Tú vas a pervertir a mi hijo, mala bruja. Lo pervertirás sin remedio. Eres una mujer sin vergüenza... ni temor de Dios. ¿Qué vas a hacer?

—¿Y qué quieres que haga?

En su voz había una especie de angustia o despecho.

—¿Que qué debes hacer? —exclamó Wasily ardiendo de ira.

Experimentaba un vivo deseo de golpearla, de pisotearla y enterrarla en la arena a fuerza de patearla la cara y el pecho. Apretó los dientes y volvió la vista atrás. Allá lejos, junto a los toneles, se divisaban las figuras de Jacobo y de Serejka, que tenían la cara vuelta hacia ellos.

—¡Vete! ¡Sería capaz de apalearte!

Se detuvo y le vomitó un sinfín de injurias en pleno rostro, con los ojos inyectados en sangre, temblorosa la barba y crispadas las

manos, ansiosas de asir a la joven por los cabellos que sobresalían por debajo del pañuelo. Ella, tranquila, le miraba con sus ojos verdes.

—¡Merecerías que te matase! Pero, espera; ya encontrarás quien te rompa la cabeza.

Malva, siempre callada, sonrió. Lanzó por fin un hondo suspiro y dijo:

—Basta ya; adiós.

Y girando bruscamente sobre sus talones se alejó.

Wasily, a su espalda, seguía rechinando los dientes y vomitanto injurias. Ella, en su camino de regreso, se entretenía en poner los pies en las huellas profundas que habían dejado los de Wasily, y cuando lo conseguía, las borraba con gran cuidado. Y así llegó hasta los toneles, donde Serejka la recibió con esta pregunta:

—¿Qué? ¿Ya le acompañaste?

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza, y se sentó a su lado. Jacobo la miraba y sonreía cariñoso, moviendo los labios como si dijese algo que él solo podía oír.

—¿Has llorado después de acompañarle? —volvió a preguntar Serejka.

A esta pregunta Malva contestó con otra:

—¿Cuándo vas a ocupar tu puesto?

—Esta noche.

—Me iré contigo.

—¡Bravo! ¡Me gusta!

—Y yo también —afirmó decidido Jacobo.

—¿Quién te ha invitado a ti? —preguntó Serejka frunciendo las cejas.

Un sonido agudo de campana cascada dejóse oír llamando al trabajo. Las campanadas se sucedían unas tras otras, como si temiesen llegar tarde, y morían entre el tumulto ruidoso de las olas.

—Me invitará ésta —repuso Jacobo mirando a Malva con aire de desafío.

—¿Yo? ¿Para qué te necesito? —replicó ella sorprendida.

—Hablemos francamente, Jacobo —dijo Serejka—. Si me sigues, te moleré a puñetazos. Si tocas a ésta un solo pelo de la ropa, te mataré como a una mosca. Un buen estacazo en la cabeza y has terminado. Tengo procedimientos muy sencillos.

Su rostro, su persona toda y sus musculosos brazos, tendidos en dirección de la garganta de Jacobo, probaban elocuentemente que, para él, matar a un hombre debía de ser cosa muy fácil y sencilla.

Jacobo retrocedió un paso y dijo con voz ahogada:

—Yo... como ella misma...

—Cállate y se acabó. ¿Qué quieres decir? No eres tú, idiota, quien se va a comer el pájaro. Si te tiran algún hueso, ya puedes darte por contento. ¡Basta, pues, y no sigas mirándome de ese modo!

Jacobo volvió su mirada hacia Malva, cuyos ojos verdes reían de un modo ofensivo para él, y en cambio se acercó con tanto mimo a Serejka, que el muchacho sintió todo su cuerpo bañado de un sudor frío.

Alejáronse ambos juntos, y a los pocos pasos se oyó una gran carcajada. Jacobo hundió su pie derecho en la arena y permaneció un rato así con el cuerpo tenso hacia adelante, como paralizado, encendido el semblante y anhelosa la respiración.

A lo lejos, entre las amarillas y quietas dunas de la playa, se movía una sombra humana pequeña y oscura. A su derecha brillaba el sol y tendíase el ingente mar, y a la izquierda, cerca del horizonte, se extendían uniformes e inacabables las dunas desiertas y tristes.

Jacobo, al contemplar aquella sombra humana, sola, parpadeó para dejar caer de sus ojos unas lágrimas, lágrimas de humillación y de dolorosa incertidumbre, y se llevó ambas manos al pecho con un movimiento doloroso y desgarrador, como si quisiera contener la angustia íntima que lo agitaba.

En las pesquerías se trabajaba con gran actividad. Jacobo pudo oír la voz de Malva que preguntaba a voz en grito:

—¿Quién ha cogido mi cuchillo?

Las olas rompían en la arena de la playa con un rumor dulce, acariciador; el sol esplendía rutilante; el mar era un trémolo de risas.

KONOVALOV

Leyendo distraídamente un periódico, de pronto llamó mi atención un nombre conocido. He aquí lo que leí:

«Ayer tarde, en la sala común de la prisión, se ahorcó de la llave de una estufa Alejandro Ivanovitch Konovalov, de cuarenta años, natural de Murom. Había sido detenido en Pskov por vagabundo, y se encontraba en esta cárcel para ser enviado en conducción ordinaria a su ciudad natal. Según los informes del jefe de la prisión, el suicida era un hombre pacífico, taciturno y soñador. Las causas de su fatal determinación, según dictamen médico, deben atribuirse a la melancolía.»

Leí aquella noticia impresa en pequeños caracteres —el fin de los desgraciados, de las entes de escasa significación, se anuncia siempre con letra pequeña—, y en seguida pensé que quizá pudiera yo explicar con algún fundamento la razón que impulsó a aquel hombre soñador a decir adiós a la vida. Yo le había conocido, había vivido con él. Quizá no tengo derecho a guardar silencio sobre este asunto. Era un buen hombre, ¡y se encuentran tan pocos como él en este mundo! Cuando traté por primera vez a Konovalov, tenia yo dieciocho años. Trabajaba por entonces en una panadería como ayudante del amasador, un antiguo músico militar, muy dado a la bebida, que estropeaba no pocas veces la masa, y a quien, cuando estaba borracho, le daba por canturrear canciones en voz baja, llevando el acompañamiento con los dedos sobre un objeto cualquiera. Si el amo le hacía una observación respecto a la masa, que había echado a perder, o sobre el retraso con que salía la hornada, montaba en cólera y lanzaba furiosos insultos al patrón, salpicados de alabanzas a su gran talento musical.

—¿Que he dejado secar demasiado la masa? —vociferaba erizando sus largos mostachos y moviendo sin cesar sus labios carnosos y siempre húmedos—. ¿Que se ha quemado la corteza? ¿Que el pan está poco cocido? ¡Vete al diablo, mamarracho! ¿Acaso

he nacido yo para amasar harina? ¡Maldito seas tú y tus panes! Yo soy un músico ¿lo sabes? Cuando el trompa estaba bebido, yo le sustituía; cuando el oboe estaba en el calabozo, yo era el que tocaba el oboe; si el cornetín estaba enfermo, allí estaba yo para tocar el cornetín. «¿Quién puede ocupar tal puesto?» «¡Soutchkov!» «¡Presente! ¡A la orden mi capitán! ¡Contentísimo de poder prestarle este favor! ¡Tim-tarrom-da-di!» Y tú, campesino, ¿para qué sirves? ¡Ya me estás dando la cuenta!

Y el patrón, un hombre gordo y enfermizo, con ojos bizcos casi ocultos por los carnosos párpados y un aspecto femenil, balanceaba su enorme vientre, pateaba con sus cortas y gruesas piernas y gritaba con voz chillona:

—¡Bergante, asesino! ¡Judas, traidor! ¡Dios mío! ¿Qué delito he cometido yo para tener que soportar aquí a este hombre?

Y abriendo los cortos dedos de sus manos levantaba los brazos al cielo y de repente gritaba con voz que desgarraba los tímpanos:

—¿Y si ahora te hiciera yo llevar a la prevención por escándalo?

—¿A la prevención, el servidor del Zar y de la patria? —rugía el ex soldado con los puños en alto.

El patrón retrocedía, tosía, escupía, resoplaba y vomitaba a gritos mil injurias. Era todo lo que podía hacer, porque en verano, en las ciudades del Volga, es muy difícil encontrar un amasador.

Escenas semejantes se repetían casi a diario. El soldado bebía, estropeaba la masa, canturreaba diversas marchas, valses y números, como él decía. El patrón rechinaba los dientes, y yo me veía obligado a trabajar por los dos, cosa poco lógica y que me cansaba muchísimo. Así que me alegré sobremanera cuando un día presencié la escena siguiente entre el patrón y el ex soldado.

—Oye, soldado —dijo el amo haciendo su aparición en el horno con la faz radiante, brillantes los ojos y una sonrisa maliciosa—, ya puedes alargar los labios y tocar, ¡marchen de frente!

—¿Qué dices? —preguntó con acento sombrío el soldado, que, como de costumbre, estaba tendido medio borracho sobre el arcón de la masa.

—¡Que te marchas a la guerra! —gritó radiante el patrón.

—¿Adónde? —interrogó el soldado, dejando caer sus piernas del arcón y presintiendo alguna mala pasada.

—A donde quieras; contra los turcos o contra los ingleses.

—¿Qué quieres decir? —volvió a preguntar colérico el ex soldado.

—Quiero decir que no quiero tenerte una hora más en mi casa. Levántate, toma tu cuenta y lárgate con viento fresco.

El soldado, hasta entonces, se había sentido fuerte, contando con lo difícil que le sería al amo sustituirle, pero ante aquel notición se le disiparon los vapores del vino y comprendió que le iba a ser muy difícil encontrar acomodo en otra parte, dada su fama.

—Mientes —dijo con angustia, levantándose.

—¡Vete, vete ahora mismo!

—¿Que me vaya?

—¡Lárgate!

—Eso quiere decir que ya he trabajado bastante... —dijo, moviendo tristemente la cabeza—. ¡Ya me has chupado bastante sangre, y ahora me echas! ¡Vampirol

—¿Vampiro, yo?

El patrón botaba de ira.

—¡Sí, tú, vampiro, chupador de sangre! —replicó con firmeza el soldado y se dirigió tambaleándose hacia la puerta.

El patrón se reía sarcásticamente y sus ojos brillaban de alegría.

—Busca, busca ahora por todas partes una colocación. Yo he hecho de ti tales elogios, que ni de balde te tomaría nadie. ¡Nadie! Ya me he preocupado de tu suerte.

—¿Tiene usted ya otro oficial? —pregunté al patrón.

—Sí, uno que ha sido ya ayudante mío. Es un gran oficial. También se emborracha... pero en ocasiones. Llega, se pone al trabajo, y durante tres o cuatro meses trabaja como un león. No conoce ni descanso, ni sueño, ni se preocupa por el precio, acepta lo que le dan. Canta y trabaja, y canta tan bien, muchacho, que no se le puede escuchar. El corazón se enternece. Canta, canta, y luego se pone a beber.

El patrón suspiró e hizo un ademán de desaliento.

—Y cuando empieza a beber es imposible detenerlo. Bebe hasta caer enfermo o quedarse en cueros. Entonces siente vergüenza, cualquiera sabe de qué, y desaparece como el diablo ante el humo del incienso. ¡Ea! Mírale. ¿Vienes ya para quedarte, Sacha?

—Desde luego —respondió desde el umbral una voz profunda de bajo.

Allí, apoyado contra el marco de la puerta había un hombre de unos treinta años, alto, fornido. Su traje era el de un perfecto vagabundo; su rostro y su figura eran los de un eslavo de pura raza. Vestía una roja blusa corta e inverosímilmente desgarrada y sucia, y un amplio pantalón de tela; calzaba sus pies, el uno con un resto de zapato de goma, y el otro con una bota de cuero. Traía sus cabellos castaño claros enmarañados, y entre ellos, virutas, briznas de paja, trozos de papel, lo mismo que en su barba, magnífica barba rubia

que le llegaba al pecho como amplio abanico. En su cara alargada, pálida y cansada, lucían unos grandes ojos azules y soñadores, de expresión cariñosa. Sus labios bellos, aunque pálidos, sonreían bajo el rubio bigote. Aquella sonrisa parecía decir: Ya veis cómo soy, dispensadme.

—Ven aquí, Sacha. Aquí tienes a tu ayudante —dijo el patrón frotándose las manos y mirando con afecto la robusta persona del nuevo oficial, que avanzando silencioso me tendió su enorme mano. Nos saludamos. Se sentó en el banco, alargó las piernas, se quedó mirándolas y dijo:

—Nicolás Nikititchi, cómprame dos blusas, unas botas y tela para una gorra.

—Tendrás todo lo que necesites, estáte tranquilo. Tengo algunas gorras, blusas y pantalones, y lo tendrás todo esta misma noche. Ahora, ponte a trabajar; yo ya sé quién eres. No te molestaré, ni nadie te molestará. Nadie podrá molestar a Konovalov, porque él no ha ofendido nunca a nadie. ¿Acaso soy yo un bárbaro? Yo también he trabajado y sé que el trabajo es a veces duro. ¡Ea! Quedaos con Dios, muchachos, que yo me voy.

Konovalov se sentó en mi banco, paseó una mirada en torno suyo y sonrió silenciosamente. El horno estaba en un sótano abovedado, cuyas tres ventanas quedaban más bajas que el nivel de la calle. Faltaba allí luz y aire; pero, en compensación, sobraba humedad, suciedad y polvo de harina. A lo largo de las paredes, inmensos arcones, uno con masa, otro con harina y otro vacío, recibían desde las ventanas un rayo de luz grisácea. Una enorme estufa ocupaba casi una tercera parte del taller. En el piso, sucio, yacían aquí y allá sacos de harina. En el horno ardían enormes troncos, y la llama reflejada en las paredes grises se agitaba y temblaba como si hablase sin ruido. El olor de levadura y de humedad saturaba la atmósfera insana. El techo de vigas parecía que lo iba a aplastar todo con su peso, y la mezcolanza de la luz del día con la de las llamas del horno producía una claridad indecisa que fatigaba los ojos. De la calle llegaba por las ventanas un rumor sordo y entraba un polvillo que revoloteaba en el aire. Konovalov miró todo aquello, suspiró y, volviéndose a medias hacia mí, preguntóme con voz aburrida:

—¿Hace mucho tiempo que trabajas aquí?

Le contesté, y callamos ambos, mirándonos de reojo.

—¡Qué prisión! —suspiró—. Vamos a la calle a sentarnos un poco a la puerta, ¿quieres?

Nos instalamos en la puerta en un banco.

—Aquí al menos se puede respirar. No me acostumbraré fácilmente a esta cueva. No puedo. Figúrate, vengo del mar. He estado trabajando como descargador en el Caspio... y caer desde aquella inmensidad a este aguero...

Me miró con sonrisa un poco triste, se calló, y luego se puso a mirar atentamente a los transeúntes. En sus ojos azules y límpidos se reflejaba una profunda e indefinible tristeza.

Caía la noche. Hacía bochorno y soplaba viento que arrastraba nubes de polvo. Las sombras de las casas se proyectaban sobre la calle. Konovalov permanecía sentado con la espalda apoyada contra la pared, los brazos cruzados sobre el pecho, y acariciaba las hebras sedosas de su barba. Yo veía de perfil su rostro alargado y pálido y pensaba entre mí: ¿Qué clase de individuo será éste? Pero no me decidía a iniciar la conversación. porque era mi jefe, y por una especie de deferencia que comenzaba a sentir hacia él. Su frente estaba surcada por tres ligerísimas arrugas que se pronunciaban y desaparecían a intervalos. Yo sentía curiosidad por saber qué estaría pensando aquel hombre.

—Vamos, debe ser ya hora de echar la tercera hornada. Tú, entre tanto, amasa la segunda, mientras yo cuido de la tercera, y luego haremos los panes.

Cuando pesamos y preparamos una montaña de masa en los moldes, dispusimos una segunda hornada y pusimos la levadura para otra, nos sentamos para tomar el té y Konovalov, metiendo la mano bajo su blusa, me preguntó:

—¿Sabes leer? Toma esto —y me tendió un pliego de papel sucio y arrugado.

Yo leí:

«¡Querido Sacha: Te saludo y te abrazo con el pensamiento. Me aburro... no hago sino pensar en el día en que partiré contigo o me quedaré contigo. Esta maldita vida me cansa más de lo que pudiera decirte, aunque al principio me agradaba. Tú lo comprendes muy bien; yo sólo lo comprendí cuando te conocí. Escribe, te ruego, más a menudo y más pronto; tengo deseos de una carta tuya. Y por ahora, hasta la vista, y no adiós, amigo de la gran barba, de mi alma. No te hago ningún reproche aunque te hayas marchado, cochino, causándome mucha pena y sin decirme adiós. Pero has sido el primero que se ha mostrado bueno conmigo y eso no lo olvidaré nunca. ¿No podrías ocuparte de mi liberación? Mis amigas te han dicho que yo te abandonaría en cuanto fuese libre; pero es una burda mentira v no debes creerlas. Si tienes un poco de compasión por mí, seré para ti un perro fiel. A

ti te es fácil hacer esto y a mí muy difícil. Cuando te conocí, lloré por verme obligada a llevar esta vida, aunque nada te dije. Hasta la vista. Tuya,

KAPITOLINA.»

Konovalov recogió la carta, y, con aire pensativo, se puso a darla vueltas con una mano, mientras con la otra se atusaba la barba.

—¿Sabes también escribir?

—Sí.

—¿Tienes tinta?

—Sí.

—¿Querrías escribirme una carta? Escríbemela. Seguramente me habrá creído un canalla, que la he engañado... Escríbela.

—Bueno, la escribiré cuando quieras... ¿Quién es ella?

—Una cualquiera, ya lo has leído; ella misma habla de su liberación, lo cual quiere decir que he de prometer a la policía que me casaré con ella. Así la recogerán la cartilla y será libre. ¿Has comprendido?

Una media hora después estaba terminada una epístola conmovedora.

—Bien; léemela, a ver lo que has escrito —preguntó con impaciencia.

Lo escrito era lo siguiente:

«Kapitolina: No pienses que soy un canalla y que te he olvidado. Lo ocurrido fue que me emborraché y no me quedó ni una copeca. Ahora trabajo de nuevo y pediré al patrón un anticipo y te enviaré dinero por medio de Felipe para que te saque de ahí. Tendrás bastante para el viaje. Hasta dentro de poco. Tu

ALEJANDRO.»

—¡Hum! —murmuró Konovalov rascándose la cabeza—. ¡No escribes muy bien que digamos! Tu carta no es lo bastante tierna. No hay lágrimas, y, además, yo te había rogado que me propinases diversos epítetos injuriosos, y no lo has hecho.

—¿Y eso para qué?

—Para que vea que siento vergüenza de mí mismo y que reconozco mi falta para con ella. Tú, en cambio, has escrito de corrido como si hicieses correr guisantes secos sobre el papel. ¡Pon algunas lágrimas al menos!

Fue, pues, preciso poner lágrimas en la carta, y Konovalov quedó satisfecho, por lo cual, poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo con voz profunda y cordial:

—Ahora está bien. Gracias. Se ve que eres un buen muchacho. Seremos amigos —y añadió—: Kapitolina es una chiquilla, una criatura aún. Hija de un comerciante de Viatka... dio un paso en falso, luego otro y otro... hasta que fue a parar a un burdel. ¿Comprendes? Yo fui y vi una niña, exactarnente una niña. ¡Dios mío, me dije! ¿Es posible? Y nos hicimos amigos. Se puso a llorar, y la consolé diciendo: «No es nada, ten paciencia, te sacaré de aquí, espera...» Ya tenía todo preparado, hasta el dinero. Pero he ahí que me emborraché y fui a parar a Astrakán, y luego me vine aquí. Alguien ha debido decirselo. Ya me escribió a Astrakán.

—¿Y qué? ¿Piensas casarte con ella?

—¿Casarme?... Y ¿cómo? Siendo como soy yo un borrachón, ¡vaya un novio que haría! No; no se trata de eso. Haré que la pongan en libertad y luego que se vaya adondequiera. Podrá buscar una colocación, volverá a ser una persona.

—Pero ella dice que quiere vivir contigo.

—No importa. Lo dice por decirlo. Todas las mujeres son así. Las conozco muy bien. He tenido varias. Una era mujer de un comerciante muy rico. Era yo caballerizo de un circo ecuestre. Ella se fijó en mí. «Ven, me dijo. serás cochero de mi casa.» El circo comenzaba a cansarme, accedí y fui. Ella empezó a engatusarme. Tenían una gran casa, caballos, criados: vivían como nobles. Su marido era bajo y rechoncho, como nuestro patrón. Ella, por el contrario, esbelta, flexible, como una gata ardiente. Me acuerdo que cuando se abrazaba a mí y me besaba en los labios, me hacía el mismo efecto que si me echasen carhones encendidos en el corazón. Te ponías a temblar: era terrible. Me besaba y lloraba, lloraba...: hasta sus hombros se estremecían. Yo le preguntaba: «Dime» ¿por qué lloras?» Y contestaba: «Tú eres un muchacho, Sacha, y no comprendes nada.» Era una buena mujer. Y tenía razón. Yo no comprendía nada; lo sé; pero, ¿qué le voy a hacer? No comprendo nada, vivo así, sin pensar...

Guardó silencio y me miró con sus grandes ojos muy abiertos. Brillaba en ellos miedo o interrogación, algo soñador que tornaba su rostro hermoso, más triste y más bello aún...

—Y, ¿cómo acabaste con la tendera?

—Has de saber, amigo mío, que cuando me entra el hastío, se apodera de mí en tal forma, que no puedo vivir, en absoluto. Es como si yo fuese el único hombre de la creación y que fuera de mí

nada viviese ni existiese. Todo me parece entonces odioso; todo, todo. Me pesa la vida y me es completamente indiferente que los demás seres perezcan. Seguramente esto es una enfermedad que tengo. Y es lo que me ha llevado a beber, porque antes yo no bebía. Pues bien; cuando me llegó esa hora de hastío, dije a mi amiga y ama: «Oye, Mijailowna, déjame marchar no puedo resistir más». «¡Cómo!, me interrumpió. ¿Te has cansado de mí?» Y se reía, se reia con una extraña risa. «No, le dije, no es que me haya cansado de ti, es que no soy dueño de mí mismo.» Al pronto no se daba cuenta de lo que yo quería decir. Se enfadó, chilló. Luego, al fin, comprendió, bajó la cabeza y dijo: «Vete, vete, pues.» Y rompió en sollozos. Sus ojos eran negros, su tez morena, sus cabellos negros y rizosos. No era de familia de comerciantes. Su padre había sido empleado. Sentí en aquellos momentos lástima de ella y desprecio de mí mismo. ¿Por qué había yo cedido, por qué, a una mujer? No lo sabía. En cuanto a ella, se aburría, naturalmente, con un marido que era un costal de harina. Lloró durante algún tiempo... Me había tomado cariño. Yo era cariñoso con ella. Solía tomarla en brazos y la mecía como a un niño. Cuando se quedaba dormida, yo permanecía en éxtasis mirándola. El ser humano cuando duerme es tan hermoso, tan sencillo... Respira, sonríe. A veces, cuando vivíamos en el campo, solíamos dar grandes paseos en coche. Le placía ir a galope. Una vez en el lugar elegido, ataba yo el caballo a un árbol a la sombra y nos sentábamos sobre la hierba. Me mandaba tender y colocaba mi cabeza sobre su regazo y se ponía a leer. Yo escuchaba, escuchaba y me dormía. Me leia cosas bonitas, muy bonitas. Hay una que no olvidaré nunca: la del mudo Guerásimo y su perrito, a quien él quería mucho. Como era mudo, nadie le hacía caso, considerándole un ser despreciable. Sólo su perro sentía cariño por él. Era una historia muy lastimosa. Ocurrió en aquellos tiempos en que había siervos. La dueña dijo al mudo: «Anda, ahoga a tu perro; ladra demasiado fuerte.» El mudo fue... cogió una barca y al perro y partió. Al llegar a esta parte del cuento yo temblaba. ¡Dios mío! ¡Obligar a un ser humano a matar al único ser que siente afecto por él y que constituye su única alegría! ¿Qué orden es ésta? ¡Oh! Es una historia maravillosa y verdadera, que es lo más interesante. Hay personas para quienes todo el universo se concentra en una sola cosa; por ejemplo, en un perro. Y ¿por qué en un perro? Porque no hay ninguna persona que ame a tal hombre y, en cambio, su perro, sí. Es imposible vivir sin un amor cualquiera; para eso nos ha sido dada el alma, para poder amar... Me leyó muchas y muy bonitas historias. Era una buena mujer, a quien ahora mismo echo de

menos. Si mi suerte no lo hubiera dispuesto así, yo no la hubiera dejado hasta que ella lo hubiera querido, o su marido se hubiera enterado de nuestras relaciones. Ella me quería, que era lo esencial. No era que me hiciese regalos, no; sino que me estimaba de corazón. Y me quería como una verdadera mujer. A veces se apoderaba de ella una gran dulzura y era admirable ver de cuánta bondad era capaz. Le miraba a uno dentro del alma y le hablaba como una nodriza a un niño o como una madre... En aquellos momentos yo me sentía a su lado como un chiquillo de cinco años. Y, sin embargo, la abandoné... por el hastío. Una fuerza misteriosa me arrastra, Dios sabe adónde. «¡Adiós, le dije, Vera Mijailowna, no me guardes rencor...» «Adiós, Sacha», me contestó. Y en un arranque muy propio de su carácter particular me arremangó el brazo hasta más arriba del codo y clavó sus dientes en mi carne. De buena gana hubiera gritado. Casi me arrancó un trozo de carne. Durante tres semanas tuve dolorido el brazo y aún puedo mostrarte la cicatriz.

Y descubriendo su brazo de amasador, blanco y nervudo, lo mostró con una sonrisa un poco melancólica. Y en efecto, más arriba del codo era aún bien visible una cicatriz, dos semicírculos que casi se unían.

Konovalov los miraba y movía, sonriendo, la cabeza.

—¡Diantre de mujer! ¡Me dejó un buen recuerdo!

Había yo oído en distintas ocasiones historias semejantes. Todo vagabundo ha tenido en su pasado una tendera o una noble dama, que, salvo numerosas y muy diversas variantes, aparece en el relato como un ser fantástico que reúne en sí los rasgos físicos y psicológicos más contradictorios. Si en unos se presenta con ojos azules, alegre y perversa, en otros se os ofrecerá morena, con ojos negros, buena y compasiva. Y generalmente el vagabundo abunda, a fuer de escéptico, en una serie de detalles casi siempre humillantes para la pobre señora. Pero la aventura que me había referido Konovalov no despertó en mí desconfianza alguna como los relatos de otros. Había en el de éste algo que se imponía como verídico, detalles imprevistos: aquellas lecturas en el bosque, el calificativo de niño, aplicado a un hombrachón como Konovalov... Yo me imaginaba a una mujer esbelta, durmiendo con la cabeza apoyada sobre aquel pecho potente... Aquello era bonito y me convencía más de la verdad de su relato. Por último, la entonación dulce y triste del narrador, ante el recuerdo de su tendera, no era una entonación vulgar. Un auténtico vagabundo no habla nunca de ese modo de las mujeres, ni de nada; prefiere hacer ver que no existe nada en el mundo de lo que él no haga mofa o vilipendio.

—¿Por qué callas? ¿Crees que te miento? —me preguntó Konovalov con un matiz de inquietud en la voz.

Se había tendido sobre los sacos de harina, mantenía en una mano su taza de té y se atusaba con la otra la barba. Sus ojos azules me miraban en son de interrogación, y las arrugas de su frente se acusaban con nitidez. Y continuó:

—Mira, debes creerme. ¿Con qué objeto iba yo a haber inventado semejante historia? Es cierto que otros vagabundos se complacen en referir cosas parecidas. Y es casi imposible no hacerlo amigo mío; aquellos que van pasando por la vida desheredados de todo, a nadie dañan inventando historias o aventuras, que refieren luego como verdaderas. Las cuentan, las cuentan tantas veces, que acaban ellos mismos por creerlas ciertas y sucedidas. Lo cual les produce íntima satisfacción y regocijo. ¡Cuántas gentes no viven sino por eso y sólo por eso encuentran la vida soportable!... Pero yo te he referido la verdad tal como sucedió. ¿Qué hay en todo ello de extraordinario? Una mujer se aburre, porque cuanto hay a su alrededor es despreciable y mezquino. Conformes en que yo no era sino un simple cochero; pero para una mujer, ¿qué más da un cochero, que un caballero o un militar? Todos son hombres... Y todos, todos, unos puercos. Todos buscan lo mismo y cada uno procura arreglárselas para tomar más y pagar menos. Un hombre sencillo vale más y es más escrupuloso. Y yo soy muy sencillo. Las mujeres lo comprenden en seguida, se dan cuenta de que no he de hacerles daño, es decir, de que no me burlaré de ellas. Una mujer que falta a sus deberes, nada teme tanto como la burla. Las hembras tienen una delicadeza más afinada que los hombres. Nosotros tomamos lo que necesitamos y después nos falta tiempo para hacer público alarde de ello y vanagloriarnos de nuestra hazaña. «Una tonta más que ha caído.» Y la mujer no tiene a quien volver los ojos: no tiene a nadie en quien refugiarse, nadie la alabaría por su falta. Créeme, hermano, hasta las más perdidas tienen más delicadeza que nosotros.

Konovalov, con aire pensativo, me miraba con sus ojazos azules, límpidos como los de una criatura, hablando sin tregua y maravillándome cada vez más con sus palabras. Me parecía estar envuelto en una tupida y cálida neblina que me purificaba el corazón, ya manchado por el cieno de la vida.

Ardía la leña en la estufa, y el claro montón de brasas proyectaba sobre la pared una mancha rojiza y trémula. Por la ventana contemplábamos un trozo de cielo azul con dos estrellas. Una de

ellas, grandísima, semejaba una esmeralda... La otra, muy próxima, en apariencia apenas era visible.

* * *

Al cabo de una semana, Konovalov y yo éramos amigos.

—Tú también eres un muchacho sencillo —me decía con una franca sonrisa, golpeándome cariñosamente el hombro con su manaza.

Trabajando era un artista. Había que ver cómo manejaba un bloque de masa de siete «puds», o cómo, inclinado sobre la artesa, hundía hasta el codo sus potentes brazos en la masa elástica, que gemía bajo sus dedos de acero. Al principio, viéndole echar al horno los panes que apenas si había yo tenido tiempo de sacar de la tabla para ponerlos en la pala, tuve miedo de que los colocase unos sobre otros; pero cuando sacamos tres hornadas de ciento veinte panes, hermosos, dorados y altos, sin que ninguno saliera deformado, comprendí que tenía que habérmelas con un artista en su género, que sentía amor por el trabajo, que se apasionaba por lo que hacía y que sufría un verdadero mal rato cuando el horno cocía mal o la masa no esponjaba. Se enfadaba con el patrón y hasta le insultaba si compraba harinas húmedas, y, por el contrario, se ponía alegre como un chiquillo si los panes salían redondos y regulares, dorados y a punto, con una corteza fina y dura. A veces cogía de la pala el pan más hermoso, le hacía saltar de mano en mano, quemándose, y, riéndose, satisfechísimo, me decía:

—¡Oh, fíjate, qué cosa más hermosa nos ha salido!

Gustábame ver a aquel hombre gigantesco poner toda su alma en la tarea como deberían hacer todos los hombres en su trabajo.

Una vez le dije:

—Me han dicho que cantas maravillosamente, Sacha.

Se ruborizó y baió la cabeza.

—Canto, sí, es cierto, pero sólo de cuando en cuando... en ciertos períodos. Cuando comienzo a sentir el hastío, entonces canto... Y si canto, es que el hastío llega. No me hables de eso; no me tientes. Y tú, ¿no cantas? Seguramente que sí; pero por el momento procura no hacerlo... silba nada más. Ya cantaremos los dos juntos. ¿Quieres?

Accedí de buena gana. Me limitaba a silbar cuando sentía deseos de cantar. Pero a veces no podía contenerme y comenzaba a canturrear o tararear bajito, bajito, mientras amasaba o moldeaba los panes. Konovalov me escuchaba moviendo los labios y al cabo de un rato me recordaba mi promesa. En ocasiones me gritaba bruscamente:

—¡No gimas, muchacho; cállate!

Un día saqué de mi baúl un libro y, acercándome a la ventana, me puse a leer. Konovalov dormitaba tendido sobre un arcón; pero el ruido que yo hacía al pasar las hojas, casi a su oído, le hizo abrir los ojos.

—¿Qué libro es ése?

Eran los *Podlipowtsi.*

—¿Quieres leer en voz alta?

Yo me puse a leer. Se incorporó, se sentó sobre el arcón y, apoyando la cabeza en mis rodillas, escuchaba. A veces yo miraba su rostro por encima del libro y encontraba sus ojos. Me acordaré siempre de ellos; estaban enormemente abiertos, llenos de interés profundo, de ardor. Con la boca entreabierta, mostrando la doble fila de sus dientes blancos y apretados, las cejas levantadas, las arrugas marcadas profundamente en su frente espaciosa, las manos abrazando sus rodillas, inmóvil y atento, me animaba a seguir leyendo. Procuraba yo leer de manera clara para presentarle con más relieve la triste historia de Cissoiko y de Pila.

Por fin me cansé y cerré el libro.

—¿Está todo? —me preguntó muy bajito.

—Es menos de la mitad.

—¿Me lo leerás todo?

—Si tú quieres...

—Desde luego.

Se llevó las manos a la cabeza y comenzó a balancearse sobre el arcón. Quería decir algo; abría y cerraba la boca; soplaba como un enorme fuelle, y no sé por qué entornaba los ojos. No esperaba yo semejante efecto, y no me explicaba lo que pudiera signiíicar.

—¡Qué bien lees! —murmuró—. Das entonaciones diferentes. Es como si uno viese a los personajes. Aproska gruñe; Pila... ¡Imbéciles!

Me daban ganas de reír oyéndole, pero me contuve.

—Y luego, ¿qué pasa? ¿Adónde irán? ¡Señor mío! Y, sin embargo, es cierto. Son verdaderas personas. Son campesinos de carne y hueso. Oye, Máximo, preparemos otra hornada y continuarás leyendo. ¿Te parece?

Hicimos la hornada, dejamos preparada otra y reanudé la lectura durante dos horas. Luego otro nuevo descanso. Los panes estaban cocidos. Era preciso retirarlos del horno, poner otros, y preparar masa y levadura. Todo ello lo hicimos con febril solicitud y casi sin hablar.

Konovalov, con el entrecejo fruncido, me transmitía de cuando en cuando órdenes por monosílabos y se daba prisa, mucha prisa.

Al amanecer habíamos acabado el libro y yo tenía la boca seca.

A horcajadas en un saco de harina, Konovalov me contemplaba con una mirada extraña, con ambas manos apoyadas en las rodillas, y guardaba silencio.

—¿Estás contento? —le pregunté.

Movió su cabeza entornando los ojos y me preguntó de nuevo, no sé por qué, en voz baja:

—¿Quién ha escrito eso?

En sus ojos se pintaba una admiración indecible y en su rostro se retrataba de pronto una ardiente curiosidad.

Le dije quién había escrito el libro.

—¡Oh! ¡Qué hombre! ¡Lo que ha sabido imaginarl ¡Oh, es horrible! Se le aprieta a uno el corazón. Parece que le llega a uno al alma de tan verdadero que es. Y ¿qué le han dado por inventar eso?

—¿Qué quieres decir?

—Que si le han dado alguna recompensa.

—¿Y por qué le iban a dar recompensa? —pregunté yo, no sin intención.

—¿Cómo que por qué? Este libro es como un acta de policía. Uno lo lee y juzga. Cissoiko y Pila son dos buenas personas. Todo el mundo los compadece. Son gentes modestas, inocentes. ¿Qué vida es la suya? Y entonces...

—¿Qué?

Konovalov me miró un poco confuso y me dijo tímidamente:

—Se debería hacer un reglamento. Son hombres también. Necesitan quien los dirija.

Por toda respuesta esbocé casi una conferencia, pero no produjo el efecto que yo deseaba.

Konovalov se quedó pensativo con la cabeza baja, balanceó todo su cuerpo, suspiró, sin interrumpirme con una sola palabra siquiera en mi papel de profesor, hasta que me cansé y me detuve.

Konovalov levantó la cabeza y me miró con tristeza.

—¿De modo que nada le han dado? —preguntó.

—¿A quién? —interrogué a mi vez, olvidándome por completo de Rechetnikov.

—Al inventor.

Sufrí una pequeña decepción. No le contesté, comprendiendo que mi despecho podía degenerar en impaciencla contra mi extraño oyente, que no estaba en condiciones de resolver cuestiones

universales y encontraba más interesante el destino de un solo hombre que el destino del mundo.

Konovalov, sin esperar mi respuesta, tomó el libro en sus manos, le dio vueltas con precaución, lo abrió, lo cerró y, volviéndolo a poner en su sitio, lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué extraño es todo esto, Dios mío! —dijo con voz queda—. Un hombre escribe un libro... un papel con puntos encima y nada más. Lo escribe... ¿Y ha muerto?

—¡Sí, ha muerto! —respondí yo lacónicamente.

En aquella época abarrecía yo la filosofía y más aún la metafísica; pero Konovalov, sin preocuparse de mis aficiones, continuó:

—Ha muerto, ha quedado el libro, y ese libro se lee. Mira uno el libro y pronuncia diferentes palabras. Y uno escucha y lo entiende. Existían en el mundo varias personas, Pila, Cissoiko y Aproska... y se compadece uno de estas personas, aun cuando no las conozca ni las haya visto nunca. Quizá en la calle se encuentren centenares como ellas, vivas y reales; uno las ve, pero nada sabe de ellas y no le interesan...; pasan, y uno no se fija. En cambio, en el libro no existen, y, sin embargo, se interesa uno por esas personas al extremo de compadecerlas y sufrir con ellas. ¿Cómo se explica eso? Y el inventor murió sin recompensa. ¿Por qué no se la dieron?

Yo me irrité de veras y le dije cuáles eran las recompensas de los autores. Konovalov me escuchaba abriendo desmesuradamente los ojos y moviendo los brazos como si sufriese.

—¡Qué costumbres tan particulares! —exclamó lanzando un profundo suspiro y mordisqueándose las guías del bigote. Luego bajó tristemente la cabeza.

Yo entonces me puse a hablarle del fatal papel que la taberna desempeñaba en la vida del escritor ruso, de los grandes y peregrinos talentos aniquilados por el alcohol, único sostén de su penosa vida.

—¿Conque también ellos beben? —murmuró Konovalov.

Se adivinaba en el fulgor de sus grandes ojos muy abiertos cierta desconfianza hacia mí, temor y lástima hacia los demás.

—¡Conque beben! ¿Cuándo? ¿Acaso terminada la obra?

Aquella pregunta, a mi juicio, era superflua y no contesté.

—Seguramente que debe ser después —afirmó él—. Estas gentes viven y sienten la vida y absorben en sí mismos todos sus dolores. Sus ojos deben ser extraordinarios, y su corazón tarnbién. Contemplan la vida, les inunda la tristeza y la vierten después en los libros. Pero eso no les alivia, porque su corazón está herido y no

sería posible lavar de él la tristeza ni aun con fuego. Entonces la disipan con aguardiente. Y beben... ¿Pasa así como digo?

Yo asentí, y aquello pareció aliviarle. Continuó su tesis sobre la psicología de los escritores.

—A mi juicio debería estimulárseles, ¿no es cierto? Porque comprenden más que los demás y dicen lo que hay que corregir. Yo, por ejemplo, ¿qué soy? Un vagabundo, un perdido, un borracho y un destornillado. Mi vida no tiene justificación. ¿Para qué vivo? ¿A quién soy útil, si bien se piensa?... No tengo casa ni hogar, ni mujer ni hijos, y ni siquiera siento deseos de tener algo semejante. Vivo, y vivo hastiado. ¿Por qué? No lo sé. ¿Cómo explicármelo? Seguramenie falta en mi alma alguna chispa, algo... Y eso es todo. ¿Tú me entiendes? A veces busco y me hastío, y no sé lo que es...

—¿Por qué dices eso?

Apoyaba la cabeza en una mano y me miraba. Su rostro revelaba una extraordinaria tensión de espíritu, la labor de un pensamiento que busca un medio de expresión.

—¿Por qué? Por el desorden de mi vida. Es decir, que no sé dónde estar; que no puedo adaptarme a nada... Y esto es un desorden.

Le probé que no tenía nada de qué quejarse por ser como era. Una consecuencia lógica de un hecho basado en un pasado lejano. Él era una pobre víctima de las circunstancias. Un ser igual por naturaleza a los demás; pero reducido por una larga serie de injusticias sociales a la nada... Y terminé mi explicación repitiendo una vez más:

—No tienes por qué acusarte de nada... Te han hecho mucho daño.

Callaba, y seguía mirándome; vi que en sus ojos florecía una franca y bondadosa sonrisa, y esperé con impaciencia la respuesta que daría a mi discurso. Con un movimiento suave, femenino, acercándose a mí, me puso una mano en el hombro.

—¡Con qué facilidad hablas, hermano, de todo esto! ¿Dónde has aprendido tanto? Seguramente en los libros; has debido leer muchos y buenos. Si yo hubiera leído tanto... Pero lo mejor de todo es que hablas con acentos de compasión. Es la primera vez que oigo hablar de esta manera. Y es extraño. Generalmente las gentes se acusan unas a otras cuando la cosa va mal; tú, en cambio, acusas a la vida y a las costumbres. Y de lo que tú dices resulta que el hombre en sí mismo no es culpable, y que si está escrito que uno ha de ser un desharrapado, lo será. También hablas de los presos de una manera extraña: roban

porque no tienen trabajo y necesitan comer. Y ¡con qué lástima hablas de ellos! Seguramente tu corazón es impresionable y compasivo.

—Oye, di; ¿eres, pues, de mi opinión? ¿Tengo razón en lo que digo?

—Tú debes saber mejor que yo si la tienes o no, porque tú sabes leer. Seguramnte tienes razón con respecto los demás; pero con respecto a mí...

—¿Qué?

—Pues con respecto a mí es otra cosa. ¿Quién tiene la culpa de que yo beba? Pavelka, mi hermano, no bebe; tiene una panadería en Perme. Yo no trabajo peor que él, y sin embargo soy un vagabundo y un borracho y no tengo casa, presente ni porvenir... y somos hijos de una misma madre. Y él más joven que yo. Hay, pues, en mí algo anormal. No he nacido como era debido. Tú mismo dices que todos los hombres son iguales: nacen, viven lo que deben vivir y mueren. Yo, en cambio, voy por un camino aparte, y no sólo yo, sino muchos; somos muchos los que seguimos un camino aparte... Los que no pertenecemos a ninguna clase. Necesitaríamos una cuenta particular, leyes particulares... leyes muy severas para arrancarnos de la vida, porque no servimos para nada en ella y ocupamos un puesto y perjudicamos a los demás. ¿Quién es culpable respecto de nosotros? Nosotros somos culpables para con la vida, porque no tenemos la alegría de vivir, ni ningún sentimiento para con nosotros mismos. Nuestras madres nos concibieron en mala hora, y eso es todo.

Quedé aplastado por aquella refutación inesperada de mis argumentos. Aquel hombrachón formidable, de ojos claros e infantiles, se colocaba con tanta serenidad y con una tristeza tan riente fuera de la vida, entre los seres que deberían ser destruidos, que quedé aturdido de tanta humildad. Experimentaba verdadera alegría al acusarse; brillaba en sus ojos un gozo tan verdadero cuando me gritaba con voz sonora de barítono:

—Cada cual es dueño de sí mismo y nadie debe culpar a otro de ser un miserable desgraciado.

Aquellas palabras me sorprendieron extraordinariamente en boca de un vagabundo, aunque éste fuese un ser inteligente entre los de su especie, entre esa serie de oprimidos por el destino, entre esos seres medio bestias y medio hombres, desnudos, hambrientos y malos que pululan en los bajos fondos de las ciudades.

—Pero, escucha —le dije yo—. ¿Cómo quieres que un hombre se mantenga recto y firme cuando por todas partes se siente agobiado y arrastrado por una fuerza que le anonada?

—¡Que aprenda a sobreponerse a ella! —exclamó mi adversario con encendida mirada.

—¿Sobreponerse? ¿Y cómo?

—Intentándolo y consiguiéndolo.

—Y ¿por qué no lo has hecho tú?

—Porque ya te he dicho, mi querido amigo, que yo mismo soy el culpable de mi destino. No he sabido encontrar mi punto de apoyo. Lo busco, me aflijo y no lo encuentro.

Era ya hora de ocuparnos de nuestros panes, nos pusimos al trabajo y continuamos tratando de probarnos mutuamente la verdad de nuestros razonamientos; pero no lo conseguimos, y terminada la jornada nos acostamos.

Konovalov se tendió en el suelo de la panadería y muy pronto se quedó dormido. Yo, acurrucado sobre unos sacos de harina, podía desde arriba contemplar toda su humanidad robusta y barbuda tendida como un enorme pan sobre un paño junto al horno. El aire estaba impregnado de un olor de panes calientes, de levadura y de ácido carbónico. Comenzaba a amanecer, y a través de los cristales empañados por el polvo de harina se entreveía el cielo gris. Un carricoche rodaba con estrépito por la calle, todavía desierta; un pastor tocaba la flauta para juntar el rebaño. Konovalov roncaba. Yo, viendo cómo se alzaba su pecho amplio, a impulsos de la respiración, cavilaba entre tanto imaginando diversos procedimientos para convertirle a mis creencias; pero me dormí antes de concretar ninguno.

Por la mañana, apenas estuvimos en pie, preparamos la levadura, y después de lavarnos nos instalamos sobre el arcón para tomar el té.

—¿Tienes algún otro libro? —preguntóme mi compañero.

—Sí.

—¿Me lo leerás?

—Sí.

—Muy bien. ¿A que no te figuras lo que pienso hacer? Cuando termine el mes pediré dinero al patrón y te daré la mitad.

—¿Y eso para qué?

—Para que compres libros. Comprarás para ti los que quieras y aunque sólo sean dos para mí. Me buscarás los que hablen de aldeanos por el estilo de Pila y Cissoiko, procurando, sobre todo, que estén escritos con pasión y no para entretener. Hay libros que no valen nada. *Panfilka* y *Filatka*, aunque tienen una bonita lámina en la portada, son una tontería. Los Pochekhontsi son pura fábula, y a mí no me gusta ese género. No sabía que hubiese libros como los tuyos.

—¿Te gustaría la historia de Stenko Razin?

—¿Stenko? ¿Es bonito?

—¡Muy bonito!

—Ve por él.

Momentos después le leía la monografía de Kostomarov, *La Rebelión de Stenko Rain*. Al principio, aquella obra genial, especie de poema épico, no fue muy del agrado de mi barbudo oyente.

—¿Por qué no hay aquí diálogos? —preguntó, mirandn al libro.

Cuando le expliqué el porqué, bostezó, se turbó, tratando de ocultármelo, y me dijo un poco confuso:

—Sigue leyendo... No hagas caso.

Me agradó su delicadeza y fingí no haberme enterado de nada y no darme cuenta a qué aludía.

Pero a medida que el escritor iba dibujando con pincel de artista el personaje de Stenko, y el «príncipe de la banda libre del Volga» iba surgiendo de las páginas del libro, todo el ser de Konovalov parecía transfigurarse. Aburrido e indiferente al principio, con los ojos velados y somnolientos, fue poco a poco revelándose con un aspecto inesperado. Sentado frente a mí en el arcón, con ambas manos abrazando las rodillas y la barba descansando en ellas, me miraba ávidamente con ojos encendidos por un fuego extraño bajo su entrecejo fruncido. No tenía entonces aquella su candidez infantil que tanto admiraba en él; todo cuanto había en él de sencillo, femenino y dulce, todo aquello que se compaginaba tan bien con sus ojos azules y bonachones, ahora pequeños y oscuros, se había eclipsado. Había algo de leonino, de impetuoso, en aquel paquete de músculos que era. Me detuve para mirarle.

—Sigue leyendo —me dijo suavemente, pero con tono autoritario.

—¿Qué te pasa?

—Lee —respondió.

Y en su voz había un acento de súplica y de irritación al mismo tiempo.

Proseguí la lectura, dirigiéndole de cuando en cuando una mirada, y vi que se animaba más y más. Emanaba de su persona como un vaho cálido, una fiebre que me exaltaba y embriagaba. La acción se iba desarrollando. En medio de una excitación nerviosa, llena de presentimientos extraordinarios, llegué a la captura de Stenko.

—¡Lo han cogido! —rugió Konovalov.

En aquel grito poderoso vibraba el dolor, la indignación, la cólera, un deseo vehemente de libertar a Stenko. El sudor bañaba su

frente y sus ojos estaban extraordinariamente abiertos. Se había levantado de un salto del arcón y se erguía ante mí, febril y exaltado, y poniéndome una mano sobre el hombro, me dijo atropelladamente:

—Espera, no sigas leyendo. Dime: ¿qué pasará ahora? No, calla; no me lo digas. ¿Lo matarán? ¿Sí? Lee más de prisa, Máximo.

Se hubiera podido creer que Konovalov fuese el hermano de Stenko, parecía como si los lazos de la sangre, cálidos e indisolubles a pesar de los tres siglos transcurridos, uniesen a este vagabundo con Stenko, y como si el vagabundo sintiese con toda la energía de su cuerpo vivo y fuerte, con toda la pasión de su alma triste y sin apoyo, el dolor y la cólera del altivo gavilán capturado trescientos años antes.

—¡Lee, por Cristo!

Yo continué leyendo, turbado, conmovido, sintiendo latir mi corazón al unísono del de mi compañero, y reviviendo con él la triste vida de Stenko. Y llegamos a la escena de la tortura.

Konovalov rechinaba los dientes y sus ojos azules despedían fuego. Se inclinaba sobre mi hombro y no apartaba su vista del libro. Yo percibía sobre mi oreja su respiración anhelosa que levantaba mis cabellos y me los hacía caer sobre los ojos. Moví la cabeza para desviarlos. Konovalov lo notó y me puso su pesada mano en la frente.

«Y entonces Stenko rechinó tan fuerte los dientes, que los escupió bañados en sangre.»

—¡Basta! ¡Al diablo!... —gritó arrancándome el libro y arrojándolo con ira contra el suelo. Y se desplomó sobre él. Lloraba y, sintiendo vergüenza de sus lágrimas, rugía para sollozar, ocultando la cabeza entre las rodillas. Y lloraba y se secaba las lágrimas en el pantalón.

Yo permanecía sentado delante de él, sin saber qué decirle para consolarle.

—Máximo —dijo sentándose en el suelo—. ¡Es horrible!... Pila, Cissoiko y luego Stenko. ¡Qué desdicha!... «Y escupió sus dientes», di.

Y todo su cuerpo temblaba de emoción. El hecho de que Stenko hubiera escupido sus dientes le había impresionado más que todo, y sólo con hablar de ello se conmovía tan profundamente que hasta sus hombros se estremecían. Estábamos ambos como ebrios por el espantoso y cruelísimo cuadro de la tortura.

—Tienes que leérmelo otra vez, ¿oyes? —me dijo levantando el libro y alargándomelo. Y añadió—: Muéstrame dónde dice eso de los dientes.

Yo se lo mostré y clavó en aquellas líneas su mirada.

—¿De modo que está escrito así? «Y rechinó tan fuerte los dientes que los escupió bañados en sangre.» ¡Y las letras son iguales que en cualquiera otra página del libro!... ¡Señor Dios! ¡Cómo debió sufrir! ¿Verdad? ¡Sus dientes! Y al fin, ¿qué le pasará? ¿Le matarán? ¡Ah! ¡Alabado sea Dios, si al fin le matan!

Expresó con tal ardor aquella alegría de la muerte, pasó por sus ojos un alivio tan hondo, que yo me estremecí por aquella compasión, por aquel ardiente deseo de la muerte para aquel pobre torturado.

Transcurrió para nosotros todo aquel día en una especie de extraña neblina. Hablamos de Stenko, evocamos su vida, las canciones que inspiraron sus hechos y su tortura. Una o dos veces Konovalov comenzó a cantar con sonora voz de barítono, pero se detuvo en seguida.

Desde aquel día nuestra amistad se hizo más íntima.

* * *

Volví a leerle varias veces *La rebelión de Stenko*, *Taras Bulba*, de Gogol, y *Pobre gente*, de Dostoiewski. *Taras* le gustó mucho, pero no le produjo ni mucho menos la honda impresión que el libro de Kostomarov. El estilo epistolar de *Pobre gente* lo encontró ridículo.

—Máximo —me dijo—, deja ese fárrago indigesto. ¿A qué viene eso? Él la escribe, ella le contesta... Me parece que todo es papel perdido. ¡Váyanse al diablo! No es triste ni cómico; ¿para qué escribir así?

Le recordé su delicadeza, pero no fue de mi parecer.

—Es distinto eso de Pila y Cissoiko. Éstos son hombres de carne y hueso, viven, luchan... Mientras que esos otros escriben cartas. Son aburridos... No son seres vivos, son hijos de la fantasía. ¡Mira que si se cogiese a Taras y Stenko y se los pusiese juntos! ¿Qué no serían capaces de hacer, Dios mío? ¡Mejores días hubieran lucido para Pila y Cissoiko!...

No se daba cuenta él de las diferencias de época. En su mente todos aquellos héroes habían vivido en la misma época, con la sola circunstancia diferente de vivir dos en Usolye, uno en la Pequeña Rusia y otro en el Volga. Trabajo me costó hacerle entender que, aunque Pila y Cissoiko hubiesen bajado al Kama, no habrian encontrado a Stenko, y que si éste hubiera atravesado las tierras de los cosacos del Don y de los pequeños rusos, no habría tropezado con Taras. Cuando llegó a comprenderlo le disgustó no poco. Los días de fiesta salíamos al campo ya por las márgenes del río, ya a

campo traviesa. Llevábamos un poco de vodka, pan y un libro, y tempranito salíamos al aire libre, como decía mi compañero.

Prefería a los demás paseos el que conducía a la fábrica de cristal. Llamábase así un edificio levantado en medio del campo no lejos de la ciudad. Era una casa de tres pisos con el tejado desvencijado, las ventanas destrozadas y los sótanos llenos todo el invierno de un fango semilíquido y pestilente. De un gris verdoso, ruinosa y medio caída, miraba la ciudad por encima de los campos con los ojos vacíos de sus ventanales mutilados, semejando un inválido despreciado de todos y arrojado allí fuera de la ciudad, lamentable y moribundo. Cuando el río se desbordaba, lo que ocurría todos los años, la base del edificio quedaba bajo las aguas y se cubría después de un musgo verdoso. En torno formábanse lagunas que la preservaban de visitas frecuentes de la policía, lo cual permitía a buen número de míseras gentes sin hogar refugiarse allí a pesar de que carecía de techado. Y así se veía siempre llena de seres cubiertos de andrajos, hambrientos, que, temerosos de la luz del sol, vivían allí como búhos.

Konovalov y yo éramos siempre bien acogidos por aquellos desgraciados, porque siempre íbamos provistos de pan tierno, de aguardiente y callos en abundancia. Con dos o tres rublos organizábamos una magnífica comida para las «gentes de la fábrica», como los llamábamos. Ellos nos recompensaban con relatos en los cuales se mezclaba la verdad más emocionante con las más ingenuas mentiras. Cada relato era una especie de encaje, en el cual dominaban los hilos negros —la verdad—, pero en el que no faltaban hilos de otros colores —las mentiras—. Aquellos encajes se nos hundían en el cerebro y en el corazón y nos hacían daño al dejar grabado en nosotros su multicolor dibujo doloroso.

Las agentes de la «fábrica» nos estimaban a su manera y casi siempre me escuchaban con atención. Un día les leí *¿Quién vive bien en Rusia?**, y a la par que carcajadas homéricas, pude oír observaciones interesantísimas. Todo hombre que lucha con la vida, que es vencido por ella y aprisionado por su fango, es más filósofo que Schopenhauer, porque nunca las ideas abstractas toman una forma como las que el dolor arranca del cerebro. El conocimiento que de la vida tenían aquellas gentes, vencidas por la vida misma, me sorprendía por su profundidad, y oia yo sus relatos con avidez, mientras Konovalov, por el contrario, los escuchaba con intención de refutar las teorías del que hablaba y enfrascarse en una discusión con él.

---

* Poema de Nekrassov.

Después de escuchar el relato hecho con tono declamatorio por un personaje vestido de la manera más fantástica y con una cara en modo alguno cándida, Konovalov sonreía pensativo y movía la cabeza con aires de duda.

—¿Es que no me crees? —preguntaba melancólicamente el narrador.

—Sí, te creo... ¿Cómo no va uno a creer a las gentes? Aun cuando uno se dé cuenta de que le están mintiendo cree; es decir, escucha y trata de explicarse la razón de que le mientan. A veces la mentira explica mejor que la verdad lo que pasa en las almas. ¿Y qué verdad podríamos decir de nosotros mismos? Ninguna, a no ser desagradable. ¡En cambio, se puede inventar tan bien... ¿No tengo razón?

—Sí —afirmaba el narrador—. Pero, ¿por qué mueves la cabeza?

—¿Por qué? Por la sencilla razón de que tú razonas mal. Porque cuentas como si toda esa vida no fuese la tuya, sino la de otro. Y tú, ¿dónde estabas entonces? Y ¿por qué no te has rebelado contra tu destino? Y ¿por qué quejarnos siempre de la humanidad, como si nosotros mismos no fuésemos hombres? Por tanto, los demás se pueden quejar del mismo modo de nosotros. Se nos impide vivir; luego también nosotros impedimos vivir a otros... ¿No es cierto? ¿Cómo explicar eso?

Y Konovalov agregaba sentenciosamente:

—Sería preciso crear una existencia tal, que todo el mundo pudiese realizar su vida cómodamente sin molestar a otro. Y ¿quién es el que debe rehacer esta vida? —preguntaba con aire vencedor, y a renglón seguido, como si temiese que alguien le diese la respuesta, se contestaba—: Nosotros, nosotros mismos y nadie más. Pero, ¿cómo rehacer esta existencia, si no sabemos por dónde empezar y si nosotros no hemos tenido suerte? Así, pues, mis queridos amigos, todo el apoyo debemos buscarlo en nosotros mismos. Y sabido es que nosotros somos...

Le respondían justificándose, pero él insistía. Nadie era culpable para con nosotros; cada uno era culpable para consigo mismo.

Era dificilísimo apearlo de esta teoría, y más difícil aún comprender sus apreciaciones sobre la humanidad. Por un lado los hombres le parecían sujetos de derechos; por otro, débiles, viles, indecisos, incapaces de otra cosa que de lamentarse y quejarse.

A menudo semejantes discusiones comenzaban a mediodía y concluían a medianoche, y Konovalov y yo volvíamos de la fábrica con el agua hasta la rodilla. Una vez faltó poco para que nos

ahogásemos en un pantano; otra, pasamos la noche en la prevención con una veintena de nuestros amigos, de quienes la policía tenía ciertas sospechas.

Había días en que no nos sentíamos dispuestos a filosofar, y nos íbamos por el campo, muy lejos, a orillas del río, donde había pequeños lagos llenos de pececitos arrojados allí por las riadas. Al borde de estos lagos, entre los matorrales que por allí había, encendíamos hogueras sólo por el placer de anadir una mayor belleza al paisaje, y charlábamos amigablemente acerca de la vida o leíamos en alta voz. A veces Konovalov proponía con expresión soñadora:

—Máximo, miremos al cielo.

Tendidos de espalda, hundíamos nuestra mirada en la bóveda infinita de los cielos. Al principio oíamos el ruido de las hojas y el murmullo de las aguas del lago; sentíamos la tierra bajo nosotros y todo lo que nos circundaba. Luego, poco a poco, el cielo, como si nos atrajese, envolvía nuestro espíritu en una espesa neblina y perdíamos la conciencia de nuestra existencia... Nos parecía como si, arrancados de la tierra, bogásemos por los desiertos de los cielos semisomnolientos y semiextáticos, esforzándonos para no romper aquel encanto con una palabra o con el menor movimiento. Permanecíamos así horas y horas, y volvíamos a nuestras tareas como renovados física y espiritualmente, refrescados por el contacto con la Naturaleza a la que Konovalov amaba con un amor profundo y mudo, que solía expresar únicamente por el brillo y la ternura que se reflejaba en sus ojos cuando estaba en el campo o junto al río. Entonces se impregnaba su mirada de una tranquilidad y una dulzura que acentuaba más aún su semejanza con una criatura. A veces, exhalando un profundo suspiro y mirando al cielo, exclamaba:

—¡Oh! ¡Qué hermoso es!

Y en esta exclamación había más significación y más sentimiento que en las alambicadas frases de muchos poetas, porque éstos se extasían a veces en la contemplación de la Naturaleza por mantener su reputación de hombres que sienten con refinamiento lo bello, más que por un culto verdadero de la indecible belleza de la Naturaleza, y la poesía, como todas las cosas, pierde su santa sencillez y su espontaneidad cuando de ella se hace una profesión.

* * *

Dos meses habían pasado así, durante los cuales Konovalov y yo habíamos charlado mucho y leído mucho también. *La rebelión de Stenko* la habíamos releído tantas veces que mi compañero la repetía

de memoria página por página sin omitir palabra. Aquel libro había llegado a ser para él como un cuento de hadas para un niño impresionable. Daba a las cosas con que trabajaba los nombres de sus héroes predilectos, y una vez que un puchero cayó al suelo y se rompió, exclamó con cólera y pesar:

—¡Oh, tú, viejo guerrero!

A los panes mal cocidos los llamaba «Frolka»; a la levadura, «los pensamientos de Stenko»; Stenko era sinónimo de todo lo grande, excepcional y poco afortunado.

De Kapitolina, después de la carta y de mi contestación del primer día de la llegada de Konovalov, no se había vuelto a hablar.

Yo sabía que le había remitido dinero por intermedio de un tal Felipe, con el encargo de que saliera fiador en su nombre de la muchacha; pero ni Felipe ni ella habían dado signos de vida.

Cuando he ahí que una tarde, mientras estábamos echando los panes al horno, se abrió la puerta y del pasillo oscuro llegó una voz tímida, a la par que atrevida, de mujer, que decía:

—Ustedes perdonen.

—¿Qué desea usted? —pregunté yo, mientras Konovalov, bajando la pala, se echaba mano a la barba un tanto confuso.

—¿Trabaja aquí un panadero que se llama Konov?

Había llegado al mismo umbral, y la luz de la lámpara, suspendida del techo, le caía sobre la cabeza cubierta con un pañuelo blanco de lana, bajo el cual aparecía un rostro redondo, gracioso, con la nariz un poco arremangada y unas mejillas carnosas, en las que la sonrisa dibujaba unos graciosos hoyuelos.

—Sí... —respondí yo.

—Sí, sí —exclamó con súbita alegría, un poco demasiado expansiva, mi compañero, soltando la pala y adelantándose hacia la visitante.

—¡Mi querido Sacha! —suspiró ella profundamente.

Y se abrazaron y besaron, para lo cual tuvo mi amigo que inclinarse mucho.

—Bueno, y ¿qué hay? ¿Hace mucho que estás aquí? ¿Ya eres libre? ¡Muy bien! ¿Lo ves? Ya te lo dije. Ahora tu camino es bueno, marcha por él con firmeza.

Konovalov parecía tener prisa por darle excusas y permanecía en el umbral sin soltarle los brazos que le había pasado por la cintura y el cuello.

—Máximo, arréglatelas solo esta tarde. Yo tengo que ocuparme de esta señora... ¿Dónde te hospedas, Kapitolina?

—Pues he venido aquí directamente. Me quedaré contigo...

—¿Aquí? Aquí es imposible. Aquí hacemos el pan. Nuestro patrón es un hombre muy severo. Es preciso que te busque otro alojamiento para esta noche. Busca una habitación...

Se fueron. Me quedé solo con todo el trabajo. No esperaba yo en modo alguno volver a ver a Konovalov antes de las primeras horas de la mañana, así que me quedé muy sorprendido cuando al cabo de tres horas lo vi reaparecer, y mi estupor creció aún más cuando al mirarle, en la confianza de verle alegre y radiante, le noté fatigado, abatido y melancólico.

—¿Qué hay? —le pregunté, intrigado ante aquel aspecto que tan poco se compaginaba con lo acaecido poco antes.

—Nada... —respondió tras un momento de silencio, abatido y escupiendo con rabia.

—Pero... —insistí.

—¿Qué preguntas? —dijo con cansancio, tendiéndose cuanto era de largo sobre el arcón—. Y sin embargo... es una mujer... y eso lo explica todo.

Me costó no poco trabajo conseguir que se explicase y al fin lo hizo en estos términos, poco más o menos:

—Te digo que es una mujer. Si yo no fuera un idiota, no habría ocurrido esto. ¿Has entendido? Tú dices: Una mujer es un ser humano. Efectivamente: no anda en cuatro pies, no rumia, habla, ríe, luego no es un irracional. Sin embargo, no por eso vale más. ¿Por qué? No lo sé. No me lo explico. No obstante... Escucha, mira lo que ha pensado Kapitolina: «Qujero vivir contigo como si fuese tu mujer. Quiero ser como tu perro fiel.» Es sencillamente absurdo. «Pero pequeña, le he dicho, tú no eres tonta. Piensa un poco. ¿Cómo vas a vivir conmigo? Ante todo yo soy un borrachón, y además no tengo casa; yo soy un vagabundo y no puedo tener colocación segura»... y he añadido otras mil cosas más. Pues ella ha contestado: «No me importa que seas borracho; todos los obreros se emborrachan, unos más, otros menos; y sin embargo tienen sus mujeres. Tú, cuando tengas contigo una mujer tendrás casa, tu nido, y no andarás de aquí para allá.» Yo le expliqué: «Kapitolina, no puedo acceder a eso porque yo sé que tal vida me sería imposible, y no la haré jamás.» Entonces replicó ella: «Pues me tiraré al río.» «¡Estúpida!», contesté. Comenzó a injuriarme, ¡pero de qué modo!... «¡Eres un embustero!, me decía. Un monstruo, un sinvergüenza, un mal diablo!» Y seguía, seguía denostándome, cada vez más exaltada. Yo, en vista de eso, quise marcharme. Entonces se echó a llorar y continuaba entre lágrimas haciéndome reproches: «¿Por qué me has

sacado de donde estaba? ¿Adónde voy a ir yo ahora? ¡Rubio de los demonios!» ¿Qué hago yo ahora, di?

—Verdaderamente, no me explico por qué le hiciste salir de aquella cosa —le dije.

—¿Por qué? ¡Qué tonto eres! Porque me dio lástima... y porque cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. Pero en cuanto a lo demás... de ningún modo. Valiente marido iba a hacer yo. ¡Si supiera que servía para eso, cuánto tiempo no haría que me habría decidido a ello!... ¡Ocasiones no me habrían faltado! Y hasta hubiera podido elegir quien tuviera dote... y otras cosas. Pero es algo superior a mis fuerzas. ¿Para qué hacerlo? Es doloroso que se desespere y llore, es cierto; pero, ¿qué voy a hacerle? Yo no puedo remediarlo.

Como para dar más fuerza a su afirmación desesperada de «no puedo», movió la cabeza, se incorporó y, erizando con ambas manos su barba y sus cabellos, comenzó a pasear a grandes zancadas por la habitación con la vista fija en el suelo y escupiendo a los lados.

—Máximo, si tú fueses a verla —empezó diciendo con gran turbación— y le explicases el cómo y el porqué... ¿eh?... ¡Ve, hermano!

—Pero, ¿qué voy a decirle?

—¡Toda la verdad! Que yo no puedo, que no le conviene de ningún modo... O si no, mira, tengo una idea... Dile que padezco una enfermedad...

—Y ¿qué verdad sería ésa? —pregunté yo riendo.

—Sí, no es verdad; pero sería una buena razón, ¿eh? ¡Que el diablo la lleve! ¡Vaya un aprieto en que me ha puesto esta dichosa mujer! ¡Casarme yo! ¡Pero si ni una vez siquiera se me ha pasado por el magín! ¿Qué necesidad tengo yo de mujer?

Hizo con los brazos un movimiento de escrúpulo y de espanto que revelaba bien a las claras cuán innecesaria era para él una mujer. A pesar de lo cómico de su relato, el aspecto dramático de aquel suceso me preocupaba por mi amigo y por la muchacha. Konovalov seguía recorriendo la habitación y hablando solo.

—Además, ella me ha disgustado ahora horrorosamente. Me atrae y me absorbe como un abismo sin fondo. ¡Ha encontrado un marido! Aunque no revela gran inteligencia, demuestra al menos astucia.

Empezaba a hablar en él el instinto del nómada; ese eterno instinto de libertad, que aquella mujer pretendía por el momento cercenarle.

—No, no es con anzuelo como me pescará. ¡Soy un pez muy grande!... —exclamó con cierta altanería—. ¡Ya verás lo que voy a hacer!

Y deteniéndose en medio de la estancia, se quedó pensativo y sonriente siguiendo el hilo de su pensamiento. Yo seguía con atención los cambios de su fisonomía, tratando de adivinar su decisión.

—¡Máximo!... ¡En marcha hacia Kubañe!

Cualquier cosa podía yo esperar menos esta salida. Había yo acariciado respecto de él ciertos proyectos pedagógicos y literarios; alimentaba secretamente la esperanza de enseñarle a leer y de transmitirle cuanto yo sabía en aquella época. Y me hubiera resultado muy interesante poder apreciar los resultados. Me había dado palabra de que permanecería en aquella colocación todo el verano, lo cual facilitaría mucho mi tarea, cuando de pronto...

—Pero, hombre, ¿qué ocurrencias tienes ahora? —le dije un poco turbado.

—¿Y qué voy a hacer, si no?

Comencé por decirle que quizá aquella afección de Kapitolina no fuera tan intensa ni tan horriblemente seria, como él se figuraba, y que lo mejor sería esperar para ver.

Efectivamente, no tuvimos que esperar mucho para verlo. Estábamos hablando de ello, sentados en el suelo cerca del horno, vueltos de espaldas a las ventanas. Sería aproximadamente medianoche y haría cosa de hora y media o dos horas que Konovalov había regresado, cuando de repente, detrás de nosotros, resonó el estrépito de un cristal roto y al mismo tiempo una gran piedra cayó ruidosamente sobre el pavimento. Asustados, nos levantamos y nos asomamos a la ventana.

—¡La erré! —gritó una voz aguda—. ¡He apuntado mal, si no..!

—¡Vámonos! —rugía una voz de bajo profundo—. ¡Vámonos! Ya lo arreglaré yo después.

Una risa aguda de ebria e histérica, espantosa, que desgarraba los nervios, penetraba por las ventanas a través del cristal roto.

—¡Es ella! —dijo Konovalov, contrariado.

De momento yo sólo veía dos piernas que colgaban de la acera en el espacio vacío ante nuestras ventanas. Aquellas piernas se agitaban de una manera extraña, pegando con el talón en la pared como si quisieran buscar un agujero que les sirviera de apoyo.

—Pero vámonos —tartamudeaba la voz de bajo.

—¡Déjame, no me cojas! ¡Déjame que le diga todo lo que tengo aquí dentro! ¡Sacha, adiós!...

Siguieron injurias de todos los calibres.

Yo me había asomado a la ventana y veía a Kapitolina inclinada hacia adelante, las manos en la acera, tratando de ver lo que había en la habitación. Sus cabellos, sueltos y en desorden, cubrían sus hombros y su pecho. El pañuelo blanco teníalo atravesado, el corpiño desgarrado. Bajo los efectos de una monumental borrachera se balanceaba de derecha a izquierda, eructaba, juraba, lanzaba gritos semisalvajes y temblaba, toda convulsa y con el rostro congestionado y bañado en lágrimas.

Sobre ella se inclinaba una figura alta, de hombre, que se apoyaba con una mano en los hombros de ella, y con la otra en la pared de la casa, gritando sin cesar:

—¡Anda, vámonos!

—¡Sacha, tú me has perdido!... Créelo. ¡Maldito seas! ¡Demonio rojo y feo! ¡Ojalá no vuelvas a ver nunca la luz de Dios! ¡Yo, que esperaba rehabilitarme...! ¡Te has burlado de mí, bergante, te has burlado de mí! Ya nos arreglaremos más tarde. Ahora te escondes, te da vergüenza, maldito... ¡Sacha, querido mío!...

—No me escondo —dijo con voz fuerte y sorda Konovalov acercándose a la ventana y subiéndose sobre el arcón—. Te equivocas; no me escondo. Yo te apreciaba de veras, y creí que lo hecho sería lo mejor; pero tú te has llegado a creer cosas imposibles...

—Sacha, ¿quieres matarme?

—¿Por qué te has emborrachado? ¿Acaso podías tú saber lo que ocurriría mañana?

—Sacha, Sacha, tírame al río.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!

—Granuja, ¿por qué me hiciste creer que eras bueno?

—¿Qué escándalo es ése? ¿Quiénes sois vosotros?

El silbato del sereno se dejó oír dominando la conversación.

—¿Por qué, demonio, he creído en ti? —sollozaba la mujer en la ventana.

Luego sus piernas se estremecieron, se elevaron rápidamente y desaparecieron en la oscuridad. Se oyó una conversación sorda, luego voces.

—¡No quiero ir a la prevención! ¡Sacha!... —gritaba con desesperado acento Kapitolina.

En la acera resonaron unos pasos pesados, silbidos, sollozos ahogados, gritos desesperados.

—¡Sacha! ¡Amigo!...

Parecía como si se martirizase a alguien sin piedad. El ruido se iba alejando, se hacía vago y desapareció por fin como una pesadilla.

Aturdidos, aplanados por aquella escena, Konovalov y yo nos quedamos mirando a través de la oscuridad la calle desierta, sin podernos reponer de la impresión de aquellos llantos, de aquellos gritos, de aquellas injurias, de aquellas órdenes bruscas y de aquellos ecos lastimeros.

Yo tenía metidos en la cabeza aquellos gritos de una manera confusa y me costaba trabajo creer que todo ello no había sido un sueño. Aquel pequeño drama tan terrible se había desvanecido tan rápidamente...

—¡Se acabó! —dijo sencilla y humildemente Konovalov, escuchando la calma de la noche oscura, que le miraba severa y silenciosa.

—¡Qué cosas me ha dicho!... —continuó muy admirado, después de algunos segundos—. ¡Y ahora está en la prevención... borracha, con aquel gran demonio! ¡Qué pronto se ha decidido!

Suspiró profundamente, se sentó sobre un saco, se cogió la cabeza con ambas manos, se balanceó un poco y me dijo a media voz:

—Oye, Máximo, ¿quieres decirme lo que ha pasado? Es decir, ¿quieres explicarme qué parte de culpa me corresponde a mí en todo lo ocurrido?

Le dije que toda la culpa era suya, puesto que debiera haber sabido ante todo y desde el principio prever las posibles consecuencias; y lejos de eso, ni había comprendido nada, ni previsto nada. Su conducta, pues, era verdaderamente censurable. Yo estaba irritado contra él. Aquellos llantos y aquellos gritos de Kapitolina, aquellos «vámonos» del otro borracho, todo zumbaba aún en mis oídos y no me inspiraba compasión alguna mi camarada. Éste me escuchaba con la cabeza baja y, cuando terminé, se puso en pie y leí en su rostro espanto y asombro.

—¡Vaya un negocio! —exclamó—. ¡Magnífico de verdad! Y ¿qué voy a hacer ahora con ella?

Su acento era tan natural, tan penetrado de la convicción de su error para con aquella mujer, y expresaba tan dolorosa incertidumbre, que tuve lástima de él y pensé que me había mostrado demasiado duro y severo.

—¿Por qué no la habré dejado yo donde estaba? —decía con arrepentimiento Konovalov—. ¡Dios mío, las cosas que me ha dicho! ¿Sabes lo que voy a hacer? Pues voy a ir a la prevención a

interceder por ella. En una palabra, la veré y haré lo que pueda. Le diré algo... ¿Te parece bien que vaya?

Le hice notar que nada bueno resultaría de aquella entrevista, entre otras razones porque Kapitolina estaba borracha y probablemente estaría ya dormida. Pero él se obstinó en su idea.

—Iré... porque, después de todo, yo la aprecio. ¿Qué gente habrá con ella? Iré; tú quédate aquí; vuelvo en seguida.

Y poniéndose la gorra y calzándose las botas con las que estaba tan airoso como de costumbre, salió rápido de la habitación. Yo terminé el trabajo y me acosté. Cuando por la mañana desperté, miré maquinalmente hacia el lugar donde dormía Konovalov y vi que aún no estaba de vuelta.

No apareció hasta por la tarde, con aspecto sombrío, desgreñado, surcada la frente por profundas arrugas y mortecinos sus ojos azules. Sin mirarme, se acercó a las artesas, examinó el trabajo que yo había hecho y se tendió en el suelo sin hablar una palabra.

—Qué, ¿la viste? —pregunté yo.

—Para eso fui.

—¿Y qué?

—Nada.

Era evidente que Konovalov no quería hablar, y comprendiendo yo que aquel mal humor no duraría mucho, no le molesté con otras preguntas. Guardó silencio todo el día sin proferir otras palabras que breves frases referentes a nuestro trabajo, y se paseó por la habitación con la cabeza baja y con la misma mirada torva que tenía a su regreso. Cualquiera diría que algo se había extinguido en él. Trabajaba lentamente y sin bríos, como distraído con sus pensamientos. Por la noche, cuando echamos el pan en el horno, y como, por temor de que se nos quemase, no nos acostábamos, me rogó:

—¿Quieres leerme algo de Stenko?

Como yo sabía que la descripción de la tortura le impresionaba más que ninguna otra escena, elegí aquella parte del libro. Me escuchaba él tendido boca arriba, mirando sin pestañear la bóveda ahumada del techo.

—Stenko murió... dieron fin de ese hombre... —dijo lentamente Konovalov—. Y sin embargo en aquellos tiempos se podía vivir. Uno era libre, había sitio para desperezarse, lugar donde aliviar el espíritu. Ahora no hay sino tranquilidad y sumisión. ¡Vaya un orden!... ¡Y no mirándola muy de cerca, la vida está perfectamente organizada! ¡Libros, escuelas!... Y a pesar de todo, el hombre vive

sin protección alguna y nadie se ocupa de él. No debe uno hacer mal; por otra parte, es imposible no hacerlo. Las calles de la ciudad están muy cuidadas, pero en el alma de las gentes todo está revuelto. Y nadie comprende nada.

—Sacha, ¿cómo te las vas a arreglar con Kapitolina? —pregunté yo.

—¿Qué? —exclamó Konovalov, sobresaltado—. ¿Con Kapitolina? Se terminó.

E hizo un ademán resuelto con la mano.

—¿Eres tú quien ha roto?

—¿Yo? No... Ha sido ella misma.

—¿Cómo?

—Pues muy sencillo. Ha vuelto a su antigua ocupación; todo ha vuelto a quedar como estaba, excepto que antes no se emborrachaba y ahora sí... Saca los panes; yo me voy a dormir.

Quedó todo en silencio en la tahona. La lámpara humeaba y la corteza de los panes crujía al enfriarse en los anaqueles. En la calle, frente a nuestras ventanas, unos serenos charlaban. Se oía un ruido extraño, era como el chirrido de una falleba o los gemidos de una persona.

Saqué los panes y me acosté; pero no pude dormir y permanecí con los ojos entornados y el oído atento a los rumores de la noche. De pronto vi que Konovalov se levantaba silenciosamente, tomaba de encima de la mesa el libro de Kostomarov y se lo acercaba a los ojos. Veía yo claramente su rostro preocupado: veíale pasar el dedo por las líneas, mover la cabeza, volver las páginas, mirarlas muy atento y después mirarme a mí. Algo extraño e insólito, algo intenso e interrogador revelaban los rasgos de su fisonomía preocupada y demacrada, desconocido para mí. Me miró largo rato; yo, sin poderme contener, le pregunté qué hacía.

—Creí que estabas durmiendo —respondió un tanto confuso.

Y después, con el libro entre las manos, se sentó junto a mí y comenzó a hablar, vacilando:

—Quería preguntarte si existe algún libro que trate sobre el orden que debe guardarse en la vida, es decir, si hay algún libro donde se puedan encontrar algunas indicaciones sobre la manera de comportarse; sería preciso que estuviesen explicadas las acciones que se consideran malas y aquellas que se tienen por inofensivas. A mí, por ejemplo, me preocupan mis actos... Los que parecen buenos resultan a lo mejor malos, como este asunto de Kapitolina

Respiró profundamente y repitió enérgico su demanda.

—Mira a ver si hay algún libro que trate del modo de proceder en la vida, para que me lo leas.

Siguió un momento de silencio.

—¡Máximo!

—¿Qué?

—¿Cómo me ha tratado Kapitolina?

—¡Bueno, hombre; basta ya! ¡No pienses más en ello!

—Conforme; pero dime: ¿tenía ella derecho para tratarme así?

La pregunta era espinosa; y así, después de pensarlo un poco, respondí afirmativamente.

—También yo lo creo; tenía razón, sí, tenía razón —dijo melancólicamente, y se calló.

Se tendió de nuevo sobre la estera, se levantó varias veces, se sentó junto a la ventana, fumó y se volvió a acostar.

Me dormí, y cuando desperté, mi compañero no estaba allí. No regresó hasta por la noche. Hubiérase dicho que volvió cubierto de una especie de polvo y que en su mirada turbia había algo inmutablemente decidido. Tirando la gorra sobre una mesa, lanzó un suspiro y se sentó junto a mí.

—¿Dónde has estado?

—He ido a ver a Kapitolina.

—¿Y qué?

—Todo ha términado. Ya te lo había dicho yo, hermano; no se puede hacer nada con mujeres de esa casta.

Traté de distraerle hablándole de la fuerza de la costumbre y de otras cosas por el estilo; pero él guardaba un silencio obstinado, con la vista fija en el suelo.

—¡No, no se trata de eso! Yo soy simplemente un hombre contagiado... no debería vivir. Cuando me acerco a cualquiera, le contagio mi mal. Sólo desventuras puedo aportar a los demás. Si bien en lo pienso, ¿a quién he proporcionado yo una satisfacción en mi vida? A nadie... y sin embargo, ¡he tratado a tanta gente!... ¡Soy un apestado!

—¡Qué tontera!

—¡Pero muy cierto! —dijo con ademán convencido.

En vano traté de desvanecer aquella convicción. Todos mis esfuerzos no hicieron sino reafirmarle más y más en su idea de que era un ser inútil en la vida.

En los momentos libres se tendía en el suelo y miraba fijo el techo. Su rostro se había demacrado y de sus ojos había desaparecido aquella vivacidad infantil.

—Sacha, ¿qué tienes? —le pregunté.

—Es la crisis que empieza —me dijo sencillamente—. Dentro de poco perderé todo freno; me saturaré de aguardiente. Siento como algo que me abrasa el pecho, unas náuseas... Ha llegado el

momento... Si no me hubiese ocurrido esta aventura, aún me hubiera contenido, pero ahora me roe... ¿Qué he hecho después de todo? Quise hacer una buena acción, y de repente... ¡Es lógico! Tengo la seguridad, querido hermano, que sería preciso cierto orden en las acciones humanas. ¿Es posible que no se haya sabido inventar una ley para que todos obremos equitativamente y todos podamos comprendernos? ¡Porque de este modo es imposible vivir, estando unos de otros a tanta distancia moral y material! Y, ¿cómo los hombres inteligentes no comprenden que es preciso poner orden en el mundo para que no se turbe la paz social? ¿No es cierto?

Absorbido Konovalov por aquella idea del orden en la vida, no atendía a mis reflexiones. Es más, pude observar que se apartaba de mí. Un día, después de haberme escuchado por centésima vez mi proyecto de reorganización universal, me contestó casi con enfado:

—Mira, ya te he oído muchas veces esa historia. No se trata aquí de la vida, sino del hombre. Lo esencial es el hombre, ¿entiendes? Según tú, mientras todo se transforma en torno suyo, el hombre ha de permanecer inmutable. ¡Vaya una idea! ¡No es eso, no! Es el hombre el que debe rehacerse, hay que mostrarle su camino, darle luces y espacio en la tierra. ¡Todo lo demás es pura fantasía!...

Protesté, y él se exaltaba, se ponía sombrío y gritaba colérico:

—¡Basta, pues!

Una tarde salió y no volvió ni por la noche, ni al día siguiente. En cambio se presentó el amo, que muy preocupado me dijo:

—Nuestro Sacha está divirtiéndose en La Pared. Habrá que buscar otro amasador.

—Tal vez vuelva...

—No hay que esperarlo; lo conozco bien.

Fui a «La Pared»: era un tabernucho ingeniosamente empotrado en una pared de piedra, sin ventanas y sin otras luces que las que recibía por una abertura del techo. Era sencillamente un agujero cuadrado excavado en el suelo y cubierto con tablas. Todo allí estaba impregnado de un olor a tierra movida, a tabaco malo y aguardiente. Una mezcolanza de perfumes que al cabo de media hora mareaba. Pero los concurrentes, sombríos personajes, sin ocupación conocida, se habían habituado a ello, como a tantas otras cosas insoportables a primera vista, y permanecían allí todo el día en espera de algún obrero juerguista para desplumarle.

Konovalov estaba sentado ante una gran mesa redonda en medio de la taberna, rodeado de seis personajes respetuosos y humildemente aduladores, fantásticamente trajeados con harapos, con caras de bandidos de Hoffman.

Bebían cerveza mezclada con aguardiente y comían algo muy semejante a trozos de arcilla seca.

—¡Bebed, amigos, bebed cuanto podáis! ¡Tengo dinero y ropa; habrá para tres días! ¡Lo beberemos todo... y se acabó! No quiero trabajar más, ni quiero quedarme aquí.

—Esta ciudad es detestable —dijo uno de los individuos, que se asemejaba a John Falstaff.

—¿Trabajar? —dijo otro, interrogando al techo, y añadió muy admirado—: ¿Acaso hemos venido al mundo para trabajar?

Todos gritaban a un tiempo como si tratasen de demostrar a Konovalov su derecho a beberse su dinero y aun de elevar este derecho al imperioso deber de bebérselo todo precisamente con ellos.

—¡Hola, Máximo querido! ¿Tú también por aquí has caído? —dijo Konovalov procurando que cayesen en verso sus palabras—. Toma, bebe. escriba y fariseo. He naufragado completamente, hermano. ¡Esto se acabó! Quiero bebérmelo todo, y cuando no me queden más que los pelos, me detendré. ¿No quieres beber?

No estaba todavía completamente borracho; sólo sus ojos azules brillaban con un brillo de desesperado aburrimiento, y su magnifica barba, que le cubría el pecho como un abanico de seda, se movía por el temblor nervioso de su mandíbula. Tenía desabrochado el cuello de la camisa y perlaban su frente blanquísima leves gotas de sudor, y su mano, tendida hacia mí con su vaso de cerveza, no parecía muy firme y segura.

—¡Deja eso! ¡Vámonos! —le dije, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Dejar esto? —me contestó riendo—. Si te hubieses presentado a mí diez años antes y me hubieses dicho esas palabras, quizá te hubiera hecho caso. Pero ahora prefiero continuar así, ¿por qué no? Lo siento todo, cada latido de la vida, pero no entiendo nada, y no sé encontrar mi camino... Siento... y bebo porque no puedo hacer otra cosa... Bebe tú también.

Los nuevos amigos de Konovalov me miraban con manifiesto desagrado, y aquellos seis pares de ojos estaban fijos en mí, con intenciones nada pacíficas. ¡Pobres! Temían que me llevase a Konovalov, y entonces, adiós festín que habían estado aguardando quizá durante ocho días.

—¡Hermanos! Es mi camarada... un sabio que Satanás confunda. ¿Quieres leer aquí el libro de Stenko?... ¡Oh hermanos, cuántos libros hay en el mundo! ¿Qué me dices de Pila? Ése no es un libro, es sangre y lágrimas. ¡Ah, Máximo! Pila soy yo, y también Cissoiko. ¡Lo juro! ¡Ya está explicado!

Con los ojos siniestramente abiertos me miraba con terror y su labio inferior temblaba de una manera extraña.

Me hicieron de muy mala gana un sitio en la mesa. Me senté al lado de Konovalov en el preciso momento en que él tomaba su vaso de cerveza mezclada con aguardiente. Era evidente que deseaba aturdirse cuanto antes con la ayuda de aquel brebaje. Después de beber tomó del plato uno de aquellos trozos de carne que parecían greda seca, lo miró y lo arrojó por encima del hombro contra la pared. Los comensales gruñían como una jauría hambrienta en presencia de un hueso.

—Soy hombre perdido... ¿Por qué mi madre me echó al mundo? ¿Y quién lo sabe? ¡Tinieblas y angustias!... ¡Adiós, Máximo, ya que no quieres beber conmigo! No volveré a la tahona. El amo me debe dinero. Recógemelo y me lo traes. Me lo beberé... Y si no, guárdatelo para comprar libros... ¿Quieres? ¿No quieres? Sí, hombre, quédatelo... ¿No? Pues eres un cochino. ¡Vete, vete!

Se iba emborrachando más, y sus ojos se tornaban feroces. Sus compañeros estaban dispuestos a echarme a puñetazos; por eso, sin esperar a que este caso llegara, salí de la taberna.

Tres horas después volví de nuevo a «La Pared». La compañía de Konovalov se había aumentado con dos personas más. Todos estaban ebrios; pero él, menos que los otros. Cantaba con los codos apoyados en la mesa, y por el agujero del techo contemplaba el cielo. Los borrachos le escuchaban en diferentes posturas. Algunos eructaban. Mi camarada cantaba con voz de barítono, que al atacar las notas altas degeneraba en falsete, como les sucede a los obreros. Apoyada la palma de la mano en la mejilla, cantaba con sentimiento tonadas tristes, con el rostro pálido por la emoción y los ojos semicerrados y el cuello tenso. Ocho fisonomías ebrias, congestionadas y estúpidas, le contemplaban. De cuando en cuando se oían ronquidos y eructos. La voz de Konovalov vibraba, lloraba y gemía, produciendo una indecible tristeza ver a aquel buen muchacho cantando su lamentable canción...

El insoportable olor, los rostros rojos y sudorosos, las dos lámparas de petróleo y las paredes negras y sucias de humo y de barro, el piso de tierra y la sombra que envolvía aquel agujero, todo era penoso y enfermizamente fantástico. Hubiérase creído que aquellas gentes estaban enterradas vivas, y que uno de ellos entonaba una postrera canción antes de morir para decir su último adiós al mundo. Una tranquila desesperación, un hastío sinfín vibraba en la canción de mi camarada.

—Máximo, ¿estás aquí? ¿Quieres ser mi esaule?*. Ven, amigo —dijo, interrumpiendo su salmodia, y tendiéndome la mano—. Estoy dispuesto, hermano. Juntemos una horda. Hay gente sobrada... Esto no es nada. Llamaremos a Pila y a Cissoiko, y les daremos pan y carne a diario. ¿No te parece? Tú cogerás tus libros y nos leerás a Stenko y a los otros... ¡Oh amigo mío, qué triste estoy!

Dio un puñetazo sobre la mesa y los vasos y las botellas tintinearon, y los borrachos se despertaron y llenaron la taberna con un ruido infernal.

—Bebed, camaradas —gritó Konovalov—, bebed y aliviad vuestras penas. Bebed cuanto podáis.

Me fui. A la puerta me detuve y oí a Konovalov discursear con lengua estropajosa, y cuando volvió a comenzar a cantar me encaminé a la tahona. En mis oídos zumbó durante mucho tiempo una canción dolorida y lagrimosa, una salmodia tristona de borracho.

Dos días después Konovalov haba desaparecido de la ciudad.

Tiempo después tuve ocasión de volverlo a ver.

* * *

Es preciso haber nacido en una sociedad civilizada para tener la paciencia de vivir en ella toda la vida y no sentir nunca el deseo de abandonar esta esfera de penosos convencionalismos, de venenosos cumplimientos consagrados por el uso, de ambicioncillas enfermizas, de sectarismo estrecho, de insinceridad en todos los aspectos; en una palabra, en esta feria de vanidad de vanidades que congela los corazones, corrompe el espíritu, y que con tan poquísima razón se llama civilización. Yo he nacido y he sido criado al margen de esta civilización y de esta sociedad, y por esta razón, para mí preciosa, no puedo aceptar su cultura a fuertes dosis sin experimentar muy luego la necesidad de salir de su ambiente y de descansar de las múltiples complicaciones, de los refinamientos malsanos de semejante existencia.

En el campo se vive casi la misma vida insoportable y aburrida que en medio de las gentes civilizadas. Es preferible deambular por las callejuelas más míseras de las ciudades, donde, a pesar de que en ellas toda inmundicia tiene su asiento, todo es sincero y sencillo; o lanzarse por los campos y los caminos, cosa que, además de resultar

---

* Grado superior entre los cosacos del Don.

siempre interesante, refresca moralmente y no exige otros gastos de locomoción que unas buenas piernas.

Precisamente hará unos cinco años que, habiendo emprendido yo una caminata por el estilo a través de la inmensa Rusia, sin itinerario preconcebido, llegué a Teodosia. Con la esperanza de allegarme algún dinero para proseguir mi camino, me presenté en el lugar en que se estaba construyendo por entonces un dique, y pedí trabajo. A fin de satisfacer mi deseo de ver en conjunto los trabajos que se estaban llevando a cabo, subí a una montaña y me senté, y desde allí me quedé contemplando el mar sin límites y a aquellos hombres minúsculos, que le ponían diques. Ante mis ojos se ofrecía el amplio panorama del trabajo humano. Toda la rocosa ribera de la bahía estaba excavada. Veíanse por doquiera hoyos, montones de piedras y de maderas, carretillas, picos, barras de hierro, herramientas, maquinaria complicada, armazones de madera, y en medio de todo aquello se agitaban seres humanos. Eran los que, después de haber desgarrado las entrañas de la montaña a fuerza de dinamita, la fragmentaban con picos y la allanaban para tender una vía férrea, mientras otros mezclaban en grandes cajas piedras y cemento, y después de formar enormes cubos los hundían en el mar para construir así un dique contra el empuje titánico de las infatigables olas. Desde allá arriba los hombres parecían pequeños como gusanos sobre el fondo oscuro de la montaña mutilada por ellos, y como larvas se movían entre aquellos montones de piedras, de maderas, de escombros, bajo el sol ardiente del mediodía. Se diría que querían ocultarse del sol y reducir todo en torno de ellos a ruinas, penetrando en el seno de la montaña, tan abrasador era el sol y tan desolado aquel horrendo caos.

En la atmósfera pesada flotaba un rumor sordo; los picos golpeaban en la piedra, las ruedas de las carretillas rechinaban, los martillos caían pesadamente sobre los pies derechos, la *Dubinuska* * lloraba; resonaban las hachas, y los hombres, minúsculos y grises, chillaban en todos los tonos.

En uno de aquellos lugares, un grupo de obreros, jadeando, se esforzaba con ahínco por mover un inmenso bloque de roca; en otro, varios operarios habían levantado una pesada viga y gritaban hasta faltarles la voz: «¡Arriba!» Y la montaña entera agrietada repetía sordamente: «¡a... a.... a...!»

Sobre la línea cortada por traviesas avanzaba lentamente una fila de hombres que empujaban una serie de vagonetas cargadas de

* Canción popular

piedras, y a su encuentro llegaba lentamente también, a fin de prolongar los minutos de descanso, otra fila empujando las descargadas. Junto a un martillo-pilón se veía una compacta y abigarrada muchedumbre, de la cual salía una voz que cantaba gangosa y lastimera:

—¡Hermanos míos, qué calor!... ¡Y nadie nos compadece!... ¡Oh, Dubinuska! ¡Ah, ah!

La muchedumbre aullaba, poderosa, tirando de los cables, y la masa de hierro del pilón se elevaba en el aire y volvía a caer. Dejábase oír un ruido semejante a un suspiro, y todo el pie derecho se estremecía. Hormigueaban en todo el espacio, entre el río y el mar, los hombrecitos grises llenando la atmósfera con sus gritos, con su polvo y con su olor. Entre ellos circulaban los contramaestres con trajes blancos, con botones metálicos, que brillaban al sol como ojos crueles. El cielo despejado, diáfano y ardiente, las nubes de polvo y las olas de sonidos formaban la sinfonía del trabajo, la única música que nunca produce placer.

El mar, hasta el confín del horizonte brumoso, aparecía tranquilo, y en la playa azotaba suavemente con sus olas transparentes la orilla que hervía de vida, movimientos y ruidos. Lleno de alegría por el sol radiante, parecía sonreír bonachonamente como Gulliver, que sabía que, con uno solo de sus movimientos, podía destruir todo el trabajo de aquellos liliputienses. Estaba terso, deslumbrador, grande, fuerte, bueno, y su poderosa respiración soplaba en la playa, refrescando a aquellos seres cansados, ocupados en reducir la libertad de sus olas que acariciaban tan dulcemente, a pesar de eso, la mutilada playa. Parecía como si compadeciese a aquellas pobres gentes; siglos de existencia le habían hecho comprender que los verdaderos malhechores no eran aquellos hombres que allí trabajaban; él sabía desde hacía siglos que no eran sino esclavos, a quienes se imponía aquella lucha cuerpo a cuerpo con los elementos, cuya venganza siempre está próxima. Construyen, padecen; su sangre y su sudor son el cemento de cuanto se hace en la tierra, y a cambio de eso nada reciben después de haber puesto toda su fuerza al servicio del eterno deseo de construir, deseo que hace milagros en la tierra, pero que no da abrigo a los trabajadores ni les asegura el pan de cada día. También ellos son un elemento; por eso el mar no es vengativo y mira con indulgencia el trabajo del que ellos no se aprovechan. Aquellas pequeñas larvas grises que socavan la montaña son semejantes a las gotas del mar que caen las primeras sobre las inaccesibles rocas de la playa, lanzadas por el eterno deseo que el mar tiene de alargar sus dominios, y son

ellas las primeras en morir, rompiéndose contra las rocas. En su masa, aquellas gotas forman parte del mar, son poderosas también y gustan de destruir cuando el soplo de la tempestad las ha irritado. El mar conoce de antigua fecha a los esclavos, a los que en otros tiempos alzaron las pirámides en el desierto, a los de Jerjes, hombre originalísimo que creyó castigar el mar con trescientos azotes porque destruyó su puente, semejante a un juguete de niño. Los esclavos han sido en todos los tiempos los mismos; sumisos y mal alimentados, ejecutores siempre de grandes y hermosas cosas, divinizadores a veces de aquellos mismos que les hacían trabajar y a quienes con más frecuencia maldecían y contra los que rara vez se levantaban. Sonriendo como un titán que tiene conciencia de su poder, el mar refrescaba con su aliento a aquellos que, ciegos y esclavos, cavaban miserablemente la tierra en vez de lanzarse hacia el cielo. Las olas acariciaban la playa salpicada de gentes que levantaban obstáculos de piedra a sus embates; la acariciaban y rimaban sonora y dulce la canción del pasado y de cuanto han visto en las costas del universo.

Entre los obreros había caras extrañas, secas y bronceadas, con gorras rojas, blusas azules, pantalones apretados en la rodilla y acampanados sobre el pie. Eran, como supe más tarde, turcos de Anatolia. Sus voces guturales se mezclaban al despacioso hablar cantarino de los viatichis, al duro y rápido de los volgenses y a la dulce entonación de los pequeños rusos.

La carestía que asolaba a Rusia, y el hambre que en ella se dejaba sentir, había congregado allí a representantes de casi todas las provincias azotadas por la desgracia, divididos en pequeños grupos por comarcas. Sólo los vagabundos, eternos cosmopolitas, se hacían notar por sus aires de independencia, por sus trajes, por su lenguaje de aldeanos y esclavos de la tierra, que sólo provisionalmente, y ante el empujón de la necesidad, habían roto la cadena que a ella les ataba, pero conservando obstinadamente el recuerdo del suelo natal. En todos los grupos, lo mismo entre los viatichis que entre los pequeños rusos, había vagabundos que en cualquier parte se sentían a sus anchas; pero la mayoría de ellos se agrupaban junto al martillo-pilón, porque la faena allí era menos penosa.

Cuando me aproximé a ellos esperaban, las manos en el cable, aguardando a que el contramaestre arreglase la polea que sin duda desgastaba la cuerda. Manipulaba en lo alto del maderamen y gritaba:

—¡Tiren!

Los otros tiraban débilmente.

—¡Paren! ¡Tiren! ¡Bueno! ¡Tiren!...

El principal cantador, un mocetón robusto, picado de viruelas, barba muy descuidada y maneras de soldado, se encogió de hombros, miró de soslayo, tosió y entonó:

Hunde el martillo
La viga en la tierra...

La continuación. que no encontraría licencia en la censura más indulgente, provocó una gran carcajada unánime. No cabía duda de que la copla era improvisada y producto de la inspiración espontánea del cantante, que, con el aplomo de un artista habituado al éxito y seguro de su público, se retorcía ufano los bigotes.

—¡Ea! —vociferó desde lo alto, a voz en grito, el contramaestre—. ¡Basta de chillar!

—¡Cuidado, Mitritch, que vas a estallar! —le respondió desde abajo uno de los obreros.

Aquella voz no me era desconocida; aquella alta silueta de anchos hombros, de cara oval, iluminada por unos grandes ojos azules, yo la había visto en alguna parte.

¿Konovalov? Pero al Konovalov que yo conocía no le partía la despejada frente un chirlo como el que cruzaba la de aquel mozo. Los cabellos de Konovalov eran más claros y no rizados en pequeños bucles como los de éste. Konovalov tenía una barba larga y abundante, mientras que éste estaba afeitado y llevaba, como los pequeños rusos, largos bigotes caídos. Sin embargo, aquel sujeto tenía algo que me era familiar. Decidí dirigirme a él para preguntarle por qué medio podría obtener trabajo inmediato, y esperé el momento en que acabasen de clavar el pie derecho.

—¡Oh! ¡Oh! —suspiraba afanosa la multitud, agachándose cuando tiraba de la cuerda e irguiéndose rápida como presta a arrancarse de la tierra y a elevarse en el aire. El martillo-pilón rechinaba y temblaba; por encima de las cabezas se levantaban brazos desnudos, atezados y velludos, con los músculos rígidos; pero la pesada mole de hierro se elevaba cada vez a una menor altura y caía contra el madero más débilmente. Al ver aquel trabajo, cualquiera podría pensar que una multitud idólatra, extasiada y desesperada, levantaba los brazos hacia un Dios mudo y se prosternaba ante él. Los rostros bañados de sudor, sucios y fijos, los cabellos enmarañados pegados a las frentes húmedas, los cuellos tostados, los hombros trémulos por el esfuerzo, todos aquellos cuerpos cubiertos apenas con harapos abigarrados, impregnaban el ambiente con sus cálidas emanaciones, y confundidos en una masa

caótica hormigueaban estúpidamente en la atmósfera húmeda y ardiente, saturada del nauseabundo olor de sus transpiraciones.

—¡Basta! —gritó una voz cascada y áspera.

Los brazos de los obreros soltaron las cuerdas, que volvieron a caer suavemente a lo largo del madero, al propio tiempo que los mismos operarios se dejaban caer pesadamente a tierra secándose el sudor, jadeantes, estirándose, palpándose los hombros y emitiendo un sordo murmullo semejante al gruñido de un gran animal enfurecido.

—¡Paisano! —dije al mozo en que yo me había fijado.

Se volvió perezosamente hacia mí; fijó sus ojos en mi cara, los entornó después y me examinó con atención.

—¡Konovalov!

—¡Espera!

Me echó atrás la cabeza con una mano como si se dispusiese a cogerme por la garganta, y de pronto su rostro brilló con una sonrisa alegre y bonachona.

—¡Máximo! ¿Eres tú? ¡Maldición! Amigo, ¿tú también has descarrilado? ¿Te has unido a los vagabundos? Has hecho bien, muy bien... camina... eso es todo. Y ¿hace mucho tiempo? ¿De dónde vienes? Ahora vamos a recorrer palmo a palmo juntos toda la tierra. ¡Qué vida la de allá! Todo aburrimiento. Aquello no era vivir, era pudrirse. Yo, hermano, desde entonces he paseado por el mundo. ¿Dónde no habré estado? ¿Qué aires no he respirado? Pero, ¿cómo estás vestido de una manera tan extravagante? No hay quien te reconozca. Por tu traje pareces un soldado; por tu fisonomía, un estudiante. Vamos, di, ¿no es bueno vivir así? ¡Ir de la ceca a la meca! ¿Quieres creer que no he olvidado a Stenko, a Taras, a Pila, etc., etc.?

Me daba puñetazos en los costados, me golpeaba el hombro con su ancha mano como si quisiera hacerme un bistec. Me era imposible colocar una palabra en aquella especie de fuego graneado de sus preguntas, y me limitaba a sonreír, seguramente con cara de tonto, mirando aquel rostro bonachón y radiante. Yo también estaba contento, muy contento de volverle a ver. Mi encuentro con él trajo a mi memoria los comienzos de mi vida, que seguramente valían más que la continuación.

Por fin pude preguntar a mi antiguo amigo por qué tenía aquella cicatriz en la frente y por qué se le rizaban los cabellos.

—¡Oh! Ya verás; es toda una historia. Quisimos otros dos compañeros y yo pasar la frontera para dar un vistazo por Rumania. Salimos de Kagula, pueblo de la Besarabia, muy próximo a la frontera. Era desde luego de noche y avanzábamos cautelosamente, cuando de pronto oímos: «¡Alto!» Eran los carabineros. Como era

de noche, nos habíamos metido encima. ¿Qué hacer? Ponernos a salvo, naturalmente. Entonces un soldado me abrió esta brecha en la cabeza. No me acertó del todo, pero me costó estar un mes en el hospital. Y lo más curioso del caso es que el soldado era paisano mío, de Murom. Él también tuvo que ser llevado al hospital poco después, porque un contrabandista le había hundido un cuchillo en el vientre. Cuando ambos nos encontramos un poco restablecidos, charlamos de cómo se habían desarrollado los hechos. El soldado me preguntó «¿Fui yo quien te señaló de ese modo?» «Debes haber sido tú, una vez que lo reconoces», contesté. «De fijo he sido yo; pero no debes culparme de ello, pues que así lo exige el servicio. Creíamos que erais contrabandistas. También a mí me han señalado, descosiéndome el vientre. ¡Qué se le va a hacer! La vida es un juego muy serio.» Nos hicimos amigos. Era un buen soldado aquel Jaska Masino...

—Y ¿los pelos rizados?

—Los ricitos me han venido después, hermano; después de unas fiebres tifoideas. Me metieron en la cárcel en Kichinev hasta que se celebrase el juicio por haber pasado la frontera sin pasaporte. Allí fue donde caí con el tifus. Lo pasé mal... creí que no salía. Creo que en mi salvación tuvieron gran parte los cuidados de la enfermera. Yo estaba admirado, hermano: se preocupaba de mí como de un niño, y, sin embargo, ¿para qué podía servirla yo? Con frecuencia le decía: «María Petrovna, deje eso, estoy avergonzado, no se moleste tanto.» Y ella sonreía sin decirme nada. Era una buena muchacha. A veces me leía libros devotos. Un día le pregunté: «¿No hay algún libro así... más divertido?» Me trajo un libro en el cual un marinero inglés, que se había salvado de un naufragio, arribó a una isla desierta y en ella se las había ido arreglando para vivir. ¡Enormemente interesante aquella historia! Aquel libro me gustó muchísimo. También yo me habría ido a aquella isla. ¿Te das cuenta qué vida era la de allí? Una isla, mar y cielo. Tú estás allí solo, solo... y tienes todo lo que necesitas y eres completamente libre. Aún quedaba por allí un salvaje; pero yo le habría ahogado. ¿Para qué podría servirme? No me aburro por estar solo. ¿Has leído tú algún otro libro parecido?

—Oye, y ¿cómo saliste de la cárcel?

—Me pusieron en libertad. Me juzgaron, me absolvieron y me dieron libertad. Muy sencillo. Mira, hoy no trabajo más. ¡Al diablo el trabajo! Ya me he roto bastante los brazos; basta ya. Tengo casi tres rublos, y por el medio día de hoy me darán aún cuarenta copecas. ¡Un capital! Ven conmigo a mi casa. No estamos en el cuartel; vivimos a dos pasos de aquí, en la montaña. Es una gruta muy cómoda para habitación de personas. Somos dos para habitarla,

pero mi compañero está enfermo. La fiebre le consume. Siéntate aquí, mientras voy a hablar con el capataz... Vuelvo en seguida.

Se levantó rápidamente y se fue en el preciso momento en que los obreros se cogían a la cuerda para reanudar el trabajo. Yo me quedé sobre una peña contemplando aquel trajín de los hombres en torno mío y el mar tranquilo, verde y azul...

La alta silueta de Konovalov, caminando con paso lento entre los obreros, las piedras, las maderas y las carretillas, fue desapareciendo a lo lejos, con los brazos caídos, su blusa azul, estrecha y corta, los pantalones de tela y las gruesas botas. Su revuelta y ensortijada cabellera temblaba sobre su cabeza leonina. A veces se volvía y me hacia señas con la mano. Me parecía un ser nuevo, animado, tranquilo, seguro, bonachón y fuerte. En torno de él todo se movía a impulso del trabajo; la madera rechinaba, las piedras se hendían, los picos gemían, los hombres gritaban, se injuriaban, suspiraban y cantaban como si gimiesen. En medio de aquel movimiento y de aquellos discordes ruidos, la hermosa silueta de Konovalov que se alejaba con paso firme, mirando a derecha e izquierda, resaltaba y parecía encerrar una alusión a alguna cosa que me explicaba su propia significación.

Dos horas después de nuestro encuentro estábamos tendidos Konovalov y yo en el agujero, muy cómodo para vivienda de hombres. Y, efectivamente, el agujero era cómodo. En la montaña excavada para sacar piedra había quedado una oquedad cuadrada donde podían caber muy bien cuatro personas. Pero era baja y la entrada estaba casi oculta por una gran piedra que formaba una especie de cortina, de modo que, para penetrar en la gruta, era preciso tenderse en el suelo y arrastrarse. Tenía aproximadamente tres metros de larga, pero resultaban inútiles, pues era muy peligroso aventurar allí la cabeza, ya que la piedra de la entrada podía desprenderse y enterrarle a uno vivo. Y como nosotros no teníamos semejantes deseos, nos arreglamos de este modo: introdujimos las piernas y el cuerpo en el agujero, donde hacía un agradable fresco, y nos quedamos con las cabezas al sol. De esta manera, si el tablero de piedra tenía el capricho de caer no haría otra cosa que aplastarnos el cráneo.

El vagabundo enfermo se tendió al sol todo él a dos pasos de mí. Sentíamos castañetear sus dientes en el paroxismo de la fiebre. Era un pequeño ruso lato y seco de «Poltava o quizá de Kiev», como me dijo con expresión soñadora.

—El hombre vive tanto tiempo sobre la tierra, que poco importa que olvide dónde ha nacido. Y, además, ¿qué más da? El nacer es una gran desgracia, pero nada significa el dónde.

Se revolcaba por el suelo tratando de cubrirse lo mejor que podía con un viejo gabán gris, todo él lleno de agujeros. Juraba de un modo pintoresco viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, pero seguía jurando y continuaba, a pesar de todo, tratando de envolverse en sus harapos. Tenía unos ojillos negros, siempre entornados, como si examinase algo con interés. El sol nos tostaba insoportablemente la nuca, y Konovalov hizo una especie de pantalla con mi manta de soldado, colgada de dos palos. A pesar de todo, se ahogaba uno.

Llegaba de lejos el ruido sordo de los trabajos en la bahía, pero no alcanzábamos a verla. A nuestra derecha, sobre la orilla, estaba la ciudad con pesadas masas de casas blancas; a la izquierda, el mar; ante nosotros, el mar, hasta perderse en la lejanía. En las suaves medias tintas del horizonte se fundían, en fantásticos espejismos, colores maravillosos, delicados e imprevistos que acariciaban los ojos y el alma por la inexplicable belleza de sus matices.

Konovalov miraba a la lejanía y sonreía beatíficamente. Me dijo:

—Cuando el sol se ponga, encenderemos un buen fuego y haremos té. Tenemos pan y carne; entre tanto, ¿quieres melón o sandía?

Con el pie hizo rodar de un ángulo del agujero una sandía, sacó una navaja del bolsillo y, mientras la partía, dijo:

—Cada vez que me encuentro junto al mar me pregunto siempre por qué las gentes no viven más en las playas. Serían mejores entonces, porque el mar acaricia e infunde pensamientos buenos en el alma. Pero, dime tú ahora, ¿qué ha sido de ti durante todos estos años?

Se lo conté. El pequeño ruso enfermo no prestaba ninguna atención a nuestra conversación. Se dejaba tostar por el sol, que iba ya descendiendo sobre el mar, el cual, a lo lejos, se iba tiñendo de púrpura y oro, y al encuentro del sol se elevaban nubes grises y rosadas de suaves contornos. Parecía que del fondo del mar surgiesen montañas de cimas blancas, vestidas de nieve y de rayos rosa del Poniente. De la bahía llegaba la melancólica melodía de la *Dubinuska* y los estampidos de la dinamita que destruía la montaña. Las masas de piedras y las desigualdades del terreno proyectaban en el suelo sombras que, creciendo imperceptiblemente, se arrastraban hasta nosotros.

—Estás muy equivocado, Máximo, con tu manía por las ciudades —dijo con acento de convicción Konovalov, después de haber escuchado mi odisea—. ¿Qué es lo que te atrae en ellas? La vida allí es malsana y estrecha. No hay aire ni espacio, nada de lo que necesita el hombre. ¿Para qué diablos las necesitas? Eres un

hombre instruido y sabes leer, ¿para qué necesitas a los demás? ¿Qué esperas de ellos? Además, en todas partes hay hombres.

—¡Oh! —dijo el pequeño ruso, que se retorcía por el suelo como una culebra—. Demasiados hay en todas partes; apenas puede uno andar por su camino sin pisar a otro. Nacen infinitos hombres, como setas después de la lluvia, y, también como éstas, son pasto de los ricos.

Escupió filosóficamente y volvió a castañetear los dientes.

—En cuanto a ti —prosiguió Konovalov—, te vuelvo a repetir que no te vayas a vivir a las ciudades. ¿Para qué? No hay allí más que porquería y desorden. ¿Libros? Tienes bastantes, a juicio mío, con los que has leído; no creo que para eso hayas venido al mundo; y, además, los mismos libros no son sino tonterías. Cómprate uno, lo pones en tu equipaje, y andando. ¿Quieres venir conmigo a Tachkent, a Samarcanda o a cualquiera otra parte? Luego hacia el Amur, ¿quieres? Yo tengo para mí, querido hermano, que no hay nada mejor que recorrer la tierra en todas las direcciones. Camina uno y ve siempre cosas nuevas y no piensa en nada; el viento que le da a uno de cara parece como que le limpia el alma de todo polvo... Si tiene hambre, se para; trabaja hasta ganar cincuenta conecas; no hay trabajo, pide limosna; ya se la darán. De este modo se pueden ver muchas y muy hermosas cosas. ¿Qué dices?

Había el sol transpuesto el horizonte; las nubes se habían oscurecido, el mar se iba tornando también oscuro, y de su seno emanaba vivificante y grato frescor. Aquí y allá fulgían algunas estrellas, y en la bahía había cesado el ruido del trabajo, y de cuando en cuando ascendían hasta allí algunos gritos humanos, leves como suspiros; y la brisa, al llegar hasta nosotros, nos traía el melancólico murmullo de las olas en la orilla. La oscuridad se iba infiltrando rápidamente, y la figura del pequeño ruso, que cinco minutos antes tenía contornos precisos, se nos aparecía ahora como una masa informe.

—¡Si hiciésemos un poco de fuego! —dijo él, tosiendo.

—¿Por qué no?

Konovalov sacó, no sé de dónde, unas virutas: las encendió, y finas lenguas de fuego comenzaron a lamer, acariciándola, la madera amarilla y resinosa. Delgados hilillos de humo serpenteaban en el aire nocturno, saturado de humedad salobre y de fresca brisa marina. En torno nuestro, todo aparecía más tranquilo y la vida parecía alejarse de nosotros. Sus ruidos se fundían y se extinguían en la oscuridad. Las nubes se disipaban; en el cielo azul oscuro brillaban resplandecientes las estrellas, y sobre la aterciopelada superficie del

mar cabrilleaban las luces de las barcas de los pescadores. La lumbre ante nosotros se había abierto como una gran flor amarillo-rosa.

Konovalov puso sobre ella una tetera, y, cogiéndose las rodillas con las manos, contemplaba las llamas con expresión soñadora. El pequeño ruso, como un enorme lagarto, se arrastró hacia la llama.

—Los hombres han hecho ciudades y casas donde se amontonan; estropean la tierra, se ahogan, se molestan unos a otros. ¿Eso es vivir? No; la verdadera vida es la nuestra.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo, moviendo la cabeza, el pequeño ruso—. Si a eso se añadiese un buen abrigo de pieles para el invierno y una casa bien confortable, entonces sería una verdadera vida de señor...

Cerró a medias sus ojos, se echó a reír y miró a Konovalov.

—Sí —respondió éste turbándose un poco—, el invierno es un tiempo maldito; para el invierno es verdaderamente precisa la ciudad; no hay nada que hacer. Pero las grandes ciudades son inútiles. ¿Por qué amontonar a las personas, cuando ni siquiera pueden estar de acuerdo dos o tres? Eso es lo que yo quiero decir. Ciertamente, si bien se piensa, para el hombre no hay sitio en ninguna parte, ni en las ciudades ni en las estepas; pero lo mejor es no pensar en estas cosas. No conducen a nada y acongojan el espíritu.

Hasta entonces había yo creído que Konovalov había cambiado como consecuencia de su vida errante; sospechaba que aquellas manifestaciones de hastío que oprimían su corazón en la época de nuestra vida común se habían disipado con el aire libre de los últimos años. Pero el tono con que pronunció aquella última frase me recordó a mi amigo tal como yo le había conocido, buscador inquieto e insaciable. La herrumbre de la duda, el veneno del ensueño, roían y minaban a aquel hombre poderoso venido al mundo para su desventura con un corazón vibrante. Las gentes soñadoras son numerosas en el mundo ruso y son más desgraciadas que cualesquiera otras, porque el peso del pensamiento se ve recargado con la ceguera del espíritu.

Miraba yo a mi amigo con gran compasión, cuando él, como para confirmar mis presunciones, exclamó con tristeza:

—Me acuerdo, Máximo, de nuestra vida y de todo lo que allí pasó. ¡Cuántas leguas he andado desde entonces! ¡Y cuántas cosas he visto!... Nada hay en la tierra que me dé paz... no he encontrado mi sitio.

—Y ¿por qué naciste con un cuello para el cual ningún collar es bueno? —preguntó con indiferencia el pequeño ruso retirando del fuego la tetera.

—¡Qué sé yo! —dijo Konovalov—. Porque no puedo vivir en paz; siendo así que los demás viven, se ocupan de sus negocios, tienen mujer e hijos, y, en una palabra, ¡todo! Se quejan también de la vida, pero están tranquilos y tienen siempre deseo de hacer algo. Y yo, ¿por qué no puedo? Yo me aburro... ¿por qué?

—¡Vaya un gusto de forjarse quebraderos de cabeza! —dijo muy admirado el enfermo—. ¿Acaso a fuerza de pensar esto o aquello te vas a sentir mejor?

—Exacto —replicó Konovalov tristemente.

—Yo hablo siempre poco, pero sé lo que me digo —continuó con dignidad estoica, sin cansarse de luchar contra la fiebre.

—¡Ea! Dejemos todas estas historias; ya que estamos en el mundo, vivamos y no pensemos —dijo malignamente esta vez Konovalov.

Pero el pequeño ruso creyó necesario añadir:

—Y no te preocupes por nada; el tiempo llegará sin que tú lo quieras, y serás arrastrado a donde sea preciso y te convertirás en polvo. Permanece tendido y cállate; ni la lengua ni el brazo nos dan ninguna ayuda —dijo, tosió, se agitó y se puso a escupir con rabia en el fuego.

En torno nuestro todo era oscuridad, velada por la espesa cortina de la noche. Sobre nuestras cabezas, el cielo era también oscuro; aún no había aparecido la luna. Se oía el mar, aunque no se le veía; las tinieblas se iban espesando ante nuestros ojos. Parecía que sobre la tierra hubiera caído una niebla densa. El fuego se apagaba...

—¡Vamos a dormir! —propuso el pequeño ruso.

Nos arrastramos hacia el agujero y nos tendimos con la cabeza fuera.

Callamos. Konovalov, una vez tendido, permaneció inmóvil, como petrificado. El enfermo no encontraba descanso y daba diente con diente. Yo miré durante largo tiempo cómo se iba extinguiendo el fuego; poderoso y ardiente al principio, el montón de carbones se iba haciendo cada vez más pequeño, se cubría de cenizas e iba desapareciendo bajo ellas. Pronto no quedó de la hoguera sino un vaho cálido. Yo lo miraba y pensaba:

—¡Así somos nosotros también! ¡Si al menos supiéramos arder con más violencia!...

Tres días después me despedí de Konovalov. Yo me iba a Kubañe. Él no quiso venir. Pero nos separamos con la certeza de volvernos a encontrar en la tierra... La ocasión no llegó.

CHELKACHE

Entoldado aparecía el cielo por el polvo que se elevaba del puerto. El sol ardiente contemplaba el mar verdoso a través de un tenue velo y no podía reflejarse en el agua cortada a cada instante por el golpe de los remos, las hélices de los vapores o las quillas de los faluchos turcos o de los barcos de vela que surcaban en todas direcciones el angostísimo puerto. Las olas, constreñidas por las masas de granito, aplastadas por los pesos enormes que soportaban, rompíanse contra los costados de los barcos, estrellábanse contra la machina, se golpeaban y murmuraban espumantes, turbias y sucias. El estrépito de las cadenas, el rodar de los vagones, el gemido metálico de las vigas de hierro sobre el pavimento, las sirenas de los vapores, ya agudas, ya estridentes, los gritos de los marineros y de los carabineros, todos aquellos sonidos fundíanse en uno solo —la música del trabajo— y vibraban y se adormecían en el aire como si temieran subir y desaparecer. Y del suelo ascendían sin tregua nuevos rumores que, sordos o estridentes, desgarraban el aire ardiente y polvoriento. El granito, el hierro, la madera, los buques y los hombres, todo entonaba un himno furioso y apasionado al Dios del Tráfico. Pero las voces de los hombres, apenas distintas, parecían débiles y ridículas, como lo son los mismos hombres, causa de toda aquella batahola. Cubiertos de harapos, sucios, encorvados bajo sus cargas, movíanse los hombres entre nubes de polvo en una atmósfera abrasadora y rumorosa, resultando pequeñísimos, ínfimos, en comparación con aquellos colosos de hierro que les rodeaban, de aquellas montañas de mercancías, de aquellos vagones estrepitosos y de todas aquellas cosas que eran creaciones suyas. Su obra los esclavizaba y los despojaba de su personalidad. Los buques gigantescos silbaban o resoplaban profundamente, y en cada sonido que emitían vibraba como un profundo desprecio de los hombres, que se arrastraban por sus puentes y llenaban sus bodegas con los productos de su trabajo de esclavos. Las interminables filas de cargadores resultaban lúgubremente

ridículas, transportando en sus hombros inmensas cargas de grano que depositaban en los abultados y férreos vientres de los barcos, por ganar algún dinero para el sustento de sus estómagos hambrientos. Los hombres harapientos, sudorosos, embrutecidos por la fatiga, por el calor y por el ruido; las máquinas brillantes, potentes e impasibles, hechura de las manos de aquellos mismos hombres, aquellas máquinas movidas en efecto no por el vapor, sino por los músculos y la sangre de sus creadores... ¡Ironía fría y cruel!

El ruido enerva, el polvo irrita nariz y ojos, el calor abrasa el cuerpo y lo fatiga, y todo en torno parece tenso, maduro, impaciente, pronto a estallar en una grandiosa catástrofe, después de la cual el aire sería respirable y ligero, la tierra se calmaría por completo de aquel rumor irritante, de aquel melancólico aturdimiento... y la ciudad, el mar y el cielo aparecerían tranquilos y luego benéficos. Pero esto no es más que una ilusión alimentada por la inextinguible esperanza del hombre y por su imperecedero e ilógico anhelo de libertad.

Sonoras y cadenciosas sonaron doce campanadas. Al morir la última, la salvaje música del trabajo se había suavizado en la mitad, y al cabo de un minuto se transformó en un sordo murmullo. Hiciéronse entonces más distintas las voces de los hombres y los murmullos del mar. Había sonado la hora de la comida.

* * *

Cuando, suspendido el trabajo, los descargadores se fueron dispersando en grupos bulliciosos a lo largo del puerto, comprando comestibles a los vendedores ambulantes e instalándose a la sombra, Grichka Chelkache, viejo lobo acorralado, apareció en medio de ellos. Era un pájaro de cuenta, perseguido frecuentemente por la policía y conocido por todas las gentes del puerto como borracho empedernido, ladrón hábil y atrevido. Destocado, revueltos los negros cabellos, entre los que aparecían algunas canas, descalzo, vestido con un pantalón de pana vieja y una blusa de percal desgarrada por el cuello, que dejaba ver sus huesos movibles, secos y angulosos, cubiertos de una piel morena; la cara de ave de rapiña, marchita, indicio de que acababa de levantarse; en una de las guías del bigote una paja, otra en los pelos de la barba mal cuidada, una ramita de tilo recién cortada detrás de la oreja; alto, huesudo, algo encorvado, caminaba lentamente sobre las piedras, mirando a derecha e izquierda con miradas rápidas, como si buscara a alguno entre los descargadores. Sus negros y espesos bigotes se estremecían cual los de un gato, y sus manos, tras de la espalda, frotábanse una contra otra, apretando sus dedos nudosos retorcidos. Aun

allí, entre centenares de individuos semejantes a él, llamaba la atención por su parecido con los milanos de las estepas, por su delgadez rapaz, por su andar seguro y tranquilo exteriormente, aunque precavido y receloso, como el vuelo del ave de rapiña a quien se asemejaba. Cuando llegó junto a un grupo de vagabundos instalados a la sombra de unos serones de carbón, un mozallón de cara inexpresiva se levantó y le salió al encuentro. Tenía el tal el rostro colorado a trechos y el cuello lleno de arañazos con señales de una reciente riña. Se puso a andar al lado de nuestro personaje, y le dijo a media voz:

—Los carabineros no encuentran dos cajas de mercancías, y... las andan buscando. ¿Entiendes, Grichka?

—¿Y qué? —preguntó Chelkache, mirándole tranquilo de arriba abajo.

—Que buscan... Nada más.

—¿Me han llamado a mí, por ventura, para ayudarles en sus pesquisas?

Y Chelkache miró con sonrisa intencionada los almacenes de la Armada.

—¡Vete al diablo!

El otro, entonces, volvió sobre sus pasos.

—Oye, espera. ¿Quién te ha puesto así? ¿Has visto a Michka por aquí?

—Hace mucho tiempo que no le he visto —gritó el otro, yéndose ya al lado de sus compañeros.

Chelkache continuó un poco más allá, siendo acogido como amigo en todas partes. Pero él, de ordinario alegre y mordaz, aquel día estaba evidentemente malhumorado y respondía con monosílabos a las preguntas que se le dirigían.

Tras un montón de mercancías surgió un carabinero con uniforme verde oscuro, polvoriento y militarmente rígido, que cortó el paso a Chelkache, poniéndose ante él en actitud provocativa, con la mano izquierda en el sable y en ademán de echar mano al cuello de nuestro hombre.

—¡Alto! ¿Adónde vas?

Chelkache retrocedió un paso y miró con sonrisa burlona al carabinero, que, intentando revestirse de un continente imponente, hinchó su roja cara, astuta aunque bonachona, se tiñó de púrpura, arqueó las cejas, abrió cuanto pudo los ojos, pero sólo consiguió aparecer más ridículo.

—Ya te han advertido que no pongas los pies en el puerto, porque, si no, un día te van a moler a palos las costillas —gritó ferozmente el soldado.

—¡Buenos días, Semenich! ¡Cuánto tiempo que no te veía! —repuso tranquilo el vagabundo, tendiéndole la mano.

—¡Pues no te he echado de menos! Sigue tu camino.

Pero, entre tanto, estrechó la mano que se le tendía.

—Escucha —prosiguió Chelkache sin soltarle la mano que, aprisionada entre sus dedos ganchudos, sacudía familiarmente—, dime, ¿no has visto a Michka?

—¿A qué Michka? No conozco a ningún Michka. Vete, hermano, no te vea el inspector, y entonces...

—El rojo aquel que trabajó hace tiempo conmigo en el Kostroma —continuó con despreocupación Chelkache.

—El que robó contigo, ésa es la palabra verdadera. Pues a tu Michka le han llevado al hospital. Se aplastó una pierna con una viga de hierro. Vete, amigo, te lo ruego, si no, voy a tener que echarte a golpes.

—¿No decías que no le conocías? ¡Mira si le conoces! ¿Por qué te has enfadado, Semenich?

—Bueno, Grichka; déjame en paz, y lárgate ya.

El carabinero comenzaba a ponerse serio y lanzaba miradas a derecha e izquierda tratando de desasir su mano de la de Chelkache, que le miraba tranquilo bajo sus espesas cejas y sonreía bajo sus bigotes sin soltarle la mano ni terminar la conversación.

—No tengas prisa. Cuando yo me canse de hablar contigo, ya te dejaré. Cuéntame cómo vives. ¿Cómo están tu mujer y tus hijos?

Y lanzándole miradas terribles, mostrando sus dientes en una sonrisa burlona, añadió:

—Siempre tengo el propósito de hacerte una visita, pero nunca tengo tiempo; siempre estoy borracho...

—Bueno, bueno; déjame, no bromees, demonio huesudo, porque, si no, hermano, yo... ¿O es que tienes verdaderamente intención de saquear casas y calles?

—¿Por qué? Aquí hay bastante para los dos. ¡Ya lo creo, querido Semenich! ¿Otra vez has escamoteado un par de cajas? ¡Cuidado, Semenich, sé prudente, que el día menos pensado te cogen!

Indignado ante aquella imprudencia de Chelkache, Semenich se puso a temblar de pies a cabeza y a escupir haciendo vanos esfuerzos por hablar.

Chelkache le soltó la mano y se encaminó tranquilo y a buen paso a la entrada del puerto. El carabinero, jurando como un condenado, le siguió de mal talante.

Chelkache había recobrado su buen humor y, con las manos en los bolsillos del pantalón, caminaba lentamente como un hombre

ocioso, silbando entre dientes, lanzando a derecha e izquierda frases mordaces y bromas contestadas en el mismo tono.

—¡Dichoso Grichka, cómo cuidan de ti las autoridades! —le gritó uno del grupo de descargadores que ya habían almorzado y descansaban tendidos en el suelo.

—No tengo zapatos: por eso Semenich teme que me lastime los pies —contestó Chelkache.

Se acercaba a la puerta. Dos soldados le registraron y le empujaron suavemente hacia fuera.

—¡Prendedlo! —gritó Semenich, que se había parado en la plazuela del puerto.

Chelkache atravesó la vía y se sentó en un poyo junto a una taberna.

Del puerto salían con gran estruendo una larga fila de carretas cargadas.

En sentido opuesto venían al trote carros vacíos cuyos conductores saltaban sobre sus asientos. De los muelles llegaba un estrépito de infierno y un polvillo acre. El suelo se estremecía...

Acostumbrado a aquel vaivén frenético, Chelkache, excitado por la escena con Semenich, se sentía de buen humor. Sonreíale una próxima segura ganancia sin gran derroche de energía ni de astucia. Estaba seguro de que ni una ni otra le faltarían y, entornando los ojos, soñaba ya con el festín del día siguiente, cuando, todo arreglado, se viera con sus buenos billetes en el bolsillo. Luego pensó en su amigo Michka, que tan útil le hubiera sido aquella noche de no haberse roto la pierna; pero ante la idea de que quizá sin su amigo no lograse llevar a buen cabo sus p!anes, juró y perjuró para sus adentros. ¿Cómo estaría la noche? Y contempló el cielo y escudriñó la calle.

A unos seis pasos de allí, sentado en la acera, recostado en una columna, estaba un mozo vestido con blusa y pantalones azules, calzado con zapatos de corteza y tocado con una gorra roja. Junto a él había un pequeño saco y una hoz sin mango, enrollada en hierba seca y cuidadosamente atada con bramante. El mozo era ancho de espaldas, robusto, rubio, de rostro curtido y atezado por el aire, y con unos grandes ojos azules que miraban a Chelkache confiada y bonachonamente.

El vagabundo, mostrando sus dientes, chasqueó la lengua haciendo una mueca espantosa y quedóse mirando fijo al joven.

Éste, sorprendido, guiñó un ojo, y de repente rompió a reír y exclamó:

—¡Oh, qué hombre tan raro!

Luego, casi sin alzarse del suelo, se arrastró perezosamente desde su sitio hasta donde estaba Chelkache, llevando tras sí a rastras el saco y pegando en las piedras con la hoz.

—¡Hola, hermano! ¡Parece que te has divertido de lo lindo! —dijo a Chelkache, tirándole del pantalón.

—Así es, muchacho; así es —respondió con franqueza Chelkache.

Aquel robusto e ingenuo mozo de ojos infantiles le había sido simpático a primera vista.

—¿Vienes de la siega?

—Sí. Siega uno una versta y gana una copeca. Las cosas están mal. ¡Hay tanta gente para todo! Los hambrientos han hecho bajar los precios. Antes pagaban sesenta copecas en Kuban, y hasta, según dicen, tres, cuatro y aun cinco rublos.

—¡Antes!.. Antes, sólo por el permiso de mirar a un verdadero ruso, daban tres rublos. Hace diez años yo me gané mis buenos dineros de ese modo. Llegaba a una aldea y decía: «Aquí tenéis un verdadero ruso.» E inmediatamente las gentes se paraban a mirarme; me palpaban, se quedaban boquiabiertos... y ya tenía yo mis tres rublos en el bolsillo. Y hasta me daban de comer y de beber y me invitaban a quedarme todo el tiempo que quisiera.

El mozo, escuchando a Chelkache, había comenzado por quedarse también boquiabierto, reflejando en su cara redonda admiración y sorpresa, pero muy luego, comprendiendo que aquel sujeto harapiento tenía ganas de broma, cerró la boca con estrépito y rompió en una sonora carcajada.

Chelkache permaneció serio, disimulando la risa que le retozaba bajo los bigotes,

—¡Demonio de hombre! Hablas como si fuese verdad y yo te escuchaba como un tonto. Pero, mira; de veras: en otro tiempo, allá...

—¿Y qué te decía yo? Yo te decía también que en otros tiempos, allá...

—¡Vete a paseo! —dijo el joven acompañando la palabra con un ademán de la mano—. Di: ¿eres zapatero o sastre?

—¿Yo? —interrogó Chelkache.

Y luego, tras un momento de reflexión, añadió:

—Soy pescador.

—¿Pescador? ¿De veras? Y, ¿qué es lo que pescas? ¿Peces?

—¿Por qué había de pescar peces? Aquí los pescadores no pescan sólo eso; pescan también con frecuencia ahogados, áncoras viejas y barcos que se han ido a pique... de todo... hay cañas para todo...

—¡Inventa, inventa! Quizá seas de esos pescadores que dice la copla:

Somos pescadores,
Que nuestras redes echamos
En la orilla seca y enjuta...
En los graneros y en los establos...

—¿Tú has conocido a alguno de ésos? —preguntó Chelkache, mirándole irónico y pensando que el mozo debía ser bastante necio.

—No, no los he visto; pero he oído hablar de ellos.

—¿Te agradan?

—¿Por qué no? Son gentes libres que nada temen.

—Y, ¿qué necesidad tienes tú de libertad? ¿Te gusta ser libre?

—¡Ya lo creo! Con libertad, es uno dueño de sí mismo, puede ir a donde mejor le plazca y hacer lo que le dé la gana. ¿Cómo no ha de gustarme? Si uno consigue mantenerse y no está sujeto a nadie, ¿qué más puede querer? Puede divertirse cuanto quiera con tal de no olvidar sus deberes para con Dios.

Chelkache escupió con desprecio e interrumpió sus preguntas, volviendo la espalda al mozo, el cual prosiguió con súbita animación:

—A mí, por ejemplo, cuando murió mi padre me dejó muy poca cosa. Mi madre era vieja, la tierra estaba agotada. ¿Qué podía yo hacer? Sin embargo, es preciso vivir. Y ¿cómo? ¡Quién lo sabe! Podía haber entrado como yerno en una buena familia, ¡pardiez!, si hubieran dado la dote a la hija. Pero el demonio del suegro no quería hacer particiones... y tenía yo que trabajar por él... ¡qué sé yo cuántos años!... Ya ves cómo son los negocios. Si yo hubiera tenido unos ciento cincuenta rublos, hubiera sido capaz de decir al viejo con todo aplomo: «¿Quieres dar a María su parte de herencia? ¿No? Está bien.» A Dios gracias no faltan muchachas en el pueblo. Y hubiera sido en seguida libre y dueño de mis actos. ¡Ya lo creo! —El muchacho lanzó un suspiro y continuó—: No hay nada mejor que entrar en una familia; por eso pensé que yendo a Kubañe, sería posible que pudiera agenciarme unos doscientos rublos. Entonces ya estaba todo arreglado; yo sería alguien. Pero nada. ¡Sin una copeca! Así que no me queda por fuerza otro recurso que entrar en alguna familia... hacerme esclavo, porque con lo que tengo imposible salir a flote. ¿Eh?

Ante la idea de convertirse en el marido de una rica heredera que continuase viviendo con sus padres, el mozo sentía horror, y en su rostro se pintó una nube de tristeza y pesadumbre. Se movió pesadamente sobre el suelo, lo cual distrajo a Chelkache de las reflexio-

nes en que le había sumido su charla, y aunque sin ganas de proseguir la conversación con su nuevo compañero, le preguntó:

—Y ahora, ¿adónde vas?

—¿Que adónde voy? Seguramente a casa.

—¿Por qué seguramente? ¿Te gustaría ir a Turquía?

—¿A Turquía? ¿Los cristianos van a Turquía? ¡Di!

—¡Qué necio eres! —dijo Chelkache volviéndose de nuevo de espaldas, decidido a no cambiar más palabras con aquel robusto aldeano que, despertando en él extrañas ideas, agitando en lo más recóndito de su ser unas sensaciones confusas, un como vago despecho, le impedía recogerse en sí mismo y meditar en la faena que preparaba para aquella noche.

El mozo, a quien acababa de injuriar poco antes, murmuraba entre dientes palabras ininteligibles y le lanzaba de cuando en cuando miradas aviesas. Las mejillas se le habían hinchado de un modo raro se le habían alargado los labios, y los ojos empequeñecidos parpadeaban de modo que hacía reír. Evidentemente no esperaba que la conversación con aquel bigotudo personaje terminara tan pronto y de un modo tan humillante para él. Cheikaclle no le prestaba atención alguna. Silbaba preocupado sentado sobre el poyo, llevando el compás con su talón sucio y desnudo.

El mozo sintió deseos de tomarse el desquite y comenzó por decir:

—Oye, pescador, ¿te emborrachas con frecuencia?

Pero en el mismo momento el interpelado se volvió y le preguntó:

—Oye, cara de nodriza, ¿quieres trabajar esta noche conmigo? ¡Di, responde pronto!

—¿Trabajar en qué? —preguntó con cierta desconfianza el mozo.

—En lo que yo te diga. Iremos de pesca. Tú llevarás los remos. ¿Sabes remar?

—Si es eso... ¿por qué no? Bueno. Acepto el trabajo, con la única condición de que no suceda nada malo en tu compañía... No me inspiran mucha confianza tus aires de misterio.

Chelkache sintió como si algo le quemase en el pecho y dijo con rabia concentrada:

—No hables de lo que eres incapaz de entender, pues si no, te daré un puñetazo en los sesos, que te aclarará para siempre las ideas...

Dio un salto sobre el poyo, se atusó el largo bigote con la mano izquierda, apretó el puño derecho surcado de venas túmidas y duras como el hierro, y relampaguearon sus ojos.

El muchacho tuvo miedo. Lanzó una rápida mirada en torno y, parpadeando tímidamente, se puso en pie de un salto.

Ambos se midieron silenciosamente con los ojos.

—¿Qué dices? —preguntó severamente Chelkache.

Estaba trémulo y se estremecía ante la injuria que le acababa de hacer aquel becerro a quien él había despreciado poco antes, y al cual comenzaba a odiar ahora, por sus ojos puros y azules, por su rostro sano y atezado, por sus brazos cortos y robustos, y porque también él tenía allá lejos un pueblo, una casa, y porque igualmente había oído proposiciones de entrar de yerno en una casa de familia acomodada, y, sobre todo, porque aquel ser, que era un chiquillo en comparación suya, se atrevía a hablar de libertad, cuyo precio ni siquiera conocía, y cuyo valor le era perfectamente inútil. Siempre es desagradable comprobar que aquellos a quienes consideramos inferiores aman o detestan las mismas cosas que nosotros, ya que por este solo sentimiento se ponen casi a nuestro nivel.

El mozo contemplaba a Chelkache y se sentía dominado.

—Bueno —dijo—, consiento. No busco otra cosa que trabajo. Así que me da igual trabajar contigo que con cualquiera otro. Lo que he hablado, lo he dicho porque no me pareces un hombre que trabaje en serio. Estás demasiado harapiento. Pero sé que eso nos puede suceder a todos. ¿Acaso no he visto borrachos? ¡He visto tantos, y mucho peores que tú!

—Está bien. Entonces, ¿conformes? —preguntó, dulcificándose Chelkache.

—Sí, hombre, con mucho gusto. Sepamos cuánto pagas.

—El precio depende del trabajo. Estará, pues, en consonancia con lo que hagamos y cojamos. Quizá puedan corresponderte lo menos cinco rublos. ¿Entiendes?

Pero, desde el momento en que se trataba de dinero, el aldeano quería claridad, y exigía de su contratista precisión. Mostróse desconfiado y suspicaz.

—Así, hermano, no me gusta. Es preciso que yo cobre por adelantado esos cinco rublos.

Chelkache trató de convencerle.

—Basta de charla. Espera un poco. Vamos a la taberna.

Y uno al lado del otro echaron a andar; Chelkache, retorciéndose las guías del bigote, como para darse importancia en su papel de patrón, y el muchacho con aire sumiso, pero receloso y desconfiado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Chelkache.

—Gavrilo.

Una vez en la taberna, sucia y ahumada, el vagabundo, con soltura de parroquiano habitual, se acercó al mostrador, y con familia-

ridad pidió una botella de aguardiente, sopa de coles, carne asada y té. Después dijo con breve acento:

—¡Que me lo pongan a la cuenta!

El camarero le contestó con un signo afirmativo de cabeza. Entonces Gavrilo se sintió lleno de respeto hacia su patrón, que, no obstante su aspecto andrajoso, inspiraba tanta confianza y era tan conocido.

—Ahora vamos a tomar un bocado, y después charlaremos. Espérame un momento, que vuelvo en seguida.

Salió. Gavrilo paseó una mirada curiosa por la estancia. La taberna, instalada en un sótano húmedo y oscuro, estaba impregnada de humo y de olor acre a tabaco y alquitrán. En la mesa frontera, un individuo borracho, de barba rubia y traje de marinero, manchado de carbón y de alquitrán, canturreaba una canción, cuya letra, cortada por un hipo persistente, resultaba totalmente desfigurada y falseada. Evidentemente aquel tipo no era ruso. A su espalda había dos mujeres moldavas, harapientas, muy morenas, casi broncíneas, que también canturreaban una triste cantilena. Más lejos, se delineaban en la penumbra otras caras de extraños personajes, desgreñados, semiborrachos, excitados...

Gavrilo, al verse allí solo, tuvo miedo. Anhelaba la vuelta de su patrón. Los rumores de la taberna se fundían en una nota única que podía asemejarse al rugido de una enorme y furiosa bestia de cien voces diversas que se debatiese desesperadamente en aquella covacha de piedra sin poder encontrar la salida. El muchacho sentía que, a pesar de su excitada curiosidad por observar cuanto allí pasaba, su cuerpo se saturaba de algo que lo embriagaba y le aturdía, produciéndole vértigos y nublándole la vista.

Regresó al fin Chelkache, y se pusieron a comer, a beber y a charlar. Al tercer vaso, el mozo estaba ya a medios pelos; se sentía alegre, deseoso de decir algo agradable a su patrón, tan buena persona, que aun sin haberle mandado trabajo alguno lo trataba a boca qué quieres. Pero las palabras que le subían a la garganta en oleadas se negaban a pasar de allí y la lengua la sentía como pegada al paladar.

Chelkache, que le miraba, díjole con sonrisa irónica:

—¡Ea, ya estás a punto! ¡Qué diantre! ¡Apenas has bebido cinco vasitos! ¿Cómo vas a poder trabajar?

—Amigo —balbucía Gavrilo—, no tengas miedo; ya verás si trabajo bien. Ven, quiero darte un beso...

—Está bien, está bien. Otro vasito.

Gavrilo siguió bebiendo: poco después todo daba vueltas en torno suyo. Era desagradable y lastimoso a la vez. Su rostro adqui-

rió una expresión de inspiración estúpida. En sus esfuerzos por hablar alargaba de un modo extraño los labios y, en vez de palabras, emitía mugidos.

Chelkache seguía mirándole fijo como si aquello le hiciese recordar algo, y se retorcía los bigotes sonriendo sin cesar, pero con expresión sombría y maligna.

La taberna estaba llena de un rumor de borrachera.

El marinero rubio dormía acodado a la mesa.

—Salgamos —dijo Chelkache levantándose.

Gavrilo trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Lanzó un formidable juramento y rompió a reír con una carcajada estrepitosa e idiota de borracho.

—¡Ya estás bueno! —dijo Chelkache volviendo a ocupar su puesto frente a su comensal, que seguía riendo y mirando con ojos de idiota a su patrón, el cual a su vez le contemplaba con una mirada lúcida y penetrante. Veía ante sí a un hombre cuya vida estaba entre sus garras de lobo. Sabíase con poder bastante para hacer de él cuanto quisiera. Podría plegarlo a su antojo como un papel, o ayudarle a desenvolver su vida en un ambiente campesino y estable. Solazábase ante la idea de sentirse amo y señor de otro ser, y pensaba para sí que jamás aquel mozo bebería en la copa que el destino le había hecho apurar a él. Y envidiaba y compadecía aquella joven existencia, se burlaba y se enternecía ante la idea de que pudiera volver a caer en otras manos como las suyas... Finalmente, todas estas ideas se fundieron en un solo sentimiento paternal y autoritario. Sentía compasión por aquel muchacho, y, sin embargo, le era necesario. Entonces le tomó por el brazo, sacóle con dulzura fuera de la taberna y le colocó a la sombra de un montón de madera cortada, se sentó junto a él y encendió su pipa. Gavrilo se movió un momento, mugió y se durmió.

* * *

—¿Listos? —preguntó a media voz Chelkache a Gavrilo, que se cercioraba del estado de los remos.

—En seguida. Un escálamo se mueve. ¿Se le puede golpear con el remo?

—No, no: nada de ruidos. Apriétale con las manos y entrará en su sitio.

Ambos se pusieron a maniobrar sin ruido en el falucho atado a la proa de un barco de vela. Había allí una verdadera flotilla de veleros cargados de corteza de encina, y de faluchos turcos a medio cargar de palmas de sándalo y de gruesos troncos de cipreses.

La noche era oscura. Por el cielo discurrían gruesos nubarrones desgajados a trechos, y el mar, sereno, negro y espeso como balsa de aceite, exhalaba un vaho húmedo y salobre, y permitía apenas percibir sus movimientos en el romper suave del oleaje, sobre los costados de los navíos y las arenas de la costa, y en el leve balanceo del barquichuelo de Chelkache. A gran distancia de la orilla se alzaban las negras siluetas de los vapores, que clavaban en el cielo sus agudos mástiles, en algunas de cuyas puntas brillaban acá y acullá faroles de colores. El mar reflejaba sus luces y aparecía todo él sembrado de puntos amarillentos que temblaban en su seno de terciopelo mate y uniforme, apenas rizado por una respiración poderosa. Dormía el mar con un sueño pesado, como trabajador sano y fuerte, rendido por la jornada.

—¡En marcha! —dijo Gavrilo hundiendo los remos.

—Boguemos.

Chelkache, con un fuerte golpe de timón, hizo virar hacia un espacio libre entre dos barcos el falucho, que comenzó a deslizarse rápido sobre las aguas, y éstas, al contacto de los remos, parecían encenderse con un fuego azul y fosforescente. Una larga estela luminosa seguía, serpenteando, al barco.

—¿Qué? ¿Te duele la cabeza? —preguntó con amabilidad Chelkache.

—Horriblemente. Me resuena como una campana. Voy a mojármela con un poco de agua fresca....

—¿Para qué? Mójate más bien tú por dentro, y te aliviarás más pronto.

Y tendió una botella a Gavrilo.

—¿Tú crees...? Con la ayuda de Dios...

Dejóse oír un ligero gluglú.

—¡Oye, tú; que te aprovechas demasiado del permiso! ¡Basta por ahora! —dijo Chelkache retirándole la botella.

El barco seguía deslizándose callado y ágil por entre numerosas embarcaciones, hasta que al fin, saliendo de entre aquella masa, diose de cara con el mar infinito, poderoso y brillante, que se perdía en una lejanía azul, donde las aguas tocaban en el cielo. En éste, montañas de nubes gris lila bordeadas de franjas amarillas o verdosas como las aguas del mar, o apizarradas, melancólicas y tristonas, esparcían por doquiera sombras profundas que oprimían el ánimo y el espíritu. Acaballábanse unas sobre otras lentamente; se fundían luego, y se dispersaban o confundían sus tonalidades y sus formas, o se disolvían o reaparecían con nuevos contornos majestuosos o lúgubres...

Aquel lento movimiento de las inanimadas masas tenía algo de fatal. Parecía como si allá lejos, en los confines del mar, hubiese tantas y tantas, que se deslizasen indiferentes sobre el cielo con el maligno propósito de no permitirle alumbrar jamás el mar dormido con los millones y millones de ojos de oro de sus polícromas estrellas, vivas y soñadoras, que despiertan nobles deseos en los seres en adoración ante su santa y purísima luz.

—¿Es hermoso el mar? —preguntó Chelkache.

—Sí; pero da un poco de miedo estar en él —respondió Gavrilo remando con empuje y a compás.

El mar se mecía apenas, y la nocturna claridad rielaba bajo los remos con fosforescencias azules y encendidas.

—¿Miedo? ¡Tonto! —gruñó irónico Chelkache.

Él, cínico ladrón, amaba el mar. Su temperamento fogoso, ávido de impresiones, no se sentía saciado nunca en la contemplación de aquella infinita inmensidad libre y potente. Por eso le había irritado aquella contestación a su pregunta sobre la hermosura del mar, al que él tanto amaba. Sentado al timón, rasgaba con él las aguas y miraba tranquilo a lo lejos, pletórico de deseos de correr durante mucho tiempo sobre aquella llanura aterciopelada. Cuando estaba en el mar, una emoción cálida e infinita le llenaba el alma, depurándosela de las inmundicias de la vida. Gozaba con esta sensación y era feliz sintiéndose mejor allí, entre las aguas y el cielo, donde las angustias de la vida pierden su aspereza y la vida misma todo su valor. De noche el mar aligera el alma con el leve susurro de su respiración dormida, e infunde paz y refrena los malos impulsos, engendrando ideas generosas y sublimes...

—¿Dónde están las redes? —preguntó de improviso Gavrilo mirando en el barco.

Se estremeció Chelkache.

—Van aquí, junto al timón.

—¿Qué clase de redes son? —volvió a decir con desconfianza el remero.

—Un esparavel y...

Pero el patrón sintió al mismo tiempo vergüenza de tener que mentir a aquel muchacho para ocultarle sus verdaderos proyectos, y disgusto porque su pregunta había desvanecido ideas y sentimientos que acariciaba su espíritu. Sintió por ello cierta irritación y una muy conocida punzante quemadura en el pecho. Y algo que, como un nudo, le apretó la garganta. Respondió, pues, con dureza:

—Aquí estás y aquí te quedas. Y no te mezcles en lo que no te importa. Te han contratado para remar; pues rema. Si vuelves a soltar la lengua, no te ocurrirá nada bueno. ¿Has entendido?

Durante unos minutos el barco osciló y se detuvo. Los remos se inmovilizaron en el agua que hervía en torno de ellos, y Gavrilo se agitó inquieto en su banqueta.

—¡Rema!

Una horrenda blasfemia rasgó el silencio. Gavrilo remó con fuerza, y la barca, como asustada, avanzó con sacudidas rápidas y nerviosas, hendiendo el agua con estrépito.

—¡Más fuerte!

Chelkache, sin soltar el timón, se había puesto en pie y clavaba su mirada fría en el rostro pálido, en los trémulos labios de Gavrilo. Sinuoso, encorvado hacia adelante, semejaba un felino pronto a lanzarse sobre su presa. Se oyó un rechinar de dientes y un chasquido de huesos.

—¿Quién va?

Aquella imperiosa pregunta resonó de improviso sobre las aguas dormidas.

—¡Demonio! ¡Rema, te repito, sin hacer ruido... o te asesino, perro maldito!... Rema; una... dos... ¡Rema...! ¡Si chillas te deshago...!

—¡Virgen Santísima! —murmuraba Gavrilo, trémulo y extenuado de miedo y de esfuerzo.

El falucho viró agilísimo en dirección del puerto, cuyas luces se multiplicaban en un grupo multicolor, en el que se dibujaban esbeltos y sutiles los mástiles.

—¡Eh! ¿Quién grita? —preguntaron otra vez.

Pero ya la voz resonó lejana.

Chelkache se tranquilizó.

—Tú eres el que gritas, amigo —dijo en la dirección de donde había llegado la voz. Después, mirando a su acompañante, que murmuraba entre dientes una plegaria, le dirigió estas palabras—: ¿Sabes, hermano, que has tenido la gran suerte? Si esos diablos nos hubieran perseguido, habrías terminado. ¿Comprendes? Te habrían mandado a hacer una visita a los peces.

Ahora que su patrón hablaba tranquilamente y casi con bondad, el mozo, siempre temblando de miedo, suplicó:

—Escucha, déjame ir. Desembárcame en cualquier parte. ¡Hazlo por Dios! ¡Ay, ay, estoy perdido! ¡Piensa en Dios, déjame! ¿Qué quieres de mí? No puedo hacer yo estas cosas; nunca las he hecho. ¡Señor, estoy perdido!... ¿Cómo te las has arreglado para seducirme así? Dime. Es un pecado; tú pierdes mi alma. ¡Oh, qué negocios!

—¿Qué negocios? —preguntó severamente al patrón—. ¡Habla! ¿Qué negocios?

El terror del mozo le divertía, hasta sentía verdadero placer viendo que él, Chelkache, podía provocar semejante miedo.

—Negocios oscuros, hermano. ¡Déjame! ¡Hazlo por Dios! ¿Qué soy yo para ti? Amigo...

—¡Calla! Si no hubiera tenido necesidad de ti, no te hubiera traído. ¿Has entendido? Calla, pues.

—¡Señor Dios! —suspiró sollozando Gavrilo.

—¡Basta!

Pero el mozo no podía contenerse y suspiraba lamentablemente; lloraba, se limpiaba las narices, se agitaba en el asiento, pero remaba desesperadamente, con ímpetu.

La barca, en cuyo camino volvieron a surgir otra vez las masas oscuras de los navíos, volaba como una flecha, se perdía por los estrechos canales que separaban unas embarcaciones de otras, dando entre ellas vueltas como una peonza.

—Oye, tú, escucha. Si alguno te dirige la palabra, callas; te va en ello el pellejo. ¿Has entendido?

—¡Ay de mí! —suspiró con desaliento Gavrilo en respuesta a aquella severa orden, y añadió—: ¡Estaba escrito que debía perderme!...

—¡No aúlles más! —murmuró Chelkache.

Estas palabras hicieron perder al mozo la conciencia de sí mismo, y anonadado por el frío presentimiento de una desgracia, hundía automáticamente los remos en el agua, los lanzaba hacia atrás, y así una y otra vez con los ojos obstinadamente fijos en sus zapatos de corteza.

El sordo rumor de las olas era sombrío y terrorífico. Al fin ganaron el puerto. Detrás de la muralla de granito se oían voces humanas, murmullos del agua, canciones y débiles silbidos.

—¡Para! —dijo en voz baja el patrón—. Suelta los remos. Apoya las manos en el muro. Poco a poco, demonio...

Gavrilo, apoyándose con las uñas en la piedra lisa, hacía avanzar la barca a lo largo de la pared, silenciosamente rozando con sus bordes el musgo pegajoso de las piedras.

—¡Párate! Dame los remos. ¿Dónde tienes tu pasaporte? ¿En el saco? Dámelo. ¡Más deprisa! Esto, amigo, es para que no te largues. Ahora estás en mis manos. Sin los remos, aún serías capaz de escaparte, pero sin tu pasaporte no te atreverás a hacerlo. Espérame... Acuérdate de que si dices una sola palabra, te echaré el guante aunque sea en el fondo del mar.

Y sin añadir más palabras, Chelkache, asiéndose a algo, se elevó en el aire y desapareció sobre el muro.

Gavrilo se estremeció. ¡Todo había sido tan rápido! Sintió como si se apartase y se desvaneciese de él el maldito miedo y enervamiento que le dominaba en presencia de aquel bandido bigotudo y delgado... ¿Huiría ahora?...

Y respirando libremente miró en derredor. A la izquierda se alzaba un casco negro sin mástiles, como un inmenso ataúd vacío y abandonado... Cada ola que rompía sobre la borda, repercutía en el interior como un rumor sordo, casi como un profundo suspiro. A la derecha, sobre el agua, se prolongaba la húmeda pared de la machina como una fría y gigantesca serpiente. Más adentro las negras arboladuras de los demás barcos, y más allá, el mar libre, desierto, silencioso, sombreado por negros nubarrones que avanzaban lentamente, enormes, pesados, sacando de la oscuridad mayor terror, prontas a aplastar bajo su peso hombres y cosas. Todo era frío, negro, de mal augurio. A Gavrilo le invadió el terror, un terror mayor que el que le infundía Chelkache, y que ahora le oprimía el corazón en un apretado abrazo, hasta el extremo de hacer de él una masa inerte y mísera clavada en el banco del barquichuelo. En torno, todo era silencio, silencio profundo, sin otro ruido que el rumor del mar. Parecía que aquel silencio iba a romperse en un momento dado, por algo terrible, por algo enormemente ruidoso, por algo que estremecería el mar hasta sus cimientos, que rasgaría el pesado cúmulo de nubes y sumergiría en lo profundo todas aquellas negras embarcaciones. Las nubes surcaban el cielo lentas, perezosas, como antes; pero del mar iban surgiendo cada vez en mayor número, y al contemplar el cielo, se le encontraba semejante a otro mar, pero irritado y furioso contra el otro dormido, tranquilo y terso. Las nubes se asemejaban a olas que invadiesen la tierra con sus crenchas grisáceas, a abismos abiertos por el viento en las olas, a olas nacientes no cubiertas aún por la verdosa espuma de la ira.

Gavrilo se sentía anonadado por aquella sombría tranquilidad e inmensa belleza, y se dio cuenta de que deseaba ardientemente volver a ver cuanto antes a su patrón. ¡Pero éste no venía! Los minutos se desgranaban lentos, más lentos que las nubes discurrían por el cielo. Y la larga espera aumentaba la congoja del silencio. Mas he aquí que de detrás de la pared se sintió que el agua se agitaba, luego se oyó un estremecimiento y después algo así como un murmullo. Gavrilo creyó morir de terror.

—¡Eh ¿Estás dormido? Toma, despacio, despacio... —dijo la voz sorda de Chelkache.

De la pared bajaba un bulto cúbico y pesado. Gavrilo lo colocó en el barco. Luego llegó otro bulto semejante. En la pared se dibujó la larga sombra de Chelkache. Los remos reaparecieron misteriosamente; el saco de Gavrilo cayó a sus pies y el bandido se sentó al timón.

Gavrilo lo miró con una sonrisa tímida y alegre al mismo tiempo.

—¿Estás cansado? —le preguntó.

—Un poco, desde luego, becerro. Rema de prisa y con todas tus fuerzas. Te has ganado un buen jornal, querido hermano. La mitad del negocio está hecho. Ahora sólo nos queda pasar inadvertidos bajo los ojos de esos demonios, y podrás recibir tu dinero y largarte a ver a tu Machka. Me parece que me dijiste que había una Machka... ¿No es cierto pequeño?

—No.

Gavrilo remaba con todas sus fuerzas; su pecho respiraba como un fuelle y sus brazos semejaban resortes de acero. Murmuraba el agua bajo el bajel, y la azul estela que tras sí iba dejando hacíase cada vez más ancha. Rutilaba el mozo de sudor por todos sus poros, pero seguía remando con toda su energía. Después de haber experimentado por dos veces en aquella noche tan intenso miedo, sufría pensando que tenía que afrontarlo una vez más, y sólo deseaba acabar cuanto antes aquella tarea, saltar a tierra y huir de aquel hombre antes de ser asesinado por él o caer preso por su culpa. Decidió en su corazón no hablarle, no contradecirle en nada, ejecutar todas sus órdenes, y si conseguía desembarazarse de él sin ningún contratiempo, mandar cantar un Tedéum en San Nicolás. De su pecho estaba pronta a brotar una ardiente plegaria, pero se contenía, resoplaba como un barco de vapor y callaba, lanzando miradas de reojo a Chelkache. Éste, seco, alto, inclinado hacia adelante, como pajarraco que se aprestase a largar el vuelo, oteaba la oscuridad con sus ojos de aguilucho. Haciendo muecas con su ganchuda nariz, en una mano el timón y la otra en las guías del bigote, que a veces se alzaban a impulsos de una silenciosa sonrisa de sus finos labios, Chelkache se sentía satisfecho por el éxito, contento de sí mismo y de aquel mozo tan asustadizo que se había convertido en un esclavo obediente. Saboreaba de antemano el espléndido festín del día siguiente y se gozaba de su fuerza y de la absoluta sumisión de aquel muchachote fresco y robusto. Contemplándole trabajar y sufrir sintió lástima de él y quiso animarle.

—Oye, di, ¿has tenido mucho miedo? —le preguntó en tono afectuoso.

—¡Qué importa! —suspiró el mozo; y tosió.

—Ahora es inútil remar con tanta fuerza. Ya está todo acabado. No nos queda más que un paso peligroso... Descansa.

Gavrilo, dócilmente, se paró; se limpió con la manga el sudor del rostro y hundió de nuevo los remos en las aguas.

—Así... Rema despacio para que el agua no haga ruido. Aquí está el mal paso. Poquito a poco. Aquí, hermano, hay gentes que no se andan con bromas... que podrían tener la ocurrencia de divertirse haciéndonos una descarga, y te podrían hacer un agujerito en la frente... que ni siquiera te diese tiempo de decir ¡Jesús!

La barquichuela se deslizaba sobre el agua sin el más leve rumor. Únicamente algunas gotas azules se desprendían de los remos, y a su contacto con el mar se encendía una rápida mancha, también azul. Tornábase la noche más oscura y silenciosa. El cielo no semejaba ya un mar agitado. Las nubes se habían extendido por toda su superficie y le habían velado con un toldo uniforme y pesado, que descendía sobre las aguas inmóviles que, cada vez más tranquilas, más negras, exhalaban con más intensidad su cálido y salobre aroma. El mar no parecía tan inmenso como antes.

—¡Oh, si comenzase a llover! —murmuró Chelkache—. Nos deslizaríanos como detrás de una cortina.

A derecha e izquierda de la barca, vapores y veleros inmóviles. lúgubres y negros, emergían de las aguas, más negras aún. En uno de ellos parpadeaba una luz; alguien caminaba con una linterna. El mar, acariciando sus flancos, parecía implorar sordamente, y ellos respondían con un eco frío y prolongado, como si discutiesen decididos a no ceder.

—La Aduana —susurró Chelkache.

Desde que había recibido la orden de remar despacio, el muchacho había vuelto a experimentar un sentimiento de penosa ansiedad. Se tendía hacia ade!ante en la oscuridad y le parecía que crecía; huesos y venas se le estiraban con un dolor sordo; la cabeza, invadida por un pensamiento único, le dolía; la piel de la espalda se le estremecía, y en las piernas se le clavaban pequeñas agujas agudas y frías. Los ojos le quemaban a fuerza de mirar durante tanto tiempo en la oscuridad, donde esperaba ver surgir a alguien que les gritase: «¡Alto, ladrones!»

Y ahora, cuando el patrón murmuró: «La Aduana», el muchacho se sobresaltó. Un pensamiento áspero y ardiente le traspasó el cerebro, haciéndole vibrar los nervios contraídos; quiso gritar, pedir socorro; tenía ya la boca abierta y se había alzado un poco sobre el asiento; avanzó el pecho, aspiró profundamente, pero de pronto, aterrado por el espanto que le azotó como un latigazo, cerró los ojos y se dejó caer sobre el asiento.

... Delante de la barca, en la lejanía del horizonte, había brotado del agua negra una inmensa espada de un azul centelleante. Se había

alzado, había hendido las tinieblas de la noche, y su hoja, rozando las nubes, se había tendido sobre la superficie de las aguas en una ancha línea azul... Y al fulgor de aquella línea luminosa emergían de la oscuridad bajeles, hasta entonces invisibles, negros, silenciosos, ocultos por la espesa cortina de la nocturna sombra. Se hubiera creído que yacían desde mucho tiempo antes en el fondo del mar, sumidos allí por la energía poderosa de una tempestad, y que en aquel momento, obedientes a aquella flamígera espada nacida del mar, emergían de nuevo a la superficie, sobre la cual la maravillosa espada azulina se elevaba una y otra vez rasgando las tinieblas, para mirar al cielo y otear cuanto había sobre las aguas. Los cordajes, abrazados a los mástiles, semejaban algas marinas, salidas de las entrañas del mar, con aquellos negros gigantes, a los que cubrían con sus mallas. Luego, la estela de luz cambió de dirección, y puso de manifiesto contornos de navíos hasta entonces invisibles.

La barquichuela de Chelkache se detuvo y cabeceó en el agua como presa de dudas. En el fondo yacía Gavrilo, tendido, cubriéndose la cara con las manos. El patrón le empujó con un remo, murmurando furioso:

—¡Imbécil! Es el guardacostas de la Aduana. Es el reflector eléctrico. Levántate, madero. Enfocarán la luz ahora por este lado. Si nos llegan a ver estamos perdidos.

Al sentir sobre su espalda aplicada con más fuerza la parte plana de un remo, el muchacho se incorporó y sin atreverse a abrir los ojos, se sentó sobre la banqueta y cogió a tientas los remos e impulsó la barca.

—¡Despacio, o te mato! ¡Despacio, imbécil del demonio! ¿De qué te asustas? ¿No ves que todo se reduce a una linterna y un espejo? ¡No hagas ruido con los remos, estúpido! Inclinan el espejo como quieren, y alumbran el mar para ver si andan por él gentes como nosotros. Vigilan el contrabando... Nosotros estamos ya fuera de su alcance... ya están lejos. No tengas miedo, muchacho; ya estamos en salvo.

Chelkache miró triunfante en derredor, y prosiguió:

—Efectivamente, estamos en salvo. ¡Uf! ¡Buena suerte tienes, pedazo de leño!

Gavrilo callaba y remaba. Respirando con trabajo, mirando hacia donde se levantaba y se bajaba aquella espada de fuego, no podía creer que aquello no fuese más que una linterna y un espejo, como decía su patrón. La fría luz azulina que rasgaba las tinieblas hacía brotar reflejos argénteos en el mar; tenía algo de inexplicable, y el muchacho volvía a ser presa de un terror letárgico y triste. El presentimiento de una desgracia le oprimía de nuevo el corazón.

Remaba como una máquina, y doblaba los hombros como si temiese un golpe que le había de llegar de lo alto, y se sentía privado de todo deseo, vacío y sin alma. Las emociones de aquella noche habían secado en él todo lo que había de humano.

Y Chelkache triunfaba de una manera rotunda; éxito completo. Sus nervios, acostumbrados a aquellas violentas sacudidas, estaban ya tranquilos. Su bigote temblaba voluptuosamente y en sus ojos ardía una llama rapaz y codiciosa. Se sentía admirablemente; silbaba entre dientes, aspiraba a pleno pulmón el aire húmedo del mar, lanzaba miradas a diestro y siniestro y sonreía bonachonamente cuando sus ojos se posaban en su compañero de barca. Sopló la brisa y despertó el mar, que se encrespó en mil pequeñas ondas. Las nubes se hicieron más tenues y más transparentes, aunque cubrían todo el cielo. El viento, ligero aún, se paseaba libremente por toda la superficie del mar, pero las nubes se habían estacionado y parecían rumiar un pensamiento triste y melancólico.

—Ánimo, hermano, vuelve en ti, es ya hora. Cualquiera diría que te habían quitado el alma y te habían dejado sólo un montón de huesos. Querido amigo, hemos tenido el santo de cara, ¿eh?

Gavrilo se sentía contento de oír una voz humana, aunque esta voz fuese la de su temido patrón.

—Me alegro —dijo muy bajito.

—Bueno, cachito de torta, siéntate al timón y yo cogeré los remos. ¿Estarás cansado, no?

El muchacho cambió maquinalmente de puesto, y al ver Chelkache que se le doblaban las piernas tuvo verdadera lástima de él y, dándole un cariñoso golpecito sobre el hombro, le dijo:

—No tengas miedo. Tendrás una buena soldada. Te pagaré bien, hermano. ¿Serán bastante veinticinco rublos?

—Yo no necesito nada, con tal de que lleguemos felizmente a tierra.

Chelkache hizo un movimiento con los brazos, escupió y se puso a remar. Sus larguísimos brazos lanzaban los remos muy atrás. El mar se había despertado. Retozaba con sus pequeñas olas; las hacía nacer, las orlaba con crenchas de espuma, las empujaba una contra otra y las deshacía en levísimo polvo, como rocío. La espuma, al fundirse, crepitaba, suspiraba: reinaba por doquiera un ritmo musical de gorgoteo. La oscuridad parecía animarse.

—Vamos, cuenta algo —dijo Chelkache—. Volverás al pueblo, te casarás, comenzarás a trabajar la tierra, a sembrar: tu mujer te dará muchos hijos, os faltará el pan y te matarás toda la vida trabajando. ¿Qué cosa tan agradable, verdad?

—No me parece muy agradable —respondió tímidamente, estremeciéndose, el muchacho—. Pero, ¿qué voy a hacer?

A trechos el viento había desgarrado el celaje, y a través de sus claros se vislumbraban en el cielo azul algunas estrellas que, reflejadas por las juguetonas aguas, saltaban en las olas, y desaparecían y volvían a aparecer a intervalos.

—¡Más a la izquierda! —dijo Chelkache—. Ya estamos llegando. ¡Justo! Hemos terminado. El trabajo ha sido fructífero. Ya ves, en una sola noche quinientos rublos de ganancia. Es un buen jornal, ¿no?

—¿Quinientos rublos? —replicó con desconfianza Gavrilo. Pero se asustó inmediatamente y preguntó rápido, empujando con el pie los bultos que iban en el fondo de la barca—: ¿Qué es esto?

—Seda. Una tela muy cara. Vendida en su precio justo valdría más de mil rublos. Pero yo no la vendo tan cara.

—¿Es posible? ¡Si fuesen míos!...

Se alzó su pecho en un hondo suspiro al recordar el campo, la vida horrible que llevaba, los durísimos trabajos, su madre y todas las cosas lejanas y queridas por las que había salido a trabajar, por las que tanto había sufrido aquella misma noche. Se sintió invadido por una nube de recuerdos; vio en la imaginación su pueblo, asentado sobre una pendiente, abajo el riachuelo, oculto por sauces, abedules y cerezos. Y aquella dulce visión lo reconfortó un poco y lo sostuvo.

—¡Dios mío, qué suerte sería! —suspiró melancólicamente.

—¡Oh, sí! Me imagino con qué prisa saltarías en el tren y... buenas noches. ¡Y cómo se te disputarían las muchachas del pueblo! No tendrías más que elegir. Te construirías una isba nueva, aunque quizá para eso no habría bastante...

—Claro que no. Una isba... es imposible,.. La madera en mi pueblo está muy cara.

—¿Qué más da? Arreglarías la tuya. ¿Tienes caballos?

—No, no hay más que uno, y por cierto muy viejo ya, casi inútil.

—Entonces te comprarías un caballo, un buen caballo. Una vaca, ovejas... gallinas, ¿eh?

—Pero, ¿por qué me dices todo eso? Si al menos... ¡Oh Señor Dios, qué feliz viviría!...

—Sí, hermano, no sería mala vida. También sé yo de esas cosas; también yo tuve un nido; mi padre era uno de los más ricos labradores del pueblo.

Chelkache remaba lentamente. La barca se mecía dulcemente sobre las olas, que venían a romperse sobre sus flancos, y apenas avanzaba sobre el mar sombrío, que se iba encrespando poco a

poco. Los dos hombres se habían quedado sumidos en sus propios pensamientos y miraban silenciosos en torno vagamente.

Al principio Chelkache había comenzado a hablar del pueblo para reanimar un poco al muchacho y reponerle de sus emociones; hablaba sonriendo, con aire escéptico; pero poco a poco, a fuerza de replicar a sus objeciones y de recordarle los goces campestres a los cuales desde hacía tiempo estaba desacostumbrado, y que había olvidado hasta aquel momento, se dejó mecer por sus recuerdos, y en lugar de dejar hablar al muchacho, se puso, sin darse cuenta de ello, a perorar él mismo.

—Lo esencial en la vida del aldeano, querido hermano, es la libertad. Uno es su propio patrón. Tiene su casa, que no valdrá mucho, pero es suya. Posee un pedazo de tierra, aunque sean sólo unos metros, pero son suyos. La gallina es suya; sus huevos son suyos; suyas las manzanas. Uno es rey en la tierra. Pero es preciso llevar una vida muy ordenada. Por la mañana, apenas uno se levanta, tiene que ponerse al trabajo. En primavera hay que hacer unas cosas; otras, en verano; otras, en otoño; otras, en invierno. Vaya uno dondequiera, siempre vuelve a su casa... el nido cálido, tranquilo. Es uno rey, ¿sí o no?

Chelkache se había entusiasmado con aquella larga enumeración de privilegios y derechos del aldeano, olvidándose, sin embargo, de hacer mención de sus deberes.

Gavrilo lo contemplaba con curiosidad y se sentía así mismo entusiasmado. Durante el curso de aquella conversación, había olvidado la clase de personaje con quien hablaba; no veía en él ya sino a un aldeano como él, apegado al terruño por muchas generaciones de trabajadores, por sus recuerdos infantiles, pero que voluntariamente se había alejado de la tierra y de sus preocupaciones, y que sufría ahora el castigo de aquella deserción.

—Sí, hermano, es exacto; ¡oh!, muy exacto. Mírate en tu caso, por ejemplo. ¿Qué eres tú ahora sin la tierra? ¡Oh hermano querido! ¡La tierra es como una madre; no se la olvida nunca!

Chelkache volvió en sí. Sintió en el pecho aquella quemadura que le escocía, que se apoderaba de él siempre que su amor propio de aventurero audaz se sentía ofendido, y sobre todo cuando el ofensor no tenía valor alguno a sus ojos.

—Mira, para un poco, no te dispares —exclamó con acento duro—. ¿Te imaginas acaso que yo hablaba en serio? ¡Yo valgo más que todo eso!

—Pero, querido —respondió Gavrilo intimidado de nuevo—, ¿acaso hablo yo por ti? Hay muchos como tú. ¡Cuántos desgraciados y cuántos vagabundos hay por el mundo!

—Coge otra vez los remos, ganso —mandó con sequedad, conteniendo una oleada de injurias que se le venía a los labios.

Cambiaron de nuevo de sitio. Chelkache, al pasar sobre los fardos para coger el timón, sintió un vehemente impulso de dar al muchacho un puñetazo que lo hiciera rodar al mar, y al mismo tiempo no se sintió con fuerzas para mirarle de frente.

La breve conversación había quedado truncada; pero aun el mismo silencio del mozo tenía para Chelkache olor a aldea. Pensaba en el pasado y se olvidaba de dirigir la barca que lentamente derivaba mar adentro. Las olas parecían darse cuenta de que aquel pequeño esquife no llevaba rumbo determinado, y haciéndole columpiarse se agitaban levemente encendiendo siempre sus fuegos azulinos al romper de los remos. Y ante Chelkache desfilaban rápidamente visiones del pasado ya tan lejano, separado del presente por una muralla de once años de vida vagabunda. Se veía muchacho, veía su pueblo, veía a su madre, alta, de sanos colores, buenas carnes y bondadosos ojos grises; a su padre, un gigante de barba rubia, de mirada severa. de rostro también severo. Se veía él mismo de novio, a su mujer Anfisa, de ojos negros, de largos y espesos cabellos, regordeta, lánguida, graciosa. Y luego se veía marcial soldado de la Guardia; y de nuevo veía a su padre, peinando ya grises cabellos y encorvado por el trabajo. Y a su madre llena de arrugas, sentada en el suelo. ¡Qué fiesta en el pueblo cuando él volvió del servicio! ¡Qué orgulloso se sentía su padre de su Gregorio, robusto soldado, de poblado bigote, verdadero gallito del pueblo! La memoria, ese azote de los desgraciados, anima hasta las piedras del pasado, y hasta al veneno, gustado en otro tiempo, le añade gotas de miel, y todo ello únicamente para aniquilar al hombre con la conciencia de sus faltas y culpas, y para destruir en su alma la fe en el porvenir, haciéndole esclavo del pasado. Chelkache estaba como envuelto por una oleada de aire natal, que le recordaba las dulces palabras de su madre, las exhortaciones sensatas de su padre, el severo aldeano; los sonidos olvidados, muy olvidados; los sabrosos olores de la tierra deshelada en primavera, o recién labrada o cubierta por el verdegueante frescor de los trigos, verdes como esmeraldas y blandos como la seda. Sintióse entonces derrotado, caído, lamentable y solo, sin ninguna clase de afectos y rechazado del orden de la vida, donde había sido formada la sangre que corría por sus venas.

—¡Eh! ¿Adónde vamos? —preguntó Gavrilo de pronto.

Chelkache se estremeció y se revolvió con la mirada inquieta de una hiena.

—¡Oh, demonios! ¿Qué más da? Rema más, estamos llegando.

—¿Estabas soñando? —preguntó sonriente Gavrilo. El patrón le miró sondeándole. El muchacho estaba completamente sereno, tranquilo y alegre, parecía incluso triunfante. Era muy joven; toda su vida le pertenecía. ¡Quizá la tierra le esclavizaría! Al pasarle a Chelkache este pensamiento por la imaginación, se sintió más triste aún, y como respuesta de la pregunta del mozo rezongó malhumorado:

—Estoy cansado... Y esto baila...

—¡Ya lo creo que baila! Supongo, sin embargo, que no nos irán a coger con esto...

Gavrilo empujó con el pie los fardos.

—No, estáte tranquilo. Voy a entregarlo en seguida, y me darán incluso el dinero.

—¿Quinientos...?

—No menos, probablemente.

—Bonita cantidad... ¡Si yo la tuviese!... ¡Pobre de mí! ¡Qué salto que iba a dar!...

—¿Hasta el pueblo, no?

—Desde luego, y sin perder minuto.

Y Gavrilo se dejó llevar por su imaginación.

Chelkache parecía aplastado. Tenía lacios los bigotes. Su costado derecho, azotado por las olas, estaba empapado de agua; los ojos, más hundidos, habían perdido su brillo habitual. Se sentía extenuado, deshecho: daba lástima. Todo lo que en él había de ave de rapiña había desaparecido, dejando un sello de ensoñación humillante, que se revelaba hasta en los mismos pliegues de su blusa sucia...

—Estoy molido —dijo Gavrilo.

—Ya llegamos. ¡Ea!

Chelkache hizo virar bruscamente la barca y la enfiló hacia un punto oscuro que sobresalía de las aguas.

Negros nubarrones cubrían el cielo, y la lluvia caía fina, silenciosa, apretada, sonando alegre sobre las crestas de espumas de las olas.

—¡Para...! ¡Despacio! —ordenó Chelkache.

La barca tocó la proa de un barco.

—¿Estarán dormidos estos demonios? —gruñó Chelkache agarrando con el bichero las cuerdas que bajaban de a bordo—. La escala no está puesta... y por añadidura está lloviendo. Ya podía haber llovido antes. ¡Eh, esponjas de los demonios!

—¿Es Chelkache? —preguntó desde arriba una voz afable.

—Vamos, larga la escala.

—Buenos días, Chelkache.

—¡Larga la escala, demonio! —rugió el vagabundo.

—¡Oh, de qué mal humor bienes hoy!

—Sube, Gavrilo —ordenó el patrón a su compañero. Al cabo de un minuto ambos se encontraron sobre el puente, desde el que tres sombríos personajes barbudos, que hablaban animadamente en una lengua extraña y áspera, miraban el barco de Chelkache. Un cuarto personaje, envuelto en un largo gabán, se adelantó hacia Chelkache, le estrechó la mano en silencio y lanzó una mirada desconfiaba a Gavrilo.

—Prepara el dinero para mañana por la mañana —dijo secamente Chelkache—. Ahora nos vamos a dormir. Vamos, Gavrilo, ¿tienes hambre?

—Sueño es lo que tengo —contestó éste.

Al cabo de cinco minutos roncaba ya sobre el puente del sucio barco, y su patrón, sentado junto a él, se probaba una bota rota que por allí andaba arrastrando. Escupiendo por un colmillo, silbaba entre dientes colérico y triste. Luego se tendió al lado del mozo sin quitarse la recién calzada bota, puso sus manos bajo la nuca, y quedóse contemplando el puente, fruncidos los labios bigotudos.

El barco cabeceaba en las rientes aguas. El maderamen crujía lastimosamente, quién sabe por qué; la lluvia caía blandamente sobre el puente; las olas azotaban la borda... Todo era triste, y canturreaba como un canto de cuna de una madre sin esperanza en la dicha de su hijo. Chelkache, mostrando sus dientes, levantó la cabeza, miró en torno suyo, y después de murmurar algunas palabras se volvió a acostar. Sus piernas abiertas se asemejaban a unas inmensas tijeras.

* * *

Se despertó el primero y tuvo un momento de inquietud. Luego se tranquilizó súbitamente y miró a Gavrilo, que dormía aún y roncaba, iluminada por una sonrisa su faz infantil y curtida.

Chelkache suspiró y subió por una estrecha escala de cuerdas. Por la abertura de la escotilla se alcanzaba a ver un pedazo de cielo plomizo, y aunque ya amanecía, el día era gris y lúgubre como de otoño.

Tras dos horas de ausencia reapareció nuestro personaje con el rostro encendido, los bigotes descaradamente enhiestos, en los labios una sonrisa alegre y bonachona. Calzaba altas botas fuertes y vestía chaque y pantalón de cuero, que le daban cierto aspecto de cazador. Aquel traje, aunque un poco ajado, pero en buen estado, le sentaba bien, porque, disimulando lo que en él había de anguloso, le hacía aparecer más cuadrado y le daba cierto aire marcial.

—¡Hola, ternerillo, levántate! —dijo a Gavrilo empujándole con el pie.

El mozo se sobresaltó, y no reconociéndole en el primer momento, fijó en él sus ojos semidormidos aún.

Chelkache rompió en una carcajada.

—¡Cómo has cambiado! —exclamó al fin el muchacho con una amplia sonrisa—. ¡Pareces un caballero!

—Esto ocurre muchas veces entre nosotros... ¡Qué holgazán eres! ¡Ja, ja! ¿Cuántas veces te preparaste a morir anoche? ¡Di!

—Figúrate; era la primera vez que tomaba parte en un negocio de esta clase. Uno puede perder su alma para siempre en un momento.

—¿Volverías otra vez?

—¿Otra vez? Antes es preciso saber cuánto me vale ésta.

—Doscientos.

—¿Doscientos, dices? Entonces, de seguro que volveré.

—Espera; ¿y tu alma?

—Quizá no la perdiera —dijo sonriendo el muchacho—. Y me haría hombre para toda la vida.

Chelkache volvió a reír.

—Bueno, basta de bromas. Vamos hacia la playa. Prepárate.

—Ya estoy preparado.

Volvieron a la barca. Chelkache empuñó el timón y el mozo los remos. El cielo gris estaba cubierto de nubes; el mar, de un verde sucio, jugaba con las embarcaciones haciéndolas balancearse sobre las olas, aún leves, pero que hacían saltar dentro gotas claras y salobres. Ante la proa de la barca, muy lejos, aparecía la línea amarillenta de la playa arenosa: detrás, el mar libre y juguetón, todo encrespado por innumerables olas que se sucedían presurosas adornadas ya de crestas de blancas espumas. En lontananza veíanse bajeles que se balanceaban sobre las aguas, y a la izquierda un verdadero bosque de mástiles y la masa blanca de las casas de la ciudad, de donde llegaba un ruido sordo, que al chocar con el rumor del mar hacía surgir una música cadenciosa y grata. Y sobre todo ello se cernía un velo de sutilísima neblina que alejaba los objetos unos de otros.

—Habrá gran baile esta tarde —dijo Chelkache señalando con un gesto el mar.

—¿Tempestad? —preguntó Gavrilo.

Hacía verdaderos esfuerzos con los remos. Iba calado de pies a cabeza por las gotas de agua que el viento levantaba.

—De fijo —afirmó Chelkache.

—¿Cuánto te han dado? —preguntó el mozo mirando con curiosidad a su patrón, y viendo que éste no se decidía a hablar.

—Mira —y tendió a Gavrilo algo que sacó del bolsillo.

El mozo vio billetes multicolores y todo se revistió a sus ojos de los matices del arco iris.

—¡Oh! ¡Y yo que creía que todo era una fanfarronería tuya! ¿Cuánto hay?

—¡Quinientos cuarenta! ¿Es buen negocio?

—¡Ya lo creo!... —murmuró el muchacho contemplando con mirada ávida los billetes, que volvían a desaparecer en el bolsillo de su patrón—. ¡Oh! ¡Si fuesen míos!...

Y suspiró con abatimiento.

—Celebraremos una gran fiesta, pequeño —exclamó con entusiasmo Chelkache—. No tengas miedo. Ya te pagaré, herrnano... Te daré cuarenta rublos. ¿Eh? ¿Estás contento? ¿Los quieres ahora mismo?

—Si no te molesta... bueno.

Gavrilo temblaba de ansiedad y sentía un punzante deseo que le abrasaba el pecho.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Muñeco del demonio! ¿Conque quieres tu dinero? Toma, hermano, tómalo, te lo ruego. No sé qué hacer de tanto dinero. Ten.

Y tendió algunos billetes de diez rublos al mozo, que los tomó con trémula mano, soltando los remos y escondiendo aquella su parte del botín en el interior de la blusa entornando los ojos y aspirando con fuerza el aire, como si bebiese algo caliente.

Chelkache le miraba irónico.

El muchacho volvió a tomar los remos, pero los manejaba nervioso, de prisa, con los ojos bajos, como si tuviese miedo. Los hombros y las orejas le temblaban.

—¡Dios mío, qué avaro eres! ¡Eso no está bien! Además, para un aldeano...

—¡Lo que se puede hacer con dinero! —exclamó Gavrilo todo encendido de pasión. Y comenzó a hablar con frases entrecortadas, rápidas, como persiguiendo una idea y cogiendo las palabras al vuelo, de la vida del campo con y sin dinero. Respeto, bienestar, libertad, alegría.

Chelkache le oía atentamente con rostro serio y con mirada llena de secretos pensamientos. De cuando en cuando sonreía con aire gozoso.

—¡Ya estamos! —dijo al fin.

Una ola empujó la barca y la lanzó directamente a la arena.

—Acabamos, acabamos por completo. Es necesario retirar más allá la barca para que el mar no la arrastre. Ya vendrán a reco-

gerla. Y ahora, adiós. La ciudad está a ocho verstas. Di: ¿vuelves a la ciudad?

En el rostro de Chelkache se dibujaba una sonrisa maliciosa benévola al mismo tiempo. Tenía el aspecto de preparar algo agradable para él y de inesperado para su cornpañero. Con la mano en el bolsillo estrujaba los billetes de Banco.

—No, no voy... Yo...

Gavrilo se ahogaba, se atragantaba. Se agitaba en él una tempestad de deseos, de palabras, de sentimientos, que entrechocaban entre sí. Ardía como un carbón al rojo.

Chelkache le contemplaba, admirado.

—¿Qué te pasa? —le dijo al fin.

—¡Oh! Nada.

Pero el rostro del mozo se enrojecía y se ponía lívido. Se agitaba como si fuese a lanzarse sobre su patrón, o como si se sintiese desgarrado por algún deseo imposible de realizar.

Chelkache empezó a sentir cierto malestar ante aquella excitación, pensando en qué forma se exteriorizaría.

Gavrilo rompió a reír con una risa extraña, semejante a un sollozo. baja la cabeza, de modo que Chelkache no podía ver la expresión de su rostro, sino sólo las orejas, ya pálidas, ya encarnadas del muchacho.

—¡Vete al diablo! —exclamó Chelkache con un ademán—. ¿Te has enamorado por ventura de mí? Di. No parece sino que coqueteas como una moza. ¿Es que sientes abandonarme? Habla, cara de luna llena; habla o me voy.

—¡Qué! ¿Te vas? —gritó con voz sonora.

La playa, desierta y arenosa, tembló ante aguel grito, y hasta las olas de arena, arrastradas por las olas del mar, pareció que se estremecían.

Chelkache sintió una especie de escalofrío por todo el cuerpo.

De pronto el mozo se arrojó a los pies de su antiguo patrón, y abrazándose a sus piernas le atrajo hacia sí. Chelkache vaciló y cayó pesadamente sentado en la arena, y rechinando los dientes, cerrado el puño, hendió el aire con su largo brazó. Pero no llegó a pegar, porque la mirada cohibida y suplicante de Gavrilo le contuvo.

—Amigo mío, dame... ese dinero... ¡Dámelo por amor de Dios! ¿Para qué lo necesitas tú? Lo has ganado en una sola noche... en una noche... y a mí me costaría años. ¡Dámelo!... Yo rezaré por ti... siempre... Pediré en tres diversas iglesias por la salvación de tu alma. Tú lo vas a malgastar... lanzándolo al viento... Yo lo guardaré, lo emplearé en la tierra. ¡Oh! ¡Dame, dame ese dinero...! Di, ¿qué vas a hacer tú con él? ¿Tanto te importa? Con una sola noche... y ya eres rico...

Haz una buena obra... Tú ya estás perdido... Ya no encontrarás tu vida, mientras que yo... ¡Oh! ¡Dámelo!...

Chelkache, asustado. sorprendido y furioso, se echó un poco hacia atrás. Sentado en la arena y apoyándose con las manos en ella, callaba y miraba con ojos desdoblados al mozo que, con la cabeza en sus rodillas, musitaba anhelante sus súplicas. Finalmente, le rechazó, se puso en pie y, echando mano al bolsillo, arrojó a la cara de Gavrilo el fajo de billetes.

—¡Toma, perro, trágatelos! —exclamó temblando de rabia, de odio y de lástima hacia aquel pobre esclavo avaro. Y al arrojarle el dinero, se sintió un héroe. En sus ojos y en todo su ser irradiaba audacia—. Yo quería darte más. Había sentido lástima de ti ayer. Pensando en tu pueblo, decía para mis adentros: «Ayudemos a este pobre muchacho.» Y ahora estaba esperando a ver lo que hacías. Si me pedías ayuda o no. ¡Y tú, miserable mendigo!... ¿Pero es posihle que haya alguien que caiga en un estado semejante por un puñaclo de dinero?... ¡Martirizarse de ese modo! ¡Imbéciles, demonios avarientos, que todo lo olvidáis, que os cegáis... que seríais capaces de venderos pcr circo copecas...!

—Amigo, que Cristo te ayude. ¿Cuánto tengo ahora? ¿Cuánto? ¡Miles! ¡Un ricacho! —exclamaba Gavrilo entusiasmado, todo trémulo, escondiendo el dinero entre su blusa—. ¡Oh amigo queridísimo! ¡No lo olvidaré nunca! ¡Nunca!... Se lo diré a mi mujer y a mis hijos para que recen siempre por ti.

Chelkache escuchaba aquellos gritos de alegría, miraba aquel rostro radiante y alterado por tan ávido frenesí, y pensaba que él, ladrón y vagabundo, desligado de todo afecto, no llegaría nunca a tal extremo de rapacidad, locura y villanía. ¡Nunca sería así! Este pensamiento y esta sensación, dándole la conciencia de su libertad y de su superioridad, lo retenía junto al mozo en aquella desierta playa.

—¡Me has hecho dichoso! —gritaba Gavrilo restregándose la cara con la mano de su patrón.

Chelkache callaba y enseñaba los dientes como un lobo, mientras el muchacho continuaba hablando expansivo.

—¡No sabes qué idea se me había ocurrido! Cuando veníamos en la barca hacia aquí y vi el dinero... me dije: «Si le diese... (a ti)... un golpe con un remo, uno solo... el dinero sería mío... y a él lo tiraría al mar...» ¿Quién se iba a preocupar de tu desaparición? Y si te encontrasen no harían muchas investigaciones... de cómo, quién y por qué te habían matado. Tú no eres una persona sobre cuya desaparición se hiciera mucho ruido... Eres un ser inútil en el mundo, ¿quién iba a preocuparse de ti? ¿Eh?

—¡Venga el dinero! —rugió Chelkache cogiendo al mozo por la garganta.

Gavrilo se debatió una vez, dos veces, pero el otro brazo del vagabundo se enroscó a él como una serpiente. Sintióse el ruido de tela desgarrada. Gavrilo quedó tendido en tierra, con los ojos fuera de las órbitas, agitando en el aire manos y piernas. Chelkache en pie, rígido, duro y en actitud de felino, mostraba sus dientes con expresión cruel, y reía con una risa forzada, dura, mientras sus bigotes temblaban nerviosamente en su rostro anguloso. Jamás había recibido en su vida un golpe tan imprevisto y doloroso, ni nunca su furor había sido tan intenso.

—¿Qué? ¿Estás contento ahora? —preguntó entre dientes.

Y volviendo la espalda al mozo echó a andar en dirección a la ciudad. Pero no había andado dos pasos, cuando Gavrilo, agazapándose como un gato, puesta una rodilla en tierra y tomando impulso, le arrojó una gruesa piedra, gritando con rabia:

—¡U... una!

Chelkache lanzó un gemido de dolor, se llevó las manos a la nuca, volvió el rostro hacia Gavrilo y cayó de bruces en la arena. Movió una pierna, trató de levantar la cabeza y se quedó rígido, vibrando como una cuerda tensa. Entonces el mozallón echó a correr en dirección de la estepa brumosa. Las olas se agolpaban sobre la arena, fundiéndose con ella y corriendo más. La espuma se deshacía en fragmentos y las gotas de agua revoloteaban en el aire.

Se inició la lluvia. Escasa al principio, se hizo pronto apretada y abundante, cayendo en hilos sutiles que se entrecruzaban y formaban una cortina que ocultaba la lejana estepa y el mar. De pronto reapareció Gavrilo corriendo, volando como un pájaro entre la lluvia. Se acercó a Chelkache, cayó de hinojos junto a él, y comenzó a darle vueltas en el suelo. Su mano se hundió en una masa cálida, viscosa y roja. Temblando, se apartó de él, con el rostro pálido y demudado, como loco.

—¡Hermano, levántate! —susurraba entre el estrépito de la lluvia, al oído de su antiguo patrón.

Éste volvió en sí, y, rechazándole, dijo con voz ronca:

—¡Vete!

Durante mucho tiempo no se vio otra cosa que la lluvia y aquel largo cuerpo tendido en la arena junto al mar...

—¡Hermano, perdóname! El demonio me ha tentado... —continuaba Gavrilo, temblando, besuqueando la mano de Chelkache.

—¡Vete, vete! —gruñó éste.

—Perdona mi pecado... amigo... perdóname...

—¡Vete, vete al diablo! —gritó de repente Chelkache incorporándose y sentándose en la arena, con el rostro pálido, desencajado, con los ojos torvos, que se le cerraban como si tuviera sueño—. ¿Qué quieres aún? Ya has hecho tu negocio... ¡Vete...! ¡Lárgate...!

Quiso rechazar con el pie a Gavrilo, aniquilado de dolor, pero no lo consiguió, y hubiera vuelto a caer si el mozo no le sostuviera por los hombros.

El restro de Chelkache quedaba en aquellos momentos a la altura del de Gavrilo. Ambos estaban pálidos, espantosos, miserables,

—¡Puaf!

Chelkache escupió en los ojos desmesuradamente abiertos del aldeano. Limpióse éste humildemente con la manga y murmuró:

—Haz de mí lo que quieras... No diré una palabra... ¡Perdóname en nombre de Cristo!

—¡Cobarde, que ni para robar sirves! —exclamó Chelkache con desprecio.

Y desgarrándose la camisa por debajo de la blusa, y sin decir palabra, rechinando los dientes, se puso a vendarse la cabeza.

—¿Has cogido tu dinero? —preguntó por fin.

—No lo he cogido, hermano, y no lo quiero. Trae desgracia.

Chelkache hundió su mano en el bolsillo de la blusa, retiró el paquete de billetes, guardó uno y arrojó el resto a Gavrilo.

—¡Toma y lárgate!

—No puedo tomarlo, no puedo... ¡Perdóname!

—¡Toma, te digo! —rugió Chelkache mostrando su cólera temblona en los ojos.

—Perdóname... Sólo así lo tomaría... —dijo tímidamente Gavrilo.

Y cayó a los pies del herido sobre la arena húmeda bañada generosamente por la lluvia.

—¡Mientes, imbécil! ¡Los cogerás y pronto! —dijo con firmeza.

Y levantándole la cabeza por los pelos, con un gran esfuerzo, le restregó el dinero por la cara.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Tú no has trabajado de balde! No tengas vergüenza de haber estado a pique de asesinar a nn hombre. Por gentes como yo no se hacen averiguaciones; nadie reclama. Más bien te darían las gracias cuando se supiese. ¡Toma, cógelo! Nadie sabrá lo que has hecho, y tu acción bien merece una recompensa. ¡Toma!

Gavrilo vio que Chelkache reía y experimentó cierto alivio. Apretó el dinero en la palma de la mano.

—Hermano, ¿me perdonas? ¿No? ¡Di!... —suplicaba con lágrimas en los ojos.

—Hermano —repuso remedándole Chelkache mientras trataba de incorporarse sobre sus piernas vacilantes—, ¿por qué te voy a perdonar? ¡No hay de qué! Hoy tú, mañana quizá yo...

—¡Oh hermano, hermano! —suspiraba dolorosamente Gavrilo bajando la cabeza.

Chelkache, en pie al fin, delante de él, sonreía de modo extraño. El vendaje de la cabeza se iba poco a poco enrojeciendo, asemejándose a un gorro turco.

La lluvia caía a torrentes. El mar rumoreaba sordamente, y las olas, furiosas ahora, chocaban violentamente.

Los dos hombres permanecían callados.

—¡Adiós! —dijo con fría ironía Chelkache.

Vacilaba al andar; las piernas le temblaban y mantenía erecta la cabeza como si temiese perderla.

—¡Perdón, hermano! —repitió una vez más Gavrilo.

—¡No hay de qué! —respondió secamente el vagabundo, sosteniéndose la cabeza con la mano izquierda, mientras con la derecha se atusaba despacio el bigote.

Gavrilo quedósele mirando largo tiempo, hasta que desapareció entre la lluvia, que seguía cayendo apretada, en delgados hilos interminables, envolviendo la estepa en una bruma impenetrable y gris como el acero.

Luego Gavrilo se quitó la gorra calada, se santiguó; miró el dinero que aún estrujaba en la palma de la mano; suspiró libre y profundamente, ocultó el botín en la blusa y comenzó a andar a largos y firmes pasos en dirección contraria a aquella por donde Chelkache había desaparecido. El mar mugía arrojando sobre la arena de la playa pesadas olas que se deshacían en menudas gotas y blancas espumas. La lluvia seguía cayendo encarnizadamente sobre el mar y sobre la tierra. El viento mugía también furioso.

Todo por doquiera estaba poblado de clamores, gemidos y sordos ruidos. La lluvia ocultaba cielo y mar. En poco tiempo la lluvia y las olas lavaron la mancha que enrojecía la arena, en el sitio en que había caído Chelkache, y borraron las huellas de ambos en la arena. Y en la playa desierta no quedó ningún vestigio del pequeño drama que se había desarrollado entre dos hombres.

MI COMPAÑERO O UN PRÍNCIPE VAGABUNDO

Durante tres dias me llamó poderosamente la atención, por su aspecío robusto y macizo, por su rostro caucasiano encuadrado por una graciosa barba, un individuo a quien encontré en el puerto de Odesa. Me obsesionaba: le veía parado horas y horas sobre el empedrado de la machina chupando el puño de un bastón, fijos sus ojos rasgados y tristes en las sucias aguas del puerto. Diez veces al día pasaba junto a mí con el aire de un hombre desocupado. ¿Quién sería?... Me dediqué a espiarle, y él, como si quisiera hacer burla de mí, pasaba con más frecuencia por mi lado. Llegué, por úlfimo, a reconocer de lejos su traje claro a cuadros, muy a la moda, su sombrero flexible de artista, sus andares perezosos y hasta su mirada nostálgica e inexpresiva.

Su presencia resultaba totalmente inexplicable en el puerto entre los silbidos estridentes de vapores y locomotoras, el tintineo de las cadenas, las voces de los obreros en medio de toda aquella agitación febril y furiosa que se apodera por doquiera del espíritu y excita los nervios. En el puerto, los seres humanos son esclavos de aquellos gigantescos mecanismos, que exigen una atención y un trabajo constante; todos se agitan en torno de los vapores o de los trenes, cargándolos o descargándolos. Todos están preocupados, cansados, todos van, vienen, blasfeman, cubiertos de polvo, sudorosos. Y en medio de aquel ajetreo incesante, el extraño personaje paseaba indiferente, lentamente, con cara de mortal aburrimiento. Por último, al cuarto día tropecé con él a la hora de la comida y decidí salir a toda costa de dudas respecto a su persona. Me instalé junto a él, me puse a comer unas rajas de melón con pan y a examinarle entre tanto y discurrir el medio de que podría valerme para trabar conversación con él.

De pie, apoyado en unas cajas de té, estaba mi hombre mirando indiferente en torno suyo y sostenía entre los labios su bastón a guisa de flauta. Para mí, obrero descargardor, ennegrecido por el

polvo del carbón, resultaba muy difícil entablar conversación con aquel sujeto elsgante. Pero con gran admiración por mi parte, me percaté de que no me quitaba los ojos de encima, y de que su mirada se encendía con un deseo animalesco y glotón. Deduje de aquella mirada que mi personaje tenía hambre, y así, después de dirigir una ojeada a nuestro alrededor, le pregunté con amabilidad:

—¿Quiere usted comer?

Se estremeció, mostró en una especie de mueca ávida una doble fila de dientes afilados y fuertes, y dirigió una mirada desconfiada a derecha e izquierda. Nadie se fijaba en nosotros. Le alargué la mitad del melón y un trozo de pan de trigo. Lo cogió y desapareció, sentándose detrás de unas cajas de mercancías. De cuando en cuando alzaba la cabeza, y su sombrero, echado hacia atrás, dejaba ver su frente morena y húmeda. Iluminaba su rostro una sonrisa amplia, y me miraba guiñando los ojos sin dejar de masticar. Le hice señas de que esperara y fui a buscar algo de carne y se la di. Luego me situé junto a las cajas, de modo que pudiera ocultar a todas las miradas a mi pobre elegante.

Hasta entonces había comido con la inquietud de un felino, que teme le arrebaten su presa; pero ahora comía más tranquilo, pero tan de prisa y con tal avidez, que me resultaba insoportable contemplar a aquel ser humano hambriento, y tuve que volver la vista a otra parte

—Gracias, infinitas gracias.

Me dio un golpecito en el hombro, me cogió después la mano y me la estrechó cordialmente.

No habían pasado cinco minutos cuando comenzó a contarme su historia.

El príncipe georgiano Scharko Ptadzé era hijo único de un rico terrateniente de Kutais. Empleado en una gran estación del Transcaucasiano, vivía con un compañero. Éste, un buen día, desapareció con el dinero y valores del príncipe Scharko, que se dedicó a correr tras él, esperando alcanzarle. Habiendo sabido por casualidad que su compañero había tomado billete para Batum, allí se dirigió el príncipe. Pero en Batum supo que su camarada había salido para Odesa, y hacia allí se encaminó Scharko, con el pasaporte de un tal Vano Svanidé, barbero, algo amigo suyo, y de su misma edad aproximadamente, pero de diferentes señas. Allí se presentó a la policía dando cuenta del robo de que había sido víctima, y le prometieron encontrar al culpable. Esperando estaba desde hacía dos semanas y durante ellas había agotado todos sus recursos. Cuatro días hacía que estaba sin comer.

Escuché su relato salpicado de blasfemias y al parecer sincero. Examiné al muchacho, le creí y me inspiró un interés compasivo. Era casi un niño; tenía diecinueve años, y por su candidez resultaba más joven aún. Hablaba a menudo con una indignación profunda de su antigua amistad con el camarada que le había robado objetos de tal precio. Su terrible padre de seguro que le cortaría el cuello si no conseguía encontrar los objetos robados. Pensé que si alguien no socorría a aquel muchacho, éste caería pronto en manos de cualquier canalla de la ciudad. Sabía yo de sobra que en el mundo de los desharrapados vagabundos se entra a consecuencia de ínfimos incidentes y entreveía para el príncipe Scharko todas las posibilidades de ingresar en esta respetable pero no respetada corporación...

Quise, pues. acudir en su auxilio. Como lo que yo ganaba resultaba insuficiente para proporcionarle un billete hasta Batum, me dirigí a varias agencias solicitando un billete gratuito para Scharko. Demostré con vehemencia la necesidad de socorrer al joven, pero con la misma vehemencia me lo rehusaron. Entonces propuse a mi nuevo amigo acompañarle a ver al jefe de policía para solicitar un billete para él; pero se turbó y me manifestó que no iría. ¿Por qué? Me declaró que además de no haber pagado al dueño de la fonda donde se había alojado, había pegado a uno cuando le reclamaron el dinero y que había salido huyendo. Suponía, pues, con razón, que la policía no le recibiría muy bien después de lo ocurrido...

La situación se complicaba. Resolví, pues, trabajar hasta ganar el dinero suficiente para el viaje a Batum. Mas, ¡ay!, era evidente que esto no se efectuaría tan pronto, o no se efectuaría nunca, porque después de su largo ayuno Scharko comía por tres o por más.

En aquella época, a causa de la invasión de los sin trabajo, el precio de los jornales en los puertos había bajado mucho, y de las ochenta copecas de mi jornal nos comíamos, los dos, sesenta. Además, antes de mi encuentro con el príncipe, había yo decidido ir a Crimea, porque no quería eternizarme en Odesa. Así que propuse al príncipe Scharko que hiciese el viaje a pie conmigo, con la condición siguiente: si no le encontraba un compañero para Tiflis, le acompañaría yo; pero, si se lo encontraba, nos separaríamos.

El príncipe echó un vistazo a sus botas finas, a su sombrero, a sus pantalones, se arregló la americana reflexionó, suspiró, y finalmente accedió. Así, quedó decidido nuestro viaje a pie de Odesa a Tiflis.

* * *

Cuando llegamos a Jerson, conocía perfectamente a mi compañero. Era un hombre ingenuo, salvaje, muy poco instruido; alegre cuando había comido; decaído, deshecho cuando tenía hambre, como un animal fuerte, pero no malo.

En el trayecto me habló del Cáucaso, de la vida que allí llevan los ricos georgianos, de sus diversiones y de sus relaciones con los aldeanos. Sus relatos eran interesantes no exentos de cierto colorido y belleza, pero la personalidad de mi compañero se me aparecía bajo un aspecto muy poco lisonjero para él. He aquí un ejemplo de sus narraciones:

Un príncipe rico dio a sus amigos una fiesta; en ella se comió y se bebió en abundancia los manjares preferidos por los georgianos; y después el príncipe condujo a sus invitados a la cuadra. Ensillaron los caballos. El príncipe, jinete sobre el mejor, se puso a caracolear por la llanura. Era un magnífico caballo; los invitados se hacían lenguas de la agilidad y hermosura del animal. Cuando he ahí que al correr por segunda vez el príncipe aparece en la llanura un campesino, caballero en un brioso caballo blanco, que alcanza al príncipe, le pasa... y se ríe orgulloso. El príncipe sintió vergüenza delante de sus invitados... Arrugó ferozmente el entrecejo, llamó con un gesto al campesino, y cuando le tuvo cerca, de un sablazo le cortó la cabeza. Después, apuntando con su revólver a la oreja izquierda del caballo, lo mató. A renglón seguido se presentó ante las autoridades a declarar lo que había hecho. Fue condenado a trabajos forzados.

Scharko parecía compadecer al príncipe, yo traté de hacerle entender que un hombre así no era digno de compasión; pero él me respondió con cierto tonillo de sermón:

—Hay pocos príncipes y muchos campesinos. No se debe condenar a un príncipe por un aldeano. Porque, ¿qué es un campesino? Esto —y señalaba un poco de tierra—. En cambio un príncipe es como una estrella.

Discutimos sobre esto y él se enfadó. Y cuando se enfadaba enseñaba unos dientes como un lobo y parecía que se afilaba su rostro.

—Cállate, Máximo. Tú no conoces la vida del Cáucaso —me gritaba.

Mis argumentos resultaban vanos ante su ingenuidad, y lo que para mí resultaba clarísimo, a él le parecía curiosamente original. Mi lógica no hacía mella en su cerebro, y cuando, a fuerza de trabajo conseguía acorralarle con pruebas evidentes, y demostrarle la exactitud y superioridad de mis ideas, sin mostrarse en modo alguno turbado, me decía:

—Vete al Cáucaso, quédate allí una temporada, y verás por ti mismo que digo la verdad. Todo el mundo lo hace así: luego está bien hecho. ¿Por qué te voy a creer a ti, cuando tú eres el único que dice «esto es falso», siendo así que hay miles de personas que proclaman que «es verdadero»?

Callaba yo entonces, comprendiendo que era preciso oponerle no palabras, sino hechos, ya que él era un convencido de que la vida, tal como es, es justa y regular. Callaba yo, y él se consideraba triunfante; tanta confianza tenía en su perfecto conocimiento de la vida. Además, mi silencio le permitía continuar con sus relatos sobre la vida caucasiana, llena de salvaje belleza, de pasión y de originalidad. Aquellos relatos me interesaban y seducían, y al misrno tiempo me sublevaban por su crueldad, por su servilismo con los ricos y los fuertes, por su ausencia de lo que se llama la moral obligatoria para todos. Se me ocurrió una vez preguntar a Scharko si conocía la doctrina de Cristo.

—Ya lo creo —me respondió alzando los hombros.

Pero al preguntarle algunas cosas, me convencí de que lo único que sabia era que: «Había existido un tal Jesús, que se había rebelado contra las leyes de los judíos, y éstos, por ese motivo, le habían crucificado. Pero como era Dios, no murió en la cruz, sino que subió al cielo y dio a los hombres otras leyes.»

—¿Cuáles? —le pregunté.

Scharko me miró con asombro burlón y me diio:

—¿Tú eres cristiano? Bueno, también yo. En el mundo casi todos son cristianos. ¿Qué me preguntas, pues? Ya ves lo que hace todo el mundo. Pues ésa es la ley de Cristo.

Yo me arrebaté y me puse a contarle la vida de Jesús. Al principio me escuchó muy atento; luego, poco a poco, se fue desinteresando y terminó por bostezar.

Viendo yo que su corazón no me escuchaba. me dirigí de nuevo a su inteligencia; le hablé de las ventajas que se obtienen de la caridad, de la sabiduría, de la justicia. Le hablaba sólo de las ventajas y solamente de las ventajas.

—El que es fuerte, hace él mismo la ley; no es menester eneñársela; aunque sea ciego encontrará su camino —me respondió perezosamene el príncipe Scharko.

Sabía mantenerse fiel a sí mismo, y eso me inspiraba respeto; pero era salvaje, cruel, y yo, aun sintiendo, por instinto, que iba naciendo en mí una chispa de odio contra él, no perdía, sin embargo, la esperanza de encontrar un punto de contacto entre nosotros, un terreno en el que pudiéramos encontrarnos y comprendernos.

En mi deseo de acercarme a él me dediqué a hablarle en un lenguaje más sencillo. Diose él cuenta de mis tentativas, y deduciendo por ellas que yo aceptaba su superioridad, fue adoptando de día en día un tono de mayor altanería. Yo sufría viendo que mis argumentos se estrellaban contra el muro de granito que representaba su concepto de la ida.

Habíamos atravesado el Perekop y nos acercábamos a las montañas de Crimea, que desde hacía dos días colurnbrábamos en el horizonte, con tonalidades azules y semejantes a leves franjas de nubes.

Yo las contemplaba con admiración y soñaba con las costas de Crimea; en cambio mi compañero cantaba canciones georgianas y estaba triste.

Nuestro dinero se había agctado y yo no veía medio de ganar algo. Así que apresuramos nuestro camino en dirección de Teodosia, donde habían comenzado los trabajos para la construcción de un puerto. El príncipe me decía que él.también trabajaría y que en cuanto ganásemos dinero, podríamos ir por mar a Batum, donde él tenía muchos amigos y hallaría seguramente para mí una buena colocación de portero o de guarda. Y golpeándome con aire protector en el hombro, me decía chasqueando la lengua:

—Te proporcionaré una vida comodísima, ¡che, che! ¡Beberás todo el vino que quieras, comerás cuanto carnero desees: te casarás con una georgiana! ¡Che, che, che! Y te condimentará platos exquisitos, te dará hijos, muchos hijos, ¡che, che!

Aquel «che, che» que me había admirado al principio, comenzó luego a molestarme, y por último me produjo un malestar tristón. En Rusia ese sonido se emplea para llamar a los cerdos; en el Cáucaso expresa admiración, placer, dolor.

Scharko había estropeado su elegante traje, y sus zapatos mostraban más de un agujero. El sombrero y el bastón los habíamos vendido en Jerson. El primero había sido reemplazado por una vieja gorra de empleado del ferrocarril. Cuando se la puso por primera vez ladeada sobre la oreja me preguntó.

—¿Qué tal me está? ¿Me está bien?

* * *

Henos al fin en Crimea. Habíamos pasado por Simferopol y nos dirigíamos a Yalta. Yo estaba en un éxtasis mudo ante la belleza de aquella prodigiosa tierra acariciada por todas partes por el mar. El príncipe gemía, suspiraba, dirigía en torno suyo miradas tristes y desoladas, y procuraba llenar el estómago vacío con frutas silves-

tres. La prueba no resultaba siempre afortunada, y solía decirme con muy mal humor:

—Si esto me sale mal, ¿cómo voy a ir más lejos?

No se nos presentaba posibilidad de encontrar trabajo, y no teniendo un céntimo para comprar pan, nos alimentábamos de frutas y de esperanzas en el porvenir. Y el príncipe Scharko comenzaba a echarme en cara mi pereza y mi falta de iniciativas. Me iba resultando molesto; pero lo que más me irritaba eran los relatos que me hacía de su extraordinario apetito. Contaba que un buen día, habiéndose comido a mediodía un cabritillo rociado con tres botellas de vino, había podido comer a las dos horas, sin violencia alguna, tres platos de sopa, una olla de carne de cordero con arroz, una buena porción de pescado, diversos platos caucasianos, y, para regarlo, vino a discreción y sin tasa. Me hablaba días enteros de sus gustos, de sus conocimientos gastronómicos, y hablaba haciendo castañetear su lengua, con ojos encendidos, mostrando sus dientes afilados y rechinantes, aspirando y tragando ruidosamente su saliva de hambriento, que fluía abundante a sus labios elocuentes. En aquellos momentos me inspiraba tal repugnancia, que me costaba trabajo disimulársela.

Un día, en los alrededores de Yalta, me contrataron para limpiar un huerto de árboles frutales. Pedí parte de la soldada por adelantado y compré con ella pan y carne. Al volver de la compra ocurrió que el jardinero me llamó, y me fui, dejando las provisioncs a Scharko, que, so pretexto de un fuerte dolor de cabeza, no había querido trabajar. Regresé al cabo de una hora y pude convencerme de que mi compañero no había exagerado su buen apetito. No quedaba ni una migaja de lo que yo había comprado. No era la acción muy propia entre compañeros; pero callé, para mi desgracia, como vinieron a demostrarme los acontecimientos posteriores.

Scharko no echó en saco roto mi silencio, y lo explotó, como solía, en su provecho; y a partir de aquel momento ocurrió una cosa verdaderamcnte absurda. Yo trabajaba, y él, rehuyendo con diversos pretextos el trabajo, comía, dormía y me injuriaba. Yo no soy un discípulo de Tolstoi. Me parecía ridículo y doloroso ver a aquel jovenzuelo robusto mirarme con avidez cuando, después de mi jornada de trabajo, regresaba cansado a reunirme con él en algún sitio apartado. Pero lo más ridículo y lo más doloroso todavía era que yo me di cuenta de que encima se burlaba de mí por haber trabajado. Y se burlaba porque él había aprendido a mendigar, y yo a sus ojos era un verdadero zoquete. Al regreso de sus primeras excursiones como pordiosero, se sentía un poco avergonzado en mi presencia; mas después, en cuanto estábamos a poca distancia de alguna aldea tárta-

ra, hacía sus preparativos ante mis propios ojos. Se apoyaba en un palo y arrastraba una pierna como si le doliese, porque sabía que los avaros tártaros no son capaces de dar un céntimo a un muchacho sano y robusto. Me disgusté con él y traté de convencerle de lo vergonzoso de su acción. Él se reía...

—Yo no sé trabajar —me respondía secamente.

Le daban poco. Yo, entre tanto, comenzaba a sentirme enfermo. El camino se me iba haciendo cada día más penoso y mis relaciones con Scharko más intolerables. Ahora exigía casi con aspereza que lo mantuviese.

—¿No eres tú el que diriges? Pues dirige. ¿Tú crees que yo puedo hacer una caminata tan larga a pie siempre? No estoy acostumbrado a eso. Puedo incluso morirme por ello. ¿Por qué quieres hacerme sufrir? ¿Por qué quieres matarme? ¡Qué desgracia tan grande, si me muriese! Mis padres llorarían, llorarían mis amigos: ¡Cuántas lágrimas no derramarían!

Yo escuchaba todos aquellos discursos sin impacientarme. Un extraño pensamiento comenzaba a insinuarse en mi cerebro y me hacía soportar todo aquello. A veces, cuando dormía, me sentaba a su lado, y observando su rostro tranquilo e inmóvil, me repetía como si comenzase a adivinar algo: «Mi compañero... mi compañero...»

Y en mi entendimiento surgía entonces la idea oscura de que Scharko no hacía sino usar de un derecho exigiendo de mí con tanta seguridad y firmeza que le ayudae y cuidase de él. En esta exigencia había un carácter, una fuerza. Me dominaba, y yo lo consentía y le estudiaba, observando cada estremecimiento de su fisonomía, esforzándome en presentir dónde se detendría aquella su usurpación sobre una persona extraña. Él se mostraba de un humor inmejorable; cantaba, dormía y se burlaba de mí cuando bien le parecía. Ocurría a veces que nos separábamos durante uno o dos días porque íbamos a pueblos diferentes. Le proveía de pan y de dinero cuando lo tenía, y le decía dónde tenía que esperarme. Cuando nos volvíamos a ver, él, que me había dejado desconfiado y malhumorado, salía a mi encuentro alegre, triunfante y me decía siempre riendo:

—Ya me creía que te habías marchado solo; que me habías abandonado. ¡Ja, ja!

Le daba de comer, le contaba las cosas hermosas que había visto, y una vez, a propósito de Baktchisarai, le recité algunos versos de Puchkin. No le causaron la menor impresión.

—¡Déjate de versos! Lo que yo quiero son cantos, nada de versos. Yo conocía a un individuo georgiano que sabía cantar unas canciones tan bonitas... Cuando cantaba: ¡Ay, ay, ay! ¡Qué voz! Cantaba

con gran potencia, como si le clavasen un puñal en la garganta. Mató a un posadero y lo enviaron a Siberia.

Cada regreso mío era un escalón que yo bajaba en la consideración de mi compañero, que ni disimularlo sabía. Nuestros asuntos no iban nada bien. Difícilmente encontraba dónde ganar rublo y medio por semana, cosa que naturalmente resultaba insuficiente para los dos. Las limosnas que recogía Scharko no nos ahorraban nada. Su estómago era un pequeño abismo que lo tragaba todo: uvas, melones, pescado salado, frutas secas, y aquel abismo parecía agrandarse de día en día y exigir más abundantes ofrendas. Scharko me animaba a salir de Crimea, diciendo con razón que estábamos en otoño y que el camino que nos quedaba era aún mucho. Yo me dejé convencer. Además, había explorado ya aquella parte de Crimea y partimos para Teodosia con la esperanza de que al fin ganaríamos dinero, que nunca llegábamos a tener. Tuvimos entre tanto que volver a alimentarnos de frutas y de esperanzas en el porvenir. ¡Pobre porvenir! A fuerza de esperarlo demasiado, pierde casi siempre todo su encanto cuando se convierte en presente. Habíamos llegado unas veinte verstas más allá de Aluchta, cuando nos detuvimos para pasar la noche. Convencí a Scharko para que siguiésemos por la playa, que si bien alargaba el camino, me proporcionaba el gusto de respirar el aire del mar. Hicimos fuego y nos acostamos después. La noche era magnífica. El mar, de un verde oscuro, rompía contra las rocas a nuestros pies; el cielo azul lucía triunfal sobre nuestras cabezas, y en nuestro alrededor mecíanse suavemente las matas y los arbustos olorosos... La luna iba apareciendo, y del follaje surgían sombras caprichosas que se dibujaban sobre las rocas. Un pajarillo gorjeaba con fuerza, casi provocativo, y sus poderosos trinos se fundían en el aire, saturado de los rumores delicados y acariciadores de las olas. Cuando el pájaro calló, se oyó el cri-cri nervioso de un insecto. La llama brillaba alegremente semejando un magnífico manojo de flores rojas y amarillas, al mismo tiempo que hacía surgir sombras caprichosas, que bailaban en torno alegremente como para mostrar su vivacidad en contraposición a las lentas sombras de la luna. De cuando en cuando percibíanse en el aire sonidos extraños. El amplio horizonte de las aguas estaba desierto; el cielo, diáfano, sin nubes, y yo, en un extremo de la tierra, me sentía absorto en la contemplación de lo infinito, ese problema encantador. Embriagado por la majestuosa belleza de la noche, me disolvía en una maravillosa armonía de colores, de sonidos y de perfumes, llenaba mi alma el tímido sentimiento de una augusta presencia, y mi corazón a veces cesaba de latir, anegado en la inmensa alegría de vivir...

De pronto Scharko soltó una gran carcajada.

—¡Ja, ja, qué aspecto de imbécil tienes! ¡Pareces un carnero! ¡Ja, ja, ja!

Me estremecí como si un trueno hubiera retumbado sobre mi cabeza. Pero era algo peor aún. Mi actitud quizá pudiera parecer ridícula. ¡Pero aquella humillación! en cambio; se reía hasta derramar lágrimas. Y yo casi sentía verdaderas ganas de llorar, pero por distinta causa. Me parecía tener una piedra en la garganta; no podia articular palabra y miraba a Scharko con los ojos desmesuradamente abiertos, lo cual aumentaba su hilaridad. Se revolcaba por el suelo apretándose el vientre con las manos; yo, en cambio, no podia soportar la afrenta que me había hecho. Esta afrenta era terrible, y las pocas personas que espero lo comprendan (porque quizá hayan pasado alguna vez por trance semejante), sentirán nuevamente en su alma el peso abrumador de semejante actitud.

—¡Basta! —grité encolerizado.

Se asustó, se estremecío; pero no pudo contenerse, vencido por el paroxismo de la risa. Entonces me levanté y me alejé de él. Caminé durante mucho tiempo sin pensar en nada, de un modo inconsciente, lleno mi espíritu de amargura por el aislamiento y la humillación. Yo me había sentido inflamado por el amor de la Naturaleza entera, a la que hacía calladas declaraciones de amor, de ese amor que debe sentir un hombre cuando es un poco poeta, y ella, por la persona de Scharko, se había reído de mi exaltación. Habría ido yo muy lejos en mis invectivas contra la Naturaleza, contra Scharko y contra todo lo existente, si no hubiera oído tras de mí rápidos pasos.

—No te enfades —dijo Scharko un poco confuso, tocándome suavemente en el hombro—. ¿Estabas rezando? No lo sabía. Yo no rezo...

Hablaba con el tono tímido de un muchacho que ha sido cogido en una falta, y yo, a pesar de mi exaltación, no dejaba de darme cuenta del lamentable aspecto que ofrecía su rostro ridículamente contraído por la turbación y el miedo.

—No te molestaré más; estáte tranquilo.

Y haciendo signos negativos con la cabeza, añadió:

—¡Jamás1 Veo que eres bondadoso, que trabajas y no me obligas a trabajar a mí. Y me pregunto por qué. Seguramente, por ser manso como un cordero...

¡Y lo decía para consolarme! ¡Para darme una satisfacción! Naturalmente que después de tales escusas y consuelos, no me quedaba otro remedio que perdonarle no sólo las culpas pasadas sino las que pudiera cometer en adelante. Media hora después él dormía

profundamente, y yo, sentado a su lado, le miraba. Mientras duerme, el hombre más fuerte parece débil e indefenso, y mi compañero me daba compasión. Sus gruesos labios entreabiertos, sus ceias enarcadas le daban un aspecto infantil de tímida admiración. Respiraba pausadamente, pero en ciertos momentos se movía y hablaba en georgiano, pronunciando frases enteras de perdón y súplica.

Reinaba en torno nuestro aquella tranquilidad absoluta de la cual se espera siempre algo, y que de prolongarse haría seguramente enloquecer al hombre por su paz absoluta y por la completa ausencia de sonidos, sombra viva del movimiento. El apacible rumor de las olas no llegaba a nosotros, que estábamos en una especie de gruta protegida por matorrales espinosos y semejantes a las fauces musgosas de un animal petrificado. Yo, contemplando a Scharko, pensaba: «¡Es mi compañero...! Podría abandonarle aquí, pero no puedo separarme de él porque su nombre es sagrado para mí. Es el compañero de toda mi vida; él me acompañará hasta la tumba.»

Teodosia defraudó nuestras esperanzas. Cuando llegamos había alrededor de cuatrocientos hombres que, como nosotros, pedían trabajo y se veían obligados a contentarse con el papel de espectadores de la construcción del puerto. Entre los que trabajaban, había turcos, georgianos, gentes de Smolensk, de Poltava, y gran número de vagabundos. Por doquiera, en la ciudad y en los alrededores, erraban grupos de astrosos, tétricos y hambrientos, y aún seguían acudiendo como manadas de lobos gentes sin trabajo de Azov y de Crimea.

En los primeros momentos tomáronnos a nosotros también por hambrientos. Y procuraron sacar de nosotros todo el provecho posible; apretujados entre la muchedumbre, a Scharko le tomaron de los hombros el abrigo que yo le había comprado, y a mí me cortaron la correa de la mochila. Pero después de algunas disputas nos devolvieron nuestros efectos, seguramente porque se dieron cuenta de que entre ellos y nosotros había cierto parentesco espiritual, y los vagabundos, aunque no buenas personas, son gente de honor. Cuando nos convencimos de que nada teníamos que hacer allí, y de que el puerto se iba a construir sin nuestro concurso, nos sentimos ofendidos y partimos para Kerch.

Mi compañero cumplió su palabra; no me molestaba, aunque el hambre le hacía padecer mucho y le ponía sombrío como la cañada del Daria. Rechinaba los dientes como lobo que ve comer a otro, y me asustaba con la enumeración de los platos que de buena gana, y si le fuese posible, se comería. Además, desde hacía algún tiempo comenzaba a pensar en las mujeres. Al principio, cuando las veía pasar, se limitaba a lanzar un suspiro de deseo; luego, cada vez con

más frecuencia, sonrisas ávidas de «hombre oriental», y últimamente no podía ver a ninguna, de cualquier edad o aspecto, sin hacerme consideraciones cínicas y prácticamente filosóficas, referentes a alguna parte de su cuerpo. Hablaba de las mujeres de un modo tan libre, con tal conocimiento del asunto y desde un punto de vista tan directo, que me producía náuseas. Un día traté de demostrarle que a la mujer había que considerarla en todos los aspectos como igual; pero dándome cuenta de que no sólo se sentía lastimado por mis palabras, sino predispuesto a montar en cólera por la humillación que yo le infligía, decidí renunciar a toda demostración hasta el momento en que mi compañero no padeciese hambre.

Hacíamos el viaje hacia Kerch, no por la costa, sino por la estepa, para acortar el camino, y en nuestra mochila no llevábamos más que un pan de cebada de tres libras comprado a un tártaro con el último dinero de que disponíamos. Por este deplorable motivo, cuando llegamos a Kerch estábamos en un estado imposible para buscar y obtener trabajo, puesto que apenas podíamos tenernos de pie. Las tentativas de mi compañero por las aldeas mendigando un poco de pan resultaban infructuosas; en todas partes le contestaban lacónicamente: «¡Hay muchos como vosotros!» Cosa indiscutiblemente cierta, puesto que se veían, en efecto, numerosos grupos y lamentables caravanas de gentes que pedían pan aquel año. Caminaban a pie, en grupos de tres a veinte o más individuos, con sus hijos a cuestas unos, arrastrándolos de la mano otros. Y todas aquellas criaturitas parecían transparentes; cualquiera diría que bajo su lívida piel discurría, en lugar de sangre, un líquido malsano, fétido y turbio... Apuntaban bajo el cutis reseco los huesos con ángulos tan elocuentes, que con sólo mirarlos sentía uno el corazón desgarrado por un dolor desesperado y agobiado por una enorme tristeza. Hambrientos, medio desnudos, macilentos, extenuados por el largo camino, aquellos niños no reían, ni siquiera gritaban; miraban únicamente a todas partes con ojos escrutadores y brillantes, que relampagueaban ávidamente a la vista de un huerto o de un campo sin segar, y cuando volvían los ojos a sus padres parecían preguntarles por qué razón les habían traído a este mundo. A veces pasaba un carricoche en el que iba guiando el caballo una vieja esquelética, y con ella una serie de cabezas infantiles de ojos tristes que miraban las tierras ajenas. El caballejo, huesudo y escuálido, caminaba trabajosamente, moviendo su cabeza puntiaguda de enmarañada crin. Rodeando y siguiendo al carricoche iban las personas mayores con la cabeza baja, los brazos caídos, la mirada mortecina y ensimismada, ni siquiera brillante de fiebre, sino plena de indecible y evidente dolor. Y todo este cortejo

avanzaba como arrastrándose, lenta y calladamente, por entre los campos ajenos, como si toda aquella gente, aherrojada de la vida por la desgracia, sintiese miedo de turbar la felicidad de los otros seres más afortunados que ellos.

Y así encontramos en nuestro camino no pocos de estos fúnebres cortejos sin muerto. Y al enfrentarnos con ellos o al pasarlos, solían preguntarnos aquellos desventurados con una tímida amabilidad:

—¿Está aún lejos el pueblo?

Y al contestales, suspiraban. callaban y nos miraban. Mi príncipe detestaba a aquellos invencibles rivales de mendicidad. La gran provisión de fuerzas vitales de su organismo no le permitía, a pesar de la aridez del camino y de la insuficiente alimentación, adoptar un aspecto tan lamentable como el de que realmente los otros podían enorgullecerse cómo de una perfección en su clase, y decía, apenas divisábamos de lejos algún grupo:

—¿Todavía más? ¡Diantre! ¿Qué vienen a hacer aquí éstos? ¿Es demasiado estrecha Rusia para ellos? No me lo explico. El pueblo ruso es estúpido.

Y cuando yo le explicaba las razones que obligaban al pueblo ruso a aquella emigración hacia Crimea, movía con desconfianza la cabeza y respondía:

—No me lo explico. ¿Cómo es posible...? Entre nosotros, en Georgia, no se hacen esas estupideces.

Llegamos al fin a Kerch, hambrientos y extenuados. Era tarde Y nos vimos obligados a instalarnos aquella noche bajo el puente movible que iba de los vapores a la machina.

Era lo más prudente escondernos: sabíamos que pocos días antes de nuestra llegada habían sido expulsados de la ciudad todos los vagabundos y todos los sin trabajo, y temíamos que se nos condujese a la prevención. Y como Scharko iba provisto de un pasaporte que no era suyo, nuestros destinos podían complicarse de una manera harto grave.

Durante toda la noche las olas del estrecho, al romperse, nos habían mojado generosamente con sus espumas, y al amanecer salimos de debajo de la pasarela calados y transidos de frío. Caminamos todo el día por la playa, y todo lo que ganamos fueron diez copecas que me dio la mujer de un pope por llevarle desde la tienda a su casa un saco de melones.

Nos era preciso ahora cruzar el estrecho para ir a Taman. Ningún batelero aceptó tomarnos por remeros, a pesar de nuestras súplicas; todos desconfiaban de los vagabundos, que se habían dis-

tinguido últimamente por numerosas y heroicas hazañas, y a nosotros, y no sin motivo, se nos clasificaba en la misma categoría.

Al llegar la noche me decidí, por rabia contra mi mala suerte y contra el mundo entero, a acometer una empresa bastante temeraria.

* * *

Ya de noche, Scharko y yo nos acercamos con toda clase de precauciones al muelle de la Aduana, junto al cual había atracadas tres chalupas sujetas a la machina por cadenas. La noche era oscura, soplaba viento: las chalupas chocaban entre sí y las cadenas crujían. No me fue difícil arrancar, a fuerza de mover la cadena, el anillo a que estaba sujeta una de las chalupas. Diez metros por encima de nosotros se paseaba un centinela silbando entre dientes. Cuando se detenía cerca de nosotros, yo interrumpía mi trabajo, precaución desde luego inútil, porque no podía suponer que un hombre pudiera permanecer con el agua al cuello a riesgo de ser arrebatado en un momeno por un golpe de mar. Y además, las cadenas, aun sin mis esfuerzos, entrechocaban entre sí. Scharko se había ya tendido en el fondo del bote y me decía algo que yo no llegaba a entender entre el rumor del oleaje. Por fin arranqué el anillo. Una ola se apoderó de nuestra embarcación y de un solo golpe la mandó a varios metros de la orilla. Yo, agarrado a la cadena, nadaba junto al bote. Luego subí en él. Quitamos las dos tablas de los mástiles, y sujetándolas a guisa de remos, zarpamos.

Las nubes volaban, las olas se agitaban vertiginosamente, y Scharko, sentado al timón, desaparecía de cuando en cuando hundido con la proa en la masa del agua, luego se elevaba en alto y caía gritando sobre mí. Le aconsejé que se atase las piernas a la banqueta (cosa que tuvo que hacer por fuerza él solo) y que no gritase, si no quería que le oyese el centinela. Calló inmediatamente. En el lugar de su rostro veía yo sólo una mancha blanca. Seguía él en el timón. No teníamos tiempo de modificar nuestras respectivas tareas, ni nos decidíamos a cambiar nuestros respectivos puestos en el barco. Yo le gritaba lo que tenía que hacer y me entendía inmediatamente y se comportaba como un viejo marino. Las tablas que utilizaba como remos no me servían de gran cosa y no hacían sino herirme las manos. El viento soplaba de proa, y a mí me preocupaba muy poco saber adónde nos llevaría; todos mis esfuerzos tendían únicamente a mantenerme de través en el estrecho, cosa fácil, porque las luces de Kerch se distinguían claramente. Las olas brincaban por encima de nosotros, rugían

de cólera al chocar unas con otras, y mientras más nos adentrábamos en el mar, más aumentaba su estrépito. Era su ruido espantoso y sobrecogía de terror el ánimo e hipnotizaba el pensamiento. El barquichuelo era arrastrado cada vez más velozmente, y con dificultad se le podía mantener en la dirección que uno deseaba: a veces nos elevábamos entre una montaña de agua o descendíamos hasta los abismos. La noche iba siendo por momentos más oscura y las nubes cada vez más bajas. Las luces iban desapareciendo a nuestra espalda en la oscuridad, y entonces sentí miedo. Parecía que aquella masa de agua irritada no tuviese límites. No veíamos otra cosa que el chocar de las olas contra el barquichuelo. En un momento me arrancaron de la mano una de las tablas que me servían de remos, y soltando la otra yo mismo en el fondo del barco me agarré con ambas manos al borde de la barca. Schalko lanzaba mugidos salvajes cada vez que saltábamos en el aire. Yo me sentía miserable y débil entristecido por el clamor furioso de los elementos. Miraba con tristeza fría e incapaz de pensar, y lo que veía era espantoso en su monotonía; por doquiera olas inmensas con penachos de espuma que se deshacían en chorros salobres y, sobre nuestras cabezas, las nubes en negros jirones, bajas y amenazadoras, semejaban negras olas. Sólo me daba cuenta de una cosa: todo lo que ocurría en torno nuestro podía ser aún infinitamente más terrible y más intenso; y casi me disgustaba que aquella fuerza se mantuviese contenida y no estallara con toda su pujanza. La muerte era inevitable. Pero era indispensable alejar esa ley impasible que todo lo nivela; de otro modo parecería harto dura y demasiado brutal. Si yo tuviera un día que elegir entre ser quemado vivo o ahogado en un pantano escogería el fuego; conviene más...

—Pongamos una vela —sugirió Scharko.

—¿Dónde está la vela? —pregunté.

—Mi gabán.

—Alárgamelo; pero no sueltes el timón.

Scharko se movió en silencio en la proa.

—Toma.

Me arrojó su gabán. A gatas en el fondo de la barca, busqué y cogí otra tabla, la metí en la manga del sólido abrigo, la apoyé contra el banco y la sujeté entre mis pies. Había apenas aferrado la otra manga y uno de los faldones del abrigo, cuando sobrevino algo inesperado. De pronto nos vimos lanzados de un modo extraño por los aires y precipitados luego en el fondo, y me encontré en el agua con el gabán en una mano y agarrado con la otra a la cuerda que circundaba exteriormente el barquichuelo. Las olas volaban sobre mi cabeza, y el agua, salada y amarga, llenaba mis orejas, mis narices y

mi boca. Asido con todas mis fuerzas a la cuerda, emergía del agua para volver a hundirme en ella, golpeándome la cabeza contra la barca. Traté luego de arrojar el gabán sobre la quilla de la barca y me esforcé por subir a ella. Tras de innumerables esfuerzos, lo conseguí, y entonces divisé a Scharko haciendo cabriolas sobre las olas, agarrado a las cuerdas que yo había soltado.

—¿Vives? —le grité.

En aquel momento saltó sobre el agua y cayó de cabeza en la barca. Yo estaba a caballo en la quilla con los pies sobre las cuerdas, como en unos estribos; pero no estaba muy seguro allí; cualquier golpe de mar podía botarme de aquella silla. Scharko se agarró a mis rodillas, golpeándome el pecho con la cabeza. Temblaba de pies a cabeza de modo lastimoso. Era preciso hacer algo; la quilla estaba resbaladiza como si hubiera sido engrasada poco antes. Dije a Scharko que se lanzase al agua, sosteniéndose sin soltar las cuerdas, mientras yo haría lo mismo por el otro lado. Por toda contestación comenzó a golpearme el pecho con la cabeza. Las olas, en su danza salvaje, pasaban sobre nosotros, que con mucha dificultad nos sosteníamos. La cuerda me cortaba horriblemente un pie. Seguían surgiendo, siempr incesantes, inmensas montañas de agua, que desaparecían en seguida con estrépito.

Repetí mi orden a mi compañero; pero ahora más imperiosamente. Él no hizo sino volver a golpearme el pecho con la cabeza, pero con más fuerza. No había tiempo que perder. Separé de mí primero uno, luego otro de sus brazos, que me tenían sujeto, y le empujé al agua, esforzándome para hacerle coger una de las cuerdas con las manos. Y entonces ocurrió algo que me espantó más que todo en aquella noche terrible.

—¿Quieres ahogarme? —me preguntó mirándome a la cara.

Era verdaderamente algo espantoso. Espantosa la pregunta, y más espantosa aún la entonación con que había sido hecha y en la que había una especie de tímida resignación, una tímida demanda de perdón y el último suspiro de un ser que había perdido la postrera esperanza de evitar un fin siniestro. Pero más espantosos aún eran los ojos en aquel rosro chorreando agua y mortalmente pálido.

Le grité:

—¡Agárrate fuerte!

Y me lancé al agua yo también agarrado a la cuerda. Toqué con el pie algo que en el primer momento el dolor me impidió comprender lo que era. Pero en seguida tuve una rápida y ardiente sensación; me sentía como ebrio y más fuerte que nunca.

—¡Tierra! —grité.

Quizá los grandes navegantes descubridores de nuevos continentes profirieran aquella palabra con más entusiasmo que yo; pero dudo que pudieran gritarla con más fuerza. Scharko lanzó una especie de mugido y nos pusimos a nadar. Pero nuestro entusiasmo se enfrió pronto. El agua nos cubría hasta el pecho y no veíamos por parte alguna señales de próxima playa. Las olas eran más débiles, y no brincaban, sino que rodaban perezosas sobre nuestras cabezas. Afortunadamente, yo no me había desasido de la barca. y mi compañero y yo nos colocamos cada uno a un lado, agarrados a las cuerdas de salvamento, y avanzábamos con precaución, sin saber hacia dónde, empujando el barquichuelo que habíamos conseguido poner en su posición normal. Scharko mascullaba no sé qué cosas y se reía. Yo escrutaba, preocupado, la intensa oscuridad que en torno nuestro reinaba. Detrás de nosotros y a nuestra derecha el rumor de las olas era más fuerte; de frente y a la izquierda, más débil. Nos dirigimos en esa dirección. El terreno del fondo era firme y arenoso, pero desigual. A veces no tocábamos el fondo con los pies y nadábamos con las piernas y un brazo, sin soltar con el otro la barca. Otras veces el agua nos llegaba sólo a las rodillas. En los lugares profundos Scharko gemía y temblaba aterrado. De pronto, ¡oh, alegría!, ante nosotros aparecieron unas luces. Scharko lanzó un alarido a pleno pumón; yo, no olvidando que el barco pertenecía a los carabineros, se lo recordé a mi compañero, que inmediatamente guardó silencio. Momentos después, rompió en sollozos. No pude tranquilizarle, no sabía cómo hacerlo.

El agua iba disminuyendo; nos llegaba a la rodilla, luego al tobillo, después nada. Seguimos arrastrando la barca hasta que al fin, sin fuerzas ya, la abandonamos.

Una especie de tronco negro nos cerraba el paso. Le saltamos y caímos con los pies descalzos sobre unas hierbas espinosas. Dolorosa e inhospitalaria se mostraba la tierra con nosotros, pero sin pararnos en consideraciones, corrimos hacia la luz que habíamos divisado y que estaría a una versta de distancia, y cuyas llamas alegres parecían sonreírnos como para darnos la bienvenida. Por todas partes reinaba la más siniestra oscuridad.

* * *

Tres enormes perros lanudos surgieron de entre aquellas tinieblas a nuestro encuentro. Scharko, que durante todo el trayecto había venido sollozando convulsivamente, lanzó un grito horrible y dio con su cuerpo en tierra. Por mi parte, arrojé a los canes el abrigo mojado y me incliné en busca de unas piedras. Mas, ¡ay!, no las había allí, y lo

único que conseguí fue pincharme los dedos. Los perros nos acometían todos a la vez. Metiéndome los dedos en la boca silbé con todas mis fuerzas. Los perros entonces se retiraron y pude oír pasos humanos que se acercaban corriendo. Pocos momentos después nos hallábamos junto al fuego en medio de cuatro hombres cubiertos con pieles de cordero. Callaban, nos miraban con desconfianza, escuchando el relato que de nuestra odisea yo les hacía. Dos de ellos estaban sentados y fumaban lanzando grandes bocanadas de humo; el tercero, alto, con crespa barba negra y un alto gorro de Paco, se mantenía erguido detrás de nosotros, apoyado en una porra, cuyo puño macizo era una raíz retorcida; el cuarto, un muchacho rubio, ayudaba a desnudarse a Scharko, que seguía llorando. No lejos tenían sus respectivos garrotes. A alguna distancia de nosotros la tierra estaba cubierta en una gran extensión de una espesa capa lanosa que semejaba nieve primaveral pronta a fundirse. Sólo después de mirar un buen rato y con atención llegaba a distinguir un rebaño de ovejas amontonadas unas contra otras, y que ascenderían a algunas decenas de millares, apretadas por el sueño y la oscuridad en una masa enorme que cubría la estepa. De cuando en cuando dejaban oír sus balidos tristes. Mientras se secaba a la lumbre mi gabán, iba yo confesando a aquellos hombres la verdad respecto al modo de que me había valido para apoderarme del barquichuelo.

—¿Dónde está? —me preguntó un viejo de blancos cabellos y mirada severa, que desde nuestra llegada no me había quitado los ojos de encima. Se lo dije.

—Ve a ver, Mijal.

Éste, el hombre de la barba negra, echóse el garrote al hombro y encaminóse a la playa. El gabán estava ya seco y Scharko quería ponérselo sobre su desnudo cuerpo; pero el viejo le dijo:

—Espera. Empieza por correr un poco para que entres en reacción. Da vueltas alrededor de la lumbre. ¡Anda!

Scharko, al principio, no comprendió lo que le había dicho; mas luego, de pronto, saltó de su sitio, y completamente en cueros como estaba, comenzó una danza verdaderamente salvaje, saltando como una pelota por encima de la lumbre, agitándose en su sitio, golpeando el suelo con los pies, gritando a pleno pulmón y agitando los brazos. Era un espectáculo que hacía desternillar de risa, tanto, que dos de los hombres se revolcaban por el suelo, dando grandes carcajadas, mientras el viejo, con la faz impasible y muy serio, trataba, sin lograrlo, de llevar el compás con las manos para acompañar la danza de mi compañero. Seguía atentamente la danza de aquel condenado mozo, balanceaba la cabeza, movía los largos bigotes y gritaba con voz potente:

—¡Hale, ah! ¡Así, así! ¡Hale, ah! ¡Butz, butz!

Scharko, iluminado por la lumbre, se retorcía como una culebra, adoptaba las actitudes más diversas, saltaba sobre un pie, golpeaba rápidamente el suelo, y su cuerpo brillante se iba cubriendo de gruesas gotas de sudor, que el fuego hacía parecer como rojas gotas de sangre. Ahora, ya los otros hombres marcaban el compás con las manos, mientras yo, temblando de frío, pensaba que nuestra aventura habría producido una gran satisfacción a un admirador de Cooper o de Julio Verne; había un naufragio, indígenas hospitalarios y danzas salvajes en torno del fuego... Pensando esto, me preguntba con inquieud cuál sería el episodio más interesante de aquella aventura, es decir, el final.

Scharko se había por fin sentado en el suelo, cubierto con su gabán, y comía mirándome con sus negros ojos, en los que brillaba algo que provocaba en mí una sensacíón penosa. Sus vestidos se estaban secando colgados en palos clavados en el suelo alrededor de la lumbre. Me dieron también a mí pan y manteca salada.

Regresó Mijal y se sentó en silencio al lado del viejo.

—¿De modo que...? —preguntó éste.

—Allí hay una barca —respondió secamente el interrogado.

—¿No será arrastrada?

—No.

Callaron todos y se pusieron a examinarme de nuevo.

—Bueno, y ¿qué? —preguntó Mijal sin dirigirse a ninguno en particular—. ¿Se le debe llevar ante el atamán o directamen:e a los carabineros?

—Aquí está el final —pensé yo.

La pregunta de Mijal quedó sin respuesta.

Scharko. entre tanto, comía y callaba.

—Se les podría llevar al atamán o a los de la Aduana; una cosa está bien y la otra también —dijo luego de un corto silencio el anciano—. Si han robado algo al Gobierno, preciso es que se les castigue...

—Espera, abuelo —empecé a decir yo.

Pero él, sin fijarse siquiera en mí, prosiguió:

—No se debe robar, desde luego... y si no se les castiga harán cosas peores.

Hablaba el viejo con una indiferencia irritante, y cuando terminó, sus compañeros aprobaron su opinión con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Eso es. Tú has robado; debes sufrir, pues, la pena, ya que has sido cogido.

—Mijal, ¿está ahí el bote?

—Seguro; allí está.

—Bueno; ¿no se lo llevará el agua?

—No; no puede llevárselo.

—Quédese, pues, allí. Mañana los bateleros irán a Kerch y lo llevarán. ¿Por qué no van a querer llevar un bote vacío? ¿Eh? Y vosotros, los desharrapdos, ya lo oís. ¿No habéis tenido miedo? ¿No? Pues si os descuidáis media versta os encontráis en alta mar. ¿Y qué podíais haber hecho en alta mar? Decid. Os habríais ido al fondo como dos peces de plomo. De fijo que os habríais ahogado, y... ¡buenas noches!

Calló el viejo y se me quedó mirando con una risita burlona.

—¿Por qué callas tú, muchacho? —me preguntó.

Yo estaba cansado de aquellas digresiones que no comprendía y que tomaba por puras bromas.

—Te escucho —le respondí algo amoscado.

—¿Y qué?

—Pues nada.

—¿Por qué te burlas de mí? ¿Crees que está bien burlarse de un anciano?

Conviniendo en que no estaba bien, me callé.

—¿Quieres comer más? —volvió a preguntarme.

—No.

—No comas entonces, ya que no quieres. ¿Quieres un poco de pan para el camino?

Tuve un estremecimiento de alegría, pero no lo di a conocer.

—Para el camino, lo acepto... —respondí tranquilamente.

—¡Eh! Dadles pan y manteca para el camino... y si quieren algo más, dádselo también.

—¿Los dejas marchar? —preguntó Mijal.

Los otros dos alzaron la vista hacia el viejo.

—Y ¿qué queréis que hagamos con ellos?

—Pues queríamos llevarlos al atamán o a los de la Aduana —dijo un poco contrariado Mijal.

Scharko se movió cerca del fuego y sacó la cabeza lleno de curiosidad por encima de su gabán completamente tranquilo.

—¿Qué tienen ellos que ver con el atamán? Ya irán ellos más tarde, si quieren y les conviene.

—Y ¿qué vamos a hacer del bote? —prosiguió con ostinación Mijal.

—¿El bote...? —repitió el viejo—. Pues sí; ¿qué hacemos? ¿El bote está allí?

—Sí.

—Pues... que se quede donde está. Y por la mañana alguien lo llevará al puerto. Y desde allí a Kerch. Otra cosa no podemos hacer de él.

Miraba yo atentamente al viejo. No podía deducir nada de su cara flemática, curtida por el sol y por los vientos, sobre la que se proyectaban las sombras del fuego.

—Con tal de que luego no haya historias... —concluyó Mijal.

—No las habrá si tú no te vas de la lengua. Si los llevamos al atamán serán molestias para nosotros y para ellos. Nosotros tenemos nuestros quehaceres y ellos tienen que marcharse. ¡Eh! ¿Tenéis que ir aún muy lejos? —me interrogó el viejo a pesar de que ya le había dicho a donde íbamos.

—A Tiflis...

—Lejos está. Ya lo ves; el atamán les haría perder aún más tiempo. Y ¿cuándo iban a llegar? Así que lo mejor es que sigan su camino. ¿No os parece?

—Pues bien, que se vayan —contestaron los demás cuando el viejo acabó su lento discurso, y cerrando los labios se los quedó mirando como para saber su contestación, mientras acariciaba su barba descolorida.

—¡Ea, muchachos, marchaos! ¡Que Dios os acompañe! El barco será devuelto a su sitio.

—Muchas gracias, abuelo —dije yo quitándome el sombrero.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Gracias, hermano, gracias —repetí con emoción.

—Pero, hombre, ¿por qué? ¡Vaya una cosa! Os digo: «Id y que Dios os acompañe.» Y tú me respondes: «Gracias.» ¿Creías acaso que te iba a mandar a los demonios? ¿Di?

—Te confieso que me lo he temido.

—¡Oh! ... —y el viejo alzó los ojos al cielo—. ¿Por qué iba yo a mandar a un ser humano por un mal camino? Es mucho mejor desearle el mismo por donde yo camino. Quizá algún día nos encontremos y entonces nos reconoceremos. Es preciso ayudarnos unos a otros. ¡Vaya, hasta la vista!

Se quitó su gorra de piel de cordero y nos saludó. Sus compañeros le imitaron. Les preguntamos por el camino de Anapa y partimos. Scharko reía de algo...

* * *

—¿Qué es lo que te hace reír? —le pregunté.

Iba yo contento de aquel buen viejo y de su modo de concebir la vida; contento del viento fresco que anunciaba la próxima llegada

de la aurora; encantado del cielo, que, despejado de nubes, estaba a punto de esclarecerse; contento porque despertaba el día y se vislumbraba el sol.

Scharko me guiñó maliciosamente los ojos y rompió a reír a carcajadas. Yo, al oír su risa alegre y sana, sonreía también. Las dos o tres horas pasadas al lado del fuego de los pastores y el buen pan con manteca no habían dejado en nosotros, de aquella desastrosa aventura, otro astro que un leve dolor de huesos, que seguramente desaparecería en el camino.

—¿Por qué te ríes? ¿Estás contento de haber escapado de ésta? Vives y no tienes ni siquiera hambre.

Scharko movió la cabeza negativamente; me dio con el codo, hizo una mueca, y al fin habló en su jerga.

—¿No te explicas por qué me río? ¿No? Te lo voy a decir. ¿Sabes lo que yo hubiera hecho si nos llegan a llevar al atamán o a los de la Aduana? ¿No lo sabes? Pues mira, hubiera dicho: «Éste quiso ahogarme.» Y me hubiera puesto a llorar. Entonces se hubieran compadecido de mí y a ti te habrían metido en la cárcel. ¿Comprendes?

Quise yo no ver en aquello más que una broma; pero, ¡ay!, bien pronto pude convercerme de lo serio de su proyecto. Me lo demostró tan bien y tan a las claras, que en lugar de indignarme de su ingenuo cinismo, sentí por mi compañero y por mí mismo la más profunda piedad. ¿Qué otro sentimiento puede despertar un sujeto que declara con la más franca sonrisa y con la entonación más sincera su intención de matar a uno? ¿Qué hacer con una persona que en semejante acción no ve más que un rasgo de ingenio y una broma delicada?

Me puse a explicarle con calor lo monstruoso de su plan. Pero él me replicó muy sencillamente que yo no me ponía en su lugar. ¿No tenía él un pasaporte falso? ¿No es esto algo muy peligroso? Experimenté entonces una dolorosa sensación.

—Escucha —le dije—. ¿Creíste tú de veras que yo te quería ahogar?

—¡No!... Cuando me empujaste al agua, lo pensé... pero cuando vi que tú también te tirabas, ya no lo creí.

—Gracias.

—No, no me des las gracias. Soy yo quien tiene que decirte: ¡Gracias! Allá, al lado de la lumbre, tú tenías frío y yo también; el gabán era tuyo, pero no lo utilizaste. Lo hiciste secar y me lo diste y no lo cogiste para ti. Por eso te doy las gracias. Eres muy bueno, lo comprendo. Cuando lleguemos a Tiflis yo te lo recompensaré. Te llevaré a casa de mi padre, y le diré: «Aquí tienes a este hombre. Dale de comer, dale de beber y alójale en la cuadra de los burros.»

Eso le diré. Vivirás con nosotros. Serás el jardinero, beberás vino, comerás cuanto quieras. ¡Ja, ja, ja! Vivirás estupendamente. Es muy sencillo. Comerás y beberás en la misma vajilla que yo.

Me describía con todo detalle las dulzuras de la vida que me preparaba en Tiflis. Y yo, al murmullo de sus palabras, pensaba en la inmensa miseria de los seres que, acogidos a una nueva moral, provistos de nuevos deseos avanzan aislados por la vida, y, perdidos en ella, encuentran en su camino compañeros que les son completamente extraños e incapaces de comprenderlos. ¡Qué penosa es la vida de esos seres aislados! El viento los empuja contra su voluntad. Pero ellos son la buena semilla, que alguna vez cae en terreno fértil.

Esplendía el alba. El mar, en lontananza, vestíase de oro y rosa.

—¡Tengo sueño! —dijo mi compañero.

Nos detuvimos. Se tendió en una especie de hoyo formado en la arena por el viento, no lejos de la orilla, y envolviéndose cabeza y cuerpo con mi abrigo, se durmió rápidamente. Yo me senté a su lado y contemplé el mar, que vivía su vida amplia de potente actividad y movimiento. Galopaban las olas hacia la playa para romperse en la arena. que crujía débilmente, absorbiendo el agua. Agitando sus penachos de blancas crestas, las primeras olas herían con ímpetu la costa, retrocedían vencidas y se encontraban con otras olas que venían a sostenerlas. Confundidas en una masa de blancas espumas, volvían juntas hacia la orilla y la sacudían de nuevo deseosas de ensanchar los límites de su vida. Desde el horizonte hasta la playa, en toda la superficie del mar, nacían ágiles y poderosas las olas, avanzando, avanzando siempre en masas compactas, unidas estrechamente en una voluntad común. Ei sol iluminaba con más viveza en cada momento sus crestas; las más lejanas, junto al horizonte, adquirían matices sanguinolentos. Ni una sola gota se perdía en aquel titánico movimiento de la masa de agua, que parecía perseguir encarnizada y conscientemente la codiciada presa que había de alcanzar en breve con sus poderosos y cadenciosos golpes. La valerosa bravura de las primeras olas, que se arrojaban desafiadoras sobre la muda arena, me fascinaba y era un encanto de los ojos contemplar el mar que avanzaba poderoso teñido ya por todos los matices del arco iris y penetrado del sentimiento de su fuerza y de su belleza.

De detrás de una lengua de tierra que cortaba la extensión del agua apareció un inmenso vapor que, balanceándose orgullosamente sobre el seno tumultuoso del mar, creaba las ondas. Éstas se revolvían furiosas contra él, que, fuerte y hermoso, brillaba al sol con sus tonos metálicos; en otro momento hubiera podido hacer soñar en el

orgullo creador de los hombres que saben vencer a los elenentos... ¡Pero a mi lado yacía un hombre!

* * *

Cruzábamos la provincia de Terek. Scharko estaba tan desgreñado y harapiento, que daba miedo y parecía un demonio. No sufría, sin embargo, de hambre, porque abundaba el trabajo. Pero se mostraba incapaz del menor esfuerzo. Una vez intentó ponerse al lado de una máquina trilladora para retirar la paja, y al cabo de medio día tuvo que dejar la tarea porque tenía las manos ensangrentadas. Otra vez nos habíamos contratado para sacar raíces, y le faltó poco para degollarse con el azadón.

Avanzábamos muy despacio. Trabajábamos dos días y caminábamos uno. Mi compañero comía sin moderación alguna, y a causa de su glotonería yo no conseguía reunir el dinero suficiente para comprarle algunas prendas de ropa que le eran indispensables. Toda su indumentaria se reducía a una serie de agujeros grotescamente reunidos con trozos de telas de diferentes colores. Mis súplicas de que no entrase en las posadas de los distintos pueblos por donde pasábamos, y que no bebiese vino, que tanto le gustaba, eran vanas; no se tomaba siquiera la molestia de escuchar mis observaciones.

Un día, en un pueblecito, cogió de mi bolso cinco rublos que sin que él lo notase había yo ido ahorrando para él con grandes sacrificios, y volvió por la noche al huerto donde yo estaba trabajando, borracho perdido, acompañado de una mujerona cosaca que me saludó con estas palabras;

—¡Buenas noches, maldito hereje!

Y cuando yo, admirado de este epíteto, le pregunté por qué era yo un hereje, ella me respondió con aplomo y cólera:

—Porque tú, mal demonio, prohíbes a este muchacho que trate a las mujeres. ¿Quién eres tú para prohibírselo, si la Ley se lo permite? ¡Maldito!

Scharko, junto a ella, aprobaba sus palabras con signos afirmativos de cabeza, y como estaba tan borracho, a cada movimiento que hacía se balanceaba como si tuviera los miembros descoyuntados. Colgábale el labio inferior, y sus ojos apagados me miraban con una obstinación estúpida.

—¿Qué quieres? ¿Por qué nos miras de ese modo? Devuélvele su dinero —gritó colérica la mujer.

—¿Qué dinero? —pregunté admirado.

—¡Devuélveselo, devuélveselo si no quieres que te denuncie a la policía! ¡Devuélvele los ciento cincuenta rublos que le quitaste en Odesa!

¿Qué tenía yo que hacer? Aquella endemoniada mujer podía, borracha como estaba, denunciarme a la policía. Y entonces las autoridades locales, severísimas con viajeros de nuestro jaez, nos habrían arrestado. ¿Y quién era capaz de prever las consecuencias de semejante desastre, ya para Scharko, ya para mí? Comencé, pues, a conocer diplomáticamente a la mujer, lo que no me costó grandes esfuerzos. Bien o mal, con la ayuda de tres botellas de vino, la calmé. Cayó al suelo entre los melones y durmió. Acosté a Scharko, y al día siguiente muy de mañana abandonamos el pueblo y dejamos a la mujer en los melones.

Mi compañero, destrozado por la borrachera del día anterior, con la cara ajada e hincbada, escupía constanmente y lanzaba profundos suspiros. Traté de hablarle, pero no me respondía y movía la cabeza como un caballo y cansado.

La jornada se hacía fatigosa y el aire estaba impregnado de pesadas emanaciones del suelo húmedo cubierto por altas y espesas hierbas que nos llegaban casi hasta los hombros. Todo en torno nuestro estaba inmóvil; el mar verde y aterciopelado exhalaba sus intensos aromas, tan penetrantes, que producían vértigos... Para abreviar el camino seguíamos un estrecho sendero sobre el cual se arrastraban unas pequeñas serpientes rojas, que se enroscaban bajo nuestros pies. A nuestra derecha, en el horizonte, veíase una cadena de nubes que brillaban como plata heridas por el sol, eran las montañas del Daguestán. El silencio que por doquiera reinaba adormecía el espíritu y despertaba dulces ensueños. A nuestra espalda venían persiguiéndonos lentamente masas de negros nubarrones que, entrecruzándose, oscurecían por completo el cielo, mientras ante nosotros todo era claro, excepto algunos fragmentos nubosos que se destacaban y volaban rápidos por el espacio, adelantando y obstruyéndonos de cuando en cuando la vista del cielo. A lo lejos rumoreaba el trueno cada vez más cercano. Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre la hierba, que respondía casi con un sonido metálico. Todo se oscureció, y el rumor de la hierba, aunque más fuerte, pareció temeroso. Rasgó el aire un relámpago, y las nubes se estremecieron sacudidas por aquella llama azul. Aumentó la oscuridad y la cadena plateada de las montañas se perdió en la negrura del horizonte. La lluvia comenzó a caer a torrentes y el fragor del trueno se sucedía horrísono y terrible en la estepa desierta. Las altas hierbas, sacudidas por el viento y la lluvia, se encorvaban y se tendían en el suelo produciendo un débil rumor. Todo temblaba y se agitaba. Cegadores relámpagos desgarraban las

nubes. A su lívido resplandor se percibían a lo lejos las cadenas de las montañas brillando con azulinos reflejos, plateadas y frías, y al cesar los relámpagos desaparecían como si una negra sima se las hubiera tragado. Todo se agitaba, todo temblaba: los ruidos repercutían y se multiplicaban. Se hubiera dicho que el cielo, torvo y airado, con el fuego purificaba de toda inmundicia la tierra, y que la tierra temblaba asustada de aquel furor. Mi compañero se estremecía y chillaba como un perro asustado. Yo, en cambio, me sentía alegre, como elevado por encima de las miserias terrenas, lleno de admiración ante aquel sublime y lúgubre cuadro de la tempestad en la estepa. Aquel caos maravilloso me entusiasmaba y despertaba en mí un sentimiento de heroísmo, que provocaba en mi alma una terrible y salvaje armonía.

Y sentí verdaderas ansias de tomar parte en aquel sublime concierto, de expresar de algún modo mi sentimiento que se desbordaba de entusiasmo ante aquella misteriosa fuerza que domeñaba la oscuridad de lás nubes. La llama azul que iluminaba el cielo parecía que hubiera prendido en mi pecho; pero, ¿cómo poder expresar mi turbación y mi exaltación ante aquel grandioso cuadro de la Naturaleza? Me puse a cantar en alta voz con toda mi fuerza. El trueno retumbaba; el relámpago brillaba; la hierba rumoreaba, y yo cantaba en plena afinidad con todos aquellos sonidos... presa de una gran exaltación... sentimiento dispensable, ya que a nadie con él dañaba sino a mí mismo. Me sentía poseído del deseo de absorber en mí aquella viva y potente belleza, aquella fuerza que se desencadenaba sobre la estepa, de sentirme más cerca de ella... ¡Borrasca en el mar y tormenta en la estepa! ¡No conozco nada más sublime en la Naturaleza!

Gritaba, pues, firmemente persuadido de que no molestaba a nadie y de que no ponía a nadie en la necesidad de criticarme por ello. Cuando, de pronto, alguien me agarró fuertemente por las piernas y caí sentado en un charco de agua. Scharko me miraba a la cara con ojos severos y airados.

—¿Estás loco? ¿No? Pues entonces, cállate; no grites o te arrancaré la lengua; ¿entiendes?

Muy admirado yo de su acción y de sus palabras, le pregunté ante todo en qué le molestaba.

—¡Me asustas! ¿Entiendes? El trueno zumba, Dios habla... y tú gritas. ¿Qué idea tienes de ti mismo?

Le contesté que tenía perfecto derecho a cantar, si así me convenía, lo mismo que él.

—¡Pues yo no quiero cantar! —replicó categóricamente.

—Pues no cantes —le respondí.

—Ni tú tampoco —insistió con severidad.

—¿Y si me gusta cantar?

—¡Escucha! ¿Qué te imaginas que eres tú? —me preguntó, encolerizado—. ¿Quién eres tú? ¿Tienes casa? ¿Tienes madre? ¿Tienes padre? ¿Parientes, tierras? ¿Quién eres tú en este mundo? ¿Piensas que eres un hombre? Yo soy un hombre. Yo lo tengo todo —y se golpeaba el pecho con la mano—. Soy un príncipe. ¿Y tú?... ¡Tú no eres nadie! Nada posees. Tú dices «yo soy tal y cual cosa...» ¿Quién es capaz de saberlo? A mí me conocen en Kutais y en Tiflis. ¿Entiendes? No te pongas en contra mía. Si me sirves, quedarás contento. Te recompensaré con creces. ¿Qué haces por mí? No podrías proceder de distinto modo. Tú mismo dices que Dios ha ordenado servir sin esperanza de recompensa. Y, sin embargo, yo te recompensaré. ¿Por qué me atormentas? Me sermoneas, me asustas. ¿Querrías que yo fuera como tú? ¡No está bien! No debes hacerme semejante a ti. ¡Nunca, jamás!

Hablaba, mascullaba, soplaba, suspiraba... Yo le miraba cara a cara, con la boca de par en par abierta, todo estupefacto. Evidentemente mi compañero daba en aquel momento rienda suelta a toda su indignación, a todo su rencor, a todo su descontento, acumulado contra mí durante nuestro viaje. Para mayor claridad me apuntaba con el dedo el pecho; me sacudia por un hombro, y en los períodos más importantes de su retahíla, caía sobre mí con todo su cuerpo. La lluvia nos calaba; el trueno seguía retumbando sin tregua sobre nuestras cabezas, y Scharko, para que yo le oyera, gritaba a pleno pulmón hasta desgañitarse. Lo tragicómico de mi situación se me presentó claramente en aquel momento y me hizo romper en una carcajada.

Scharko escupió indignado y me volvió la espalda.

* * *

A medida que nos acercábamos a Tiflis, Scharko se volvía más taciturno y parecía más abstraído. En su rostro, enflaquecido, pero siempre impasible, se había operado un gran cambio. No lejos de Vladikavkas entramos en una granja de cherqueses, y nos ajustamos por un mes para la recolección del maíz. A los dos días de estar trabajando allí los cherqueses, que no hablaban apenas el ruso, se burlaban de nosotros y nos insultaban en su idioma. Por esta causa decidimos abandonar la granja, asustados ante la creciente animosidad de los naturales. No nos habíamos alejado diez verstas cuando Scharko sacó de pronto de entre su blusa una pieza de muselina y, mostrándomela triunfalmente, exclamó:

—Ya no tenemos necesidad de trabajar. Venderemos esto y compraremos cuanto necesitemos. Con lo que saquemos habrá suficiente para llegar a Tiflis. ¿Entiendes?

Yo estaba fuera de mí de indignación, y, arrebatándole la muselina de las manos, la tiré al suelo y volví la vista atrás. Los cherqueses no admiten bromas. Pocos días antes unos cosacos nos habían contado que un caminante, al salir de un pueblo donde había estado trabajando, se había llevado una cuchara de hierro; los cherqueses lo alcanzaron, le registraron, y como le encontraran la cuchara, le abrieron el vientre cou un puñal y en él hundieron la cuchara, y con toda tranquilidad regresaron al pueblo dejando al ladronzuelo abandonado en medio de la estepa, donde ellos le encontraron medio muerto, refirindoles él mismo lo sucedido cuando le transportaban al pueblo. Los cosacos nos habían advertido varias veces que anduviéramós con cuidado con aquellos aldeanos, y nos habían contado a propósito algunos hechos instructivos respecto de ellos, lo cual yo no tenía por qué no tomar en serio.

Recordaba estas cosas a mi compañero, que parado frente a mí me escuchaba, cuando de repente, y sin mediar palabra, con los dientes apretados y los ojos desencajados, se arrojó sobre mí como un felino. Durante casi cinco minutos nos estuvimos zurrando de firme, hasta que al fin Scharko gritó colérico:

—¡Basta!

Cansados ambos, permanecíamos callados, sentados, uno frente a otro. Scharko miraba lastimosamente hacia el lugar donde yo había arrojado la muselina roja, y al fin dijo:

—¿Por qué nos hemos pegado? ¡Puf! ¡Es tonto! ¿Acaso te lo he robado a ti? ¿Eres tú el que lo has robado? ¿Por qué te enfadas? Yo he tenido lástima de ti y por eso he robado. Tú trabajas y yo no sé trabajar. ¿Qué puedo hacer? Yo quría ayudarte... ¡Che, che!...

Traté de explicarle lo que era el robo.

—Te ruego que te calles. Tu cabeza parece de corcho —me dijo con desprecio, y luego prosiguió—: Si te sintieras morir, robarías tú también seguramente. ¿No es cierto? Así es la vida. ¡Cállate!

Por miedo de irritarle más aún, me callé. Era la segunda vez que robaba. La primera vez, estando en el Mar Negro, había robado a unos pescadores griegos una balanza portátil. También entonces estuvimos a pique de pegarnos.

—Prosigamos nuestro camino —dije, ya descansados un tanto y hechas las paces.

Cada día mi ccmpañero se iba poniendo más sombrío, me miraba con cara extraña y con desprecio.

Una vez, después de pasar el desfiladero del Darial y cuando bajábamos por el Kur, me dijo:

—Dentro de un par de días a más tardar, estaremos en Tiflis. ¡Che, che! —dijo casi con verdadera emoción—. Llegaré a mi casa. Me preguntarán: «¿Dónde has estado? He viajado.» Tomaré un baño, y comeré mucho, mucho... Diré a mi madre: «Traigo mucho apetito.» A mi padre le diré: «Perdóname: He tenido mucha pena; he visto muchas cosas, muchas. Los vagabundos son buena gente.» Cuando me encuentre con alguno le daré un rublo, le llevaré a la taberna y le diré: «Toma, bebe vino: también yo he sido vagabundo.» Hablaré también de ti a mi padre: «Aquí tienes a este hombre que me ha servido de hermano mayor. Me ha reprendido muchas veces; me ha pegado también este perro... Me ha alimentado. Y ahora —añadiré— eres tú el que le tienes que mantener a él. Aliméntale durante un año. Un año lo menos.» ¿Lo oyes, Máximo?

Me gustaba oírle hablar así. Tenía en aquellos momentos algo de niño y de ingenuo, y sus palabras me interesaban más, puesto que yo no conocía a nadie en Tiflis y el invierno se acercaba. Ya en el Kur, nos cogió una tormenta. Cifraba yo, pues, algunas esperanzas en Scharko.

Adelantábamos rápidamente. Llegamos a Mtsjet. Al día siguiente estaríamos en Tiflis.

Entreví de lejos aún, a unas cinco verstas aproximadamente, la capital del Cáucaso, dominada por dos montañas. ¡Era el término del viaje!... Yo estaba algo contento. Scharko se mostraba indiferente. Miraba con ojos estúpidos ante sí, escupía de cuando en cuando su saliva de hambriento, y se apretaba constantemente el vientre con una mueca de dolor. Había comido con gran imprudencia demasiadas zanahorias crudas cogidas por el camino.

—¿Crees tú que yo, un noble georgiano, entraré en mi ciudad en pleno día, en el estado en que estoy, tan andrajoso y sucio? Nunca, jamás. Esperaremos hasta la noche. Parémonos aquí.

Nos sentamos cerca de una pared de una casa deshabitada, y encendiendo el último cigarrillo que nos quedaba, nos lo fumamos temblando de frío. Sobre el camino de Georgia soplaba un viento fuerte y cortante. Scharko, sentado, canturreaba una canción triste... Yo pensaba en una habitación tibia y hacía consideraciones sobre otras ventajas de la vida errante.

—Vamos —dijo con decisión mi compañero, levantándose.

El día declinaba. La ciudad iba apareciendo iluminada. Era un espectáculo hermoso. Las luces, una tras otra, iban surgiendo, sin que nadie supiera de dónde, de la oscuridad que ocultaba el valle, en cuyo fondo estaba la ciudad.

—Escucha, dame tu bachlik para poder ocultarme la cara. Así los amigos no me reconocerán.

Se lo di. Estábamos en la calle Olginskaia. Scharko silbaba con aire resuelto.

—Máximo, ¿ves la estación de los tranvías allá lejos? ¿Ves aquel puente? Vete allí y espérame. Haz el favor de esperarme. Yo entraré en una casa y preguntaré a un amigo noticias de los míos, de mi padre, de mi madre...

—¿No tardarás mucho?

—¡Un momento, y vuelvo en seguida!

Se entró rápidamente por una callejuela estrecha y sombría y desapareció para siempre.

No he vuelto a ver en mi vida a aquel hombre, mi compañero durante casi cuatro meses. Sin embargo, he pensado muchas veces en él, más bien con alegría que con pesar.

Me enseñó muchas cosas que no se aprenden en los más voluminosos libros de los sabios, porque la sabiduría de la vida es siempre más prounda y más amplia que la sabiduría de los hombres.

ÍNDICE

Página

La Madre 23

Los Vagabundos 343

OBRA SELECTAS

TÍTULOS DE ESTA SERIE

FRIEDRICH NIETZSCHE
* Así habló Zaratustra
* Más allá del bién y del mal
* El anticristo
* El ocaso de los ídolos

MARQUÉS DE SADE
* Cuentos, historietas y fábulas
* Los infortunios de la virtud
* Filosofía en el tocador
* La marquesa de Gange

WILLIAM SHAKESPEARE
* Romeo y Julieta
* Macbeth
* Hamlet
* Otelo
* La fierecilla domada
* El sueño de una noche de verano
* El mercader de Venecia

EDGAR ALLAN POE
* Narraciones extraordinarias
* Las aventuras de Arthur Gordon Pym
* Relatos cómicos

CHARLES BOUDELAIRE
* Los paraisos artificiales
* Pequeños poemas en prosa
* Las flores del mal

HOMERO
* La Ilíada
* La Odisea

JULIO VERNE
* La vuelta al mundo en 80 días
* De la Tierra a la Luna
* Miguel Strogoff

BENITO PÉREZ GALDÓS
* Miau
* Misericordia
* Doña Perfecta

WALTER SCOTT
* Ivanhoe
*El pirata

FIODOR DOSTOIEVSKI
* Crimen y castigo
* Los hermanos Karamazov

OSCAR WILDE
* El retrato de Dorian Gray
* De Profundis
* El fantasma de Canterville y otros cuentos
* La importancia de llamarse Ernesto
* El abanico de Lady Windermere

CHARLES DICKENS
* Almacén de antigüedades
* Canción de navidad y otros cuentos
* Historia de dos ciudades

MIGUEL DE CERVANTES
* Novelas ejemplares
* Entremeses
* La Galatea

HONORÈ DE BALZAC
* Eugenia Grandet
* La piel de Zapa
* El lirio en el valle

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER
* Rimas
* Leyendas
* Desde mi celda
* Cartas literarias a una mujer

FRANCISCO DE QUEVEDO
* El buscón
* Obras jocosas
* Los sueños
* El Chitón de las Tarabillas
* Poesía

FRANZ KAFKA
* Meditaciones
* La metamorfosis
* El proceso
* América

LEON TOLSTOI
* Ana Karenina
* Sonata a Kreutzer
* Los cosacos

PLATÓN
* La república
* Diálogos

JEAN JACQUES ROUSSEAU
* El contrato social
* Discurso sobre las ciencias y las artes
* Discurso sobre el origen y los fundamentos sobre la desigualdad entre los hombres.

KHALIL GIBRAN
* Espíritus rebeldes
* Lázaro y su amada
* El loco
* El jardín del profeta
* Jesús, el hijo del hombre
* Máximas espirituales
* La procesión
* Alas rotas
* El profeta
* El vagabundo
* Lágrimas y sonrisas

ARISTÓTELES
* Metafísica
* Ética

MOLIÈRE
* Tartufo
* El enfermo imaginario
* El médico a palos
* El amor médico
* El avaro

RUBÉN DARÍO
* Azul
* La España contemporánea
* Cantos de vida y esperanza
* Prosas profanas

GUSTAVE FLAUBERT
* Madame Bovary
* La tentación de San Antonio

JACK LONDON
* Colmillo Blanco
* La llamada de la selva
* Cuentos de los mares del Sur
* Nuevos cuentos de los mares del Sur
* Los vagabundos y otros cuentos

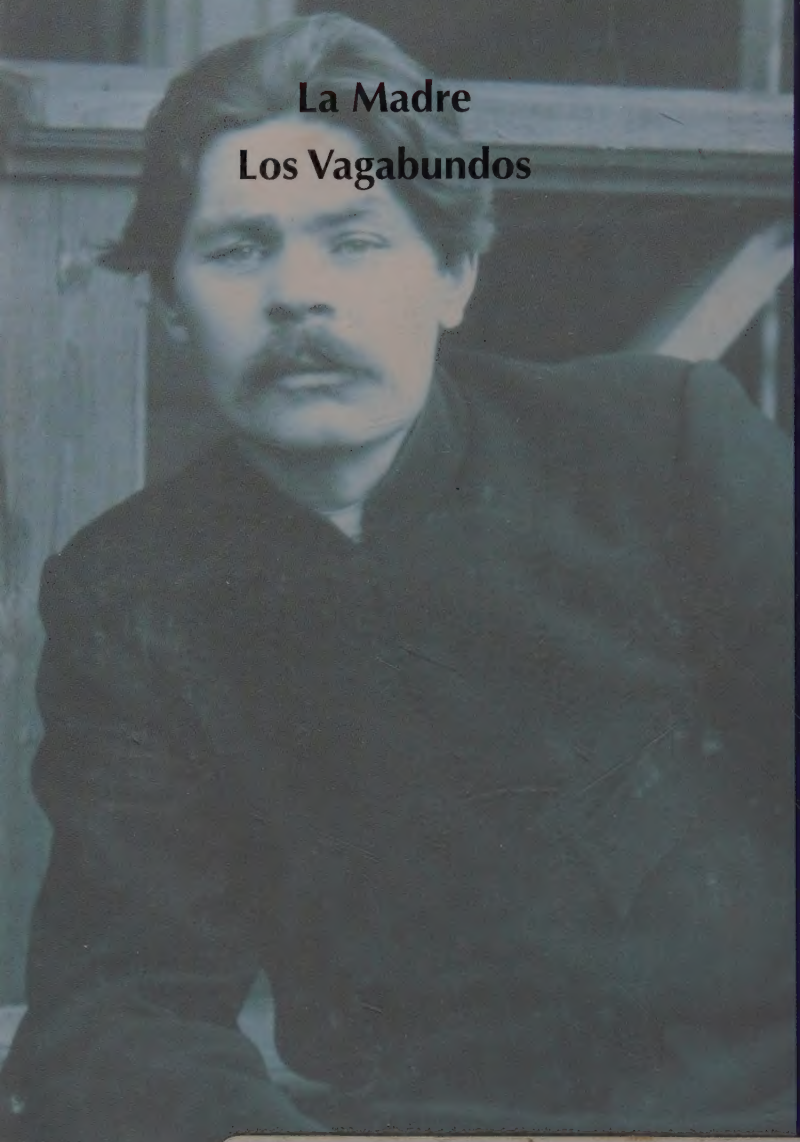
RABINDRANATH TAGORE

* El asceta
* Malini
* Ofrenda lírica
* El jardinero
* El rey y la reina
* El cartero del rey
* La casa y el mundo
* Lipika
* Regalo de amantes
* Pájaros perdidos
* Chitra

CENTRAL LIBRARY
1015 N. Quincy Street
Arlington, VA 22201

ARLINGTON VA PUBLIC LIBRARY
29 980 916

OBRAS EL



La Madre

Los Vagabundos

WITHDRAWN

EDIMAT